
Ocho otoños para volver a amarte
Kirsty Campbell
Serie Olivia & Robert II

Ocho otoños para volver a amarte

Kirsty Campbell

Serie Olivia & Robert II

Para Alba.

Nunca dejes de creer en ti misma.

Prefacio
OLIVIA

Recuerdo la primera vez que quise ser médico. Tenía cinco años y estaba sentada con mi amiga Penny en el jardín de la casa de sus padres. Estábamos jugando con dos muñecas. Y, ese día, habíamos decidido que nuestros bebés imaginarios estaban enfermos. Le dije a Penny que yo iba a curar a mi bebé. Pero ella me respondió que no podía porque la enfermedad era muy grave y había que ir al médico. La contesté diciendo que yo, además de mamá, era también médico; que, de hecho, curaba a mis juguetes cuando se ponían malos o se les rompía algo. Y ella me replicó que eso era imposible. Que los médicos sólo eran los papás y que, en todo caso, podía ser enfermera. Estábamos a finales de los 80, y ese tipo de pensamiento era bastante habitual y estaba más generalizado de lo que hubiese sido lo ideal.

Discutimos. Pero yo no estaba dispuesta a recular en ello porque, entre otras cosas, no entendía por qué el hecho de ser una niña me impedía poder desarrollar esa labor. Penny me arrancó la muñeca que tenía en las manos y sentenció:

—Si eres tan lista, dime el nombre de una mujer médico. —Pensé con rapidez e intenté recordar a todos los profesionales de la Medicina que me habían visto a lo largo de mi corta vida —. ¡Ves! —Y comenzó a reír a carcajadas—. ¡Qué tonta! ¡No tienes ni idea, Olivia!

Me levanté con ira y dispuesta a contestarle que la que no tenía ni idea era ella. Pero, en ese momento, su madre apareció por la puerta de la casa y nos llamó para que pasásemos dentro a tomar algo fresco. Penny me miró a los ojos y me dijo:

—Vuelve cuando seas médico.

Mi mundo se vino abajo de golpe. Me di la vuelta y comencé a andar, primero despacio, con la pesadumbre de sentir que mi amiga se había reído de mí y me había echado de su casa. Pero, después, la furia se abrió paso por haber reculado ante ella. Corrí deprisa hasta mi casa y, cuando llegué, me encontré a mi padre en el jardín, subido a una escalera, y tratando de tapar una fisura en los canalones del tejado.

—Hola, mi vida. ¿Ya vuelves?

No le respondí. Pasé dentro de mi casa con el desconsuelo como mochila. Subí corriendo las escaleras hasta mi dormitorio y cerré de un portazo. Después, me tumbé en la cama y me tapé con la colcha todo el cuerpo, incluida la cabeza. La rabia contenida hizo mella en mí y terminó provocando que mis lágrimas se desbordaran. Me sentía traicionada, humillada y engañada por la que creía que era mi amiga.

Sonaron unos pequeños toques al otro lado de la puerta. No respondí. Sin embargo, escuché como se abría la hoja.

—Olivia, cariño, ¿estás bien?

Poco después, noté el cuerpo de mi padre sentarse sobre el colchón. Pero seguí sin salir de mi escondite.

—¿Ha pasado algo con Penny? —Sentí su mano sobre mi costado—. Vamos, cariño. No te hagas esto. Confía en mí.

—Penny se ha reído de mí —dije sin salir bajo la colcha.

—¿Por qué, pequeña?

Enjugué mi llanto y retiré poco a poco la tela que me cubría. Llevé mis ojos enrojecidos hacia mi padre, que me observaba con paciencia.

—Me ha dicho que soy tonta por pensar que podría ser médico.

Mi padre frunció el ceño.

—¿Y por qué te ha dicho eso?

—Porque dice que las mamás no pueden ser médico. Solo pueden serlo los papás. Y que las mamás solo pueden ser enfermeras.

Sus ojos castaños se rasgaron y me observaron con mayor interés.

—¿Y tú crees eso que dice Penny?

—No sé —dudé—. Me dijo que le dijese el nombre de una mujer médica y no se me ocurrió ninguno, porque no conozco ninguna.

Mi padre acarició mi cabeza.

—Que no conozcas a ninguna no quiere decir que no las haya, Olivia.

—Pero Penny dice…

—No hagas caso de lo que diga Penny, cariño. La gente como ella es incapaz de ver el bosque. Solo pueden ver el árbol que tienen frente a sus narices. Nada más.

Me hizo reír. Pero ese día, además, mi padre me regaló la seguridad que a mí me faltaba. Cogió el coche y nos fuimos al 'UCLA Health' de nuestra ciudad, en Los Ángeles, y nos dedicamos a pasear toda la mañana por las consultas. Pude ver a muchos médicos varones. Pero, también, vi por primera vez a mujeres ejerciendo esa labor.

Siempre recordaré ese día. Pero, sobre todo, no se me olvidarán las palabras que me dijo mi padre mientras nos comíamos una tarta de manzana y un batido de chocolate en la cafetería del hospital.

—Olivia, cariño. A lo largo de tu vida te encontrarás con mucha gente que te diga que no puedes hacer algo. No les hagas caso. Nunca dejes de creer en ti misma. Lucha por lo que quieres y, si después resulta que no alcanzas tu objetivo, no te preocupes. Al menos lo habrás intentado. Pero nunca apartes un sueño de tu vida solo porque alguien te lo diga.

—Ahora quiero ser médico.

—Me parece muy bien, cariño. Y si a lo largo de ese camino te encuentras a personas que te lo ponen difícil o que tratan de impedírtelo, apártalas de tu lado. Pero nunca retrocedas en tu objetivo. Lo más importante eres tú y nadie más. Aquellos que te quieren, nunca se interpondrán en tus sueños. Todo lo contrario. Tratarán de hacer lo imposible por ayudarte a alcanzarlos.

—Vale, papá.

*****

Esas palabras que me dijo mi padre resonaban más que nunca en mi interior. Mis ojos, clavados en la ventana, visualizaban la oscuridad de la madrugada y teñían de mayor opacidad a los pensamientos que rondaban en mi cabeza. La serenidad perdida desde hacía demasiadas semanas me ahogaba, me sometía, me encorsetaba; me llevaba a perderme en un mar de dudas en el que me costaba trabajo encontrarme a mí misma.

Me giré y cogí mi iPhone de la mesita de noche. Lo desbloqueé y la pantalla me mostró la página que había cerrado de golpe hacía ya tres horas, la de la Universidad de Oxford. Allí estaba el programa de Neurocirugía asociado al Hospital John Radcliffe. Respiré profundamente

y llevé el teléfono a mi frente. Miré al techo de la habitación y me pregunté si estaba haciendo bien en dejarme llevar por el miedo. Porque en realidad era eso lo que recorría por mi cuerpo. Nada más que miedo. Miedo al pasado. Miedo al dolor. Miedo a volver a sentirme rota, destrozada, traicionada. Miedo a volver a poner mis esperanzas en una entelequia que, al final, se transformase en la más terrible de las realidades.

Con cuidado, dejé el iPhone sobre la mesilla. Me envolví más en la colcha. No tenía frío, pero necesitaba sentirme recogida. Cerré los ojos. Su imagen me invadió y me castigó con el recuerdo de sus caricias, de sus besos, de sus susurros y de sus últimas palabras. Mi interior vivía un choque de fuerzas, entre aquellas que deseaban dar rienda suelta a mis deseos y correr hacia él, frente a las que me amarraban en la cautela por el pasado. Y en esa lucha no se atisbaba un final cerca. No se intuía ningún camino que recorrer en el que me sintiese segura. No había certezas, ni garantías; solo desconfianza, recelo y desconsuelo por no tener la suficiente valentía como para dejarme llevar y volver a creer en él.

Pero había algo más. Esa noche me pregunté dónde estaba Robert con respecto a mi vida. Teniendo en cuenta lo que suponía su vuelta, me empezaba a plantear si realmente no estaría entre aquellos que se interponían en mis sueños. La inestabilidad emocional en la que me ahogaba me impedía que pudiese centrarme en mi carrera del modo en que me gustaría. No sabía hasta dónde podría llegar aquello. Pero lo que tenía cada vez más claro era que el precio que tenía que pagar por tenerle en mi vida era muy alto y temía que, a la larga, se convirtiese en mi propia tumba.

1
OLIVIA

Ese lunes de mediados de octubre, Manhattan amaneció con un calor inusual para la época en la que estábamos. Las altas temperaturas parecía que no iban a darnos tregua, ni siquiera con la llegada hacía ya días de la estación otoñal. Los árboles habían teñido sus hojas con los matices castaños, pardos y cobrizos. Pero se les notaba ahogados con el clima que les atizaba cada día y de manera incansable. La noche había sido excesivamente cálida para la época. De hecho, había tenido que abrir un poco la ventana para dejar pasar el aire fresco de la madrugada. A pesar de ello, ni el calor ni los ruidos nocturnos habían sido los causantes de que hubiese dormido escasamente tres horas.

Me encontraba cansada y dolorida. Se me había olvidado tomarme la medicación de la noche. Por esa razón, tenía bastante rigidez y me molestaba el cuello más de lo que hubiese querido. Cuando me desperté, solo me tomé el antiinflamatorio de la mañana. No podía ejercer consumiendo benzodiacepinas. Corría el riesgo de atontarme demasiado. Pero, además de todo eso, me encontrada más desalentada que nunca; perdida entre el desorden de mis propios pensamientos; anegada en la impetuosa vorágine en la que me hundía cada vez más profundamente.

Me senté en el borde de la cama mucho antes de que el iPhone emitiese la canción de los Rolling para despertarme. Con una luz baja, miré durante un largo rato el interior de mi armario para tratar de elegir qué ponerme. Si por mí hubiese sido, me hubiera pasado el resto del día, de la semana y de la vida dentro de las sábanas. Y, aunque podría haber llamado al hospital para decirles que necesitaba un día más de descanso, no quise hacerlo. Necesitaba rebelarme ante el marasmo al que me llevaba mi carrusel de emociones y enfrentarme a mis demonios. No podía recular. Si lo hacía, no me lo perdonaría nunca.

Mi teléfono emitió el aviso de llegada de un mensaje. Llevé los ojos hacia él y pude ver la notificación en esos breves segundos de encendido de la pantalla.

«¿Necesitas que pase a buscarte?».

Mi cuerpo tembló como si aquellas palabras hubiesen sido capaces de acariciar mi piel con la atención afectiva que llevaban implícitas. Pero no me moví. Ni siquiera abrí la aplicación para evitar que comprobase que lo había leído. Solamente bajé la clavija lateral para ponerlo en silencio y lo di la vuelta.

Me levanté de forma enérgica de la cama. No podía seguir más tiempo sometida a mis miedos, a mis incertidumbres, a mis deseos y a mis contradicciones. Descolgué unos vaqueros, una camisa blanca con cuello de pico, y unos botines de tacón de ante marrón. Lo dejé todo sobre la cama. Dado que tenía guardia, saqué otro pantalón vaquero, de color negro, una camisa de corte murciélago en ese mismo tono, y un cinturón ancho, también de ante marrón y con motivos

étnicos. Doblé estas últimas prendas y, junto con dos juegos de ropa interior, lo guardé todo en la bolsa de viaje que solía llevar los días que tenía que quedarme en el hospital. Por último, me acerqué hasta una cajita que guardaba en el interior del armario y de ella saqué un collar largo con el diseño de unos pétalos en color azul y unos pendientes a juego. Me los había regalado mi padre el día en que me gradué en Medicina.

Era hora de empezar a recordar mis prioridades y no despistarme del camino que me había marcado.

*****

Salí del taxi treinta minutos antes de mi hora de entrada en el hospital. Teniendo en cuenta cómo me encontraba, había preferido no utilizar el metro en hora punta. Avisar a Robert, como él me había sugerido, quedaba totalmente descartado. Aun así, había respondido a su menaje de la mañana con un *«No es necesario, gracias»* y un *«Nos vemos luego»*. Nada más. Escueto, directo y quizá frío. Pero era necesario que las cosas empezasen a ser así entre nosotros.

Subí en el ascensor trasteando con mi móvil. Volví a mirar el contacto de Kate y tuve que reprimir mis ganas de llamarla de nuevo. Su vuelta de la Reserva Mononk me estaba conllevando más inquietud de la que ya apuntaba el viernes. No sabía lo que habría pasado. Pero lo que cada vez parecía más evidente era que las cosas no habían ido del todo bien. En breve me encontraría con ella. Estaba totalmente segura de que sucedía algo. Solo esperaba que no fuese demasiado grave.

Llegué a la planta de Neurología y crucé el control de enfermería. Saludé a los compañeros que había en el mostrador. Enfilé el pasillo hacia el vestuario y me tensé al ver la puerta del despacho de Robert. Sin embargo, aquella presión duró poco. Una voz a mi espalda me sacó de ese terreno pantanoso.

—Dra. Sullivan.

Me di la vuelta despacio.

—Dra. Sanders, buenos días.

Me quedé clavada en el suelo. Su presencia para mí era tan emocionante como para un fan de Coldplay encontrase con Chris Martin. Se acercó a mí despacio, con las manos cruzadas a la espalda y con una sonrisa marcada en sus labios carnosos. Era la primera vez que la veía ese gesto. Y, la verdad, no la sentaba mal.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias.

«Respira. Respira. Que no te note la emoción».

—Me tomé unos días de descanso la semana pasada y, cuando he llegado, el Dr. Monroe me ha contado lo que sucedió el jueves.

—Sí, fue un incidente desafortunado.

—Como siempre, Dra. Sullivan, haciendo alarde de su prudencia. —Y me volvió a sonreír. La devolví el gesto—. Me ha dicho mi compañero que ya se encargaron de ver si tenía alguna lesión.

—Está todo bien, Dra. Sanders. Salvo las típicas molestias, pero todo bien.

—Me alegro mucho. Sobre todo, por ver que no la ha dejado secuelas psicológicas. No todo el

mundo afrontaría una agresión de un paciente con su entereza.

«¡Oh! ¡Dios! ¡Me está adulando!».

En mi interior, di saltitos y elevé los brazos al cielo.

—Gracias, Dra. Sanders. Es solo que no me gusta vivir con miedo.

Aquello la hizo gracia. No lo entendí. Metió las manos en su bata y me regaló otra media sonrisa.

—Tengo ahora consultas. ¿Le apetecería venir conmigo a ellas?

«¡¡Sí!! ¡¡Sí!! ¡¡Sí!!».

—Claro. Muchísimas gracias.

—No me dé las gracias, doctora.

La sonreí. Era cierto que no le gustaba que la agradeciesen nada. Pero para mí era importante hacérselo saber.

—El único problema es el programa —dije dudando.

No sabía si O'Connell y Robert lo permitirían. Pero ella hizo un gesto de menosprecio con sus labios y dijo:

—Eso no es problema.

Sin dudarlo, se acercó hasta la puerta del despacho de Robert. Dio dos toques secos, abrió sin esperar permiso y, desde fuera, la oí decir con un tono que no admitía réplica:

—Evans, me llevo a Sullivan.

Después, cerró la puerta y vino de nuevo hacia mí.

—En diez minutos en mi despacho.

Me sonrió de medio lado y se marchó. En esos momentos, la puerta del despacho de Robert se abrió y vi que salía con cara de desconcierto. Aun así, estaba guapísimo. Eso tuvo un golpe certero sobre mí y desbarató todo el plan de acción que había trazado aquella mañana. Nunca me acostumbraría a verle a diario sin sucumbir a su belleza. Vestía un pantalón gris oscuro, una camisa azul claro y una corbata azul marino. Mantenía esa barba rebajada y perfilada, que marca más sus preciosas facciones, y había vuelto a su flequillo elevado, pero despeinado.

Se acercó hacia mí, aunque con su mirada puesta en la Dra. Sanders, que ya salía de aquella zona.

—¿Quieres ir con ella?

—Sí.

—Claro —se dijo en un susurro, mientras se tocaba el pelo—. Perdona, es que estaba con otras cosas y todo esto me pilla un poco despistado. Te había programado una mañana tranquila por las contracturas.

—Estoy bien —le dije—. Además, no voy a quirófano. Me lleva a sus consultas.

—¿Te lleva a consulta?

No escondió el matiz de sorpresa. Sonrió mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, nada —dijo sin parar de reír suavemente—. Vale. Pues, por mí, de acuerdo. Aunque creo que mi opinión cuenta bastante poco en estos momentos.

—¿Te molesta que vaya con ella?

Me aterraba esa posibilidad. Me observó con sus preciosos ojos azules y una leve sonrisa. Su imagen fue tan maravillosa que aceleró mis pulsaciones y me dejó sin razón.

—Por supuesto que no. ¡Vamos! ¡No la hagas esperar o se cabreará!

Le sonreí y aceleré el paso hacia los vestuarios. Allí dentro no había nadie. Abrí la puerta de mi taquilla, colgué mi chaqueta de ante y metí todo lo demás de golpe. Únicamente, saqué mi iPhone y me puse la bata. Creo que pocas veces había prescindido del traje quirúrgico como uniforme de trabajo. Me sentía más cómoda con él que con la ropa de calle. Y, de hecho, el traje quirúrgico me ayudaba a dar una imagen neutra a los pacientes. Pero no podía hacer esperar a la Gran Diosa de la Neurocirugía Oncológica.

Salí deprisa y enfilé el pasillo hasta el despacho de Sanders. Cuando llegué, llamé a su puerta. Escuché que me pedía que pasara. Lo hice. Estaba sentada detrás de la mesa de su despacho y hablando por teléfono. Me miró y con su mano hizo un movimiento, invitándome a hacer lo mismo en una de las sillas. Escuché cómo hablaba con su marido sobre uno de sus hijos. Por lo visto, tenían una tutoría en el colegio y discutían sobre cómo afrontarla. El pequeño le había metido un puñetazo a un crío que le llevaba haciendo la vida imposible durante todo el curso anterior. Y ambos padres tenían diferentes visiones de cómo lidiar con aquello.

Estuve allí sentada y en silencio hasta que terminó la llamada.

—Disculpe, Dra. Sullivan —me dijo cuando colgó.

—No, por favor, no se disculpe.

—Vamos a ir empezando. La mañana está un poco ajustada.

Se levantó y se dirigió hacia un perchero donde tenía colgada su bata. Me fijé en ella más atentamente. Siempre la había visto vestir con traje quirúrgico. Muy pocas veces la había visto con su indumentaria de calle. Y, ahora que lo hacía, me resultaba excepcional. Estaba claro que se había vestido expresamente para ir luego a la tutoría de su hijo. Destilaba una elegancia que no había podido percibir en otras ocasiones. Llevaba puesto un vestido beige, recto y estrecho hasta sus rodillas, un cinturón ancho negro, y unos zapatos de tacón de una altura considerable para pasar con ellos tantas horas trabajando. Llevaba su pelo castaño recogido en un moño bajo. Y había maquillado su cara de manera muy sutil y natural.

Todo en ella estaba medido con tal precisión que hasta sus movimientos resultaban armónicos. Caminaba siempre muy erguida, seria y mirando al frente. No atendía a lo que sucedía en su campo periférico. Era como un reflejo de su propia vida: caminaba hacia un objetivo sin dejarse distraer por lo que sucedía a su alrededor.

Después de mis dos intentos de conocerla, el hecho de poder estar a su lado era como un sueño hecho realidad. No podía olvidar quién había sido el artífice de que pudiese conseguir cumplir ese deseo. De nuevo, las premisas con las que había partido de casa volvieron a flaquear y eso me pesó sobremanera.

Salimos de su despacho y caminamos por el pasillo en dirección al área de consultas. Pasamos por el control de enfermería, y allí vimos a mis compañeros con Robert y con O’Connell preparando el día. Sanders no se paró. Únicamente se dirigió a ellos dos con un leve movimiento de cabeza que ambos respondieron con sonrisas. Yo la seguí como un corderito. Pero no pude evitar sentirme algo contrariada por dejarlos allí.

Sin embargo, antes de salir de ese área reparé en algo que me preocupó. Kate no estaba. Intenté toparme con la mirada de Mark, pero él prestaba atención a lo que O’Connell les decía. Seguí a Sanders con el desasosiego rondándome. Sabía que aquello iba a torturarme durante el resto del día.

2
ROBERT

En mi vida había tardado tanto en escribir un artículo. Ni en los primeros momentos de mi carrera, aquella labor me había llevado tanto tiempo como estaba utilizando esos días. Todo se agolpaba en mi cabeza sin orden, sin una estructura clara. Solamente me había encontrado tan disperso una vez en mi vida, y fueron los meses posteriores al abandono de Olivia y a la muerte de mis padres. De aquello, ya habían pasado ocho años. Y una de esas dos razones había vuelto a mi vida. Sin embargo, no hubiera cambiado esa situación por nada del mundo. Prefería ahogarme mil veces en océanos de incoherencias y confusiones, que a vivir en la claridad del orden sin ella.

Unos golpes en la madera de la puerta me sacaron de mi ensoñación. Insté a la persona que había al otro lado a pasar. Al abrirse la hoja, vi a Mark. No traía muy buena cara y no parecía que la razón fuese su guardia de la noche.

—¡Hola!

—Hola, Robert. Tengo que hablar contigo antes de que empecemos. Es importante.

Lo invité a que pasara. Entró y tomó asiento.

—Dime.

—No te pediría esto si no tuviera el convencimiento de que algo va mal —Sus palabras me inquietaron—. Olivia y yo llevamos sin hablar con Kate desde el viernes. Y hoy todavía no ha llegado. No responde a las llamadas ni a los mensajes. Tiene el móvil desconectado desde anoche. Y Brad tampoco me coge el teléfono.

—¿Has hablado con Olivia esta mañana?

—Cuando venía para acá, nos hemos mensajeado y ella tampoco ha conseguido contactar con Kate. Pero todavía no la he visto.

—Ya ha llegado. Pero va a pasar la mañana en consultas con Sanders. ¿Qué necesitas que haga?

La verdad, no sabía muy bien qué era lo que yo podía ofrecer a esa situación.

—Necesito que hables con Brad; que le telefonees como si fuese una llamada de cortesía, nada más. Y que averigües si ha pasado algo con Kate.

Sus rasgos cargaban con una gran tensión y yo me desmoroné solo al pensar lo que su miedo insinuaba.

—¿Crees que…?

—Ahora mismo, ya no descarto nada, Robert.

Cogí mi teléfono y, sin demorarlo más, busqué su número y llamé. Esperé varios tonos. Y, cuando pensé que no iba a obtener respuesta, la voz de Brad se escuchó al otro lado.

—Hola, Robert.

Aquel tono no poseía el entusiasmo habitual que lo caracterizaba.

—Hola, Brad. No sé si te cojo en buen momento.

—Sí, no te preocupes. Estoy en mi despacho. Todavía no he empezado.

Intenté sonar natural.

—¿Qué tal te fue el fin de semana? —Hubo un silencio como respuesta. Escuché que respiraba profundamente, pero era incapaz de responder—. ¿Brad? ¿Va todo bien?

—No. No va nada bien, Robert.

Su voz se percibía quebrada. Miré a Mark con preocupación y puse el manos libres.

—¿Qué ha pasado, Brad?

Le costó responder a mi pregunta.

—Kate me ha dejado.

—¡Oh! ¡Dios! Lo siento muchísimo.

—Pasamos el fin de semana bien. No entiendo qué ha podido suceder. Pero, cuando llegamos al mediodía a casa, me dijo que necesitaba tiempo. Discutimos y, a eso de las ocho, hizo la maleta y se fue.

Mark se echó hacia atrás como un resorte. Apretó la mandíbula y me miró nervioso.

—¿Y dónde fue?

—No me dijo adónde iba… Imagino que iría de nuevo a su anterior apartamento, con Mark y con Olivia. Habrá pasado la noche con ellos… —Pero Brad intuyó que algo no iba bien—. Robert, ¿por qué me preguntas eso?

No fui yo el que respondió.

—¡¡Porque no ha pasado la noche en nuestra casa, pedazo de imbécil!!

—¿Mark?

—¡¡Te voy a romper la cara en cuanto te vea por dejarla ir de ese modo y a esas horas!!

—¡Vale! —intenté mediar—. No nos pongamos nerviosos.

—¡Dios! ¿Dónde está Kate? ¡Por favor! ¡Decidme que no la ha ocurrido nada malo!

—Tranquilo, Brad. Por favor…

—¡¡Es que eres gilipollas!! ¡¡Sabiendo cómo es, la dejas que se vaya así!!

—¡¡Si por mí hubiese sido, no la habría dejado ir, Mark!! ¡Pero no soy quién para retenerla!

—¡Ya está bien! —grité para imponer silencio—. Brad, escucha. No sabemos dónde está Kate. Olivia y Mark llevan sin poder hablar con ella desde el viernes. Y todavía no ha llegado al hospital.

—Puede que llegue tarde… —dijo el pediatra.

—¡Kate nunca, absolutamente, nunca llega tarde! —gritó Mark, encolerizado.

—Vamos a hacer una cosa —sugerí a ambos—. Vamos a ver si llega, aunque sea tarde. Si no aparece, nos ponemos en marcha para buscarla, ¿de acuerdo? —No obtuve respuesta por parte de ninguno de los dos—. Brad, en una hora te vuelvo a llamar.

—De acuerdo.

Pero su voz sonaba pesarosa. Me despedí y colgué. Me levanté y fui hacia Mark que a esas alturas estaba tan exaltado que no paraba de moverse de un lado a otro.

—Es que es un imbécil de manual —susurraba entre dientes.

—Escucha, Mark. Voy a ver qué puedo hacer para reorganizar la mañana y poder buscarla durante esta primera hora. Pero creo que lo primero que tendríamos que hacer es volver a mirar en los vestuarios. Puede que haya llegado y a lo mejor ha bajado a la cafetería o…

—No ha llegado. Llevo esperándola desde hace una hora y no la he visto venir. Solo me he ido un momento al baño.

—Olivia ha pasado por el vestuario y me has dicho que no la has visto, ¿no? —Me miró dubitativo—. Ha pasado para cambiarse e ir con Sanders. Así que, puede haber sucedido lo mismo con Kate.

Mark se cruzó de brazos y siguió negando con la cabeza.

—No ha venido… Olivia habrá llegado cuando yo estaba en el baño. Y si Kate hubiese venido en ese momento, se habrían encontrado y las hubiese visto.

—Vamos a los vestuarios, a su taquilla, a ver si podemos averiguar si está en el hospital.

—¿Y cómo vas a saberlo?

Le guiñé un ojo.

—Veo que has sido un niño bueno en el instituto.

Abrí uno de los cajones del escritorio y saqué un pequeño estuche de plástico. Después, me levanté, cogí la bata del perchero y salimos del despacho. Nos encontramos con O'Connell, que estaba a punto de llegar a mi puerta.

—Buenos días, Dr. Evans. Dr. Taylor, ¿qué tal? ¿Empezando bien la mañana?

Al ver la cara de Mark, me apresuré a responder para evitar que saliese con una contestación airada.

—Dr. O'Connell, ¿qué tal por Florida? ¿Dónde has estado?

—¡Ah! ¿Ya te han contado?

—El sábado me llamaron del hospital para que viniese. Me dijeron que te habías ido allí el fin de semana.

—¡Vaya! Siento haberte chafado el plan.

—No te preocupes —le respondí tranquilo.

—Nos fuimos mi mujer y yo a Daytona Beach. Y allí hemos estado todo el fin de semana, paseando por las playas.

—¡Me alegro!

—¿Lo conoces?

—Sí. He ido un par de veces.

—¿Y usted, Dr. Taylor?

—No tengo el placer —respondió seco.

De nuevo, acaparé la conversación.

—Oye, O'Connell, el Dr. Taylor y yo tenemos un problema con la paciente del sábado por la noche. ¿Te importa hacerte cargo de los ingresados con el resto del grupo? Solo son tres porque la Dra. Sullivan está con la Dra. Sanders pasando consulta, y la Dra. Laurance está enferma y no ha venido.

Vi cierta contrariedad en su rostro, pero no se negó.

—Claro, claro. No hay problema.

—Vamos al control de enfermería a por las historias. En una hora y media te busco, y nos dividimos de nuevo el trabajo, ¿de acuerdo?

—No te preocupes. —Aun así, me preguntó—: ¿Cuál es el problema de la paciente del sábado?

—Tuvimos que operarla de un aneurisma y no estoy muy satisfecho con la evolución —mentí —. Déjame que me acerque un rato y eche un vistazo, anda. Así me quedo más tranquilo.

—Por supuesto, Robert. Ya me encargo yo del grupo. ¿Vamos y se lo decimos?

—Sí, claro.

Nos dirigimos los tres hasta el control de enfermería y les explicamos cuál iba a ser la dinámica del día. Cuando estábamos allí, vi pasar a la Dra. Sanders con Olivia. Me quedé observándola abstraído unos segundos. Todavía no me acostumbraba a verla a diario sin sentir un cosquilleo recorriendo mi cuerpo. Pero ella no me miró. Tenía puestos sus ojos en Mark que,

por su parte, hacía que escuchaba atentamente a lo que decía mi mentor. Volví mi atención hacia ellos. Y, cuando O'Connell terminó, dejamos que el grupo se marchase para ponernos en marcha.

Fuimos directamente hacia los vestuarios. Mark me indicó cuál era la taquilla de Kate. Y, entonces, saqué lo que iba a utilizar de tensor para abrirla.

—¿Eso es un disector Adson[i]? —gritó.

Lo mandé callar.

—Vigila para asegurar que no viene nadie.

Mark comenzó a mirar por todas partes para confirmar que estábamos solos. Y, después, se colocó en la puerta de entrada para evitar que nos pillasen.

—¡Date prisa!

Empecé a introducir el disector, a modo de tensor, para ir colocando los pernos. No hacía demasiado tiempo que había hecho algo así. Hacía unos meses, se me perdió la llave del candado que utilizaba en la taquilla del gimnasio. Así que tuve que improvisar. Sin embargo, la labor llevaba su tiempo y Mark comenzó a impacientarse.

—¡Robert! —susurró.

—Espera…

—¡Joder! Es que, de verdad, que haya desconectado el teléfono —empezó a parlotear—. Que yo entiendo perfectamente que lo único que la apetecía era estar sola. Pero, ¡joder! Te vienes con nosotros a casa, te encierras en la habitación a llorar y nosotros ni te molestamos. ¡En qué narices estaría pensado! ¡Estas dos siempre igual! ¡Siempre igual!

—¿Las dos? —pregunté mientras seguía con lo mío—. ¿Te refieres también a Olivia?

—¿A quién si no? ¡Son las dos iguales! Cuando algo se tuerce, desaparecen. Y, a los demás, ¡qué nos den!

—Sé a lo que te refieres —musité entre dientes.

Mark se alejó de la puerta y vino hasta mí para descargar su enfado.

—¿A ti te parece normal? Es que no piensan en los demás. Solo quieren su espacio y les da lo mismo si llevan horas desaparecidas.

Había metido ya la mitad del tensor.

—La última vez que Olivia desapareció, no volvió hasta ocho años después —bromeé.

—No es lo mismo, guapete. Eras un capullo y te lo merecías. Además, ella no volvió. Te la encontraste por casualidad.

—No me hagas sentir peor, anda —me quejé.

—Pues deja ya el tema 'Olivia'. ¡Eres tú el que lo ha sacado!

El candado estaba casi a punto.

—Vuelve a la puerta, Mark. Como nos pille alguien, nuestro prestigio se cae por los suelos.

Mark obedeció y volvió allí, diciendo:

—Siempre podemos alegar que estamos obsesionados con Kate y que hemos venido a robarle unas bragas.

Enarqué una ceja.

—¿A ti te parece eso es una buena excusa?

—La gente siempre está dispuesta a creer ese tipo de historias. Si les dijésemos que solo estamos intentado saber si está en el hospital, nadie nos creería.

Asentí con un gesto de conformidad.

—Creo que ya está.

La cerradura cedió y enseguida escuché los pasos de Mark acercándose. Abrí la puerta de la taquilla. Mark, a mi lado, miró dentro y dijo sin dudarlo:

—Tiene que estar aquí porque no está ni la bata ni la identificación. Y esa bolsa de Adidas no la ha traído nunca. —Se agachó y la abrió—. Ropa y un neceser. Tampoco es que se haya llevado mucho de casa de Brad.

—Él dijo que había hecho la maleta y se había ido.

—Brad está agobiado. Kate ha hecho una pequeña maleta porque necesita algo de espacio. —Me miró mucho más tranquilo—. Lo que no sé es por qué no ha venido al control de enfermería.

—Lleva fuera desde ayer por la noche. ¿Puede que se haya quedado dormida en algún lugar del hospital?

—Hombre, no sé. Recuerdo que, durante el primer año de la interinidad en Neurología, entre estudiar para el step 3 de la USMLE, las prácticas y demás, pasábamos mucho tiempo en la biblioteca del sótano. Y, como está cerca de la morgue, nos acercábamos por allí a echar un sueñito en las camillas. Pero no sé…

—Puede que no hayan bajado a nadie por la noche y siga dormida allí.

—No te equivoques, Robert. En la morgue siempre hay gente. Hace años, solo se bajaba a dormir. Pero ahora, sobre todo, hay gente follando.

—¡Joder! Mira que hay sitios mejores…

—El morbo.

Cerré la taquilla.

—No perdemos nada por buscarla allí. Pero pasamos antes por la cafetería, por si acaso.

Nos pusimos en marcha. Bajamos en el ascensor solos. Mark seguía nervioso, aunque visiblemente mejor que en los momentos previos. Yo, por mi parte, aún seguía dándole vueltas a lo de la morgue.

—No acabo lo entender lo de follar ahí abajo. Cuando yo hice la residencia, lo habitual era montárselo en los cuartitos de las plantas, los baños, las salas de descanso…

—No sé. Yo solo te digo lo que me han contado. Y, por lo que me han dicho, lo bueno que tiene es que nadie te molesta. Como todo el mundo sabe a lo que vas allí, pues no hay interrupciones. Los celadores que bajan, como se lo conocen, van avisando por el pasillo para no pillar a nadie. Y eso no te pasa en el cuarto de fotocopias. Además, todo el mundo sabe a la hora en la que está el médico forense y los alumnos. Está muy bien organizado —ironizó.

—¿Conoces a alguien que se lo haya montado ahí abajo? —Sonrió, pero no me contestó. Me temí lo peor—. ¿Mark?

—Yo no he follado ahí abajo.

—¡Dios! —susurré desviando la mirada.

Mark empezó a desternillarse.

—No te preocupes. Fue hace muchos meses. Y el residente de cardiología ya no está.

—No quiero saber nada más.

—Tranquilo. Tú estás mucho más bueno.

Imaginar a Olivia con otro tío allí abajo me cabreó muchísimo.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta principal, donde estaba ubicada la cafetería. Salimos hacia allí con rapidez. Al entrar no había apenas gente y vimos a Kate enseguida. Estaba sentada al fondo, junto a una cristalera. Tenía la mirada perdida y sujetaba con su mano derecha la taza de un café que ya se había consumido hacía tiempo. Nos acercamos despacio. Percibió

nuestra presencia. Nos miró con sorpresa y, rápidamente, echó un vistazo al reloj de su muñeca.

—No sabía que era tan tarde.

Levanté mi mano para apaciguar su premura.

—Tranquila.

Mark se sentó en la silla que había a su lado. La sostuvo la mirada unos segundos con calidez. Kate bajó su rostro y trató de ocultar lo que imaginaba que su amigo ya sabía. Mark envolvió su mano y Kate volvió a llevar los ojos sobre él. Me sentí que estaba fuera de lugar. Si me quedaba más tiempo allí, lo único que iba a conseguir era que Kate se encontrase más incómoda. Así que le di la intimidad que necesitaba y me alejé hacia el autoservicio. En ese transcurso, llamé a Brad. No tuve que esperar mucho para que descolgase.

—¡Robert! —su voz sonaba tensa.

—Está bien. No te preocupes. Mark está ahora con ella.

—Discúlpeme un momento, Sra. Mackintayre. Es importante.

—¿Estás en consulta?

—Sí —fue su escueta respuesta. Esperé en silencio el tiempo que Brad necesitaba para salir de allí—. Perdona.

—No, por favor.

—¿Cómo está?

—La veo bastante abatida. Como tú, imagino. Pero, por lo demás, parece estar bien.

—¿Dónde ha estado desde que salió de mi casa?

Aquello le torturaba más que otra cosa. A todas luces, se sentía responsable.

—No lo sé. No he hablado con ella. Pero creo que puede haber pasado la noche en el hospital. Mark te lo explicará luego.

—¡Qué poco lo conoces!

—Mark estaba enfadado porque estaba muy nervioso por encontrarla. Nada más.

Intenté defender de esa forma a mi reciente amigo. Pero una risa triste y forzada sonó al otro lado.

—Solo te digo una cosa, Robert. Nunca cabrees a Mark. Con Kate y con Olivia actúa como una gata defendiendo a sus crías. —Respiró profundamente y su voz se volvió más susurrante—. Intentaré hablar con ella más tarde. Pero no creo que me coja el teléfono.

—Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

—Gracias, Robert. No sabes lo mucho que has hecho por mí. Me estaba muriendo solo de pensar que podía haberla pasado algo.

No pude evitar que mi pensamiento se fuese a Olivia. Sentí la presión del pasado sobre mi pecho.

—Vuelve a consulta, Brad. Luego hablamos.

—De acuerdo. Gracias, Robert.

—Adiós.

Colgué y me acerqué a la máquina de café. Alcancé tres vasos de cartón para llevar. En dos, eché descafeinado y en el otro, café solo. Cogí un puñado de sobres de azúcar y, con todo ello, fui a pagar. Después, fui hasta donde estaban sentados Mark y Kate. Cuando vieron que me acercaba, dejaron la conversación y esperaron a que llegase.

—Robert, lo siento.

—No te disculpes, Kate. —Y puse uno de los descafeinados delante de ella. El otro se lo tendí a Mark—. Sé que te encuentras mal. Pero debemos irnos. Si alguien nos ve aquí a esta hora,

podríamos tener problemas. —Ambos se levantaron de manera inmediata—. Si me dejas, reorganizaré el día para vosotros dos, de manera que puedas estar más tranquila y con Mark. Podéis pasaros la mañana en mi despacho mientras yo paso consulta.

—No es necesario… —intentó decir ella.

—Kate, sé lo difícil que debe estar siendo todo esto para ti. Déjame ayudarte; al menos durante el día de hoy.

Bajó su rostro y tomó aire profundamente. La insté a caminar conmigo. Mark nos siguió a la misma altura.

—Gracias —la escuché que decía.

—Si O'Connell te pregunta, le dices que llevabas todo el fin de semana con cefalea. Pero que ya te encuentras mejor y por eso has venido a trabajar. Vamos a ir a ver a la paciente de la operación del sábado y, después, os vais a mi despacho. Si alguien os ve, decidle que estáis con unas historias médicas antiguas, ¿de acuerdo? Yo os la llevo luego.

Asintió con la cabeza. La acaricié la espalda con intención de darle ánimos. Pero sabía que en esos momentos poco se podía hacer para aminorar su dolor.

3
OLIVIA

Salí del despacho de la Dra. Sanders a falta de una hora para que finalizase mi jornada y que empezasen las horas de guardia. Ni siquiera me había dado tiempo a comer. Trabajar con ella todo el día había sido agotador. Nos habíamos ceñido exclusivamente a las consultas. Ese día había liberado su agenda de intervenciones. Su argumento se basaba en que ningún médico debería operar después de haber pasado el día anterior tumbado en la playa. Hoy en día, sigo manteniendo esa máxima en mi rutina laboral.

Disfruté mucho a su lado durante las horas que estuvimos juntas. Tal y como me había advertido antes de empezar, la mañana estaba bastante saturada de pacientes. Y no se equivocó porque terminó alargándose más allá del mediodía. Después, fuimos a su despacho y allí me explicó una serie de casos bastante particulares mientras se comía un sándwich y mi estómago, totalmente vacío, rugía. Pero ni siquiera me molestó aquello. El hecho de que me pidiese mi opinión con aquellos pacientes fue suficiente para saciarme para el resto del día.

Terminamos nuestro encuentro a las cuatro de la tarde porque tenía que ir con su marido a la tutoría de su hijo. Así que me despedí de ella y salí de su despacho feliz por haber podido disfrutar tanto. Con una sonrisa en mi cara, caminé hacia los vestuarios subida en una nube. Por eso, cuando noté que una mano me acariciaba la cintura, me asusté. Me giré y vi a Robert a mi lado. Me separé inmediatamente y percibí su contrariedad.

—Hola. —Traté de dulcificar mi gesto con una leve sonrisa—. Me has asustado.

—Lo siento. No pretendía... Estaba esperándote. ¿Cómo te ha ido con la Dra. Sanders?

La felicidad me bañó de nuevo el rostro.

—Bien, muy bien.

—Estás muy pálida. ¿Has comido?

—No.

Puso las manos sobre sus caderas y, en un claro gesto de cabreo, respiró profundamente, tensó la mandíbula y dirigió sus ojos al pasillo que daba acceso al despacho de Sanders.

—Vamos, vente conmigo.

—¿Dónde?

Soné demasiado brusca y él me lo devolvió.

—Tranquila, solo quiero invitarte a comer. No voy a llevarte a la morgue.

Rasgué la mirada.

—Ya es muy tarde. Cogeré algo de la máquina expendedora.

—Como quieras —cedió.

Comenzamos a andar hacia la máquina que había en aquella planta.

—¿Qué tal el día?

No formulé la pregunta por cortesía. Notaba que había algo que le preocupaba. Sentía la pesadumbre en su mirada. Me lo confirmó el hecho de que dudase para responderme. Me miró a los ojos sin dejar de andar. Y, aunque parecía que iba a decírmelo, sin embargo, cambio de opinión en el último momento. Así que mi mente me jugó una mala pasada y se dejó arrastrar

por mis miedos. Juzgué a Robert ante de que él me explicase nada.

—Te ha molestado que me fuera con la Dra. Sanders. Es eso, ¿verdad?

Mi tono no era amistoso.

—¡No! ¡Joder, Olivia! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

Me paré enfrente suya, impidiéndole el paso, y me crucé de brazos.

—¿Qué es, entonces?

—¿Qué es qué?

—No me toques las narices, Robert. Es evidente que te pasa algo conmigo.

—No es contigo. —Desvió su mirada hacia un lado. Vaciló—. Pero sé que te va a afectar.

—Dímelo.

—Está bien. —Tomó aire y lo soltó—: Kate ha dejado a Brad.

No pude responder. Lo único que me vino a la mente fue la sucesión de imágenes de nuestra última conversación el viernes. Y luego, la reticencia, las excusas, el silencio.

—¿Dónde está?

Mi voz sonaba ahogada por la preocupación.

—En mi despacho, con Mark.

Caminé deprisa hacia esa otra ala. Robert me siguió sin decir nada. Cuando llegamos, golpeé la madera y abrí la puerta. Vi a Kate sentada sobre el sofá blanco. Estaba destrozada. Sus ojos y su pulcra cara estaban inflamados y enrojecidos por las lágrimas vertidas. Y Kate no lloraba. Nunca.

Corrí hacia ella, me arrodillé enfrente suya y la abracé con fuerza. Pero no percibí consuelo. Ni siquiera noté que mi gesto la agradase. Me separé. La miré directamente a los ojos. Desvió su mirada y me ahogué en la confusión.

—Kate… —la llamé y acaricié su mejilla. No entendía por qué se mostraba esquiva conmigo. Miré a Mark con desconsuelo. Sabía que estaba destrozada. Pero se había cerrado a mí. No supe qué hacer. Enlacé mis manos con las suyas. Percibí tensión. Busqué su mirada con la súplica marcada en mis ojos—. Kate… —volví a susurrar—. Elevó sus ojos hacia mí y la frialdad que me recorrió me desconcertó y me aturdió sobremanera—. Lo siento muchísimo —conseguí decir.

En ese momento, unos golpecitos sonaron en la puerta. Kate se recompuso. Yo me levanté y me alejé de ella. Robert se tomó el tiempo necesario para confirmar que todo estaba bien. Cuando abrió, vimos que al otro lado estaba Sarah Parker.

—Hola, Dr. Evans. ¿Estás ocupado?

Robert dudó. Nos miró y luego volvió su atención sobre ella.

—Dime, ¿qué necesitas?

Sarah sonrió, ladeó levemente su rostro y rasgó su mirada.

—Me gustaría hablar contigo en privado.

Robert se apresuró a zanjar aquello.

—Ahora mismo tenemos mucho jaleo aquí. Si necesitas que hablemos en privado, tendrás que esperar.

Sarah no mostró ni un ápice de trastorno. Todo lo contrario. Su actitud se tornó mucho más sugerente.

—Está bien. No te preocupes. No hay problema. Puedo comentártelo aquí mismo. —Y, con una altivez evidente, siguió diciendo—: Mis padres organizan una fiesta benéfica este sábado y me gustaría que vinieses.

Hasta Kate, que estaba de espaldas a la puerta, se giró al escucharla. Mark puso sus ojos en blanco. Y yo me sentí abatida. De hecho, mi cuerpo actuó inconscientemente, me crucé de brazos y di unos pasos hacia atrás, como intentado alejarme de todo aquello.

Robert, evidentemente incómodo, salió al pasillo y cerró la puerta tras él.

—¡Qué fuerte! —dijo Mark.

Me obligué a que todo aquello no me embarrase. Quizá, si la invitación hubiera venido de otra persona, no me hubiese afectado. La hubiera entendido como algo natural. Incluso, si Sarah lo hubiese hecho de un modo más formal, no me hubiese llegado a desestabilizar. Pero ese «me gustaría que vinieses» se me había clavado como un aguijón difícil de digerir. Me tragué mis celos y me volví a centrar en Kate. Su rostro había cambiado y, en esos momentos, sus ojos emitían demasiada ira contenida. Me acerqué de nuevo a ella y me agaché a su altura.

—Kate, cariño, ¿qué ha sucedido?

—Ha pasado lo que tenía que pasar, Olivia. Pero no me apetece hablar de ello ahora. Estoy cansada. Solo quiero volver a mi casa y dormir en mi cama.

Llevé mis ojos hacia Mark. Dudaba si se refería a nuestro apartamento y él me lo confirmó.

—Vuelve con nosotros, sí.

—Bien —respondí—. Lo único, Kate, hay que quitar las sábanas de la cama porque Robert durmió en ella el sábado y a mí no me ha dado tiempo a cambiarlas.

—No te preocupes —dijo cortante—. Te quitaré las sábanas y te pondré un juego nuevo.

—No, pero no en mi cama, sino…

—Sí, Olivia. En tu cama. He dicho que vuelvo a mi casa y a mi cama.

No me lo podía creer.

—¿Me estás echando de mi dormitorio?

—Esto… —intentó mediar Mark.

—Hasta donde yo sé, no es tu dormitorio —respondió severa—. El contrato lo firmamos Mark y yo con el casero. Tú viniste después.

—¿Qué es lo que pasa, Kate? —zanjé, aunque mi voz sonó con mesura.

Con ímpetu, se levantó del sofá. Tuve que apartarme con rapidez para que no me tirara al suelo. Adquirió una postura altiva y recta que percibí claramente como una amenaza.

—No pasa nada, Olivia. Solo que la cosas vuelven de nuevo a su sitio. —Me sonrió de manera forzada y miró la hora—. Voy a los vestuarios para volver a casa. —Giró su rostro hacia Mark —. Te veo allí.

—Yo tengo guardia —la dije.

—Lo sé. Así será mejor para trasladar las cosas de una habitación a otra.

—¡Kate! —la reprendió Mark.

Pero ella lo sentenció con la mirada. Yo no pude reaccionar. Aun así, no traté de enfrentarme a ella. Abrió la puerta sin decir nada más y salió del despacho. Entonces, llevé mi atención hacia Mark. Él también me miraba confuso y se adelantó a mis dudas.

—No tengo ni idea de lo que la pasa. He estado con ella todo el día y ha estado bien. Triste, pero bien.

—Crees que he dicho algo…

—¡Pero si apenas habéis cruzado palabra! —Me sentí muy inquieta—. Hablaré con ella a ver qué puede haber pasado. Con lo que sea, te digo luego.

—Mark… —susurré asustada.

La situación se me escapaba y todas las explicaciones a su comportamiento me parecían igual

de inquietantes.

—No te preocupes, Olivia. —Después, me miró preocupado—. Tienes mala cara. Estas muy pálida.

—No me encuentro muy bien —respondí agotada por todo—. Voy a bajar a la cafetería a tomar algo. Te llamo más tarde.

—Mejor nos mensajeamos. No quiero que nada interrumpa la conversación con Kate.

—De acuerdo.

Le di un beso en la mejilla y me dirigí a la puerta. Iba a abrir, pero me costó unos segundos hacer el movimiento. Sabía lo que me iba a encontrar ahí fuera y no me apetecía tener que ver la posible proximidad entre Robert y Sarah. Ella ya me había hecho partícipe de sus intenciones. Le gustaba y, desde que le sugerí a Robert que la pidiese perdón, Sarah no escondía su interés por él. Me censuré el hecho de que todo eso me afectara y decidí cortar los derroteros en los que se ahogaba mi mente. Por eso, cuando abrí la puerta para salir, traté de ser lo más rápida posible.

Vi a Robert que estaba apoyado con su hombro en la pared y cruzado de brazos. Sarah, enfrente suya, reía. Sentí una nueva dentellada de celos magullando mi piel. Con la mirada esquiva, lo busqué. Pero él ya tenía sus preciosos ojos clavados en mí. Le miré de perfil y susurré un tenue «Adiós» que apenas salió de mi boca. Ninguno de los dos me respondió inmediatamente. Sarah ni siquiera fue consciente de mi presencia. Robert, sin embargo, frenó mi huida.

—¡Dra. Sullivan! —Me di la vuelta despacio y vi que venía hacia mí. Sarah nos miraba desde más atrás con un mohín en los labios—. ¿Dónde vas?

No había ninguna razón por la que quedarme en su despacho. Sin embargo, preferí ser prudente.

—Voy a la cafetería. Necesito comer algo.

—Te acompaño.

—¡No! —Volví a sonar demasiado brusca y sus ojos así me lo hicieron saber—. No es necesario. Necesito estar sola un rato, por favor.

—¿Qué ha pasado con Kate?

—Nada —mentí.

—Olivia —me rogó.

Pero yo llevé la mirada más atrás.

—La Dra. Parker te está esperando.

No me respondió. Pero percibí su abatimiento por mis últimas palabras. Di dos pasos hacia atrás sin dejar de mirarlo. Sus ojos me pedían que no me fuera. Pero no podía seguir más tiempo allí. Me di la vuelta y emprendí el camino hacia la cafetería.

4
OLIVIA

Estaba sentada en uno de los tres sofás que había en el área de descanso para los médicos del departamento. Neil también estaba conmigo de guardia. Pero apenas habíamos intercambiado palabra. Él estaba muy entretenido con Eve, una residente de Neurología. Y ella estaba tan receptiva que estaba planteándome la posibilidad de ir a dar una vuelta para darles algo de intimidad.

La tarde había terminado tranquila y la noche parecía que se presentaba igual. Los médicos de urgencias no nos habían requerido en ninguna ocasión. Así que todo fluía con serenidad y sosiego.

No sucedía lo mismo con los problemas que me rondaban. Había tenido que prescindir de nuevo de las benzodiacepinas y tomarme solo los antiinflamatorios. Pero no eran suficientes como para que el cuello no me molestara. Lo mejor hubiese sido haber pedido un cambio de guardia en Recursos Humanos. Las lesiones estaban todavía muy recientes para pasar tantas horas allí. Además, la preocupación por Kate no ayudaba a relajarme. Mark me había escrito, y me había dicho que nuestra amiga estaba como loca sacando mis cosas de la habitación y llevándolas a la otra. Por lo visto, habían discutido cuando intentó pararla.

Mark tampoco había podido averiguar de dónde venía su reciente aversión hacia mí. Me preocupaba la razón. Pero Kate era mi amiga y debía darle tiempo para que se serenase. Solo así podríamos solucionar las cosas. Si intentaba forzarlo ahora, únicamente encontraría rechazo y nos sería imposible solventar cualquier malentendido. Tenía que aguantar lo necesario hasta que ella consiguiese la tranquilidad que necesitaba o, al menos, refrenar y calmar su ira.

Levanté la vista de mi iPhone. Estaba trasteando por Twitter, pero ya estaba más que aburrida. En esos momentos, vi como Eve acariciaba la mejilla de Neil con un dedo y supe que era hora de irme. Me levanté despacio, me coloqué bien la camisola del traje quirúrgico y guardé mis cosas en los bolsillos.

—¿Te vas? —me preguntó Neil.

Nunca había visto a nadie suplicar de esa manera con su mirada.

—Sí. Voy a darme una vuelta. Estoy aburrida y no puedo dormir. —No era cierto. Me moría por echarme unas cuantas horas. Pero con ellos dos allí iba a ser imposible—. Luego os veo.

Salí, cerré la puerta y me pregunté cuántos segundos tardarían en saltar uno encima del otro. Aquello me hizo sonreír y enfilé el pasillo hasta el control de enfermería con ese gesto en mis labios. Iba distraída, con la cabeza agachada y mirando al suelo. Cuando la elevé, vi a Robert parado frente a la máquina de café. Todo mi cuerpo sintió un estremecimiento anhelante que me envolvió sin tregua.

Estaba de espaldas y no me había visto. Eso me ayudó a deleitarme en observarlo sin que él lo percibiera. Iba vestido con un traje quirúrgico azul oscuro. La tela se pegaba levemente a los músculos de sus brazos, de su espalda y de sus hombros. Sentí cómo me atravesaba un deseo irrefrenable. Pensar en ello me sumió en una espiral discordante. Le deseaba tanto que mi cuerpo reclamaba fusionarse al suyo. Pero junto a ese anhelo navegaban el miedo, la desconfianza, el

dolor… Contrariada, bajé mis ojos hacia el suelo. Odiaba toda esa situación. Quería amarle y quería hacerlo libremente, sin ataduras, sin temores, sin sospechas, sin el pasado que me espoleaba sin tregua. Aunque algo dentro de mí me decía que aquello era prácticamente imposible. Después de lo que habíamos vivido juntos, estábamos destinados a que el recelo nos rondase eternamente.

De nuevo, alcé mi rostro hacia él y comprobé con sorpresa que me estaba observando. En silencio, enlazamos nuestras miradas y en esos momentos fue más que palpable la conexión que nos unía. Fue tal la fuerza con la que me sacudió que me sentí flaquear. Robert lo percibió y vino hacia mí. Se paró escasamente a un metro y me tendió el café que tenía entre sus manos. Le sonreí.

—No, gracias. ¿Qué haces por aquí?

—Estoy terminando de corregir el artículo que te dije. He preferido quedarme. Si volvía a casa, sabía que me iba a ser imposible acabarlo a tiempo. ¿Y tú? —Llevó su mano hacia mi pelo y lo engarzó detrás de mi oreja. Turbada, miré hacia el control de enfermería, pero allí no había nadie—. ¿Está siendo una guardia tranquila?

—Sí.

—¿Y por qué no estás durmiendo? Es casi media noche.

Me moví inquieta. Su voz grave me acariciaba de tal manera que sentía cada uno de sus pulsos en los poros de mi piel.

—Estaba en el área de descanso. Pero Neil está con… una amiga.

—¿Una amiga? —preguntó divertido.

—Sí, una amiga. Y, bueno, creo que necesitaban estar solos un rato.

—Ya. —Una media sonrisa le cruzó el rostro—. ¿Y qué ibas a hacer? ¿Ir a otra área de descanso?

—Iba a dar una vuelta, a ver si encontraba algún sitio con alguna camilla abandonada que pudiese usar.

Sin dejar de escrutarme con sus bellos ojos azules, dio un sorbo al café. Cuando lo retiró, pasó su lengua levemente por sus labios. Deseé ser yo la que los lamiera.

—¿Me guardas un secreto, Livi?

Rasgué la mirada.

—Claro.

—Ven conmigo.

Se puso a andar y yo le seguí con curiosidad. Llegó hasta la puerta de su despacho, abrió con la llave y pasó. Dejó el café sobre la mesa, junto a su portátil abierto. Al ver que no le seguía, me miró contrariado.

—Pasa. —Lo hice—. Cierra la puerta.

Inmediatamente después, empujó el escritorio hacia el lado de la ventana.

—¿Qué haces?

—Enseñarte mi secreto.

Me sonrió mordaz. Fue hasta el sofá, metió la mano en el hueco que había entre el respaldo y el asiento, y tiro de algo. La estructura se fue desarmando hasta mostrar una cama con un maravilloso colchón y un edredón nórdico, todo ello con el membrete del hospital.

Miré a Robert.

—Puedes usarlo si quieres. Ahora mismo, es lo que le vendrá mejor a tu cuello, no una camilla abandonada.

—Pero… ¿Y tú?

—Todavía me queda un rato de trabajo.

Dirigí mis ojos hacia aquel sofá-cama tan apetecible. Y, aunque un mar de dudas me oprimía, al final se impuso mi cansancio.

—De acuerdo. Pero tienes que prometerme una cosa.

—¿El qué?

—Que te echarás en él cuando termines el artículo, aunque yo siga durmiendo. Es lo suficientemente amplio para los dos. Y no pienso permitir que no descanses bien por mi culpa.

—Creo que estoy deseando terminar ese artículo… —bromeó, pero no me lo tomé a mal.

Se movió hacia el escritorio y encendió una lámpara de mesa que allí había. Después, se acercó hasta la puerta y apagó la del techo. El ambiente se volvió más tenue y mucho más íntimo. Robert cerró la puerta por dentro y dejó las llaves sobre el escritorio.

Mientras hacía todo aquello, yo me senté en la cama. El colchón era de mucha calidad. Se notaba que el hospital cuidaba a conciencia de los médicos titulares. Me descalcé y me quité los calcetines. Saqué mi iPhone y el ‘busca’ de uno de los bolsillos de mi camisola. Robert me tendió su mano para cogerlos.

—Los dejaré en la mesa. Prometo no descolgar si te llaman.

Reí en silencio y se los di. Después, fue hasta su silla y se sentó. No pude evitar quedarme unos instantes mirándolo.

—Gracias, Robert.

—No es necesario que me las des. Intenta descansar un poco.

Me tumbé sobre el colchón y me arropé. Pero no cerré los ojos. Le seguí observando en esa semioscuridad. Había vuelto a centrarse en la pantalla del portátil y sus ojos comenzaron a moverse leyendo. Mientras lo hacía, bebió de nuevo de su café. Y, después, tecleteó algo.

Cerré los ojos y permití que su imagen inundase mi mente. Su aroma envolvía toda aquella estancia y recrearme en él hizo que se erizase mi piel. Recordé las noches que pasé a su lado, tumbada sobre su cuerpo, acariciando su pecho. Y, entonces, supe con pesar que la nostalgia terminaría consumiéndome.

*****

El pitido de un ‘busca’ me despertó. Aunque lo que me abrumó no fue eso sino comprobar dónde me encontraba, con quién me encontraba y, sobre todo, cómo me encontraba. En milésimas de segundos reaccioné y me incorporé. Pero, durante esos instantes, fue como si el tiempo se hubiese parado.

Me encontraba tumbada en el sofá-cama del despacho de Robert, con Robert y sobre Robert. No sabía cómo demonios había pasado. Lo que estaba claro era que él había terminado su artículo y, como acordamos, se había acostado a mi lado. Pero en algún momento, mi cuerpo había decidido obrar libremente y abrazarse a él. Mi cabeza yacía apoyada sobre su hombro. Él había pasado por debajo su brazo para que reposase mi cuello. Me había envuelto toda la espalda hasta la cintura y la agarraba con firmeza con su mano. Mi cuerpo descansaba encima de su costado. Había reposado mi pierna izquierda entre las suyas. Y mi rodilla descansaba sobre su más que evidente erección. Mi mano remataba aquella situación. Se había colado traicioneramente por debajo de su camisa y se deleitaba tocando la piel de su pecho.

Me incorporé como un resorte al ser consciente de la situación. Y me quedé paralizada y

horrorizada a partes iguales. Robert se despabiló poco a poco y se fue levantando, apoyándose primero sobre su codo.

—¿Es el tuyo? —preguntó.

Como fui incapaz de responder, se levantó de la cama y cogió mi ‘busca’ de la mesa. Con claros síntomas de somnolencia, lo apagó y comenzó a leer el mensaje en voz alta.

—«Lesión craneal derecha penetrante con un picahielos». ¿Con un picahielos? ¡Joder! «Posible intento de suicidio». —Se pasó la mano por el pelo mientras suspiraba. Me miró intentando encontrar alguna respuesta por mi parte. Y, al no obtenerla, se acercó hasta mí, me acarició la mejilla y me dijo—: Duerme un poco más. Ya voy yo.

Cogió su bata, su móvil y las llaves del despacho. Abrió la cerradura y, después, me las lanzó sobre la cama.

—¡Descansa!

Al oír cerrar la puerta, pude reaccionar. Me tapé los ojos con las manos. Estaba totalmente avergonzada. Notaba incluso el rubor de mis mejillas quemándome la piel. Me rogaba que, al menos, el sueño no le hubiese hecho ser consciente de la postura en que estábamos. Por la reacción natural que había tenido, no parecía que se hubiese dado cuenta. Aunque una parte de su anatomía sí que había reaccionado con firmeza ante esa cercanía. Volví a ruborizarme solo de pensarlo.

Salí de la cama y me levanté con premura. Con todo aquello era imposible volver a quedarme dormida. Pero, además, me habían llamado desde urgencias. No podía trasladar a Robert mis responsabilidades. Así que me coloqué los zuecos y cogí las llaves, el iPhone y el ‘busca’. Salí del despacho con rapidez y cerré la puerta. Corrí hacia el ascensor, pero ya estaba bajando. Sin duda, se trataba de Robert yendo a la planta de urgencias.

Tomé la escalera y decidí recorrer el tramo a pie. Bajé los cinco pisos todo lo rápido que pude. Cuando llegué a la planta principal, me dirigí hacia la zona de urgencias. Pasé las puertas de control y me topé de bruces con Jason.

—¡Olivia! —dijo con sorpresa.

Tampoco lo entendí. Trabajábamos en el mismo hospital. Entraba dentro de la lógica que pudiésemos encontrarnos.

—Tengo una urgencia.

Y traté de ir hacia el pasillo de los boxes. Sin embargo, él me retuvo del brazo.

—Espera, por favor. —Cedí—. Siento mucho lo que pasó el sábado. No… No soy así, Olivia, de veras. Pero es que… No pude controlarme…

—Ya —respondí con acritud.

—Olivia —susurró. Y se acercó mucho más a mí. Me sentí tremendamente incómoda—. Si pudiésemos volver a quedar para hablar…

—Lo siento, Jason. Pero tengo una urgencia y ya me he demorado demasiado.

No pensaba volver a quedar con él en lo que me quedaba de vida. Me zafé de su agarre y corrí hacia el pasillo de los boxes. Nada más entrar en él, escuché mucho ruido, gritos, golpes. La voz de Robert estaba entre ellas. Me alarmé. Corrí hacia el lugar de donde provenían. Deslicé la puerta de entrada y me encontré con una situación que en ningún momento podría haber imaginado.

Jake estaba siendo inmovilizado en la cama por un celador, un guardia de seguridad, el médico de urgencias y por Robert. Y, aun así, no podían con él. Este último, se dirigió al enfermero que los acompañaba.

—Prepara 20 mg de lorazepam y una ampolla de haloperidol. —No dejaba de sorprenderme la serenidad que demostrada en casos extremos como ese—. ¡Vamos! —Le instó al ver que no reaccionaba.

—¡Maldito cabrón! —bramó Jake.

En esos momentos, hizo un movimiento brusco. El médico de urgencias salió impulsado hacia atrás y cayó al suelo.

—¡Me lo has robado! ¡Hijo de puta! ¡Me lo has robado!

Corrí hacia la mesa de medicación y empecé a preparar yo misma la dosis indicada.

—¡Voy a matarte con mis propias manos, Robert!

Aquello me paralizó. Miré hacia Robert, que seguía aguantando de manera estoica los intentos de Jake por liberarse. Después, volví mis ojos hacia este. Consternada por sus palabras, me temí lo peor y me quedé petrificada. Una enfermera apareció de pronto, me cogió la medicación de entre las manos y terminó por dosificarla. Después, fue hacia ellos con cuidado. La voz de Jake volvió a sonar tronadora.

—¡Te voy a matar!

Pero Robert le respondió con serenidad y sin mostrar ni un ápice de nerviosismo.

—Ya te he oído la primera vez, Jake. Ahora deja que mi compañera te administre la medicación.

Se escuchó un bramido terrible como respuesta. La enfermera dudó. Así que fui a ayudarla. Cogí las dos agujas cargadas. Me coloqué junto al celador que sujetaba a Jake del brazo donde estaba la vía. Pude ver con claridad el picahielos clavado en la cabeza. Toda esa zona estaba deformada por la herida penetrante. No sabía cómo demonios podía mantenerse en pie y, mucho menos, luchar con esa fuerza. Me centré en la vía colocada en la mano e inyecté las dos dosis.

Jake se movió al notar movimiento y consiguió girar su cara hacia mí. Nos encontramos con la mirada. Sus ojos, cargados de ira, me reconocieron y entonces se desarmó totalmente.

—Olivia…. —dijo con la voz quebrada—. Olivia…

—Ya está, Jake. Tranquilo. —Intenté sosegarle mientras terminaba de inyectar el haloperidol —. Todo se va a solucionar.

Inmediatamente, dejó de ejercer resistencia. El loranzepam también había empezado a hacer su efecto al conseguir administrárselo en vena.

—Olivia… ¡Lo he perdido!

—No, no. Jake, no lo has perdido.

—¡Lo he perdido! —pero su voz ya sonaba con dificultad.

—Confía en mí…

—Olivia…

—Dime, Jake.

—Le quiero.

—Lo sé —le susurré—. Todo se solucionará.

Y acaricié su brazo.

—Me lo ha robado.

—No, Jake. Eso no es cierto. Estás equivocado.

Cerró los ojos. Luchaba contra el letargo en que se estaba sumiendo por la química. Apenas le quedaban fuerzas. Sin embargo, ninguno de los que le sujetaban dejaron de retenerle con firmeza.

—Voy a matarte... —musitó de forma apenas audible.

Dirigí mis ojos hacia Robert. En esos momentos, me di cuenta de que tenía una pequeña herida en su pómulo derecho. Era un corte muy leve, casi un roce, pero que evidenciaba que Jake le había golpeado.

—Dr. Evans, —dijo el guardia de seguridad—, ¿llamo ya a la policía?

No dejé que respondiera.

—¡No! ¡No llame a la policía!

Ambos me sancionaron con la mirada.

—¡Doctora! ¡Este tipo ha agredido a su compañero!

—¡Robert! —rogué.

Era la primera vez que me dirigía a él por su nombre en el hospital. No me respondió. Pero me miró cabreado. Después, me dio la espalda y se dirigió al resto del equipo.

—Vamos a colocarlo bien en la camilla. —Así lo hicieron. Yo decidí apartarme mientras él tomaba el mando—. Podemos considerar un Glasgow bastante aceptable, ¿verdad? —Los sanitarios rieron ante la ironía de sus palabras. Aun así, se acercó para valorar la reactividad, el tamaño y la simetría de las pupilas ante la luz. Después, se dirigió al médico de urgencias —. ¿No se ha visto salida de líquido cefalorraquídeo, ni sangre por el oído ni la nariz?

—Nada, Dr. Evans. Los compañeros de la ambulancia tampoco lo han presenciado.

—Cefalea tendrá. —Volvieron a reír comedidamente. No sabía cómo conseguía bromear con todo lo ocurrido—. Y también se muestra algo inquieto y un pelín irritable.

—Bueno, eso ha sido en cuanto le ha visto a usted, doctor —apuntó el enfermero con una risa nerviosa.

—Sí. Teníamos que haber dejado que le atendiese la Dra. Sullivan desde el primer momento. Está claro que le gusta más que yo. —Todos rieron ante el sarcasmo. No fue mi caso. Pero no dije nada—. Parece que tiene una buena respuesta neurológica, a pesar de las circunstancias. —Se dirigió al equipo de enfermería—. Necesitamos una prueba de tóxicos. Es imposible que pueda aguantar en este estado si no está drogado. Llamad para que vayan preparándose para una tomografía y una angio-TAC. A ver con qué nos encontramos. Y control del resto de valoraciones, tensión arterial, hemograma completo… Ya sabéis. Además, vamos a iniciar tratamiento profiláctico. Mantenedle en observación hasta que le llevemos a la tomografía. —Se volvió hacia mí y su gesto sereno cambió radicalmente. Me miró con severidad y me dijo con rudeza—: Ven conmigo.

Salió del box al pasillo. Abrió la puerta de otra sala de urgencias que había enfrente y donde no había nadie. Pasé dentro con él y, después, la cerró de mala manera. Puso las manos sobre sus caderas, respiró profundamente, tratando de serenarse, y clavó sus ojos en mí.

—Tienes un minuto para explicarme por qué no debo denunciarle a la policía.

—Voy a necesitar más tiempo…

—Cincuenta segundos.

5
ROBERT

—Jake está enamorado de Mark. Y Mark siente lo mismo por Jake. Pero Jake no puede asumir su orientación sexual, por muchos motivos que no te voy a contar, porque entonces me pasaría de tiempo. Le propuso a Mark una relación no pública, a escondidas de todos. Mark no aceptó. Por eso hay tanta tensión entre ellos. Imagino que la agresión hacia ti ha venido por lo que pasó el sábado. Os vio en la fiesta. Tú lo besaste allí. Y, luego por la noche, cuando cogiste su teléfono, creería que estabais juntos.

La había cagado pero bien. Llevé mi mano sobre mi boca y, consternado, mesé la barba que la circundaba. Desvié mi mirada hacia un lado. Y, después, cerré los ojos.

—Robert —susurró Olivia—. No es culpa tuya.

—No me digas que no es culpa mía. —Mi voz sonó demasiado grave. Percibí que Olivia se inquietaba. Por nada del mundo quería aquello—. Perdóname...

Se acercó hasta mí. Envolvió su mano con la mía. La elevó y la llevó hasta su boca. Besó mis dedos y, después, acaricio mi mejilla magullada. Su ternura me desarmó.

—Esto hubiese pasado contigo o con cualquier otro. El único responsable de todo es Jake, que no acepta ni respeta la decisión de Mark.

—Cuando Mark se entere, no me lo va a perdonar.

—Estás muy equivocado. —Su voz era tan cautivadora que me separé de forma brusca—. Mark no te va a culpar de nada, Robert. Sabe, perfectamente, dónde está el problema. Aunque, sin duda, él sí se sentirá responsable por lo ocurrido.

Me di la vuelta y me dejé vencer. Apoyé mis manos sobre los barrotes laterales de la cama de ese box. Me carcomía la desazón al pensar que ese hombre había sido capaz de incrustarse un picahielos en su cráneo y que yo tenía parte de responsabilidad en ello. Incliné mi cuerpo hacia adelante, en claro ademán de derrota, y cerré los ojos. Sentí, entonces, sus manos acariciando mi espalda. Un leve cosquilleo recorrió todo mi cuerpo y se fue incrementando a medida que el delicado roce de sus dedos se volvía más delicioso. El deseo se abrió paso y barrió de su camino cualquier otro sentimiento.

—Robert, —me susurró—, escúchame. Debemos hacerlo por Mark. No podría aguantar sobre sus hombros la pérdida de Jake. No de este modo.

Aquello me hizo volver al asunto crucial de todo lo que nos rodeaba. Volví a erguirme en mi postura y me giré hacia Olivia. Vi sus preciosos ojos verdes mirándome con necesidad. Quise perderme en ellos. Pero no lo hice.

—Es mejor que volvamos y hagamos las pruebas para intervenir cuanto antes.

Ella me sonrió y me cedió el paso. Fui hacia la puerta y la deslicé. Cruzamos el pasillo hacia nuestro box. La situación estaba tranquila. Jake estaba tumbado sobre la camilla semiinconsciente. Balbuceaba palabras incomprensibles de sus labios. El compañero de enfermería estaba terminando de extraerle sangre. Mientras, la otra enfermera preparaba la siguiente dosis de tranquilizantes. Le habían preparado también el suero intravenoso y el antibiótico. Cuando me vieron entrar, me informaron de que el tomógrafo estaba libre.

Aproveché los últimos momentos de preparación para acercarme al guardia de seguridad del hospital. Y, contrariamente a lo que esperaba, le dije:

—No es necesario llamar a la policía. Esta vez, lo dejaremos pasar. —No le gustó mi respuesta, pero tampoco se opuso—. Gracias por su ayuda.

—De nada, doctor.

Y salió de allí. No me pasó inadvertida la mirada sancionadora que le echó a Olivia. Pero ella no la percibió. Estaba sumida en evaluar la estabilidad de Jake.

Me dirigí al médico de urgencias que todavía seguía con nosotros.

—Me lo llevo.

Me sonrió.

—¡Es como un coloso! —musitó—. ¿Le conoces de algo?

—Es paciente del área —mentí. Era necesario para no generar rumores y habladurías—. ¿No lo has visto en la historia médica?

—No me la habían pasado cuando llegaste porque aún estaba sin identificar. —Afortunadamente, el Dr. García no quiso insistir más—. Suerte hemos tenido de que solo te haya dado un puñetazo.

—Sí. Pero me preocupa todo lo que ha habido.

—Ya…

Los dos sabíamos que aquello complicaba las cosas. Si el picahielos se había llegado a desplazar durante el tiempo que tratamos de reducirlo, se podría haber causado daño vascular y, por tanto, un mayor riesgo de mortalidad o de secuelas.

—Ya veremos con lo que nos encontramos. Luego te cuento.

—Vuelvo fuera. Si me necesitáis antes de iros, llamadme.

—Gracias, Dr. García.

—Que vaya bien, Dr. Evans.

Se despidió con una sonrisa y salió del box. Nos quedamos únicamente con los compañeros de enfermería y el celador. Los relevaría del caso con el personal de nuestra planta en cuando subiésemos a hacer las pruebas. Llevé mis ojos hasta Olivia y me pregunté si no sería mejor llamar a otros neurocirujanos que tuviesen menos implicaciones emocionales. Empecé a evaluar cuánto nos llevaría hacer las pruebas y preparar la intervención. Y, en todos los casos, el tiempo de demora sería menor si lo hiciésemos nosotros. Me conocía lo suficiente como para saber que podría mantener la presión a raya. Pero no podía decir lo mismo de Olivia. No sabía cómo reaccionaría ella y eso me preocupaba. Sabía que era una mujer fuerte. Pero su compromiso con Jake y, sobre todo, con Mark era más que evidente.

Me acerqué a ella por detrás. Volvió su rostro al sentir mi cercanía.

—¿Quieres que llame a Neil? —Sus ojos se rasgaron apenas unos instantes. La había molestado—. Tienes demasiadas implicaciones emocionales.

—No más que las tuyas.

Su respuesta había sido cortante. La había cabreado.

—No estoy poniendo en duda tu profesionalidad, Olivia.

—Eso espero, Dr. Evans.

Y acentuó la formalidad en el trato.

Desvié la mirada. No había forma de que no la cagase continuamente con ella. Por mucho que lo intentara, siempre terminaba fastidiándola.

—De acuerdo. —Y me dirigí al resto de los compañeros—. Pongámonos en marcha.

*****

Habían pasado más de cinco horas desde que Olivia y yo habíamos empezado a tratar a Jake. La prueba de tóxicos indicó que había consumido una cantidad importante de alcohol, pero también de marihuana, cocaína y metanfetaminas. No sabía cómo demonios había podido sostenerse en pie. Todo aquello nos había llevado a perder más tiempo. Tuvimos que considerar la evolución de las drogas y el buen funcionamiento de sus órganos antes de entrar en quirófano. Ese día le dimos trabajo extra al anestesista.

El TAC mostró que se había generado un hematoma epidural como consecuencia del picahielos en la región izquierda. Tuvo muchísima suerte de que no hubiese más lesiones. Llevamos a cabo la craneotomía, sacamos el picahielo, con un leve sangrado, y drenamos el hematoma. No hubo hemorragia activa, y pudimos cerrar la duramadre y la piel. Aun así, colocamos un catéter intraventricular para poder medir la presión intracraneal.

Jake fue ingresado en cuidados intensivos para controlar su evolución. Haríamos otro TAC unas horas más tarde, antes de terminar la jornada, para confirmar que no se hubiesen generado hemorragias intraventriculares.

Debido al vínculo que había, Olivia y yo decidimos pasar las primeras horas con él. Preferíamos estar seguros de que no hubiese nada que alterase su evolución tras la intervención. De ese modo, podríamos hablar con Mark desde una situación más esperanzadora, aunque dentro siempre de los límites que las circunstancias nos imponían.

Para no incomodar con nuestra presencia a los compañeros de cuidados intensivos, nos retiramos frente al box que tenía asignado, a bastante distancia. Nos sentamos en el suelo, con las piernas estiradas y en una posición relajada, mientras nos tomábamos unos zumos.

—No sé cómo va a reaccionar Mark cuando lo sepa —me decía Olivia con la mirada perdida —. La única vez que le he visto llorar, durante el tiempo que llevamos juntos, ha sido por Jake.

—No podemos evitarle el mal trago. Lo importante es que todo vaya bien en las próximas horas. Lo que no sé es qué hacer, si decirle a O'Connell que le envíe aquí o esperar más tiempo.

El Dr. O'Connell había estado informado de todo antes de entrar a quirófano. Me puse en contacto con él por teléfono. A pesar de despertarle, preferí que fuese así para evitar que, cuando llegase al hospital, se viese tentado de llevar al grupo al quirófano para ver la intervención. Le expliqué que Mark tenía un vínculo de amistad muy fuerte con el paciente y que era de vital importancia que no supiese nada hasta que todo finalizase. O'Connell, por supuesto, actuó como cabía esperar y lo mantuvo al margen.

—Es mejor que Mark baje a la UCI. En cuanto se lo digamos, querrá venir aquí a verlo.

—No debería…

—Ya, pero lo va a hacer. Además, hoy tenía guardia. Así que, si no le dejas bajar ahora, lo hará luego, cuando no estemos, y solo.

—De acuerdo.

La observé mientras jugueteaba nerviosa con la pegatina del envase del zumo.

—No sé cómo ha podido hacerse eso a sí mismo —musitó.

—Estaba hasta arriba de todo, Olivia.

—Sí, pero… No sé, Robert. ¿Acaso no ha pensado en el daño que podría hacerle a Mark? Si tanto lo quiere, ¿por qué no ha pensado en él?

—Estaría desesperado y con todo lo que llevaba encima, no creo que atinase a discernir con

claridad la realidad de lo que no lo era.

—Le queda un largo camino por recorrer. No solo a nivel neurológico. El paso por psiquiatría va a ser más que necesario.

—He mandado un mensaje a Annie para contárselo. Preferiría que fuese ella la que se encargase de Jake.

—¿Qué te ha dicho?

—Aún no me ha respondido. Si veo que no lo hace a lo largo de la mañana, me pasaré a verla. —Y traté de rebajar la intensidad del momento bromeando sobre aquello—. Esperaba no ver a la pesada de mi prima hasta el sábado, en ese restaurante al que nos vas a llevar. Así que habrá que hacer un esfuerzo.

—El sábado no podrás verla, Robert. Tienes la fiesta benéfica de los Parker.

Sonreí al notar el matiz de molestia que arrastraban sus palabras.

—No pensaba tener que vestir de etiqueta los próximos dos fines de semana. Pero, si te hace ilusión que vayamos a la fiesta de Sarah este sábado, iremos.

No pude aguantar la risa al ver su cara de sobresalto.

—No pienso acompañarte a esa fiesta —dijo muy lentamente y marcando cada palabra.

La observé divertido y, rasgando mi mirada, seguí provocándola.

—¿No te gustan las causas solidarias?

—Es a ti a quien deben gustarle. Por eso te han invitado.

—Pero puedo ir con acompañante.

Y levanté ambas cejas un par de veces.

—Creo que tu acompañante para esa fiesta ya estaba asignado de antemano y te estará esperando allí.

Desvió la mirada. Llevé mi mano hacia su brazo y lo acaricié levemente con dos de mis dedos. Sentí como temblaba al rozar su piel.

—¿Eso te molesta?

Percibí cierto grado de azoramiento en sus mejillas.

—No, no me molesta. —Seguí observándola directamente, a pesar de que ella volvió la mirada hacia otro punto—. Creo que no deberías rechazar una invitación así de los Parker.

Me mantuve en silencio unos segundos. No quería volver a meter la pata con ella. Aunque sabía de antemano que mi pregunta no le iba a gustar.

—¿Qué es lo que te incomoda de esa fiesta para no querer venir conmigo? —Irguió su cuello, enderezó su espalda, juntó sus manos, que descansaban sobre sus rodillas, y siguió mirando al frente, aunque con una tensión que resultó bastante incómoda. Sin embargo, no me respondió. No era que estuviese meditando su respuesta, no. Es que no estaba por la labor de abrir ese camino—. ¿Te molestaría que nos viesen juntos? —insistí.

Giró su rostro hacia el mío y me respondió enojada.

—Si no eres capaz de ver dónde está el problema, es que, una de dos, o no eres tan listo como yo pensaba, o para ti no significo absolutamente nada.

—¿Por qué dices eso?

Ahora el que estaba indignado era yo. No entendía que, después de todo, aún pudiese dudar de lo importante que era para mí.

Movió su cuerpo para sentarse enfrente mía y, con severidad, empezó a decirme:

—Muy bien. Aparecemos allí el sábado y juntos. ¿Cuánto tiempo crees que eso tardaría en pasarme factura? —No respondí. Necesitaba saber a dónde quería llegar—. El Dr. Robert Evans,

eminente cirujano del John Knox, aparece en una fiesta de la más alta sociedad de Nueva York, donde habrá muchos de sus compañeros, con una de sus residentes. Ahí tendríamos el primer cotilleo. Porque, claro, daría de qué hablar. Pueden tomarme por una incauta que se deja encandilar por el mujeriego de su jefe…

—¡Eh! —me quejé ante la forma de descalificarme.

—O pueden pensar que estoy intentando hacer méritos metiéndome en tu cama.

—¿Y no pueden pensar que somos, simplemente, dos amigos que han decidido ir a una fiesta juntos?

—Nadie invita a una amiga a una fiesta, un sábado por la noche, sin la intención de tirársela después.

—El sábado pasado fui con Mark a una fiesta y no nos acostamos —intenté rebatir.

Pero ella solo me miró de forma condescendiente.

—Y luego estaría el factor Sarah Parker. —Ahí no quise intervenir. Sabía, perfectamente, por dónde iba a ir Olivia. Aunque para mí era importante dejarla claro que no quería nada con ella—. No me apetece pasar los próximos dos años teniendo que aguantar su odio por los pasillos y las posibles consecuencias que podría generarme a través de su padre.

—Creo que estás exagerando.

—Tú no tienes ni idea de lo que me dijo la semana en la que se te cruzó el cable y decidiste tacharla de incompetente por pautar mal la medicación. —Torcí el gesto—. Sarah pone un objetivo a la vista. Y, si ella no lo alcanza, le encarga a su padre que se lo consiga. Y estoy segura de que a él no le tiembla la mano. Si no, explícame por qué está en este programa.

—Nunca dejaría que te hiciesen daño —respondí, aunque obvió mi comentario.

—De un modo o de otro, siempre sería yo la que saldría mal parada. Mi prestigio quedaría por los suelos y todos me señalarían.

Sus últimas frases me dolieron. Con ello me estaba dejando claro que, incluso en el caso hipotético de que quisiese volver conmigo, no iba a permitir que yo entrase en su vida públicamente. No había contado con ese factor en ningún momento. Siempre había pensado que Olivia no me dejaría volver a ella por el dolor que la causé en el pasado. Pero ahora veía claro que tampoco me dejaría pasar hasta que nuestro rumbo no tomase caminos distintos. Estaba claro que su carrera estaba por encima de todo. Mostraba su independencia, su fortaleza, su claridad de ideas. Me gustaba que fuese así. Pero escucharlo dolía y tiraba una losa más sobre ese montón de razones por las que no volvería a mi lado.

A pesar de todo, me negué a embarrar esa discusión con otro enfrentamiento que nos dejase a los dos cabreados y dolidos. Así que tomé otra senda alternativa.

—¿Y qué pasaría si en vez de especular, la gente de la fiesta supiese la verdad?

—¿La verdad?

—Sí, la verdad —insistí—. Que no eres una simple residente para mí. Y, ni mucho menos, un intento de ligue de sábado por la noche. Sino que eres el amor de mi vida, aunque ahora solo nos una la amistad.

Noté como se le aceleraba la respiración. Varió, radicalmente, el rostro. Si antes me miraba con severidad, ahora retiraba su vista consternada. Lo entendía. En poco más de veinticuatro horas ya la había declarado dos veces lo que sentía por ella y sin ningún tipo de mesura.

—Robert… —me advirtió.

Nerviosa, entrelazó sus manos. Me perdí en la delicadeza de sus dedos, en su esbeltez. Tomé una de ellas. Me lo permitió sin objetar ni sentirse desconfiada por el lugar en el que nos

encontrábamos. Me había dado cuenta de que no le gustaba nada que la tocase en el hospital. Y ahora sabía la razón.

—A través de las manos, el hombre ha podido dar forma a todas las ideas revolucionarias que nacen en nuestro cerebro. —Me miró extrañada ante el cambio de tema. Uní la palma de mi mano con la suya. Miré la diferencia de tamaño que había entre ambas y las mantuve unidas—. ¡Hay tal complejidad en muchos de estos dedos! Cada uno de ellos está cargado de cientos de terminaciones nerviosas que nos permiten maniobrar con precisión y con fuerza. —Contuve su mirada. Me perdí en sus ojos verdes, buscando las motas de color más oscuro que ofrecían siempre una tonalidad discontinua y maravillosamente atrayente. Sentí que volvíamos a conectar sin fisuras—. Sin embargo, no es la parte del cuerpo que más terminaciones nerviosas tiene. Es el clítoris el que tiene una mayor concentración—. Observé cómo tragaba con dificultad. Sus pupilas se dilataron. El latido de su corazón se hizo más evidente. Había conseguido prenderla. Me encantaba tenerla donde yo quería. Así que seguí hablando y rasgué la mirada—. Tiene en torno a ocho mil, el doble de lo que tenemos los hombres en nuestra zona erógena. Es un órgano que ha sido creado con la única intención de dar placer. Os permite tener orgasmos más largos que los nuestros, más frecuentes y sin la necesidad de que haya un interés reproductivo. Somos muy diferentes en ese aspecto.

Envolví su mano con la mía y seguí sosteniendo su mirada. En ese momento, la alarma de uno de los boxes saltó. Olivia retiró su mano y se levantó sin mediar palabra. Yo la seguí con la mirada un tiempo más. Vi como entraba en el box de Jake. Se dedicó a revisar sus constantes y a evaluarlo. No volvió y yo no me moví. Seguí observándola en la distancia con una sonrisa en mis labios.

6
OLIVIA

«¡Solo susurrándome! ¡Ha conseguido ponerme a cien solo contándome esa chorrada de las terminaciones nerviosas del clítoris! ¡Joder! ¡Estoy más que jodida! ¡Excitada y bien jodida!».

También era cierto que la historia era lo que menos había influido. Me había conseguido captar, abriéndose paso como lo hacía siempre, sin tregua ni medias tintas; invadiendo mi capacidad de raciocinio, doblegando mis muros, mis defensas, hasta sucumbir desfallecida ante él; mirándome directamente con ese azul tan claro de sus ojos, con sus apetecibles labios y, sobre todo, con esa sensualidad que desprendía su voz siempre que me susurraba.

Observé a Robert de soslayo mientras estaba junto a Jake. Permanecía sentado, con la espalda pegada a la pared, las piernas ligeramente flexionadas y los brazos reposados sobre las rodillas. Por su rostro cruzaba una leve sonrisa. No había apartado la mirada de mí en todo ese tiempo y aquello empezaba a ponerme muy nerviosa. Habíamos traspasado de nuevo la línea. Y yo lo único que me preguntaba era cómo diantres íbamos a poder ser amigos bajo esos términos. Cada vez me encontraba más sometida a su arrolladora atracción y me llevaba a desearlo con mayor vehemencia. No sabía que podía hacer para frenar todo aquello. No lo sabía. Y cada vez me daba más miedo a dónde me llevaba.

Entre todo el alboroto que había en la UCI, conseguí discernir el sonido de su teléfono móvil. Volví mi vista hacia él, y observé cómo lo sacaba del bolsillo y descolgaba. Comenzó a hablar con alguien, pero desde mi posición no podía escuchar nada. Solo atinaba a ver su maravillosa sonrisa cruzando su rostro.

Me di la vuelta y me centré en Jake. Su rostro había empezado a adquirir la típica inflamación posquirúrgica. Pero tenía buen aspecto. Nunca había sentido tanta presión por la recuperación de un paciente. Hasta esos momentos no había tenido que tratar a nadie con el que tuviese vínculos emocionales. En realidad, esa presión no provenía de Jake. Mi relación con él era cordial. Pero no había llegado a crear un vínculo. Mi desasosiego venía por Mark. Cuando supiese lo que había sucedido iba a derrumbarse y a sentirse culpable. Y aquello no era justo. Jake había actuado siempre de forma egoísta con mi amigo. Nunca había pensado en él al proponerle ese tipo de relación encubierta. No había aceptado la decisión de Mark de negarse a ello. Le había estado presionando constantemente, sin respetar su parecer. Y ahora ponía más peso sobre sus hombros con un intento de suicidio que, con seguridad, iba a dilapidar la estabilidad emocional de Mark.

Escuché unos pasos cerca. Me di la vuelta y vi que Robert estaba llegando a mi altura.

—Acabo de hablar con Annie.

—¿Qué te ha dicho?

—Que se encargará de él, por supuesto. —Guardó su teléfono en un bolsillo—. ¿Cómo sigue?

—Estable.

—De acuerdo. —Me mantuvo la mirada. Sabía, perfectamente, lo que venía ahora—. Debemos avisar a Mark. —Asentí en silencio y bajé mi rostro—. Vamos a subir a buscarlo. Creo

que es mejor que le demos la noticia arriba.

—Está bien.

Me cedió el paso para que saliera del box. Caminamos hacia la salida. Recorrimos en silencio un par de pasillos hasta llegar al ascensor. Robert aprovechó para llamar por teléfono al Dr. O'Connell. Este le dijo que estaban haciendo la revisión de los pacientes ingresados en planta. Así que tuvimos que dar la vuelta y volver hacia el área de hospitalización.

Cuando llegamos a aquella zona, mi nivel de ansiedad era más que evidente. Me recogí el pelo en una coleta y noté incluso cómo me temblaban las manos en el proceso. Me crucé de brazos mientras caminábamos. Y, cuando los escuchamos salir de una de las habitaciones, no pude soportar el nivel de presión. Me paré en seco en mitad del pasillo. Robert me censuró con aspereza.

—¿Qué haces? —susurró.

No pude respóndele. Mark había aparecido por la puerta. Salía sereno de la habitación, con la mirada baja, pero con una leve sonrisa cruzándole el rostro. Debía ponerme en movimiento. Terminamos de cubrir la distancia que había hasta ellos. O'Connell nos recibió con una sonrisa tensa. Pero sus formas amables, de la que siempre hacía gala, no desaparecieron. Miró a Robert y dejó que él tomase el mando.

—Dr. Evans, Dra. Sullivan, buenos días.

—Buenos días, Dr. O'Connell —respondió Robert—. Buenos días a todos. ¿Sigues con el resto?

—Sí. Nos quedan tres pacientes más.

—De acuerdo. —Después, se dirigió a Mark. —Dr. Taylor, vente con nosotros.

Mark le sonrió. No era extraño que Robert le requiriera y por esa razón mi amigo reaccionó con naturalidad. Llevé mis ojos hacia Kate. Me hubiera gustado advertirla que las cosas no iban bien. Pero no me miró en ningún momento. O'Connell se despidió e instó al resto del grupo a seguir con el siguiente paciente.

Cuando empezaron a irse, Mark nos miró con curiosidad y, al percibir la tensión, borró la sonrisa de su cara.

—¿Qué pasa? —No pude hablar—. Olivia… —me demandó.

—Mark… —empecé a decir.

Pero Robert se interpuso.

—Es mejor que vayamos a una habitación libre.

Entramos en una de las habitaciones que no estaban ocupadas. Robert pasó el último y cerró la puerta. Mark nos miró ávido de encontrar explicaciones. Yo dirigí mis ojos hacia Robert, quizá con la esperanza de que fuese él quien diese el primer paso. Pero estaba cruzado de brazos, con las piernas separadas, en posición de descanso, y me miraba directamente. Había decidido que fuese yo quien asumiese esa responsabilidad. Era lo lógico.

—Mark, —empecé a hablar, pero mi voz sonó debilitada. Intenté tragar, aunque mi garganta estaba totalmente seca. Respiré y me obligué a no mantener en la incertidumbre por más tiempo a mi amigo—, hemos tenido que operar esta noche de urgencias a Jake. —Su mirada cambió radicalmente. Sus ojos castaños se tiñeron de desasosiego—. La operación ha ido bien. Está estable y en cuidados intensivos.

—¿Qué ha pasado?

Su voz sonaba serena, aunque su expresión corporal mostraba una evidente tensión que controlaba a duras penas.

—Entró en urgencias con un… con un picahielos alojado en el cráneo.

—¿Un picahielos? —susurró lentamente.

—Sí, un picahielos. Lo tenía alojado en la región parietal derecha…

—Olivia, —me cortó—, ¿por qué tenía un picahielos en el cráneo?

—No estamos muy seguros…

—¿Alguien le atacó?

Negué con la cabeza. Mark me miró consternado. Se llevó su mano a la boca.

—Estaba muy drogado. Había consumido una gran cantidad de alcohol, de cocaína, mariguana y metanfetaminas, y…

No pudo más y se vino abajo. Se tapó los ojos con ambas manos y empezó a llorar. Le abracé y sentí su cuerpo estrechándose contra el mío.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —musitaba con rabia.

—Tranquilo, Mark —le susurré al tiempo que acariciaba su espalda.

Segundos después, Robert se acercó hasta nosotros y le acarició también. Al notar su contacto, Mark se apartó de mí y llevó su atención sobre él.

—¿Hay daño vascular?

—No —le respondió Robert.

—De momento, todo ha ido bien. Veremos su evolución en las próximas horas.

Mark se alejó de nosotros y fue hasta el sillón que había en la habitación. Se sentó en él e intentó calmar su llanto. Yo le seguí y me arrodillé a su lado. Apoyé mi mano sobre su rodilla y escuché lo que decía.

—¡No puedo más, Olivia! Pensarás que soy un egoísta…

—No, Mark, te entiendo perfectamente.

—El sábado cuando le vi, estaba desquiciado. Noté enseguida que había consumido algo. No estaba bien. Pero me obligué a no inmiscuirme. Ya han sido demasiadas veces las que ha utilizado el chantaje para embaucarme.

—Lo sé.

—Después de la noche que estuvimos en su local, me dije a mí mismo que no podía seguir así. Por eso, cuando me fui de vacaciones, no quise cogerle el teléfono, ni le respondí cuando mandó las flores. Y, si por mi hubiese sido, le hubiese evitado durante la celebración del sábado. Pero me fue imposible, Olivia. Y, finalmente, tuve que hablar con él. —Volvió a llorar desconsoladamente. Cogí sus manos y le di de nuevo tiempo. Tras unos segundos, balbuceó de forma incomprensible—. Me lo dijo, Olivia. Me dijo que estaba dispuesto a quitarse la vida si yo no estaba con él.

Aquellas palabras me alertaron sobremanera.

—Mark, tú no tienes la culpa.

—Pero me lo dijo… Y yo no hice nada.

—Nadie puede obligarte a hacer nada que no quieras. Y mucho menos, obligarte a algo a través del chantaje.

Su llanto comenzó a ser desesperado y yo no supe qué hacer salvo dejar que toda esa amargura, todo ese dolor fluyesen sin impedimento.

Robert se arrodilló junto a nosotros. Apoyó su mano en la pierna de Mark. Este dirigió sus ojos hacia él. Se miraron unos instantes y en seguida Mark comprendió lo que Robert guardaba para sí.

—¡No! Tú no tienes nada que ver en esto.

Robert bajó su mirada al suelo. Luchaba contra sus propios demonios. Aun así, no nos utilizó a ninguno como baño de lágrimas. Se guardó para sí mismo sus dilemas y adoptó la postura que necesitaba Mark en esos momentos, la de un amigo.

—Mark, el problema de Jake es mucho mayor y te trasciende a ti. Es normal que te culpes. Le quieres. Pero debes aprender a lidiar con esa responsabilidad mal asignada o acabará contigo. La culpa puede llevarte a aceptar cosas que no deberías y que le terminarían perjudicando mucho más incluso a él. Y, ahora mismo, Jake te necesita más que nunca. Necesita al Mark firme, al que no claudica, que no se deja embaucar y que sabe, perfectamente, qué es lo mejor para ambos. —Respiró profundamente, aunque con dificultad, y musitó en tono grave—: Hay veces que lo mejor que puedes hacer por la persona que amas es alejarte de ella. —Sentí como esa frase me golpeaba directamente—. ¿Quieres bajar a verlo?

—Sí, por favor.

Nos incorporamos y Mark trató de serenarse antes de salir de la estancia. Cuando él lo creyó conveniente, salimos de la habitación y nos dirigimos a la UCI a su lado.

*****

Estuve acompañando a Mark en la UCI. Ver a Jake de ese modo le había golpeado de nuevo y no quería dejarlo solo. Robert permaneció con nosotros un rato más. Pero, poco después, se disculpó. Ya era mediodía y pronto empezarían las consultas. Me dijo que me quedase todo el tiempo que Mark necesitase. Y así lo hice. Pero, poco después, Mark me obligó a irme. Me dijo que necesitaba estar a solas con Jake. Así que le dejé allí y subí a la planta de Neurología.

Cuando salí del ascensor, me encontré con Kate que estaba en el mostrador del control de enfermería. Me acerqué a ella con premura. Ni siquiera habíamos podido hablar después del encontronazo que habíamos tenido el día anterior.

—¡Kate! —la llamé mientras me colocaba a su lado.

Ella me miró con frialdad. Aquello me turbó. Por lo visto, su ánimo no había variado.

—Por fin apareces —me reprochó en tono cortante—. Llevo toda la tarde pasando consulta sola.

—Perdóname. He estado con Mark y con…

—Ya me imagino. Veo que ahora también te elige a ti para sus casos. Eso de haberte tirado al jefe siempre da ciertos privilegios, ¿verdad?

Me quedé de piedra. El enfermero que había en el control levantó la cabeza y posó la atención sobre nosotras, a la espera de más información jugosa. Sentí la rabia crecer en mi interior. Traté de controlarme, aunque no estaba dispuesta a seguir de ese modo por mucho más tiempo. Por eso, decidí cortar radicalmente aquella situación. Ya me daba igual que tuviésemos público.

—¿Qué narices te pasa conmigo, Kate? —No me respondió. Centró su interés en la historia médica y me ignoró por completo—. ¡Kate!

Se giró hacia mí despacio.

—No te atrevas a dirigirte a mí de ese modo —me advirtió con dureza.

—¿De qué modo? ¡Dime! Entiendo que la ruptura con Brad te haya destrozado…

—¡Tú no sabes nada! —me gritó—. ¡No te atrevas a decir que sabes cómo me siento porque no tienes ni puta idea de nada!

Di un paso hacia atrás. Su agresividad era tal que me puse en alerta. Observé cómo trataba de calmarse. Tenía todo su cuerpo en tensión. Cerró de golpe la historia médica y se fue con ella

hacia el pasillo de las consultas. La seguí. No lo iba a dejar pasar por mucho que quisiese.

Entró en una de las salas y, cuando iba a cerrar la puerta, se lo impedí y conseguí colarme dentro.

—¡Sal de mi consulta!

—¡No!

—¡Sal de mi consulta, Olivia, o no respondo!

No iba a salir por mucho que me amenazase. Allí no había nadie más que nosotras. Tenía que aprovechar esa oportunidad .

—No voy a irme hasta que me expliques qué pasa.

Lo que sucedió después no me lo hubiera imaginado nunca.

—Por supuesto que no vas a salir, ¿verdad? —Tiró la historia médica contra la pared. Los informes salieron volando de la carpeta. Me asusté, aunque me mantuve firme—. Estás muy acostumbrada a hacer lo que te da la gana. Siempre consigues lo que quieres, al precio que quieres, sin importarte lo que te lleves por delante.

No sabía a qué venía todo aquello.

—¿Qué es lo que ha pasado este fin de semana?

—Ha pasado que, por fin, he podido abrir los ojos. —Dio dos pasos hacia mí—. Me tenías muy engañada, Olivia. Muy engañada. Pensaba que eras mi amiga.

—¡Lo soy! —me quejé.

—Nunca lo has sido —musitó con rabia—. ¿Cuánto tiempo pensaste que podrías ocultármelo?

Y, entonces, supe perfectamente a lo que se refería. Brad se lo había contado. Traté de excusarme.

—No te conocía aún. Acababa de llegar a Nueva York…

—Eso ya lo sé. ¿Crees que él no me lo ha dicho?

—No estabais juntos…

—También lo sé, Olivia.

—Fue solo esa noche.

—Ya —sentenció.

Sí. Me había acostado con Brad a los pocos días de llegar a Nueva York. Ni si quiera había comenzado el programa de Neurocirugía. Había salido de copas con las que entonces eran mis compañeras de piso. Le había conocido en un bar de Brooklyn. Conectamos muy bien. Me invitó a su casa y pasamos la noche juntos. No pasó nada más. Y no volví a verle hasta tres meses después, cuando Mark y Kate le invitaron a cenar con nosotros. Yo llevaba dos semanas viviendo con ellos, y Kate y él todavía no estaban juntos. Pero, aun así, no dijimos nada. Nos comportamos como dos auténticos desconocidos. Y nuestra relación fluyó como tal. Brad tenía muy claro que quería a Kate por encima de todo. Yo había sido para él solo una noche. Y él había sido para mí un buen polvo de bienvenida a Manhattan, nada más. Así que obviamos lo ocurrido entre nosotros. Ni siquiera hubo necesidad de hablarlo.

Pero, por alguna razón que se me escapaba, Brad había roto nuestro silencio tácito y había decidido contárselo a Kate.

—No significó nada.

—Ahora entiendo las miradas que te lanzaba de vez en cuando…

—¡Kate! ¡No digas estupideces! ¡Brad solo tiene ojos para ti!

—Y tú no hacías nada por evitarlo. Te gustaba, ¿verdad? Claro que te gustaba.

—¡Fue solo el lío de una noche!

—¡Mentira! —musitó entre dientes.

—¿Qué te ha dicho Brad? ¿Qué demonios te ha dicho Brad? ¡Dímelo! Porque me da la impresión de que todo esto que me estás lanzando a la cara te lo estás montando tú sola. —No me respondió—. ¿Quieres que le llame y le pregunte?

—¡No te atrevas a acercarte a él, Olivia! —me advirtió.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que temes? ¿Crees que si hubiésemos querido acostarnos de nuevo hubiésemos esperado tanto tiempo?

No debí haber dicho aquello teniendo en cuenta el estado en que se encontraba. Así que, cuando descargó aquella bofetada sobre mi rostro, no la culpé. Debí haber controlado la situación. Ella no estaba en condiciones.

—¡Eres una puta! ¡Una maldita hija de puta! ¡No quiero volver a verte en mi vida! Así que, cuando vuelvas a mi casa, ya puedes ir preparando tu maleta para salir de ese piso. ¡Te doy una semana! Si no lo haces, sacaré tus cosas yo misma. Y, ahora, ¡sal inmediatamente de aquí si no quieres que te saque a la fuerza!

—Kate… —intenté mediar.

—¡Vete! ¡Ya!

No pude aguantarlo más y salí de allí todo lo deprisa que pude. A esas alturas, ya no quedaba nada más por hacer. Si quería solucionar aquello debía irme, alejarme de ella y dejar que se calmase. Pero, sobre todo, debía hablar con Brad.

7
ROBERT

Llevaba media hora corriendo por Central Park. Pero ese día estaba llevando un itinerario diferente. Se habían cruzado demasiadas complicaciones como para poder calmarme con simple ejercicio. Necesitaba tener la mente distraída y si tomaba el recorrido habitual, empezaría a pensar más de lo que debía.

Había salido del hospital dejando a Mark destrozado y sentado frente al box de Jake. A ello se añadió que había empezado a presentar algunas décimas de fiebre. Eso no era nada bueno. Si se presentaba una infección por la inserción del punzón, sí que íbamos a tener problemas para sacarlo adelante. Aumentamos la dosis del antibiótico y esperamos a ver cómo transcurrían las próximas horas. Afortunadamente, el TAC que le hicimos antes de que yo saliera no evidenció ninguna complicación vascular ni sangrado posterior a la operación.

A pesar de lo que me había dicho Mark, me costaba no sentirme culpable por lo ocurrido. Sabía que era una reacción normal de mi mente y traté de auto convencerme de que yo era un simple peón en aquella compleja ecuación. Pero no podía alejar de mí la duda de si mi beso fue el motor que le llevó a acometer ese acto contra sí mismo.

Las consultas, además, no fueron todo lo bien que hubiese deseado. Todos los pacientes a los que vi llegaron con complicaciones. Hubo que modificar medicaciones, mandar nuevas pruebas y esperar a ver resultados para tomar decisiones al respecto. Además, tuve que aguantar que durante todo ese tiempo Sarah Parker se me uniese. En ningún momento le había dicho que se viniese conmigo. Me había llevado a Neil para que me acompañase. Pero ella decidió actuar por cuenta propia. Entró en mitad de la segunda consulta, se sentó a mi lado y yo no vi la manera de echarla sin una excusa plausible. Cada vez iba dando más pasos para acortar nuestra distancia y aquello me preocupaba.

Cuando todo terminó a las cinco de la tarde, estaba agotado. Y Olivia, mi ansiado bálsamo, no aparecía por ninguna parte para poder calmar el desasosiego que me consumía. Por eso, cuando llegué a casa, decidí cambiarme de ropa y, a pesar del cansancio, salír a correr. Normalmente, solía utilizar zonas menos concurridas. Pero ese día decidí hacerlo alrededor del lago central. El habitual trasiego de personas hacía mucho más difícil la carrera y, por tanto, requería de un esfuerzo extra en concentrarme para evitar a la gente, las bicicletas, los niños, los perros y demás distracciones. Era lo que necesitaba, pensar en el momento. De ese modo, evitaba que mi mente se evadiese a otro lugar.

Sin embargo, en aquella tarde de principios de otoño, sucedió lo que menos me esperaba. Estaba pasando por la fuente de Bethesda, de camino hacia Bow Bridge, cuando mis ojos la captaron. Paré mi marcha sin poder creer lo que veía. Olivia estaba sentada sobre el césped, bajo un sauce de Babilonia y cerca del lago. Estaba sola, de espaldas y con la cabeza levemente inclinada hacia abajo. Su pelo caía como una cascada sobre su hombro izquierdo. Llevaba puesta otra ropa, un pantalón vaquero y una camiseta de media manga, ambos de color negro, y con un cinturón marrón de motivos étnicos sobre su cadera. A su lado había una pequeña bolsa de viaje con la que la había visto llegar el día anterior a la guardia de la noche. Junto a ella reposaba su

bolso y una cazadora de antelina.

Mi corazón se aceleró y una sonrisa cruzó mi rostro. No me lo pensé. Me acerqué a una fuente que había en el camino, lavé el sudor de mi cara, mi cuello y mis brazos, y me acerqué a ella. Me lo tomé con calma. No quería importunarla demasiado pronto. Su imagen, impregnada con las luces del primer atardecer, la otorgaban un matiz pictórico que se me clavó en la retina. Guardé esa estampa en mi mente. Sabía que la belleza que la rodeaba en esos momentos sería imposible de olvidar para mí.

Sin embargo, a medida que me acercaba, mi estado de ánimo varió. Mi sonrisa se esfumó al ver cómo Olivia se llevaba la mano a su mejilla y secaba unas lágrimas. Pasé del entusiasmo por habérmela encontrado a la preocupación. Terminé de cubrir los metros que nos separaban. Ella no se percató de mi proximidad. Lo que la inquietaba debía ser muy grave para absorberla hasta ese punto. Me paré a su lado, de pie, a escasos dos metros, y la llamé.

—Livi.

Se giró asustada. Sus ojos estaban enrojecidos y su rostro tenía claros signos de congestión. Debía llevar mucho tiempo llorando. Con rapidez, intentó borrar las últimas lágrimas que caían por sus mejillas.

—Robert... Me has asustado. —Estaba nerviosa y su voz me indicó que también estaba avergonzada. Me senté a su lado, en silencio, solo mirándola. Trató de sonreír, pero apenas pudo —. ¿Qué haces por aquí? ¿Estabas corriendo?

Por mucho que intentaba controlar la situación, no pudo impedir que dos lágrimas se desbordaran con crudeza de sus ojos. Borró una con premura. Y yo llevé mi mano a su rostro para cazar la otra. Bajó la mirada mientras mi dedo pulgar la arrastraba. Después, mantuve mi mano en su mejilla.

—¿Qué ocurre, Livi?

Se separó y dirigió su cara hacia el lago. Era incapaz de frenar el llanto. Me acerqué más a ella y la envolví entre mis brazos. Se dejó vencer y cayó sobre mi pecho. Comenzó a llorar en silencio, pero con una dureza que me dolió. La estreché más fuerte hasta fusionarla con mi cuerpo.

Estuvimos así mucho tiempo. El atardecer se fue haciendo cada vez más presente y el juego de luces que llevaba consigo empezó a atenuarse. No me importó y en ningún momento traté de forzar el tiempo que Olivia necesitó para encontrar la serenidad perdida.

Cuando consiguió barrer la preocupación de sus ojos, se mantuvo unos minutos más abrazada a mí y mirando hacia los colores del inminente crepúsculo que tintaban el agua del lago. Su respiración se volvió más pausada, su energía se intuía más serena y su cuerpo ya no estaba atenazado por la tensión previa. Reposaba laxa sobre mí, como si hubiese perdido toda la fuerza que la acompañaba minutos antes. Debía estar agotada. Temí que se hubiese dormido y, por ello, busqué su rostro. Pero no. Sus ojos se perdían relajados más allá de todo el paisaje que nos rodeaba.

Al percibir mi movimiento, se incorporó lentamente.

—Gracias, Robert. Lo necesitaba.

Le acaricié la espalda antes de que se separara de mí. Aun así, no dejé que se alejase demasiado. La tomé de la mano y volví a preguntarla.

—¿Qué ha ocurrido, Olivia? —Respiró profundamente—. ¿No quieres contármelo?

—No, no es eso.

Bajó su mirada hacia el suelo y, con la mano que yo no sostenía, comenzó a juguetear con las

briznas de césped. Lo que hubiese sucedido le dolía hasta el punto de conseguir desestabilizarla con mucha rapidez. No quise insistir. La di su tiempo. Y ella, finalmente, comenzó a hablar.

—He discutido con Kate.

No añadió más. La costaba trabajo. Por ello, intenté ayudarla en ese proceso.

—Ayer la noté muy distante contigo en mi despacho.

—Sí, ya estaba cabreada.

—Pero pensé que aquello venía por la ruptura con Brad.

—Todo forma parte de lo mismo.

Y volvió a caer en el mutismo. Siguió jugando con la hierba, arrancando cada brizna con ímpetu. La dejé que se perdiera. Solté su mano y me centré en el movimiento de sus dedos arrancando cada tallo. Estuvimos así varios minutos. Y, después, volvió a hablar:

—Kate quería dejar a Brad. Me lo dijo el viernes. No estaba segura de cómo iba la relación. Para ella, todo iba demasiado deprisa y se sentía agobiada. —Levantó sus ojos hacia mí para cerciorarse de que la estaba escuchando—. No sé muy bien qué sucedió ni cómo gestionó todo aquello. Pero entre ambos hubo una discusión subida de tono en la que salí yo. Y…, bueno, ella ahora…

No pudo seguir. Pero lo que me preocupó no fue que aquello la emocionase. No. En sus ojos, perdidos en la cada vez más creciente oscuridad, no había lágrimas, sino preocupación. Me atreví a preguntar.

—¿Por qué saliste tú en esa discusión?

Las respuestas que se me ofrecían me parecían todas igual de perturbadoras. Y la resistencia de Olivia a responder me inquietó mucho más.

—Robert… Los motivos no son importantes…

—¿Por qué no quieres contármelo?

—No es que no quiera contártelo. Es que…

Bajó la mirada. Las lágrimas volvían a empañar sus ojos.

—Olivia —rogué.

—No quiero que tú también me juzgues —musitó con el llanto en sus labios.

Me acerqué más a ella y la rodeé con uno de mis brazos.

—¿Por qué dices eso?

Levantó su rostro hacia mí.

—No quiero hacerte daño.

—No vas a hacerlo.

Se tapó los ojos con las manos y se dejó llevar por el desconsuelo. La cogí de las muñecas y, suavemente, las separé de la cara. Ella no me lo impidió. Recogí su rostro con mi mano y lo elevé para poder mirarla directamente.

—Olivia, por favor, confía en mí. Necesito que lo hagas. —Me miró con desasosiego, así que volví a insistir—. Te lo ruego.

Dudó durante unos instantes. Y luego, con una voz apenas perceptible, me empezó a explicar lo que pasaba.

—Antes de conocer a Kate y a Mark, antes incluso de empezar el programa de Neurocirugía, conocí a Brad. Cuando vine a Nueva York estuve tres meses viviendo con unas chicas. Y, a los pocos días de desembarcar aquí, salimos a tomar algo. En un sitio al que fuimos, me presentaron a unos amigos. Entre ellos estaba Brad. Congeniamos y... —Bajó la mirada. No había más que añadir. Sabía perfectamente lo que iba a venir a continuación. Imaginar aquello provocó que mis

celos se desbocasen. Pero me obligué a controlarme. Respiré despacio e intenté que mis emociones no fuesen perceptibles—. Solo fue esa vez —añadió con la mirada perdida en la hierba—. No pasó nada más. De hecho, al día siguiente, ni me acordaba de su nombre. Y tampoco intercambiamos números de teléfono. Fue solo sexo. Ya está. Un encuentro esporádico de una noche. ¡Nada más!

Puse mi mano sobre su pierna y acaricié su muslo.

—Tranquila —la susurré. Ella me miró turbada—. No tienes por qué darme explicaciones de tu vida, Olivia. —Aunque, en realidad, yo me estuviese muriendo por saber todo de aquel encuentro—. Sé, perfectamente, que en tu vida han debido pasar muchos hombres. Eres una mujer preciosa. Yo no soy nadie para juzgar con quién decides acostarte.

Era cierto. Yo no tenía nada que decir a aquello. Pero no podía evitar que imaginarla en brazos de otros hombres hiciese que me desmembrase por dentro. Por eso, seguí haciendo un esfuerzo de autocontrol para que ella pudiese confiar en mí.

—Me daba miedo decírtelo —susurró con la mirada perdida.

—¿Por qué?

—No quiero que vuestra relación cambie.

—No lo va a hacer —musité, aunque mi parte más primitiva me pidiese a gritos otra cosa—. Olivia, —la llamé y, de nuevo, tomé su rostro con mi mano para mirarla a los ojos—, no tenemos que darnos explicaciones sobre a quién metemos en nuestra cama.

Rasgué mi sonrisa. Ella me devolvió el gesto. Y, tratando de quitar hierro al asunto, añadió:

—Tampoco tendría mucho que decirte últimamente.

—Yo tampoco —la confié, siguiendo su tono—. Aunque la última chica con la que me acosté me dejó una historia curiosa que contar. —Vi su cara de consternación. No le gustaba nada que yo hubiese tomado ese rumbo. Le dolía igual que a mí pensar en esa posibilidad. Y, sinceramente, me gustó comprobar que no le era indiferente—. ¿No te lo he contado? —la pregunté divertido—. Echamos un polvo impresionante en mi casa. Y, cuando acababa de terminar, ella, sin mediar palabra, se levantó de golpe y se encerró en el baño. —Empecé a reír al ver cómo me censuraba con su mirada. Sin embargo, también había una leve sonrisa acompañándola—. Y, lo peor no fue eso. Sino que, cuando salió, se largó de mi casa. ¿Te lo puedes creer?

—No se largó, Robert. Tú la echaste de tu casa después de discutir con ella.

—No recuerdo que sucediese así —y negué con actitud burlesca.

—Sí que fue así. Y, encima, le dijiste al portero de tu edificio que la metiese en un taxi.

—¡Qué le iba a hacer! No podía dejar que bajase hasta el SoHo con los tacones que llevaba.

—¡Eres idiota! —me dijo con una sonrisa.

Al menos había conseguido apartar las lágrimas de su rostro.

—Un taxi que, además, no aceptó. Por cierto, ¿qué le dijiste a mi portero? —La vi sonrojarse —. Me llamó poco después y me dijo: «Sr. Evans, la señorita ha declinado el taxi con muy malas formas».

No pude aguantar mis carcajadas solo de imaginar la escena.

—¡Oh! ¡Dios! Le respondí muy mal.

—De hecho, desde entonces te tiene fichada. Tiene tu rostro clavado con una chincheta en la entrada para no dejarte pasar.

Ya no retuvo más la risa. Y, escuchar su sonido, me llenó de felicidad. Aun así, tenía que volver al tema de Kate. Necesitaba saber qué era lo que había sucedido para que la hubiese

afectado tanto.

—¿Por qué Kate se ha enfadado?

Olivia fue borrando la sonrisa de su rostro. Pero, al menos, se encontraba mucho más serena que cuando empezó a hablar.

—No lo sé. He llamado a Brad para intentar hablar con él, pero no me ha respondido.

—Puede que siga en el hospital y haya tenido alguna complicación. Todavía es pronto. Ya sabes cómo va esto.

—Sí. —Y bajó de nuevo su rostro—. Cuando me mudé con Kate y con Mark, me presentaron a Brad al poco tiempo. Y él y yo nunca dijimos que nos conocíamos. De hecho, ni siquiera lo hablamos. Simplemente, nos tratamos como dos desconocidos. A esas alturas, yo ya estaba al tanto de lo que Kate sentía por él y de la historia que llevaban arrastrando desde hacía años. Y Mark me había contado lo que Brad sentía por ella. Consideré que fue lo más apropiado. Mi historia con él solo había sido un encuentro esporádico. Si se lo decía a ellos, podían malinterpretarlo. Y creo que Brad pensó lo mismo.

—¿Y a lo largo de estos meses?

Me aterraba la idea de que hubiese habido algo más.

—Nada, Robert. Absolutamente nada. Brad y yo somos dos amigos más, y punto. Por eso no entiendo porque él se lo ha dicho a Kate.

—Y ella lo ha encajado mal.

—Está fuera de sí. Los celos la han vuelto loca. Ayer sacó mis cosas de la habitación que ella ocupaba antes y las volvió a meter en la otra. Mark intentó evitarlo y terminaron discutiendo. Y hoy… —Suspiró—. He discutido con ella en el hospital, Robert. Y, teniendo en cuenta el tono que hemos usado, creo que se puede haber enterado toda la planta.

—No te preocupes por eso, Olivia.

—Sí, me preocupa. Me preocupa y mucho —dijo con desasosiego—. Me preocupa que mi amiga piense que siento algo por su pareja o que él sienta algo por mí. Me preocupa que me haya echado en cara que hayamos podido tener algo durante todo este tiempo… ¡Oh! ¡Dios! ¡Me ha dado una semana para que me vaya del apartamento! ¡No te puedes imaginar las cosas que me ha dicho! —Empezó a dejarse embarrar por el desasosiego—. ¡No lo entiendo! ¡No entiendo absolutamente nada! No sé de dónde ha sacado todas esas ideas. Por eso necesito hablar con Brad; necesito saber qué es lo que le ha dicho para que Kate haya reaccionado así.

—Hay veces que cuando nos enfadamos, no medimos las consecuencias de lo que decimos. Solo intentamos hacer daño a la otra persona.

—Sí, Robert, lo sé. Pero las cosas que Kate me ha echado en cara no tienen ningún tipo de lógica. Al menos, por mi parte.

Envolví su mano con la mía.

—Ya veremos lo que te dice Brad.

Acaricié con mi pulgar el dorso de su mano y seguí mirándola a los ojos; esos preciosos ojos verdes, ahora ahogados por el desconsuelo.

—¿Qué tienes pensado hacer hasta entonces?

—No lo sé. No quiero ir a casa. Mark tiene guardia y, si voy, estoy segura de que volveremos a discutir como esta mañana.

—¿Entonces?

Me preocupaba mucho aquello.

—Había pensado deambular, hasta que fuese lo suficientemente tarde como para que ella

estuviese dormida cuando yo llegase.

Esbocé un gesto de contrariedad.

—Te la estás jugando. La ira y la frustración quitan el sueño. Además, —intenté bromear—, puede que cuando llegues se esté haciendo la dormida. Y, cuando te metas en la ducha, aparezca con un cuchillo. —Su cara de asombro me hizo gracia—. Ya sabes, como en "Psicosis".

—¡Robert!

—¡Eh! ¡Me he duchado en ese baño y tenéis la misma cortina!

Empezó a reír suavemente.

—Quizá lo mejor sea que me vaya esta noche a un hotel…

—O que te vengas conmigo a mi casa.

Reaccionó como me esperaba. Sus ojos mostraron un matiz de sorpresa y desasosiego. Bajó la mirada y, cuando la volvió a elevar, estaba llena de turbación. Apenas pude escuchar el susurró de su voz.

—Gracias, pero no creo que sea la mejor idea.

Me sonreí a mí mismo con tristeza. Desvié mis ojos hacia el lago. La noche ya se había echado encima y el agua había adquirido la negrura del cielo y el reflejo de las luces de la ciudad. Me centré en ellas, aunque eso no me libró de evitar sentirme molesto por su negativa. Sabía de antemano que esa iba a ser su respuesta. Pero algo dentro de mí guardaba la esperanza de que hubiese aceptado a la primera.

Aun así, no me iba a dar por vencido y jugué directamente la baza ganadora. La miré de nuevo. Estaba retraída y nerviosa.

—¿Y qué te parece si te prometo que no intentaré besarte ni acostarme contigo?

Su turbación creció.

—Robert…

No quería andarme con medias tintas. Sabía, perfectamente, que eso era lo que la preocupaba. Pero lo que a mí me angustiaba era pensar que ella pudiese pasar esa noche sola. La quería a mi lado y que ella pudiese confiar de nuevo en mí, como lo había hecho minutos antes. Deseaba, más que nada en este mundo, retirar sus lágrimas y volver a arrancarla su maravillosa sonrisa. Necesitaba que supiera que podía tenerme sin miedo a nada.

La observé sin tregua. Y ella, con su cabeza ligeramente ladeada, no apartó sus ojos mientras sopesaba la propuesta.

—¿Qué me dices? —Y antes de que pudiese responder, añadí—: Tengo una habitación libre. Allí hay una cama doble. Y, si por la noche te agobias y no puedes dormir, hay otra con una cinta de correr para descargarte.

—No he corrido en mi vida.

—Eso tendremos que solucionarlo.

—No es necesario, de verdad —y volvió a reír.

—Además, como tienes ropa en esa bolsa, no tienes ni que pasar por tu piso para ir mañana al hospital.

—Es ropa usada.

—¿Te he hablado ya de mi maravillosa lavadora y mi magnífica secadora? —Rasgué la mirada—. ¡Vamos! ¡No me hagas suplicarte más! —Me sonrió levemente—. ¿Sí?

Asintió con la cabeza.

No me lo podía creer.

Antes de que pudiese arrepentirse, la tendí su chaqueta de ante. Olivia se la colocó. Después,

cogió su bolso y yo me colgué del hombro la bolsa de viaje. Me levanté y la tendí mi mano para ayudarla a incorporarse. Pero, cuando se alzó sobre sus piernas, no la solté. Enlacé mis dedos entre los suyos y comencé a andar.

—Antes de subir, vamos a hacer una parada.

—¿Dónde?

—Vamos a comprar unos cupcakes. No hay ninguna crisis que pueda superarse sin una buena dosis de azúcar.

8
OLIVIA

Me obligué a no pensar en el hecho de haber aceptado la propuesta de Robert de pasar la noche en su casa. Me encontraba tan desalentada que no quería estar sola. Pero, además, su compañía me otorgaba un consuelo que nunca hubiera imaginado. Me aliviaba de una manera mágica. Conseguía apartar todo lo que me angustiaba y era capaz de sacarme la sonrisa. Su ternura, aunque me turbaba, sin embargo, también me hacía sentir querida y apreciada. Y eso era lo que más falta me hacía. Robert sabía, perfectamente, lo que necesitaba en esos momentos; Robert sabía, perfectamente, lo que necesitaba en cada momento.

No me mintió sobre lo de los cupcakes. Compró media docena en una pastelería que nos cogió de camino. Pero, además, también se hizo con una tarrina de helado de fresas y chocolate.

—Creo que después de esta noche voy a tener que hacerte caso y empezar a correr —le dije, mientras llegábamos a la puerta de su bloque de pisos.

—No me puedo creer que no hayas corrido nunca.

—Solo en el instituto. En clase de gimnasia.

—Pues deberías probar. Es una buena terapia para los malos días.

—Prefiero las tortitas.

Comenzó a reír y yo me perdí en la belleza de sus rasgos cuando lo hizo.

—Si te portas bien, te haré tortitas mañana.

—¡No! ¡Por favor! ¡No más azúcar!

—Tienes razón —dijo, mientras me rodeaba la cintura con su brazo libre—. Deberíamos equilibrar un poco la balanza. ¿Te apetece que hagamos una pizza?

—Estás empezando a asustarme, Robert.

—¿Por la comida?

—Por la cantidad de comida —puntualicé.

—¡Anda! ¡Mira! ¡Allí está Marcus! —dijo, cambiando radicalmente de tema.

Miré hacia donde me señalaba y paré en seco. Estábamos llegando a su edificio y en la puerta estaba el portero con el que tuve el pequeño encontronazo cuando salí de su casa mes y medio antes. Robert empezó a reír a carcajadas.

—¡No te rías! —le reprendí.

—¡Vamos! ¡No te preocupes!

—Me da vergüenza —le susurré.

—Seguro que no se acuerda de ti, ya verás.

Pero, sí. Sí que se acordaba.

—Buenas tardes, Marcus.

—Buenas tardes, Sr. Evans. Buenas tardes, Srta. Sullivan. Me alegro de volver a verla por aquí.

Quise morirme. ¡Recordaba hasta mi nombre!

—Hola, buenas tardes —respondí con timidez.

—Empieza a refrescar, ¿verdad Marcus?

—Ya nos van quedando pocos días de calor, Sr. Evans. Pero el otoño no es una mala estación aquí en Nueva York.

—No. El problema viene después. —Robert enlazó su mano con la mía y se despidió—. Vamos a ir subiendo.

—Permítanme que los ayude…

Abrió la puerta del edificio y tendió sus manos hacia las bolsas que Robert llevaba.

—No es necesario, Marcus. Gracias.

—De nada, Sr. Evans.

—¡Hasta luego!

—Adiós —musité.

—Adiós, Srta. Sullivan.

Robert tiró de mí hacia dentro y, mirándome de perfil, me regaló una sonrisa traviesa. Después, soltó mi mano y yo me sentí huérfana al perder su contacto.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me quejé, mientras esperábamos el ascensor.

—La rapidez con la que te sonrojas siempre.

—Soy una persona tímida.

—Lo sé.

Y siguió sonriendo y mirándome de manera tan intensa que me sentí invadida por un ardor inhumano.

El ascensor llegó a la planta, se abrieron sus puertas y pasamos dentro.

—Tu edificio es muy bonito.

Necesitaba romper de algún modo esa tensión que era incapaz de mantener a raya. Robert, por el contrario, daba la imagen de estar completamente relajado y cómodo.

—Ya lo conocías...

—Sí…

Tener que recordarlo me sumió en una tensión imposible de esconder. Robert percibió mi desasosiego y enseguida trató de relajar la situación.

—La arquitectura en Manhattan es una maravilla. Son pocas las calles en las que no encuentras algo que no te guste.

—¿Siempre has vivido en este barrio? Me refiero a desde que te mudaste aquí para hacer la residencia.

—No. Al principio estuve compartiendo piso con dos compañeros del hospital en Chelsea. Y, a los seis meses, me mudé con Annie, en el Upper West.

—¿Estuviste compartiendo piso con Annie?

—¿Por qué te sorprende? —preguntó divertido.

—Porque os lleváis muy bien. Pero…

Decidí callarme. Yo solo había estado con ellos dos semestres. En esos momentos, me pareció que, aunque se querían muchísimo, Annie y Robert eran como el agua y el aceite para ciertas cuestiones como, por ejemplo, compartir el mismo techo. Pero, después de tanto tiempo, ya no sabía nada con certeza.

Robert empezó a reír.

—No te equivocas, Olivia. —Me sorprendí de cómo era capaz de leer mis pensamientos sin ni siquiera verbalizarlos—. La convivencia fue difícil. Pero necesitaba a alguien como ella en esos momentos.

Me alarmaron sus palabras.

—¿Por qué?

Robert suspiró y elevó su mirada al techo. Después, volvió sus ojos hacia mí y, con una media sonrisa, añadió:

—Mejor otro día.

Por supuesto, no insistí.

Llegamos a la última planta, la diecisiete. Salimos al pasillo enmoquetado y caminamos hasta la puerta de su piso. En ese rellano, solo había dos puertas más, a parte de la suya. Sacó la llave, que guardaba en un pequeño bolsillo camuflado en la cintura del pantalón de deporte. Abrió y pasó primero para encender la luz de la entrada.

Me costó seguirlo. Las imágenes que habíamos vivido allí mismo me vinieron todas de golpe. Mi intento de huida, la discusión, mis reproches, los suyos y, después, el dolor. Me obligué a entrar. Robert, que sujetaba la puerta, me observó con detenimiento mientras lo hacía. Después, la cerró.

—Vamos.

Tiró las llaves sobre un pequeño aparador blanco y pasó al salón. Se descolgó del hombro mi bolsa y la dejó sobre uno de los sofás. Tras ello, se dirigió a la cocina con la bolsa de los cupcakes y el helado. Me dejó allí sola y recordando de nuevo todo aquello. Me relajé con los tonos blancos y beiges que se alternaban, la calidez y la serenidad de cada detalle, el equilibrio y la comodidad que emanaba toda la estancia. Ese espacio de la casa me recordaba mucho a él en todos y cada uno de esos sentidos.

Llevé mis ojos hacia la magnífica terraza del ático. En esos momentos, estaba cerrada y la noche había caído. Pero me acerqué, descorrí uno de los visillos y la contemplé a través del cristal de una de las puertas. Supe que podría pasarme media vida en ella si pudiese. Robert había recogido los almohadones de las sillas y los sillones, pero mantenía los muebles todavía. Oteé un poco más, intentando vislumbrar la pasiflora que poblaba aquella pared en vertical. Pero no pude verla desde esa posición.

En esos momentos, sentí la calidez de su cuerpo a mi espalda.

—Puedes pasar, si quieres —me susurró.

Me di la vuelta y sonreí nerviosa. Lo tenía prácticamente encima.

—No te preocupes.

—No me importa.

—Mañana.

—Como desees.

Me invitó a que le siguiera con un leve movimiento de cabeza. Al pasar por el sofá donde había dejado mi bolsa, la cogió y nos metimos en el pasillo que llevaba hacia las habitaciones. Abrió la primera puerta que estaba a mano derecha y encendió la luz.

—Aquí la tienes.

Ya había visto ese dormitorio cuando estuve en su casa. En un intento por encontrarle tras despertarme, la había recorrido entera. Y, por supuesto, pasé allí dentro también. Era una habitación amplia, con una cama doble y cabecero en color blanco roto. La ropa de cama era de tonos claros y uniformes. Contrastaba con el colorido rojizo de los cojines y la colcha que había a los pies de la funda nórdica. Las cortinas tenían el mismo matiz y daban una sensación de concordancia equilibrada. En el lateral donde estaba la puerta de entrada, había un armario empotrado, en un tono similar al cabecero.

—Creo que estarás cómoda.

—Sí, claro que sí. Es una habitación muy acogedora —dije pasando dentro.

Él me siguió y dejó la bolsa de viaje sobre la cama.

—El baño es la siguiente puerta del pasillo. Voy a dejarte toallas limpias.

—Gracias.

—Ponte cómoda.

Me sonrió y salió de allí. Giré un poco a mi alrededor y volví a observar la decoración de aquella estancia. Destilaba tal armonía que ayudaba a alcanzar fácilmente la sensación de sosiego. Después, fui hacia mi bolsa de viaje. La abrí y saqué mi neceser y la ropa que había usado el día anterior. Robert me había dicho que podía lavar esa ropa y la que llevaba puesta para poder tenerla limpia para el día siguiente. Pero, entonces, me surgió la duda de qué ponerme para estar allí y para dormir. No tenía nada que pudiese usar, solo un juego limpio de ropa interior que siempre echaba de más, por si surgían problemas y debía quedarme más tiempo en el hospital.

Salí de la habitación y me dirigí a la suya. La puerta estaba abierta. Aun así, di unos toquecitos en la madera.

—¿Robert?

—¡Pasa!

Entré de nuevo en esa habitación. Sus tonos, más oscuros, contrastaban enormemente con el colorido claro y luminoso del resto de la casa. Un estremecimiento, incapaz de retener, me invadió todo el cuerpo y despertó mi zona erógena. Las imágenes de nosotros dos en aquella cama pasaron por mí con vehemencia y no pude hacer nada para evitar el anhelo en el que me sumergieron. Cerré los ojos inconscientemente y mi mente recreó a la perfección la sensación de sentir sus besos sobre mi piel, sus manos recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, el rostro de Robert embistiéndome sin compasión y llevándome hacia el orgasmo.

—Dime —dijo, saliendo del baño.

Llevaba en sus manos dos toallas, una de ducha y otra de tocador. Me costó centrarme en la razón por la que había ido allí. Nerviosa, me atusé el pelo, mientras mi cuerpo clamaba a gritos volver a sentirle entre mis piernas.

—¿Podrías dejarme algo para dormir?

—Sí, claro.

Me tendió las toallas, que cogí. Fue hasta el armario y deslizó una de las puertas para abrirlo.

—Coge lo que quieras. Voy a darme una ducha.

Asentí y, mientras se metía en el baño, le seguí con la mirada. Me quedé embobada unos segundos, mirando la puerta cerrada e imaginándolo allí dentro con el agua recorriendo cada centímetro de su piel. Sentí, de nuevo, un cosquilleo por toda mi columna. Solté el aire despacio y me sancioné a mí misma en un susurro.

—¡Ya está bien!

Dejé las toallas sobre la cama y comencé a buscar entre aquella ropa una camiseta de manga larga y un pantalón de chándal o de pijama que pudiese ponerme. La tarea fue difícil. Todos los pantalones eran demasiado grandes para mí. Pero, después de un rato, pude encontrar un pantalón de pijama que se ajustaba con un cordón. Al menos, así no se me caería de la cintura. Cogí también el jersey a juego. Quizá podría haberme puesto algo más cómodo, como una sudadera larga o algo así. Pero al final, impuse mi pudor y mis miedos.

En el proceso, tardé mucho más de lo que hubiese querido. Y, cuando estaba colocando en el armario la última prenda que había sacado, la puerta del baño se abrió y Robert salió por ella. Lo

hacía con un albornoz y lo llevaba anudado de tal forma que se veía perfectamente parte de su torso. Aún estaba perlado por las gotas de agua de la ducha. No pude evitarlo. Mis ojos se quedaron clavados en él. Dejé de respirar durante unos segundos. Ya era la segunda vez que le veía en una situación parecida en menos de una semana. Si se trataba de una prueba del destino, estaba claro que a la diosa Tiqué[ii] le gustaba divertirse y putearme al mismo tiempo.

—¿Todavía sigues aquí?

Tuve que excusarme para que no pensase que le estaba esperando.

—No encontraba ningún pantalón para ponerme. Todos me quedan demasiado grandes.

—Ya me imagino —dijo acercándose más.

Azorada, bajé la mirada. No podía tener ese cuerpo delante sin que fuera evidente mi deseo de tocarlo. Y él lo sabía. Lo sabía perfectamente. Así que opté por la opción más deshonrosa: huir.

—Me llevo este pijama. ¡Gracias!

Le rodeé deprisa y fui a salir de su habitación. Pero su voz me frenó.

—¡Olivia! —Me di la vuelta, aunque obligándome a no mirar más allá de sus ojos—. Se te olvidan las toallas.

Sonreí nerviosa.

—¡Ah! ¡Sí!

Corrí de nuevo hacia la cama y las cogí. Le volví a sonreír y caminé hacia la puerta. Él me observó divertido. Y, cuando iba a cruzar, me llamó de nuevo.

—Otra cosa, Olivia.

Volví a frenar mi escapada. Me giré casi obligada. Si seguía más tiempo allí, terminaría por desabrocharle ese albornoz, arrodillarme frente a él y hacerle una mamada como él sabía que era capaz de hacérsela. Así estaban las cosas por mi cabeza.

—Dime.

—Escribe un mensaje a Kate, diciéndole que te quedas aquí esta noche.

Aquello mandó mi lascivia al garete.

—¿Cómo?

No era una pregunta. Era más bien una queja.

—Se va a preocupar.

—¡No lo va a hacer!

—Lo hará. Así que mándale un mensaje.

—¡No! —respondí cabreada—. ¡No pienso enviarle nada después de todo lo que me ha dicho!

—Olivia… —dijo con serenidad. La suavidad de su voz erizó todo mi bello. Y la situación se complicó aún más cuando se acercó hasta mí. Su cercanía me desarmó de nuevo. No podía aguantar el deseo que levantaba su fascinante torso. Me tenía totalmente cautivada. Era el típico helado de nata, con sirope de chocolate y trocitos de galleta que te apetece cuando te acabas de poner a dieta—. Hazme caso. No la preocupes.

—No se va a preocupar en absoluto.

Suspiró y quiso colocarme un mechón de pelo. En ese proceso, rozó levemente mi mejilla en una caricia involuntaria. Aquello me dejó sin habla, sin razón y sin aliento. Sentí que todo se desbocaba dentro de mí.

—Está enfada. Pero se preocupará. Y, en vez de llamarte a ti, llamará a Mark. —Llevó su mano a mi nuca para centrar mi atención y me miró sin tregua—. Y él ya tiene demasiado con lo de Jake. No debemos preocuparlo más. Al menos, esta noche.

Intenté concentrarme en qué demonios era lo que me había dicho. Estaba totalmente alelada, y sus palabras volaban por mi cabeza, encima de unicornios de colores y sin ningún orden preciso. Me sentía incapaz de responder. Su voz susurrante, la intensidad de su mirada y su proximidad perturbadora me tenían seducida. Todo en mí me llevaba hacia una única dirección: saltar sobre él y follármelo en la cama.

Tuve que darme la vuelta. Me abracé a las toallas y al pijama, y salí de la habitación sin decir nada. Caminé por el pasillo tratando de calmarme y centrándome en lo que me había sugerido. Efectivamente, no debía preocupar a Mark. Y, aunque no creía que a Kate le importase dónde me encontraba yo en esos momentos, sin embargo, cabía la posibilidad de que hablase con él y que le dijese que yo no estaba en casa. Así que opté por proteger a mi amigo de nuestro conflicto.

Dejé las cosas sobre la cama y cogí el iPhone para enviar un mensaje a Mark. Me senté sobre el colchón y empecé a pensar cómo hacerlo. Mark no era idiota y había que medirlo todo muy bien. Así que opté por aprovechar las circunstancias y usar una opción intermedia. La imaginación haría el resto.

Olivia:
«Hola, cariño».
«¿Cómo te encuentras?».
«Espero que estés bien y Jake no te dé mucho la lata esta noche».
«Por cierto, no voy a pasarla en casa. Me quedo con Robert en la suya».
«Ya hablamos mañana».
«Un beso».

Cerré la aplicación y empecé a colocar las cosas para ir al baño a darme una ducha. Fría. Muy fría. Helada si era necesario. Pero, antes de salir de la habitación, el móvil sonó con los resultados esperados. Desplegué los mensajes en la barra de entrada de las notificaciones.

Mark:
«¡¡¡Me parece genial!!!».
«Ya me cuentas mañana».
«¡¡Qué folles mucho!!».
(Muchos emoticonos de besos).

El plan había dado el resultado esperado. Al menos con ese sesgo de información, Mark no tendría ningún quebradero de cabeza extra aquella noche.

Yo no podía decir lo mismo.

9
OLIVIA

Salí de la ducha hidromasaje de última generación arrugada como una uva pasa. No sabría decir cuánto tiempo estuve allí dentro. Y no, no fue con agua fría, como me instaba mi constante e inagotable libídine. Ya fuera, envolví mi cuerpo en la toalla grande y recogí mi cabello mojado con la otra. Me sequé el pelo con un secador que encontré en uno de los cajones de mueble del lavabo. Después, abrí la puerta del baño y oteé si el pasillo estaba despejado. Al no encontrar ni rastro de Robert, corrí hacia la puerta de la habitación. Pasé y cerré con premura.

Ya allí, me deshice de la toalla. Me vestí con la ropa interior de cambio, un simple conjunto de braguita y sujetador de algodón, en color lila. Me puse el pijama. Sentí un cosquilleo al hacerlo. Estaba limpio, pero olía a él. Así que me encontraba envuelta en su aroma. Era como si me estuviese abrazando. Pero sentir su olor sobre mí no me turbó. Todo lo contrario. Me llenó de calma, como si hubiese llegado al fin a donde debía. Me abracé a mí misma y acaricié con mi mejilla la tela de la prenda.

«¡No sé qué demonios estoy haciendo!».

Me regañé sin compasión y me obligué a poner en cuarentena mis emociones.

Como el pijama me quedaba gigante, me lo ajusté todo lo que pude a la cintura con el cordón y recogí el largo de las perneras y las mangas. Por último, me puse unos calcetines tobilleros que llevaba también en mi bolsa.

Después, cogí mi móvil. Eché un vistazo para ver si tenía alguna notificación nueva. Pero no había nada. Miré la hora y decidí volver a llamar a Brad. Los tonos se agotaron sin recibir respuesta. Frustrada, tiré el iPhone sobre el colchón de mala manera y recopilé toda mi ropa para llevarla a la lavadora. Salí con ella, echa un burruño.

Caminé hacia el salón. A medida que me acercaba, escuché música. Era una canción de One Republic, ‘I Lived’. Pero, al entrar, me di cuenta de que venía de la cocina. Caminé hacia allí. La puerta corredera estaba un poco abierta. Me asomé a través del hueco y vi a Robert dentro. Hasta con ropa de estar por casa estaba impresionante. Llevaba puesta una camiseta gris clara, de manga corta, que se ajustaba ligeramente a su cuerpo, y unos pantalones largos de pijama en azul oscuro. Iba descalzo, aumentando esa imagen reposada y tranquila que ya esbozaba habitualmente.

No supe muy bien qué estaba cocinando. Estaba de pie, frente a la encimera, y tenía desparramado sobre ella varios ingredientes: harina, un vaso de agua, una botella pequeña de lo que parecía aceite de oliva y dos pequeños cuencos, que no pude averiguar desde allí qué tenían. En el momento en que llegué, estaba echando el agua dentro de un bol.

—Hola —dije y pasé dentro. Me miró y sonrió, iluminando todo mi mundo—. ¿Qué haces?

Me puse a su lado, mirando como mezclaba el agua con el aceite y unos polvos blancos que, imaginé, serían levadura. Bajó la mirada hacia mí, aunque sin dejar de mezclar aquello.

—Estoy haciendo pizza.

—¿Pizza? ¡No me lo puedo creer! ¡Haces hasta la masa!

—Livi, la masa de una pizza no tiene ningún secreto.

—Para mí, sí. ¡En mi vida se me hubiera ocurrido hacerla!

Se sonrió a sí mismo. Cogió la harina y me la tendió.

—Pues hoy vas a hacer tu primera pizza. Deja la ropa en una silla. Luego la metemos en la lavadora.

Entusiasmada, obedecí y volé para coger el paquete de harina.

—Ve echándola poco a poco mientras yo remuevo.

—Es mi pizza. Yo quiero remover —dije juguetona.

—Vale.

Robert me tendió el tenedor con el que estaba mezclando todo. Tenía un mango más largo de lo normal, pero yo lo cogí del extremo más bajo. Me acerqué el bol. Robert empezó a echar la harina poco a poco y comencé a mover aquello para que se mezclase bien. A medida que iba tomando consistencia, la labor se volvió más ardua.

—¿Seguro que lo estoy haciendo bien?

—Sí, Olivia, está quedando perfecta. Sigue mezclando.

Abrió un cajón y de él sacó una base de madera. La puso sobre la encimera y la espolvoreó también con harina.

—¿Para qué es eso?

—Para amasar.

—¿Hay que amasar?

Comenzó a reír.

—¡Claro! ¿Qué pensabas?

—No sé. Que pondríamos la mezcla encima y la iríamos extendiendo. —Empezó a reír a carcajadas—. ¡No te rías! Mi vida culinaria ha sido muy limitada, pero muy satisfactoria a base de comida precocinada y comida para llevar.

—¿No cocinas absolutamente nada?

—Sí, hago cosas.

—¡Déjame adivinar! Ensaladas y pasta.

No respondí. Pero sí. Me limitaba prácticamente a eso cuando decidía cocinar algo. De nuevo, la estancia se llenó con el fascinante sonido de la risa de Robert. Aguanté mi sonrisa lo que pude y me concentré en mezclar la masa.

—¿Qué hago ahora?

—Tienes que sacar la mezcla del bol y ponerla sobre la tabla de madera. Lávate las manos.

Fui al fregadero y cogí jabón de un dispensador que allí había. Robert me tendió papel de cocina para que me secase. Y, después, me tomó una mano. Me volvió a abrumar su contacto. Cogió la botella de aceite de oliva y vi que se disponía a echármelo sobre la palma. Intenté retirarla. Pero él me lo impidió.

—Me da asco.

—No seas tonta. Es para que no se te pegue la masa en las manos. Además, el aceite de oliva es un suavizante natural para la piel.

—Prefiero una crema.

—¡Vamos! —me instó con ternura. Permití que abriese mi mano y echó unas pocas gotas sobre ella—. ¡Trabajas en un quirófano! Allí te pringas con cosas peores.

—¡Qué asquito! —musité.

—Extiéndete el aceite por la otra mano.

—¡Aj!

Al ver que era incapaz de hacerlo, comenzó a extenderlo él mismo. Untó sus dedos con el aceite derramado y realizó un suave masaje sobre mi piel. La repugnancia desapareció de golpe y solo pude perderme en él, en su rostro concentrado mientras me acariciaba con sus dedos.

—Tenía que haberme traído unas cuantas botellas de España este verano. Aquí, el precio del aceite de oliva está por las nubes.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque ya traía demasiadas cosas. Hubiera tenido que comprar una maleta más para traerme todo lo que hubiese querido.

Terminó de embadurnarme de aquella grasa onerosa y él también untó sus manos.

—Saca la masa del bol y ve haciendo una pelota. Luego, déjala en la madera de la encimera.

Metí las manos en la masa con la misma emoción que un niño pequeño jugando con el barro. Apelmacé todo aquello y, como me indicó Robert, lo pasé a la encimera espolvoreada con harina. Le miré vacilante.

—¿Cómo lo amaso?

—Coges el borde por aquí, lo pliegas así y lo enrollas, como si fueses a hacer una bola. Lo das la vuelta y vuelves a empezar. —Cogí la masa e imité esos movimientos—. Mézclalo más. Golpéala. —Pero no cogía bien el ritmo—. Tienes que hacerlo de forma más constante y con más fuerza.

Cogió de nuevo la masa para indicarme correctamente cómo debía mezclarlo. Y, para hacerlo, se acercó hasta quedarse prácticamente sobre mí. Aquello me desestabilizó por completo. Mi corazón se desbocó. Fui incapaz de respirar con normalidad. Y el leve cosquilleo que invadió mi cuerpo con su cercanía pronto se convirtió en una fuerza arrolladora de emociones incontroladas.

—La primera vez es la más complicada. Pero la técnica es sencilla. —Y siguió amasando. Después, me cedió su puesto—. Así. Muy bien, Livi. Lo estás cogiendo.

Despacio, se separó de mí. Sin buscarlo, me sentí abandonada y una especie de añoranza se instaló en mi interior al perder su contacto. Me regañé de nuevo a mí misma y me obligué a centrarme en esa labor.

—¿Cuánto debo seguir así?

—Unos cinco minutos —respondió, mientras se lavaba las manos—. Pero eso lo irás viendo tú. Notarás que la masa no es tan pegajosa y que deja de tener grumos.

Se secó y volvió a donde yo estaba. Apoyó su cadera en la encimera, cruzó los brazos y me observó durante ese tiempo. De vez en cuanto, elevaba mis ojos hacia él y le sonreía. Intentaba de algún modo rebajar el nerviosismo que se había vuelto a instalar en mí por su cercanía. Por más que lo intentaba, era incapaz de permanecer inmune a su impresionante atractivo.

—Ya no hay casi grumos —dije.

—Sigue un poco más.

Lo hice otro par de minutos y, después, paré de amasar bastante cansada.

—Yo creo que ya está, ¿no?

—Mira, esto es un truco para ver si está lista.

Invadió mi espacio para coger la masa. Pero no me aparté. Algo dentro de mi necesitaba de nuevo su contacto. Le observé con detenimiento. Vi cómo hacía una bola con la masa, la elevaba unos centímetros y la dejaba caer.

—¿Y eso? —pregunté sin entender.

—Si la masa mantiene su forma es porque está lista.

—¡Bien! —y elevé mis brazos en señal de victoria.

—Por cierto, —dijo Robert—, ¿has visto cómo no se te ha pegado la masa a las manos?

Las miré y, efectivamente, no tenía ningún rastro de la pegajosa mezcla. Solo se mantenía sobre mi piel una débil película de aceite.

—Aun así, es asqueroso.

Robert río y yo me acerqué a lavarme de nuevo.

—¿Cómo estiro mi pizza?

—Debemos dejar reposar la masa un rato. Vente conmigo —dijo moviéndose hacia el fondo de la cocina—. Vamos a poner la lavadora.

«Muy romántico todo, sí».

Me sequé las manos y cogí la ropa de la silla donde la había dejado. Le seguí hasta una puerta que había en un lateral de la cocina y en la que no había reparado. Robert la corrió y pasó dentro. Miré desde fuera y vi que se trataba de una pequeña habitación, sin ventana, y en la que había una lavadora y una secadora. Encima había varios muebles altos con diferentes productos de limpieza. Robert cogió de uno de ellos una cápsula de detergente y suavizante. Abrió la puerta de la lavadora y lo metió dentro. Yo hice lo mismo con mi ropa. Me percaté de que él ya había metido previamente la suya.

Quizá fuera el nerviosismo, la sensibilidad que llevaba arrastrando o cualquier otra cosa. Pero aquello me afectó. Era una acción tan cotidiana que me pregunté si ese hubiese sido nuestro día a día si las cosas hubiesen funcionado entre nosotros. El alcance de todo aquello me conmovió y sentí que mi ánimo desfallecía de nuevo.

Cerré la puerta de la lavadora y me incorporé.

—¿Qué sucede? —me preguntó Robert, mientras ponía en marcha la máquina.

Me sonreí con tristeza y me apoyé en la encimera. Era increíble como podía leer cada una de mis emociones.

—¿Cómo lo haces?

—Le doy al programa de ‘delicado’, aquí. Selecciono la temperatura y luego pulso ‘star’.

Comencé a reír.

—¡Eres muy tonto!

Sonrió y me observó con la cabeza ligeramente inclinada.

—¿Cómo hago el qué? —susurró.

Me perdí unos instantes en la intensidad de su mirada. Tenía unos ojos tan bellos que era prácticamente imposible escapar de su magnetismo.

—¿Cómo sabes cómo me encuentro en cada momento?

—Lo sé. Ya está. —No dudó en su respuesta—. ¿A ti no te pasa lo mismo?

—Siempre me ha costado llegar hasta ti. Son muchas las capas de seguridad y de autocontrol las que te cubren.

—Contigo nunca me ha cubierto nada. Siempre he sido yo mismo.

Sentí que la habitación, ya de por sí pequeña, se estrechaba aún más. El ambiente se enrareció y zanjé el tema para que el pasado no destrozase de nuevo nuestra noche. Aparté todo aquello y, con una leve sonrisa, le insté a salir.

—Vamos a hacer mi pizza.

Salí de allí sin mirar atrás y me dirigí hacia el frigorífico. Abrí una de las dos puertas que tenía y miré dentro las opciones. Escuché como Robert se dirigía al otro lado de la cocina y miraba por el gran ventanal que cubría prácticamente la mitad de toda esa pared.

—¿Había previsión de lluvia para estos días?

—No, que yo sepa.

—Pues parece que va a llover.

Abrió un de las hojas y el olor de la humedad se coló dentro.

—Mmm… —gemí.

Cerré el frigorífico y fui hasta allí con él. Robert se había girado y me miraba. Sus ojos emitían una viveza que me costaba entender y por su rostro cruzaba una suave sonrisa. Le acaricié el brazo al ponerme a su lado. No supe qué me llevó a ello, pero lo necesitaba. Me adelanté más para poder sacar mi cuerpo por la ventana y poder disfrutar de aquellos momentos previos.

—¡Me encanta el olor a lluvia!

—Pensé que solo te gustaba en primavera —susurró.

Me sorprendió que recordase aquello. Me giré hacia él y percibí la conexión que nos unía inevitablemente.

—La de la primavera es especial. La naturaleza está abriéndose a la vida y su aroma tiene una fuerza que no posee en otra época del año. Pero la del otoño y la del verano también son maravillosas. —Nos llegó el brillo de un relámpago en la lejanía—. Es tormenta.

Pero él no me respondió. Siguió mirándome en silencio hasta que mi ánimo se vio demasiado aturdido. Me retiré hacia el frigorífico. Volví a abrir una de las puertas. Antes de concentrarme en la búsqueda de los ingredientes para la pizza, miré de nuevo a Robert. Estaba cerrando la ventana, pero había dejado el tramo superior levemente abierto para que pudiese colarse el olor a lluvia. Después, vino hacia mí. Se colocó a mi espalda y sujetó con una mano la puerta del frigorífico que yo asía. Sentí la electricidad recorrer toda mi columna.

—No hay mucho donde elegir.

No era verdad. Robert tenía tanta comida allí dentro que Mark y yo hubiésemos podido alimentarnos con ella durante toda una semana. Eso sí, tendríamos que restringir nuestra dieta a verduras, frutas y lácteos.

—Creo que la pizza será de verduras, ¿no? —y me di la vuelta hacia él.

Robert estiró su brazo por encima mía y cogió una cuña de queso.

—Yo voy rayando esto. Coge lo que quieras.

Asentí y volví mi atención sobre el frigorífico. Cogí un calabacín, una berenjena, una cebolla y un pimiento rojo. Me fui con todo ello hasta la encimera. Robert ya estaba allí trabajando con el queso. Me puse a lavarlo todo bajo el fregadero.

—Necesito un cuchillo y una tabla para cortar todo esto. —Robert abrió un cajón y sacó una tabla de madera más pequeña que la anterior. También me indicó dónde estaba el juego de cuchillos. Cogí uno y empecé a cortar las verduras despacio—. Hay una cosa que me encanta de los programas de cocina.

—¿El qué? —me preguntó sin mirarme.

—Cuando los cocineros empiezan a cortar con esa rapidez… Ya sabes.

Sonrió y después me miró divertido.

—¿Quieres que te enseñe?

—¿Sabes cortar como un profesional? —No me respondió. Con la sonrisa cruzando su rostro, siguió rayando la pequeña porción de queso que restaba—. ¡Venga! ¿A qué estás esperando? Quiero que me enseñes.

Dejó el rayador y el queso sobre la encimera, y se acercó. Cogió el cuchillo y comenzó a explicarme.

—Este cuchillo es muy pequeño. Necesitas uno más largo. —Seleccionó otro mucho más grande—. Si te fijas, —Se juntó tanto a mí que sentí como mi cuerpo temblaba—, este cuchillo tiene una ligera curva. Eso permite moverlo de arriba a abajo, manteniendo siempre la punta sobre la tabla. —Dejó el cuchillo sobre la madera. Y, muy despacio, se colocó detrás. Mi respiración se aceleró. Sentir su pecho pegado a mi espalda era algo para lo que no estaba preparada. Y él, consciente de ello, me acarició levemente el costado—. Solo quiero enseñarte a hacerlo —musitó.

Tan evidente era mi turbación que me sentí tremendamente vulnerable.

Me tendió el cuchillo, lo empuñé y corrigió con sus manos mi forma de cogerlo.Para ello tubo que rodearme totalmente con sus brazos.

—No coloques el dedo índice sobre la hoja. —Tomó la pieza de verdura y llevó su mano izquierda sobre la mía—. Debes sujetarlo como si en vez de una mano, tuvieses una garra. —Curvó mis dedos para colocarlos en esa posición, de forma que los nudillos fuesen los que quedasen más expuestos—. Tienes que evitar que se mueva el alimento, pero también que puedas cortarte. —Colocó su mano izquierda sobre la mía, en esa forma de garra y evitando que se moviese. Después, envolvió mi mano derecha y la sujetó con fuerza, tanto a ella como al cuchillo. Respiré profundamente cuando me susurró al oído—: Déjate llevar.

Empezó a cortar muy lentamente, y yo dejé mis manos y mi razón a su total disposición. Sentía todo su cuerpo sobre el mío, enajenando el poco juicio que me quedaba. Mi cuello reaccionaba con una sensibilidad extrema al notar su respiración cayendo sobre mi piel. El deseo me embarró por completo, anulándolo todo; absolutamente todo.

Cuando terminó de cortar la verdura, giré mi rostro hacia el suyo. Era consciente de su proximidad. Por eso no me sorprendió encontrar sus labios prácticamente sobre los míos. Sus ojos me retuvieron y yo los recibí con ansia. Llevé la mirada a su boca, tan apetecible que me negué a frenar el ímpetu de lanzarme sobre ella y devorarla. Pero Robert no me lo permitió. Me soltó con suavidad y se alejó con una naturalidad que acabó barriendo todas mis esperanzas.

—No era tan difícil, ¿verdad?

Sonreía, sí. Pero percibí con claridad que estaba incómodo y alterado. Aun así, luchaba para que su imagen proyectase la misma serenidad de siempre.

Sin embargo, no pude centrarme más en él. Mi atención se desvió hacia la melodía de mi iPhone, que sonaba desde el otro extremo de la casa.

10
ROBERT

Olivia salió deprisa de la cocina, rumbo a la habitación, para atender a la llamada de teléfono. No la seguí. Me agarré a la encimera mientras los acordes del estribillo de ‘Born to Be Yours‘, de Imagine Dragons, me terminaban de derrumbar. Había estado a punto de faltar a mi promesa. Le aseguré en Central Park que no intentaría ni besarla ni acostarme con ella. Y eso era en lo único en lo que pensaba en cada momento.

Verla vestida con mi ropa me había vuelto loco. El pijama le quedaba exageradamente grande. Pero había algo en esa imagen que me excitaba. Necesitaba colarme por debajo de esa ropa y tocar su piel; recorrer todo su cuerpo con mis labios, alojarme en su cuello, lamer sus pechos, bajar por su vientre hasta su clítoris y volver a escuchar sus gemidos. Anhelaba deleitarme mientras la observaba retorcerse de placer. Ansiaba secuestras sus labios, devorar su boca y danzar con su lengua. No dejaba de pensar en ella y yo follando sobre la encimera, follando en el cuarto de la colada, follando contra la ventana, follando en el suelo de la cocina… La polla me iba a estallar.

Un trueno descargó sobre Manhattan. El viento se hizo mucho más intenso y se coló de manera demencial por la abertura que había dejado en la ventana. Fui hacia allí y miré a la calle. El cielo estaba totalmente nublado. A pesar de la noche, se intuía la oscuridad que se nos había echado encima. Vi caer otro rayo en la lejanía y el cielo se iluminó por completo. Inmediatamente después, el trueno se hizo valer de nuevo. La tormenta ya estaba aquí.

Cerré del todo la ventana y pedí al Echo que cambiase la música. Elegí una playlist de Chad Lawson. Necesitaba algo más sosegado que calmase mi mente y, sobre todo, las ansias que tenía de Olivia. El piano comenzó a sonar con la melodía “When the party is over”. Cerré los ojos e intenté evadirme. Estiré el cuello, los brazos, la espalda. Respiré profundamente y me dije a mí mismo que debía hacer lo imposible por cumplir mi promesa. Olivia necesitaba un lugar donde pasar la noche, y sentirse segura y tranquila. Yo debía dárselo. Quería dárselo. Si lo conseguía, ella podría confiar en mí de nuevo y acercarse sin que el miedo del pasado la atenazara.

Terminé de cortar las verduras mientras la lluvia comenzaba a descargar sobre Manhattan. Otro trueno volvió a sonar, esa vez más fuerte. Miré hacia la ventana y comprobé cómo la tormenta golpeaba con furia la ciudad.

Cogí la masa de la pizza y empecé a darle forma. La extendí con las manos, hasta que alcanzó la redondez y la finura típica de ella. Después, busqué por uno de los armarios un tarro de tomate triturado. Lo eché sobre la masa, coloqué el queso rallado y, por último, desparramé las verduras.

Me acerqué hasta el horno. Y cuando iba a ponerlo en marcha, un rayo descargó tan cerca que el edificio tembló. La luz se fue y me quedé a oscuras.

—Mierda.

Conocía mi casa a la perfección y, con la escasa luz que provenía de los ventanales, salí de la cocina. Me encontré a Olivia corriendo por el pasillo hacia el salón y con la linterna de su iPhone encendida.

—¡Robert!

—¿Estás bien? —la pregunté.

—Sí. Estaba hablando con Brad cuando ha caído el rayo.

«Brad…».

Respiré profundamente.

—Siéntate en el sofá. No quiero que tropieces. Voy a ver si el apagón es general.

Aunque ya me imaginaba que así sería. Fui hasta la mesa de la televisión y cogí mi Samsung. Llamé por teléfono a la recepción, donde Marcus aguardaba en la entrada del edificio. Me confirmó que todo el bloque estaba a oscuras. Solo se mantenían las luces de emergencia de las salidas y que el apagón había afectado a casi la mitad de la calle. Otro trueno volvió a descargar con fuerza. Colgué la llamada, y escuché la conversación entre Olivia y Brad.

—Sí, estoy en casa de Robert… Sí… Sí, no te preocupes. Después te lo paso…

Brad quería hablar conmigo. Imaginaba la razón. Pero a mí no me apetecía en esos momentos cruzar ninguna palabra con él. Necesitaba tiempo para asimilar que Olivia había estado entre sus brazos. Sí. Mi mente funcionaba de manera salvaje, como la de un despreciable controlador. Pero no podía hacer nada más que intentar apaciguar esas emociones tan primarias.

—No sé… —seguía hablando Olivia.

Yo me entretuve yendo hacia la cocina de nuevo. Miré por la ventana y comprobé la oscuridad de la calle. Desde mi ático se observaba a la perfección la zona a la que había afectado la caída del rayo. Era bastante amplia.

Otro relámpago me cegó. Me impresionó tanto ver su descuelgue que me eché hacia atrás. Y un nuevo trueno descargó su potencia de manera demencial e hizo rugir la tierra. Había vuelto a caer muy cerca. Aquello no era nada normal.

Me separé de la ventana y fui hacia el frigorífico. Estaba apagado, pero saqué una botella de vino blanco que tenía dentro y los cupcakes que había comprado. Después, me acerqué a una alacena y cogí dos copas. Con todo ello, volví al salón.

Al entrar, la oscuridad lo envolvía todo. Pero el móvil de Olivia seguía con la linterna puesta mientras ella hablaba. Su silueta me indicaba lo preocupada que se encontraba en esos momentos. Estaba sentada, con los codos apoyados en sus rodillas. Su cuerpo estaba inclinado hacia delante. Con una mano sujetaba el teléfono a su oído y con la otra sostenía su cabeza.

Me acerqué con todo hasta el sofá y fui dejando las cosas en la mesa del centro. Ella dirigió sus ojos hacia mí y me sonrió levemente. Me senté a su lado y esperé a que terminase.

—Ya… Sí… Sí, por favor… No, tranquilo… No, no estoy enfada. Lo entiendo, pero no debiste… Ya, ya… De acuerdo. Será lo mejor. Hablamos más tarde… Sí, está aquí… —Me miró y yo negué con mi cabeza. No quería hablar con él. Olivia improvisó—. El problema es que se nos ha ido la luz con la tormenta y está buscando algo con lo que poder iluminarnos hasta que vuelva… Ok, se lo digo… Sí, no te preocupes…Ten cuidado con el coche. Está lloviendo muchísimo. Adiós.

Colgó y dejó el iPhone sobre la mesa de centro. Después, cerró sus ojos. Llevé mi mano hacia la de ella.

—¿Qué ha pasado?

Suspiró y volvió su rostro hacia las puertas de la terraza. Los rayos caían ahora de forma muy seguida y creaban sobre el cielo de Manhattan un verdadero espectáculo de luces. Los truenos se ensamblaban unos con otros demostrando la fuerza que llevaban consigo en cada descarga. Y las

gotas de lluvia golpeaban el cristal y el suelo como lanzas impactando con dureza.

—Pues ha pasado que Brad es exactamente igual que Kate.

—No te entiendo.

Bajó su mirada. Estaba llena de turbación. Acaricié con mi pulgar su muñeca.

—Kate no mide. Cuando está enfadada, la da lo mismo lo que sale por su boca. Luego se arrepiente. Pero es capaz de decir lo que sea si quiere hacerte daño. Y Brad es igual, en ese sentido. —Respiró profundamente y me miró a los ojos. Las ráfagas de los rayos se plasmaron en su rostro—. Los he visto discutir varias veces y, Robert, son hirientes. Pero, esta vez, se han pasado más de la cuenta.

Torció su rostro. No solo estaba contrariada. También estaba enfadada. Aquello era nuevo. Hasta el momento, Olivia se había mostrado vulnerable ante aquella circunstancia. Pero, en ese momento, sus ojos evidenciaban una ira contenida.

—¿Qué te ha dicho Brad?

—Por lo visto, la discusión subió demasiado de tono y empezaron a lanzarse reproches. Pero también empezaron a surgir nombres. Y a Kate no se le ocurrió otra cosa que soltarle a Brad que para ella hubiese sido mejor seguir con Paul, un amigo de Brad con el que mantuvo un rollo semanas antes de empezar a salir con él. No sé por qué le diría aquello... Ni siquiera sé qué le habría dicho Brad antes para que ella saliese por ahí. —Se soltó de mi agarre y, con sus dos manos, empezó a recogerse el pelo—. Y, claro, Brad no iba a ser menos, por supuesto. Así que, la atacó diciéndole lo mismo, que seguramente para él hubiese sido mejor quedarse conmigo y no con ella. Kate no tenía ni idea. Y él la soltó a bocajarro que nos habíamos acostado. —Bufé y me recosté de lado sobre el sofá para poder seguir mirándola—. Kate estalló y fue cuando decidió marcharse. Brad se dio cuenta de su metedura de pata y lo intentó arreglar, diciendo que no lo decía en serio, que solo nos habíamos acostado una vez, antes de que yo les conociera, y que no había significado nada. Pero ya era tarde y Kate estaba fuera de sí.

Se levantó del sofá muy alterada y, con las manos apoyadas en su cintura, comenzó a andar de un lado hacia otro.

—Olivia, tranquilízate.

—No sé cómo ha sido capaz de hacer eso. Ni él ni ella. ¡No entiendo cómo pueden hacerse daño de ese modo! ¡Y, además, me incluyen a mí en sus enredos! ¡Joder! ¡Robert! ¡Que Kate me ha dicho que me vaya del apartamento! Y yo no puedo hacer nada, porque no tengo ningún contrato firmado con el casero…

Me levanté y fui hacia ella. La agarré de la mano y tiré despacio hacia mí. La envolví entre mis brazos mientras los rayos seguían maltratando Manhattan.

—Todo se solucionará.

La acaricié la cabeza y enredé mis dedos en su pelo.

—No quiero irme a otro lugar. Me gusta vivir allí. Conseguí crear unos lazos muy estrechos desde el primer momento con Mark y con ella. ¡Son mis amigos! No quiero perderlos.

Se estaba volviendo a romper. Y yo no quería que sucediese aquello por nada del mundo. Busqué su rostro y lo tomé entre mis manos. Ella me miró destrozada.

—No los vas a perder. Kate entrará en razón más tarde o más temprano. Además, no creo que Mark permita que te haga eso.

—Ya lo ha intentado. Ayer quiso impedir que sacase mis cosas de la habitación y las metiese en la otra más pequeña. Terminó discutiendo con ella. Pero, al final, Kate se impuso.

Le acaricié el rostro. La preocupación la consumía. Me mataba verla así.

—Escúchame. Kate no está siendo justa contigo. Está descargado toda la ira que tiene contra ti. Por mucho que tú te acostases con Brad en el pasado, los dos erais libres. Y Kate debería entender las razones por las que decidiste ocultárselo. —La cogí de los hombros para mirarla más directamente—. Tú misma lo has dicho. No significó nada y preferiste dejarlo pasar para que no trajese problemas. —Y aquello lo dije motivado más por la necesidad de que ella me lo volviese a confirmar—. Kate no puede ni reclamarte nada, ni exigirte nada, ¿de acuerdo? Por mucho que eso la duela, por mucho que los celos la consuman, no debe pagarlo contigo. Tú no has sido la que has utilizado esa información para hacerla daño. Ha sido Brad. Tú solo intentaste protegerla al ocultárselo.

—Pero Robert…

—Sí, lo sé. Quizá lo mejor hubiese sido ser sincera con ella. Pero, te vuelvo a repetir, que no tienes por qué dar explicaciones de a quién metes en tu cama. A nadie —repetí con rotundidad.

Ella me respondió de la forma que menos me esperaba. Se volcó sobre mí y unió su cuerpo con el mío. Apoyó su cabeza sobre mi pecho y me rodeó la cintura con sus brazos. Yo la volví a envolver entre los míos. Y, entonces, su voz me susurró:

—Qué fácil sería la vida contigo.

Quise decirle que se dejase llevar, que apartase a un lado sus miedos, que me dejase cuidar de ella, que me permitiese amarla. La hubiera jurado que nunca la volvería a fallar del modo en que lo hice en el pasado. La hubiera asegurado que podría confiar en mí y que estaría ahí, a su lado, por el resto de mi vida. Pero no lo hice. Esa noche, no. Lo había prometido. Me conformé con estrecharla más entre mis brazos mientras la lluvia seguía golpeando con fuerza los cristales.

Aun así, intenté rebajar la intensidad de ese momento. Y, por esa razón, la respondí:

—Lo nuestro nunca funcionaría, pequeña. —Olivia se apartó de mí despacio, pero con una firmeza que me indicó que mis palabras no la habían gustado nada. Me sonreí a mí mismo y la estreché más para evitar que se apartara—. No estamos hechos el uno para el otro —seguí diciendo divertido—. Tú sacas la pasta de dientes de arriba y yo, como debe ser, de abajo. —Relajó su rostro y una media sonrisa lo matizó—. Dejo la tapa del wc levantada, como debe ser; los botes de gel de la ducha abiertos, como debe ser; tiro los zapatos por la casa cuando entro, como debe ser. —Comenzó a reír y me sentí pleno. Balanceé levemente su cuerpo con el mío—. Además, tú eres de IOS y yo soy de Android…

—Como debe ser —ironizó.

—Como debe ser —respondí—. Lo nuestro no tendría futuro, mi vida.

No me dio tiempo a seguir con aquello. La luz volvió de nuevo. Los dos elevamos nuestros ojos al techo de manera instintiva. La solté despacio y noté como se apartaba acariciando mi cintura. Aquello me puso muchísimo. Respiré profundamente para tranquilizarme y no saltar sobre ella.

—Gracias —musitó.

—Vamos a hacer tu pizza.

Moví ligeramente la cabeza para instarla a volver a la cocina. Olivia cruzó a mi lado, rumbo hacia allí. Antes de darme la vuelta y seguirla, me di unos segundos. No podía dejar que la noche terminase tal y como se estaba orientando todo. Si no, Olivia no volvería a confiar en mí nunca más. Debía hacerlo por ella. Debía hacerlo por nosotros. Y ese fue mi mantra durante las siguientes dos horas.

Terminamos de hacer la pizza juntos y la metimos en el horno. Durante los diez minutos de espera, fuimos colocando la mesa baja del salón para cenar allí. Olivia me contó su viaje a

Florencia de unos años atrás. Me encantó escuchar la pasión con la que hablaba de la ciudad, de sus joyas monumentales, de sus calles, de sus recovecos. Podría haberme pasado la noche observándola mientras hablaba. Pero, ya sentados, decidí poner la televisión para distender el ambiente. Traté con ello que la conversación no derivase en nosotros y que entrásemos de nuevo en una intensidad difícil de controlar. Al menos, esa noche debía evitarlo.

Empecé a pasar canales mientras comía otro trozo de pizza. Olivia estaba sentada a mi lado, con las piernas cruzadas sobre el sofá, y bebiendo de su copa de vino. Pero, entonces, mi búsqueda finalizó.

—¡Anda! ¡Mira lo que acaba de empezar! —Se trataba de "The Changeling", una película de terror, pero del bueno. Sin embargo, Olivia me miró sin entender—. ¿No has visto esta peli?

—No.

—¿No conoces la escena de la pelota?

—No.

—¡Dios! ¡Tienes que verla! Es un clásico del cine de terror. No sé si del año 79 o del 80... No recuerdo muy bien.

—¡Oh! ¡No! No me gustan las pelis de miedo.

—¡Vamos! ¡Olivia! Te va a encantar, ya verás. Mira, el tío ese es un músico al que se le ha muerto la mujer y la hija porque las envistió un camión.

—Bien empezamos…

—Come otro trozo de pizza y escucha. Se va a trasladar a vivir a esa casa que está viendo.

—Ya me imagino. Y la casa, por supuesto, tendrá fantasmas.

—Bueno…

—Si es de miedo y hay un caserón de estilo Victoriano de por medio, es porque hay fantasmas.

—Podría haber zombis.

—¿Zombis? —preguntó divertida.

—Zombis victorianos, no sé.

Empezó a reír de esa forma que me llenaba tanto y que logré arrancarla en más de una ocasión mientras veíamos el principio de la cinta. Me encantaba verla así, risueña, feliz, relajada. Aunque aquello duró lo que "The Changeling" nos permitió. Cuando la cosa empezó a ponerse jodida, todo se torció. Después de la subida del protagonista por la escalera y al encontrarse la imagen del niño reflejada en el agua, a Olivia se le quitaron las ganas de reír.

Eso sí. La película logró engancharla y, poco a poco, se fue sumergiendo más en ella y acercándose a mí para buscar mi contacto. La segunda vez que la pelota bajó por la escalera, Olivia se recostó sobre mi cuerpo y yo la rodeé con mi brazo. Pero no fue para ella una situación relajada y armónica, no. La tensión constante de las escenas, los planos picados, los gritos, la sutileza de ese miedo psicológico que lograba Medak en cada escena le hicieron sobresaltarse en más de una ocasión. Sin embargo, yo me mantuve sereno. No porque la película no me asustase, que lo hacía. De hecho, creo que no hay ninguna peli que me acojone más que esa. Pero aquel día yo no estaba centrado en las imágenes, sino en Olivia pegada a mí.

Tras la sesión de espiritismo, el descubrimiento de lo que sucedió allí y la secuencia de escenas que derivaban en el final, Olivia no se movió de mi lado y yo no dejé de abrazarla. Cuando todo terminó apenas la sentí respirar. Se quedó mirando la pantalla que, en esos momentos, ya había cambiado hacia otra cosa.

—¿Qué te ha parecido? ¿Te ha gustado?

—Creo que voy a odiarte el resto de mis días. —No pude aguantar las carcajadas. Se incorporó y me miró fijamente con un enfado simulado—. No recuerdo la última vez que pasé tanto miedo.

—Era buena, ¿verdad?

—Demasiado —se quejó—. No sé cómo voy a dormir esta noche. Y, encima, con tormenta.

A mí se me ocurrió una manera fantástica para conseguirlo, pero me obligué a apartarla rápidamente de mi cabeza.

—Ya no hay tormenta. Solo está lloviendo. —Y añadí—. Espero tus agradecimientos.

—¡Ni de coña!

Volví a carcajearme.

—¡No me lo puedo creer! Te ayudo a aumentar tu cultura cinéfila y así me lo agradeces.

—Robert, en serio, todavía estoy temblando.

En esos momentos, su iPhone, encima de la mesa, sonó. Eché un vistazo a la pantalla y la respondí:

—Pues ahora sí que vas a pasar miedo.

11
ROBERT

—¡No! ¡No pienso cogérselo!

—¡Olivia! —la censuré—. ¡Cógelo ahora mismo!

—¡Robert! ¡No me toques las narices! —me advirtió.

Y la melodía del teléfono se extinguió. Me incorporé enfadado, cogí el móvil de la mesa y se lo tendí.

—¡Llama a Kate ahora mismo!

—¡No! —me retó. Y se levantó para arrancarme el iPhone de la mano—. ¡No vuelvas a tocar mi teléfono!

Me cabreé muchísimo. Puse las manos sobre mi cintura y me alejé unos pasos de la mesa de centro. Una parte de mí me decía que no debía meterme en ese asunto. Pero no compartía la forma de actuar de Olivia.

—No lo entiendes, ¿verdad? No puedes comprender que, seguramente, estará preocupada por ti y que por eso ha terminado llamándote. Si no se lo coges, empezará a pensar que te ha ocurrido algo grave.

—No conoces a Kate…

—¡Joder! ¡Olivia! Tu misma lo dijiste. ¡Sois amigas! O, al menos, lo erais hasta que Brad metió la pata. Es normal que se preocupe por ti. Es tarde. No la has avisado de que pasarías la noche fuera. Y está diluviando.

Me miró cabreada. Había cruzado los brazos, cerrándose a mí, y había interpuesto cierta distancia entre nosotros. Traté de calmarme. Estaba volcando en esa discusión todo el dolor que había vivido yo ocho años atrás. Cambié de estrategia y me acerqué despacio hasta ella.

—¿Qué ha pasado este fin de semana? —Ella me miró confundida—. Mark me ha dicho que Kate no habló con vosotros en todo ese tiempo y que estuvisteis preocupados.

—No sé a dónde quieres llegar, pero me estás dando otra excusa para no cogerla el teléfono.

—¿Quieres, entonces, ser como ella?

Su rostro me confirmó que la había picado. No había nada mejor para sacarla de su agujero emocional que equiparar su actitud con la de Kate. Me acerqué más. Ella apartó su mirada. Pero la tomé el rostro para enlazar mis ojos a los suyos.

—Llámala —susurré.

No me respondió. Pero se movió despacio, como sopesando esa opción, y terminó marchándose al dormitorio. En su trayecto vi como desbloqueaba el iPhone.

No quise incordiarla más. Me senté en el sofá y abrí una de las botellas de agua que había dejado sobre la mesa. Comencé a beber mientras cambiaba de canales. Me paré a ver un partido de baloncesto repetido entre los Boston Celtics y los Toronto Raptors. Los canadienses les habían dado una verdadera paliza.

No llevaba ni cinco minutos en ello, cuando el timbre de la puerta sonó. Aquello me preocupó bastante. Eran casi las diez de la noche y en mi edificio no solíamos confraternizar entre vecinos. Me levanté deprisa temiendo que hubiese ocurrido algo grave. Abrí la puerta y me encontré con

lo que menos me esperaba en esos momentos.

Annie estaba al otro lado, totalmente empapada. Iba vestida completamente de Nike, con un chándal rosa claro y zapatillas de deporte blancas. De su brazo pendía una pequeña bolsa de la misma marca. No estaba muy seguro de haber visto a mi prima alguna vez en chándal. Ni siquiera recordaba verla así en su infancia, salvo en las clases de gimnasia. Me miraba con el rostro cargado de desconsuelo. Había estado llorando. Mucho. Y Annie no lloraba ni aunque la metiesen la cabeza bajo el barro.

—¿Puedo pasar la noche aquí?

Mi consternación era tal que me había quedado de piedra.

—¿Qué ha pasado? —dije, mientras terminaba de pasar al interior de la casa.

—Derek.

Y así lo resumió todo.

Derek era el vecino del mismo rellano y casero de Annie. De hecho, era prácticamente el propietario de todo el edificio donde vivía, a excepción de una única vivienda del primer piso que habitaba una linda octogenaria con sus cinco gatos. La razón por la que Derek aún no había conseguido librarse de ella y hacerse con su vivienda radicaba en que su hijo mayor era uno de los ocho jueces asociados de la Corte Suprema.

Derek era bastante especial. No tenía trabajo conocido. Pero nada más verlo se podían deducir de él dos cosas. La primera, que nadaba en la abundancia. La segunda, que el tipo se podía llevar de calle a cualquier mujer que quisiese. Y mi prima, mantis religiosa por vocación y devoción con los hombres, sin embargo, había caído en sus redes desde hacía varios meses.

Mantenían una relación más que tóxica. Jugaban a hacerse daño y a solventar sus confrontaciones con jornadas de sexo maratoniano que podían durar días. Y por lo que podía ver, en esa ocasión, Derek se había pasado. Aquello me cabreó muchísimo. No me gustaba que hiciesen daño a mi prima. Pero lo que más me jodía era confirmar mis sospechas de que Annie estaba cada vez más pillada por él.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Lo de siempre: comportarse como un narcisista inmaduro que es incapaz de asumir el rechazo.

—Vamos, que le has dicho que no ibas a follar con él, se ha cabreado y te la ha devuelto.

—¡Ajá! Con una orgía a la que no ha tenido reparos en invitarme desde la puerta de su casa, mientras una tía le hacía una mamada.

—¡Joder!

Pasamos al salón y al ver la mesa de centro llena de comida y bebida, me miró contrariada.

—¿Estás con alguien?

No me dio tiempo a responder. En esos momentos, Olivia entró en el salón y, con una amplia sonrisa, saludó.

—¡Annie! ¿Cómo tú por aquí?

Mi prima no respondió. La miró con cara de espanto. Volvió su vista hacia mí y dijo:

—¡Oh! ¡Joder! ¡Lo siento!

—¡No! ¡No! ¡No! Annie, no es lo que piensas.

—¿Qué no es lo que pienso? —gritó.

—¡No! ¡Escucha! Olivia está aquí porque necesitaba un sitio para dormir…

—Lo mejor es que me vaya.

—¡Annie! ¡Para!

Y me puse frente a la puerta del salón.

—De verás, chicos, lo siento. No quería interrumpir nada.

—No interrumpes nada —dijo Olivia, que a esas alturas ya intuía lo que sucedía.

—Olivia está aquí porque necesitaba un lugar para pasar la noche. Ha discutido con uno de sus compañeros de piso...

—Claro, claro —decía mi prima sin creerse nada y ya rumbo hacia la puerta de entrada.

—¡Joder! ¡Annie! —la llamé e impedí que la abriese para marcharse—. ¡Para! —Lo hizo, pero me miró con desconsuelo—. No pasa, absolutamente, nada. Quédate con nosotros, por favor.

Annie me miró con sus ojos azules cargados de duda. Después, llevó su mirada más allá, al dintel de entrada al salón, donde Olivia permanecía callada y observándola.

—Annie —la dijo—, de veras. No es lo que parece.

—¿Y qué es, entonces? —preguntó sin medias tintas.

—No podía dormir en mi casa porque he discutido con Kate. Y si pasaba la noche en el apartamento con ella a solas, íbamos a terminar muy mal. Robert me encontró en Central Park y me ofreció su casa para pasar la noche.

—¿Pero Kate no vivía con Brad?

—Lo han dejado —la expliqué sin entrar en más detalles.

Olivia se acercó a ella poco a poco.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

Annie suspiró.

—Tengo problemas con mi casero que vive en la puerta de enfrente y se dedica a organizar orgías para cabrearme.

—Se acuestan de vez en cuando —apunté.

—Ya no —respondió Annie—. Y por eso ha decidido putearme de esa manera. —Cogí la bolsa de Annie de su mano y la rodeé con mi brazo. Olivia, a su lado, la escuchaba—. Llevaba mucho tiempo cansada de esta historia y decidí cortar por lo sano. Nada de sexo con él. Nada de entablar conversaciones de rellano. Solo un «Hola, buenos días» y un «Hola, buenas noches». Y ya está. Pero se ha cabreado. Y lleva tres meses tocándome las narices.

Llegamos hasta el salón, y Olivia y Annie se sentaron en uno de los sillones. Yo lo hice en el otro, en compañía de la bolsa de deporte. Mi prima cogió un cupcake y lo miró con tranquilidad antes de empezar a devorarlo.

—Llevábamos cerca de medio año acostándonos. Al principio, todo era muy intenso. Nos encontrábamos en la escalera, hablábamos un poco y terminábamos en su casa o en la mía. Todo bien. —Olivia levantó las cejas, divertida ante la naturalidad de Annie en normalizar aquellos encuentros—. Pero empecé a pillarme por él porque soy una imbécil.

—No eres imbécil —la reprendí.

—Sí que lo soy. Debería haber estado más atenta. —Se volvió hacia Olivia y la explicó—: Derek es magnético. Nadie puede escapar de él. No es solo que esté buenísimo, no. Es que tiene algo más, que no sé qué cojones es, que hace que te enganches como a una droga. Y no lo vi venir. Cuando me di cuenta, me había convertido en una adicta. Así que me alejé. Pero Derek está acostumbrado a coger lo que quiere y cuando quiere. Y no aceptó mi rechazo. Primero, desplegó toda su artillería pesada para seducirme. Y... ¡Joder, Olivia! Al final caí dos veces. Pero me dije «Anne, tienes que acabar con esta mierda o terminará arrastrándote a un pozo sin fondo». Y lo hice. Me mantuve firme. De hecho, empecé a subir a casa a otros tipos; cosa que no habíamos hecho ninguno de los dos hasta entonces. Nuestras relaciones paralelas, las

manteníamos fuera del edificio por deferencia al otro. Y, cuando vio al primer tío entrar un sábado en mi casa, aquello le cabreó. Él empezó a traerse a sus ‘cachorrillas’, que es como llama a las tías a las que se tira, y ha follárselas en mis propias narices.

—Pero… ¿cómo? —preguntó Olivia, confundida.

—Pues, por ejemplo, el viernes pasado se folló a una contra la puerta de mi casa mientras yo veía una peli en el salón. Y este lunes coincidí en el ascensor con él y con la que llevaba ese día. Y, cuando entramos los tres, sin cortarse un pelo, la pegó contra el cristal, la subió el vestido, la rompió el tanga y empezó a masturbarla allí mismo, hasta el último piso, que es donde vivo.

—¿Y ellas no dicen nada?

—La del viernes contra la puerta, la verdad no lo sé. Lo único que escuchaba eran los gemidos. Pero la del ascensor sí que le dijo que parase al principio, hasta que la arrancó la ropa interior. Y ahí ya pasó de mí.

—¿Y tú que hiciste?

—Pues actuar igual que con un niño que intenta llamar la atención portándose mal. Le ignoré. Pero, Olivia, es que por mucho que haga, por mucho que me muestre fría y serena ante esas situaciones, me hacen daño. No siento celos, no. No es eso. Es dolor porque… —Bajó el rostro y se quedó sin palabras unos instantes—. Me gusta mucho. Y me duele porque sé que es un hombre que únicamente me traería problemas. Es controlador, dominante… Aunque me encanta que adopte ese rol en la cama, sin embargo, en el día a día no puedes mantener nada con una persona así.

Eso me alarmó.

—¿Te habías planteado algo serio con él?

Annie se giró hacia mí.

—Soy idiota, ¿verdad?

—No, joder. No estoy diciendo eso. Es solo que tú parecías controlar de qué iba Derek.

—Sé perfectamente de qué va Derek, primito. No soy estúpida. Sé que es un Peter Pan de manual, que vive de las rentas, sin compromisos ni obligaciones; que lo único que le importa es vivir al límite, la fiesta, la juerga, los excesos. Lo sé. Y sé también a dónde le va a llevar eso. El problema radica en que, a pesar de todo, a pesar de saber el tipo de tío que es, se me ha colado muy dentro, sin darme cuenta, y no sé qué hacer.

—Mudarte de piso —resolvió Olivia—. No puedes seguir allí.

—En esta ciudad no es fácil encontrar un buen piso. Y a mí me gusta mucho el mío.

—Puedes venirte aquí una temporada —le propuse—. Hasta que la cosa se tranquilice.

—¿Tú y yo viviendo juntos otra vez?

Comencé a reír ligeramente al recordar ese pasado.

—Bueno, tienes otra opción: mudarte a la habitación que Olivia va a dejar libre en su piso.

—¡Robert! —me regañó ella.

Y Annie, sin permitir que la protesta de Olivia progresara, preguntó:

—¿Te vas de tu apartamento?

—No, no me voy.

—Kate la echa, más bien —bromeé.

—¡No va a echarme!

—Si no te echa, te terminará asesinando tras la cortina de la ducha, ya sabes —la advertí mordaz e imitando a Norman Bates.

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó Annie.

Olivia mostró incomodidad con la pregunta. Por eso, salí en su ayuda.

—Lo que ha pasado es que Kate se ha cabreado con ella por una estupidez.

—¿Y por eso te echa?

—¡No va a echarme! —repitió.

—Bueno, —siguió Annie sin escucharla—, si quieres, puedes mudarte a mi piso mientras yo esté aquí.

—¡Ni de coña! —sentencié.

Y mi voz bramó de tal manera que las dos me miraron alarmadas.

—¿Por qué no? —preguntó Olivia, bastante molesta.

—Eso, ¿por qué no?

Contesté, pero mirando a Annie.

—No pienso permitir que dejes a Olivia cerca de Derek.

—¡Uy! ¡Esto sí que es bueno! ¿Temes que la seduzca?

—¡Annie! —la advertí.

La voz de Olivia sonó de fondo.

—¿Podríais dejar de hablar de mí, como si yo no estuviera?

Pero no lo hicimos y Annie siguió incordiándome.

—Sería su tipo. Le van las tías sumisas.

—Olivia no es sumisa —respondí con una seguridad serena.

—¡No me lo puedo creer! No lo parece.

—De vez en cuando adquiere el rol de sumisa, pero no es su tendencia natural.

—¡¡Ya está bien!! —clamó Olivia. La habíamos cabreado—. ¡Estoy aquí, por si no lo recordáis!

—Lo recordamos, cariño —la respondió Annie y la dio unos toquecitos con la mano en su pierna. Se giró hacia mí y me preguntó—: ¿Y a ti? ¿Cómo te gusta más?

—De las dos maneras —respondí sin dudarlo.

—¿Te gusta que te someta?

—Como si fuese su esclavo.

Llevé mis ojos a Olivia. Me miraba con un rubor evidente en las mejillas. Comencé a reír y Annie me siguió.

—¡Sois idiotas! ¡Los dos! ¡Se nota que compartís genética!

Se levantó del sofá y se colocó bien el pijama, recogiéndo de nuevo las mangas. Me ponía tanto verla así, que la polla me dio una sacudida.

—No te enfades, anda. Siéntate con nosotros —la empezó a decir Annie. Olivia la miró cabreada, pero finalmente cedió—. Tendría que ir a por mí ropa.

—Si quieres, puedo ir yo —le propuse—. Así te evitas tener que verlo.

—Mejor vamos juntos. Si tienes que hacerme tú la maleta, no creo que llegue a finales de semana con ropa interior suficiente.

La respondí con una mueca de molestia.

—Bueno, pues vamos después de salir del hospital.

Annie empezó a morderse el labio. Sabía que estaba cavilando algo. Conocía cada uno de sus gestos.

—¿Qué estás tramando?

—Nada —dijo entre risas.

—¡Annie! —la advertí.

—Vale, vale. Solo estaba pensando que sería bastante divertido ver la cara de Derek cuando me vea salir con la maleta y contigo al lado.

Lo vi claramente.

—¿Derek sabe que soy tu primo? —Negó con la cabeza—. Pues se lo dices a la primera oportunidad que tengas. No quiero problemas, Annie. ¿De acuerdo?

No quería otro Jake en mi vida. Eso desvió mi atención hacia Olivia que nos escuchaba en silencio.

—¿Estás cansada?

—Un poco —respondió.

—Pues nos vamos a la cama.

—¡Oh! ¡Todavía es pronto! —se quejó mi prima.

Pero no cedí.

—Olivia ha tenido guardia y un día muy estresante. Además, su cuello no creo que dé más de sí.

—Estoy bien, Robert.

—¿Te has traído la medicación?

—Sí.

—Si necesitas algo, en mi baño hay un armario con analgésicos y antiinflamatorios. Si necesitas benzodiacepinas, Annie lleva en el bolso. No le gusta dejar las drogas en casa.

—¡Eh! —se quejó—. Soy psiquiatra. Tengo total legitimidad para llevarlas encima.

—Lo que tú digas, primita. Nos vamos a la cama.

Y me levanté para empezar a recoger las cosas de la mesa. Olivia se incorporó para ayudarme. Mi prima, por el contrario, siguió sentada y observándonos. Tras unos segundos, preguntó:

—Entiendo que ella y yo dormimos juntas, ¿no?

Levanté mis ojos hacia Olivia que, a su vez, miraba a Annie incómoda. Dejé que ella misma respondiese.

—Sí, claro. Dormimos juntas.

Annie desplegó una amplia sonrisa.

—Annie, como no te portes bien, duermes en la terraza.

—¿Qué soy? ¿Tu perro?

—Mi perro nunca dormiría en la terraza. Y menos en un día de lluvia.

La advertencia estaba hecha. No sabía si, finalmente, se iba a plegar.

—Voy a darme una ducha.

Se levantó, cogió su bolsa de deporte y se metió hacia las habitaciones. Olivia y yo llevamos los restos de la cena a la cocina. Colocamos los cupcakes y la botella de vino en la nevera, y metimos los cubiertos, los platos y las copas en el lavavajillas. Aproveché para preguntarle.

—¿Cómo ha ido la conversación con Kate?

—Bien —me respondió. Pero no había entusiasmo en sus palabras—. Me ha preguntado dónde estaba. Le he dicho que en casa de un amigo. No le he dicho que eras tú. Y luego ella me ha dicho que Brad había estado en casa. Imagino que fue hasta allí cuando colgó conmigo. Estuvieron hablando.

—¿Han solucionado lo suyo?

—No, creo que no. Ha sido bastante parca en palabras. Pero él no se ha quedado a dormir. Por eso creo que no lo han solucionado. Aun así, me ha dicho que Brad fue hasta allí para volver a aclararle lo que hubo entre nosotros. Y, bueno, parece que Kate está más tranquila.

—¿Te ha pedido disculpas?

—No. Y no lo va a hacer. Kate no pide perdón nunca por nada. Pero el hecho de que me haya llamado para decirme que ha estado hablado con Brad, me hace pensar que poco a poco ha ido entrando en razón. Aunque todavía está bastante fría.

—Ya.

Llevé mi mano a su mejilla y la acaricié. Envolví su rostro con ella.

—Creo que no es necesario que te lo diga, pero puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—Gracias, Robert —susurró.

Retiré mi mano e intenté minimizar el grado de intensidad de ese momento.

—Voy a por la ropa de la secadora.

Olivia me acompañó y, ya allí, saqué las prendas una a una y empezamos a doblarlas juntos.

—Otra cosa —la dije—. ¿Has dormido alguna vez con Annie en la misma cama?

Me miró extrañada.

—Sí, en la facultad hubo alguna vez. ¿Pero por qué lo dices?

—Porque entonces sabrás que es bastante activa en sueños.

—Sinceramente, Robert, no lo recuerdo.

—Bueno, pues si ves que no puedes dormir con ella, puedes venirte a mi cama.

La propuesta la incomodó.

—Gracias. Pero no creo que me entere de nada. Estoy agotada y con el relajante muscular, caeré en poco tiempo.

—Bueno, si necesitas venirte, no tienes ni que decírmelo.

—No quiero molestarte…

—Esta noche pasada hemos dormido juntos y no me has molestado.

Intenté de ese modo rebajar su ansiedad. Pero a mí, simplemente recordarlo, me excitó de nuevo. Había terminado el artículo y me había echado en el sofá-cama, junto a ella. Traté de no tocarla para no despertarla. Y, cuando estaba a punto de quedarme dormido, ella se giró hacia mí, se volcó sobre mi costado y comenzó a acariciarme el pecho bajo la camisa. Hice lo imposible por frenar mis instintos. Estaba dormida y no debía aprovechar esa circunstancia. No sabía siquiera si había sido consciente de cómo estábamos cuando el ‘busca’ la despertó. Seguramente, ni se dio cuenta de nada.

Olivia cogió su ropa y yo dejé la mía sobre la repisa de esa estancia para que Grazziella la planchase cuando viniese el jueves. Salimos de allí y la acompañé hasta su cuarto. Fui apagando las luces por el camino.

—Suelo salir bastante pronto de aquí para entrar en el hospital a las seis y media. Así que, me marcho de casa en torno a las seis menos cuarto.

—De acuerdo. Ahora conecto la alarma.

—Que pases buena noche, Olivia. —La sonreí levemente y enfilé el pasillo hasta mi dormitorio—. ¡Y tómate la medicación!

—Ahora mismo, Dr. Evans.

12
OLIVIA

Era la una y media de la madrugada y no había conseguido dormir apenas. Annie me había despertado en innumerables ocasiones desde que se había venido a la cama. Primero, empezó a moverse con brusquedad. Me llevé más de una patada y algún que otro codazo. Pero, después, empezó a vivificar sus sueños. Reía, lloraba, hablaba sin ningún sentido. E incluso, en una ocasión, sospeché que estaba teniendo un sueño erótico porque gimió de forma bastante intensa. Eso sí, el nombre de Derek lo escuché en varias ocasiones de forma clara.

Agotada y dolorida tras el último manotazo, me levanté de la cama. Noté como me mareaba al hacerlo tan bruscamente. Así que me mantuve quieta durante unos instantes hasta que el vértigo pasó. Estaba en un estado deprimente. Mi nivel de cansancio era extremo. Me dolían el cuello, la espalda y los hombros de manera demencial. El antiinflamatorio no había logrado su efecto por el estrés. Y, a pesar de haberme tomado el relajante muscular, este solo había logrado atontarme. Pero, a causa de Annie, no había conseguido una sedación completa.

Cogí el almohadón de mi lado y alcancé la colcha roja de los pies de la cama. Con la ayuda de las luces de la calle, me moví por la habitación y salí de ella hacia el salón. Afortunadamente, Robert había dejado las cortinas opacas abiertas y lo pude recorrer con facilidad sin necesidad de encender las luces.

Dejé la almohada y la colcha sobre uno de los sofás, y me acerqué a la puerta de la terraza. Todavía seguía lloviendo. Noté cierta frialdad colarse por los cristales. Me aparté y volví hacia mi improvisada cama. Me tumbé y me envolví en la colcha. Respiré con profundidad e intenté relajar la ansiedad que me acompañaba desde hacía horas. Cerré los ojos y, en poco tiempo, me quedé dormida.

*****

Noté su calor y su aroma entrando en contacto con mis sentidos. Me desperté levemente y sentí su caricia sobre mi pelo. Abrí los ojos y le vi arrodillado junto a mí. Su belleza era enloquecedora. Podría pasarme horas observándolo hasta desfallecer. Las luces de la ciudad se colaban en el salón e iluminaban levemente su rostro, bañado por la oscuridad de la noche. Le miré a los ojos y me quedé aprisionada. Seguí cada uno de sus rasgos, sus pómulos marcados, su mandíbula cuadrada. Me detuve en sus labios, sonrientes, deliciosos.

—¿Qué haces aquí, pequeña?

Su voz grave me acarició y sentí cómo mi cuerpo temblaba.

—No podía dormir con Annie.

Percibí mi voz lejana. Era como si una parte de mi cuerpo todavía no consiguiese salir del sueño. Sin embargo, advertí su risa suave con mayor viveza.

—Agárrate a mí.

Me rodeó con sus maravillosos brazos, esos a los que yo deseaba abandonarme; los que quería acariciar con mis dedos siguiendo cada músculo, cada extensor; los que anhelaba besar, lamer y

dejarme envolver para toda la vida. Noté que me alzaba en ellos. Y, por instinto, rodeé su cuello.

Comenzó a andar conmigo. Descansé mi cabeza sobre su hombro. Volví a mirarlo y percibí reflejado en sus ojos el mismo deseo que a mí también me cercenaba. Acaricié su clavícula, su cuello, su nuca. Subí, enredando mis dedos entre su pelo. Y, entonces, me incorporé levemente y llevé mis labios sobre los suyos. Él los recibió con anhelo. Me besó con suavidad y sin dejar de andar. Lamí su labio inferior, lo mordí levemente y escuché un sutil jadeo salir de su boca. Aquel sonido fue tan sugerente que me dio alas para seguir.

Profundicé el beso justo en el momento en que Robert cruzaba la puerta de su dormitorio. Sentí como dejaba la sutileza con la que me había tratado hasta entonces y sus labios comenzaron a devorarme. Me agarré a él con más fuerza, imprimiendo una mayor intensidad, mostrándole el deseo que clamaba a través de mi boca.

Robert dejó mi cuerpo sobre el colchón y siguió besándome. Requerí su cercanía. Yo estaba totalmente tumbada en la cama, pero él me besaba con cierta distancia. Su rodilla estaba clavada sobre el colchón. Su brazo derecho me rodeaba, pero el izquierdo le sostenía también, ayudando a que su cuerpo permaneciese separado. Me incorporé levemente, buscando un mayor contacto. Mi cuerpo clamaba por unirse al suyo. Pero no sucedió. Robert fue bajando la intensidad de su beso. Y, aunque mis labios siguieron buscándolo, terminó por separar los suyos. Le miré contrariada. Él acarició mi rostro, con la mirada turbada y con sus bellos ojos cargados de contradicciones.

—Intenta dormir un poco. Aún quedan unas horas.

Se alejó de mí sin volver la vista atrás. Después, salió del dormitorio y cerró la puerta.

*****

No. No había sido un sueño. Había sido la cruel realidad dándome de latigazos. Después de los besos que hubo entre Robert y yo, me había quedado sobre su cama tumbada y sin poder moverme. No se trataba del aturdimiento de la medicación, sino de la duda ante lo que había pasado y el temor al pensar que quizá ya lo había perdido para siempre. Ese pensamiento me acompañó hasta que la medicación me obligó a quedarme dormida. Aunque, al abrir los ojos, lo que más que acució fue haber sufrido su desdén. Me sentía ofendida, contrariada, avergonzada. Su rechazo me empezó a provocar un abatimiento interior que hacía días que no experimentaba.

Sin embargo, no podía reclamarle nada. Yo misma le había impuesto esos límites; le había dicho que no podía darle nada más a causa del pavor que sentía por retomar la relación con él. Yo misma me lo había buscado. Y, ahora, le daba la vuelta a todo y volvía a imponer mis propias reglas. Era lógico que, en este carrusel en el que yo seguía montada, él ya hubiese decidido bajarse.

Tenía que ponerme en pie de una vez por todas. Debía hacer frente a lo sucedido. Pero una cantidad ingente de emociones me ahogaban: vergüenza, rabia, miedo, ira y también tristeza; muchísima tristeza. Esa amalgama se entremezclaba en mi cabeza sin orden ni concierto. Iba a volverme loca si seguía así.

Me incorporé y me senté, sacando las piernas de esa cama que olía a él, que me había envuelto con su aroma el resto de la noche. Apoyé los codos en las rodillas y hundí el rostro en mis manos. Los mechones de mi pelo cayeron cubriéndome. No sabía qué iba a hacer. No sabía cómo actuar. No sabía cómo afrontar todo aquello. Yo le había pedido que fuera mi amigo. En aquel momento, había pensado que no podría darle más. Pero en esos últimos cuatro días todo

había cambiado. Sin embargo, él se había mantenido firme. Y yo había confundido su proximidad con algo más. Me preguntaba si realmente estaba tan desorientada, si le anhelaba tanto que había confundido esos gestos de amistad, esas muestras de cariño, con amor. Estaba claro que así había sido porque si no él no se hubiese ido por la noche después de que yo le asaltara. Ese pensamiento terminó por hundirme porque aquello implicaba que, realmente, le había perdido. Le había impuesto unos límites que él había aceptado. Y, cuando yo los había traspasado, él había actuado volviéndose a ellos y cerrándome la puerta que yo quería traspasar.

Me sentía tan avergonzada que creí que la frustración terminaría conmigo. Y eso me dejó abatida. Las lágrimas aparecieron en mis ojos; de nuevo, las lágrimas por él; siempre por él. Respiré profundamente. No podía llorar. Si lo hacía, él lo sabría enseguida. Me levanté de la cama y salí del dormitorio. Me dirigí hacia la otra habitación que estaba abierta. Annie no estaba en ella. Entré y busqué todos mis enseres. Cargada con ellos, fui hacia el baño. Me di una ducha rápida. Necesitaba desprenderme de su aroma. Me invadía por todas partes como si su cuerpo me envolviese.

El problema lo había generado yo. Había oscilado por su proximidad, por sus muestras de cariño, por sus caricias, sus abrazos, sus besos. Estaba claro que él podía lidiar con todo ello sin caer en nada más, sin traspasar los límites. Pero yo era incapaz. Sentir su afecto de manera tan evidente me confundía y me llevaba a un lugar que yo misma me había vetado.

Mirándome al espejo, recordé lo que la madrugada del domingo me había impuesto y que había olvidado en esos dos días. Debía establecer distancia. No había otra opción. No, con Robert.

*****

Combiné la ropa que tenía. Me vestí con los vaqueros desgastados y la camisa negra, de corte murciélago, ajustada a la cintura y con el hombro al descubierto. Me puse el colgante de pétalos, los pendientes, mis botines de tacón y la chaqueta de ante. Seguía lloviendo y, según vi en el iPhone, la previsión de tormentas se había extendido a todo el día.

Cogí la bolsa de viaje y mi bolso, y salí del baño. Eran las seis menos veinte. Según lo que me había dicho Robert el día anterior, saldríamos en unos cinco minutos. Crucé el salón hacia la cocina. La luz estaba encendida y la puerta estaba levemente abierta. Dejé mis cosas sobre uno de los sofás, donde me hubiese ido mejor si hubiese dormido toda la noche. Me acerqué y observé por la pequeña abertura a Robert y a Annie sentados junto a la isla de la cocina. Se les notaba relajados. Hablaban en voz baja, sonriéndose, mientras bebían de sus tazas. Nunca dejaría de sorprenderme lo parecidos que eran, la belleza que destilaban y la afinidad que tenían.

Se habían criado juntos. La madre de Annie había enviudado muy pronto, cuando ella tenía tan solo tres años. Y su hermano, el padre de Robert, había hecho lo imposible para que se mudasen cerca de ellos. Había conseguido alquilar la casa de al lado de la urbanización en la que vivían en Boston. Y Annie y Robert habían crecido como hermanos. Chocaban, sí, pues ambos tenían un carácter muy fuerte. Pero también se compenetraban a la perfección, y su nivel de afinidad y confianza estaba muy por encima de lo que tenían muchos hermanos de sangre.

Annie, como siempre, iba vestida con una perfección sublime. Nadie hubiese pensado que, tras verla tan abatida el día de antes, amanecería con ese nivel de elegancia. Vestía un pantalón blanco, con pierna ancha, y un jersey de cuello alto, sin mangas, del mismo color. Lo combinaba con un cinturón, de color rojo, y unos zapatos de tacón y plataforma del mismo tono. Se había

hecho una coleta, recogiendo su pelo rubio. Sus ojos estaban maquillados detenidamente y había pintado los labios también en rojizo. El rojo era siempre un color perfecto para afrontar las crisis.

Él, sentado enfrente suya, estaba simplemente impresionante. Verle resultaba tan embriagador que me quedé cautivada por la seducción que irradiaba. Iba vestido con una camisa blanca de corte *slim*, que acentuaba su cuerpo fornido y su abdomen plano, un traje negro y una corbata estrecha del mismo color. Se había peinado con meticulosidad, elevando su flequillo, aunque dándole un aire despeinado. También se había afeitado. Entonces me di cuenta del detalle. Todo eso lo había hecho en su habitación, conmigo dormida en su cama. Y yo, ni me había enterado.

Me desbordó ese pensamiento. Respiré profundamente y abrí más la puerta para pasar a la cocina. Ambos me miraron al mismo tiempo y me sonrieron.

—¡Olivia! Ya me ha dicho Robert que no te he dejado dormir esta noche. Lo siento, cariño. De veras. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien —respondí, mientras llegaba a su altura.

Pero mis ojos pronto se desviaron hacia él, que se estaba levantando y cediéndome su sitio.

—¿Qué tomas? —me preguntó.

Miré las tazas de ambos y respondí.

—Café.

Robert pasó a mi lado, muy cerca, bañándome completamente con su fascinante presencia.

—¿Lograste dormir algo? —volvió a preguntar Annie.

—Sí, no te preocupes.

—Siempre me pasa lo mismo. Cuando algo me da vueltas en la cabeza, al final termino teniendo pesadillas y molestando al que está a mi lado.

Escuché la máquina de cápsulas de café poniéndose en marcha y un intenso aroma me llegó en seguida.

—¿Lo quieres con leche? —me preguntó Robert.

—No.

—¿Azúcar?

—No.

Annie me miró dubitativa. Quizá mi tono había sonado demasiado cortante. Y tampoco había sido muy amable no volverme para responderle. Pero me encontraba mal, rechazada y cabreada, cansada, frustrada, confundida y, sobre todo, avergonzada.

Annie empezó a hablar muy deprisa, explicándome la inhibición de las áreas cerebrales que se producen durante el sueño y que provocan lo que a ella la pasaba. Pero mis sentidos se encontraban en otro lado. Escuché a Robert caminar hacia nosotras. Y, poco después, sentí su mano sobre mi espalda mientras me tendía la taza de café. No sé por qué lo hice. Pero me separé de su contacto muy bruscamente. Ante su cara de desconcierto, solo atiné a agradecerle la bebida y a cogerla entre mis manos. El roce de sus dedos con los míos me produjo un estremecimiento. Bajé la mirada y me llevé la taza a los labios.

—A ver, no es una patología —seguía diciendo Annie—. Pero, claro, la somniloquia, si se te va de las manos y dices algo que no debes al de al lado…

Empezó a reír y fue extraño porque ni Robert ni yo la acompañamos. El ambiente se enrareció.

—¿Quieres otro café, primita?

—No, primito. Voy al baño y cuando queráis, salimos.

Se levantó grácilmente y salió de la cocina golpeando con sus tacones el suelo. Robert ocupó la silla de Annie y yo me senté en la que él había estado antes. No dije nada. Me sumergí en la

taza de café y fui bebiendo poco a poco. Miré por la ventana la lluvia que caía sobre los cristales. Pero, al final, no tuve otra opción que enfrentarme a él.

Me observaba con tranquilidad. Sus ojos azules destilaban una serenidad que a mí me faltaba en esos momentos. Pero, también, había cierto matiz de curiosidad en el rasgado que insinuaba levemente su mirada.

—¿Has podido dormir? —le pregunté.

No podía mantener la intensidad que imponía nuestro silencio por mucho más tiempo.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí.

—Se te ve muy cansada.

—Lo estoy.

Volví a bajar mi rostro a la taza de café y sumergí mis ojos en ella. Su mano me apartó con suavidad un mechón de pelo que se había deslizado en el movimiento. Rozó ligeramente mi mejilla con sus dedos y yo volví a alejarme. No quería que me tocase. ¡No quería que me tocase nunca más! Si sus caricias me iban a llevar hacia la frustración y el desconsuelo, prefería vivir sin ellas.

Sus ojos se llenaron de contrariedad. Pero no dijo nada. Desvió su mirada por la ventana y comenzó a hablar en un tono tranquilo.

—Vamos a tener tormentas a lo largo de toda la mañana.

—Sí, lo he visto.

No siguió mi respuesta. Solo volvió a mirarme. Pero ya no tenía el sosiego previo. Estaba pensando a toda velocidad. Lo veía en la tensión que desprendía su cuerpo. La estaba cagando con mi actitud. Debía encontrar un equilibrio que me alejase de él, pero que no le cabrease. Él no tenía la culpa de que yo oscilase por mis emociones como la piel de un camaleón en un puesto de fruta. Así que, intenté distender el ambiente.

—¿Tienes muy cargada la mañana?

—No. —Ya no estaba cómodo—. No tengo ninguna cirugía programada, solo revisiones y consultas. A no ser que entre alguna urgencia o haya algo esperándome.

Esbocé una ligera sonrisa. Pero él no me la devolvió. No se ocultaba como en otras ocasiones. Estaba tenso. Muy tenso.

Terminé la taza de café y, al dejarla sobre la repisa, Robert las cogió todas y las llevó al lavavajillas. Le miré detenidamente mientras lo hacía. Me perdí de nuevo observando su belleza, ahora enturbiada con lo que yo le había cargado. Bajé de la silla e intenté repara el daño causado.

—Robert, —Se volvió para mirarme—, gracias por dejarme pasar la noche aquí.

—No me des las gracias, Olivia. No ha sido nada. —Cerró el lavavajillas y la conversación a la vez. No me dio pie a nada más. —Nos vamos en cinco minutos.

Me quedé quieta, viéndole salir de la cocina, cruzar el salón y entrando en el pasillo hacia su dormitorio. El ruido de la lluvia ligera me acompañó en esa soledad no buscada. No estaba enfadado. Era otra cosa lo que le sucedía.

Fui hacia el sofá. Recogí mi bolso y la pequeña bolsa de viaje. Me acerqué hasta la terraza y contemplé la lluvia caer débilmente. Con las nubes no se atisbaba siquiera el amanecer. La oscuridad bañaba todo Manhattan, aunque las luces de la ciudad se revelaban contra los ciclos de naturaleza e imponían el propio ritmo de la urbe. No ocurría lo mismo conmigo. En mi interior no había en esos momentos ninguna luz a la que aferrarme.

13
OLIVIA

Bajamos al garaje del edificio donde vivía Robert. La situación no fue fácil para mí. Me oprimía tanto el conflicto emocional que lidiaba en mi interior, el cansancio por la falta de sueño, y el dolor de cuello y de espalda que entré en una especie de marasmo. Estaba agotada y ni mi mente ni mi cuerpo daban más de sí. Por esa razón, me mantuve bastante más callada de lo que hubiese sido lo correcto.

Robert y Annie no me molestaron en ningún momento. Tuvieron una conversación relajada entre ellos sobre las tormentas y los días de lluvia en Nueva York. Cuando salimos del ascensor, nos acercamos al coche de Robert. Yo me adelanté a Annie para poder situarme en la parte trasera. Ya dentro, Robert dejó su cartera junto a mí. Después, fue acomodándose para iniciar la marcha. Antes de encender el vehículo, nuestros ojos se encontraron a través del espejo retrovisor.

—¿Estáis listas?

Ambas asentimos. Salió del garaje despacio y, al llegar a la calle, las gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el vehículo. Me gustaba escucharlas. Así que apoyé la cabeza sobre el cristal de la ventanilla y me abandoné al placer que suponía observar a Robert. Desde mi posición le veía de perfil. Estaba concentrado, llevando sus ojos sobre el tráfico de la carretera. Le seguí mirando durante largo rato, en silencio, hasta que cerré los ojos. Me dejé arrastrar por todos los sonidos que se percibían. La lluvia, el motor, la voz cantarina de Annie, la serenidad en las respuestas de Robert.

«Robert… No sé qué voy a hacer… No sé qué puedo hacer…».

Ni siquiera me di cuenta del momento en que me quedé dormida escuchando su voz.

*****

—Olivia, despierta. Hemos llegado.

Me asusté al escuchar su voz. Abrí los ojos. Me encontraba desubicada.

—Bienvenida al mundo de los vivos, Blancanieves —ironizó Annie.

—A Blancanieves la despertaban con un beso —maticé.

—Es verdad —dijo ella—. Y, además, un tío que estaba muy bueno.

—Estaba muy bueno, pero se aprovechó de que ella estaba dormida para lanzársele encima.

—¡Vamos! ¡Olivia! ¡Por favor!

—Es verdad, Annie —seguí diciendo, mientras salía de mi somnolencia—. Le cuentas eso a los críos y luego se piensan que pueden hacer lo mismo con las niñas que les gustan. Cuando estamos dormidos, somos vulnerables. Y que un desconocido venga y te plante un beso en la boca… Pues como que no.

Robert salió del coche y comenzó a recoger las cosas que había dejado en la parte de atrás.

—¿Entonces nadie puede besarte mientras duermes? —replicó ella.

—No estoy diciendo eso, Annie. Cada situación es distinta. Cada relación que tenemos con las personas también lo es. De hecho, estoy segura de que hay gente que conoces y que seguro que no te gustaría que te despertasen así. Pero lo que te estoy diciendo aquí es que a Blancanieves la despierta un tío que ni conoce. Y un desconocido no puede tomarse la libertad de besarte en la boca cuando estás en una situación vulnerable solamente porque a él le apetezca. Ni un desconocido ni cualquiera de nuestros conocidos que nosotras no queramos...

—Hola, buenos días.

La voz de Robert se escuchó en mitad de mi argumento. Annie salió del coche y sujetó el asiento para que yo pudiese hacer lo mismo. Pero me quedé clavada cuando oí hablar a Sarah Parker.

—Sí, menuda noche. Apenas he pegado ojo.

—Parece que va a seguir toda la mañana.

Reconocí esa voz también. Se trataba de su padre, Alexandre Parker.

—¿Se os fue la luz? —preguntaba Robert.

Quise morirme en esos momentos. Por nada del mundo quería que Sarah me viese salir del coche de Robert. Pero Annie, ajena a todo y sosteniéndome la puerta, insistió:

—¡Vamos, Olivia!

La miré con angustia y ella lo entendió. Pero ya era tarde.

—¿Olivia? —escuché que preguntaba Sarah desde el otro lado.

Salí del BMW despacio y mis ojos se posaron directamente en ella, que me miraba con sus labios ‘Rouge Pure’ emulando una perfecta ‘o’.

—Buenos días.

No se cortó.

—¿Qué haces ahí?

Respondí con rapidez.

—Me han subido cuando salía del metro. —No los pude ver, pero noté las miradas de Robert y de Annie clavadas sobre mí. Intenté sonreír con naturalidad—. Me despisté en la salida y lo hice por Washington Heights. Afortunadamente, el Dr. Evans me vio cuando subía por la 168. Si no llega a ser por él, hubiese llegado empapada.

Llevé mis ojos a Robert. Me observaba de manera penetrante. Había inclinado levemente la cabeza y rasgado ligeramente la mirada. Le conocía lo suficiente como para poder percibir la sutileza de esos gestos, que eran prácticamente inapreciables para los demás, y que me decían que mi pequeña mentira no le estaba gustando nada. No ocurría lo mismo con Annie que esbozaba una sonrisa divertida.

—¿Qué tal se encuentra, Dra. Sullivan?

—Bien, Dr. Parker.

—Ya me han comentado mis colegas que, afortunadamente, solo tiene contracturas y las marcas de la agresión, pero ninguna lesión importante. —Asentí—. Me alegro, doctora.

—Gracias.

—Es mejor que vayamos subiendo —propuso Robert.

No esperó respuesta. Se encaminó directamente hacia el ascensor. Yo le seguí deprisa. Cuanto antes saliésemos de allí, mejor. Aunque sabía que Sarah me perseguiría con aquello durante todo el día. Lex Parker y su hija me imitaron con Annie a su lado. Escuché como el Dr. Parker le presentaba a Sarah.

—¿Primos? —decía esta última.

—Sí. ¿No lo sabía?

—No. —Y empezó a reír—. Pensé que era su pareja.

Las carcajadas de Annie se escucharon por todo el subterráneo después de la confesión de Sarah.

—Ni en sueños me liaría con Robert. A ver, que somos primos, sí. Pero si no lo fuésemos, me mantendría alejada de él.

«¿Le está advirtiendo?».

Cuando todos llegamos al ascensor, Sarah seguía hablando de su confusión. Pero no me pasó desapercibida la mirada cómplice que hubo entre Robert y Annie. Lo que se transmitieron, quedó únicamente entre ellos.

—¿Y qué tal por el Instituto Psiquiátrico? —preguntó Lex Parker, cortando la perorata de su hija.

—Pues, la verdad, un poco saturados. Cada vez tenemos más pacientes y las áreas de ingreso se han recortado.

—¡Vaya! No sabía nada.

—Parece mentira, Dr. Parker —respondió Annie con una maravillosa sonrisa—. Teniendo en cuenta que usted está en la Junta del Hospital, pensé que conocería la situación por la que estamos pasando.

El ascensor llegó y entramos. Robert pulsó el botón de nuestra planta y Annie el de la principal. Ella tenía que dar un rodeo para llegar a su zona de trabajo en el edificio anexo.

—Sabía que las áreas de ingreso se habían recortado…

—En beneficio no sé muy bien de qué —le cortó mi amiga.

Lex Parker siguió algo más incómodo.

—Lo que no sabía era que estaba habiendo problemas para reubicar a los pacientes.

—¿Llega tarde, Dr. Parker?

—No.

—Yo tampoco. He pasado la noche en casa de mi primo —y esta vez me miró a mí. La agradecí que dijese aquello para evitarme las sospechas de Sarah—. Tengo un vecino un poco ruidoso Y, claro, Robert entra mucho más temprano que yo. Así que, si le parece bien, podríamos tomar un café juntos y se lo explico.

Vi como Lex Parker tragaba. Aunque la proposición de Annie era meramente profesional, sin embargo, nadie podía mantenerse ajeno a su potente atractivo.

—Estaré encantado de acompañarla, Dra. Evans.

—¡Estupendo! Pues, entonces, nos bajamos aquí.

Y lo dijo en el preciso momento en que el ascensor llegó a planta principal. Hicimos una despedida rápida debido a que varias personas entraron e invadieron la cabina. Nos movimos hacia el fondo. Yo me quedé aprisionada en el esquinero, Robert a mi lado y Sarah en su otro costado.

Cuando el elevador empezó a subir, escuché a Sarah que le decía:

—¿Has pensado lo del sábado?

Volvía a ignorar mi presencia o, al menos, eso fue lo que pensé en esos momentos.

—No puedo, Sarah.

—¿Vas a dejar desamparadas a las familias que no pueden acceder a sistemas de adaptación

para minusválidos?

—No los dejo desamparados —respondió pesaroso—. Te dije que haría una donación.

—Preferiría que fueses.

Dirigí mis ojos hacia ellos. Robert la observaba desde su altura y con una media sonrisa. Con esa imagen era imposible permanecer inmune a su atractivo. De hecho, ella estaba totalmente prendada en sus ojos.

—Es imposible.

El sosiego de su voz, sin embargo, no consiguió que ella claudicara.

—La fiesta empieza pronto. Puedes pasarte un rato, a primera hora, y luego irte.

Robert respiró profundamente. Estaba empezando a cansarse. Y yo también. De hecho, cuando la gente empezó a salir y a entrar en la primera planta, decidí que no tenía por qué seguir presenciando todo aquello. Saqué mi teléfono móvil, abrí la aplicación para escribir a Mark y traté de evadirme.

Olivia:
«¡Hola Mark! ¡Buenos días! ¿Cómo ha ido la noche?».

No tardó en responder.

Mark:
«¡Hola folladora!».
«Seguro que peor que la tuya».

Olivia:
«¿Cómo la ha pasado Jake?».

Mark:
«Bien. No ha habido problemas».

Olivia:
«¿Sigues en la UCI?».

Mark:
«No».
«Estoy en la terraza de la octava planta».
«Cuando llegues, tráeme café de la máquina que hay allí, por fa».

Aquello no era bueno. Mark solo subía a esa planta a fumar. Y, si Mark fumaba, era porque estaba mal.

Olivia:
«En cinco minutos estoy allí».

Mark:
«¿¿¿Ya estás por aquí?????».

Olivia:
«Sip».

Mark:
«Ok».
«¡Hasta ahora!».

Le envié un último emoticono con un beso. Cerré la aplicación y volví a guardar el iPhone en el bolso. En ese transcurso de tiempo, escuché a mi lado la placentera voz de Robert y la molesta de Sarah. No podía entender cómo su presencia me llegaba a desagradar tanto. Bueno, sí que lo entendía. Y la respuesta eran los celos que me ahogaban en esos momentos. Aquel pensamiento me embarró y sentí que me deshacía por dentro.

Llegamos a la planta de Neurología. Robert y Sarah pidieron permiso para salir. Yo no me moví. Contrariado, Robert desvió sus ojos hacia mí.

—He quedado con Mark en la octava —le expliqué.

Él siguió saliendo, pero sin dejar de mirarme y con una seriedad inusitada. Le sonreí y, ya a punto de que se cerrasen las puertas, esbocé un «gracias» silencioso.

Cuando el metal se interpuso entre nosotros, no pude aguantar más y me rompí por dentro. Sentí mi interior desazonado, la respiración entrecortada, un leve temblor en mis manos, mi corazón desbocado. Me sentí desfallecer. Todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor me estaba pasando una gran factura. Y lo único que quería era no sufrir más.

Saqué de nuevo mi iPhone y abrí la aplicación de mensajería. Fui hasta la ‘C’. Allí estaba su nombre, solitario en esa letra. Después de tanto tiempo y de tanto entre nosotros, seguía llamándole por su apellido. Pulsé y comencé a escribir.

Olivia:
«¡Hola! ¿Qué tal estás?».

No hubo respuesta inmediata. Así que cerré la aplicación y guardé el teléfono en mi bolso. Salí en la octava planta y me dirigí a la máquina de café que allí había. Busqué mi tarjeta identificativa, la pasé por el lector y seleccioné la tecla de café con leche. Vi caer el vaso y, en esos momentos, mi teléfono empezó a sonar con la melodía de llamada. Lo saqué y vi su nombre en la pantalla. Descolgué.

—Hola, Cooper.

—Hola, Olivia. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Pues estoy conduciendo, cruzando Magdalene Bridge. Vengo de dar una clase en la facultad

e iba ahora de vuelta al hospital.

—No quiero que hables por teléfono y conduzcas.

—Tranquila. Voy con el manos libres y ahora mismo no hay mucho tráfico. ¿Qué te ocurre?

No respondí inmediatamente. Tomé aire.

—No es nada… Es solo que, bueno…

—Si me has escrito a las seis y cuarto de la mañana, hora de Nueva York, es por algo importante, ¿no? —De nuevo, me costaba expresar lo que mi mente clamaba por proferir—. Olivia, cariño, sabes que puedes contármelo. Ante todo, soy tu amigo.

—Habéis iniciado el programa de Neurocirugía.

Escuché como suspiraba al otro lado de la línea.

—Sí. Lleva tres semanas abierto. ¿Qué ha ocurrido en Nueva York?

—No es nada…

—Algo tiene que haber pasado, Olivia, para que a falta de dos años para que termines tu programa me estés preguntando por el que hemos abierto en Oxford. ¿Quieres trasladarte aquí?

—Estoy valorándolo.

—Podrías perder el año que has estado allí con ellos si el claustro no te convalida las horas.

—No pasa nada.

—Si que debe de ser grave. ¿No me lo vas a contar?

—No… No es importante. Pero quizá la situación se vuelva tan insostenible que tenga que tenerlo en cuenta. ¿Me admitiríais habiendo empezado ya?

—Sabes que sí. Aquí siempre serás bienvenida. Pero me gustaría que me constases qué ocurre.

—En otro momento, Cooper. Tengo que entrar a trabajar. ¿Te parece bien si hablamos esta noche?

—¿Tu noche o mi noche?

Empecé a reír. A veces olvidaba lo lejos que estaba.

—Suelo salir entre las cinco y las seis de la tarde, dependiendo de lo que haya.

—Llámame entonces. Estaré todavía despierto.

—De acuerdo. Te llamo entonces. Gracias.

—De nada, Olivia. Cuídate mucho.

—Tú también. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Después de aquello, colgué. Saqué el café que había seleccionado de la máquina, y que ya llevaba tiempo reposando, y me dirigí a la terraza. Me encontré a Mark de espaldas, en la puerta de la misma y viendo caer la lluvia. Intenté que mi llegada no le cogiese por sorpresa. Al llegar a su altura, le acaricié la cintura. Él se dio la vuelta y, al verme, me sonrió. Tenía un aspecto terrible. Se notaba que no había dormido en toda la noche y que la preocupación había hecho mella en él. Le tendí el café.

—Gracias, cariño.

Me dio un beso en la mejilla. Olía mucho a tabaco.

—¿Cómo estás?

—Bien, no te preocupes. Estaba tomando este maravilloso aire que nos da la lluvia.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Bueno, ya sabes. Al principio bastante mal. Tenerlo ahí al lado y ver lo que había hecho me derrumbó bastante. Empecé a recordar muchas cosas y…. ¡Puff! Pero estoy mejor. Jake ha evolucionado bien. Las décimas de fiebre han desaparecido y no ha presentado síntomas que

hagan sospechar que algo va mal. Aun así, imagino que Robert querrá hacerle una tomografía ahora por la mañana. Y no sé si querrá retirarle el catéter.

—¿Pero…?

—Que sí, que estoy bien.

Me resultaba bastante difícil creer aquello.

—¿Has podido hablar con alguien que te diera más información sobre lo que ha pasado?

—Conseguí hablar con Katrinna, una de las camareras, que fue la que lo encontró en su despacho y llamó a emergencias.

—¿Y la investigación policial?

—A mí no me van a decir nada, Olivia. Yo solo soy un médico más del equipo que le trata.

Me dio miedo preguntar aquello. Pero, finalmente, decidí hacerlo.

—¿Has hablado con su familia?

—No. —Su rostro, ya de por si serio, se tornó taciturno—. Eso le corresponde a su médico responsable, que no soy yo.

—Pero, eres…

—No, Olivia. —Me cortó antes de que pudiese hablar. Y con una sonrisa triste, añadió—: Yo no soy nada de Jake. No lo he sido nunca y nunca lo seré.

Le miré consternada. Me quedé observándolo mientras perdía su mirada más allá del paisaje urbano de Manhattan. Dio un sorbo al café y vi que esbozaba una leve sonrisa cargada de amargura. Después, bajó sus ojos castaños hacia el suelo. Me acerqué a él. Rodeé su cintura con mis brazos y apoyé mi cabeza sobre su pecho. Él me envolvió con su brazo.

—Mark —le susurré—, tú no tienes la culpa.

—Lo sé —me respondió para mi sorpresa.

Pero no me dejó convencida. Había algo en toda aquella seguridad y tranquilidad que no encajaba. No sabía muy bien si se trataba de autocontrol o quizá una réplica suscitada por el dolor y el enfado que Mark seguramente arrastraba. Sus respuestas rápidas, su distanciamiento, su frialdad no tenían ningún tipo de lógica teniendo en cuenta la historia que ambos compartían. Pero también sabía que, muchas veces, esa actitud de distanciamiento era la respuesta que se solía tener tras vivir un proceso traumático. Para evitar consecuencias peores, Mark necesitaba abrirse y liberar sus emociones. Por eso le dije:

—Hablamos mejor en casa, ¿vale?

—Estoy bien.

—Lo que quieras, pero hablamos en casa.

14
OLIVIA

Estuvimos un rato más en la puerta de la terraza, en silencio, abrazados y mirando cómo la lluvia caía sin tregua. Sin embargo, cuando las gotas adquirieron más virulencia y nos llegó el sonido de un trueno, decidimos trasladarnos hacia otro lado.

—Vamos a la cafetería —sugirió Mark—. Todavía queda media hora para empezar y tengo hambre.

—Yo también.

Fuimos hasta el ascensor de la planta y esperamos su llegada. En ese transcurso de tiempo, Mark me preguntó por aquello que me temía.

—Bueno y, ¿qué tal la noche? ¿Has follado mucho?

—No he follado nada —dije sin medias tintas.

Mark me miró sorprendido. Por un lado, me aterraba tener que decirle el verdadero motivo por el que había pasado la noche en casa de Robert. No quería que se enfadara por no haber sido del todo sincera con él. Pero, además, todavía me carcomía el resentimiento por el rechazo que había sufrido. Y eso se notó en el tono de voz de mi respuesta.

—¿Y qué habéis hecho?

—Antes de que te pongas a especular, tengo que aclararte varias cosas. La primera es que la razón por la que pasé la noche en su casa no fue por nada de lo que te imaginas. Discutí con Kate aquí, en el hospital. —Su rostro mostró desconcierto—. El tono fue muy bronco y, cuando salí, me fui a Central Park. No me apetecía volver a casa, encontrarme con ella y que peleásemos de nuevo. Sabes cómo es Kate... —Él asintió como respuesta—. Robert me vio allí, le conté lo que había sucedido y me propuso pasar la noche en su casa. Nada más.

—¿Pero no habéis follado?

—¿¡Tú me has escuchado!?

No podía concebir que, de todo lo que le había contado, solo me preguntase por eso.

El ascensor llegó y pasamos dentro. Había dos personas más con nosotros. Llevaban tarjetas identificativas del hospital. Así que bajé el tono de voz y traté de ser más comedida en la información.

—No. No hemos hecho nada. Y la razón no es porque a mí no me apeteciese, sino porque él no quiere.

Las carcajadas de Mark se elevaron de forma escandalosa.

—¿Se puede saber de dónde has sacado esa idea?

No respondí inmediatamente. Mark había atraído la atención de nuestros compañeros de ascensor.

—No quiero hablar de ello.

—Como quieras. Pero me da que te estás haciendo un lío tú solita.

Aquello me cabreó muchísimo.

—Gracias, Mark.

—¡Eh! ¡No te enfades conmigo!

—No me enfado.

—¡Jo que no! ¿Por qué te has puesto así?

Me giré hacia él. Y ya, sin ningún tipo de prudencia, le respondí:

—Porque te has puesto de su parte sin saber si quiera lo que ha sucedido. ¡Por eso!

—No me he puesto de su parte. —Y con una paciencia que a mí me faltaba, me preguntó—: A ver, ¿qué ha hecho ahora Cañonazo-Man?

No respondí. Esperé a llegar a la planta principal del hospital y a salir del ascensor. Ya fuera, le respondí.

—Lo besé.

—¿Y?

Esbocé una sonrisa irónica.

—Y nada más. Él me devolvió el beso, me dejó en la cama y se fue de la habitación.

Mark abrió mucho los ojos y su boca emitió un sonoro «¡Oh!» matizado por la risa.

—¡Qué cabrón! —dijo sin parar de reírse.

Sí, al menos estábamos de acuerdo en eso último.

—No voy a volver a intentar nada. Está claro que él tiene las cosas muy claras y ya no le intereso. Somos amigos y nada más.

—Creo que estás bastante equivocada.

—¡Nada más!

—¡Vale! ¡Vale! —dijo levantando las manos.

Pasamos a la cafetería. Estaba bastante llena a esa hora de la mañana. Pude ver a Annie sentada al fondo con Lex Parker. Mark y yo nos acercamos al autoservicio y cogimos dos cafés, unas piezas de fruta y dos yogures con cereal. Con todo ello, nos fuimos a una mesa.

—Tengo mucha hambre. Ayer me pasé toda la noche en la UCI y no cené nada.

—¿Seguro que estás bien, Mark?

—Sí, Olivia. Estoy preocupado y agobiado. No te lo voy a negar. Y, durante las primeras horas, me sentí culpable por lo ocurrido. Pero me puse a pensar y no puedo hacerme eso a mí mismo. Si realmente esto ha ocurrido por lo que parece que ha sido, yo no tengo la culpa de que Jake no acepte mi decisión ni de que no sea capaz de asumir su condición sexual. Son sus demonios particulares. —Abrió el yogur con parsimonia y removió el contenido sin dejar de mirarlo—. Me duele lo que está pasando. Me duele muchísimo porque sabes que le quiero. Pero yo solo puedo acompañarle en ese proceso. Puedo hacer lo que sea necesario para ayudarlo. Pero el trabajo de aceptarse a sí mismo lo tiene que hacer él.

Me sorprendía la claridad de ideas que Mark podía llegar a tener en medio de una situación tan crítica como la que estaba viviendo. Si hubiese sido mi caso, me hubiese dejado arrastrar por la desesperación. Nunca se me dio bien gestionar las emociones. Afrontaba las dificultades y, por supuesto, nos las evitaba. Pero siempre me dejaban bastante maltrecha. Su seguridad me dejó maravillada y no pude evitar mirarle con satisfacción.

—¿Qué pasa? —me preguntó con cautela.

—Que eres increíble. Y que me encanta ser tu amiga.

Bajó la mirada y se sonrió a sí mismo. Pero había mucha tristeza en ese gesto. No podía esconderla por más que quisiese. Mark empezó a comer su yogur. Yo cogí mi manzana y la limpié antes de empezar a morderla.

—Cuéntame qué os ha pasado a Kate y a ti.

Y ahí me explayé. Le conté lo sucedido con Brad cuando llegué a Nueva York. La discusión

que habían tenido entre ellos y cómo había salido yo en ella. La reacción de Kate de ayer. Su amenaza de echarme del apartamento. Y, por último, la llamada de la noche. Cuando terminé, Mark estaba terminando su café. Me miraba preocupado y con una mano enarcando su rostro.

—¿Crees que podrá perdonarme algún día? —le pregunté con la mirada ausente.

—Sinceramente, es que no sé qué te tiene que perdonar. Te acostaste con Brad, sí. Pero lo hicisteis estando los dos libres. Que no se lo dijeras era normal. Acababas de conocernos. Y, además, tampoco era plan. Que conocemos perfectamente a Kate y sabemos lo que hubiese pasado.

—¿Crees que actué bien?

—Creo que los dos hicisteis lo que teníais que hacer. Olivia, las grandes amistades y los grandes amores se sostienen gracias a una sinceridad moderada. Si contásemos todo de nosotros, no nos aguantaría nadie.

—¿Has hablado con ella?

—No.

—No sabía nada de lo de Jake hasta que habló conmigo. Yo se lo conté. Y ya era muy tarde. Creo que por eso no te llamaría.

—No se lo reprocho, Olivia. Ayer estuvo muy ida y yo tampoco quise cargarla más. Ya veremos cómo se encuentra hoy. Al menos, que haya hablado ayer con Brad y luego te llamase a ti es buena noticia.

—Lo está pasando muy mal.

—Siempre ha sido así. Kate vive todo de manera muy intensa y suelta ira a raudales cuando se cabrea.

—Pero me preocupa que se afane en lidiar con ello sola. Somos sus amigos. —Y cuando dije aquello, un dolor me atenazó con dureza—. Bueno, al menos tú…

—Tú también lo eres, Olivia. Aunque ella ahora no lo vea así.

Respiré profundamente. Me daba miedo la posibilidad de perderla. La quería y me angustiaba ser parte de la causa de su dolor. Desvié el rostro hasta el fondo de la cafetería y, entonces, mis ojos se encontraron con el maravilloso azul de su mirada. El impacto fue tan potente como un tren chocando a toda velocidad. Me quedé sin respiración y un deseo erógeno me invadió de golpe.

No estaba solo. A su lado, el Dr. O'Connell charlaba con el Dr. Parker y con Annie, que se habían acercado hasta ellos y permanecían de pie mientras se saludaban. Robert se mantenía ajeno a todos y me escrutaba de manera penetrante. Sentí que todo mi cuerpo se estremecía, como si su mirada fuese capaz de acariciarme en la distancia y cautivar sin remedio mi voluntad.

Le sonreí levemente. Fue un acto reflejo que intentaba mitigar el terremoto emocional que me generaba su presencia. Pero él no me devolvió el gesto. Desvió sus ojos hacia Mark. A él sí que le ofreció una suave sonrisa y un ligero balanceo de cabeza. Mi compañero levantó su mano, a modo de saludo, y me susurró:

—Puedes decir lo que quieras, pero la mirada que te acaba de echar no se la regala a nadie más que a ti.

—Creo que deberíamos ir subiendo.

Me levanté sin esperar respuesta. Me colgué el bolso del hombro, cogí con una mano mi bolsa de viaje y con la otra agarré mi chaqueta de antelina. Mark se levantó conmigo, pero me dijo:

—Sube tú. Yo voy a ver a Robert. Quiero hablar con él sobre Jake antes de que nos junten a todos.

—Como quieras. Ahora nos vemos.

Le di un beso en la mejilla y me dispuse a salir de la cafetería. Lo hice mirando al suelo, tratando de evitar que mi razón se revelase y me hiciese volver mis ojos hacia él. Por esa razón, no me di cuenta de quién estaba en mi trayectoria hasta que choqué con él de bruces. Sus manos me sujetaron de los antebrazos para que no cayera.

—¡Olivia!

—Jason.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y más mierda!».

Me sentí tremendamente incómoda con su contacto. Me aparté e intenté rodearle para salir de allí. Sin embargo, él dio un paso hacia el lateral, impidiéndome avanzar.

—Jason, por favor, tengo prisa.

—Olivia, tienes que escucharme.

Le miré a los ojos con rabia.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

Traté de evitarlo de nuevo, pero él volvió a interponerse. Apoyó una mano sobre mi cintura. Me asqueó su roce.

—Por favor, escúchame. Lo que sucedió el sábado…

—¡Suéltame! —le ordené. No quería que me tocase. Pero no me hizo caso. De hecho, apoyó la otra mano sobre mi cadera y me sujetó con firmeza. Se estaba pasando—. ¡Te he dicho que me sueltes!

—No voy a dejarte ir hasta que me escuches —me siseó.

En esos momentos valoré la posibilidad de golpearle con alguna de las cosas que llevaba en mis manos. La bolsa de viaje sería más eficaz que la chaqueta de ante. Aunque, para efectividad, una buena patada en los huevos sin duda alcanzaría con éxito el efecto que deseaba.

Decidí ser prudente. A fin de cuentas, no estaba muy bien visto por parte de Recursos Humanos golpear a un compañero de trabajo. Y no me apetecía tener que dar explicaciones sobre mi vida. Así que opté por apartarme bruscamente de él, yendo hacia atrás. En ese movimiento, choqué con otro cuerpo mucho más fornido. Y este sí que lo reconocí sin necesidad de verlo. Noté sus grandes manos sujetándome para frenar mi embestida, una en la cintura, la otra sobre mi antebrazo. Ardí por dentro de deseo. En ningún momento sentí rechazo, solo pesar porque su propietario no anhelase recorrer con ellas mi cuerpo desnudo.

—Hola, Jason —decía mientras tanto la voz de Mark.

Escuché en la lejanía la respuesta del interpelado. Pero mi mente estaba en otro lugar. Giré mi rostro buscándolo y me topé con sus bellos ojos, que ya se habían adueñado de mí.

—¿Estás bien? —me susurró.

Solo atiné a asentir con mi cabeza.

—Me voy a adelantar un poco, Robert —dijo el Dr. O'Connell, al cual ni había visto—. Tengo que hacer una llamada antes de que empecemos.

—De acuerdo. Te busco en tu despacho.

Me encontraba tan agitada que ni siquiera me di cuenta de que Robert me rodeaba levemente la cintura y me separaba de allí. Instantes después, estábamos fuera de la cafetería.

—¿Qué ha pasado con el nefrólogo?

—No es nada, Robert. Déjalo estar.

Pero su cara me advirtió que no lo iba a dejar pasar. Sin embargo, Mark impidió que Robert siguiese indagando. Al llegar hasta nosotros, me dijo:

—Yo es que no sé cómo lo aguantas.

—No lo aguanto.

—Pues no se da por aludido —añadió Robert.

Comencé a andar hacia el ascensor. No me apetecía hablar de Jason con ellos. Sobre todo, no quería que ninguno de los dos llegase a averiguar lo que había ocurrido el fin de semana tras la terrible cena que había tenido que soportar y el posterior camino hasta casa. Temía la reacción de ambos. Eso me recordó que debía hablar con Petya para pedirle que no comentase nada a Mark sobre lo ocurrido.

El ascensor llegó a la planta y pasamos dentro junto con las personas que ya había allí previamente esperando. Era primera hora de la mañana. Faltaban diez minutos para que empezasen los turnos de trabajo y, por eso, tuvimos que abrirnos paso con dificultad para poder montar.

Quedé enjaulada entre Mark y Robert.

—Deberíamos haber subido andando —dije como si fuese una necesidad imperiosa.

Tener tan cerca a Robert me atormentaba al recordar su rechazo. Intenté impedir que mi cerebro colapsase al sentirme cubierta por su aroma. Traté de domar el cosquilleo de mis dedos que me impulsaban a tocar su pecho cincelado. Se marcaba de forma tan sugerente sobre la camisa y lo tenía tan pegado a mi rostro que era imposible ignorarlo. Alcé mis ojos al advertir que respondía a mi sugerencia.

—Ya vamos un poco tarde. El ascensor es más rápido.

«A costa de mi salud mental y mi libídine».

Llegamos a la segunda planta y dos personas del fondo pidieron permiso para bajarse. Yo traté de salir para cederles el paso. Pero Mark se pegó a mí, encerrándome más si cabía sobre el torso de Robert. No tuve más remedio que pegarme a su cuerpo. Apoyé una mano sobre su pecho, en un intento frustrado de imponer distancia. Pero mi compañero de piso me empujó más. No giré mi rostro hacia él porque el dolor de cuello no me lo permitía. Pero si lo hubiese hecho, Mark podría haber visto mi cara de cabreo.

La situación empeoró. Entraron en el habitáculo otras cuatro personas. Así que mi intento de separarme de Robert se vio totalmente frustrado. Me mantuve pegada a él mientras la maquinaria se ponía en marcha. Pero fui incapaz de mirarle. Ya era suficiente con sentir la dureza de su pecho sobre mi mano, su cuerpo envolviendo el mío, su fragancia tan masculina, extasiando mi pituitaria.

—A lo mejor sí que hubiese sido mejor subir andando —escuché que decía Mark.

No me hizo falta mirarle para saber que se estaba desternillando de risa.

Llegamos a la tercera planta y nadie salió. Afortunadamente, la gente que allí había tuvo cordura y prefirió esperar. Hubiese sido un buen momento para huir con la excusa perfecta. Pero dudaba si Mark cedería a mis súplicas y dejaría de placarme contra Robert.

Cuando alcanzamos la cuarta planta en lo único en lo que pensaba era en mi clítoris palpitando, a punto de estallar y clamando a voces por una salida a su deseo. Mi respiración comenzó a agitarse al igual que mi ritmo cardiaco. Sentí, entonces, la mano de Robert sobre mi cintura, acariciándola mientras la rodeaba y todo se desbordó en mi interior. Levanté la mirada y

me topé con el azul cristalino de sus ojos.

—¿Te encuentras bien, Livi?

No podía ocultarle nada. Era imposible.

—Estoy empezando a agobiarme…

«…porque necesito correrme mientras me follas salvajemente.».

—Ya llegamos, tranquila.

Me acarició la espalda. Las puertas del ascensor se volvieron a cerrar y emprendió la marcha hacia la quinta planta, donde debíamos bajarnos. Pero supe que esos pocos segundos se convertirían para mí en una larga agonía. El hombre al que amaba, que conseguía excitarme solamente con una mirada, en esos momentos me tocaba con una suavidad placentera. Y mientras yo, enloquecida por su proximidad, por su sensual presencia, su atractivo irresistible y su aroma embriagador, debía contentarme solo con eso porque no iba a tener nada más.

Aquel pensamiento barrió mi deseo erógeno y me llenó de tristeza, de frustración y de rabia. No sabría decir cómo pude hacerlo, pero retiré mi mano de su pecho y aparté sutilmente la suya de mi espalda. Desvié mis ojos y me moví con dificultad, pero conseguí darle la espalda. Me encontré entonces con la mirada curiosa de Mark. Me observaba con las cejas enarcadas y una media sonrisa en su rostro. Le devolví la mirada, aunque cabreada. Pero lo que me llamó la atención fue escuchar la respiración profunda de Robert detrás de mí. Sonó con evidentes signos de malestar. Le ignoré y no me volví en ningún momento. Después de todo lo que estaba haciendo por mí, me estaba comportando como una auténtica cretina. Pero no podía lidiar de otra manera con la atracción tan poderosa que me ejercía.

Cuando llegamos a la planta de Neurología me afané en salir deprisa. No esperé a ninguno de los dos porque estaba a punto de venirme abajo y no quería que ellos estuviesen presentes cuando pasase. Así que avancé sin tregua hasta los vestuarios, crucé la puerta y entré. Al llegar, me encontré con Kate sentada en el banco frente a mi taquilla. Me quedé clavada en la distancia y mirándola con pesar. Entonces, no pude más. Dejé caer mi chaqueta y mi bolsa de viaje. Tapé mis ojos con mis manos y comencé a llorar sin control. Instantes después, noté sus brazos rodeándome y pegándome a su cuerpo.

15
OLIVIA

Kate y yo estuvimos hablando en los vestuarios. Lo hicimos durante el tiempo que pudimos. Debíamos salir al punto de encuentro, así que no pudimos extendernos demasiado. Sin embargo, la breve conversación dio para mucho. Cuando llegamos al control de enfermería, era tarde. Pero solamente estaban Neil y Josh. Les saludamos, aunque no intercambiamos ninguna palabra más con ellos. Decidimos retirarnos un poco hasta que llegase el resto. Y, ya allí, pregunté a Kate por su noche.

—He dormido poco, la verdad. Después de que Brad se fue de casa y de hablar contigo, me quedé en el salón viendo el canal de noticias y, sobre todo, pensando. Siento que mi cerebro va a mil por hora y que no puedo trazar una estructura coherente con todo lo que me asalta.

—¿Crees que te has equivocado dejando a Brad?

—No —respondió con rotundidad—. Vamos a ritmos distintos y ni yo acepto los suyos ni él los míos.

—Pero… —No sabía cómo abordar aquello sin hacerla daño—… Kate, os adoráis.

—Sí, pero a veces no es suficiente con eso. Nos queremos, pero no terminamos de encajar. No es solo el hecho de la convivencia, Olivia. Sino de muchas cosas más. Chocamos constantemente. Y sí. Lo arreglamos. Pero, cuando lo hacemos, ya han sido tantos los reproches que han salido, que el dolor que nos hemos causado es difícilmente recuperable.

—Lo siento muchísimo —susurré.

Kate bajó su mirada y vi que hacía un esfuerzo por controlarse.

—Todo con él siempre ha sido muy intenso y muy rápido. Quizá ese ha sido nuestro problema. No nos hemos parado a conocernos. Si lo hubiéramos hecho, podríamos haber visto lo diferentes que somos y lo poco que tenemos en común.

Aquello no era cierto. Tenían una conexión que pocas veces había visto entre parejas. Pero, en esos momentos, Kate estaba tan dolida que era incapaz de verla. No quise rebatirla. No era el momento. Ya tendríamos tiempo de hablar de ello cuando Kate se encontrase mejor.

—Olivia, —me dijo casi en un susurro—, no quiero que te vayas de casa. Cuando te dije aquello, estaba muy nerviosa.

—Gracias.

—No me des las gracias. Ese apartamento es igual de tuyo que de Mark y mío. Cuando lleguemos a casa, sacaré las cosas de la habitación para que puedas dormir de nuevo en ella.

—No es necesario, Kate.

—Por favor…

—No. La habitación pequeña está bien. Además, para el tiempo que pasamos allí, me resulta más que suficiente.

—Pero Olivia…

—No, Kate. No voy a volver a ella.

No había acritud en mis palabras, pero sí una firmeza que ella no entendió. Por nada del mundo quería que se sintiese de nuevo amenazada por mí. Y si aquel simple gesto la ayudaba a

encontrarse segura, lo mejor sería que yo volviese a ocupar mi antigua y pequeña habitación.

Escuchamos unos tacones cerca de nosotras y muy pronto su propietaria se acercó para romper la armonía que nos había rodeado hasta el momento.

—Hola, Laurance. Hola, Sullivan. ¿Qué tal estáis? Tenéis cara de cansancio.

—Hola, Sarah —respondió Kate de manera cordial.

Yo ni siquiera hice el intento y eso me acarreó el siguiente aguijón.

—¿Te ha contado ya Olivia la nueva relación que hay entre el jefe y ella? —Palidecí. Kate me miró alarmada. Pero, antes de que pudiese decir nada, Sarah siguió con aquello—. El Dr. Evans trae a nuestra querida Olivia en su coche.

No me pasó desapercibido el resentimiento que llevaban sus palabras. Así que no me lo pensé mucho para responder.

—¡Eso no es cierto, Sarah! El Dr. Evans me ha montado en su coche cuando me ha visto porque estaba lloviendo.

Sí, era mentira. Pero, ante todo, debía salvar mi honorabilidad.

—No te pongas así, Sullivan. Estaba bromeando. Sé, perfectamente, que es un hombre amable y que, solo por eso, te ha subido.

«¿Solo por eso…?».

El desdén de sus palabras me dolió tanto que me vi tentada de lanzarle toda la verdad a la cara. Ella no era nadie para menospreciarme de ese modo. Sin embargo, Kate intervino para que yo no me dejase llevar.

—Bueno, tampoco es para tanto, Sarah. ¿O acaso te ves amenazada porque haya subido a Olivia y no a ti?

Sobresaltada, me volví hacia Kate. Aquello no era lo que esperaba. Sin embargo, las carcajadas de Sarah me devolvieron la atención sobre ella. Lo que vino después, me generó un mayor resquemor y se unió a la pesadumbre generada por el rechazo de Robert la noche pasada.

—¡Oh! ¡Vamos! ¡No me hagas reír!

—¿Por qué?

—¡Porque Olivia no es su tipo!

—¿Y quién es su tipo? —preguntó Kate amenazante—. ¿Mujeres como tú?

—¿Acaso lo dudas?

No dejé que Kate respondiera. Y, con desapego, respondí:

—Todo tuyo, Sarah.

Después, me levanté para sacar una botella de agua de la máquina. Kate me siguió. Ya allí, lejos de los oídos de Parker, me preguntó:

—¿Has pasado la noche…?

—Sí —la corté—. Pero no es lo que tú piensas. No ha pasado nada. Somos amigos. Nada más.

Zanjé el tema de manera tan radical que Kate no insistió. Además, la gravedad de mi rostro debió indicarla que no me apetecía seguir hablando de ello. Me sentía recelosa después de que el día anterior Kate me dijese que Robert me otorgaba beneficios en el trabajo por nuestra relación previa. Entonces, me di cuenta de que se había generado una grieta en nuestra amistad que difícilmente íbamos a poder reparar.

La tendí la botella de agua, invitándola a beber. Declinó el ofrecimiento. Abrí el tapón y me llevé la botella a los labios. En ese momento, Robert apareció por la esquina del pasillo. Venía

acompañado por Mark y por el Dr. O'Connell. Este último iba hablando. Mi compañero de piso asentía ligeramente con la cabeza. Pero el hombre de mis desvelos dirigió enseguida sus ojos hacia mí. Volví a sentir ese torbellino de emociones maniatándome para someterme al dominio de su robusto poder de seducción.

La intensidad de su mirada me puso en alerta y dirigí mis ojos hacia Sarah, que ojeaba el móvil sin percatarse de su llegada. Me di la vuelta. Terminé de beber la botella de agua y me dirigí a una papelera para tirarla. Cuando giré sobre mí misma, ya todos había llegado al punto de control. Me aproximé lentamente y metiendo las manos en los bolsillos de mi bata. Evité mirarle directamente a los ojos. No podía lidiar con el recuerdo de su rechazo. Al menos, no ese día.

Escuché al Dr. O'Connell relatarnos ciertas cuestiones de los casos de los pacientes ingresados. También nos explicó que en las consultas posteriores se nos iban a unir tres residentes de segundo año de la especialidad de Neurología.

—Más tarde, ya les explicaré cómo nos organizaremos para poder abrirles hueco.

—¿Vamos a tener que tutelarlos? —preguntó Sarah.

No entendí su reticencia.

—De momento, nos sirve con que les acompañen y les dejen participar tal y como ustedes lo hicieron en su momento. Pero ya veremos luego cómo los dividimos. ¿Alguna pregunta?

—Sí —dijo Neil con una sonrisilla bobalicona en su rostro—. ¿Vamos a ver al paciente del picahielos?

Me consterné al comprobar cómo se había corrido la voz de un caso tan morboso. Miré a Mark, que había dirigido sus ojos hacia él. La dureza que desprendía su mirada era más que evidente.

La voz de Robert se impuso con tono poco conciliador.

—Sí, iremos a verle. Pero, desde luego, usted no, Dr. Weber. Si necesita aclarar por qué, no tendré ningún problema en explicárselo en mi despacho.

Neil enmudeció. Robert mantuvo su mirada sobre él unos instantes más con evidente tensión. Después, miró a O'Connell, respiró profundamente y su rostro suavizó la rigidez previa. Se acercó al mostrador del control, cogió unas historias y dijo:

—Taylor, Laurance y Sullivan, os venís conmigo.

Estaba claro que aquel grupo respondía única y exclusivamente para mantener la privacidad en el caso de Jake. De hecho, era la primera vez que coincidíamos los tres juntos con Robert.

—Nos vemos luego, Dr. O'Connell.

—¿A qué hora es la reunión? —preguntó el Gran Jefe.

—A la hora de la comida. Vamos a subir al restaurante de la última planta.

—De acuerdo.

—No te preocupes. Te paso a buscar cuando termine.

—Muy bien. Te espero.

—Hasta luego, Dr. O'Connell.

Y se dirigió a su despacho seguido de nosotros tres. Abrió la puerta y nos dejó pasar. Después, entró y cerró. Fue hasta su mesa, se sentó en la silla y respiró profundamente. De pronto, parecía estar agotado. Era como si cargase sobre sus hombros con multitud de preocupaciones y estuviese a punto de desfallecer. Aun así, ninguno dijimos nada. Esperamos en silencio a que nos explicase por qué nos había llevado allí.

—Tenemos cuatro pacientes a los que ver. El ictus, el aneurisma, la MAV y a Jake. Y en los

cuatro tenemos que hacer tomografías para valorar la evolución de los pacientes y quizá podamos retirar el catéter a Jake. Así que, si os parece bien, nos vamos a dividir en dos grupos porque si lo hacemos todo juntos, no vamos a terminar en lo que queda de mañana. Aprovechando las dos salas, hacemos las pruebas, echamos un vistazo a los resultados, y nos reunimos después para ponerlo en común y tomar decisiones. Mark y yo nos quedamos con Jake y con el aneurisma. Vosotras dos, os encargáis del ictus y de la MAV. Pero nos mantenemos en contacto. ¿De acuerdo?

Asentimos. Aunque me resultó sorprendente que se llevase a Mark para tratar a Jake. Sin duda, tendría alguna razón de peso que a mí se me escapaba. Antes de salir, se dirigió a nosotras.

—Llevaos para la MAV a Perlman, este enfermero nuevo que ha venido hace un mes de cardiología. Tiene un trato muy bueno con los niños.

Sabía quién era. Nos había visto discutiendo a Kate y a mí ayer mismo. Estaba segura de que le iba a encantar venirse con nosotras después de aquello.

—¿Tienes las historias médicas? —preguntó Kate.

Robert se las tendió y las cogió. Ella se quedó la de la MAV, en la que yo había participado, y me tendió la del paciente del ictus.

—Si tenéis alguna duda, me llamáis, por favor. Confío en vosotras. Sé que sois unas excelentes profesionales.

—Gracias —respondimos ambas al mismo tiempo.

Robert me sostuvo unos instantes la mirada. Me pareció que iba a decir algo más, pero en el último momento se lo pensó. Desvió sus preciosos ojos azules hacia la ventana y, de nuevo, comprobé que su rostro se teñía de preocupación.

—De acuerdo. Pues, si os parece bien, nos ponemos en marcha.

Recogió las dos historias en las que iban a trabajar él y Mark, y los cuatro nos fuimos a la puerta. Salimos y recorrimos el tramo hasta el control de enfermería. Robert habló con la jefa de nuestros compañeros para solicitarle la ayuda de Perlman y Anderthon. Enseguida salieron de su sala de trabajo y Robert les explicó cómo nos dividiríamos.

—Perlman, tú te irás con la Dra. Sullivan y la Dra. Laurance. Una de las pacientes es una niña de dos años. Emma. No sé si la recuerdas.

—¡Claro que la recuerdo, doctor! No he cantado tantas canciones de Cocomelon en mi vida. Creo que la UCI pediátrica no estuvo nunca tan animada.

Robert empezó a reír.

—Estoy seguro de que ella también te recuerda. —Se giró hacia nosotras y nos explicó—. Perlman consiguió que Emma se tranquilizase después de una hora llorando.

—Bueno, no todo el mérito es mío —se excusó con una preciosa sonrisa—. Mi sobrina es la que consiguió que me aprendiese todo eso.

—Os dejo en buenas manos —nos dijo Robert.

Kate y yo pusimos más tarde en común que las manos en las que Robert nos dejaba eran, además, bastante interesantes. Perlman era un chico guapo y muy divertido. Tenía la capacidad de sacarte constantemente la sonrisa. Eso aumentaba su atractivo. Pero lo que nos cautivó a las dos fue ver el trato que tuvo con la pequeña Emma. Cuando llegó, se acercó a ella con una gran sonrisa. La hinchó un guante y comenzó a jugar. Terminó por ganársela. Cuando el anestesista empezó con la sedación, la cantó una canción que emulaba a hormigas subiendo a un árbol. Y, entonces, ya babeamos sin parar.

No encontramos nada en las dos tomografías que nos preocupase a priori. Pero esperamos a

que los radiólogos nos entregaran los resultados en una sala contigua. Perlman volvió con nosotras después de que Emma se recuperara de la sedación.

—Doctoras, ¿me necesitan para algo más?

Iba a responderle, pero Kate se me adelantó.

—No necesitamos nada más. Por cierto, ¿qué tal te encuentras en Neurología? ¿Estás contento?

El chico no era tonto y rápidamente se dio cuenta de que mi amiga quería aprovechar la circunstancia para iniciar una conversación distendida.

—Estoy encantado y cada día más.

Sonrió ampliamente. Estaba muy receptivo. Así que Kate siguió.

—Venías de cardiología, ¿verdad?

—Sí. Y allí no estaba mal, la verdad. Pero Neurología es mucho más interesante.

—¿Eres de Nueva York?

—No. Soy de Tampa.

—¡Florida! Me encanta —siguió Kate—. ¿Y por qué te mudaste aquí?

—Bueno, yo creo que por la misma razón por la que venimos todos. Hay más oportunidades de trabajo. Y el ritmo de vida en Nueva York te termina atrapando. ¿No fue vuestro caso?

—Yo vine a estudiar aquí, a Columbia. Pero soy de Chicago.

—Sabía que tenías algo de gánster, doctora —y la guiñó un ojo.

Kate respondió con una risa natural. Estaba claro. Le gustaba. Perlman me miró después a mí.

—Soy de Los Ángeles —respondí—. Pero estudié en Inglaterra.

—Ahora me explicó lo del acento.

—¿El acento? —pregunté confusa.

—En el departamento muchos creen que eres británica, doctora.

—¿¡Tengo acento!? —grité alarmada.

—No mucho. En algunas palabras y de forma muy sutil —añadió Kate —. Es normal que se te haya pegado después de tantos años viviendo allí.

—¡Dios! ¡No me lo puedo creer!

Me llevé la mano a la cara en un gesto de pesadumbre. Kate y Perlman comenzaron a reír.

—No te lo tomes tan mal, doctora. Te da un aire muy sensual.

«¡Oh! ¡Mierda!».

Miré de soslayo a Kate. Por su rostro cruzaba una sonrisa agradable y con un toque travieso. Mi amiga se dirigió a Perlman retozando con cada una de sus palabras.

—¿Vives muy lejos del hospital?

—En el SoHo.

—¡Nosotras también! Vivimos en la calle Thompson, al lado del siliciano que hay.

—¿En serio? He ido un montón de veces a por comida para llevar. ¡Me encanta!

—¿Y te gustaría cenar allí esta noche?

Así, sin medias tintas. No sé qué demonios las estaba pasando por la cabeza a Kate. Pero estaba claro que quería deshacerse de su dolor por la ruptura con Brad generando otra situación que, a la larga, la incomodaría.

Perlman recibió la sugerencia con agrado. Sus pupilas se dilataron sólo con escuchar sus palabras. Sin embargo, me adelanté a su contestación.

—Kate, hoy no podemos.

—¿Por qué? —me preguntó molesta.

Creo que, si hubiera podido, me hubiese asesinado allí mismo.

—Porque tenemos que terminar de colocar mi habitación.

—No creo que eso nos lleve mucho tiempo.

La miré pacientemente. Estaba tan desbocada por lo ocurrido con Brad que se estaba lanzando a la autopista a mil por hora.

—Estoy segura de que a Perlman…

—Nick —puntualizó este.

—Bueno, pues seguro que a Nick no le importa que quedemos otro día, ¿verdad?

Pero no me contestó. Estaba mirando directamente a Kate, como esperando que fuese ella la que lo decidiese. Mi amiga le sostuvo la mirada unos instantes, con la cabeza ladeada y sus labios carnosos abiertos levemente en un gesto tremendamente sugerente. Sin embargo, antes de que pudiese responder, su teléfono empezó a vibrar.

—Lo siento —dijo mientras lo sacaba de la bata. Miró la pantalla del móvil y su rostro relajado desapareció al instante. Llevé mis ojos hacia allí y vi que era Brad quien la llamaba—. Si me disculpáis un momento. Tengo que cogerlo.

Salió de la sala sin esperar respuesta y con rapidez. Me quedé a solas con Perlman —ahora, Nick para nosotras— y con una invitación a medias. Vi cómo se cruzaba de brazos, relajaba las piernas separándolas y me miraba con una sonrisa juguetona. Yo se la devolví bastante tensa, en silencio y moviendo mi pierna izquierda mientras permanecía cruzada sobre la derecha. No era yo la que quería acostarme con él, pero Nick parecía no estar al tanto.

—¿Y qué le pasa a tu habitación, doctora?

—Hemos hecho cambios en casa y me he trasladado de dormitorio. Así que tengo que terminar de colocarlo todo si quiero dormir allí esta noche.

—Si quieres dormir allí esta noche…

«¡Puff!».

—Eso he dicho.

En mi vida había necesitado con más urgencia los resultados de los radiólogos.

—Podría ayudaros —propuso mientras se acercaba despacio.

Se estaba lanzando directamente y pasando de la cena. Me incomodó tanto todo aquello que me levanté deprisa. Sin embargo, no fue lo suficientemente rápido que yo hubiese querido porque, al hacerlo, me encontré a Nick enfrente mía y demasiado cerca.

—Creo que mejor otro día.

No se apartó. Me sostuvo la mirada, con una sonrisa malota y con su cuerpo casi pegado al mío.

—Cuando quieras, doctora —me susurró.

En ese preciso instante, la puerta se abrió de golpe y la voz de Robert sonó, diciendo:

—¿Están ya los resultados de los TAC?

Nick se apartó, aunque no lo suficientemente rápido. Yo ni lo intenté. Nos acababa de pillar en una situación que daba lugar a equívoco. Y el rostro de Robert me lo confirmó. Se quedó clavado en la puerta y con el pomo todavía sujeto por su mano. Su mirada cambió de sorpresa a desánimo. Pero esa última imagen solo duró unos instantes. Enseguida se recompuso y su rostro

fue aún peor, el de la severidad hecha forma.

—No… No, todavía no han llegado —respondí.

—Estaré en mi despacho. Llevadlos allí.

Y volvió a salir, cerrando la puerta detrás suya. Me hundí en el desasosiego. Desazonada, aparté a Nick.

—Doctora...

Intuía que la habíamos cagado.

Salí en su busca. Pero, al doblar la esquina, choqué de bruces con Kate, que volvía de nuevo a la sala.

—¿Qué haces?

—¿Has visto a Robert?

—Sí. Se ha ido por ahí.

Corrí en aquella dirección. Pero cuando giré hacia el pasillo que Kate me había indicado ya no había rastro de él. Me moví deprisa hasta el siguiente tramo. Y, cuando enfilé el pasillo, tampoco lo encontré. Desesperada, paré y miré de un lado a otro. Finalmente, cerré los ojos y me llevé mi mano a la frente, en un gesto de preocupación. No podía permitir que Robert permaneciese en la duda. No era justo para él. Pero, además, necesitaba dejarle claro que yo no había propiciado esa situación. Así que dejé a Kate y a Nick en la sala de radiología y me encaminé hacia su despacho. Subí el tramo de escaleras hasta la quinta planta. Y, cuando entré, vi a Robert en el mostrador de enfermería. Estaba escribiendo sobre unos papeles. Corrí hacia él.

Aprovechando que no había nadie, lo llamé por su nombre.

—Robert…

—¿Ya están los resultados?

Lo dijo sin dejar de escribir, sin mirarme a la cara y sin que su voz denotase emociones.

—No, es solo que…

Se volvió hacia mí. Comprobé que, en realidad, estaba muy tenso.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Te he dicho que vinieses cuando estuviesen los resultados.

—Robert, escúchame…

—¡Dr. Evans! ¡La paciente de la consulta tres está teniendo una crisis epiléptica!

Dejó lo que tenía entre manos y corrió hacia donde la voz le demandaba. Yo lo seguí hasta las consultas. Cuando entré en la sala, pude ver a una mujer tumbada en el suelo, con los ojos en blanco y convulsionando. Dos enfermeras permanecían con ella. Robert ayudó a colocarla de cúbito. Retiraron todo a su alrededor para evitar que se lesionase y metieron una sábana doblada bajo su cabeza para minimizar los golpes. Después, se alejó, y se mantuvo observando y controlando que todo siguiese su curso sin complicaciones. No me entrometí. Me mantuve retirada y a cierta distancia.

Cuando las convulsiones cesaron, la mujer cerró los ojos. Robert se acercó y comenzó a auscultarla.

—¿Con quién estaba?

—Con el Dr. Monroe. Había salido a su despacho para buscar unos resultados que faltaban en el expediente de la paciente.

—Bueno, parece que se va recuperando.

La mujer empezó a abrir los ojos. Robert intentó tranquilizarla. Miró a una de las enfermeras que, inmediatamente, le respondió sin necesidad de demanda.

—Harris.

—Sra. Harris, no se preocupe. Soy el Dr. Evans. Ha tenido una crisis. ¿Entiende lo que le digo?

En ese preciso momento, el Dr. Monroe entró por la puerta. Se dirigió directamente a Robert.

—¿Qué ha pasado?

—Ha tenido una crisis. Ha durado un poco más de tres minutos. Y parece que se recupera bien.

El Dr. Monroe se agachó junto a Robert.

—Gracias, Evans. Ya me encargo yo.

Robert se levantó y se dispuso a salir de allí. Al verme parada en la puerta de entrada, esbozó un leve gesto de contrariedad. Pasó por mi lado y, sin detenerse, me dijo:

—¿Todavía estás por aquí?

Salí detrás de él, siguiéndole el paso.

—Robert —susurré. Pero no se paró. Tiré de su brazo—. Robert, escúchame, por favor.

Solo entonces frenó y me miró. Estaba tan contenido que temí que terminara explotando todo lo que tenía dentro.

—No era lo que parecía.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso? —Su pregunta me confundió—. Como te dije ayer, no tienes que darme explicaciones de tu vida.

Se dispuso a irse. Pero lo impedí cerrándole el paso.

—Pero es que no hay nada. No estoy interesada en él.

Apoyó sus manos sobre sus caderas, llevando hacia atrás su bata y dejando al descubierto su increíble fisonomía. Respiró profundamente. Desvió su mirada hacia otro lado. Y, cuando la volvió a centrar en mí, añadió:

—Te repito que no tienes que darme ninguna explicación. —Me rodeó y se encaminó de nuevo hacia el control de enfermería. Pero, antes de llegar, me demandó—: Tráeme esos resultados cuanto antes.

Me quedé clavada en mitad del pasillo. Pasé de la confusión al enojo. No entendía por qué se ponía de ese modo. Si realmente no quería escuchar mis explicaciones, por qué mostraba claramente su cabreo. A mi mente volvió el rechazo de la noche pasada. Y, entonces, todo se desbocó. Sentí cómo mi ira crecía y como impregnaba cada centímetro de mi cuerpo. Robert me rechazaba, pero no ocultaba su malestar cuando me había visto con otro hombre en una situación comprometida. Me sentí como un muñeco que oscilaba según el ritmo que él me imponía. Así que, sin ningún control, fui hacia él. Me coloqué a su lado en el mostrador. Robert dirigió su mirada hacia mí y, entonces, le espeté:

—Efectivamente. A partir de ahora, no te voy a dar ninguna explicación sobre mi vida.

Y me fui sin mirar atrás.

16
ROBERT

«¿Qué coño he hecho?».

Los celos me habían enajenado. Me habían hecho reaccionar como un auténtico imbécil. Ella había venido hasta mí y me había intentado explicar qué había sucedido. Y yo, como un capullo, no la había dejado. Me había cerrado totalmente y había permitido que las sospechas me ahogasen en un mar de incertidumbre. La había cagado pero bien. No debí tratarla de ese modo y, ni mucho menos, debía haberme cabreado con ella. Olivia era una mujer preciosa. Debía asumir que siempre habría alguien que quisiera seducirla. Eso podía dolerme, pero no podía impedirlo. Ella era libre de elegir a quien quisiera a su lado. Aunque lo peor de esa situación era saber que no había pretendido nada con Perlman y que yo me había dejado llevar solo por mis temores.

«¿Por qué cojones no puedo controlar mis miedos cuando se trata de ella?».

Con Olivia todas las emociones se me desbocaban. Aunque, sobre todo, me aterrorizaba pensar que podía perderla. No quería eso. Por nada del mundo quería que se alejase de mí. Estábamos dando pasos en nuestra relación; pasos que estaban restableciendo nuestra confianza y creo que mucho más, aunque no estaba seguro de que Olivia estuviese aún dispuesta a dar el salto. Me besó anoche, sí. Pero fue cuando estaba prácticamente dormida y atontada por las benzodiacepinas. De hecho, estaba casi seguro de que no recordaba nada de lo sucedido por la sedación que generaba esa medicación Siempre ocurría lo mismo. También lo hizo la noche que la llevé a mi casa borracha o cuando dormimos juntos en mi despacho. Solo venía a mí cuando su conciencia no estaba al cien por cien. Porque, cuando lo estaba, veía quién era yo realmente y mantenía las distancias.

Ayer estábamos bien. Respeté mi promesa. Pero no sabía qué demonios había ocurrido esa mañana que no permitía que la tocase. Además, había metido la pata de la peor forma, dejando que mis celos camparan a sus anchas. Había mandado a la mierda todo lo que habíamos construido poco a poco en esos últimos días.

«¡Qué coño he hecho, joder! ¿Por qué no he podido frenar mi miedo y permitirla explicarse? Soy un jodido gilipollas».

Y, en esos momentos, me encontraba ahí sin poder apenas mirarla a los ojos por la vergüenza que sentía, mientras ella explicaba los resultados de las tomografías de sus pacientes.

—Se encuentra bien y no ha surgido síntomas. Las pruebas sugieren que hay una oclusión completa. —Su voz era como como un látigo flagelándome por mis errores. Pero, al mismo tiempo, me atraía como faro a puerto. Levanté mis ojos hacia ella. No me miraba. Se dirigía a sus dos compañeros, a su izquierda. Y yo, sentado frente a todos ellos y con mi escritorio como barrera, hacía oscilar mi silla en leves movimientos de un lado a otro—. No hay hemorragias ni

oclusión de vasos. Pero quizá habría que valorar la radiocirugía para…

La corté en su argumento.

—No.—Llevó sus preciosos ojos hacia mí—. La radiocirugía no nos aportará ningún dato hasta un par de años después.

No me replicó. Bajó la mirada. Estaba nerviosa, pero también estaba molesta.

—Dime —la demandé. Se volvió de nuevo hacia mí—. ¡Vamos! Dime qué estás pensando.

—Que puede que no haya una oclusión real de la lesión y no la veamos. Por eso creo que se podría complementar con ello.

—Es una lesión pequeña —la explique con serenidad—. No volveremos a tocar a no ser que aparezcan nuevos síntomas.

Volvió a bajar su mirada. Me mataba verla así, tan fría, tan distante, tan comedida. No estaba cómoda y, de nuevo, yo era el causante de aquello.

—¿Entonces? —preguntó Kate.

—Seguimos con la medicación. Después de que la mandemos a casa, la veremos todas las semanas y la volveremos a citar para una nueva tomografía en mes y medio. Si todo va bien, iremos disminuyendo la dosis.

Olivia cerró la historia de la paciente lentamente y clausuró el tema por completo. En realidad, no había más de lo que hablar. Habíamos terminado con ello y, por tanto, no había ninguna razón por la que alargar nuestro encuentro.

—Creo que podemos dejarlo aquí —dije. Mark bostezó—. Deberías descansar un poco.

—Debería, pero tengo hambre.

—No os entretengo más, entonces.

—¿Quieres comer con nosotros? —me preguntó.

Miré a Olivia solo para confirmar su reacción. Pero no nos prestaba atención. Estaba concentrada, escribiendo algo en su iPhone.

—No, gracias. Tengo una comida con los miembros del departamento. En realidad, es una reunión que no hemos podido poner a otra hora.

—¿Va todo bien? —preguntó Kate.

—Sí, sí. No os preocupéis. La marcha de O’Connell va a traer cambios y han surgido ideas. Queríamos ponerlas en común. No hay ningún problema.

Dirigí, de nuevo, mis ojos hacia ella. Estaba guardando su teléfono. No me miraba. No me escuchaba. No le interesaba, absolutamente, nada de mí. Corrió un poco la silla y salió para dirigirse a la puerta. Kate y Mark la siguieron despacio mientras continuaban hablando conmigo.

—Si terminas pronto, pásate. Estaremos en la cafetería.

—Tú tendrías que dormir un poco.

—Ya, ya. Lo sé. Pero no creo que pueda. Quizá cuando llegué a casa. Aunque no sé si…

—Mark, vete a casa —le ordené—. Jake está bien. Su tomografía está perfecta. No ha vuelto a aparecer la fiebre y no hay nada que nos haga sospechar que algo pueda ir mal. Vete a casa, coge fuerzas y recupérate. En unos días le retiraremos la sedación y será entonces cuando te necesite.

Mark me miró con tristeza.

—Gracias, Robert.

Abrió la puerta y cedió el paso a sus compañeras. Kate salió. Pero cuando Olivia se disponía a hacerlo, no pude aguantar más. La retuve cogiéndola del brazo. Se giró hacia mí y me clavó la mirada muy enfada.

—Necesito que hablemos.

Mi voz sonó grave, pero en realidad guardaba una súplica velada. Y ella lo supo. Bajó sus ojos en un gesto de contrariedad. Pero cedió y volvió a pasar dentro. Cerré la puerta despacio cuando Mark terminó de salir. Solté el aire que retenía en mis pulmones, me di la vuelta y la miré. Estaba en mitad del despacho, con los brazos cruzados, observándome con dureza. Pero también había inquietud en esa mirada. Olivia no era una mujer frágil. Su fisonomía podía llevar a engaño. Por eso supe que ese desasosiego que mostraba no era reflejo de vulnerabilidad por estar enfrente mía. Sino por la misma razón que me sucedía a mí; porque el hecho de estar los dos en una misma habitación nos generaba tal choque de fuerzas que no podíamos permanece inmunes a todas esas emociones.

Me acerqué lentamente. No quería agitarla más. Llevé una mano a su cintura y la acaricié mientras la circundaba. Pero, entonces, ella se separó. Volvió a alejarse de mí sutilmente, tal y como llevaba haciendo toda la mañana. Mi frustración creció de tal modo que todos mis miedos salieron desenfrenados. Atrás quedó la disculpa que iban a proferir mis labios por lo de Perlman.

—¿Qué demonios te pasa, Olivia? ¿Me he convertido en un Jason para ti?

—¿Cómo? ¡No! ¿Por qué dices eso?

—¡Vamos! ¡Olivia! ¡Sé que pasa algo! Ayer podía abrazarte sin problemas y hoy no permites que te toque. ¿Qué ocurre?

—No… —vaciló—. No ocurre nada.

—¿Qué ha pasado para que no soportes tenerme a tu lado?

—Robert, eso no es verdad… No…

—Olivia, —la corté—, me pediste que fuera tu amigo. No puedo serlo si me escondes lo que sucede.

Notaba su respiración agitada. Sus ojos me miraban contrariados. Desde luego, no había previsto que la conversación fuera por esos derroteros. Yo tampoco. Pero no podía aguantar más.

—No ha pasado nada —musitó.

Supe que estaba mintiendo. Se había abrazado a sí misma, había dado un paso para atrás y apenas había podido esbozar esas palabras. La desesperación creció en mi interior. Me llevé las manos a la cabeza y mesé mi pelo. No podía más. El miedo me estaba torturando. Traté de calmarme. Con las manos aún enredadas en mi cabello, cerré los ojos.

Sentí que se aproximaba. Llevó sus manos a las mías y me instó a retirarlas. Abrí los ojos y leí la preocupación en los suyos.

—Olivia, no quiero perderte.

—No vas a perderme —musitó.

—Dime, entonces, por qué ya no dejas que te toque.

—Robert… yo… No, me he… —Cogió aire y trató de encontrar la serenidad perdida—. Robert, no es por ti. Es solo que estoy muy cansada. Apenas he podido dormir en estos días. Estoy muy dolorida y me cuesta moverme.

Todo aquello era vedad. Pero no era esa la razón.

—Olivia, por favor…

Me acarició el pecho y llevó su mano a mi hombro.

—Lo siento. Estoy de mal humor. Es solo eso. Necesito descansar.

Me perdí en la belleza de su rostro, en la forma almendrada de sus ojos verdes, en los matices del glauco de su iris, en el brillo constante que emitían. Barrí con la mirada su nariz delgada y pequeña, sus pómulos marcados y bajé hasta sus labios, tan generosos y apetecibles. Aparté mi vista antes de que no pudiese evitar lanzarme a ellos.

Con temor, subí mi mano hacia su cabello oscuro. Lo acaricié suavemente y enredé mis dedos en sus mechones, alrededor de su nuca. Olivia cerró los ojos y llevó su cabeza sobre mi pecho. La escuché soltar el aire que retenía. Enlacé mi otra mano a su cintura y la rodeé para atraerla más hacia mí. Nuestros cuerpos se fundieron. Sentí cómo se estremecía. Apoyé mis labios sobre su cabeza y me mantuve así, respirando la serenidad que me irradiaba.

—Olivia, no quiero cambiar nada de lo que hemos conseguido hasta ahora. Quiero seguir siendo tu amigo, por favor. No me apartes de tu lado. —No me respondió. Hundió mucho más su rostro en mi pecho—. ¿Qué sucede?

—Estoy cansada. Solo es eso.

Seguía escondiéndome la verdad. Sabía que sucedía algo. Pero tuve que conformarme y no volví a insistir. Por más que quisiese, ella no me lo iba a decir. Quizá podría intentarlo de nuevo más tarde. Me resigné y me avine a sus deseos. Al menos, estaba de nuevo entre mis brazos.

—Livi —la llamé.

Elevó su mirada. Iba a pedirla disculpas por lo que había sucedido con Perlman, pero no pude. Alguien llamó a la puerta de mi despacho. Nos separamos. Ella con una rapidez extrema y visiblemente alarmada. Yo más despacio.

Me acerqué hasta la puerta y abrí.

—¡Dr. O'Connell! Pasa, por favor.

—¡Hola, Robert! —Al darse cuenta de que Olivia estaba dentro, me dijo—: ¿Interrumpo?

—No, no.

—Dr. O'Connell, pase. Yo ya me iba —se excusó ella.

—Adiós, Olivia —dije, mientras salía.

—Adiós —respondió en un susurro.

Me detuve unos instantes observándola. Después, cerré la puerta y me giré hacia mi mentor.

—Siéntate. Enseguida termino. Solo tengo que apuntar una cosa.

O'Connell se acomodó en uno de los tres asientos que todavía había frente a mi mesa.

—No recordaba si tenía que venir yo o vendrías tú.

—No te preocupes. Ya estás aquí. Termino esto enseguida y nos vamos.

Se mantuvo unos segundos en silencio. Pero, cuando estaba terminando de anotar una medicación, empezó a reflexionar en voz alta.

—Es una buena chica. —Levanté la mirada hacia él—. La Dra. Sullivan —me aclaró.

—Sí, lo es.

—Mi primer año de adjunto lo hice aquí. No sé si lo sabías. —Asentí y decidí dejar lo estaba haciendo para más tarde. Cerré el portátil y me senté frente a él. Quería saber a dónde quería llegar con todo aquello—. Fue un año muy bueno. Formé mi primer equipo de trabajo y comencé a tutelar tesis doctorales. Una de ellas fue de una de mis residentes. Estaba en su segundo año cuando la conocí. Era una chica sensacional. Me recuerda mucho a la Dra. Sullivan, ¿sabes? Una chica muy inteligente, con una buenísima técnica de trabajo. Aprendía rápido y tenía mucha ligereza de ideas.

Paró unos instantes que a mí se me hicieron eternos. Por eso le insté a que siguiera.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, —dijo llevándose la mano a la nuca—, además de una gran profesional era una chica bellísima. Y, claro, enseguida me sentí atraído por ella. —El giro que estaba dando todo aquello no me estaba gustando nada—. Empezamos a salir. Pero, cuando la noticia de nuestra relación llegó al resto del departamento, la cosa se complicó. Ella empezó a recibir la presión por

parte de sus otros compañeros. Dejaron de hablarla, la hicieron un vacío solo porque pensaban que de ese modo podría obtener más beneficios para conseguir una plaza en el hospital. Eso terminó destrozándola anímicamente. Y muy pronto su rendimiento se vio afectado.

Bajó la mirada y entrecruzó sus manos.

—¿Qué ocurrió después?

—Terminó dejándolo todo, a mí y a su trabajo, al que amaba más que a nada. No pudo soportar la presión.

—¿Y qué sucedió contigo?

Suspiró y llevó sus ojos hacia la ventana del despacho.

—Yo tuve que acarrear el resto de mis días con la culpa de haber truncado la carrera de una excelente profesional solo por un encaprichamiento. —Y, entonces, vi la advertencia claramente. Bajé la mirada y me sonreí a mí mismo con tristeza—. Robert, eres como un hijo para mí…

—Gracias, Peter.

—Pero los médicos residentes son muy vulnerables. Nosotros tenemos nuestra plaza y eso, muchas veces, nos hace ser más fuertes frente a las pugnas que puedan surgir. Ellos no. Están muy expuestos y, además, sufren desde muy pronto la competitividad.

—Lo sé.

Lo había vivido en mis propias carnes.

—No quiero meterme en tu vida, pero has sido mi alumno durante muchos años y sé también qué tipo de relaciones tienes con las mujeres. No te lo tomes a mal…

—No me lo tomo a mal. Todo lo contrario. Me encanta que te preocupes por Olivia.

—Es una excelente profesional.

—Lo sé.

—No me gustaría que la perdiésemos por un encaprichamiento.

Esbocé una media sonrisa y comencé a hablar con serenidad.

—No es un mero encaprichamiento, Peter. —Respiré profundamente y comencé a explicarle —. Conocí a Olivia hace ocho años, en Stanford. Ella acababa de empezar el Grado de Medicina General y yo estaba en mi último curso. Iniciamos una relación. Pero metí la pata y ella me abandonó.

—Robert, no sabía…

—Tranquilo. Me gusta que hayas venido hasta aquí para advertirme y cuidar de ella.

—No pretendía…

—Lo sé. —Intenté tranquilizarlo con una sonrisa. Pero todo el peso del pasado se ciñó sobre mí y el dolor terminó por abrirse hueco—. Olivia ha sido la única mujer a la que he amado, Peter. Y todavía la amo. Estoy casi seguro de que, si ella no me hubiese dejado y lo hubiese querido, ahora mismo sería mi esposa.

No me respondió. Me mantuvo la mirada. Pero, a todas luces, su rostro evidenciaba el azoramiento de saber que había cometido un tremendo error. Se pasó la mano por la boca en un gesto claro de turbación. Después, me dijo:

—Lo siento mucho, Robert.

Negué con mi cabeza para hacerle entender que no había ningún tipo de resentimiento por mi parte.

—Llevábamos ocho años sin saber nada el uno de otro. Para ella no ha sido fácil que yo volviera a su vida. Quizá por eso la has visto bastante agitada durante todas estas semanas.

—Sí, sobre todo cuando llegaste. Pero, claro, imaginé que sería por el cambio.

—La hice mucho daño en el pasado. Mi vuelta ha sido muy difícil para ella. De hecho, todavía lo sigue siendo en muchos aspectos. Pero Olivia es fuerte y seguirá adelante.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Me sonreí con tristeza—. Yo estoy perdido sin ella, Peter.

Bajé la mirada y cabeceé. Decidí que era hora de zanjar aquella conversación y me levanté de la silla.

—Es mejor que vayamos yendo.

O'Connell no dijo nada más. Me sonrió con la mirada cargada de preocupación. Yo me quité la bata y me puse la americana. Después me dirigí a la puerta de entrada. La abrí y le insté a que pasase primero. Salimos al pasillo y fuimos directos hacia el ascensor. Cuando llegamos allí, algo llamó mi atención. Sarah Parker salía del área de consultas. Miré de nuevo a O'Connell y le dije:

—Tengo que hablar contigo de algo importante.

—¿Qué es, Robert?

—Ahora no. Pero necesito que seas sincero.

En esos momentos, Sarah llegó hasta nosotros.

—Dr. O'Connell, Dr. Evans, ¿cómo están?

—Bien, Dra. Parker —respondió O'Connell.

—¿Van a comer al restaurante del ático?

—Sí, pero es una comida de trabajo —apunté. No quería que se nos uniese—. Tenemos reunión de departamento.

El ascensor llegó a la planta, las puertas se abrieron y entonces la sorpresa se mezcló con el desasosiego.

«¿¡Qué cojones!?».

El puto nefrólogo salía en esos momentos de dentro de la cabina y se encaminó deprisa hacia el área. Los tres entramos dentro y no pude evitar mirar hacia dónde se dirigía. No hacía falta especular demasiado. Sabía que la estaba buscando. Me retiré sutilmente de la conversación entre Sarah y el Dr. O'Connell. Saqué mi teléfono del bolsillo del pantalón y busqué su número. La llamé. Esperé dos tonos hasta que descolgó.

—¿Robert?

—Tu nefrólogo está en la planta. —Silencio al otro lado de la línea. Aquello me preocupó—. ¿Dónde estás?

—En los vestuarios.

—No salgas. Voy a por ti.

—No, Robert. No te preocupes. Ya me encargo yo.

—Por favor…

—No va a pasar nada. Luego hablamos.

Suspiré intranquilo. No me gustaba nada ese tío. Pero tampoco quería imponerme a Olivia.

—Mándame un mensaje cuando termines de hablar con él, por favor.

—De acuerdo. No te preocupes.

—Ten cuidado.

—Gracias, Robert. Hasta luego.

No me dio tiempo a despedirme. Olivia colgó la llamada y yo me ahogué en un mar de

turbación y desasosiego.

17
OLIVIA

No recordaba la última vez que había fumado. Quizá fue en la Universidad. Con seguridad, fue antes de empezar el Grado de Medina porque, ya entonces, me aborrecía el olor del tabaco de Annie. Nunca había sido una verdadera fumadora. Solo lo había hecho en contadas ocasiones. Era, más bien, una fumadora social que lo hacía de vez en cuando y solo por fortalecer relaciones. Aunque en esos momentos, no era necesario robustecer los lazos. Los compañeros no eran para nada desconocidos.

Mark, Kate y yo habíamos empezado compartiendo el cigarro que se había encendido nuestro compañero, mientras desahogábamos nuestras penas. Pero, al final, nosotras dos habíamos terminado encendiendo el nuestro propio.

—La vida es una mierda de cojones —sentenció Mark, después de soltar el humo de su tercer cigarrillo.

Kate y yo le secundamos asintiendo con nuestra cabeza. Mi amiga fue a hablar, pero se atragantó y empezó a toser.

—Yo es que no sé para qué me pongo a fumar si no lo he hecho nunca.

—Eso es que has tenido una vida muy tranquila —respondió Mark.

—No tanto. Lo que pasa es que prefiero ahogar mis penas con otras cosas. No sé... Por ejemplo, una buena sesión de Taekwondo...

—Tortitas... —propuse.

—Galopar en mitad de una pradera... —sugirió Mark. Kate y yo le miramos pasmadas. Él, con indignación, añadió—: ¡Niñas de ciudad!

Decidí volver al principio de la conversación:

—Cualquier cosa hubiese sido mejor opción que esto. Vamos a llegar apestando a tabaco.

Apagué mi cigarro y busqué una papelera donde tirarlo. No encontré ninguna. Miré a Mark.

—Por la barandilla.

—¡No seas guarro! —le reprendí.

—No creo que los de la Fort Washington se den cuenta de nada.

Apagó su cigarro y, con una tranquilidad pasmosa, lo tiró hacia la avenida.

—¡Ale! ¡Vámonos a trabajar un rato!

Miré a Kate y vi que dudaba entre darle o no una calada más. Finalmente, lo apagó en el suelo y cogió la colilla. Tendí mi mano para que me la diese y poder tirarlas a una papelera.

Fuimos hasta el ascensor y, mientras esperábamos a que bajase, Mark nos ofreció unos chicles de menta que ambas aceptamos.

Kate empezó a pensar en voz alta.

—Creo que no debería haber quedado con Brad. Es demasiado pronto.

—Solo habéis quedado para charlar un poco —la recordé.

—Sí, pero ayer ya le vi y hablamos. Y si le veo hoy también, será como si no lo hubiésemos dejado.

—Pues llámalo y le dices que quedáis otro día —resolvió Mark.

—Por cierto, —la recordé—, ¿qué vas a hacer con Nick?

—¡Oh! ¡Dios! ¡Olivia! ¿Por qué no me paraste a tiempo?

—¿Yo? —dije, volviéndome hacia ella—. ¿Acaso no han sido suficientes las excusas que te he dado?

—Bueno, da igual. A fin de cuentas, él está más interesado en ti que en mí.

Suspiré profundamente.

—Estoy segura de que somos la comidilla de hoy en enfermería.

—Bueno, ya lo éramos ayer.

Y se encogió de hombros.

Me giré hacia Mark. Estaba especialmente callado. De pronto, le vi apoyado en la pared y con los ojos cerrados.

—¡Mark! —le grité. Se despertó asustado—. ¡Vamos! Solo quedan cuatro horas.

—Espero que me pongan con alguien generoso en las consultas. No doy más de mí. Necesito dormir ya.

—Pues iban a traer a los residentes de Neurología… —le recordé.

Se frotó los ojos y miró hacia el indicador luminoso del ascensor.

—¿Se puede saber por qué tarda tanto?

—Ni idea. Lleva parado en la última desde hace un rato —respondió Kate.

—¡Joder!

—¿Bajamos andando? —sugerí.

—Como tenga que bajar andando, termino rodando por las escaleras.

Aquello era verdad. Mark apenas se sostenía.

—Ya viene —anunció mientras bostezaba.

Miramos embobados el luminoso del ascensor que nos indicaba la bajada paulatina de pisos. De fondo, solo se escuchaba el sonido de nuestras bocas mascando chicle. Antes de que el ascensor llegase a la planta, saqué el mío de la boca y lo tiré a la papelera.

Las puertas del habitáculo se abrieron y, al otro lado, nos encontramos a los cuatro neurocirujanos titulares del departamento.

«¡Joder!».

Y estaba segura de mis dos compañeros habían lanzado ese mismo exabrupto en su mente.

Pasamos dentro. Saludamos y nos saludaron. Mis ojos se fueron instintivamente hacia Robert, mientras O’Connell preguntaba qué hacíamos por cardiología. Escuché la voz de Mark explicarle que veníamos de la terraza. Pero me costaba seguir la conversación con sus preciosos ojos azules clavados sobre mí. No podía evitarlo. Lo miré de nuevo. Estaba guapísimo con ese traje negro. Hacía aún más deseable su cincelada fisonomía. Me sonrió ligeramente y sentí que mi respiración se entrecortaba y que los latidos de mi corazón se desbocaban sin control. Le devolví la sonrisa, pero retiré la mirada. Era incapaz de sostenérsela sin sentir un estremecimiento recorriendo toda mi espalda hasta la nuca.

Las carcajadas que llenaron el interior del ascensor me hicieron despertar de mi mundo paralelo. Miré con premura a Mark que, en esos momentos, se dirigía a O’ Connell.

—La vida, que es muy dura, Dr. O’Connell.

Las puertas se abrieron en la planta sexta y pasó dentro otro grupo de personas. Pero no. Esa vez estaba lo suficientemente lejos de Robert como para no tener que pegar mi cuerpo al suyo.

Sin embargo, me vi obligada a invadir el espacio personal de la Dra. Sanders. Sabía, perfectamente, que eso la incomodaba. Me había dado cuenta en las horas que habíamos pasado juntas y había aprendido a respetarlo. Intenté mantenerme lo más separada posible de ella y tuve que aguantar la espalda del nuevo pasajero sobre la mía.

La máquina comenzó a bajar. Mark empezó a narrar los beneficios del tabaco para un fumador casual. Pero dejé de atenderle cuando la Dra. Sanders se dirigió a mí.

—Olivia.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Alargó su mano hacia mi brazo y, delicadamente, me acercó a ella para que pudiese estar más cómoda. Eso sí que era nuevo.

—Gracias —la dije.

Me sonrió levemente, y sentí que flotaba y las mariposas danzaban con los unicornios en mi fiesta de fans de Sanders.

—La avena, las ciruelas, las judías son igual de beneficiosas, Dr. Taylor.

—Sí, pero tienen el factor de la fratulencia, Dr. Monroe, cosa que no tiene el tabaco…

Llegamos a la quinta planta con Mark y Monroe insertos en una discusión escatológica que ya dejó de interesar al resto. O'Connell se apartó con Robert, Kate se fue a los vestuarios para cancelar la cena con Brad y Sanders me invitó a que la siguiera.

—Dra. Sullivan, ¿cómo va todo?

—Bien, gracias, doctora.

—Sus heridas veo que evolucionan muy bien.

—Sí, aunque sigo teniendo dolor. Mañana iré de nuevo a que Philippa me ayude con las contracturas.

—¿Sigue con la medicación que le pautó el Dr. Evans?

—Sí, claro.

—No deje de tomarla. Estoy deseando que se recupere para poder llevarla conmigo a quirófano.

Me volvió a regalar un gesto amable y yo me convertí en la Barbie de Mattel. Después, se dirigió a Robert.

—Evans, vuelvo a mi despacho. Ya sabes lo que hay. Si no, paso del tema.

—Por mí no hay problema —respondió él.

—Te encargas tú de lidiar con el padre. No quiero ni una llamada de él.

Se dio la vuelta y se fue. No había que ser un lince para suponer que estaba hablando de Sarah. Dirigí mis ojos hacia Robert que volvía a hablar con O'Connell. Al mismo tiempo, se fueron alejando hacia la zona de despachos. Mark seguía envuelto en su debate particular con Monroe. Así que decidí ir hacia los vestuarios para buscar a Kate.

Lo hice despacio, intentando mantener la distancia entre Robert y O'Connell, y así no tener que toparme con ambos. Pero él percibió mi presencia y giró su rostro hacia mí. Me volvió a sonreír de esa manera tan sutil y que, sin embargo, colapsaba todo mi mundo, me alteraba el juicio y me hacía suya sin ninguna opción de huida.

Siempre lo supe. Desde el primer momento en que le conocí, no me hizo falta que pasase mucho tiempo para saber que Robert sería capaz de arrastrarme hacia donde él quisiera. Y lo había demostrado con creces hacía poco más de una hora. Cuando me había levantado en su casa aquella mañana, había llegado otra vez a la convicción de que lo mejor para mí era evitar el contacto con él todo lo que me fuera posible. Pero sólo habían bastado diez minutos en su despacho para que mi criterio se hubiese visto barrido. Aquello me había dejado destrozada. Y

no solo por el hecho de haber sido incapaz de mantenerme firme en mis principios; sino porque, además, sus palabras me habían dejado muy claro que él había asumido nuestra amistad como un límite que no debía superar.

Iba a terminar volviéndome loca. No podía seguir más tiempo así. Mi cerebro no daba más. Estaba entrando en una espiral de la cual me era cada vez más difícil salir y me ahogaba; me ahogaba cada vez más profundamente, sin remedio y sin ninguna salvación que me permitiese no salir de todo aquello ilesa.

Aceleré el paso y me pegué a la pared contraria a la puerta del despacho de Robert. Él estaba abriéndola e invitando a pasar a O'Connell. El Gran Jefe entró y, entonces, Robert llevó sus ojos sobre mí. No me iba a dejar cruzar por allí sin que me detuviera. Dio un par de pasos para encontrarse conmigo. Lo hizo de forma relajada, con las manos en los bolsillos, la mirada rasgada y una suave sonrisa. Dejé de respirar cuando tuve que para frente a él. La diferencia de altura me abrumaba. Su aroma me envolvía, tornando alrededor de mí y rompiendo los hierros con los que yo trataba de encadenarme para no correr hacia él.

—Olivia, —me susurró. Sentí que mi vello se erizaba—, ¿cómo estás?

—Estoy bien. ¿Y tú?

Sabía que no era una pregunta rutinaria. Pero quise desviar el tema.

—¿Qué ha pasado con Jason?

—Nada.

Sonreí nerviosa. Tal y como me había pedido, le había mandado un mensaje, diciéndole que no le había visto. Pero, como sospechaba, no se lo había creído.

—Olivia, —dio un paso más hacia mí. Bajé la mirada. Estaba tan cerca que mi cuerpo comenzó a reclamarlo—, no me mientas, por favor.

—No te miento, de verdad. No lo he visto. Así que me he bajado a la cafetería, y he comido con Mark y con Kate.

Respiró profundamente e hinchó el pecho. Tuve que apartar la mirada a riesgo de cometer una locura.

—Has estado fumando. Debe haber pasado algo grave para que lo hayas hecho.

En realidad, no había pasado nada. Pero sospechaba que podía pasar. Después de que Robert me llamara, advirtiéndome de la presencia de Jason en el departamento, me metí en uno de los baños y llamé a Kate. La conté lo que sucedía y la pedí que no dijese nada a Mark. Kate se encargó de todo. Subió de nuevo hasta la planta, se hizo la encontradiza con Jason, le dijo que me había ido a casa porque no me encontraba bien y, después, vino a buscarme. Allí la conté lo que había sucedido el sábado pasado. Y la hice prometer que no diría nada a nadie. Pero cada vez estaba más segura de que iba a necesitar ayuda para acabar con todo aquello.

—No ha pasado nada, de verdad. Créeme. No tengo ninguna razón para mentirte.

—Livi, no me gusta ese tío.

—Ya. A mí tampoco.

—¿Quieres que hable con él?

«¡Por nada del mundo!».

—No. —Miré desazonada al fondo del pasillo. No quería seguir allí—. Tengo que irme.

Me miró sin tregua, penetrando hasta lo más profundo de mi ser. Después, se apartó despacio para dejarme pasar.

Aceleré el paso para salir de allí cuanto antes. Cuando alcancé el vestuario, abrí la puerta con demasiado ímpetu y la hoja chocó contra la pared. Entré y fui directamente a las taquillas. Kate estaba allí. Todavía seguía hablando por teléfono con Brad. No quise molestar. Abrí mi taquilla y metí la bata dentro. Me agobiaba demasiado. Me quedé únicamente con el traje quirúrgico. Deshice mi coleta. Saqué mi iPhone y me fui hacia las duchas. Me senté en el banco que había frente a ellas. Busqué el teléfono de Jason en la agenda. Dudé unos instantes si sería buena idea llamarlo o no. Quería acabar con todo aquello de una vez por todas. Pero algo me decía que lo mejor que podía hacer era evitar un encontronazo directo.

Iba a pulsar el icono de llamada, cuando me entró un mensaje de WhatsApp. Era de Robert. Desplegué la notificación y la aplicación abrió el texto.

«Déjame ayudarte».

Me estremecí simplemente con leer esas dos palabras. Mi sensibilidad hacia Robert crecía cada vez más y eso me abrumó. Moví mis hombros, tratando de eludir el cosquilleo que se había instalado en mi cuerpo, y me obligué a centrarme en su sugerencia. Lo cierto era que no hubiera estado mal lanzar a Jason un saco de músculos como Robert de, según recordaba, casi un metro noventa de altura y soltando testosterona a raudales. Pero no. Ese no era mi estilo. Siempre había resuelto ese tipo de situaciones yo sola y no me iba a amedrentar esa vez.

Olivia:
«Gracias, Robert, pero no es necesario».

Enseguida respondió a mi negativa.

Robert:
«Como quieras».
«Pero si lo necesitas, sabes que puedes contar conmigo».

Esperaba no necesitarlo.

Olivia:
«Gracias».
«Tengo que dejarte. En 10 minutos vuelvo a trabajar y tengo un médico responsable que es bastante protestón».

Sonreí con mi pequeña malicia. No tardó en volver a responderme.

Robert:
«O’Connell no es tan rígido…».

Olivia:
«Me refería al pelota borde que le acompaña siempre».

Comencé a reír en voz alta. Y, entonces, me di cuenta de un detalle.

«¿Qué haces escribiéndome mientras estás reunido con él?».

Robert:
«Pues esperar a que termine de concertar un balneario en Water Mill».

Volví a reír.

Olivia:
«Le va a venir muy bien la jubilación».

Robert:
«¡Ah! ¿Todavía no está jubilado?».

De nuevo, mi risa se volvió a escuchar entre los azulejos.

«Creo que le voy a decir que me lleve con él».

Olivia:
«Adoptadme, por favor».
«Me encantaría chapotear el fin de semana en piscinas de aguas termales. Y luego, al salir, pasarme horas desnuda con unas manos masajeando cada parte de mi cuerpo».

«¡Mierda!», me dije al releer el texto. Lo eliminé. Pero ya era tarde.

Robert:
«Lo he leído».
(Emoticono de diablillo sonriente).
«Y no te voy a decir lo que ha pasado por mi mente».
(Emoticono de berenjena).

«Si tú quisieras…», me dije. Y volví a estremecerme.

Olivia:
«Ahora sí que te voy a dejar».

Robert:
«Ya me dejaste».
«Hace ocho años».
«¿No lo recuerdas?».
(Emoticono de corazón roto).
(Diez emoticonos de caras llorando).
(Emoticono de corazón vendado).
(Emoticono de carita sacando la lengua y guiñando un ojo).

No me hizo gracia.

Olivia:
«A veces eres muy tonto».

Robert:
«¿Me insultas?».
«Te voy a poner con un residente de segundo año».

Olivia:
«Sabes que no me importa».

Robert:
«Es verdad».
«Pues entonces te vas a pasar las cuatro horas siguientes con Parker».
«A lo mejor, con suerte, te invita a su fiesta».

(Emoticono de diablillo).

Olivia:
«No serías capaz…».

18
ROBERT

—Parker y Sullivan, id a la consulta tres.

Solo por ver su cara, no me importó ponerla con ella. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por aguantar la sonrisa que se abría en mi boca mientras me fulminaba con la mirada.

—Laurance, con O'Connell a la consulta cuatro. Él ya está allí con otro compañero de Neurología. Taylor y Kent, os venís conmigo.

Tenía muy claro que a Mark no lo iba a dejar con nadie. No se sostenía en pie. Prefería que dormitase a mi lado y encargarme yo de los pacientes con el residente de Neurología. Y esa fue más o menos la dinámica de la tarde. Cuando terminamos con el último paciente, Mark emitió un sonoro bostezo. Lo miré mientras enarcaba una ceja.

—Lo siento, lo siento. Me paso a ver a Jake y me voy a casa.

—Eso espero.

Me levanté de la silla y recogí todos los informes para entregárselos a la compañera de enfermería. Después, me dirigí hacia la puerta. Mark y Kent me siguieron. La abrí y me volví hacia este último.

—¿Qué tal lo has pasado?

—Muy bien, Dr. Evans. Es fantástico trabajar con usted. Admiro mucho su trabajo.

Me sentía incómodo cuando me adulaban tanto. Le di unos golpecitos en la espalda.

—Gracias. También ha sido un placer trabajar contigo. Espero que volvamos a coincidir pronto.

—Yo también lo espero.

—¿Sales ahora?

—Sí.

—Bueno, pues que descanses y ya nos vemos por aquí.

—Gracias, de nuevo, doctor. Adiós, Dr. Taylor.

—¡Ah! ¡Sí! —respondió este, a medias de otro bostezo—. Adiós, adiós.

Caminé junto con Mark hacia el ascensor. Yo también quería echar un vistazo a Jake antes de irme a recoger a Annie. Mientras esperábamos a que llegase, le advertí:

—No cogerás la moto para irte a casa, ¿verdad?

—No. La tendré que dejar aquí y moverme en metro. No me gusta. Siempre va atestado a estas horas. Y tengo mucho… —volvió a bostezar. Miró hacia las consultas—. A ver si las niñas salen pronto y las convenzo para coger un taxi.

—¿Por qué no lo cogéis y punto?

—Porque el mes pasado ha habido muchos gastos extra, Rockefeller.

El ascensor llegó y nos metimos dentro. Mark tocó la tecla de la planta de UCI y comenzamos a bajar.

—Os llevaría, pero solo tengo cuatro plazas en el coche. Y tengo que acercar a Annie a su piso.

—¡Mierda! —Y abrió mucho los ojos—. Tengo que llevar la moto sí o sí. Mañana tengo cita para que le hagan la revisión.

—Pues te las apañas como sea, pero hoy no vas a conducir.

—¡Joder! ¡Mierda! ¿Cómo lo hago? —Empezó a mesarse compulsivamente el pelo. Llegamos a la planta y salimos del ascensor—. ¿Tú sabes conducir motos?

—No.

—¡Joder! No tenían citas libres hasta dentro de cinco semanas. No puedo esperar tanto. Tienen que cambiar la rueda trasera.

Sentí que mi teléfono vibraba dentro del bolsillo de la bata. Lo saqué.

Olivia:

«Te voy a odiar el resto de mis días».

Comencé a reír en silencio.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tu compañera de piso.

—Imagino cuál será. Pero te recuerdo que ahora vuelvo a tener dos. ¡Ey! ¡Espera! ¡Yo creo que Kate conducía motos! Me contó algo de la moto de su hermano…

Sacó su móvil y buscó su contacto.

—Puede que todavía esté en consulta —advertí.

—Me da igual. Esto es una emergencia.

Se retiró un poco para no entrar en el área de cuidados intensivos hablando por teléfono. No lo esperé. Preferí adelantarme e ir evaluando a Jake sin él. Cuando llegué a su cama, había una enfermera cambiando el suero.

—Buenas tardes, Dr. Evans.

—Buenas tardes. ¿Qué tal ha ido?

—Todo bien, doctor. No ha habido ningún cambio.

—Estupendo.

Me cedió el sitio para que pudiese valorarlo mejor. Pero, a los pocos minutos, llegó Mark. Su semblante estaba empañado por la preocupación y la angustia. Aunque, al menos, ya no se rompía en su presencia. Aquella mañana había decidido que Mark me acompañase para el seguimiento de Jake porque debía reforzarse ante las posibles circunstancias que pudiesen darse. La más importante de todas, que Jake empeorase de manera radical en mitad de una de sus guardias y que Mark se viese en la obligación de iniciar el tratamiento antes de que el neurocirujano de guardia llegase. Necesitaba que no se bloqueara si esa situación llegaba a darse.

—Las constantes están perfectas. En el TAC todo ha ido bien. Y la fiebre no ha vuelto a aparecer. La herida tiene muy buen aspecto. Así que, si esta noche la pasa igual, mañana mismo iremos retirando la sedación. Yo creo que el lunes podríamos retirarla del todo. Pero no sé. Veremos cómo va evolucionando y ya vamos decidiendo. —No me escuchaba. Así que le recordé lo que había hablado con él esa mañana—. Mark…

—Lo sé, lo sé.

—Solo quiero saber si estás bien.

—Lo estaré, Robert. —Y elevó sus ojos hacia mí—. No te preocupes. Sé lo que tengo que

hacer.

Me acerqué hasta él y apoyé mi mano sobre su hombro. Lo agarré con fuerza para infundirle ánimos.

—Te espero fuera.

Y me encaminé de nuevo hacia la salida. Traspasé las puertas de acceso y me apoyé en el muro para esperarlo. Saqué mi teléfono y abrí la aplicación de mensajería para decirle a Annie que ya había terminado y que en una media hora quedábamos en el coche. Me respondió con un escueto «Ok». Después, bajé hasta la conversación con Olivia. Sonreí al leer su último mensaje y la escribí otro:

Robert:
«¿Te ha invitado a su fiesta?».

No me respondió inmediatamente. Pero no cerré la conversación. Amplié su foto de perfil y me perdí mirándola. Era la única imagen que tenía de ella y no dejaba de observarla desde que el domingo había podido verla por primera vez. Estaba preciosa. Sentada en el banco exterior de aquel pub, Olivia miraba abstraída a un punto lejano. Su rostro destilaba una serenidad que en pocas ocasiones la había visto. Ladeé la cabeza con malestar. Me desalentaba no poder ser yo el que le diese ese sosiego.

Apagué el móvil, bajé los párpados y rocé insistentemente mi pelo.

—Hola.

«Livi…».

Abrí mis ojos y la vi a escasos metros. Iba acompañada de Kate.

—Hola —respondí nervioso—. ¿Habéis bajado a ver a Jake?

—Más bien, a recoger a Mark —respondió Olivia.

—No queremos que cambie de opinión y pase la noche aquí.

—No creo que lo haga.

Me fijé en ellas. No había podido hablar con Olivia, pero parecía que habían llegado a cierto grado de entendimiento después de la discusión que habían tenido.

—Voy a buscar a Mark —dijo Kate.

Sonrió y se dirigió a las puertas de entrada. Olivia no la siguió. Permaneció conmigo en el pasillo. Volví a sentir esa sensación que me envolvía cada vez que estaba a solas con ella. Era como si el corazón me fuese a estallar.

—¿Qué tal las consultas?

Olivia se cruzó de brazos, rasgó su mirada y me sonrió de lado mientras mordía su labio inferior. La hubiera devorado allí mismo.

—Esta te la guardo. No sé cuándo, pero te aseguro que me vengaré.

No pude evitar reír. Me acerqué despacio hacia ella y midiendo cada paso que daba. Sentí que temblaba a medida que me aproximaba. Me derretí al comprobar que no era inmune a mí.

—¡Vamos, Livi! No seas rencorosa.

Dio un paso y se acercó más. Nuestros cuerpos casi se rozaban. El deseo me invadió y mi miembro reaccionó al instante.

—Cuatro horas, Evans. Cuatro horas. ¡Ni O'Connell me ha dejado sola con ella tanto tiempo! No solo he tenido que aguantar sus meteduras de pata, sino que no ha parado de preguntarme por ti y por mi trayecto en tu coche. —Y añadió risueña—. La tienes encandilada.

«¡Joder! La he cagado».

Debía dejar las cosas claras cuanto antes.

—No me interesa lo más mínimo.

Me sostuvo la mirada durante unos segundos, con la cabeza ladeada y sus sugerentes labios levemente abiertos. Se me secó la boca.

—Yo que tú me lo pensaría. Es un buen partido.

—Me da igual.

Sonrió divertida y se separó. Solté el aire lentamente y recorrí con mis ojos su cuerpo. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por contenerme. Mis dedos clamaban por tocarla, envolverla entre mis brazos, pegarla contra la pared y devorar su boca.

—Voy dentro con ellos.

—De acuerdo.

Se dio la vuelta y entró a la UCI. Me quedé embobado unos segundos después de que se fuera. Retiré la mirada y volví a apoyar mi cuerpo sobre la pared.

Unos minutos más tarde, Mark, Kate y Olivia traspasaron las puertas de nuevo. Fui hacia ellos. Necesitaba saber si finalmente iba a llevar a alguno en mi coche. Pero antes pregunté a Mark cómo se encontraba.

—Bien, Robert. Tranquilo. Ya irá pasando. Ahora lo que necesito es descansar.

—Finalmente, cómo vas a ir.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Se me había olvidado! —Se volvió hacia sus compañeras y les explicó—: Tengo que llevarme la moto por narices y dejarla en el taller de la calle Wooster hoy, antes de las ocho, para que la hagan la revisión mañana y me cambien una rueda. Pero me muero de sueño. No puedo conducir. ¿Podrías llevarme tú la moto, Kate?

—Sí, claro.

—Yo voy contigo atrás y Robert lleva a Olivia.

La miré y no supe discernir si el plan la agradaba. Aun así, se disculpó diciendo:

—No os preocupéis. Puedo ir en metro. Robert tiene que acompañar a Annie a su piso.

—Pensaba llevarla, que recogiese sus cosas y luego acercarte a ti.

—No es necesario, Robert. Es mucho lío. Iré en metro.

—Preferiría que vinieses conmigo. —Y, en esos momentos, sí que percibí su turbación. Por esa razón, insistí tratando de darle argumentos que la sosegasen—. Estás muy cansada y en el coche irás mejor, sin empujones, sin aglomeraciones y sin que tengas que ir de pie todo el trayecto.

Dudó unos instantes. Su cara me decía que estaba valorando algo que se me escapaba. Pero,

finalmente, aceptó.

—Gracias, Robert.

—Te espero en mi despacho. He quedado con Annie en el coche.

—Quedamos mejor en el parking.

La sonreí. No quería que nos viesen irnos juntos. Lo entendía y no quise forzarla.

—De acuerdo. Como quieras.

Subimos de nuevo a la planta y, ya en mi despacho, me deshice de la bata, cerré el portátil, guardé el resto de cosas para llevarme a casa y me puse la americana. Salí por la puerta justo en el momento en el que Kate, Mark y Olivia cruzaban. Con ellos iban también Josh y Neil. Así que me uní al grupo.

—¿Os vais todos? ¿Quién se queda de guardia?

—Sarah —respondió Neil.

Aquello sí que era una novedad. En los dos meses que llevaba allí, solo la había visto de guardia un día.

—También se queda Mary —apuntó Olivia.

Levanté las cejas, obviando el comentario. Teniendo en cuenta lo comedida que era esa chica, se iba a comer su guardia y la de Sarah enterita. Solo esperaba que no me tuviese que tocar venir esa noche.

—¿Os vais directamente a casa? —seguí preguntando, solo por mantener la conversación abierta.

—Yo sí —respondió Mark, aunque eso ya lo sabía—. Me muero de sueño. No puedo más.

El ascensor llegó y, aprovechando que no había nadie, entramos todos. Me coloqué al fondo, junto a Mark y a Kate. Delante de mí se colocó Olivia. Al menos, no me rehuía como aquella mañana. A su lado se puso Josh y en el otro extremo, Neil.

—¿Vas en moto? —preguntó este último.

—Sí, pero yo no conduzco. Me lleva esta.

Y señaló a Kate.

—Tengo nombre —respondió ella con acritud.

—Lo siento —respondió pesaroso. Y con sorna, añadió—: Me lleva mi buena amiga Kate.

—Eso está mejor.

—¿Y vosotros? —volví a preguntar.

—Yo también me voy a casa —dijo Neil.

—Yo no —añadió Josh—. Me voy a Chelsea, a ver “Rebeca”, de Hitchcock. ¿Te apetece venirte, Olivia?

«Vaya, vaya».

Olivia le miró contrariada. Nerviosa, se recogió el pelo tras la oreja y dio un paso hacia atrás. Chocó conmigo. Coloqué mi mano sobre su cintura para frenarla y eso la perturbó aún más.

—Perdón —me dijo. Yo negué con la cabeza, en silencio, y retiré mi mano acariciándola levemente. Me mantuve a la espera de su respuesta. Estaba deseando ver a dónde iba todo aquello con ese niñato y no fui el único. El resto también la miraban expectantes—. Gracias, Josh. Pero hoy no puedo.

—El sábado dan otro pase a las ocho. ¿Te apetece?

—He… He quedado ya. En otra ocasión —se disculpó y volvió a sumirse en sí misma.

«Mi turno…».

—¿No me invitas a mí, Josh?

Mi propuesta levantó algunas risillas en el habitáculo. Josh me miró divertido. No le había molestado y no tuvo ningún problema en responderme con ironía.

—Me encanta trabajar con usted, Dr. Evans. Pero, para el cine, prefiero otra compañía.

Miró de soslayo a Olivia que se movió intranquila.

—¿Te gusta el cine clásico? —insistí.

—Sí, las de miedo y de suspense.

—Lástima que no te apetezca invitarme a palomitas. Reponen "Les diaboliques", de Clouzot, este viernes en el MoMA. Y, casualmente, ayer me llegaron unas invitaciones a casa. —Abrió sus ojos con ansia—. ¿Qué me dices, Olivia? ¿Te apetece venirte? —Se dio la vuelta cabreada. Y, mientras los demás reían, me disculpé diciendo—: Es la única manera de que Josh me invite a ir al cine con él.

Estallaron en carcajadas y yo la guiñé un ojo. Ella me taladró con la mirada. Me dio la sensación de que iba a responderme con una bordería. Pero, en el último momento, tiró de prudencia y se contuvo.

Llegamos a la planta principal, y Neil y Josh salieron riendo.

—¿No bajas, Olivia? —preguntó este último, poniendo la mano en la puerta.

—No. Voy… con Mark y Kate.

—Pero si ellos van en moto.

—Voy a despedirme de ellos al parking.

—¿No te apetece que compartamos un taxi?

—No —zanjó.

Y no dio lugar a réplica. Ni siquiera le sonrió para dulcificar su respuesta.

—Bueno, pues nos vemos mañana —dijo Josh, dándose por vencido.

—Hasta mañana —añadió Neil.

Levanté mi mano a modo de despedida. Cuando las puertas se cerraron, las sonrisas que teníamos Kate, Mark y yo contrastaban con la cara de cabreo de Olivia.

—Fíjate que no me lo esperaba —empezó a decir Mark.

—¿Puedes dejarlo pasar?

No era una petición. Más bien, Olivia le estaba advirtiendo. Pero fue imposible retenerle en su reflexión.

—Siempre pensé que le gustaba Sarah. Pero a lo mejor se ha cansado de perseguirla sin éxito y ha decidido ir a por ti…

—¡Qué bien! Ahora soy el segundo plato.

—¡No! ¡No he querido decir eso, cariño!

—Tranquilo —siguió con un tinte de ironía en su tono—. No serías el primero en menospreciarme hoy. De hecho, Sarah ha dejado esta mañana el listón muy alto.

Aquello me perturbó. Pero fue Mark el que se adelantó en preguntarla.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada —respondió molesta.

—Mark, déjalo —intercedió Kate.

—¿Tú lo sabes?

—Claro que lo sé. Estaba delante cuando se lo ha dicho.

—Déjalo ya, Kate —le pidió Olivia.

—¿Seréis capaces de no decirme lo que ha dicho?

El ascensor llegó a la planta. Salimos, pero retuve un poco el ritmo para ir detrás de ellos.

—No es la primera vez que Sarah me ningunea de esa manera. ¡Ya está! ¡Olvídalo! ¡Asunto zanjado!

—¡No! ¡No está el asunto zanjado si tú estás así por ello!

—¡No estoy así por nada! ¡Solo estoy cansada! ¡Me quiero ir a casa, meterme en mi cama y dormir! ¡Ya está!

Aquello me dejó claro que estaba dolida. Me acerqué a ella por detrás y opté por darle lo que quería.

—¿Nos vamos, entonces?

Conseguí que bajase su nivel de malestar. Pero, aun así, me miró contrariada. Después, llevó sus ojos hacia Mark y Kate.

—Nos vemos en casa.

Fue a caminar, pero Mark la paró y la obligó a darle un abrazo.

—No te enfades, tonta.

—No me enfado.

Pero sí que estaba muy molesta. Mark se separó de ella despacio, aunque antes la dio un beso en la mejilla. Kate se acercó y también la besó.

—Nos vemos en casa.

Olivia asintió y comenzó a caminar hacia mi coche. Me despedí de Mark y de Kate, y la seguí a distancia. Cuando estaba a punto de llegar, las puertas se abrieron. Se sentó en el asiento del copiloto. Yo abrí mi puerta y metí en la parte de atrás la cartera y la chaqueta del traje. Me senté a su lado y cerré.

La miré directamente. Tenía los ojos perdidos a través de su ventana. Había cruzado las piernas y las manos reposaban juntas sobre sus rodillas. No quise importunarla más con el tema, así que rompí el silencio con cosas más banales.

—Dame la bolsa de viaje. La pondré atrás. —Me la tendió y la llevé a los bajos de los asientos traseros—. Será mejor que te quites la chaqueta. Hace calor y Annie puede que tarde en llegar.

Me hizo caso. Se desprendió de ella. Le ofrecí mi mano para colocarla también atrás, pero rehusó y la dejó sobre sus piernas. Me recliné en el asiento y respiré profundamente. La observé de forma velada. Su mirada ya no estaba perdida, sino que estaba baja, con los ojos fijos en sus manos unidas. No se movía, ni emitía ningún sonido. Permanecía inmóvil a la espera de la llegada de Annie.

Llevé mis ojos hacia su hombro desnudo. La tela del jersey caía ligeramente por su brazo y dejaba entrever esa parte de su anatomía. Solía vestir así muy a menudo y, cada vez que lo hacía, me perdía recorriendo esos centímetros de su piel y deseando acariciarla.

—Livi… —la susurré.

—Lo siento, Robert. No estoy teniendo un buen día.

—¿Quieres contármelo? —No me respondió negativamente. Y eso me llevó a seguir insistiendo—. ¿Qué te ha dicho Sarah? —Suspiró. De nuevo, me volvía a dejar claro que aquello que la había dicho le había dolido—. Olivia…

—Al haberme visto contigo en el coche esta mañana, se le han encendido las alarmas y ha decido putearme. Ya está. Le gustas mucho y…

Respiró intranquila y volvió a dirigir su mirada hacia el exterior. Me recliné un poco hacia

ella. Mi movimiento la alarmó y se giró hacia mí. No me importó. No iba a parar lo que quería decirle. Llevé mi mano a su hombro y lo acaricié con el dorso de mis dedos. Subí hasta su cuello y rodeé su nuca con mi mano. Su respiración se agitó. Sus pupilas se dilataron. Sus labios se abrieron levemente. Pero sus ojos me miraban con temor. Desalentado, bajé la mirada. No iba a conseguir nunca eliminar sus miedos. Aun así, aparté mi decepción y me centré en mis palabras.

—La eclipsas, Olivia. Esto va mucho más allá de lo que pueda sentir por mí. Eres mucho mejor cirujana que ella, más inteligente, más audaz. Tu formación es fantástica. Y tu discreción es algo que se admira en el departamento. No tratas de llamar la atención. No lo necesitas porque tus actos hablan por ti misma.

—Robert…

Azorada, bajó la mirada. Llevé mi mano a su mentón para que me mirase a los ojos.

—Ella nunca podrá estar a tu altura. Nunca. De hecho, lo sabe. Y eso la irrita.

Acaricié su mandíbula, roce su mejilla con mi dedo pulgar, deteniéndome en el lugar donde todavía se advertían las marcas de la agresión que había sufrido. No pude evitar dirigirlo después hacia su boca. Rocé levemente sus labios. Noté cómo su respiración se entrecortaba y lo valoré. Sopesé la posibilidad de besarla allí mismo. Lo deseaba y sabía perfectamente que ella también lo quería. Sin embargo, el ruido de unos tacones sobre el asfalto me hizo despertar. Retiré mi mano despacio. Pero, antes de que Annie abriese la puerta, decidí dejarla otra cosa clara.

—Además, tú estás infinitamente más buena que ella.

Me sonrió levemente. Y, en esos momentos, Annie se asomó y dio unos toquecitos a la ventana del copiloto.

19
OLIVIA

Robert bajaba conduciendo por Riverside hacia el Upper West Side. Yo me había vuelto a atrincherar en la parte de atrás del deportivo. Me sentía bastante turbada después de la conversación que habíamos tenido y necesitaba un poco de espacio. Robert me lo dio. Sabía perfectamente cómo me sentía, así que no me molestó en ningún momento del trayecto y se dedicó a distraer a Annie para que ella tampoco me incomodase. Solo le expliqué por qué volvía de nuevo a ir con ellos. El resto del tiempo, él se dedicó a preguntarla por su día. Y ella no se negó a narrárselo con pelos y señales.

Cuando llegamos, Robert dejó el coche en un parking cubierto de la 89. Annie vivía un poco más abajo de esa misma calle, frente a un parque infantil. Me encantaba esa zona de la ciudad. Su aire tenía un aspecto más tranquilo que otras áreas de Manhattan. Evitando las grandes avenidas, te sumergías en esas calles llenas de edificios tradicionales de pocas plantas y en los que destacaban las entradas de escaleras de piedra. La suntuosidad del otro lado del río era mucho más discreta aquí

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en este barrio? —le pregunté.

—Algo más de año y medio.

—Robert me dijo que vivisteis juntos un tiempo.

—Pero fue en la calle 69. ¡Ah! ¡Esos maravillosos meses! —dijo con tono burlón. Llevó sus ojos hacia él—. No sabía que se lo habías contado.

—Solo la he dicho que vivimos juntos una temporada —puntualizó él, evidentemente intranquilo.

Entonces, recordé que Robert no había querido profundizar el día anterior en ese tema.

—Sí, vivimos juntos durante un tiempo. Yo estaba en mi primer año de residencia, como Interna, y preparando el último examen de la USMLE[iii], cuando tuve que adoptar al pequeño residente de Neurocirugía.

Miré a Robert confusa. Ambos tenían la misma edad y deberían haber estado en el mismo grado de cualificación, como internos. Él desvió sus ojos. No le estaba gustando el tema de conversación. Sin embargo, Annie me lo explicó:

—Has oído bien. Aquí, Don Altas Capacidades ya no era Interno, sino que le habían pasado al nivel de Residente Junior.

No pude evitar que mis ojos se rasgaran.

—¿Pero por qué?

Robert agachó la cabeza y fue Annie quien me respondió.

—Hizo el Step 3 antes de lo habitual. No esperó, como el resto de los mortales, a acabar su primer año de residencia. No. ¡Qué va! En seis meses, después de empezarla, se presentó y sacó la máxima nota. Y, claro, vieron como despuntaba el mocoso y le adaptaron el programa a su capacidad. En dos años y ocho meses hizo la residencia en Neurocirugía. No hizo falta ser muy listo para saber que sería el elegido para la Fellowship con O’Connell en Neurocirugía vascular.

Aquello era humanamente imposible.

—Hice todas las horas requeridas —se disculpó él, como si lo que había contado Annie fuera motivo de vergüenza.

—Pero… ¿cómo? ¿No dormías o qué?

Ninguno de los dos respondió. Annie siguió caminando con una leve sonrisa matizando su rostro. Robert, extrañamente inquieto, desvió su mirada hacia el otro lado de la calle. Me paré en seco. Ambos dieron unos cuantos pasos antes de darse cuenta de que me habían dejado atrás. Se volvieron hacia mí. Dirigí los ojos hacia Robert e insistí:

—¿Cómo lo hiciste? —No respondió—. Una persona normal necesita, al menos, cinco años para hacer todo eso en Estado Unidos. ¿Cómo lo conseguiste?

Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y giró la cabeza hacia un lado en un gesto de contrariedad. Después, volvió la mirada hacia mí y me respondió:

—Durmiendo poco.

Se dio la vuelta y siguió el camino. Annie, sin embargo, esperó a que yo la alcanzase. Caminé a su altura, mientras Robert iba unos pasos más adelante. Ella se reclinó sobre mí y me susurró al oído:

—¿No has visto su curriculum? —Negué con la cabeza—. Tiene veintitrés hojas.

Abrí los ojos. Pero no quise insistir más. Estaba claro que Robert no deseaba hablar de lo que hubiese pasado en esa etapa de su vida.

Cuando llegamos al edificio de Annie, subimos los siete escalones de piedra hasta la puerta de entrada. Pasamos y la seguimos al ascensor. Aproveché esos momentos de espera para observar a Robert. Había dejado atrás la inquietud previa y, de nuevo, su rostro estaba cubierto por la serenidad habitual. Sin embargo, seguía evitándome. Mi curiosidad por aquella etapa de su vida se incrementó. Necesitaba hablar con él de todo aquello. No había duda de que había sido una época de éxitos académicos y profesionales. Pero, por alguna razón, él se mostraba incómodo. Era como si, a pesar de todo, esa época también albergase recuerdos nada agradables para Robert.

Dirigí mi atención hacia Annie y comprobé que me miraba con una suave sonrisa.

—Es muy bonito tu edificio —dije nerviosa.

No sabía cuánto tiempo llevaba embobada mirando a su primo.

—Sí —respondió ella con tranquilidad.

El ascensor llegó y subimos en él hasta la cuarta y última planta. Lo hicimos en silencio. Pero, cuando la maquinaria paró, Annie nos dijo:

—No os sorprendáis con lo que podáis ver ahí fuera.

Después, abrió la puerta. Salimos y, entonces, conocí a Derek. Estaba sentado al final del largo pasillo, frente a la puerta del apartamento de Annie. Tenía las piernas estiradas y sus brazos reposaban tranquilos sobre ellas. Iba vestido totalmente de negro, con una camiseta de manga corta de los ‘Who’, unos vaqueros y unas botas de estilo militar. Pude distinguir que era un tipo alto, delgado y de cuerpo definido. Su pelo era castaño claro, aunque con reflejos rubios. Lo llevaba bastante largo, casi a la altura de los hombros. Tenía echada la cabeza hacia atrás, apoyada contra la pared, y mantenía los ojos cerrados.

Annie caminó segura hasta su piso. En ese momento, él abrió los ojos y la buscó. Tenía una mirada castaña increíble. Era firme, segura y levemente sesgada, lo que le hacía adquirir un toque de perdonavidas.

—Llegas pronto —la dijo con voz rasgada.

Ni siquiera había reparado en nosotros dos. Annie pasó sin responderle y sólo modificó su

andar sólido para cruzar por encima de sus piernas. Yo fui a pasar tras ella y fue entonces cuando nos vio.

—¡Vaya! ¿Traes compañía?

Barrió mi cuerpo de arriba a abajo y luego posó sus ojos almendrados sobre mí. Sentí un escalofrío. Pero enseguida noté la mano de Robert sobre mi espalda instándome a no parar. Annie giró la llave de su puerta mientras él seguía hablando.

—¿Qué vas a hacer con ellos? Creo que para una orgía te hace falta más gente. —Ella siguió sin contestar—. Si quieres, os puedo ayudar. Podríamos hacer un intercambio de parejas. Tú te quedas con el tío y yo me follo a la chiquitita. Creo que podría dar mucho de sí.

Robert paró en seco. Me temí lo peor.

—¡Robert! —le advirtió Annie con severidad.

Pero él no hizo caso. Se giró despacio. Apoyó las manos sobre sus caderas, llevando hacia atrás su americana, y una sonrisa tensa cruzó su rostro.

—Derek, ¿verdad?

—Sí —respondió éste al tiempo que se incorporaba.

Robert esperó impasible a que terminase de hacerlo. Después, en la misma postura, dio unos pasos hacia él. El tipo, muy al contrario de lo esperado, no se inmutó lo más mínimo. Se cruzó de brazos.

—No vamos a follar —empezó a decir Robert con una tranquilidad medida—. Hoy no, al menos. Vamos a ayudar a mi prima a hacer su maleta para que pueda largarse de aquí cuanto antes y no tenga que volver a ver tu puta cara.

Derek no respondió. Sorprendentemente, se mostró contrariado. Sin duda, no esperaba aquello. Llevó sus ojos turbados sobre Annie. Pero ella no estaba atenta a él.

—Robert, por favor —volvió a repetir ella.

Robert se giró, cruzó el umbral y cerró con fuerza. Ambas nos sobresaltamos con el portazo. Llevó sus ojos hacia Annie y dejó salir el aire de sus pulmones muy lentamente.

—Ya puedes ir recogiéndolo todo porque aquí no vuelves más.

—¿Qué estás diciendo?

—¡No vuelves más! Como vea de nuevo a ese hijo de puta cerca de ti, le rompo esa cara de chico malo que tiene.

—¡No te atrevas a decirme lo que tengo que hacer!

—¡No te lo diría si no viese que estás de mierda hasta el cuello con ese gilipollas!

Tuve que intervenir. Estaban perdiendo el control.

—¡Robert! ¡Ya está bien!

Dirigió sus ojos hacia mí muy irritado. No esperaba que me metiese en aquello. Sin dejar de mirarlo, me acerqué a Annie y la rodeé la cintura con mi brazo.

—Vamos a hacer la maleta.

Las dos nos alejamos hacia el dormitorio. El apartamento de Annie no era muy grande. Por eso, al dejar la puerta abierta de la habitación donde dormía pude ver como Robert caminaba nervioso de un lado a otro del salón y con la mirada baja. Los rasgos de su rostro se habían endurecido y toda su fisonomía había adquirido una tensión preocupante. Me di la vuelta. No quería seguir viéndolo así. Centré mi atención en Annie para ayudarla. Cuanto antes saliésemos de allí, antes se calmaría todo.

—¿Cuántas maletas vas a llevarte?

—Dos. Ya volveré más tarde a por el resto de cosas.

—Annie, —dije mirando hacia fuera—, no me gusta ese tío.

—Tranquila. No es peligroso. Solo va de chico malo. Nada más.

—Pero Robert…

—Robert no debería haberse metido. Tenía que haberme dejado hacer las cosas a mi manera.

Abrí el primer cajón de una cómoda que tenía junto al armario. Ante mí aparecieron multitud de conjuntos de ropa interior, cada cual más sugerente.

—¿Qué te guardo?

—Déjame la ropa a mí. Ve al baño y mete en este neceser todo lo que encuentres en el armario. ¡Ah! Y la plancha del pelo y el secador. Están debajo del lavabo.

—De acuerdo.

Salí de la habitación y me dirigí hacia la otra puerta que había en el apartamento. Eché un vistazo hacia el salón. Robert estaba de espaldas, con las manos sobre sus caderas y miraba por una de las dos ventanas que había. Me obligué a centrarme y entré en el baño. Abrí el armario con espejo que había sobre el lavabo. Y, al ver lo que había allí dentro, supe que no podría llevárselo todo. Tenía, al menos, cinco cremas faciales, desconocidas totalmente para mí, aunque por sus nombres sabía que eran extremadamente caras; otras tantas mascarillas; maquillaje de Smashbox; máscaras de pestañas, pintauñas y labiales de Elizabeth Arden y Chanel; bases y correctores de Estee Lauder… Intenté seleccionarlas bajo mi criterio.

Después, como me dijo, abrí el armario bajo el lavabo. Descubrí que tenía tres planchas de pelo y dos secadores de mano. Cogí uno de cada, sin pararme a pensar en cuál sería más conveniente. Giré a mi alrededor e intenté dilucidar si había algo más allí que necesitase. Reparé en un mueble a mano izquierda. Lo abrí. Estaba lleno de medicamentos.

—¡Annie! ¿Alguna medicina?

—No. No hace falta. El imbécil de mi primo es médico y creo que me podrá recetar algo si lo necesito.

—Gracias, primita —respondió Robert desde el salón.

—De nada, idiota.

Me sonreí y salí del baño para entrar de nuevo en el dormitorio.

—No entra nada más —la dije tendiéndola el neceser.

—Da igual. Ya volveré más tarde.

—¿Te ayudo con otra cosa?

—No. Creo que he terminado.

Y cerró la segunda maleta que allí tenía. La ayudé a sacarlas del dormitorio. Robert se dio la vuelta en el momento en que entramos en el salón.

—¿Ya? No me puedo creer que hayas sido tan rápida.

Ella le sacó la lengua y se acercó hasta la cocina abierta. Se coló detrás de la barra, y escuché como abría y cerraba cajones.

—¿Se puede saber qué estás buscando? —la demandó Robert.

—Chocolate.

—Ayer sobraron muffins y helado —la recordé.

Annie se incorporó y salió detrás de la barra con cara de sorpresa. Me miró a mí y después a Robert. Y, entonces, empezó a reír a carcajadas. No entendí nada. Pero, por lo visto, Robert sí.

—Eres muy mala conmigo, primita.

Y se dio la vuelta, con las manos metidas en los bolsillos y una sonrisa cruzándole el rostro.

—¿Me lo vais a explicar?

—Que te lo explique mejor él, cariño. Con esa tarima de helado que tiene en su casa.

Miré a Robert buscando respuestas. Pero él no estaba por la labor de dármelas.

Annie salió de la cocina con varias barritas de chocolate y las guardó en el bolso. Cogió una maleta, colgó el neceser en ella y se acercó rodándola hacia la puerta. Robert se acercó hasta allí y agarró la otra. Annie miró el interior de su casa con anhelo. Hizo un leve mohín. Pero en seguida se recompuso. Se colgó el bolso, cogió las llaves y abrió la puerta.

No me hizo falta ver a Derek fuera. Con la reacción que tuvieron Annie y Robert me fue suficiente. Sin embargo, ella apartó el momento de sorpresa de un plumazo. Salió al pasillo rodando el equipaje e ignorando su presencia. Robert la siguió con cara de pocos amigos y, taladrándole con la mirada, se colocó junto a ella. Al salir, me acerqué hasta él para intentar que rebajase esa tensión que mostraba. Pero la voz de Derek se llevó toda mi atención.

—Anne…

Ella no se volvió. Comenzó a echar la llave. Derek dio un paso más para aproximarse. Annie se giró y sus miradas se encontraron. Él alargó su mano, tratado de llevarla hasta su brazo, pero Robert se interpuso. Le advirtió con el rostro cargado de severidad. Sin embargo, Derek lo ignoró.

—Anne, por favor. Necesito hablar contigo.

—Ya es tarde, Derek.

—Escúchame, por favor. Soy un gilipollas…

—En eso estamos de acuerdo —le cortó Robert.

Derek elevó sus ojos hacia él. El choque que hubo entre sus miradas fue tan violento que el ambiente se volvió comprometido. Llevé mi mano sobre el brazo de Robert. Pero ya no me miraba. Le estaba retando.

—Robert —lo llamé.

Le rodeé la cintura con suavidad y conseguí sacarlo de allí. Annie trató de seguirle, pero Derek la cogió de la muñeca para evitar que se fuera. Mi amiga intentó zafarse de su agarre. Pero Derek no lo permitió. Muy al contrario, tiró de ella para atraerla hacia él. Y, entonces, todo se desmadró. Robert me apartó con cuidado y fue hacia Derek. Le dio un empujón, alejándolo de su prima. Derek le miró con una furia evidente antes de lanzarse a por él. Annie intentó interponerse, pero Derek la quitó de en medio de manera tan violenta que consiguió que ella perdiese el equilibrio y se diese de bruces contra el suelo. Esa circunstancia lo desestabilizó lo suficiente como para que Robert le sorprendiera y le asestara un puñetazo, haciéndole caer de espaldas.

—¡No! —gritó Annie.

Pero ya era imposible. Lo sabía. Por eso, no lo dudé un segundo y me lancé a por él justo en el momento en que pretendía arrojarse sobre Derek. Me abracé a su cuerpo y traté de frenarlo, mientras su fuerza arrolladora se convertía en un tsunami imposible de detener.

—¡Robert! ¡Para! —Busqué enlazar mis ojos a los suyos—. ¡Por favor!

Escuchó mi súplica y, entonces, sí que llevó sus ojos sobre mí. Capté la ira desbordante, pero también percibí que hacía un esfuerzo por controlarla. Me rodeó la cintura con su brazo, pegándome a su cuerpo, y yo le acaricié el rostro. Annie se acercó por detrás y le envolvió los hombros.

—Ya está —le susurré sin dejar de acariciarle—. Tranquilo.

Annie se apartó y se dirigió hacia Derek, que intentaba levantarse del suelo. Tenía la boca ensangrentada. Le ayudó a incorporarse y, de nuevo, percibí la tensión en el cuerpo de Robert.

—Anne, escúchame, por favor…

—¡Annie! —le advirtió Robert.

Pero ella no le hizo caso. Envolvió el rostro de Derek entre sus manos y evaluó las heridas. Robert se movió nervioso. Traté de sosegarlo, pero me fue imposible.

—¡Annie! —la llamé, haciéndole llegar mi preocupación.

Entonces, hizo lo que menos me esperaba. Fue hacia su bolso, sacó las llaves y me las tendió.

—Olivia, entrad dentro. Mete las maletas y ponle hielo en la mano a Robert, aunque no te deje. No estamos para perder neurocirujanos.

El desconcierto me envolvió. No supe que hacer. Volví mi rostro hacia Robert. Mostraba el mismo matiz de sorpresa que yo tenía. Pero, inmediatamente después, tensó su mandíbula. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no discutir allí mismo con ella. Aproveché esa circunstancia. Le cogí de la mano y le llevé hasta la casa. No puso ningún impedimento. Me siguió hasta allí. Abrí la puerta y entró sin que yo le dijese nada. Después, recogí las dos maletas y las volví a meter. Antes de cerrar la puerta, eché un último vistazo a Annie. Ella me miró con una sonrisa triste cruzando su rostro. Confiaba en ella y esperaba que esa vez no se equivocase con la decisión que estaba tomando.

20
OLIVIA

Cerré la puerta de la casa. Busqué a Robert con la mirada. Estaba al fondo del salón y se movía de un lado para otro muy nervioso. Recordé lo que me había dicho Annie. Fui hacia la cocina, abrí el congelador y saqué unas bolsitas de hielo.

Cuando Robert vio lo que estaba haciendo, me dijo:

—Estoy bien.

Pero no le hice caso. Cogí su mano y la evalué antes de poner el hielo sobre ella. No parecía que hubiese nada dañado. Robert me dejó hacer. No puso impedimento. Traté de enlazar su mirada, pero la tenía pedida. Lo llamé en un susurro.

—Robert.

Bajó sus ojos hasta mí. Sentí como mi corazón se aceleraba. Traté de tragar, pero me fue prácticamente imposible. Escuché como respiraba profundamente. Después, retiró el hielo de la mano y se apartó. Corrí hacia él.

—Robert, por favor…

Se giró de golpe.

—No necesito hielo. Lo que necesito es que mi prima deje de hacer gilipolleces.

—Vale, sí, de acuerdo. Quizá no está siendo muy consecuente con lo que dijo…

—¡Joder! ¡Olivia! ¡Se ha quedado con él ahí fuera!

—Ya, ya. Lo sé. Pero debemos confiar en que todo vaya bien. A fin de cuentas, es libre para tomar las decisiones que considere más convenientes. No podemos meternos.

Se alejó de mí. Fue hasta la barra de la cocina y, cabizbajo, apoyó sus manos sobre la fría piedra. Dejé el hielo sobre la mesa de centro que había en el salón y me acerqué hasta él. Despacio, llevé mis manos sobre su espalda y traté de serenarlo. Subí hasta sus hombros, acariciando cada centímetro, deleitándome con su tacto, sucumbiendo al placer que implicaba aquello. Pegué mi cuerpo al suyo y apoyé mi mejilla. Rodeé su cintura con mis brazos y supe que ese era el lugar donde quería estar el resto de mis días.

Sentí como respiraba profundamente. Me dejó disfrutar de su contacto unos segundos. Después, se giró hacia mí. Su mirada azul estaba prácticamente colapsada por sus pupilas. Colocó una mano sobre mi cadera y, con la otra, enredó sus dedos en mi pelo. Mi corazón se desbocó. Dejé de respirar. Era incapaz de soportar el furor de ese momento. Bajó su rostro y unió sus labios a los míos. Me besó despacio, pero con una vehemencia inimaginable. Su entereza no me dio lugar a réplica. Con ese beso consiguió disgregar todas las dudas que me habían asaltado durante el día. Me rodeó con sus brazos, me encerró en su cuerpo y profundizó en mi boca. Yo le seguí extasiada, cautivada en todos mis sentidos e incapaz de frenar el ardor que impregnaba toda mi piel.

Pero el timbre sonó. Robert me miró enturbiado. Se separó despacio y se dirigió hacia la puerta. Fui incapaz de reaccionar a la entrada de Annie en la casa. Intenté encontrar mi quietud perdida. Me obligué a apartar lo que había sucedido segundos antes y presté atención a lo que quería decirnos.

—Volved a casa. Voy a quedarme.

Robert estalló en un susurro estremecedor.

—¿¡Cómo has dicho!?

—Que voy a quedarme. Necesita ayuda.

Quizá hubiese sido mejor que la hubiese gritado porque la cara de decepción que cruzó por el rostro de Robert dejó en evidencia que se había abierto una brecha entre ellos muy profunda.

—No puedo creérmelo —musitó.

Posó una mano en su cadera y, con la otra, tocó su pelo. Estaba realmente nervioso y trataba desesperadamente por contenerse. Esa vez no hice nada por procurarle ese sosiego.

—Puedes estar de acuerdo o no, Robert. Pero debo quedarme.

—¡No le debes nada!

Annie cerró sus ojos y se cruzó de brazos. Con una serenidad imperturbable, volvió a explicarle:

—Necesita ayuda, Robert. Y voy a dársela. Nada más.

—De acuerdo —respondió él con la ira marcada en cada una de sus facciones—. Quédate, ayúdale y fóllatelo esta noche…

—¡Robert!

—Pero sólo te pido una cosa: no vuelvas a aparecer en mi casa llorando porque has tenido alguna desavenencia con él. ¿¡Te queda claro!?

Annie no le respondió. Solo le mantuvo la mirada con una frialdad aplastante y que contrastaba con la cólera que emanaba de él.

De pronto, la melodía del Pac-Man de mi iPhone comenzó a sonar. Ese sonido nunca había sido tan inoportuno.

—Lo siento —susurré y lo busqué a tientas dentro del bolso.

Conseguí encontrarlo con rapidez. Miré la pantalla y vi que era Cooper. Había olvidado completamente que habíamos quedado en hablar después de que yo saliera. Teniendo en cuenta la hora, en esos momentos era media noche en Oxford. Debía pedirle, al menos, disculpas. Por eso descolgué y me retiré hacia la ventana.

—Coop, lo siento, no puedo hablar ahora mismo… Sí… Ya... Sí, yo te llamo por la mañana… Mi mañana… Sí… Gracias, cariño… Yo también te quiero.

Colgué, y me giré hacia Annie y Robert. Miré sus rostros. Annie me miraba con sorpresa. Pero el rostro de Robert estaba cubierto de angustia. Me di cuenta de mis palabras de despedida y entonces supe lo que sucedía.

No me dio tiempo a hablar. Robert se adelantó:

—¿Con quién hablabas?

No había reproche en su voz, ni ira, ni enfado. No. Su tono trataba de ser neutro y contenido, casi un susurro. Pero estaba cargado de desasosiego. No quise mentirle.

—Con mi exmarido.

Mis palabras le golpearon con dureza. Lo pude ver claramente. Sus brazos, antes tensos, cayeron derrotados a ambos lados de su cuerpo. Los hombros dejaron de tener la firmeza habitual que marcaba su andar seguro y se debilitaron. Pero su mirada fue la que me terminó por abatir. La había bajado hasta el suelo, agotada, vencida. Había perdido toda su fuerza, toda su arrogancia, toda su seguridad. Percibí como intentaba serenarse, pero su respiración estaba sobrecargada.

—Robert… —intenté decir.

Pero él me cortó, levantando una mano hacia mí y pidiéndome que no siguiera. Llevó sus ojos hacia Annie. Ella le miraba con la preocupación en su rostro. Solo fueron unos instantes, pero entre ellos hubo un sin fin de palabras que se intercambiaron. Me sentí frustrada al no poder llegar hasta ellos, al no conseguir arribar a él. Solo tenía la certeza de que conocer ese aspecto de mi vida le había dolido y eso me dañó también a mí. Por nada del mundo quería herir más nuestros ya maltrechos corazones.

Di unos pasos hacia él. Al percibirme, posó de nuevo sus ojos sobre los míos. Quise contarle todo, que mi matrimonio había sido una locura de dos amigos que habían confundido sus sentimientos con algo más. Quise explicarle que no amaba a Cooper y que, en realidad, nunca había sentido algo así por él; que solo era un amigo especial al que nunca podría arrancar de mi vida. Quise decirle que mi corazón solo latía por él, que lo había hecho en el pasado y que seguía haciéndolo desde entonces sin tregua. Pero no pude. No me dejó hacerlo.

Robert se dirigió a Annie.

—Es mejor que nos vayamos.

—Robert… —dijo ella.

Él asintió pesaroso. Después, se acercó y la dio un beso en la mejilla.

—Luego te llamo —dijo Annie.

Robert llevó los ojos hacia mí y, en un susurro apenas perceptible, me dijo:

—Vamos. Es tarde.

No sé cómo conseguí que mis piernas reaccionaran. Pasé junto a Annie y también la besé. Ella me sonrió cálidamente y me acarició la espalda.

—Mañana hablamos —la dije.

Caminé hacia la puerta, donde Robert ya me esperaba. Abrió la hoja y me instó a salir primero. En el pasillo pude ver que había una única vivienda más al fondo. Por lo que Annie me había contado, supuse que sería el apartamento de Derek. La puerta estaba abierta. Pero de él no había ni rastro.

Paré frente al ascensor y lo abrí para pasar. Robert me siguió. Ya dentro, me centré en observarlo. Evitaba mirarme. Se había puesto una máscara sobre el rostro que trataba de aportar una imagen de tranquilidad. Pero esa vez, después de todo lo ocurrido, el embozo era insuficiente. La rigidez de su mandíbula, la tensión de su mirada, la severidad de sus labios; desprendían una imagen de dureza que hacían más que evidente su desconcierto. Estaba al límite.

Me aproximé y traté de que me escuchara.

—Robert… —Acaricié su brazo con mi mano en un movimiento ascendente. No se movió. La frialdad que le envolvía me hizo daño—. Coop y yo…

—Olivia. Hoy no. Te lo ruego.

Su tono de voz no marcaba enfado. Pero no me miraba. Lo intenté de nuevo.

—Si no te lo he dicho es porque…

—¡Hoy no! —siseó sin poder contener su rábia.

Me aparté de golpe y no volví a acercarme más.

Llegamos a la planta baja. Robert salió deprisa y sin esperar. Cruzó el pasillo de salida del edifico con una premura que me aturdió. Aceleré mis pasos para seguirlo. Cuando lo logré, él ya estaba bajando la escalera de piedra. Troté para alcanzarlo, pero me fue imposible. Llevaba un ritmo que no me permitía llegar a su altura. Le seguí unos cuantos metros más por la calle. Pero, finalmente, me planté. Podía entender que todo le estuviese sobrepasando, que se encontrase superado y abrumado, pero no iba a permitir que me tratase de esa forma.

Me paré en mitad de la calle y lo vi alejarse, perdido en sus demonios. Me obligué a que ninguna de mis emociones me encadenara y terminase doblegándome. Bajé la mirada y cuando la levanté, lo hice mirando en la otra dirección. Me dirigí despacio hacia la carretera y vi aproximarse un taxi. Levanté mi mano. El taxista paró a mi lado. Abrí la puerta y me dispuse a entrar en él. Escuché la voz de Robert llamarme a lo lejos. Pero para mí ya era tarde. Pasé dentro y le pedí al conductor que saliese rápido de allí. No miré por la ventanilla cuando cruzamos a su altura. Después, metí la mano en mi bolso, busqué mi móvil y lo apagué.

21
OLIVIA

Me desperté aturdida. El sonido de los bongos de los Rolling sonaba fuera de la habitación donde estaba dormida. Traté de moverme y me di cuenta de que había un cuerpo a mi lado. Me giré y vi a Kate. Me incorporé levemente y mi mente empezó a recordar retazos de la noche pasada.

Había llegado a casa destrozada. Me había encontrado a Kate en las mismas condiciones y frente al canal de noticias de la CNBC. Mark no estaba con ella. Ya se había metido en la cama hacía tiempo. Así que decidimos acompañar nuestro estado de ánimo con algo más. Al principio, todo empezó con el helado que había en el congelador. Después, le siguieron un par de cervezas de la nevera y unas fresas. Y, finalmente, para rematar todo aquello, Kate entró en la habitación de Mark y sacó de su armario una botella de whisky escocés que guardaba con devoción. Se trataba de un Macallan de 18 años que le había costado más de 300 $. Seguramente, los antepasados escoceses del señor Macallan se rasgaron las vestiduras en sus tumbas cuando vieron que mezclábamos su querido líquido con Pepsi. Estaba bueno. Pero, al detectar cierto toque de jengibre, yo no pude hacer otra cosa. Odiaba el jengibre.

Por lo que podía comprobar en esos momentos, terminamos yéndonos a su cama —antes la mía— con una borrachera de impresión. Lo que no entendía muy bien era por qué mi iPhone estaba sonando. Recordaba, perfectamente, que lo había apagado al entrar en el taxi que me trajo a casa.

Me levanté deprisa para ir a buscarlo. Pero, en ese intento, me caí al suelo de culo.

—¡Ay! ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —sonó Kate desde arriba.

La miré. Se había incorporado al sentir mi voz, pero ni siquiera había abierto los ojos. No me paré. Me incorporé y comprobé que solo estaba vestida con el jersey negro que había utilizado el día anterior y unas bragas. No sabía dónde habría acabado el resto de mi ropa. Suponía que toda estaría dentro de casa.

Salí de la habitación y troté por el pasillo hasta el salón. De allí venía el sonido de la melodía. Cogí el teléfono de encima de la mesa de centro y apagué el despertador. Eché entonces un vistazo a mi alrededor y comprobé cómo habíamos dejado todo. Me puse a recogerlo deprisa antes de que Mark se levantase y se diese cuenta de la juerga que nos habíamos montado sin él, pero a su costa. Y, aunque lo intenté, no pude alcanzar mi objetivo. Cuando escuché sus pasos por el pasillo, supe que estábamos perdidas.

—¡No! —sonó su voz detrás mía y con claros síntomas sorpresa.

Me di la vuelta.

—Puedo explicártelo…

—No me lo puedo creer —dijo pasando al salón y observando con ojos como platos los restos que campaban por todas partes.

—Mark, yo…

Y, entonces, la vio.

—¡¡Seréis zorras!! —Cogió la botella de Macallan entre sus manos, como si se tratase de un bebé mancillado—. ¿¡Cómo habéis podido bebérosla sin mí!?

—Es que estábamos muy ‘depres’.

Abrió mucho más los ojos y se agachó despacio hasta el suelo. Con cara de asco, recogió una lata de Pepsi.

—¿No habréis sido capaces, par de sacrílegas?

Me disculpé sin éxito.

—Tenía un toque a jengibre…

—¿Alguien quiere café? —se escuchó la voz de Kate desde la cocina.

—¡A mí ponme una tila! ¡Esta no os la perdono! ¡¡No os la perdono!!

Y se metió para el fondo de la casa con la botella de Macallan entre sus brazos.

—¿Qué le pasa? —preguntó Kate, asomándose por el vano que daba al salón.

—Pues que nos hemos bebido el whisky sin él.

—Estaba muy bueno. —Centré de nuevo mi atención sobre el móvil mientras lo desbloqueaba —. ¿Qué haces?

—No entiendo por qué ha sonado. Ayer lo apagué y no recuerdo haberlo encendido. —De pronto vi que tenía una docena de llamadas sobre el icono verde. Le pulsé y comprobé que todas eran de Robert. Lo sucedido el día anterior me estalló en la cara. Las abrí y no me sorprendió ver que las había hecho después de que me fuera en el taxi. Pero había algo más que hizo que mis piernas temblaran—. ¡Kate!

—Dime

—¿Llamé ayer a Robert?

—¿Cuándo?

—¡Ya sabes cuándo!

Salió de la cocina y vino hacia mí. Me cogió el móvil y miró el listado de llamadas.

—Pues aquí pone que lo hiciste a la 1:37.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Me llevé una mano a la boca.

—Y luego hay otra llamada de él a la 1:42.

La arranqué el teléfono de las manos. Abrí la aplicación de WhatsApp y vi que tenía varios mensajes de él leídos. Los repasé con rapidez junto a Kate. En los tres primeros me rogaba que respondiese a sus llamadas. Pero había un último mensaje, a la 1:43 de la madrugada, que hizo que me temblara todo el cuerpo.

Robert:

«Porque tú has sido la única mujer a la que he amado. Ahí está el problema. Descansa y no bebas más, por favor».

—¿¡Qué he hecho!?

—Pues, por lo visto, llamarle borracha de madrugada.

La miré con mala cara. No hacía falta que me explicase lo evidente.

—La he vuelto a cagar, pero bien. ¡Mierda!

Y salí corriendo hacia mi habitación.

*****

—No quiero entrar —lloriqueé frente a la puerta del hospital.

Había intentado mostrarme positiva antes de salir de casa. Pero ni siquiera pude concentrarme. Fui cogiendo prendas de mi armario sin prestar atención, aunque el resultado final evidenciaba mi estado de ánimo. Me vestí con unos vaqueros desgastados, una camiseta holgada gris, que metí por dentro del pantalón, unas Converse blancas y una casaca gris oscuro. Al ver mi imagen plomiza, colgué alrededor de mi cuello un foulard blanco y unos pendientes largos de color violeta. Alisé mi pelo a conciencia. Me miré al espejo y vi la imagen que reflejaba. Me gustaba, aunque tampoco me dio fuerzas para enfrentarme a lo que me esperaba.

Kate me rodeó la cintura con su brazo.

—¡Vamos! ¡No es para tanto!

—Tiene que estar cabreadísimo.

—Eso no lo sabes.

—Espero que os ponga en urgencias a tratar migrañas, mientras los pacientes os vomitan encima —dijo Mark con tono cortante.

Todavía estaba enfadado por lo del Macallan. Le ignoré y, empujada por Kate, comencé a dar pasitos hasta la escalera de acceso.

—¡Joder! Yo ya no sé cómo cagarla más.

—Tranquila. Seguro que no es para tanto. ¿Quién no se ha emborrachado alguna vez y ha llamado a su ‘ex’? No creo que se lo haya tomado a mal. Ya verás.

Pero, en el momento en que entré en la planta de Neurología, supe que no me iba a librar de una buena. Cuando enfilamos el pasillo hacia el vestuario, nos topamos de frente con Robert. Estaba en la puerta de su despacho, apoyado en el quicio, con los brazos cruzados y una cara de cabreo de impresión. No me hubiera sorprendido que nos hubiera estado esperando.

—¡Puff! —siseó Mark—. ¡Código rojo! ¡Código rojo! ¡Trae ropa oscura! ¡Trae ropa oscura!

A lo largo de todas esas semanas, habíamos elevado a tesis la idea que Kate elaboró en esos tres días en los que Robert se había vuelto un borde, egocéntrico y despiadado ser. Para ella, solo vestía colores oscuros cuando estaba cabreado. Si no lo estaba, los combinaba con tonos más claros. Y, en esos momentos, Robert destilaba demasiada opacidad. Vestía un pantalón de traje gris oscuro, a juego con la corbata y el chaleco, y una camisa negra. No se había puesto todavía la bata y, seguramente, había dejado en su despacho la chaqueta del traje. Y, aunque estaba buenísimo, aquello ya me puso sobre aviso.

Me atrapó la mirada nada más girar la esquina y me la mantuvo con severidad hasta que prácticamente estuvimos a su altura. Solo entonces la apartó para dirigirla a mis compañeros.

—Buenos días, doctores. ¿Todo bien?

—No —respondió Mark con su duelo particular—. Estas dos se han bebido mi botella de Macallan de 18 años.

Robert hizo un gesto de dolor con su rostro que consiguió activar mi zona más erógena. No entendía nada. Mi cuerpo iba por libre y respondía como le daba la gana frente a su atractivo, independientemente de que mi parte racional le gritase que no debía confiarse.

—Lo siento muchísimo.

—Tú, que tienes poder para ello, véngate por mí.

—¡Mark! —le regañó Kate.

—Dra. Laurance —comenzó Robert con un tono que, aunque amable, no presagiaba nada bueno—. Gracias por su sugerencia de ayer de madrugada, pero la respuesta es no.

Kate palideció. Intentó decir algo, pero no consiguió emitir ninguna palabra. Robert la sonrió tenso y, después, posó los ojos sobre mí. Borró la sonrisa de su rostro.

—Dra. Sullivan. —Intenté tragar, pero me fue imposible—. Si no le importa, me gustaría que hablásemos un momento.

—No puedo —respondí rápido—. Tengo que cambiarme, guardar las cosas en la taquilla y…

Me fue imposible seguir hablando. Robert me agarró de la cintura y me metió dentro de su despacho en dos segundos. Cerró la puerta con un portazo. Con su brazo aún rodeándome, me llevó contra el muro y apoyó su otra mano sobre la pared, a la altura de mi cabeza. Le tenía sobre mí. Elevé mis ojos hacia los suyos y noté las marcas de insomnio.

—Robert…

—Dime, Olivia.

No pude responder. Su aliento sobre mi boca me trastornó, hasta el punto de que activó como nunca mi deseo.

—Robert, yo…

—¿Sí?

No podía pensar con él tan cerca.

—Por favor, suéltame. Podría entrar alguien.

Cedió su agarre alrededor de mi cintura, pero mantuvo su mano junto a mi cabeza y su cuerpo prácticamente sobre el mío. Apenas nos separaban unos milímetros. Intenté tranquilizarme y calmar mis instintos. Toda mi piel reaccionaba a su contacto. Nuestras respiraciones se entremezclaban, activando mi deseo, y la profundidad de su mirada azul se me clavaba de manera imposible de ignorar.

Conseguí levantar mis manos y posarlas sobre su pecho. La electricidad que sentí en mis dedos me hizo flojear. Me obligué a mí misma a centrarme y, con delicadeza, lo insté a que se separase de mí. Él no se opuso y, despacio, se alejó unos centímetros. No fueron lo suficiente como para sentirme más calmada, pero al menos había una tímida distancia.

—En mi defensa diré que estaba muy borracha.

—Dime algo que no sepa —respondió molesto.

—Robert, no… No tengo ni idea de lo que te pude decir ayer. De hecho, ha sido esta mañana cuando me he dado cuenta de que te llamé de madrugada. —No respondió. Me siguió mirando con severidad. Tiré, entonces, del argumento más manido—. No entiendo por qué te pones así. ¿A ti no te ha pasado nunca?

—No.

La firmeza de su respuesta me dejó sin ganas de seguir por ese camino.

—Robert…

—El problema no está en que me llamases a la una y media de la madrugada, borracha e insultándome…

—¡Oh! ¡Dios!

—No. El problema fue que me echaste en cara todo, Olivia. Absolutamente todo; como si mi actitud de ayer hubiese ido encaminada única y exclusivamente a putearte. ¿No podías entender que el hecho de saber que habías estado casada podía afectarme? ¿Es tan difícil de entender?

—Robert, intenté contártelo…

—Y yo te pedí que no lo hicieras y que me dieses tiempo. Necesitaba tranquilizarme para tener una conversación de ese calado. Ayer no estaba en condiciones para poder abordarla. Y, en vez de concederme ese tiempo, te fuiste. Me dejaste tirado en mitad de la calle. Apagaste el teléfono. Ignoraste mis llamadas y mis mensajes. Y, más tarde, recibo tu llamada a esas horas, gritándome y diciéndome que no quieres saber nada de mí nunca más; que soy un capullo celoso que lo único que hago es complicarte la vida; que nunca conseguiré estar a la altura de ese tal Coop; y que él ha sido el único hombre en tu vida que ha demostrado quererte.

Enmudecí. No era posible que hubiese dicho todo aquello.

Vi la rabia entremezclarse con el dolor en sus ojos. Intenté llevar mi mano a su mejilla para calmar sus heridas. Pero me lo impidió. En el momento en que estaba a punto de rozarle, se impulsó hacia atrás con la mano que tenía apoyada contra la pared. Se giró y caminó hacia su mesa. Enredó los dedos entre su pelo y, sin mirarme, dijo:

—De verdad, Olivia, no sé… No sé qué puedo hacer. No… Ya no sé qué quieres de mí… Ya no lo sé… —Bajó sus manos, derrotado—. Creo que, por mucho que lo intentemos, nunca podremos volver a tener una relación normal. Nunca.

Sentí que mi corazón se quebraba al oír esas palabras. Pero ni siquiera entonces pude reaccionar. Me encontraba paralizada.

Robert no se giró. Enlazó sus manos, las apoyó sobre su nuca y elevó su mirada al techo. Percibí su tensión, su desasosiego, su angustia.

—Lo que dije ayer no era verdad…

—¡Qué más da! —respondió con voz grave.

—Estaba muy borracha.

—No, Olivia. —Se volvió y me miró con una sonrisa triste—. El problema es que en el pasado te hice tanto daño que es imposible que puedas perdonarme.

—Robert…

—Entre nosotros siempre habrá reproches por tu parte. Y yo seguiré consumiéndome en la culpa eternamente, hasta que termine acabando conmigo.

Avancé hacia él sin pensármelo. Necesitaba abrazarle, demostrarle lo importante que era para mí, convencerlo de que nunca podría amar a nadie como a él y tratar de curar el daño que le había hecho. Pero no me lo permitió. En el momento en que vio que me aproximaba, alzó su mano frente a mí y susurró:

—Por favor, Olivia, no me toques. Ahora, no.

No podía creer lo que me estaba diciendo. Hacía escasos minutos me tenía rodeada con su brazo. Hasta ese punto se había degradado nuestra relación.

—Robert, por favor…

—Olivia, no.

—Robert...

Pero, entonces, alguien llamó a la puerta de su despacho e, inmediatamente después, se abrió.

—¡Ey! ¡Evans! —Se trataba del Dr. Monroe— ¡Oh! Perdona. No sabía que estabas reunido.

Me giré despacio hacia él e intenté poner mi mejor sonrisa.

—Hola, Monroe.

—Lo siento. Ya vengo más tarde.

—No, pasa por favor. La Dra. Sullivan ya se iba.

No podía creérmelo. No me daba ninguna opción de resarcirme. Me había reprochado todo lo sucedido y, después, me echaba de su despacho de una manera velada pero tajante, y con una

conversación a medias. Leyó mi contrariedad y bajó su mirada.

—Gracias, Dra. Sullivan.

—No, gracias a usted, Dr. Evans.

No hubo censura en mi tono de voz. Lo que menos quería era levantar sospechas sobre lo que podía haber ocurrido ahí dentro. Me di la vuelta, dispuesta a salir de allí cuanto antes. Aguanté mi desconsuelo y, cuando pasé al lado del Dr. Monroe, volví a sonreírle.

Cerré la puerta y caminé unos pasos para alejarme de allí.

«¡Dios! ¿Qué he hecho? ¿Cómo demonios hemos llegado a esto?».

Había causado un daño irreparable que, difícilmente, iba a poder solventar. Entonces, todo vino de golpe. Sentí dificultad para respirar y mi corazón se desbocó. Las palpitaciones en mi pecho empezaron a dolerme. Intenté andar, pero me sentí inestable, mareada. Noté que perdía el control sobre mí misma. Apoyé una mano en la pared, tratando de serenarme, y empecé a respirar trabajosamente. Me estaba ahogando.

—¡Dra. Sullivan! ¿Se encuentra bien?

Levanté mi rostro buscando a O'Connell. No conseguía discernir dónde estaba exactamente. Todo me daba vueltas. Noté como me sujetaba por la cintura. Y, entonces, mis piernas flaquearon.

—¿Qué la ocurre?

—Creo… Creo que estoy teniendo una crisis de ansiedad.

—Doctora, agárrese a mí. Vamos a mi despacho.

No sé muy bien cómo llegué allí. Pero, instantes después, me encontraba sentada en el sofá que tenía dentro. El Dr. O'Connell me ayudó a quitarme la casaca, abrió las ventanas para que pudiese entrar el aire frío de la calle y comenzó a auscultarme. Mientras, yo sentía cada una de las pulsaciones de mi corazón como un tormento. Me golpeaban de una forma inhumana y a una velocidad preocupante. Mi respiración acelerada apenas llegaba a mis pulmones. Y mi consciencia no me dejaba anclarme a la realidad.

—Míreme, Olivia. —Lo hice—. Sí. Es una crisis de ansiedad. Intente respirar despacio, poco a poco. Voy a por unos tranquilizantes para que la ayuden. No se levante.

Salió del despacho y cerró la puerta. Me vi sola allí, con toda esa angustia que me ahogaba, que me laceraba fuertemente en mi cuerpo y en mi mente, y entonces, comencé a llorar desconsoladamente.

No tardó mucho en volver. Y, cuando lo hizo, yo aún no me había recuperado. Todo lo contrario. Estaba mucho más agitada. Se arrodilló a mi lado y me tendió dos pastillas.

—Ya sabe cómo va esto. —Sí, por desgracia lo sabía—. Debajo de la lengua. —Le obedecí sin rechistar—. ¿Quiere tumbarse? —Asentí—. Hágalo de lado, la ayudará para sentir menos sensación de ahogo. No se preocupe por nada. Yo me encargo de todo.

Me ayudó a tumbarme y yo me encogí sobre mí misma. No sé de dónde sacó una manta ligera y me la echó por encima. Cerré los ojos y traté de no pensar. Mi corazón seguía corriendo desbocado y mi respiración igual de hiperventilada. Pero, efectivamente, sabía cómo iba aquello. Lo había vivido años atrás y como consecuencia de la misma persona.

Escuché a O’Connell descolgar su teléfono de escritorio y tecletear. Abrí los ojos y le miré. Estaba observando la calle y con el teléfono en el oído. Esperó un poco y, de pronto, comenzó a hablar.

—Hola, Robert, ¿qué tal? ¿Todo bien?… ¡Ah! Salúdale de mi parte. Luego le veo. —Me levanté como pude. Tenía que salir de allí. Por nada del mundo quería que él supiese cómo estaba. Sin embargo, mis temores no se hicieron realidad—. Oye, mira, encárgate tú de los chicos. Voy a llegar más tarde… No, nada importante. Pero tengo que hacer obligatoriamente unas llamadas. —Se dio la vuelta y posó los ojos sobre mí. Al ver que me había incorporado, levantó una mano e hizo un movimiento, instándome a que me tumbase de nuevo—. Sí… Vale, os busco luego por ahí, sí… No, no te preocupes. Déjale en último lugar y así evita que esté presente para verlo… Sí… Muy bien. Gracias, Robert. Adiós, adiós.

Colgó y me miró. Una leve sonrisa matizó su rostro.

—Olivia, no se preocupe. Túmbese de nuevo y recupérese. Todo está bien.

—Gracias, Dr. O’Connell.

Me sentí abrumada por su consideración. Volví a tumbarme y me cubrí con la manta. Cerré los ojos. Las benzodiacepinas estaban empezando a hacer su efecto. Noté como mi respiración, poco a poco, se iba acompasando. Mi corazón, sin embargo, seguía su carrera particular. En cuanto a los temblores de las manos, sabía que me durarían todo el día.

O’Connell no me molestó. Se dedicó a hacer algo en su portátil. Poco a poco los efectos de la química se dejaron sentir en mi cuerpo y la calma que portaba la medicación empezó a correr por mis venas. Mi cerebro hizo el resto. Llevé a cabo un ejercicio mental que me sirvió muchas veces en el pasado para desviar mi mente y centrarme en otra cosa. Y, muy lentamente, mi corazón también se fue acompasando.

Había pasado en torno a media hora desde que había empezado todo aquello, cuando la melodía de mi iPhone empezó a sonar. Abrí los ojos y me incorporé deprisa para buscarlo.

—Doctora, —me regañó con mesura O’Connell—, déjelo que suene y céntrese en usted. Si no, ya sabe lo que puede pasar después, que se repite y se repite durante todo el día.

—Tengo que cogerlo. Es muy tarde. Seguramente, me estarán buscando.

Estaba convencida de que la llamada la estaban haciendo alguno de mis dos compañeros de piso. Cuando cogí el teléfono, lo confirmé al ver el nombre de Kate sobre la pantalla. Fui a descolgar, pero O’Connell se había levantado y venía hacia mí.

—Dígales que está conmigo, en mi despacho, ayudándome con una historia de un paciente antiguo.

Asentí y descolgué la llamada.

—Hola.

—¡Olivia! ¿Dónde estás? Estábamos preocupados. Robert está que echa humo.

—Estoy con el Dr. O’Connell.

—¿Con O’Connell?

—Sí.

No especifiqué más.

—Olivia, ¿estás bien?

—Sí. Oye, Kate, tengo que dejarte. Luego nos vemos.

—De acuerdo. Hasta luego.

Colgué deprisa. Levanté la mirada hacia O’Connell. Me miraba con calidez y con una templanza que me ayudó a sentirme más cómoda.

—Gracias, Dr. O’Connell.

—No tiene que agradecérmelo. Voy a ver dónde tengo el móvil… —dijo girándose y barriendo con su mirada el escritorio—. Imagino que el Dr. Evans me llamará ahora a mí.

Me puse en alerta. Pero no me dio tiempo a decir nada porque, como había previsto, su teléfono empezó a sonar. O’Connell alargó su brazo para cogerlo.

—¡Robert! … Sí, está conmigo. Necesitaba que me ayudase con una historia de un paciente antiguo… ¿No te lo he dicho? Pues, perdona… Sí, todo va bien… Sí… Sí… Muy bien. Nos vemos después. —Y colgó la llamada. Me miró y con una tranquilidad pasmosa, añadió—: Se preocupa. Es normal.

«Lo sabe».

Un torrente de inquietud recorrió de nuevo todo mi cuerpo. Bajé la mirada. Estaba a punto de derrumbarme. Sentí que O’Connell se aproximaba y, poco después, se sentó a mi lado.

—Olivia —me susurró. Levanté la mirada hacia sus ojos grises—. No se inquiete por nada.

Pero yo opinaba todo lo contrario.

—¿Cómo lo ha sabido? —conseguí preguntar.

—Él me lo ha contado.

Si hubiese tenido a Robert delante, le hubiese descargado toda mi ira sin contención.

—No debió habérselo dicho.

—No le culpe, Olivia.

—¿Quién más lo sabe?

—¡Nadie! —respondió con sorpresa—. Solo me lo contó a mí y porque no le quedó otra alternativa.

—Siempre hay otra alternativa.

—Olivia —dijo al tiempo que cogía mis manos temblorosas—. Su secreto está a salvo conmigo. Nadie va a saber nada aquí dentro. Quédese tranquila. La tengo mucha estima, doctora. Y Robert es como un hijo para mí. Nunca se me ocurriría hacer nada que pudiese perjudicarlos.

Pero para mí aquella situación no era justa. Robert nunca debería haber dicho nada a O’Connell sabiendo lo que eso podía perjudicarme. Me sentí furiosa y la ansiedad desapareció por completo. No había nada mejor para apartar el miedo que dejar brotar la ira contra un objetivo. Borré las lágrimas que caían por mi rostro por la rabia.

—Olivia, —volvió a llamarme O’Connell—, tranquilícese por favor. De verás, entiendo cómo se siente…

—No lo creo.

—Pasé por una situación parecida a la suya hace muchos años. Conozco, perfectamente, lo que está pensando ahora mismo. Pero, le repito, que no voy a contárselo a nadie. No quiero que ninguna persona utilice esa información para menoscabarles a ninguno de los dos.

—Gracias, Dr. O’Connell.

Sabía que estaba siendo sincero y que podía confiar en su palabra. En cuanto a Robert, me había demostrado que no le importaba nada lo que en el departamento pudiesen pensar de mí al airear nuestro pasado. Ese pensamiento me acompañó toda la mañana y solo ayudó a que mi malestar se incrementase.

Cuando todo pasó, O’Connell me llevó a la cafetería del hospital, me invitó a desayunar y me empezó a contar unos casos raros que había tenido a lo largo de su carrera. Habitualmente, me

encantaba estar con él. Tenía una forma de narrar las cosas que solía engancharme. Pero aquel día no lo consiguió. Sabía lo que estaba haciendo. Intentaba distraerme para que dejase atrás mi rabia cuando me volviese a encontrar con Robert. Fue imposible. Cuando nos reunimos con el resto del grupo y le vi, estuve a punto de perder el control allí mismo. Estaba tan encolerizada que ya no era capaz siquiera de esconder mi cabreo.

El Dr. O'Connell, consciente de todo aquello, me llevó con él, con Josh y con Neil toda la mañana. Comimos juntos debido a una complicación que hubo con un paciente. Y, cuando terminamos, O'Connell habló con Philippa para que me adelantase mi cita y, de este modo, evitarme de nuevo el encuentro con Robert.

Cuando terminé mi sesión de Fisioterapia, él mismo vino a buscarme y me dijo que podía irme a casa. Intenté que me dejase ir a las consultas, pero me dijo que lo mejor que podía hacer era acabar el día y descansar de una vez. No le contradije. Todavía era mi superior y, además, no me apetecía seguir allí. Así que fui a los vestuarios, me quité la bata, cogí mi bolso y la casaca, mandé un mensaje a Kate y volví a casa en metro.

Efectivamente, quizá eso era lo mejor que podía hacer.

22
ROBERT

Me sentía roto.

Hacía mucho tiempo que no padecía esa sensación de melancolía tan profunda, casi abisal. No había podido hablar con ella en todo el día después de la pelea que tuvimos en mi despacho. De nuevo, no la había dejado hablar, no había permitido que se explicase y todo había vuelto a quedar en suspenso entre nosotros. Pero esa vez nuestra relación había empeorado de manera demencial. Lo percibí antes de que ella saliera, y pude confirmarlo cuando llegó con O'Connell y volví a verla. Sus ojos reflejaban un odio que no había visto en mi vida. Ni siquiera lo había advertido en las semanas pasadas, a pesar de las desavenencias que habíamos tenido.

La busqué en la hora de la comida, pero no logré encontrarla. Kate y Mark me dijeron que todavía seguía con O'Connell debido a una complicación con un paciente. Esperé a la tarde en las consultas. Estaba decidido a llevármela conmigo si de ese modo podíamos volver a hablar. Pero no se presentó. O'Connell me dijo que Philippa la había adelantado la cita y que, después, la mandaría a casa.

—¿Qué está ocurriendo, Peter?

—Nada. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Ha pasado algo con Olivia esta mañana?

—No, Robert. Todo va bien.

No le creí. Sabía que estaba sucediendo algo. Desde que me había incorporado, mi mentor había optado por asumir una posición secundaria y darme a mí las riendas de todo el grupo. Nunca había impuesto sus decisiones ni había decidido la disposición de trabajo con los residentes. Me había dejado hacer en todo momento. Pero hoy se había llevado a Olivia por la mañana sin consultármelo. Y por la tarde había decidido mandarla antes a casa.

Así que cuando terminé ni siquiera la busqué. Sabía que ya no la encontraría allí. Me acerqué a los vestuarios para darles a Mark y a Kate la bolsa de viaje que Olivia se había dejado el día anterior en mi coche. Pregunté por ella, pero me dijeron que todavía no habían podido hablar. Tampoco les creí.

Salí del hospital bastante más temprano de lo habitual y llegué a mi casa con la aflicción sobre mis hombros. Dejé las cosas en la entrada y caminé hacia mi dormitorio. Comprobé apesadumbrado que Grazziella había cambiado las sábanas de la cama. Ya no olerían a ella y, entonces, sentí un vacío mayor carcomiéndome.

Necesitaba hablar con Olivia; debía hacerlo o me volvería loco. Fui hasta el salón y cogí mi móvil. La llamé, pero no descolgó. Me pasé así cerca de media hora y sin obtener respuesta. Empecé a preocuparme. Había algo en todo aquello que no encajaba. Así que llamé a Mark. Descolgó el teléfono al quinto tono.

—¡Hola!

—Mark, siento llamarte a estas horas…

—Es pronto. No te preocupes.

—Necesito hablar con Olivia.

—Está dormida.

Suspiré pesaroso.

—Mark, no me mientas. No quiere hablar conmigo, ¿verdad?

—Pues, evidentemente, no. Tiene el teléfono en silencio y yo te lo he cogido porque no dejaba de ver la lucecita de la pantalla cuando llamabas y ya me estabas empezando a recordar a Jason.

—Mark, por favor…

—Me la estoy jugando. Como sepa que estoy hablando contigo, me atranca la ventana y duermo fuera esta noche.

—¿Dónde estás?

—En la escalera de hierro. Le he dicho que eras Alfred.

—Mark, por favor, necesito que me escuche…

—Yo creo que ya te ha escuchado mucho por hoy, ¿no? Quizá deberías haberla dejado hablar tú a ella.

Respiré profundamente.

—Me hizo daño lo que me dijo ayer de madrugada.

—Ya me imagino. Y solo por eso te estoy cogiendo el teléfono. Olivia se pasó anoche. Me puedo imaginar cómo estarás. Pero, sinceramente, Robert la has cagado y mucho.

—Sí. Sé que debería haberla dejado explicarse…

—No, Robert. Olivia no está cabreada contigo por eso. Su enfado viene porque se ha enterado de que le contaste a O'Connell lo vuestro.

Palidecí. Aquello no me lo esperaba y el golpe asestó con dureza mi maltrecha estabilidad emocional.

—¡Dios! Por favor, Mark, necesito hablar con ella. Solo se lo dije porque él pensaba que yo podía perjudicarla. O'Connell creía que estaba seduciéndola…

—¡Joder! ¡Cómo te conoce! —y escuché como reía.

—Yo… Le expliqué que en realidad la amaba… O'Connell solo quería protegerla. Vino a pararme los pies y solo le aclaré que Olivia era mucho más para mí. Por eso le conté lo que había habido entre nosotros.

—A ver, tranquilízate y respira. —Me dio tiempo para que lo hiciera, pero me fue imposible —. Que yo te creo. Que a mí no me tienes que explicar nada. Pero entiéndela a ella.

Bajé la mirada y me llevé la mano a los ojos. Aquello no iba a poder solucionarlo con una simple disculpa. Olivia me había hecho partícipe de cómo la afectaba que pudiesen vincularla emocionalmente conmigo en el departamento. La fallé y ahora no sabía cómo iba a poder enmendarlo.

No podía más.

—Mark, voy para allá.

—¡Ah! ¡No, no, no! ¡Aquí no vengas! ¡No me jodas, Robert!

—Necesito verla…

—Pues la ves mañana.

—…y explicarle lo que ha pasado realmente.

—¡Que no! ¡Que no! Ella no quiere verte ahora. Y yo no te voy a abrir la puerta, aunque me dejes fuera de las operaciones pediátricas lo que me queda de programa.

—Sabes que nunca te haría eso.

—En realidad, no lo sé.

—¡Joder, Mark!

—Vale, venga. Confío en ti. Pero que no se te ocurra venir. Además, está que explota. Si te presentas ahora, es capaz de pedirle a Petya una TT-30.

—¿Qué? —No sabía de qué me estaba hablando—. ¿Y quién es Petya?

—Petya es nuestro vecino del primero. ¿No te hemos hablado de él? Muy majo. Trabaja para la mafia rusa. Tranquilo, Olivia no se lo tira. Tiene mujer y acaba de ser papá. —Me bloqueé. No supe qué decir ante toda esa información que tampoco sabía a cuento de qué venía—. Bueno, que no vengas, que paso de que tengáis una bronca a estas horas de la noche. Descansa y déjala descansar a ella.

—Necesito solucionarlo hoy.

—Es que no lo vas a solucionar, Robert. Teniendo en cuenta cómo está ella ahora mismo, lo único que puedes conseguir es empeorarlo. Vosotros dos tenéis muchas conversaciones pendientes y debéis ir cerrándolas. —Tenía razón en eso—. Espérate a mañana que estará más calmada. Además, será viernes. Tendréis todo el fin de semana para dedicároslo a vosotros.

—Habíamos quedado para cenar el sábado —dije con nostalgia.

—¿Qué mejor momento si no para solucionarlo?

—¡No puedo esperar hasta entonces!

—¡Joder! ¡Qué susceptible estás! ¡Ya lo sé, hombre! Habla con ella mañana para rebajar su cabreo y luego seguís quedando para poder solucionar todo lo que tenéis pendiente. Pero que no pase de este fin de semana. ¡No puedo aguantar tanto estrés!

Caminé hasta la terraza sopesando esa idea. No sabía si Olivia estaría por la labor. Pero debía intentarlo. Como había dicho Mark, no podíamos seguir dejando más conversaciones a medias. Nos estábamos haciendo demasiado daño.

De pronto me asaltó una idea.

—Mark.

—Dime.

—A ti Olivia te lo cuenta todo, ¿verdad?

—Casi todo. Por cierto, lo del beso de ayer, muy bonito.

Me estremecí solo con recordarlo. Podía sentir aún el sabor de sus labios, su cuerpo encajado perfectamente con el mío, la electricidad recorriendo cada rincón de mi cuerpo. Ahora solo me quedaba la nostalgia.

—Mark, ¿cómo se ha enterado Olivia de que O'Connell sabía lo que hubo entre nosotros? —Hubo un silencio que me presagió que había algo más en todo aquello—. ¿Mark?

—Sí, estoy aquí. Pero tienes que prometerme que no te vas a poner histérico ni vas a venir corriendo cuando te lo diga.

—Dime.

Mi tono de voz se agravó. Necesitaba respuestas ya.

—Cuando salió de tu despacho, después de discutir contigo, se empezó a encontrar mal…

—¿¡Qué la ha pasado!?

—¿Quieres esperarte, joder? ¡Tranquilízate! Olivia está bien. Pero ha sufrido una crisis de ansiedad.

Sentí la losa caer sobre mi conciencia. Yo era el responsable de aquello.

—¿Cómo está ahora? —mi voz era apenas un susurro.

—Está perfectamente. En parte, gracias al cabreo que tiene contigo. Cuando estaba en el pasillo y empezó todo, O'Connell la encontró y se la llevó a su despacho. Confirmó que era una crisis de ansiedad, le dio diazepam para que pasase y la dejó allí, descansando. El caso fue que,

hablando, Olivia sospechó que algo sabía. Le preguntó directamente y él le dijo que se lo habías contado tú.

Abrí la puerta de la terraza. Necesitaba algo de aire. La brisa de la noche me otorgó lo que buscaba, aunque no desapareció mi desasosiego.

—¿Y qué te ha dicho sobre ello?

—Me voy a ahorrar los insultos, la verdad, Robert. Aunque ha habido uno muy divertido… —Suspiré sonoramente mientras lo escuchaba reír—. ¡Vale! Mejor me los ahorro.

—¿Qué ha dicho, Mark?

Caminé hasta el muro de la terraza.

—Se siente traicionada porque dice que habló contigo de eso mismo esta semana.

—Sí. El día que operamos a Jake. Me dijo que no quería que en el departamento supiesen que teníamos una relación más allá de lo profesional. Pensaba que podría perjudicarla.

—Pues eso mismo. Y como te lo dijo, pues cree que a ti te importa poco o nada su bienestar allí dentro.

—¡Eso no es verdad! —siseé.

Me agarré al muro y miré hacia el exterior. Las luces de Manhattan lo inundaban todo, haciendo que la noche no fuese tan oscura. Pero yo apenas sentía esa luminosidad. Me encontraba perdido en un lóbrego caos sin encontrar la salida que me ayudase a llegar de nuevo a Olivia.

—A ver, que yo te entiendo. Que me imagino que cuando tú lo hiciste, en ningún momento quisiste perjudicarla.

—¡Claro que no!

—Pero ella no lo ve así, Robert. Y va a ser difícil que entienda por qué no tomaste otra alternativa.

—¿Y qué alternativa podría haber tomado?

—Pues haber mentido a O’Connell, por ejemplo. Haberle dicho que sí, que te la querías follar en cada uno de los armarios que había en los pasillos del hospital, pero que serías un niño bueno y la dejarías en paz. Le quedan días para jubilarse. O’Connell se hubiera quedado contento y Olivia también.

«¡Joder!».

Me di la vuelta y miré hacia el interior de mi casa. La recordé allí dentro. Sentí la angustia recorrer de nuevo todo mi cuerpo, embarrando mi mente, llevándome hacia el desasosiego más profundo, más inhumano, y del que difícilmente iba a poder salir. Sabía que, en esos momentos, la única ayuda para conseguir retomar mi vida solo me la podría dar Olivia. Ahora mismo no había nada más que me motivase para permanecer a flote. Nada más.

—¿Robert? ¿Estás ahí?

—Sí, Mark.

Mi voz era apenas un susurro que no tenía fuerzas para hacerse presente. Me sentía derrotado. Pero, sobre todo, tenía miedo de que nuestra relación se hubiese deteriorado hasta un punto de no retorno.

—Mark, no puedo perderla.

—Ya. Lo sé. Tranquilo. Todo se solucionará.

Pero mis esperanzas estaban cada vez más debilitadas. Me sentí desfallecer. Tuve que

agacharme y sentarme en el suelo.

—Mark, solo una cosa…

—¡Espera! ¡Espera un momento, Robert!

Escuché a través del auricular como Mark se corría algo. Entonces, una melodía se coló perfectamente a través del teléfono. Se trataba del estribillo de “Shout out to my ex”, de Little Mix.

—¡Oye! ¡Oye! —se escuchaba a Mark—¡Baja la música, Kate! ¡Joder! ¡Que cómo se despierte el bebé de Petya lo llevamos claro! ¡Olivia! ¡¡Olivia, bájate ahora mismo de la mesa que es de contrachapado!!

Me sonreí a mí mismo. Al menos ella había encontrado una manera de descargar su cabreo algo más placentera que la mía.

—Mark, escucha, voy a colgar.

—¡Alfred! —se escuchó a Kate gritar al teléfono—. ¡Vente un rato!

—¡Suelta mi teléfono, Kate! ¡Y baja la música!

Pero no le hicieron mucho caso. Escuché las voces de las dos cantando a gritos el estribillo de la canción. Comencé a reír mientras una lágrima se deslizaba por mi mejilla. La barrí deprisa con mis dedos. Oí de nuevo a Mark corriendo algo y se amortiguó el sonido de la canción. Me imaginé que habría salido de nuevo a la escalera exterior.

—¡Esto ya se está desmadrando! Como Brad y tú no solucionéis esto rápido, ya me podéis ir abriendo hueco en vuestras casas porque con estas dos yo no me quedo. ¡No me quedo!

—Tengo una habitación libre, si lo necesitas.

—No me tientes, que ya me ha dicho Olivia la pedazo terraza que tienes en ese ático de lujo.

Cambié de tema radicalmente.

—Oye, Mark, ¿cómo te encuentras?

Le escuché suspirar profundamente.

—Estoy bien. Jake está evolucionando bien. Así que, no voy a preocuparme por adelantado. Si mañana sigue todo correcto, este sábado saldré y me beberé el alcohol de todos los bares que se crucen en mi camino. Y el lunes, cuando le retiremos la sedación completamente, ya veré lo que se me viene encima.

Me sorprendió su manera de encarar el tema.

—Sabes que puedes contar conmigo.

—Ya has hecho mucho salvándole la vida. ¡Uy! ¡Ahora sí que te dejo! ¡Petya acaba de salir a la escalera! Adiós, Robert.

—Adiós.

Y colgué.

Me quedé un poco más allí sentado, con las piernas flexionadas y mis brazos reposando sobre las rodillas. Abrí la aplicación de WhatsApp y fui hasta el perfil de Olivia. Seguía sin leer mis mensajes. Pulsé sobre su imagen para agrandarla y centré mis ojos en ella. Observé con detenimiento todos sus rasgos, su piel clara, sus ojos tan luminosos, su pequeña nariz, sus maravillosos labios. La tristeza volvió a abrirse paso y trajo con ella a la nostalgia. De nuevo, el abatimiento volvió a clavar sus cuchillos en mi pecho. Sentí un dolor tan inhumano que estuve a punto de perder el control sobre mí mismo.

Cerré el teléfono y tiré el móvil más allá de mí. Sujeté la cabeza entre mis manos, enredé los dedos en mi pelo y traté de serenarme. Me dije a mí mismo que no estaba todo perdido. Todavía había una posibilidad de poder solucionarlo. Así que me centré en ese pensamiento. Pero me

quedó claro que debía empezar a cambiar algunas cosas de mi vida y, entre ellas, tenía que hacer prevalecer los deseos de Olivia con respecto a nuestro trato en el hospital. Era cierto lo que ella había dicho. Y O'Connell me lo había ratificado. Su posición era mucho más vulnerable que la mía. Por esa razón, debía protegerla. No creí que hubiese podido perjudicarla contándole lo nuestro a O'Connell. Pero, efectivamente, no la había respetado en sus necesidades. Debía hacer lo que estuviese en mi mano para que nuestra relación no hiciese levantar ninguna sospecha al resto de miembros. Debía hacerlo por ella.

23
OLIVIA

Sentía su respiración sobre mi cuello. Apenas me rozaba, pero eso no era obstáculo para que todas mis terminaciones nerviosas vibrasen con su cercanía. Elevé mi mano hasta su torso desnudo. Cuando mis dedos rozaron su piel, un torrente de electricidad me recorrió todo el cuerpo. Apoyé mi mano sobre su pectoral, duro y definido. Era maravilloso recorrerlo lentamente. Subí hacia su clavícula, acaricié sus rectos y firmes hombros. Busqué sus ojos y me encontré con su azul cristalino escondido tras el negro de sus pupilas. Seguí subiendo hasta rodear su cuello. Le insté a que bajase su rostro. Nuestros labios se unieron y se devoraron mutuamente.

—Te necesito dentro de mí —supliqué.

Sentí sus manos bajando por mi espalda hasta mi trasero y, después, me alzó en un impulso rápido. Sin dejar de besarme, me llevó hasta la pared más cercana. Su miembro, poderoso y totalmente erguido, se introdujo dentro de mí de una sola estocada. Llegó hasta lo más profundo de mi ser con rapidez, con dureza, invadiendo todo mi cuerpo y mi mente. Gemí. Gruñó. Comenzó a moverse de manera demencial. Y yo, totalmente expuesta, solamente podía dejarme llevar por sus embestidas. Una y otra vez, durante un largo tiempo que se me antojó eterno, pero, aun así, insuficiente. Quería más. Mucho más. De él lo quería todo.

—¡Robert! —dije, sabiendo lo que se avecinaba.

—Córrete para mí, pequeña.

Sentí el hormigueo previo invadiendo todo mi cuerpo. Mi clítoris, inflamado, empezó a retraerse. Totalmente empapada atesoré su polla en cada una de sus embestidas. Y exploté; exploté de manera demencial, sintiendo como mi mente enajenada perdía el control sobre sí misma y se sometía al placer. Los espasmos contrajeron todos los músculos de mi pelvis y una ola de deseo, a lo largo de mi abdomen, se desbordó al resto del cuerpo.

—¡Ah! —grité repetidas veces al compás del placer infinito que me acompañaba.

Escuché mi nombre envuelto en un gemido y después sentí su semilla llenándome entera.

—Olivia...

*****

—¡¡Olivia!! ¡¡Olivia!! ¡¡Despierta!! ¡¡Los móviles no han sonado!!

Abrí los ojos de golpe, desconcertada, confusa, pero aún jadeando. Me había vuelto a suceder. Robert se había vuelto a colar en mis sueños y en mi ropa interior que, en esos momentos, sentía levemente humedecida. Me incorporé de la cama y me mantuve allí sentada durante unos minutos. Estaba malhumorada a la par que excitada. Por mucho que quisiese, mi cerebro adormilado campaba a sus anchas en los sueños y me mostraba abiertamente lo que yo pretendía encubrir.

—¡¡Olivia!! —sonó esa vez la voz de Kate.

—¡Sí! ¡Ya os he oído!

La puerta se abrió de golpe.

—¿Qué haces ahí parada? ¡Vamos!

Estaba delante de mí, totalmente vestida, calzada, peinada y maquillada.

—Estás muy guapa —le dije.

Era verdad. Llevaba puesto un pantalón negro de pinzas y pierna ancha, junto con un jersey rojo sin mangas. Realzaba su estilizado cuerpo. Se había calzado unos zapatos negros, de punta redonda y tacón alto. Había dejado su pelo suelto y le había dado volumen en las puntas.

—He quedado con Brad para comer en la cafetería del hospital.

—¡Ah!

Ahora entendía el esmero en el atuendo.

—¡Vamos! ¡Venga! ¡Date prisa!

—Necesito una ducha.

—Mark está peinándose. Pasa al mío.

Cogí una toalla del armario y, con una parsimonia que a Kate la espantó, entré en el que había sido mi antiguo baño. Me di una ducha rápida y salí de nuevo hacia mi cuarto. Abrí el armario y busqué algo con lo que vestirme. Elegí un vestido de algodón, en color beige, de tirantes finos y tres volantes crochet en el bajo que quedaban justo sobre la rodilla. Por encima, me puse un jersey oversize, del mismo tono, en hilo lurex, manga larga en pico y cuello bastante generoso. Añadí al conjunto unas botas altas de antelina en color camel. Me peiné marcando las ondas de mi pelo. Finalmente, guardé todas mis cosas en un bolso de ante marrón, de tirante largo y con flecos.

Cuando salí por la puerta, camino de la cocina, me encontré de nuevo a Kate. Me miró de arriba a abajo y me dijo:

—No estás nada, pero que nada mal.

—Voy a tirarme a Nick —la expliqué.

—¡Vale! ¿Quieres café?

—¿Da tiempo?

—Mark está eligiendo pantalones.

—Entonces vale.

La seguí y dejé que ella lo preparase. Apoyada con un hombro en la puerta de la nevera, la dije:

—Necesito tener orgasmos de verdad.

—¿Los tienes de mentira?

—Necesito tener orgasmos con un hombre de verdad —especifiqué. Me tendió el café y bebí un poco. Estaba demasiado caliente—. He vuelto a soñar con Robert otra vez.

Kate empezó a reír.

—Yo es que no sé cómo lo haces. De verdad. Si yo tuviese orgasmos en mis sueños, me levantaría todos los días con una sonrisa de oreja a oreja.

—Si esos orgasmos los tuvieses con Brad, ya me dirías. —Volví a beber—. Cuando lleguemos, le voy a invitar a tomar algo después de que salgamos.

—¿A quién?

Me molestó que dudara.

—¡A Nick!

—¿Qué pasa con Nick? —preguntó Mark entrando por la puerta.

—Olivia se va a tirar a Nick.

Mark me miró boquiabierto.

—¿Qué? —inquirí molesta.

—Nada, nada.

Y empezó a prepararse su café.

—¿Me censuras?

—No se me ocurriría.

—¡Mark! —Pasó a mi lado, buscando la leche de la nevera. La echó en su taza y comenzó a beber—. Está bueno, está libre y le gusto. ¿Qué problema hay?

—¿Te gusta él a ti? —preguntó.

Y, sin dejar de mirarme, volvió a beber de su taza. No le contesté. Su pregunta había dado en la diana. Dejé mi taza en el mini lavavajillas y salí de la cocina hacia el salón. Comencé a buscar mi iPhone. Lo había dejado sobre la mesa de entrada. Pero alguien me lo había cambiado de lugar. Finalmente, lo encontré junto a la tele. La alarma se había extinguido hacía tiempo. Tampoco recordaba muy bien si la había programado bien. Había tenido demasiadas reprogramaciones en los últimos días. Dejé atrás ese pensamiento y volví a poner el volumen. Obvié las notificaciones que había en el aviso de llamada y en el WhatsApp, y lo guardé en el bolso.

—¿Nos vamos ya?

—Sí, ya termino.

Kate salió primero. Se puso una cazadora de cuero y se colgó su bolso. Mark recorrió el camino colocándose un jersey sobre su camisa. Tomó su bandolera y fue hasta la puerta para abrir. Salimos al descansillo. Kate cerró la puerta con llave y comenzamos a bajar la escalera.

—¿Metro, bus o taxi?

—Metro —respondió Mark —. Si no, no llegamos.

Cuando pasamos por el descansillo del primero, nos encontramos a Petya cerrando la puerta de su casa.

—Buenos días, Petya.

—Buenos días —respondió con su acento marcado —. ¿Al trabajo?

—Sí —respondió Mark mientras bajábamos la escalera tras el ruso—. ¿Tú también?

—Sí.

—Sales un poco pronto hoy, ¿no?

—Sí. Tengo un trabajo un poco lejos de aquí y he tenido que madrugar más.

Mark se dio la vuelta para mirarnos y, mientras bajaba, fue haciendo mímica emulando a un hombre colgado.

Llegamos al portal y Petya salió primero. Inmediatamente después se encendió el cigarrillo que llevaba pendiente de la boca. Mark fue a seguirle. Pero, sin saber por qué, se quedó clavado en la puerta. Me choqué contra su espalda.

—¡Mark!

Seguidamente, Petya emitió un sonoro silbido de aprobación. Mark se movió y pude salir tras él. Entonces, fue cuando lo vi.

Robert estaba frente al edificio. Había dejado su impresionante BMW mal aparcado delante del portal. Permanecía apoyado en su lateral, con un traje gris oscuro de dos piezas, una camisa blanca y una corbata verde. Tenía las manos metidas en los bolsillos y las piernas cruzadas. Enlazó mis ojos con rapidez y yo sentí la descarga de ese contacto. Después, barrió mi cuerpo con la mirada. Fue un gesto rápido, casi imperceptible, pero que sentí como si sus manos

acariciasen cada rincón de mi piel. Me estremecí. Estaba serio. Pero en sus ojos no había enojo. Más bien, se mantenían a la expectativa de mi reacción.

—Ahora vengo.

Caminé despacio hacia él. Apenas eran siete metros, pero en esa distancia pude comprobar su rostro agotado. Llegué a su altura.

—Hola —me dijo.

Y esbozó una mueca que intentó ser una sonrisa. Estaba nervioso. Podía percibirlo. Sin embargo, nada en su cuerpo lo hacía evidente.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte y hablar contigo. No quería abordarte en el hospital.

Su voz sonaba más grave de lo habitual, más susurrante, más comedida.

—¿Qué quieres?

—Que busquemos un momento y un lugar para poder hablar de todo sin que nada nos interrumpa, y sin que nos veamos obligados a dejar más conversaciones a medias. Necesito… —Paró, desvió sus ojos hacia un lado y respiró profundamente. Después, volvió a bajarlos hasta mí —. Creo que necesitamos cerrar ciertos temas para poder seguir adelante. —Tardé en responder y eso le generó una inquietud que se marcó en su rostro—. Por favor, Olivia.

Su súplica me estremeció y me quebró por dentro. Si no le había contestado, no era porque no quisiese, sino porque me encontraba conmocionada con todo lo que estaba pasando.

—Sí, claro… Sí —respondí nerviosa, aunque intenté mantener seriedad en mi tono—. ¿Qué habías pensado?

—Quería invitarte a pasar el fin de semana a casa.

«¿A casa?».

La forma en que la denominó me dejó abrumada. Yo no pertenecía a ella y, mucho menos, podía considerarla como algo mío.

—No. —Respondí tajante, pero tranquila—. No voy a ir a tu casa. Todavía tengo la reserva en el restaurante francés de la calle Spring. Podemos ir allí.

—Tenemos mucho de qué hablar para solo una cena.

No claudiqué.

—Abren hasta las doce. Tendremos tiempo de sobra para hablar de muchas cosas. —No le gustó mi idea. Lo supe al ver que desviaba su mirada. Pero, aun así, no puso objeción—. Adelantaré la reserva a las siete.

—De acuerdo —respondió cabizbajo—. Te pasaré a buscar a las seis y media.

—No. —Subió su rostro y me miró de nuevo contrariado—. Quedaremos allí.

No se opuso. Aunque no estaba de acuerdo, se contuvo y prefirió amoldarse a mis límites.

—¿Podré acompañarte después?

—No. Después, tú te irás a tu casa y yo me iré a la mía.

—Como quieras.

Desvió sus ojos a la lejanía. Había decidido ceder y no entrar en desavenencias conmigo. Pero yo sabía que esa actitud iba en contra de su naturaleza.

—Si es necesario seguir hablando, podemos quedar al día siguiente.

Asintió, pero ya no dijo nada más. Solo inspiró profundamente.

Le observé en silencio. No me gustaba verlo así, dócil, manejable, obediente, sumiso. Pero yo

ya no estaba por la labor de avenirme a sus deseos ni de llegar a acuerdos. Necesitaba protegerme.

—Debo irme. Llegamos un poco justos.

—Puedo llevaros…

—Gracias. Pero es mejor que no.

Me sonrió levemente. Era un gesto amable, aunque lleno de pesar. Saberlo, me quebró el corazón. Sentí una gran pesadez en el pecho. No quería hacerle daño. Sin embargo, le estaba causando un dolor irreparable.

—Nos vemos luego.

Asentí. Pero no se movió. Me miró a los ojos, suplicante, dolido, roto. Sentí que la angustia me ahogaba. Bajé la mirada. No podía seguir viéndolo así.

Noté su mano rozar mi cadera y levanté los ojos hacia él. Me miraba expectante, como esperando mi respuesta, como aguardando mi consentimiento. No me negué. Le necesitaba al igual que él a mí. Me rodeó despacio con su brazo, acariciando mi cintura. Se inclinó sobre mí. Cerré los ojos al percibir su aroma embriagándome, enajenándome, arrancándome de la frialdad y cubriéndome con su ardor. Dejé de respirar. Me dio un beso en la mejilla y se mantuvo allí unos segundos más de lo esperado, absorbiéndome por completo, fusionándome de nuevo a la espiral que nos unía inexorablemente. Después se separó. Lo hizo despacio, acariciándome de nuevo en su movimiento. Solo entonces, pude volver a respirar.

Dio la vuelta al coche y se montó. Me alejé dos pasos para verle a través de la ventanilla. Le observé mientras arrancaba el motor y se ponía el cinturón de seguridad. Antes de iniciar la marcha, llevó su mirada hacia mí. Me sonrió levemente a modo de despedida. Después, salió a la carretera.

Me quedé allí quieta, inmóvil, observando cómo se alejaba. Cuando llegó al cruce con Broome, giró y dejé de verlo. Solo entonces, mis piernas respondieron. Me di la vuelta. Vi a Kate y a Mark esperándome en la puerta. Sus caras de preocupación lo decían todo. Pero contrastaban con la enorme sonrisa que cruzaba el rostro de Petya. Cuando estaba llegando a su altura, el ruso soltó el humo de su cigarro y, con su marcado acento, me dijo:

—Este sí, Olivia.

—¡Oh! ¡Vamos! ¡Petya! ¡La única razón por la que te gusta es por el coche!

24
OLIVIA

No fue una mañana fácil para ninguno de los dos. Robert llegó acompañado de O'Connell. Este le estaba contando algo con mucho ánimo. Y, mientras caminaba a su lado, sonreía, sí; pero el gesto no le llegaba a los ojos. Se le veía agotado. Su mirada estaba apagada. Su luminosidad habitual se había perdido entre toneladas de cansancio y de pesadumbre. Su seguridad desbordante era solo un tímido reflejo de la habitual.

Estaba presente, pero se notaba a la legua que su mente estaba ausente. Y me lo confirmó el hecho de ver a O'Connell tomar las riendas. Estaba sucediendo lo que yo había temido, que nuestros conflictos le afectasen tanto que terminasen interfiriendo en su día a día. Y yo no quería eso. Por nada del mundo quería hacerle daño hasta el punto de desvirtuar su carrera. Nuestras desavenencias personales no debían acabar con tanto esfuerzo.

Lo peor de la mañana fue tener que estar alejada de él. O'Connell me incluyó en su grupo, junto a Sarah y a Neil. Aunque el día anterior hubiese deseado no volver a verle la cara en una temporada, lo cierto era que, en esos momentos, necesitaba estar a su lado y calmar su desasosiego para poder volver a ver a ese Robert que conseguía enamorarme.

—No ha estado mal —me contó Mark al mediodía.

Comíamos solos. Kate estaba sentada unas mesas más allá con Brad. Mi amiga había quedado con él allí porque no quería que la conversación se alargase ni que aquello pareciese una cita. Kate estaba intentando amoldarse a su nueva situación. Quería a Brad, pero necesitaba tiempo y, sobre todo, que las cosas fuesen más despacio. Y él la estaba dando lo que ella quería.

—¿Cómo le has notado?

—Pues, al principio, sí estaba un poco más apagado de lo habitual. Pero, después de que Josh metiese la pata dos veces, parece que se ha animado.

—¿Se ha pasado mucho con él?

—No, no. ¡Qué va! Le ha empezado a explicar y, a partir de ahí, pues ya se le ha visto disfrutar más. —Respiré ruidosamente. Todo esto me estaba empezando a sobrepasar—. Tranquilízate. Robert está como tú.

—No, no está como yo. Está mucho peor. Se le nota que lleva muchos días sin dormir y está muy agobiado. Yo, dentro de lo malo, he podido descansar estas dos noches.

—La primera, gracias a mi Macallan —me lanzó como un dardo.

—Sí. La primera, gracias a tu Macallan. —No se le iba a olvidar en la vida—. Y ayer, entre los tranquilizantes de la mañana y los de la noche, también caí profundamente. Eso me ayuda a tener más perspectiva. Pero él… ¡Oh! ¡Dios! ¡Mark! No sé si debería esperar hasta el sábado.

Mark giró despacio la cucharilla en su taza de café.

—Bueno, —dijo con una tranquilidad maquinada—, tampoco tienes mucho tiempo libre. Hoy ibas a quedar con Nick para tirártelo, ¿no?

Le miré cabreada y mi enfado creció mucho más al ver que no podía esconder una ligera sonrisilla.

—¡Como te odio!

—No, no lo creo.

Decidí cambiar de tema.

—¿Qué tal está Jake?

—Bien.

—¿Cuándo le vais a retirar la sedación?

—Empezarán este fin de semana y, si todo va bien, el lunes debería estar en plena consciencia.

—¿Estás nervioso?

—Un poco. —Llevé mi mano sobre la de Mark—. Sé con lo que me voy a encontrar, Olivia. No es el primer paciente que veo tras la sedación de una craneotomía. Me quedaré ese día. Aunque ya veremos cómo reacciona Jake… No sé. Estoy un poco agobiado con su respuesta. Ya sabes... —Asentí—. Pero, además, estoy preocupado porque Robert se va el jueves por la tarde.

Esa información me cogió por sorpresa.

—¿A dónde?

—A ver a su novia italiana. ¿No lo sabías? —Le saqué la lengua—. ¡Al congreso de Toronto, boba! ¿No te acuerdas del día que nos lo dijo? —Recordaba que nos lo había comentado hacía muchas semanas, pero con todo lo que había pasado, no me había dado cuenta de que esa fecha estaba ya encima—. No vuelve hasta el sábado por la tarde, para la fiesta de despedida de O'Connell. Y son muchos días. No sé, Olivia… Es verdad que aquí hay otros profesionales, pero preferiría que estuviese él.

Entendía, perfectamente, a mi amigo.

—Bueno, tranquilo, tienes a O'Connell.

—No es lo mismo.

No quise agobiarle más.

—No tiene por qué pasar nada, Mark. La evolución de Jake es muy buena...

—Quiero hablar de otra cosa, por favor.

Obedecí sin rechistar.

—¿Cuándo crees que Kate se volverá a acostar con Brad?

—¿Apostamos? ¡Espera! Voy a sacar un papel y un boli para apuntarlo.

—¡No! Si lo ve y nos pilla, acaba con nosotros.

Empezamos a reír sin contención. Pero mi risa se apagó de golpe. Percibí su fragancia mucho antes de verlo. Me giré buscándolo y lo vi pasar a pocos metros de mí, junto a O'Connell y la Dra. MacKallister. Hacía mucho tiempo que no la veía a ella. Contactó conmigo unos días después de ir a su consulta para pedirme de nuevo el contacto de Cooper porque no lograba recordar dónde lo había apuntado. Desde entonces, no había sabido más de ella.

Eso me recordó que tenía pendiente esa llamada. Calculé la diferencia horaria.

—Mark, ¿te importa quedarte un rato solo? Tengo que llamar por teléfono.

—No, tranquila. Aquí me quedo.

—Te veo luego, en el control de enfermería.

No tenía ni idea de lo que íbamos a hacer. Al ser viernes, no sabía si Robert me iba a pedir ayuda con las historias médicas. Llevaba tanto tiempo sin estar con ellas que ignoraba si las había terminado ya el solo. Sin embargo, Mark me sacó de esa incertidumbre.

—Robert me ha dicho que nos han preparado un juego.

—¿Un juego?

—No tengo ni idea de qué va, pero el que gane, va a participar en una operación interesante. No me ha dicho nada más.

—Si Robert dice que es una operación interesante, será vascular y pediátrica.

—Pues eso, interesante.

—Hay vida más allá.

—Sí, pero no es tan divertida.

Pensé que quizá esa era la razón por la que MacKallister estaba allí. Eché un vistazo hacia la barra, donde estaban esperando, y me fijé en ella. Era preciosa. Tan alta, tan estilizada… Su pelo era como una cascada de fuego sedosa. Su sonrisa, amplia y natural, era una maravilla de la naturaleza. Desvié mis ojos hacia Robert y vi que me estaba mirando. Enseguida los retiró y volvió a centrarse en la conversación que mantenían. Yo me estremecí con ese leve contacto. Ladeé mi rostro y me di la vuelta hacia Mark.

—Nos vemos más tarde.

Me levanté cargada con mi bandeja. Caminé hacía una cesta para poder dejarla y después me dirigí a la salida de la cafetería. Centré mi atención en la pantalla del móvil. La desbloqueé y abrí la agenda buscando el contacto de Cooper. Pero, entonces, una voz conocida me llamó la atención.

—¡Olivia!

Levanté mi vista.

—¡Annie! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien —mentí—. ¿Y con Derek?

—Todo bien, cariño. Ya te dije, cuando me escribiste, que es un niño malo que solo quiere llamar la atención.

—¿Vienes a ver a Robert?

—Sí.

—Está allí, en la barra.

Annie llevó los ojos hacia donde la indicaba.

—¿Quién es la pelirroja?

Me sentí incómoda. Parecía que Annie leía mis temores.

—Es la Dra. MacKallister, de Pediatría.

—Mmm. Me había hablado de ella, pero nunca me la imaginé tan…

—Espectacular —terminé yo.

Annie empezó a reír y me acarició el brazo en un gesto cariñoso.

—¿Están reunidos?

—No lo sé, la verdad. No podría decirte.

Annie levantó su mano, en señal de saludo y sonrió. Llevé mis ojos hacia allí y vi que Robert la hacía un gesto para que se acercase.

—Voy para allá, Olivia. ¿Vienes?

—No. Tengo que hacer una llamada. Ya nos vemos otro día.

—De acuerdo. ¡Ah! Solo una cosa. —La miré expectante. No podía intuir lo que iba a decirme, pero cuando su rostro se tornó serio, me temí lo peor—. Espero que no vuelvas a llamar a mi primo de madrugada para soltarle lo que le dijiste. Si no, nuestra relación empezará a no ser tan buena. ¿De acuerdo?

El móvil estuvo a punto de caérseme de las manos. No pude siquiera responder. No podía objetarla nada. Era la primera vez que Annie me hablaba de esa manera y aquello me turbó tanto que tuve la necesidad de irme deprisa sin darle ninguna explicación; sin hacerla ver lo

arrepentida que estaba por haber hecho aquello; de lo culpable que me sentía por haber causado a Robert tanto dolor.

—No se me ocurriría, Annie. Adiós.

Ni siquiera escuché su despedida. Aceleré el paso todo lo que pude. No subí a la planta. Tomé el pasillo principal del hospital a toda prisa. Y, cuando salí a la calle, me di cuenta de lo agitada que estaba. Me sentía humillada. Ya era suficiente con tener que lidiar con Robert, echándome en cara lo que hice, y asumir las consecuencias de aquella estupidez; sino que también Annie venía a advertirme como la chica mala de instituto que era.

Me aparté de la avenida principal y de su ruido ensordecedor, y tomé la Haven Avenue. Caminé hacia el Instituto de Posgrado. Solo entonces llamé a Cooper. A esa hora ya debía haber salido de trabajar. No tardó mucho en descolgar.

—¡Hola, Olivia!

Se escuchaba mucho ruido de fondo.

—Hola, Coop. ¿Te cojo en buen momento?

—Siempre es un buen momento para hablar con mi 'ex' favorita. ¿Cómo estás? El otro día me dejaste muy preocupado. —Intenté hablar, pero un nudo en la garganta me lo impedía. Respiré profundamente y me senté en el césped plantado en esa zona—. Olivia, ¿estás bien?

—No, no estoy bien.

—Espera un momento. —Y oí cómo el ruido de fondo se amortiguaba. Después de unos segundos, desapareció por completo—. Ya está. Ahí dentro no podía escucharte.

—¿Te he jorobado algún plan?

—¡No! ¡Qué va, cariño! Solo estaba tomando una cerveza con mis compañeros. Cuéntame, ¿qué está ocurriendo?

No sabía por dónde empezar.

—¿Recuerdas que te conté lo que me pasó en Stanford y la razón por la que salí de allí para Inglaterra?

—Sí.

—Pues «la razón» va a ser mi médico responsable en unos días.

—Shit!

*****

Caminé deprisa por los pasillos hasta alcanzar el ascensor. La conversación con Copper, se había alargado demasiado. Y ni siquiera le había contado un tercio de lo que había sucedido en todas esas semanas. Quedamos en que volveríamos a hablar al día siguiente.

Cuando llegué a la planta de Neurología, salí y respiré tranquila al ver que todavía no se habían ido. Neil y Josh estaban apartados y echando un vistazo a un vídeo en el móvil del primero. De O'Connell no había ni rastro. Sarah hablaba por teléfono, también alejada. Y, frente al control de enfermería, la Dra. MacKallister y Robert conversaban tranquilamente con Brad y con Kate. Imaginé que el 'ex' de mi amiga habría subido a saludar antes de irse.

Me acerqué hasta Mark que estaba sentado en una silla cerca del pasillo de las consultas.

—¿Qué hacen?

—Pues yo creo que están esperando a algún fotógrafo de la 'New York Fashion Week'. Entre los cuatro hacen un buen elenco. Ellas como Ángeles de Victoria y ellos para la portada del Men's Health.

—Tú también eres muy guapo.

—Tú y yo somos guapos, Olivia. Pero ellos juegan en otra liga. Asumámoslo. ¿Dónde has estado?

Pero no respondí porque, en ese momento, vi como Brad se acercaba hasta nosotros. Mark y yo nos levantamos y esperamos a que llegase a nuestra altura.

—Hola —nos dijo.

Y se acercó a abrazarnos como siempre solía hacer. Mark le recibió con cierta rigidez. Yo, por el contrario, le estreché con cariño. No había podido verle después de lo que había sucedido y quería demostrarle que, a pesar de todo, no albergaba rencor alguno. Kate era mi amiga. Pero Brad también y no debía menospreciar el dolor que estaba sintiendo él en esos momentos.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien, todo bien. Solo he venido a saludar a Lisa y a Robert. Hacía tiempo que no los veía. Y vosotros, ¿qué tal?

—Bien —respondí con voz calmada.

No era el momento de contarle que me encontraba al borde de un precipicio y que cada día estaba más cerca de caerme.

—Bueno, tengo que irme o llegaré tarde. ¡Qué os vaya bien!

—A ti también, Brad —respondí.

Se acercó y nos dimos un beso de despedida. Lo intentó con Mark, pero él no se lo permitió esa vez. Contrariado, se alejó de nosotros. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, reprendí a mi compañero.

—Eres un borde.

—Y tú una estirada.

Brad volvió hasta donde estaban Robert, Kate y MacKallister. A él le dio la mano. Después, se acercó a Kate y la besó en la mejilla. Se despidió y con él se fue la pediatra. Robert le dijo algo a Kate y, después, desapareció al fondo del pasillo, hacia su despacho.

Nos acercamos a ella. Pero, antes de que pudiésemos abordarla, la voz de Sarah sonó a nuestra espalda.

—Vaya, Kate. Te lo tenías muy callado, ¿no?

Kate la miró con los ojos rasgados.

—¿Qué ocurre, Sarah?

—No sabía que tu chico era un pediatra tan importante.

Kate suspiró, desvió la mirada hacia un lado y trató de calmarse, aunque sin éxito.

—En primer lugar, no es mi chico.

—¡Ah! ¿No?

—Ya no. Y, en segundo lugar, ¿qué insinúas con eso?

A esas alturas, Neil y Josh se habían acercado también a ver lo que sucedía. Pero si Kate pensaba que Sarah se iba a amilanar, estaba muy equivocada.

—Pues que no me extraña que tengas tan encandilado a Evans.

Kate bufó y después me miró a mí con cansancio. Yo traté de frenar su inminente explosión. La hice un gesto sutil para que lo dejase pasar y no entrase en ese juego. Pero Kate tenía muchas ganas a Sarah desde hacía tiempo.

—¿Encandilado? ¿Tengo a Evans encandilado? No entiendes nada, Parker.

Sarah se envalentonó y dio un paso hacia ella, con la cabeza erguida y los brazos cruzados.

—Explícame, ¿qué es lo que no entiendo?

—Quizá, de todos los que estamos aquí, tú eres la que no deberías dedicarte a levantar sospechas sobre tus compañeros.

—¿Qué quieres decirme con eso, Laurence?

—Sabes, perfectamente, lo que quiero decir.

—Pues, vamos, dilo. No te cortes. No tengo nada que ocultar.

—Por supuesto que no tienes nada que ocultar —siguió Kate, cada vez más desbocada—. Si lo ocultases, seguramente, no hubieses llegado dónde estás ahora.

—Creo que deberíais dejarlo —dije para intentar mediar.

—¡Cállate, Olivia! —me espetó Parker.

—¿Por qué tiene que callarse?

Sarah palideció. Nos giramos ante aquella demanda. Robert estaba detrás nuestra, a punto de llegar a nuestra altura. Se aproximaba con O'Connell sin que nos hubiésemos dado cuenta. Sin embargo, no hubo intento de excusa por parte de ella. Simplemente, le recibió con una sonrisa en su rostro. Robert no la devolvió el gesto. Me miró intranquilo, como evaluando hasta qué punto era necesario que interviniese. Le respondí negando con un leve movimiento de cabeza.

Lo dejó pasar. Pero, aun así, se mostró cabreado cuando empezó a contarnos la dinámica que íbamos a seguir en las horas que nos quedaban. Era normal. Nos comportábamos como críos.

Robert nos explicó que habían preparado una sala de la planta con seis casos de pacientes. En ellos teníamos las pruebas y los informes con los síntomas de entrada en el hospital. Eran todos casos de urgencia. Y debíamos resolver el diagnóstico en el menor tiempo posible. Aquel que consiguiese resolver el mayor número de casos, participaría en una operación bastante especial. Y no; no me había equivocado. Se trataba de una cirugía vascular a un paciente pediátrico. Joey, el niño diagnosticado por Moya-Moya el primer día que me reencontré con Robert, iba a someterse finalmente a esa intervención. Había empezado a haber muestras de bajo flujo sanguíneo en el cerebro y era necesaria cirugía de revascularización.

Robert estaba explicando la operación, que se iba a llevar a cabo en pocos días, y el nivel de intervención de aquel que ganase el juego. Pero, de pronto, mi 'busca' empezó a pitar. No entendía por qué lo hacía. Todos los neurocirujanos estaban en planta. Lo lógico hubiese sido que les requiriesen a ellos desde urgencias y que, después, ellos nos derivasen a nosotros, si lo creían necesario.

No fui la única que pensó eso mismo. Hice un barrido con la mirada, mientras sacaba el aparatito chillón, y comprobé que todos me miraban expectantes. Leí la pantalla y, entonces, todo se vino abajo. Mis ojos volvieron a releer el mensaje tratando de que aquello no fuera cierto. Pero no. No había ningún error.

—Olivia… —escuché su voz llamándome.

Levanté mi rostro hacia él.

—Mi padre está en urgencias.

25
OLIVIA

No recuerdo muy bien lo que pasó a continuación. Cuando lo rememoro, me veo moviéndome deprisa hacia la escalera y bajándola sin ni siquiera atender a los escalones. Aquella tarde corrí por los pasillos como no lo había hecho nunca. Cuando llegué a la entrada de urgencias, desemboqué por ella con la premura que generaba el espoleo del miedo.

—¿Dónde está Thomas Sullivan?

—Hola, doctora. Un momento. Voy a ver que tenemos en la base de datos.

Fueron segundos. Ni siquiera llegó a un minuto. Pero el tiempo de espera se me asimiló a una sima impuesta en mitad de mi búsqueda.

—Está en el box 3 de 'Trauma'.

—¿'Trauma'?

—Sí, doctora.

Giré sobre mis pasos y enfilé el pasillo hacia esa dirección. En el tiempo que tardé en llegar, mi mente se detuvo y fui incapaz de pensar en nada. Todo desapareció. Solo estaba mi padre en mi punto de mira.

Entré en la sala de Traumatología. Era una estancia amplia que tenía al fondo un pequeño control de enfermería tras una cristalera y se dividía en seis boxes separados por cortinas. Miré a un lado y a otro, intentando descifrar cuál era el número 3, pero no había indicaciones. Algunos estaban abiertos, pero no veía en ellos a mi padre. Sentí una mano a mi espalda. Me giré y vi a una enfermera.

—Dra. Sullivan, allí.

Y me señaló uno de los boxes.

—Gracias.

Caminé deprisa hasta el fondo de la sala y, cuando llegué, descorrí la cortina. Vi a mi padre sentado sobre la cama, con su pierna izquierda inflamada y amoratada a la altura de la tibia. Mientras, la derecha colgaba del colchón y la balanceaba levemente de manera juguetona. También tenía un pequeño moratón en el mentón. Pero nada más. A su lado, mi madre permanecía sentada sobre un taburete y con una tranquilidad medida.

—¡Papá!

—¡Hola, cariño! —dijo con tono cantarín.

No sabía cómo podía mantenerse así de sonriente. Sin duda, tenía alguna fractura en la pierna izquierda y debía dolerle horrores. Pero, como era costumbre, hacía gala de su fortaleza y no mermaba su sonrisa.

Mi padre no era un hombre vigoroso. Era de estatura media, con un leve sobrepeso y las canas de su pelo le otorgaban una imagen de madurez avanzada. Era tranquilo, afable y reposado. Sin duda, su actividad como escritor le había dado una visión de la vida mucho más serena y analítica de la que poseíamos los demás. Pero, a pesar de ello, era una de las personas más fuertes que conocía. Poseía un control mental de sus emociones que hacía que difícilmente perdiese los nervios o cayese en pensamientos dañinos. Y, en esos momentos, mientras me

miraba con su más que evidente pierna rota, hacía gala de todo ello.

Por supuesto, yo no había heredado esa capacidad. Yo me parecía más a mi madre, tanto física como emocionalmente. Teníamos el mismo pelo, la misma fisonomía, los mismos ojos y, por supuesto, el mismo carácter. Ella, sentada a su lado, se mantenía sonriente, pero tenía los ojos verdes cargados de preocupación.

Me tiré a los brazos de mi padre.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que me he caído cuando bajaba del avión.

—Pero... Es que no lo entiendo. ¿Qué hacéis en Nueva York?

—Queríamos darte una sorpresa, cariño —dijo mi madre mientras nos abrazábamos.

—Desde luego, me la habéis dado —dije sonriendo. Y, mirando a mi padre, pregunté—: ¿Te han hecho ya alguna radiografía?

—Sí. Por lo visto tengo una fractura en la tibia. Pero es limpia y no necesitaré intervención. No hemos querido que te llamasen antes para no molestarte. Preferíamos tener el diagnóstico. Me han dicho que tendré que estar unos cuantos días con escayola o… No sé qué ha dicho la doctora de una bota…

—Una bota Walker, papá.

—Eso es, cariño.

—¡Olivia! —me demandó mi madre. Su tono no era sosegado—. ¿¡Qué te ha pasado!?

Vi como llevaba sus manos a mi cuello y entonces reparé en mis marcas.

—Tranquilos. No os preocupéis. Está todo bien. Pero hace unos días sufrí la agresión de un paciente.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo mi madre, al tiempo que me acariciaba la cara.

—No ha sido nada, de verdad.

—¿Por qué no nos lo has dicho? —me regañó mi padre.

—Porque no pasó nada grave y no quería preocuparos.

—Olivia, no nos digas que no pasó nada grave —insistió mi madre—. Esto son marcas de estrangulamiento.

—Mamá, de verdad, no te preocupes. No ha sido nada. Yo no lo he dado importancia. No se la deis vosotros, por favor.

Mis padres callaron, pero se miraron entre ellos, poniendo en común un millón de pensamientos.

Cambié de tema.

—Explicadme porque no lo entiendo. Mamá, me dijiste que el lunes debías estar en Oxford, en un congreso, y que viajaríais desde Los Ángeles.

—Sí, pero como no íbamos a poder estar el miércoles en tu cumpleaños, decidimos cambiar el vuelo y salir desde Nueva York. Así podríamos estar contigo el fin de semana. —Y, con una sonrisa tensa, elevó los brazos y dijo—: ¡Sorpresa!

Comencé a reír y me abracé a ella.

—Gracias, mamá. —Teniendo en cuenta las circunstancias y el esfuerzo que habían hecho para venir a verme, decidí no cuestionar su decisión—. ¿Dónde estáis alojados?

—Bueno, todavía no hemos hecho ni el check-in. Tenemos las maletas aquí detrás. Pero estamos en el Courtyard Marriott, al lado de Central Park, en la 54 con Broadway.

—Creí que os habríais alojado en el Soho. Ya que veníais a verme… —dije con una malicia fingida.

—Venimos a Nueva York, cariño —me la devolvió mi padre con ironía.

—Ya me imaginaba que yo era la excusa. ¿Y vas a viajar a Inglaterra con esa fractura?

—Claro, cariño. Acaso lo dudabas. Yo no pierdo la oportunidad de viajar por nada del mundo.

Aquello era cierto. Mi padre tenía alma de Willy Fog. Y, teniendo en cuenta los Congresos a los que solía asistir mi madre, todavía incluso después de estar jubilada, mi padre aprovechaba para acompañarla y perderse por las calles de la ciudad donde estuviesen. Oxford le gustaba especialmente y ya llevaban varios años sin volver.

—¿Habéis comido algo?

—Sí —me respondió mi madre—. Tu apellido nos ha otorgado dos estupendos sándwiches y dos refrescos.

—No soy tan importante, mamá. Solo habréis dado con alguien amable. ¿Queréis algo más? Puedo acercarme a la cafetería…

—No, Olivia, no te preocupes.

En ese momento, la cortina del box se corrió. Me giré pensando que sería la doctora que estaba tratando a mi padre. Pero no. El destino me tenía otorgada otra opción que yo no habría elegido por nada del mundo.

—Hola. —Robert pasó dentro de ese escaso espacio, sonriente, seguro de sí mismo, altivo, guapísimo. Apareció haciendo gala de la mejor versión de sí mismo. No quedaba nada del Robert de esa mañana. Mis padres lo miraron con cierta confusión—. ¿Qué tal están? Soy Robert, un compañero de Olivia. Venía a ver si todo iba bien.

—¡Hola, Robert! Soy Tom, el padre de Olivia.

Era imposible que mi padre no fuera amable con nadie. Robert le estrechó la mano. Después, se la tendió a mi madre.

—Beverly —dijo ella presentándose.

Yo era incapaz de emitir ningún sonido por mi boca. En lo único en lo que pensaba era que si mis padres llegaban a saber quién era él en realidad, se iba a liar.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

Me lo preguntó a mí, pero yo seguía muda. Así que mi padre le empezó a explicar que había salido del avión y que, no sabía cómo, había tropezado y se había caído. Le narró el camino en ambulancia al hospital. Debido a que yo trabajaba en el John Knox, había pedido que los llevasen ahí. Y que no habían querido que me avisasen antes hasta saber si debían operar la fractura o no.

—No queríamos alarmarla sin motivo.

—Es normal. Han hecho bien. Cuando la han llamado, nos hemos quedado preocupados. En el mensaje solo decía que lo habían ingresado en urgencias, pero nada más. Por eso he bajado. —Y posó los ojos sobre mí con tal intensidad que no pude evitar temblar. Él también se dio cuenta, por supuesto. Nada de lo concerniente a mí le pasaba desapercibido. Me sonrió con calidez y, después, desvió la atención sobre mis padres—. ¿Necesitan algo? ¿Un sándwich? ¿Agua?

—No, gracias, Robert. Nos han dado de comer —respondió mi madre con una amabilidad extrema y una sonrisa enorme.

Imaginé que, cuando se fuese Robert, tendría que recoger sus bragas.

—Entonces, no les molestó más. Olivia, —Y apoyó su mano levemente sobre mi brazo. Sentí un estremecimiento por todo mi cuerpo que se incrementó con esa mirada profunda con la que me absorbía—, no es necesario que subas. Quédate con ellos y, cuando llegue tu hora de salida, vete.

—Pero… —No volvió a repetirse. Solo negó levemente con su cabeza—. Gracias —susurré.

Aparté mi cara de su intensa mirada. Él retiró su mano acariciándome levemente. Me crucé de brazos y di un paso atrás. Me sentía incapaz de soportar el ardor que me generaba su contacto. Llevé los ojos hacia mis padres y lo que vi me llenó de espanto. Ambos nos miraban con sus cabezas ladeadas y una sonrisa lánguida sobre sus labios.

«¡Mierda!».

—Encantado de conocerles. Espero que se recupere pronto, Sr. Sullivan.

—Gracias, Robert.

—Sra. Sullivan, ha sido un placer.

Noqueó a mi madre con su sonrisa, hasta el punto de que, por primera vez en mi vida, vi que la habían dejado sin habla.

—Adiós, Robert —le dije intentando echarle de una vez por todas.

O se iba pronto de allí, o mis padres también terminarían enamorándose de él.

—Adiós.

Salió del box y cerró de nuevo las cortinas. Contrariada, me senté en la cama junto a la pierna fracturada de mi padre. Elevé los ojos hacia ellos y, de nuevo, esa estúpida mirada cruzaba sus rostros.

Bufé.

—No nos has hablado nunca de él, ¿verdad?

—No lo sé, mamá.

—No. No recuerdo que me hayas mencionado nunca a ningún Robert. Y la verdad, cariño, no sé muy bien por qué —me miró risueña.

Sabía, perfectamente, por dónde iba.

—Lleva poco más de dos meses trabajando aquí.

—Olivia, hablamos todas las semanas y siempre te pregunto qué hay de nuevo. Me resulta extraño que no me hayas comentado nada sobre la nueva incorporación.

«Si te lo hubiese contado, te habrías presentado en Nueva York ese mismo día para encaramarte a su espalda y sacarle los ojos».

—No sé, mamá.

—Parece buen chico —dijo mi padre.

—Sí —fue mi tímida respuesta.

Bajé los ojos. Aquello me costó digerirlo. Mis padres no lo habían pasado bien durante los meses posteriores a mi llegada a Oxford. Pero, lo que me sucedió, dejó especialmente abatido a mi padre. De hecho, dejó de escribir durante una larga temporada. Fue la única vez en mi vida que le vi flaquear. Y eso me marcó y me hizo asumir un sentimiento de culpa que no me correspondía en absoluto.

Ese recuerdo me dejó apesadumbrada y mis padres lo notaron enseguida.

—¿Qué ocurre, Olivia?

Traté de sonreír.

—Que es viernes y ya me pesa la semana. Estoy agotada. Voy a buscar a tu doctora a ver si podemos adelantar tu salida, papá.

Di un beso en la mejilla a mi padre y otro a mi madre, y salí de allí.

Sin embargo, no conseguí mi propósito de acelerar el alta de mi padre. Hasta cuatro horas después no pudimos salir del hospital. La doctora que le había atendido tuvo que entrar en quirófano y, hasta que no terminó su intervención, no pudo firmar el alta de mi padre. Aun así, pude aprovechar ese tiempo. Me cambié y recogí todas mis cosas. Mensajeé a Kate y a Mark, y les expliqué lo sucedido. Les dije que acompañaría a mis padres al hotel y que, después de cenar con ellos, iría para casa. Conseguí comprar unas muletas para que mi padre pudiese apoyarse y no sobrecargara el pie con la bota Walker. Además, les llevé dos smoothies de fresa y plátano de la cafetería.

Cuando salimos a la calle, nos lo tomamos con tranquilidad. Conseguí que me prestasen una silla de ruedas para recorrer el mayor tramo hasta la avenida Fort Washington. Los dejé allí con las maletas y volví a devolver la silla. Después, esperamos pacientemente a conseguir un taxi libre. Pero debido a que era hora punta, la caza se volvió imposible.

Media hora más tarde seguíamos en ello. Mi padre estaba dolorido, mi madre, agobiada, y yo, desesperada. No sabía qué hacer. Era imposible conseguir algo alternativo para llegar al hotel sin que eso perjudicase la pierna de mi padre. Y las empresas de transporte con conductor la única opción que me daban era para más de una hora.

Cuando ya estaba a punto de decirles que volviésemos dentro, un impresionante BMW paró delante de nosotros.

26
OLIVIA

La ventanilla del asiento del copiloto bajó y Robert se acercó a ella con su preciosa sonrisa.

—¿Les llevo a algún lado?

—¡Robert! —gritó mi padre entusiasmado.

Miré al cielo contrariada. Después del día que estaba teniendo, no era posible que el destino quisiese putearme más. Mi orgullo, siempre irracional, trató de decirle que no hacía falta. Pero mi madre se adelantó, echando a un lado a mi falta de cordura.

—Sí, por favor, Robert. No conseguimos coger un taxi.

Fue lo que él necesitaba para ponerse en marcha. A pesar del lío que se estaba formando en aquel carril por su parada, no le importó. Salió del vehículo con tranquilidad y con una seguridad contundente, y vino directamente hacia mí. En esos pocos metros, me miró de manera penetrante, sin tregua, invadiéndome hasta lo más profundo y saqueando toda mi capacidad de negativa. Cuando llegó a mi altura, ladeó levemente su cabeza y esperó mi respuesta.

No hubo palabras. No hacían falta.

Me sentí abrumada. Desvié mis ojos y cedí. Se acercó un poco más para coger las maletas que yo sujetaba y, después, me acarició con cada sílaba de su voz.

—Sube al coche, Olivia.

Obedecí sin rechistar. Moví el asiento del copiloto y pasé dentro. Mi madre me siguió y se sentó a mi lado. Robert guardó las maletas y, después, ayudó a mi padre a colocarse junto a él.

Cuando se ajustó el cinturón de seguridad, me miró a través del espejo retrovisor. Irrumpió, de nuevo, sobre mí, mientras escuchaba a mi padre indicarle el hotel donde tenían la reserva. Su mirada era tan sugestiva que tuve que obligarme a romper de nuevo ese magnetismo que me maniataba a su voluntad.

—Olivia, —me llamó y no me quedó más remedio que volver a mirarlo—, abróchate el cinturón.

Estaba tan perturbada que no me había dado cuenta de hacerlo. Cuando terminé de ponérmelo, se incorporó al tráfico.

—Espero que no hayas tenido que cambiar tus planes por esto —le comenzó a decir mi padre.

—No se preocupe, Sr. Sullivan.

—Llámame Tom, por favor.

Robert le dedicó una media sonrisa.

—A mí también llámame por mi nombre, Robert —añadió mi madre.

No supe dónde meterme.

—Gracias, Beverly. Pero no os preocupéis. Solo volvía a casa. No tenía ningún plan para hoy.

—¿Dejas los planes para los sábados?

«¿Qué estás haciendo, papá?».

—Depende de las guardias. La vida de médico es muy sacrificada. Ya lo sabéis por Olivia. Muchas veces no tienes fines de semana, ni fiestas, ni Acción de Gracias, ni Navidad… Tienes que adaptar tu vida a los horarios.

—Y si vives con alguien más, pueden surgir problemas, ¿verdad?

«¡Jolín, mamá! ¿Tú también?».

—No es mi caso. Vivo solo. Pero sí. Conciliar este tipo de vida es muy difícil, sobre todo si la otra persona no se dedica a lo mismo.

—Siempre es más fácil con alguien que comparte tus mismos intereses —coincidió mi padre.

—Sí, es mucho más fácil.

Traté de fusionarme en el asiento. Pero me fue imposible. Robert me volvió a enganchar a su azul cristalino. Entonces, recé para que desparecieran todos los atascos de Manhattan y pudiésemos llegar al hotel en el menor tiempo posible. Pero los veinte minutos de trayecto que hubiese supuesto ir sin tráfico, se triplicaron. Había habido varias colisiones por cercanía y la curiosidad de los conductores lo complicó todo mucho más. Así que, después de una hora allí dentro, yo ya no sabía dónde meterme. Por el contrario, Robert estaba de lo más cómodo. De vez en cuanto, me miraba a través del espejo retrovisor y me lanzaba una suave sonrisa. Sabía perfectamente lo azorada que me encontraba con dos padres que habían decidido, desde ese mismo día, que Robert sería la mejor elección para su hija.

Durante todo ese tiempo, mis padres charlaron con Robert apaciblemente. Aunque, bueno, charlar, charlaron poco. Se dedicaron a someterle a un Tercer Grado sobre su vida. Y Robert, con su serenidad habitual, se dedicó a contestar sin ningún matiz de incomodidad en sus respuestas. Les contó que había empezado a trabajar en el hospital hacía dos meses, aunque no les dijo en qué puesto. Hablaron de los otros hospitales donde había estado trabajando. Le preguntaron su edad. Y cuando se lo dijo, le felicitaron por sus éxitos profesionales siendo tan joven. Se recrearon en la conversación cuando Robert les comentó que había estado algún tiempo en Berlín y en Toronto. Ahí salió la vena viajera de mi padre, que acaparó por un rato la charla. Hablaron de la comida alemana, de sus platos favoritos, y de las diferencias culinarias entre Europa y Estados Unidos. Mi madre defendió la comida mediterránea. Robert y mi padre congeniaron en decantarse por otras opciones más grasientas. Aquello me sorprendió. Había visto su nevera y no tenía nada que ver con lo que afirmaba en esos momentos.

—Los atascos de Manhattan son terribles —susurró Robert al cabo de un rato.

Se notaba que estaba agotado.

—Afortunadamente, vamos contigo. No quiero imaginar qué hubiese sido de nosotros si estuviésemos ahora en un taxi.

—¡Tom! No seas exagerado.

—Es cierto, Beverly. Cruzar Manhattan en estas condiciones no sería igual de agradable si no fuésemos con Robert.

—Gracias, Tom.

—Me encanta tu coche —siguió diciendo mi padre, cada vez más prendado.

—Es un buen coche. No está mal.

—¡Oh! ¡Vamos, hijo! ¡Es una maravilla!

«¿¡¡HI-JO!!?».

Mis ojos se abrieron como platos. Después de aquello, no me hubiese importado bajarme del coche en marcha. Pero, para conseguirlo, hubiera que tenido que romper la diminuta ventana que tenía a mi lado. Los deportivos son muy bonitos, pero poco prácticos para ciertos menesteres, como el que me acuciaba en esos momentos.

—Es cómodo y se maneja muy bien.

—Viajar en este coche por carretera debe ser toda una experiencia salvaje.

—Sí, en realidad es la mejor descripción que se puede hacer de él. Responde muy bien a todo lo que le pides.

—¿Cuál es su tiempo de aceleración?

Me desenganché de la conversación. No me interesaba volver a escuchar las maravillas que tenía este coche. Ya las había tenido que aguantar cuando Mark montó en él. Mi compañero de piso se había enamorado y era incapaz de resistirse a hablar de las virtudes de esa Bestia de la Carretera, como lo llamaba.

Miré por la ventana. Nos quedaba poco tramo por recorrer. Robert ya había tomado la 54 Oeste. Así que mi pesadilla terminaría pronto.

—Olivia, —me susurró mi madre a mi lado—, ¿qué te ocurre?

—Nada, mamá. Solo estoy cansada.

No me creyó y lo supe cuando colocó su mano sobre la mía. Me agarré a ella, como si fuese mi faro, y me sentí mal por tener que estar ocultándoles la verdad sobre Robert.

—Mamá, ¿qué tenéis pensado hacer?

—Tengo bastante hambre, cariño. Así que, en cuanto hagamos el check-in, preferiría que cenásemos en el restaurante del hotel. Para tu padre será lo mejor.

—De acuerdo.

A mí tampoco me apetecía caminar por Manhattan, un viernes por la tarde, para buscar un restaurante en esas condiciones.

—¡Es ahí! —escuché a mi padre.

Desvié los ojos hacia Robert y observé que miraba tenso por los espejos de vehículo. Había mucho tráfico en la zona. La sensación era caótica y asfixiante.

—No voy a poder para aquí —musitó—. Voy a llevar el coche al parking del hotel.

—Creo que está a la vuelta del edificio.

Mi sueño de una despedida rápida, bajo la excusa del tráfico, se esfumó por completo. Robert terminó metiendo el coche en el aparcamiento del hotel. Cuando apagó el motor, había pasado una hora y cuarto desde que nos había recogido en el hospital. Noté como expulsaba el aire despacio e intentaba despejar su cansancio. Me incorporé en mi asiento para acercarme a él. Puse mi mano sobre su hombro y le susurré:

—Gracias, Robert.

Giró su rostro levemente hacia mí y me mantuvo unos instantes la mirada. Pero mi padre abrió la puerta del copiloto y, afortunadamente, rompió ese momento.

—Espera, Tom.

Robert salió del vehículo y movió su asiento para que yo pudiese salir por ese mismo lado. Me tendió su mano para ayudarme. No la rechacé. La cogí y sentí la electricidad habitual que me invadía cuando lo tocaba. Cuando estuve fuera, acarició mi costado en un movimiento demasiado natural. Todos esos gestos iban a acabar conmigo.

Después, se alejó hacia la otra puerta para ayudar a mi padre. Me perdí observando cómo le echaba una mano para salir y un pensamiento me atizó con dureza. Lo aparté de golpe. Me generaba demasiado dolor pensar en qué hubiese sucedido si lo nuestro hubiese funcionado. Sin embargo, mi rostro mostró, inconscientemente, todo ese daño.

—¿Qué te pasa, Olivia? —dijo mi madre, saliendo por el lado donde me encontraba—. ¿Te duele algo, cariño?

«El corazón. Y me duele tanto que creo que terminaré desfalleciendo si sigo así».

—La espalda, mamá.

—¿Quieres algo para calmar el dolor?

Miré a Robert que también me estaba observando.

«Le quiero a él».

—No, gracias.

Le seguí contemplando durante el tiempo que tardó en bajar las maletas y cerrar el coche. Después, se acercó con ellas hasta mí, me tendió una y me instó a que camináse mos, tocando suavemente mi espalda. Giré mi rostro hacia él y enlacé nuestras miradas. Ansiaba un mayor contacto que sus dedos rozándome con sutileza. Buscaba su piel, añoraba sus labios. Mi cuerpo lo quería en esos momentos.

No sé si advirtió mis intenciones, o si leyó mi deseo desbocado, pero optó por apartarse y adelantarme. Se puso a la altura de mis padres, que ya se habían encaminado hacia los ascensores.

Mientras estábamos esperando, mi padre lanzó una de sus maravillosas ideas al tablero de juego.

—Robert, déjanos que te invitemos a cenar.

—No, Tom —respondió sonriendo y bajando la mirada hasta el suelo—. Habéis venido para estar con Olivia.

—Y estamos con ella —añadió mi madre—. Pero también podemos estar contigo.

Sabía, perfectamente, que estaba rechazando la invitación solo por no incomodarme. Así que tomé la iniciativa.

—Tal y como está Manhattan, vas a tardar más en llegar tu casa que en cenar con nosotros. —

Comenzó a reír—. Quédate. Seguramente, cuando hayamos terminado, el tráfico estará mejor.

—¿Vives cerca, Robert? —preguntó mi madre.

—En la 79 Este.

—Mmm. Muy buena zona.

Robert rasgó su sonrisa.

—¿Te quedas a cenar, entonces? —insistí.

Robert bajó su mirada hacia mí y me la mantuvo unos segundos. Todo mi cuerpo vibró con esos ojos azules posados sobre los míos.

—Sabes que sí, Olivia.

—¡Genial! —canturreó mi madre.

*****

Finalmente, no cenamos en el hotel. Mi padre se empecinó en que lo hiciésemos en el local que había enfrente, 'The Three Monkeys', un típico bar neoyorquino con cerveza de importación, nachos, alitas, hamburguesas y muchas patatas fritas. De fondo, música de Snow Patrol y un partido de baloncesto en directo.

Nos dieron una mesa al fondo del local con dos sillas a cada lado. Mis padres se sentaron juntos. Y, como no, yo lo hice junto a Robert.

—Está muy bien este sitio. ¿Lo conocías, cariño?

—No, papá.

—¿Y tú, Robert?

—Sí. Unos amigos viven muy cerca y hemos venido varias veces a ver algún partido de baloncesto.

—¿Te gusta el baloncesto?

—¡Me encanta!

—¿De qué equipo eres?

—De los Knicks.

—¡Claro! ¡Cómo no! —siguió mi padre—. Siendo de Nueva York, no podía ser de otro modo.

—No, papá. Robert no es neoyorkino.

—Soy de Boston.

—¿De Boston? —preguntó sorprendida mi madre.

—Sí, pero me trasladé a Nueva York a vivir para hacer la residencia.

—¿Estudiaste también aquí Medicina?

—No —respondió y se movió inquieto en su asiento. Pasó su brazo por encima de mi respaldo y me miró. Aquel era un tema complicado, vetado. Percibí la tensión de su mandíbula y sus ojos clavados en los míos. Duró milésimas de segundos, pero en ellos entendí que no quería mentir. Y yo no lo impedí—. La carrera la hice en Stanford, en la sede de California.

—¡Stanford! —dijo mi padre con entusiasmo. A mi madre se le había matizado la sonrisa. Desvió la mirada hacia mí—. Olivia también estudió allí el pregrado y el primer año de Medicina.

Noté la rigidez de Robert a mi lado.

—Sí, lo sé. Nos conocemos de entonces. —Respiré profundamente cuando mi padre llevó su mirada sobre la mía. Robert siguió explicándoles—: Olivia y yo nos conocimos en su primer curso. Después, perdimos el contacto cuando ella se fue a Oxford. Y no nos hemos vuelto a ver hasta ahora.

Mi madre ya no sonreía. Pero todavía se mantenía expectante a la espera de más información. Aun así, los engranajes de su cerebro ya habían empezado a trabajar. Mi padre, por el contrario, todavía no había elucubrado nada. Solo dirigió sus ojos hacia mí y, con ternura, posó su mano sobre la mía. No pude controlar el dolor que me sacudió por ese gesto.

—Ya ha pasado mucho tiempo desde entonces —sentenció mi padre. Y zanjó el tema—. Tardan mucho en atender, ¿no? Tengo ganas de probar una de esas cervezas de importación que tienen en la carta…

Mientras seguía hablando, Robert me acarició discretamente la espalda. Me estremecí. Él lo percibió y apartó su mano.

—Tom, no puedes tomar alcohol con la medicación que te han recetado.

—Tampoco es para tanto. Son solo unos analgésicos.

—Me da igual. No vas a beber.

—Pero es que quiero probar una de esas cervezas —gimoteó mi padre sin mucho éxito.

—Ya está bien, Tom. Compórtate como un adulto. Al menos, delante de tu hija.

—Bueno, Beverly, te pides tú una y me das un poquito.

—No, cariño, hoy no voy a beber. —Y me miró directamente—. Hoy no puedo beber. Olivia, cariño, ¿me puedes acompañar al baño?

Sabía lo que me tocaba. Mi madre acababa de atar todos los hilos. Me levanté pesarosa. Noté los ojos de Robert clavados sobre mí, pero no lo miré. No quería que descubriera lo que yo me temía.

Caminé tras ella hacia los baños. Mi madre apuntalaba el suelo con sus tacones y yo la seguía, arrastrando mis botas como un condenado a muerte. Abrió la puerta de los lavabos y me dejó pasar primero. Suspiré para intentar alcanzar algo de calma, mientras ella confirmaba que estábamos solas. Después, se giró y me miró directamente.

—¿Es él?

—Mamá…

—Solo dime si es quien yo creo que es. —Desvié la mirada. No necesitó más confirmación—. ¡Olivia! ¡Por Dios! ¿Qué estás haciendo?

Sentí la angustia crecer en mi interior.

—No estoy haciendo nada, mamá. Robert es mi médico responsable.

—Pensé que lo era O’Connell…

—Y lo era, sí. Pero se jubila en una semana. El hospital sacó su plaza y le contrataron a él. No puedo hacer nada. Absolutamente nada. Solo terminar el programa y nada más.

Mi madre se quitó las gafas y llevó su mano sobre su boca. Se movió nerviosa de un lado a otro. Y yo, de pronto, me fui ocho años atrás.

—Mamá…—se me quebró la voz.

Vino hacia mí y me abrazó. Me dejé vencer.

—Tranquila, cariño.

Me acarició el pelo, mientras yo me rompía por todo lo pasado y por ese maldito presente. Me sostuvo entre sus brazos durante mucho tiempo. Cuando empecé a calmarme, se separó un poco de mí, cogió mi cara entre sus manos y me besó en la frente.

—Olivia, cariño, por favor. Dime que no estás con él.

—No, mamá. No estamos juntos. —Me guardé en un rincón todas las caricias, todos los besos, todos los abrazos y todo el placer que sentí cuando le tuve de nuevo dentro—. No va a pasar nada. Confía en mí.

—Confío en ti, cariño. Pero… ¡Oh! ¡Dios! Le he visto a él y... ¡Hasta yo me lo tiraría!

—¡Mamá!

Me volvió a abrazar.

—He visto cómo te mira, cómo te toca, cómo te escucha cuando hablas… No parece tu compañero de trabajo, sino tu pareja.

—Solo es cariño por el pasado. No es nada más.

Se separó de nuevo y me volvió a mirar directamente a los ojos.

—Olivia, no puedo decirte lo que debes hacer con tu vida. Pero, por favor, recuerda lo que pasó.

—Lo recuerdo cada día, mamá —dije amargamente—. Cada día. Por favor, no le digas nada a papá. No soportaría verle de nuevo sufrir por mi culpa.

—Tranquila, cariño.

Pero no estaba convencida de que fuera a cumplir su palabra. Sabía que no le diría nada mientras estuviesen en Nueva York. Pero, después, no podía asegurarlo. No la culpaba. Su relación exigía ese tipo de fidelidades. Y la sinceridad era algo que mi madre valoraba por encima de todo.

Estuvimos un tiempo más allí mientras a mí se me pasaba el desasosiego. Mi madre no me volvió a importunar. Se mantuvo a mi lado, en silencio, circundando mi cintura con su brazo y apoyando la cabeza sobre mi hombro. Pasados unos minutos, decidí que era hora de salir de aquel lugar.

—Es mejor que volvamos.

—¿Estás segura?

—Sí, mamá.

Eché una última ojeada a mi rostro y comprobé con desánimo que se notaba claramente que había llorado. Abrí el grifo del agua y me lavé la cara. La sequé y rogué que la oscuridad del local se tornase como mi aliada. Lo que menos quería era que mi padre terminase preocupándose por mi culpa.

Caminamos de nuevo hacia la sala, esa vez juntas y hablando. Mi madre me preguntó por Kate y por Mark. Le conté la vuelta de Kate a casa, aunque, obviamente, eludí explicarle las razones.

Cuando llegamos a la mesa, miré a mi padre que nos recibió con una sonrisa y un tercio de cerveza en su mano derecha.

—¡Papá! ¡No puedes beber! —Me dirigí a Robert con enfado—. ¿No podrías haberle dicho algo? Eres médico.

—No me atrevería.

Me senté a su lado mientras mi madre lo hacía junto a mi padre y le sermoneaba. Robert volvió a colocar su brazo sobre el respaldo de mi asiento y se inclinó hacia mí.

—Tu padre ha pedido por vosotras. Tardabais mucho y empezaba a impacientarse.

—Ya me imagino.

Desvié mi atención hacia la mesa y vi una botella de agua. La cogí y empecé a servirme. Noté sus ojos sobre mí, penetrando en cada rincón de mi mente y percatándose de todo.

—¿Te encuentras bien? —me susurró.

Lo hizo muy cerca, hasta el punto de que mi piel reaccionó inevitablemente. Iba a responder. Pero, entonces, Robert dio un respingo. Contrariado, miró a mi madre.

—¡Uy! ¡Perdona! ¿Te he dado una patada? Lo siento, Robert. Pensé que era la pata de la mesa.

Robert la sonrió nervioso y yo no supe dónde meterme.

27
OLIVIA

El resto de la cena transcurrió de manera distendida. Mi madre no volvió a pegar a Robert por debajo de la mesa, y todo fluyó de manera natural y sin sobresaltos. En esa ocasión, Robert tomó la iniciativa y se interesó por mis padres. Primero, preguntó a mi madre por su trabajo como profesora de Literatura. Al principio, ella estaba muy reacia a hablar con él. Sin embargo, terminó cediendo ante su indudable encanto, su insistente paciencia y su amabilidad.

Cuando llegó el turno de mi padre, noté que Robert mostraba un especial interés. Le preguntó por sus novelas. Pero mi padre le confesó su secreto, que en realidad escribía bajo seudónimo. Le explicó sus razones. Y, a partir de ese momento, los intentos de Robert se centraron en averiguar quién era realmente en el mundo de la Literatura. Sin embargo, mi padre ya había pasado varias veces por la misma situación y no claudicó ante Robert. Y, aunque probó de todas las maneras posibles, no consiguió averiguarlo.

—Dime al menos en qué género de novela escribes —escuché que le suplicaba, mientras cruzábamos las puertas de entrada al hotel—. Solo eso. Yo ya me encargaré de averiguar el resto.

—¡Ay! ¡Robert! Lo siento, pero no.

—¿Por qué?

—Porque no. Ya te lo he dicho. Quiero seguir paseando con tranquilidad por la calle de cualquier país.

—Eso quiere decir que vendes a nivel internacional, ¿verdad? —Mi padre solo sonrió—. ¡Oh! ¡Dios! ¡Eres un superventas! —Desvió los ojos hacia mi madre—. Beverly, ayúdame.

—No —respondió ella con rotundidad.

—Olivia…

Me acerqué a él riendo, le acaricié la espalda y me apoyé en su brazo.

—No lo vas a conseguir, Robert.

—Tom —gimoteó.

Mi padre zanjó la conversación, tendiéndole la mano.

—Me ha encantado conocerte, Robert. Eres un chico estupendo. Y lo que has hecho por nosotros, nunca lo olvidaré.

—Quiero algo a cambio —dijo rápidamente.

—Lo que sea.

—Quiero que me des tu último libro firmado.

Las carcajadas de mi padre se escucharon en todo el hall.

—¡Lo siento, Robert! Pero no. No voy a descubrirme. Te daría antes a mi hija que mi última novela.

—¡Tom! —gritó mi madre.

—¡Papá!

Pero lo que vino después fue aún peor.

—De acuerdo, Tom. Trato hecho. Me quedo con Olivia.

Le tendió la mano, que mi padre estrechó, y con la otra me rodeó la cintura, tiró de mí y me pegó a su cuerpo.

—Robert… —jadeé y puse mis manos sobre su pecho para tratar de establecer distancia.

Mi padre se lo tomó con humor. A mi madre estuvo a punto de reventarle la vena de la frente.

—Ahora eres mía, Olivia.

Su sonrisa ladeada, sus ojos rasgados, su mirada penetrante, su forma de agarrarme contra su cuerpo… Hubiese sucumbido ante él allí mismo. Y, mientras que Robert se lo estaba pasando en grande, a mí se me juntó el deseo desbocado junto con el desasosiego por lo que estuviera pensando mi familia en esos momentos.

—Por favor —le supliqué.

Y me separé despacio. Robert derivó la atención hacia mi padre.

—No me quiere, Tom. Así que vas a tener que darme tu libro.

Mi madre pulsó el botón del ascensor, decidiendo que ya era hora de acabar con aquello.

—Gracias por todo, Robert.

Se acercó a él, y le dio un abrazo y un beso con una tensión que a ninguno nos pasó desapercibido.

—Ha sido un placer, Beverly. Tom, cuídate esa pierna.

Y le tendió de nuevo la mano.

—Gracias, Robert. Por todo.

Me despedí de mis padres y quedé en venir a recogerlos al día siguiente a las doce. Cuando el ascensor llegó, pasaron dentro. En el momento en que las puertas iban a cerrarse, mi padre colocó una muleta sobre la célula para impedirlo.

—Robert, te mando un libro si acompañas a mi hija a su casa.

—Iba a hacerlo igualmente.

—Sé llegar a casa sola —me quejé muy molesta.

—Gracias.

Las puertas se cerraron y elevé la mirada hacia Robert. Sus ojos ya estaban clavados sobre mí.

—No es necesario que me acompañes. Estás agotado. Llevas muchos días sin dormir bien… —Dejó que yo siguiera dándole argumentos para justificar mi negativa. Y, sin decir nada, llamó de nuevo al otro ascensor—. ¡Robert!

Estaba pasando de mí.

—Voy a llevarte a casa, Olivia.

—No quiero discutir contigo, por favor.

Se inclinó levemente sobre mí, abrumándome con su altura, y repitió sus palabras.

—Voy a llevarte a casa. —Volvió sus ojos hacia el ascensor—. Además, tu padre me ha prometido un libro.

—Es media hora de bajada. Y luego... —Las puertas del ascensor se abrieron, me rodeó la cintura y me metió dentro casi en volandas—. ¡Robert!

Pulsó la tecla del parking. Yo me apoyé sobre el espejo, lejos de él.

—No me importa. Quiero hacerlo.

—¿Y por qué no mejor en otra ocasión? Cuando estés menos cansado.

No me respondió. Comenzó a desanudar su corbata y la guardó en uno de los bolsillos de la americana. Después, desabrochó los primeros botones de su camisa. Aquel gesto tan natural me puso muchísimo.

El ascensor llegó rápido al parking. Las puertas se abrieron y Robert salió delante.

—¿Y si hacemos otra cosa? Me acercas hasta la parada de metro de la Séptima…

—No vas a volver en metro.

—Pues acompáñame a coger un taxi. —Llegamos a su coche. Fue hacia la puerta del conductor y yo me quedé frente a la del copiloto—. Robert, por favor. Ya has hecho mucho por hoy. Quiero que descanses. Solo es eso.

Me mantuvo la mirada durante unos segundos. Estaba muy serio, pero no estaba enfadado. Después, comenzó a dar la vuelta al coche muy despacio, sin apartar sus ojos de los míos. Llegó a mi altura, pero no se detuvo. Se aproximó mucho más. Abrumada por su cercanía, me eché hacia atrás hasta que la puerta del coche me impidió moverme. Me apoyé sobre ella. Robert colocó su mano derecha sobre el techo del vehículo y me dejó aprisionada entre este y su cuerpo. Mi respiración se entrecortó.

—No es necesario que me acompañes —susurré sin dejar de mirar esos increíbles ojos azules —. Hay muchas más opciones.

—Sí. En realidad, hay más opciones —musitó con voz grave. Y eso despertó todas mis terminaciones nerviosas. Intenté tragar, pero no pude—. Quizá la que te propuse esta mañana. —Dudé. No sabía muy bien a lo que se refería. Pero él se encargó de recordármelo—. Podrías venirte a mi casa y pasar allí la noche.

—No, no. —Y lo dije riendo para intentar rebajar la tensión que se estaba generando. No me siguió en el gesto y se mantuvo observándome de manera imperturbable—. Gracias, pero no puedo.

—Has quedado con tus padres mañana a las doce. Podrías dormir en mi ático y no tendrías que madrugar para volver aquí con ellos.

—No, gracias. Si mañana me presentase con la misma ropa, creerían que me he acostado contigo.

No me respondió. Siguió mirándome impasible. Únicamente, hizo un ligero movimiento para ladear su cabeza con suavidad. Supe, entonces, lo que verdaderamente pretendía. Quise adelantarme a lo inevitable. Iba a hablar, pero él me lo impidió. Bajó su rostro hasta el mío y me besó con dureza. Apenas pude reaccionar a su embestida. Sentí mi cuerpo temblar cuando sus labios abrasaron los míos con la vehemencia que llevaban impresos. Me rodeó con su brazo y enredó los dedos de su otra mano en mi cabello.

No pude frenar todo lo que se desbocó dentro de mí. Me rebelé a mis miedos y me rendí a mi deseo. Sometí a mis dudas y elevé a mis emociones como mi única guía. Acaricié su torso con mis manos y enlacé mis brazos alrededor de su cuello. Me aferré a él. Me anclé a esa locura.

Robert apoyó su cuerpo sobre el mío. Noté su poderosa erección sobre mi vientre. Sentí vibrar mi sexo. Gemí sobre su boca. Sonrió satisfecho por mi respuesta. Ladeó levemente mi cuello y comenzó a devorarlo. Lo mordió, lo sanó lamiéndolo, lo besó. Mi respiración se volvió más insistente. Recorrió mi cuello con sus labios hasta mi clavícula. Bajó la mano de la cintura y acarició mis glúteos sobre la ropa. La llevó hacia la cadera y, de ahí, bajó por mi muslo. Llevó sus dedos bajo mi falda en un movimiento ascendente. Tocó mi piel desnuda. Volvió a bajar y me instó a subir mi pierna. La apoyé sobre su cadera y, seguidamente, noté la presión de su polla sobre mi pubis. Eché la cabeza hacia atrás y gemí desesperada. Le quería dentro de mí. Y le quería ya.

—Robert, te necesito.

—Tranquila, pequeña.

Mordió mi cuello y ascendió hasta besar de nuevo mis labios. Lo hizo con ese vigor previo

que me extasiaba. Después, se separó. Me miró jadeante, intentando contener sus deseos. Acercó sus labios sobre mi rostro y, con suavidad, acarició con ellos mi mejilla.

—Vamos a mi casa —susurró.

Asentí con premura. Abrió la puerta del BMW, pasé dentro y la cerró. Corrió hacia el otro lado para entrar. Cuando se sentó, buscó de nuevo mis labios, que clamaban insistentes por su contacto. Encendió el motor y salió de la plaza de aparcamiento con el vehículo revolucionado y con un sonido estremecedor que envolvió todo el subterráneo.

Condujo deprisa por Manhattan. Cuando cinco minutos después llegamos a su bloque de apartamentos y entramos en el garaje, estaba tan excitada que dudaba que pudiese alcanzar su casa. Mi cuerpo me pedía obligarle a follar en los asientos traseros. Pero no. Robert no me lo permitió. Salimos del coche, enlazó mi mano y caminamos deprisa hacia el ascensor. El hecho de que estuviese en planta nos ahorró el tiempo de espera y la posibilidad de que hubiésemos sucumbido allí mismo. Subimos a la cabina y, en el momento en que se cerraron las puertas, Robert me aprisionó contra el espejo. Comenzó a besarme de manera urgente. Metió una mano bajo mi falda y llevó sus dedos a mi clítoris hinchado. Apartó la escasísima tela de mi tanga y comenzó a estimularme más. No pude evitar que mis jadeos inundasen las cuatro paredes. Metió un dedo en mi vagina, empapada y preparada para él.

—¡Joder! ¡Olivia! No puedo aguantar más. Necesito follarte.

Llevé mi mano sobre su polla. La agarré con fuerza aumentando su deseo. Gimió y su sonido me transportó a otra dimensión. Comencé a quitarle el cinturón, despacio, sin dejar de mirarle a los ojos. Hasta que no pudo más. Me dio la vuelta y pegó mis pechos contra el espejo. Volvió a meter su mano por mi tanga, acariciándome con lentitud, y posó sus labios sobre mi oído.

—Solo nos quedan cinco pisos. Si no quieres que me corra antes de tiempo, sé buena chica.

Sonreí e, inmediatamente después, gemí cuando noté cómo volvía a penetrarme con su dedo. Al mismo tiempo, comenzó a besar mi cuello de forma muy húmeda y pegó su polla a mi culo. Siguió acariciándome con una lentitud enloquecedora, mientras con la otra mano sujetaba con vigor mi cadera.

Cuando el ascensor paró, enlazó mis dedos a los suyos y tiró de mí hacia el pasillo. Troté para mantenerme a su altura. Sacó la llave de su piso e intentó introducirla, mientras yo acariciaba su cuello y jugaba con el lóbulo de su oreja. Le costó dos intentos conseguir abrir la puerta. Cuando lo hizo, me rodeó la cintura y me metió sin perder tiempo.

Cerró la puerta con su pie y me llevó contra la pared más cercana. Levantó mi jersey y me lo sacó por la cabeza sin ningún tipo de miramiento. Admiró mi cuerpo, solamente tapado con el vestido de tirantes. Yo le agarré de la pechera de su americana y tiré de ella para quitársela. Después, traté de desabrochar su camisa. La necesidad de estar de nuevo en contacto con su definido pecho me jugó una mala pasada. Terminé tirando de ella y haciendo saltar los botones para poder abrirla. Acaricié cada rincón de ese torso tan maravilloso y comencé a besarlo de manera urgente.

Robert me miró agitado después de aquello. Buscó mis labios y me devoró. Con su mano bajó el escote de mi vestido, llevándose, además, las copas del sujetador. Acarició uno de mis pechos con su mano y, después, llevó sus labios hasta él. Chupó mi pezón, lo succionó, lo mordió levemente y lo acarició de nuevo con su lengua. Enredé mis dedos en su pelo y tiré de él. Le escuché gemir y mirarme lascivo. Bajó una de sus manos por mi costado, se coló por debajo de la falda y jugueteó con el encaje de mi tanga, recorriendo cada centímetro de la piel que la escasa tela tapaba.

Yo no me recreé tanto. Terminé de desabrocharle el cinturón, abrí su pantalón y metí mi mano dentro de su bóxer para liberar su miembro duro y firme. Lo masajeé de arriba a abajo. Fue lo que necesitó Robert para enredar sus manos en la tela de mi ropa interior y tirar de ella para desgarrarla. Gemí, no solo por lo que consiguió excitarme aquello. Sino, sobre todo, al ver su rostro perdido por el placer.

—Robert… —supliqué.

Y como en mi sueño de la mañana, agarró mi trasero y me izó. Envolví mis piernas alrededor suya. Apoyó mi espalda en la pared, se sujetó su miembro y me penetró. Lo hizo rápido, sin miramientos y con urgencia. Su intrusión me produjo un placer extremo y cerré los ojos ante su poderosa entrada.

—Mírame, Olivia. —Le obedecí—. No dejes de hacerlo.

Enlazamos nuestros ojos, mientras me envestía de manera demencial, con un vigor y una potencia salvajes. Una vez. Y otra vez. Y otra vez. Me tenía a su merced y eso me enloquecía. Venía ya tan excitada que enseguida comencé a notar una mayor intensidad concentrada en mi sexo.

—Sigue —le pedí—. Sigue, por favor. Sigue así…

Un placer desbordado me invadió, vibrando con cada penetración y recorriendo todo mi cuerpo. Exploté enseguida en un orgasmo delirante que me arrebató la poca cordura que me quedaba. Me corrí sin contención, gimiendo a gritos en cada una de las oleadas de placer que generaba los espasmos de mi vagina. Incapaz de velar mi deseo, quedé desfallecida.

Robert me llevó al suelo y volvió a penetrarme. Y esa vez, se hundió de manera más acentuada, más imparable. Su polla llegaba hasta lo más profundo de mí, colmándome por completo en cada estocada. Sin contención. Sin medida. Sin mesura. Una vez. Y otra vez. Y otra vez. Alzó mis brazos sobre mi cabeza y, allí, los sujetó por las muñecas con una mano. Siguió embistiéndome con una fuerza arrebatadora, con una vehemencia imposible de atenuar y que mi cuerpo empezó a reclamar con mayor necesidad. Quería todo de él. Absolutamente todo. Deseaba fundirme con su ardiente cuerpo como si fuésemos uno, sin fisuras, sin grietas que recordaran nuestro pasado. Unida al él, me urgía más que nunca acabar soldando el daño que nos había quebrado y apaciguar el miedo para dar paso a la pasión desenfrenada que nos quemaba las venas.

Sus penetraciones se volvieron más exigentes y no pude atenuar mis gemidos en cada una de ellas. Sentí como crecía de nuevo mi placer, como me perdía de nuevo entre las oleadas que me envolvían por completo. Volví a explotar en el momento en que sentí que se corría dentro de mí. Su líquido me llenó, abriéndome las puertas a otro orgasmo mucho más intenso que el anterior y que me dejó totalmente encadenada a él.

Robert se desplomó sobre mí y yo lo abracé. Me encaramé a él con firmeza. Cerré los ojos y me alojé en su cuello. Nuestras respiraciones trotaban desbocadas. Pero, poco a poco, consiguieron sosegarse. Robert se separó unos centímetros. Envolvió mi rostro en su mano y me miró a los ojos. Notaba la preocupación en su mirada.

—Tranquilo. No voy a irme —susurré.

Comenzó a reír y, después, bajó sus labios para unirlos de nuevo a los míos. Nos besamos lentamente durante mucho tiempo y aquello consiguió transportarme a la eternidad más deseada. Le añoraba tanto que perdí la noción de todo a mi alrededor. Sentí que me derretía con cada roce, con cada caricia, con su forma de lamer cada uno de mis labios. Volví a notar que me excitaba cuando sus manos comenzaron a recorrer mis piernas. Sus caricias desprendían ternura, pero

también un deseo ardiente incapaz de dominar.

Robert se incorporó, se ajustó el pantalón y me cogió en brazos. Sin parar de besarme, me llevó hasta su dormitorio. Allí me dejó de pie en el suelo y, muy despacio, empezó a desnudarme entre caricias, besos, roces velados. Me quitó las botas. Subió acariciando mis piernas. Bajó mi vestido. Desabrochó mi sujetador y se deshizo de mi tanga destrozado. Todo ello con una lentitud demencial que lo único que conseguía era excitarme cada vez más. Me observó desnuda, perdiendo sus ojos en mi cuerpo y acariciando con su mirada cada resquicio de mi piel.

—Eres preciosa —susurró con voz ronca.

Después, se acercó de nuevo, me rodeó con un brazo y enredó su otra mano en mi pelo, antes de volver a besarme muy lentamente.

Aproveché su cercanía para acariciar su torso. Terminé de quitarle la camisa y entonces sí, me deleité con esos músculos tan marcados. Recorrí pausadamente cada uno de ellos mientras nuestras bocas se perdían. Bajé por su vientre hasta su pantalón. Lo volví a desabrochar y lo bajé. Robert se deshizo rápido de todo lo demás. Jugueteé con la goma de su bóxer y comencé a retirarlo. Respiró profundamente y comprobé cómo volvía a estar excitado. Envolví su pene entre mis dedos y lo acaricié detenidamente. Me derretí al escuchar un gemido enardecido salir de su boca. Lo besé y él me rodeó con sus brazos.

Después, me separé, cogí su mano y le llevé hasta el baño. Robert abrió la ducha y dejamos caer el agua hasta que salió caliente. Nos metimos bajo la cascada, envueltos en nuestros brazos, con leves caricias, con cálidos besos. Se colocó a mi espalda, y dejé que enjabonase mi cuerpo y mi pelo. Sus suaves masajes encendieron mi deseo. Rozó mi clítoris, pero no fue a más.

Después de aclararme, me di la vuelta e hice lo mismo con él. Tras retirar el jabón de su cuerpo, bajé mis manos hacia su polla, que ya estaba totalmente preparada. La acaricié. Me arrodillé frente a él y comencé a lamerla despacio. Escuché su respiración entrecortada y sus primeros gemidos que me transportaron a otra dimensión. Era tan estimulante escucharle derretirse que noté como mi vagina se empapaba y comenzaba a clamar por encontrar alguna fricción. Lamí más deprisa y le insté a que profundizara en mi boca. Robert apoyó una mano sobre los azulejos y con la otra retiró el pelo de mi cara para poder enlazar nuestras miradas. Después, envolvió sus dedos en él. Sentí como me agarraba el cabello con mayor vigor. Noté una descarga electrizante de deseo anclarse en mi vulva. Le vi agitado y yo enloquecí bajo el poder que tenía sobre él.

Pensé que se correría en mi boca. Pero no lo hizo. Cuando sentí que estaba a punto de perderse, se retiró, me levantó, pegó mi cuerpo contra la pared y elevó mi pierna derecha con su brazo. Me penetró hasta el fondo. Mi grito sonó envuelto en un gemido. Besó mi cuello con una suavidad extrema y yo me derretí. Comenzó a entrar y a salir despacio, pero con vigor, y yo recibí lo que mi interior clamaba. No tardamos en correrno bajo el agua que caía sobre nuestros cuerpos.

28
OLIVIA

Me desperté lentamente. Sabía dónde estaba, quién dormía a mi lado y aquello no me angustió. Más bien, sucedió todo lo contrario. Me sentí serena, tranquila, en paz conmigo misma. Estaba tumbada de lado. Robert, a mi espalda, me rodeaba entera con sus brazos, con todo su cuerpo, como tratando de evitar que escapara. No lo iba a hacer. Había comprendido que no quería separarme de él en lo que me quedaba de vida.

Me sentía descansada. Había dormido profundamente sin necesidad de la medicación. Así que no tenía el posterior embotamiento de la química. No había dormido durante mucho tiempo, aunque había sido suficiente.

Después de la ducha, había dejado que Robert me envolviera en su albornoz. Habíamos vuelto a la cama y allí nos besamos con la tranquilidad que otorgaba haber llegado a puerto. Nuestros labios se rozaron, se lamieron y se devoraron durante mucho tiempo. Después, nuestras manos empezaron a buscarse. La ropa del baño desapareció. Volvimos a entrelazar los caminos que nos llevaban al placer. Nos sentimos como no recordaba haberlo hecho en mucho tiempo. Hicimos el amor, algo que no había practicado en años. De hecho, no lo había vuelto a hacer con nadie después de él.

Robert me elevó al paraíso varias veces más, antes de que ambos volviésemos a caer desfallecidos, esa vez sobre el colchón. Después de aquello, por fin, nos quedamos dormidos. En esos momentos, cuando lo recordaba, me abrumaba volver a recrear su ternura, su tacto, pero también su vehemencia, su dominio y su vigor. Sentí un estremecimiento solo de pensarlo y eso me llevó a abrazarme más a él.

Me mantuve así largo rato hasta que escuché a lo lejos la entrada de varios mensajes en mi iPhone. Miré a Robert. Respiraba tranquilo y dormía profundamente. No quise despertarlo. Así que me moví con cuidado para sepárame de él y levantarme de la cama.

Lo primero que hice fue abrir sigilosamente el armario y sacar algo para ponerme. No me lo pensé demasiado como la vez anterior y cogí la primera camiseta de manga larga que se me puso a mano. Me vestí con ella. Fui al baño y, después de enjuagar mis dientes con un colutorio y lavar mi cara, salí del dormitorio y cerré la puerta con cuidado.

Caminé descalza por el pasillo hasta el salón y, de ahí, fui a la puerta de entrada buscando mi bolso. Lo había tirado allí cuando llegamos a su casa. Sin embargo, todo lo que había quedado por el suelo la noche pasada estaba ahora recogido. Abrí un armario que había justo junto a la puerta y vi que el bolso estaba colgado dentro. Busqué mi teléfono en él, mientras me sonreía a mí misma pensando en Robert colocándolo todo. Siempre había sido bastante obsesivo con el orden y, por lo que veía, en ese aspecto no había cambiado.

Cuando lo encontré, caminé con él de vuelta al salón para leer las notificaciones. Había varios mensajes de Mark. Iba a abrirlos, pero mi atención se vio desviada hacia el gran ventanal que daba acceso a la maravillosa terraza. Su magnetismo tiró de mí. Crucé junto a la mesa baja, dejé allí el teléfono y seguí caminando hacia la puerta. La abrí y pasé fuera. Sentí el aire frío de la mañana revitalizándome, dándome el último empujón para apartar el sueño de la noche. Me giré

para admirar la enredadera de pasiflora que había en la pared de entrada. Seguía teniendo muchas flores, a pesar de que el otoño ya se había abierto hueco. Me olvidé por completo de todo y seguí su camino serpenteante.

De pronto, el sonido del claxon de varios vehículos me sacó de mi ensoñación. Me di la vuelta y caminé hacia el muro de ladrillo que había enfrente. Tenía una altura considerable, ya que me llegaba hasta la clavícula. Apoyé mis manos sobre él y contemplé las vistas. La locura urbana se expandía con los miles de edificios de diferente altura y composición. Hacia la izquierda se atisbaba Central Park, como si se tratase de una advertencia al laberinto de piedra de la verdadera naturaleza sobre la que se asentaba la isla. Me olvidé de todo y me abandoné a su contemplación.

No podría decir cuánto tiempo estuve allí. Solo sé que el frío de mis piernas desapareció en el momento en que lo sentí detrás mía. Sonreí. Poco después, apoyó sus manos suavemente sobre mis caderas. Pegó su torso desnudo a mi espalda y no pude evitar que de mi garganta escapase un leve jadeo. Ladeé mi cabeza para permitirle acceder a mi cuello y lo besó lentamente.

—Buenos días, pequeña.

El susurro de su voz grave sobre mi oído me encendió de golpe.

—Hola.

Me di la vuelta, rodeé su cuello con mis brazos y lo besé. Devoré su boca despacio, pausadamente, intentando alargar hasta el infinito la multitud de sensaciones que me embargaban al hacerlo. Robert me siguió en ello.

—No sabía si te habías ido —musitó y volvió a besarme.

Me separé.

—Te dije que no me iría.

Sonrió y buscó de nuevo mis labios.

—Te has levantado muy temprano.

—No sé qué hora es.

—Las diez.

Me separé.

—¿Las diez? ¡He quedado con mis padres en dos horas! —Tiró de mí y me volvió a pegar a su cuerpo. Me besó, pero esa vez imprimió mucho más vigor. Volví a establecer distancia—. Robert, de verdad, lo siento. Me encantaría pasarme toda la mañana contigo, pero debo ir…

—Está bien —dijo con pesadez. Me cogió la mano y me guio hacia la cocina—. Déjame, al menos, prepararte el desayuno.

Le seguí sin rechistar, aunque no sabía si iba a poder meter algo en mi estómago después de la soberbia cena a base de fritos que había pedido mi padre el día anterior.

Entramos en la cocina y soltó mi mano para dirigirse a la máquina de café. Me quedé a distancia y apoyada en la encimera. Me encantaba ver su cuerpo. Se había puesto únicamente un pantalón largo de pijama. El resto, hombros, brazos, pectorales, espalda y vientre, se paseaban desnudos como regalo de «buenos días» para mis ojos.

—¿Cómo lo quieres?

—Solo.

Y sin ser consciente, imprimí todo el deseo que tenía en ese momento sobre mi tono de voz. Robert se volvió y me sonrió de lado.

—Si vuelves a hablarme así, vas a tener que pasar de tus padres.

—¿Por?

Metió la cápsula de café, colocó una taza debajo y vino hacia mí despacio con una mirada

felina cruzando sus ojos.

—Porque no te dejaría salir de aquí hasta saciarme por completo. —Tocó mi muslo con su mano e hizo un movimiento ascendente hacia la cadera y, de allí, hasta mi glúteo. Lo acarició pausadamente. Me pegué a su cuerpo y rodeé su cintura con mis brazos—. El problema estaría en que no podría dejar de follarte porque soy incapaz de saciarme de ti.

Apretó mi trasero con vigor. Y después, bajó su rostro y me besó. Gemí en su boca cuando noté sus dedos colarse hacia mi vulva.

—Robert… — jadeé.

Se separó de golpe y me dijo:

—Voy a hacerte tostadas francesas.

—Pero… —Me quedé allí totalmente contrariada y excitaba a partes iguales—. ¡Eres…!

Le vi reír en silencio mientras abría la nevera. Fui hasta él y me coloqué a su lado.

—¿Dónde has aprendido a cocinar tantas cosas?

—En Internet, en la tele y por aquí. —Me tendió unos huevos, leche y mantequilla—. Me gusta cocinar. Tengo poco tiempo por el trabajo. Así que, cuando lo hago, me gusta probar cosas nuevas.

Cerró la nevera y fue hacia los armarios del otro lado. Puso sobre la encimera azúcar, pan de molde, miel y un bol, y dejó preparada una sartén sobre la placa de inducción.

Le observé fascinada mientras él me seguía hablando de platos que le gustaba hacer. No sabría muy bien decir qué me estaba explicando en esos momentos. Mi atención estaba en otro lugar, aunque no apartada de él. Normalmente, me encantaba escucharlo y verle disfrutar tranquilo. El problema era que, en esos momentos, estaba totalmente extasiada con su belleza arrolladora y su cuerpo arrebatador. Había conseguido cautivar todos y cada uno de mis sentidos. Robert no era solo guapo y atractivo. No. Tenía algo más. Quizá fuera su seguridad, su manera de enfrentarse a la vida, su naturalidad que hechizaba. No sabría decirlo muy bien. Pero, como decía Mark, jugaba en otra liga.

—La sartén.

—¿Qué? —desperté de golpe.

—Que enciendas la placa y pongas la sartén encima con la mantequilla. —Comenzó a reír—. ¿Ya ha dejado de interesarte lo que digo? Un poco pronto, ¿no?

—No, perdóname, no. Es que estaba pensando.

—¿Y en qué pensabas?

Dudé unos segundos si decírselo. Pero, finalmente, lo solté.

—En que estás muy bueno, Robert.

Sus carcajadas se escucharon en toda la cocina. Y yo volví mi atención hacia la mantequilla para evitar que me viese sonrojarme.

Se colocó detrás de mí y cruzó sus brazos sobre mi vientre.

—Me encanta que me digas eso, Livi. Me subes la autoestima.

—Como si lo necesitases…

—Contigo sí.

Besó mi mejilla y se separó para prestar atención al pan de molde empapado de leche. Sacó un par de espátulas y llevó dos rebanadas a la sartén.

—¿Conmigo sí? —pregunté sorprendida. No me respondió. Se dedicó a darle la vuelta a ambas rebanadas—. ¿Robert?

—¿Qué quieres, pequeña?

—Que me lo expliques. —Se sonrió a sí mismo. Le dejé un tiempo prudencial. Pero, al ver que no me decía nada, volví a insistir—. ¿No me lo vas a contar?

—No.

Siguió cocinando relajado y con una suave sonrisa en sus labios. Tras unos instantes, sacó las dos tostadas. Las colocó sobre un plato y fue a por la miel. Echó un chorro por encima de cada una y lo extendió con un cuchillo.

Me molestó esa actitud. Así que me separé unos metros y me subí a la encimera para sentarme. Crucé mis brazos y mis piernas, y le miré con cara de cabreo.

—No me voy a comer ninguna tostada hasta que no me lo expliques.

Enarcó una ceja.

—¿Estás segura? Están buenísimas. —Se acercó lentamente con una entre sus manos. Se colocó frente a mí y le dio un mordisco mientras me observaba—. ¡Mmm! —No sé si fue el grado de excitación previo el que manejaba mi cerebro, pero su cara se me asemejó muchísimo a cuando llegaba al orgasmo. Instintivamente, descrucé mis piernas—. ¿Seguro que no quieres un trozo? —La acercó a mi boca y me invitó a probarla. Me di por vencida. Aquello olía muy bien. Le di un pequeño mordisco sin dejar de mirarle a los ojos. Sus pupilas estaban dilatadas, sus labios se abrieron levemente y su lengua jugueteó dentro de su boca. Mastiqué y tragué—. ¿Y bien?

—Está buenísima, como todo lo que viene de ti.

Cogí la tostada francesa entre mis manos y seguí comiéndola. Robert se aproximó más y se colocó entre mis piernas.

—Deja de mirarme. Debo tener un aspecto deplorable. Se me está cayendo la miel por los dedos y tengo pringada la boca de mantequilla.

Me dio la sensación de que aquello le importaba bastante poco. Puso las manos sobre mis muslos y los acarició hacia mi cadera. Sin embargo, paró de golpe cuando la melodía de mi iPhone comenzó a sonar.

—¡Oh! ¡Dios! —dije tragando un trozo y mirándome las manos manchadas—. Debe ser Mark. Tenía que haberle respondido. Cógelo, por favor.

—¡Vaya! ¿Me dejas tocar tu iPhone?

Y, risueño, se separó de mí para ir en busca del teléfono. Mientras, seguí comiendo esa delicia pringosa. Aquello sabía a gloria. Segundos después, Robert entró en la cocina con el móvil sonando.

—¿Es él?

—Sí.

—Descuelga y pon él manos libres, por favor. —Lo hizo y entonces respondí—. ¡Hola, Mark!

—Hola, guapa. ¿Has pasado la noche fuera porque te has tirado a Perlman?

Enmudecí. Robert rasgó sus ojos y me miró divertido. Con el iPhone todavía en la mano, saludó:

—Hola, Mark.

Se escuchó un silencio al otro lado de la línea. Y, después, la voz insegura de mi compañero de piso titubeó:

—¿Nick?

—¡No, joder! Soy Robert.

Más silencio.

Aproveché la circunstancia para meterme el último trozo de tostada francesa en la boca.

—Esto… Lo siento, pero me acabo de perder. ¿Dónde estáis?

Robert me miró. Estaba esperando que yo tomase la decisión y gestionase todo aquello. Lo agradecí.

—Mark, estoy en casa de Robert. Perdona que ayer no te avisase, pero cuando llegamos… cuando llegamos… se me olvidó.

—¡Vamos! ¡Que habéis estado follando toda la noche y por eso no has leído mis mensajes!

Había veces que Mark tendía a facilitar bastante las cosas. Ese día fue una de ellas.

—Bueno, más o menos.

Robert se acercó hasta mí con el teléfono. Agarró mi mano izquierda, la miró y comenzó a chupar mis dedos manchados.

—¿Más o menos? ¿No habéis follado, entonces?

—Mark, no… no es buen momento…

—¡No me jodas que habéis vuelto a discutir!

—No, no hemos discutido. —Con parsimonia, Robert cogió la otra mano y, de nuevo, comenzó a lamer los restos de tostada. Elevó sus ojos hacia los míos y todo empezó a desbocarse en mi interior—. Estamos bien… —Dejó el teléfono sobre la encimera. Y con su mano libre, ascendió por mi muslo hasta mi nalga. La envolvió en su mano y, con vigor, me acercó hacia él. Sentí su miembro duro sobre mi vulva. No pude evitar gemir cuando trataba de hablar con mi amigo—. Mark, escucha…

—¡No me jodáis! ¡Estáis follando ahora! ¡Mientras hablas conmigo!

—No, Mark, no…

—Adiós, Mark —zanjó Robert de un plumazo y apagó la llamada.

Apartó el iPhone a un lado, ascendió con esa mano hasta mi cadera y llevó la camiseta hacia atrás. Me encontré totalmente expuesta ante él, que no dejaba de mirarme a los ojos, serio y en silencio. Su rostro estaba prácticamente pegado al mío. Nuestras respiraciones se entremezclaban. Nuestro deseo empezaba a quemar. Volvió a pegarme a él y clavó mucho más su erección sobre mi piel desnuda.

—Robert… —jadeé.

Una descarga de electricidad me recorrió toda la columna. Mi respiración había comenzado a acelerarse. Mi piel estaba erizada y mi corazón, totalmente desbocado.

—¿Te ibas a tirar a Nick Perlman?

Lo dijo muy lentamente y con su voz grave marcando cada una de las palabras.

—Estaba muy cabreada contigo.

Llevó una de sus manos de mi trasero hasta la cadera. Sentí sus dedos aferrarme con mucha fuerza. Aquello me estaba poniendo muchísimo.

—Así que estabas muy cabreada conmigo. Ya veo.

Apenas pude responder. En un segundo, se sacó su polla y me embistió con fuerza. De mi boca escapó un grito envuelto entre un gemido. Había llegado de una estocada hasta el fondo y eso me enloqueció. Me aferré a sus hombros, esperando con ansia sus embestidas. Pero él no se movió. Siguió mirándome fijamente, con su pene llenándome entera. Empezó a sacarlo muy lentamente. Y, cuando estaba prácticamente fuera, volvió a penetrarme con dureza.

—¿Te gusta mucho Nick?

De nuevo lo sacó y, cuando me disponía a responder, me penetró otra vez con vigor. Gemí más fuerte. Rodeé su cuerpo con mis piernas para instarle a que siguiera. Necesitaba que se dejase de tonterías y empezase con aquello. Pero no me hizo caso. Se mantuvo totalmente quieto.

Me sentí frustrada. Necesitaba correrme y todavía no había ni empezado.

—¿Quieres que le llamemos —volvió a salir— para que se una a nosotros?

Aquello me dejó contrariada. Pero su nueva embestida no me permitió pensar más.

—No —gemí—. No quiero compartirte con nadie.

Fijó los ojos sobre los míos, templado, con el autocontrol que a mí me faltaba.

—Eso está bien —susurró— porque yo tampoco quiero compartirte.

Y entonces comenzó a penetrarme con una fuerza descomunal que me extasió y me transportó sin control más allá de mis propios límites.

29
OLIVIA

—¡Mierda! ¡Son las once! ¡Voy a llegar tardísimo!

Me incorporé agitada. Si hubiera podido, me hubiera quedado toda la vida tumbada sobre Robert mientras él me acariciaba la espalda.

—No es tan tarde. Queda todavía una hora.

Me puse rápido la camiseta y tapé mi cuerpo desnudo. Iba a explicarle por qué debía irme tan pronto. Pero, al fijar mi atención sobre él, me quedé extasiada. Estaba tumbado en el suelo de la cocina, donde habíamos acabado finalmente. Permanecía semiincorporado y apoyado en sus codos. Me miraba divertido. Y, aunque yo también lo observaba, en mi caso lo hacía con lascivia. Ese cuerpo era pura tentación.

Me obligué a centrarme.

—Antes de ir al hotel, donde están mis padres, tengo que pasarme por alguna tienda de ropa.

—¡Ah! ¡Es verdad! Tu pequeño pudor.

Se levantó pesaroso, se puso el pantalón y se fue acercando poco a poco. No le gustaban nada mis razones.

—Robert, no puedo dejar que piensen que he pasado la noche contigo.

—¿Y por qué no? Eres adulta. Y, además, a tu padre le caigo muy bien.

—Si mi padre supiese quién eres en realidad, te partiría la cara. —Chasqueó la lengua y desvió la mirada con un movimiento rápido. No me pasó desapercibido su gesto de contrariedad. Traté de cambiar de tema. No era el momento de incidir en todo aquello. Ya llegaría—. Además, no sé si recuerdas que rompiste mi ropa interior.

—¡Uff! Claro que lo recuerdo, pequeña.

Acarició despacio mi cadera y barrió mi cuerpo con sus ojos. Le tomé la mandíbula para centrar su mirada con la mía.

—Me alegro que lo recuerdes. Y supongo que entenderás que no me apetece nada tener que ir todo el día por Manhattan sin bragas.

—No te gustó —afirmó desilusionado.

—Me encantó. Pero tiene sus consecuencias.

—Vale, de acuerdo.

Y pasó junto a mí deprisa.

—¿Dónde vas?

—A solucionar la que he liado —dijo ya desde el salón.

Le seguí hasta su dormitorio. Vi como abría el armario y sacaba unos bóxer. Se quitó el pantalón del pijama y se los puso.

—Robert, ¿qué haces?

—Voy a comprarte ropa. Tú vete duchando.

—No puedes ir. —Se puso unos pantalones de deporte y sacó una camiseta—. Tardarás una eternidad. Es sábado. Por muy rápido que vayas en coche…

—Es que no voy a ir en coche, cariño.

Sacó unas zapatillas de deporte.

—¿Vas a ir corriendo?

Mi voz sonó como un grito.

—¡Ajá!

Se abrochó las deportivas y salió deprisa del dormitorio. Troté tras él.

—Pero… Pero…

—¿Has visto mi móvil?

—Robert…

—¡Ah! ¡Aquí está!

Metió el teléfono en un bolsillo del pantalón, camuflado a la espalda.

—Es mejor que vaya yo…

Se acercó hasta mí y me dio un pequeño beso en los labios que, a pesar de lo efímero, me removió todo por dentro.

—En media hora vuelvo.

Y se fue hacia la puerta, cogió las llaves de un bol, la abrió y salió del piso.

*****

Cumplió su palabra. Acababa de terminar de secar mi pelo, cuando escuché el sonido de la puerta de entrada. Salí del baño y caminé descalza por el pasillo con una toalla anudada en torno al pecho. Robert estaba en el salón con varias bolsas en sus manos.

—Hola, Livi. —Dejó las bolsas en el suelo, caminó hacia mí, me rodeó con sus brazos y me besó profundamente. Sentí de nuevo la pasión desbordándose por cada rincón de mi cuerpo—. Me encanta que me recibas así —susurró y volvió a besarme, enlazando su lengua a la mía con una suavidad extrema.

—¿Cómo has podido comprar tan rápido?

—He ido aquí cerca, a una tienda de la calle 86.

—Pero… —Si no contaba mal, había traído cinco bolsas—… has comprado muchísimo.

Y lo sorprendente era que había acertado en todo con mi talla. Robert tenía demasiado buen ojo.

—Tampoco me he parado a pensar. —Se internó en la cocina y su voz siguió sonando desde allí—. Entré y fui cogiendo la ropa con la que me iba topando en el trayecto hacia las cajas. Solo me desvié para entrar en la zona de lencería.

Abrí una de esas bolsas y encontré varios conjuntos de encaje en color blanco, negro, burdeos, azul oscuro y rosa claro. Pero había algo más que me llamó la atención. Lo saqué despacio de la bolsa. Se trataba de un un corset negro de encaje y tela transparente, con un tanga a juego. Una sonrisa se dibujó en mi rostro.

En esos momentos, Robert volvió al salón. Venía bebiendo una botella de agua. Le miré divertida con esa prenda en la mano.

—Creo que me voy a poner este. A mi madre le va a encantar. —Rio para sí mismo, aunque me dio la sensación de que había cierto grado de timidez en su gesto. Eso me enterneció. Aun así, enseguida se encargó de camuflarlo. Se sentó en el sofá, colocó sus brazos a lo largo del respaldo y puso los pies sobre la mesa de centro—. Hay muchísimas cosas…

—Puedes hacer lo que quieras. Elige lo que te guste. Y, lo que no, puedes devolverlo o dejarlo

aquí, por si lo necesitas más adelante.

Elevé mis ojos hacia los suyos. Me sentí abrumada al escuchar lo que me estaba sugiriendo. No sé por qué me sorprendí. Robert y yo arrastrábamos una historia en la que habíamos recorrido mucho tramo juntos.

Guardé la lencería en la bolsa y me levanté despacio. Caminé hacia él sin dejar de mirarlo. Al ver que me aproximaba, Robert bajó los pies de la mesa y los brazos del respaldo. Muy lentamente, me senté a horcajadas sobre él. Me rodeó la cintura y, con su otra mano, acarició mi pierna y subió hasta mi cadera. Le rodeé el cuello, le di un beso corto y, después, le dije:

—Sí. Eso último será lo mejor.

Su sonrisa se amplió. Me besó, acariciando suavemente nuestros labios. Puso su mano en mi nuca y profundizó en el beso, dejando que nuestras lenguas danzasen mientras se enlazaban una y otra vez. Sus dedos presionaron más mi trastero y me atrajo hacia él. Su pene se clavó en mi vulva desnuda. Separó su rostro y me miró a los ojos. Estaba esperando que yo tomase la decisión. Pero no hacía falta que me preguntase. A esas alturas, ya no me importada llegar tarde.

Despacio, retiré la toalla que envolvía mi cuerpo. Le escuché respirar profundamente y perder sus ojos en mis pechos. Llevó sus labios sobre uno de mis pezones y comenzó a lamerlo. Arqueé la espalda ante el contacto tan placentero y él me sujetó para evitar que me separara. Acaricié su pelo mientras le observaba lamerme. Lo hacía muy despacio, con una serenidad deliciosa, con una ardiente placidez. Le insté a quitarse la camiseta. Su maravilloso torso apareció ante mis ojos. Nunca me lograría acostumbrar a su atractivo. Tomé su rostro entre mis manos y lo miré detenidamente unos segundos. Poseía una belleza enloquecedora y, a la vez, equilibrada. Después, lo besé y moví lentamente mis caderas. Le escuché respirar agitado y aquello me puso mucho más. Deslicé mis manos por sus costados hasta llegar al borde de sus pantalones. Robert los bajó con premura, junto con el bóxer, y se deshizo de ellos con destreza. Inmediatamente después, sujetó su polla y yo me empalé en ella.

Sentirle dentro de mí era algo fascinante. Su poderoso miembro me abría y me llenaba entera. Comencé a moverme despacio, deleitándome en como entraba y salía de mí. Moví las caderas en círculos, llevándole a mi terreno, alargando la espera, buscando aumentar sus ansias. Y, efectivamente, en pocos minutos, Robert se empezó a impacientar. Me agarró de las caderas, y buscó una mayor rapidez y un mayor vigor en las embestidas. Me resistí. Le miré con los ojos entornados y una media sonrisa. Él me sonrió también y decidió someterme a sus deseos de otra manera. Llevó su boca a mi cuello. Empezó a besarlo, a lamerlo, a jugar con sus dientes sobre mi piel sensible. Bajó por mi clavícula y por mis pechos, hasta llegar casi a mi vientre. Solo entonces dejé que sus manos me manejaran a su antojo. Me dejé hacer. Y, entonces, me llevó de nuevo al límite.

La fuerza de sus manos, aferradas a mis caderas, rigieron con vehemencia cada embestida, cada penetración, con una solidez enloquecedora. Mis gemidos eran apenas un susurro. Ya no me quedaban fuerzas para más. Noté como se embravecía, perdía el control de su deseo y, ante ello, comencé a estimular mi clítoris para alcanzar el orgasmo con él. Después, me derrumbé sobre su pecho. No podía más.

*****

Me vestí deprisa. Elegí el conjunto de ropa interior blanco. Encima, me puse un vestido largo, de corte irregular, y escote en pico. Se ajustaba bajo mi pecho y tenía un estampado floral sobre

fondo beige claro. Me gustaba mucho cómo me quedaba. Me puse las botas tejanas que llevaba el día anterior, junto con el bolso. El resto de mi ropa no sabía dónde estaba. Pero supuse que Robert se habría encargado de ella después de que la dejásemos tirada por el piso.

Cuando terminé, tuve que sentarme sobre la cama. Me encontraba agotada. Mi cuerpo clamaba a gritos poder descansar. Sentía mis piernas debilitadas y mucha sensibilidad en mi zona erógena. Solo pensar en ello activó de nuevo mi centro de placer. Robert me había destrozado. Sí, me había regalado una noche y una mañana como hacía mucho tiempo que no disfrutaba. Pero mi cuerpo ahora sufría las consecuencias de tantas horas de sexo. Sin embargo, a él se le veía tan fresco como una lechuga. Hasta había ido a comprar aquella ropa corriendo. No lo entendía. Era un tío. Se suponía que necesitaban más tiempo de recuperación que nosotras. Y en el momento en que entró en el dormitorio, comiéndose una manzana tan ricamente, supe que podría dar más de sí.

«¡Joder! ¡Si hemos superado incluso nuestro propio récord!».

—He llamado a un taxi. En diez minutos estará en la puerta.

Me levanté pesarosa.

—Entonces, creo que debería ir bajando.

Dejó la manzana sobre una cómoda y se acercó hasta mí. Me rodeó con sus brazos y me besó detenidamente.

—Robert, no sé cuándo terminaré con mis padres…

—¡Shhh! Tranquila. —Besó mi frente—. No te preocupes por nada. Nos vemos el lunes en el hospital.

—Pero…

Yo quería estar con él.

—Olivia, han venido para estar contigo. Y no los ves muy a menudo. Disfruta de ellos este fin de semana. A partir del lunes, tendremos el resto de días para nosotros dos solos.

Aquello no era verdad. Estaban los turnos maratonianos, las urgencias, las guardias, el cansancio acumulado y su viaje del jueves que me lo arrancaría de mi lado hasta el sábado.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a salir con unos amigos. Hace días que no los veo.

Me sonrió y no pude evitar perderme en ese azul tan claro de sus ojos. Volvimos a besarnos y, después, me acompañó hasta la puerta.

—Si vas a salir esta noche, entones te llamo mañana.

—Llámame cuando quieras, Livi.

—No quiero molestarte.

Comenzó a reír suavemente, con esa sonoridad tan envolvente que me hacía temblar nada más sentirla, y me estrechó entre sus brazos.

—¿Cómo puedes decir eso? Olivia, lo único que quiero es estar contigo. Una llamada tuya nunca me importunaría. Todo lo contrario.

No podía decir lo mismo. Una llamada suya delante de mis padres sí que me podía traer problemas. Y él lo intuía. Saber que se conformaba, me llenó de tristeza. No sabía muy bien

cómo gestionar ese cambio tan brusco que había dado mi vida. De momento, solo quería saber a dónde me llevaba. Por eso, lo mejor era que mis padres no supiesen nada ni sospechasen que podía haber algo entre nosotros. Sobre todo, mi madre. Aquello podría destrozarla.

Pensar en cómo lidiar con esa circunstancia me llenó de desasosiego. Robert lo percibió. Cogió mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarlo.

—Livi, deja todo eso para más tarde. Ya veremos cómo lo solucionamos.

Aparté sus manos de mi cara. Odiaba ser un libro abierto para él. Me giré hacia la puerta y abrí. Salí al pasillo. Robert se quedó en ella con una mano sobre la jamba y otra sobre la hoja.

—Nos vemos el lunes.

No sabía por qué me pesaba tanto aquello. Pero el beso que me dio antes de marcharme consiguió aligerar algo mi carga. Fui hacia el ascensor. Robert se mantuvo mirándome desde allí, hasta que entré y las puertas se cerraron.

El ascensor comenzó a bajar y, en ese transcurso de tiempo, muchas cosas pasaron por mi cabeza. Deseché todos los miedos y únicamente abrí paso a las emociones positivas. No quería embarrar lo que había sucedido entre nosotros dando paso al recelo, a la desconfianza y al desasosiego. Robert no se lo merecía y yo tampoco. Debía ofrecerme, al menos, la posibilidad de creer en lo que había pasado sin que el temor al sufrimiento acabase conmigo de nuevo.

Salí a la calle y el portero del edificio, que afortunadamente era otro hombre que no había visto nunca, me dio los buenos días y me acompañó hasta el taxi que ya me esperaba en la puerta. El hotel donde estaban mis padres alojados estaba a diez minutos. En ese transcurso de tiempo, cerré los ojos y me dejé mecer en el recuerdo de sus manos sobre mi piel, en su cuerpo fusionado al mío, en sus besos, en su mirada, en sus susurros. Me estremecí solo con recordarlo. Sabía que, pasase lo que pasase, esa noche se gravaría a fuego en mis recuerdos.

Cuando llegué a la 54 Oeste, me dispuse a pagar. Pero el taxista me indicó que Robert ya lo había hecho a través de la aplicación. No le di importancia. Me parecía un gesto amable. Pero ya tenía dos invitaciones en su cartera y debía empezar a equilibrarla.

Caminé los escasos metros que había hasta el hotel y, cuando entré, mis padres me estaban esperando ya en la cafetería. Pasamos un rato más allí charlando. Después, nos acercamos a un restaurante vegano que había en la Octava Avenida, entre la 52 y la 53 Oeste. De ese modo, intentamos equilibrar el exceso de fritos de la noche anterior. Mi padre se quejó. No le hicimos caso.

Tras la comida, paseamos un poco por la calle, lo que mi padre quiso y pudo. Hicimos algunas compras y, después, volvimos al hotel para que descansase un poco. Allí aproveché para cambiar la reserva que tenía con Robert en el restaurante francés de la calle Spring, de dos a tres personas. Y, cuando llegó la hora, cogimos un taxi para bajar al Soho.

La cena fue tranquila. Hablamos de su inminente viaje a Oxford el lunes, de viejos recuerdos de nuestra vida allí y de aquellos a los que dejamos. Por supuesto, Cooper fue uno de ellos. Era lo habitual. Él había sido una parte importante de mi vida y todavía seguía siéndolo, aunque de diferente manera. Mis padres, a pesar de nuestra separación, tenían una relación extraordinaria con él y le seguían queriendo. Pensar en ello me hizo recordar que Robert y yo teníamos todavía muchas cosas de las que hablar. Y, entre ellas, estaba ese tema.

Sin embargo, la cena se ajó cuando mi padre derramó sin querer la botella de vino tinto sobre mí. Habíamos terminado y estábamos con los postres. Así que pagamos y aprovechamos para acercarnos hasta mi casa para que pudiese cambiarme. Mi padre, haciendo alarde de su cabezonería, insistió en subir los tres pisos andando hasta ella en vez de esperar en la cafetería

que había en la calle de enfrente.

Cuando entramos, nos encontramos a Kate que estaba terminando de prepararse para salir. Saludó a mis padres de manera afectuosa. Después, le pregunté por Mark.

—Se fue hace media hora. Había quedado con Alfred y con Paul en la discoteca de la calle Washington, en West Village.

—¿La que estaba en la última planta de ese rascacielos?

—Sí, esa.

—Me encantó cuando nos llevó. —Y me dirigí a mis padres para explicarles lo que era aquella maravilla—. Tenía unos ventanales increíbles desde los que se veía el Skyline y el río Hudson. Y había una terraza exterior, con unos sillones de cuero blanco, en los que podrías pasarte horas disfrutando de las vistas.

—¿Y por qué no vamos?

—Quizá porque te has roto la pierna, Tom —respondió mi madre con ironía.

—¿Qué más da? Me encuentro bien. No me duele.

—Sí, papá. Pero es sábado por la noche. Estará muy llena.

—Bueno —dijo, encogiéndose de hombros—. Tampoco me voy a poner a bailar. A mí con que me dejéis en uno de esos sillones con un buen whisky…

—Creo que con un refresco será mejor —apunté.

—Lo que quieras, cariño. Pero me vendría muy bien conocer una discoteca penthouse. Ya sabes, como labor de investigación para futuras novelas.

—Creo que nunca me habían dado una excusa más patética, papá. —Miré a mi madre, que sonrió y se encogió de hombros—. Bueno, pues voy a cambiarme. Kate, por favor, ¿puedes llamar a un taxi para los cuatro? —La vi dudar y entrelazar sus manos. Estaba nerviosa lo cual era una novedad viniendo de ella—. ¿Kate?

—Es que… estaba esperando a Brad. Había quedado en venir a buscarme en su coche para ir allí. No sabía que finalmente vendrías.

Me enterneció comprobar su azoramiento. Pocas veces se la podía ver así. Kate había nacido con un cuchillo en la boca y sería capaz de sobrevivir a ‘Predator’ en la Jungla guatemalteca.

—Vale, pues mejor que vayáis por vuestro lado. Yo iré con mis padres en taxi. Papá, mamá, en la cocina hay de todo. Coged lo que queráis mientras termino.

—Gracias, cariño.

Miré a Kate con los ojos rasgados.

—¿Me ayudas a elegir qué ponerme?

Kate me siguió con una sonrisa cruzando su rostro. Cuando entramos en mi habitación, la pregunté con premura:

—¿Va a venir a buscarte en su coche y vais a salir esta noche?

La noria de emociones en la que ella estaba montada iba mucho más deprisa que la mía.

—Sí. Me lo propuso y me apetece. No sé. Quizá debería haber dicho que no. Pero… ¡Olivia! Sabes que le quiero. Y que me encontraba muy presionada por la rapidez con la que iba todo. Sin embargo, ahora… Ahora todo es más tranquilo, más sosegado. Y tengo de nuevo mi independencia, mi espacio.

—¿Te estás planteando ir más allá? —pregunté mientras sacaba del armario unos vaqueros oscuros muy ajustados.

—¡No! Ni siquiera nos hemos vuelto a besar desde que rompimos. Y lo prefiero. Si lo hiciésemos, todo se desbocaría y lo echaríamos a perder. —Después, entornó sus ojos y su

sonrisa se volvió traviesa—. Pero creo que no soy la única que tiene algo que contar, ¿no?

Cogí una camiseta negra de tirantes y de tela satinada, y la observé con reticencia. Antes de responder, saqué unos zapatos de Guess de tacón de aguja de ocho centímetros, del mismo color. Con una sonrisa de lado a lado, se sentó sobre mi cama y esperó paciente.

—Veo que Mark no puede mantener la boca cerrada ni un solo día.

—No.

Aun así, dudé.

—¿Sabes que mis padres están ahí fuera y como se enteren, se puede montar una buena? —susurré.

—No es excusa. Ya no tenemos quince años. Así que, ve soltando prenda.

30
OLIVIA

Tardé cinco minutos en vestirme y ponerme unos pendientes largos. Los veinte minutos restantes que estuvimos ahí dentro, los invertí en contarle a Kate lo que había sucedido con Robert. Parecía que había retrocedido quince años, encerrada en mi habitación con una amiga y contándole secretos inconfesables, mientras mis padres estaban en el salón.

Gracias a que Brad llamó al telefonillo, terminamos saliendo de allí. Kate le dijo que subiese para conocer a mis padres. Estuvieron hablando durante bastante tiempo. Invertí ese rato en maquillarme, marcarme las ondas del pelo con la plancha y pensar en Robert. Hacía ya demasiadas horas que me había ido de su casa y le echaba de menos. Por esa razón, fue inevitable que copase mi pensamiento. Me encantaba que mis padres estuviesen allí. Pero deseaba estar con él. Necesitaba volver a perderme en sus brazos, sentir su cuerpo sobre el mío, enlazarnos. Quería volver a probar sus labios, dejar que su aroma se me impregnase, fusionarnos de manera natural como si hubiésemos sido creados específicamente para ello.

Apagué la plancha y la dejé sobre la bañera para que se fuese enfriando. Volví a mi habitación y busqué un bolso pequeño. Guardé en él la tarjeta de crédito y el iPhone. Al coger el teléfono, valoré la posibilidad de hablar con él. Me senté sobre la cama. No estaba segura de que a esa hora estuviese ya en casa. Iba a salir con unos amigos. Aunque me había dicho que no dudase en llamarlo, sin embargo, no me atreví. Así que abrí Whatsapp, busqué su contacto y le escribí.

Olivia:
«Te echo de menos».

Lo releí varias veces. Pero, finalmente, no lo envié. Lo borré y cerré de nuevo la aplicación. En esos momentos, me di cuenta del miedo que recorría todo mi cuerpo. Las horas que había pasado a su lado habían mostrado sin matices lo que sentía por Robert. Lo amaba y lo hacía de una manera que no podía controlar. La necesidad que tenía de él llegaba incluso a doler. Pero seguía estremeciéndome de pavor. Ese amor desmesurado llevaba a cuestas un peso del pasado que me hacía sentir vulnerable.

Frustrada, terminé tumbándome en la cama. Me obligué a despojarme de todas mis inseguridades, de toda mi desconfianza. Me dije a mí misma que lo que me estaba sucediendo era fruto del cansancio que acarreaba; que mi cerebro me estaba jugando una mala pasada posicionando en primera línea el temor generado por el recelo. Cerré los ojos y me obligué a apartar todo ese desasosiego. Acaricié la colcha e imaginé que volvía a estar entre sus brazos. Solo entonces, mi mente se serenó.

—¡Olivia! ¿Terminas ya?

La voz de Kate me gritó desde el salón y me sacó de bruces de mi más que necesitada ensoñación. Me incorporé y guardé el teléfono en el bolso. Terminé de calzarme los zapatos de

tacón. Quizá no era la mejor opción, teniendo en cuenta lo cansada que me encontraba.

—¡Olivia! —canturreó de nuevo mi amiga.

No le di más vueltas. Me los terminé de colocar. Me puse una biker, me colgué el bolso y salí del dormitorio. Cuando llegué al salón me dijeron que iríamos todos en el Mini de Brad.

Tardamos veinte minutos en llegar a nuestro destino. Brad nos dejó en la entrada y fue a llevar el coche a un parking cercano. Kate aprovechó para llamar a Mark y decirle que ya estábamos en la puerta. Cinco minutos más tarde, cuando Brad se nos unió en la cola de entrada, un hombre trajeado, con pinganillo y cuerpo inmenso, salió de dentro del edificio, vino hacia nosotros, nos dio las buenas noches y nos dijo que le acompañásemos. Mis padres me miraron con cierta incredulidad. Pero solo acerté a decirles:

—No sé. Mark conoce a mucha gente en esta ciudad.

Nos acompañó hasta el ascensor y subimos con él hasta la última planta. Cuando llegamos, le seguimos por un pasillo con luces tenues y paredes negras. Abrió una puerta y, de golpe, nos impactó el sonido torpedeante de música electrónica y el parpadeo de los focos. Miré a mis padres. Parecían estar divinamente, así que dejé de preocuparme. El portero de la discoteca nos indicó por dónde debíamos ir y fue abriendo paso a mi padre. Cruzamos la gran barra, tras la cual estaba el inmenso ventanal que mostraba el perfil de los rascacielos de Manhattan. Nos llevó hasta la terraza exterior. Y, ya allí, la ensordecedora música de dentro se convirtió en un fondo de ambiente, mucho más agradable, y que se entremezclaba de forma armónica con las conversaciones de la gente. La noche no era muy calurosa, sino más bien fría. Pero había diferentes farolas calefactoras colocadas estratégicamente y la terraza contaba con un pequeño tejadillo de vidrio. Todo eso ayudaba a que la sensación de frío fuese apenas perceptible.

El tipo de la puerta nos indicó uno de los laterales. Allí estaba Mark con Paul y con Alfred. Cuando estábamos llegando, se levantaron y nos saludamos. Presenté a mis padres e, inmediatamente, les cedieron sus sitios para que pudieran sentarse y estar más cómodos.

Mark me dio un abrazo y me apartó de allí con discreción. Se acercó más a mí y comenzó a susurrarme al oído:

—Robert está aquí. —Sentí un hormigueo que me recorrió toda la espalda y se me cortó la respiración—. Está con unos tíos, a cuál más buenorro. No sé si es que los fabrican en pack y luego ellos se van juntando por la vida… No sé. Los ves juntos y parece que parte del Olimpo de los dioses ha venido a pasar la noche de fiesta. Que, a ver, que el que está más macizo es él. En eso estamos de acuerdo Paul, Alfred y yo. Pero los otros están también para empotrarlos junto a los baños. Sobre todo, hay un rubito que casi le quita el puesto a tu chico en nuestro ranking particular. Pero no se lo ha quitado porque Robert está hoy guapo, requeteguapo. Va vestido con una camisa denim, así como muy gastada, gris oscura, y se le pega al cuerpo, marcándole el torso y los brazos, en plan Superman volviendo a Kansas. Y lleva también unos vaqueros negros y gastados, que le hacen un culo para follártelo enterito. Tú no, yo. A ti no te veo muy proctóloga. Por cierto, —e hizo una pausa dramática—, que ya me contarás. Y, aunque me muero porque me lo contases todo ahora, no te voy a obligar a hacerlo porque me imagino que aquí, los señores Sullivan, no sabrán nada de nada, ¿verdad?

—No lo saben y no deben saberlo.

—Ya me imagino.

—Solo una cosa: ¿cuántas veces has follado?

—¡Jolín, Mark! —me quejé.

Pero mi protesta no tuvo mucho recorrido. Sacó un dedo de su mano y me lo puso

delante de la cara. Después, puso un segundo. Acto seguido, un tercero. Bufé, pero no pude evitar sonreír. Al final, levanté mi mano y le mostré la palma completa. Abrió mucho los ojos y me sonrió abiertamente.

—¡Esa es mi niña! El resto me lo cuentas luego, que veo que tu madre nos mira impaciente.

Me rodeó la cintura y volvió hacia los sillones donde estaban los demás. Me dejé guiar, pero mis ojos comenzaron a buscarlo entre la gente que había en la terraza. No conseguí encontrarlo. Aguanté mis ganas y me senté sobre el reposabrazos del sofá donde estaba mi padre. Me quité la biker y el bolso, y los dejé a su lado. Intenté seguir la conversación que, como no, ya habían acaparado mi padre y Mark. Pero pronto me desenganché de ella. Me volví para echar de nuevo otro vistazo por la zona.

Mi madre, sentada en el sofá de al lado, me puso la mano sobre la pierna para llamar mi atención.

—Olivia, cariño, ¿ocurre algo?

—No, nada. Bueno, sí. Voy a ir al baño. Ahora vengo.

Me levanté y la dediqué una sonrisa antes de desaparecer de allí. Entré en la sala. La música me volvió a torpedear los oídos. Me moví despacio entre la gente y mirando hacia todos los lados. Me acerqué hasta la barra. La recorrí entera y entonces le vi. Se me cortó la respiración y un suave cosquilleo invadió mi cuerpo. Estaba junto a la zona de copas, pero en el extremo contrario por donde yo caminaba. Permanecería de pie y sujetando un vaso con una bebida. Cuatro tipos más lo acompañaban. Robert estaba de perfil. Y, en esos momentos, escuchaba atentamente lo que decía uno de sus amigos. Una amplia sonrisa cruzaba su rostro. Y, llegado el momento, todos ellos prorrumpieron en carcajadas. Me estremecí al verle reír de manera tan natural. Brillaba y colapsaba todo con su atractivo.

Sesgué mis labios y me acerqué despacio. Cuando estaba casi a su altura, tres de los tíos que estaban allí repararon en mi presencia y me clavaron la mirada. Eso atrajo la atención del chico que hablaba y, por supuesto, de Robert, que se giró. Posó los ojos sobre mí. Hubo unos segundos de desajuste, en los que a él le costó verificar mi presencia y a mí se me pasó por la cabeza que lo mejor hubiese sido quedarme donde estaba. Sentí, perfectamente, la tensión que atenazó mi cuerpo. Pero, entonces, me sonrió con calidez y barrió por completo cualquier miedo que pudiese cruzarse en mi mente. Avanzó los cinco pasos que nos separaban y me abrazó. Escuché una especie como de vítores irónicos y velados a su espalda. Se separó y fue a besar mis labios, pero yo me aparté sutilmente y llevé mi boca a su oído.

—No estoy sola. Mis padres han venido.

Sonrió y asintió, pero vi frustración en su mirada. Lo entendía. Yo también estaba igual. Y tampoco sabía muy bien por qué no mandaba todo al cuerno y hacía lo que realmente deseaba.

—Mark no me ha dicho que ibas a venir.

—Lo decidimos en el último momento. Tuve que ir a casa y allí nos encontramos con Kate, que nos contó. Y mi padre se encaprichó en venir.

Me sonrió divertido y ese gesto hizo que rasgase sus preciosos ojos. Me volvió a abrazar y creí que terminaría abrasándome en el deseo que me consumía en esos momentos.

—Te he echado de menos —me susurró. Pensé en lo estúpida que había sido al no haberle mandado el mensaje con esas mismas palabras. Se apartó y enlazó mi mano, la llevó hasta su boca y besó mis nudillos—. Ven, quiero que los conozcas.

Me llevó junto al resto del grupo que, en los cinco metros que nos separaban, me hicieron un

barrido completo de arriba a abajo. Separó su mano de la mía y me presentó.

—Chicos, os presento a Olivia. Ellos son Bruce, Joel, John y Will .

Identifiqué rápidamente que el rubio al que se refería Mark era Joel. No podía rebatirle. Sí. Estaba buenísimo. Alto, cuerpo atlético, piel clara y cara rasurada, ojos castaños y curiosos. Llevaba su pelo rubio muy corto y ligeramente elevado, y vestía unos vaqueros con una camisa blanca con las mangas recogidas hasta el codo. Bruce, John y Will tampoco estaban nada mal. Los dos primeros morenos de ojos marrones, también con un cuerpo muy cuidado y vistiendo de forma parecida. Will era la nota discordante. Era el más bajito del grupo, rapado para esconder su más que evidente calvicie, aunque su poblada barba apuntada indicaba que antaño lució un pelo pelirrojo.

Los saludé y ellos, rápidamente, empezaron a soltar todo lo que les pasaba en esos momentos por la cabeza y sin ningún tipo de filtro.

—Olivia, —dijo pensativo el tal Bruce—, ¿por qué no nos has hablado nunca de ella, Robert?

Él no respondió. Siguió bebiendo de su vaso tranquilamente.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Will.

—Trabajamos juntos —respondí.

—¿Tienes plaza en el Jonh Knox? —inquirió esta vez John.

—No, no… —titubeé y miré a Robert. No sabía muy bien cómo quería llevar toda esa información. Sin embargo, siguió sin responder, mirándome y dejando todo aquello en mis manos—. Estoy en el programa de Neurocirugía.

—¡Ah! ¿Así que Robert es tu médico responsable? —preguntó de nuevo John.

Su tono llevaba impregnado cierto matiz de comadreo hacia sus compañeros. Fui a responder, pero esa vez Robert sí que se impuso, aunque con mordacidad.

—A John siempre le gusta saber el puesto que tiene cada médico que conoce, por si alguna vez se encuentra con algún jefe que pueda enchufarle en el suyo.

—¿Eres médico?

—John y Will lo son —me explicó.

—Soy cardiólogo —respondió el primero.

—O lo intenta.

—¡No me toques las narices, Robert! —Me miró y me explicó—. Acabo de terminar mi contrato.

—Lo siento.

Llevé mis ojos sobre Will.

—Soy obstetra.

—¡Ah!

—Siempre le ha gustado tocar ahí abajo —dijo Joel, que hasta ahora no había hablado. Su absurda intromisión, sin embargo, se llevó un empujón por parte de su amigo—. Yo soy informático, por si te interesa algo de novedad. Quizá estés cansada de tener siempre lo mismo revoloteando a tu alrededor, ¿no Olivia?

Quise ser educada y sonreí. Pero a Robert no le hizo ninguna gracia. Percibí su tensión a mi lado cuando se cruzó de brazos. Bruce terminó de embarrarlo más, volviendo a la carga con su tema.

—Pero, a ver... Que yo recuerde, nos has hablado en ese programa de La Barbie Parker, de Tom y Jerry, y de los otros dos, que son los únicos que te caen bien, el tío que ha venido antes, Mark, y la amiga de él, Kate, que todavía no conocemos. Pero nunca nos has hablado de ninguna

Olivia, Robert.

—¡Hombre! Es evidente, ¿no? —Y sentí los ojos de Joel posados sobre mí—. Cuéntanos, Olivia, ¿qué tal con Robert como jefe?

—Bien.

No quise añadir más.

—«Bien» solo no nos vale. ¡Vamos! ¡Danos algo con lo que reírnos un rato! —insistió Will—. No sé, alguna cagada que haya tenido.

—O algún paciente que le haya vomitado —sugirió John.

—O alguna tía con la que le hayáis pillado en su despacho —terminó Joel.

—¿Quizá tú? —sugirió Bruce.

Me sentí bastante incómoda con esa insinuación. Pero Robert no entró. Solo se giró hacia mí con una sonrisa tranquila.

—No te asustes. Siempre son así de capullos. —Y, volviéndose a ellos, les advirtió—: Vais a conseguir echarla.

—¡Joder! ¡Olivia! ¡No! ¡No te vayas!

—Es solo que Robert tampoco nos cuenta mucho de su vida y nos gusta elucubrar sobre ella.

—Hubo un tiempo —empezó a decir Will con un falso dramatismo— que yo era el hombro en el que llorabas. ¡Compartíamos todo!

—¡Incluso las tías! —añadió John.

—Incluso las tías —confirmó Will—. Y, desde que te mudaste del apartamento, nada.

Me dirigí a Robert, que aguantaba todo aquello con una calma increíble.

—¿Fueron ellos con los que viviste en Chealse durante la interinidad?

Asintió.

—¡Eh! ¿La has hablado de nosotros? —gritó Will.

—Yo sigo insistiendo, ¿y por qué nosotros no sabemos nada de ella, Robert? —volvió a preguntar Bruce.

Pero ya nadie le prestó atención.

—Nos dejó, Olivia —volvió a melodramatizar Will.

—Nos abandonó —siguió diciendo John—. Nos cambió por su prima, que sí, que está buenísima. Pero, ¡joder! ¡Él no se la iba a tirar! Por cierto, Robert, necesito tirarme a Annie como sea.

—Fueron buenos meses —recordó Robert, ignorando el comentario.

—Nos lo pasábamos bien, aunque quizá hubo demasiado desparrame —pensó Will en voz alta.

Y comenzó a reír con Robert y con John. Este último, añadió:

—Al final, nos vimos obligados a cambiarlo por eso de ahí —y señaló a Joel.

—Salisteis ganado —apuntó este último.

—¿Qué salimos ganando? ¡Pero si hacia la cama, fregaba los platos y hacia el baño una vez por semana! —se quejó Will—. El primer día que llegó, nos preguntó que dónde guardábamos la plancha. ¡La plancha! ¿Tú sabes lo que es vivir con un tío así?

No pude evitar reír. John rodeó a Robert con su brazo y llevándose la mano a los ojos, gimoteó:

—¡Cómo te echábamos de menos!

Me giré hacia Bruce.

—¿Y tú cómo llegaste a sus vidas?

Me sorprendió ver que Robert, que había estado muy tranquilo hasta entonces, lo miró con tensión. Todos se dieron cuenta de su cambio y empezaron a desternillarse. Bruce me respondió sin parar de reír.

—Mejor que te lo cuente él.

Robert de movió inquieto mientras yo le observaba a la espera. Se mesó la barba de escasos días que ya perfilaba su rostro y, después, intentó sonreír con naturalidad.

—Te lo cuento otro día.

Y los demás rompieron de nuevo en carcajadas. Pero Bruce, intentando recomponerse, me dijo:

—Solo te diré que conocí a estos tres estando de servicio —Le observé, sin saber qué quería decirme con eso, hasta que añadió—: Soy policía.

Dirigí mis ojos hacia Robert y sonreí divertida. Realmente quería conocer aquella historia si lo sucedido era capaz de alterarlo de ese modo.

—No, Olivia. No te lo voy a contar.

—Te lo cuento yo, si bailas conmigo.

—¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! —empezó a decir Will—. Me da que Joel todavía no se ha enterado de nada.

Y volvieron a reír a carcajadas. Robert suspiró y miró a su amigo con cierto tinte de molestia. Después, desvió los ojos hacia mí.

—¿Dónde estáis?

—En la terraza.

—¡Oh! ¡No! ¡Robert! ¡No te la lleves!

—Te prometemos que a partir de ahora vamos a portarnos bien.

Robert posó los ojos sobre mí, intentando evaluar lo que aquella situación me estaba generando. Le sonreí.

—Estoy bien.

—¿Ves, Robert? Olivia está bien.

—¡Está más que bien! —apuntó Will. Robert le lanzó una mirada rápida que su amigo recibió con las manos abiertas frente al pecho—. ¡Eh! ¡Tranquilo, fiera!

Y volvieron a reír, a excepción de Robert. No quise alterar más el buen ambiente que tenían antes de que yo llegase.

—Bueno, solo me había acercado a saludar. Encantada de conoceros. —Volví mi rostro hacia Robert—. Luego te veo.

—Espera —dijo cogiéndome del brazo cuando ya me iba—. Voy contigo y saludo a tus padres. —Se giró hacia el grupo—. Ahora vengo.

Volví a despedirme de ellos. Me di la vuelta y comencé a andar entre la gente con Robert a mi lado. Posó su mano sobre mi cintura e, incluso, llegó a bajar un poco más allá. Su contacto hizo que mi piel ardiera y mi zona erógena comenzase a reclamarle. Me giré hacia él y enlacé sus ojos con los míos. Vi en ellos el mismo deseo que yo contenía.

Cruzamos las puertas que daban acceso a la terraza. Robert bajó sus labios a mi oído. Me estremecí al escuchar su voz susurrante.

—¿Qué vas a hacer luego?

—Imagino que estaré aquí hasta que mi padre se aburra o mi madre empiece a impacientarse. Después, les pediré un taxi que los lleve al hotel y, luego, no sé…

Ralenticé el paso y esperé su propuesta.

—Duerme conmigo esta noche.

Sonreí y, por supuesto, asentí. Después, retiró su mano de mi cintura. Estábamos prácticamente encima y Mark ya nos había visto.

31
ROBERT

No sé cómo conseguí controlar mis ansias de Olivia. La única razón por la que lo hice fue para poder cumplir su deseo de mantener lo nuestro en secreto; al menos, para sus padres y durante el tiempo que ella necesitase. Sabía lo que nos jugábamos. Y, por encima de todo, no quería causarla más problemas y, mucho menos, un enfrentamiento con ellos. Eso podría destrozarnos a todos. No importaba esperar a que ella estuviese preparada y a que encontrase el mejor momento. Prefería eso a forzarlo y perderla de nuevo.

Me porté como debía. Saludé a Tom que, nada más verme, me abrazó entusiasmado. ¡Me encantaba ese hombre! Me sentía muy cómodo con él y sus conversaciones eran tan absorbentes que podría pasarme horas escuchándole. Todo lo contrario que Beverly. Su frialdad era cada vez más evidente. Había visto su cambio el día anterior. Al principio, me había acogido con familiaridad. Pero, en mitad de la cena, todo se torció. Ya entonces me temí que hubiese atado cabos y sospechase quién era yo. Quizá pudo llegar a imaginarlo después de escuchar que estudiamos juntos en Stanford. No lo sabía muy bien. Aunque estaba claro que cada vez escondía menos su animadversión hacia mí. Su actitud me dolía y me desestabiliza a partes iguales.

—Me alegro de verte de nuevo, Beverly. ¿Qué tal el día?

—Cansado.

—Ya me imagino. ¿Necesitáis algo?

—No, gracias.

Frustrado, la sostuve la mirada. Después, llevé mis ojos hacia Brad que estaba allí cerca junto a Kate. Me disponía a ir a saludarlo cuando, de pronto, sentí una voz que me paralizó.

—¡Hola! ¡Yo soy Will!

—Hola, Will. Soy Tom, el padre de Olivia.

—¡Hola Tom! Me llamó John.

Me di la vuelta despacio. No era posible que nos hubiesen seguido. Pero sí. Allí estaban mis cuatro amigos haciendo una de las cosas que más les gustaba: dar por culo. Miré a Olivia, que les observaba a distancia e intentando refrenar su sonrisa mientras se mordía el labio inferior. Mi cerebro desconectó unos segundos y se centró en el deseo que me generó su imagen.

—¡Hola! ¿Tú eres la mamá de Olivia? ¡Joder! Sois iguales. ¡Soy John!

Me giré rápidamente hacia él. Beverly le ofrecía su mano con una sonrisa tensa. Unos pasos más allá, Tom estaba encantado saludando también a Joel y a Bruce. Will, por su parte, estaba hablando ya con Mark, al que le había presentado yo antes.

No oculté mi malestar. Aparté a John de Beverly, aunque rápidamente apareció Bruce para presentarse. Me lo llevé a un lado y le rodeé con mi brazo sobre sus hombros.

—¿Qué cojones estáis haciendo? —siseé. John me observó sonriente, pero no se amilanó ante mi cabreo. Eran demasiados años juntos y me conocía muy bien—. ¿No os dije que volvería enseguida?

—Sí, bueno, pero dentro cada vez hay más agobio… —Se zafó de mí—. Además, al oír que ibas a saludar a sus padres, pues nos pareció buena idea venir a conocerlos.

Y levantó sus cejas un par de veces con una sonrisa abierta.

—No me jodáis, John —susurré frente a su cara.

Me dio un golpe seco en el brazo.

—¡Tranquilo, tío!

Se dio la vuelta y volvió con el grupo. Dejé soltar el aire que contenía. Sentía mi mandíbula tensa, mis puños cerrados por la presión que me generaba todo aquello. Eché un vistazo. Tom había vuelto a sentarse y charlaba con Bruce. Mark y sus dos amigos, Alfred y Paul, se habían acercado hasta ellos. Beverly se estaba sentando en el sillón de al lado. Will había cazado a Kate. Brad, a su lado, llevó su sonrisa hacia mí. Levanté mi mano, saludándolo. Enseguida iría a hablar con él. Pero antes debía apartar a Joel de Olivia.

No sabía cómo se las había ingeniado, pero mi amigo (aunque ya empezaba a cuestionarme ese estatuto para él) había conseguido apartarla a un lado y estaba entablado conversación con ella. Sabía, perfectamente, por qué. Olivia sonreía. No podía esperar otra cosa de ella. Su carácter era amable y nunca cerraba la puerta a nadie nuevo. Y él aprovechaba esa circunstancia para ir un poco más allá y posar levemente sus dedos sobre su brazo, para aproximarse, para mirarla hambriento y engatusarla con sus ojos rasgados.

Centré mi objetivo y caminé hacia él. Pero, cuando estaba a punto de llegar, Mark me abordó y me pidió que nos apartásemos para hablar. Le seguí, aunque me resultaba difícil alejar mis ojos de ellos dos.

—Oye, ¿tu amigo Apolo es ‘hetero’?

Me bloqueé. No sabía de qué demonios me estaba hablando.

—¿Cómo?

—Sí, Joel, el rubito.

Volví al principio de la conversación.

—¿Cómo le has llamado?

Mark empezó a reír.

—Apolo. —Lo escruté, buscando una explicación—. Cosas mías, Robert.

—Compártelas conmigo...

Me crucé de brazos y esperé.

—Pues, chico, que con esos cuerpazos que gastáis, parecéis sacados del “Consejo de los dioses”, de Rafael.

No pude aguantar la risa.

—¿Y quiénes somos cada uno?

—Joel es Apolo, por supuesto.

—Claro —ironicé.

Volví la mirada hacia él y Olivia. La estaba haciendo reír. Respiré intranquilo.

—Bruce es Ares.

—¿Y la razón es…?

—Por esa barba tan poblada y desaliñada. Cuando vas a la guerra tampoco tienes muchos sitios donde ir a que te la perfilen. John es Hermes.

—¿Por la labia que tiene?

—¡Cómo me entiendes, Robert!

—¿Will?

—Marsias.

—Ese no era un dios.

—No. Era un sátiro. Es lo que tiene por ser pelirrojo y llevar esa barba tan apuntada. Marsias le tocó las narices a Apolo y creo que se lo cargó.

—Tiene gracia. Will y Joel chocan bastante.

—¿Ves? Si es que tengo muy buen ojo.

—¿Y yo?

Mark entornó los ojos, puso su mano sobre mi hombro, y dijo:

—Parece mentira que no lo sepas. Bueno, ¿qué me dices de tu amigo?

Miré de nuevo hacia ellos. Olivia le estaba contando algo y él la escuchaba con la cabeza ladeada y una estúpida sonrisa.

—Pues, hasta donde yo sé, sí es 'hetero'. Y parece bastante interesado en reafirmarlo con Olivia.

Mis ojos se giraron de nuevo hacia ellos dos. Mark también los observó.

—No dudes de ella.

—No lo hago. —Suspiré. Y, de pronto, caí en lo más importante—. Mark, Olivia no quiere que nadie sepa lo que ha pasado entre nosotros. Así que sé discreto, por favor.

—¡Parece mentira que me digas eso, Robert! ¡Con lo discreto que soy yo!

—Ya, bueno… Oye, ¿Kate sabe algo?

—Sí.

—Entonces, ¿Brad?

—No, Robert. No te pierdas. Kate y yo vivimos con Olivia. Es lógico que nos lo cuente antes de que te veamos salir un día de su habitación desnudo y nos dé un infarto del susto… o del gusto. No sé. Yo solo doy ideas. Bueno, entonces tu amigo, nada de nada, ¿no?

—No lo sé, Mark.

—Bueno, voy a probar, a ver qué tal.

—Te acompaño y me llevo a Olivia.

—¿A los baños?

«Ya me gustaría».

Le sonreí.

—No.

Le cedí el paso. Mark no se andaba con rodeos. Enfiló en su dirección sin ninguna duda. Olivia desvió su mirada hacia nosotros al intuir nuestra llegada. La enlazó a la mía y me sonrió. Aquello fue suficiente para encontrarme de nuevo seguro.

—¡Hola! —canturreó Mark—. Estaba hablando con Robert sobre mitología griega. ¿Te gusta la historia, Joel?

—Bueno, los mitos no son algo muy histórico, ¿no?

—Hombre, teniendo en cuenta que los crea una cultura, pues tú me dirás.

Dejé de escucharlo y me centré en Olivia.

—¿Quieres algo de beber?

—¡Uff! ¡Nada de alcohol! Esta semana ha sido un poco loca.

—¿El Macallan?

—¿Qué pasa con mi Macallan? —preguntó Mark como un resorte.

—Vamos a la barra. ¿Quieres algo? —propuse.

—¡Vale! Pues si me traéis un Cousin Scotty… ¿Tú quieres algo, Joel?

—Joel ya tiene su copa, ¿verdad?

Mi amigo la levantó y se la mostró a Mark.

—Ahora venimos.

Me alejé con Olivia y nos dirigimos a la barra que había al otro extremo de la terraza. Era extraño tenerla tan cerca y no poder tocarla. Probar sus labios de nuevo se estaba volviendo una necesidad vital para mí. Y el hecho de no poder hacerlo aumentaba mi deseo de manera demencial.

No nos habíamos alejado ni diez pasos, cuando unos brazos se colgaron de mis hombros por detrás.

—¡Ey! ¿Dónde vais, parejita?

—Will… —dije pesaroso y me aparté de su agarre.

—Vamos a la barra —respondió Olivia.

—¡Ah! Pues os acompaño.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Ahora mismo, no.

Pasé de decirle algo más, pero le taladré con la mirada. Solo conseguí que él comenzase a reír para sí mismo. Desvié mis ojos hacia Olivia. Tenía una sonrisa tranquila en su rostro. Todo aquello parecía divertirle bastante. Así que decidí no luchar.

Cuando llegamos, esperamos pacientemente a que el camarero reparase en nosotros. Will aprovechó para entablar conversación con Olivia. No me inmiscuí. Dejé que hablasen tranquilamente y me dediqué al deleite que suponía observarla. Estaba relajada y, cuando eso sucedía, su belleza se tornaba extraordinaria. Su calma se convertía en un maravilloso remanso que me enganchaba, me seducía, me cautivaba sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Tampoco quería hacerlo. Era el mejor lugar para poder estar.

Aprovechando que el camarero rondaba por el lado en donde ella estaba apoyada, rodeé a mi amigo y conseguí ponerme más cerca. Mi proximidad no la dejó indiferente y volvió la vista hacia mí. Su mirada estaba cargada de una gran intensidad. Ya no velaba sus emociones y eso me derretía. Me coloqué a su espalda y me centré en llamar la atención del camarero. Cuando conseguí que se parase enfrente mía, pedí el cóctel de Mark, una cerveza para mí y otra para Will. Olivia pidió un refresco.

Después, me di la vuelta y me apoyé en el metal. En esa posición, la tenía mucho más cerca. Ella me buscó de forma velada dando un paso hacia atrás. Siguió hablando con Will de las cuestiones burocráticas de los hospitales. No me interesé en participar. Solo quería perderme en ella y dejarme acariciar por su proximidad. Barrí su pequeño cuerpo con mis ojos. Me gustaba lo que había elegido. Parecía un atuendo sencillo, pero estaba cargado de sensualismo. La camisa satinada de tirantes caía sobre sus pechos, marcándolos perfectamente y sugiriéndolos con una sutileza tremendamente adictiva. Apenas podía retirar la mirada de ellos. Lo peor de todo era que yo no era el único. Pero, además, esos pantalones vaqueros eran toda una invitación al goce. Se ajustaban a su cuerpo de tal forma que era imposible no caer rendido a las líneas de sus caderas, de su trasero, de sus piernas. Su cuerpo era puro deseo.

Sentí un ligero cosquilleo en mis dedos. Reclamaban tocarla. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que era incapaz de luchar contra la corriente de partículas que desembocaba en ella. Era

puro magnetismo que nos atraía irremediablemente, cada vez más intenso, cada vez más ineludible y cada vez más evidente para todos.

—¡Qué pasa! —saludó John, llegando a nuestra altura—. ¿Os venís a la barra y no me avisáis?

—Estabas muy entretenido —se excusó Will.

—Oye, Olivia, tu padre es la hostia. Me ha estado contando un viaje que hizo a El Cairo para escribir una novela… ¡Joder! ¡Qué guapo! ¿No os molaría?

—¿El qué? —preguntó mi otro amigo.

—¡Joder! ¡Pues eso! Pasarte la vida viajando para escribir luego historias sobre esos lugares. ¿Y a ti te llevaba cuando eras pequeña?

—No —respondió risueña—. Mi padre empezó a dedicarse a la escritura de forma profesional cuando yo ya era mayor. Antes era profesor de Literatura en un instituto.

John sacó su móvil del bolsillo.

—Tengo que buscarlo. ¿Cómo se llama? ¿Tom qué más?

Oliva negó sin borrar su sonrisa.

—Publica bajo seudónimo. Y no quiere que nadie sepa quién es.

—No te preocupes, Olivia. Mis labios están sellados. Puedes confiar en mí.

—No lo intentes, John. No te lo va a decir —le advertí.

—¿Tú lo sabes?

—No.

John sonrió de medio lado y miró a Will de refilón. Estaban tramando algo. Me impacienté y busqué al camarero con la mirada, pero no aparecía por ningún lado. Volví de nuevo mi atención a ellos. Olivia estaba empezando a lidiar con los intentos de Will y de John de sonsacarle el seudónimo de su padre. Pero ella lo llevaba bastante bien. Ambos parecían dos ametralladoras lanzando preguntas y ella respondía con calma a todas, por supuesto, con evasivas o con una negativa directa.

El camarero, finalmente, decidió aparecer y volvió a colocarse frente a nosotros para preparar las bebidas. Primero, el refresco de Olivia. Aproveché la circunstancia y busqué un contacto casual que no despertara las alertas a nadie que pudiese estar viéndonos. Cogí el vaso y me volví. Puse mi mano sobre su cintura y la acaricié, mientras la tendía la bebida. El contacto me embriagó y aumentó el deseo que tenía de ella.

—Gracias —me susurró y me regaló esa suave sonrisa que iluminaba todo mi mundo.

Después, volvió de nuevo la atención sobre mis amigos y yo retiré mi mano. Me di la vuelta hacia el camarero y dejé soltar el aire en un claro síntoma de desesperación. Me iba a volver loco. Lo llevaba jodido si quería tener un momento a solas con Olivia. Ya me podía ir concienciando de ello porque la situación no me lo iba a permitir.

El camarero terminó de servir las dos cervezas que habíamos pedido Will y yo, y se puso a preparar el cóctel de Mark. Cogí una de las dos botellas y se la tendí a Will. Después, me apoyé en la barra y comencé a beber de la mía. Los escuché en silencio hasta que la bebida de Mark estuvo terminada. Fui a pagar, pero Olivia lo percibió y, dejando a mis amigos con la palabra en la boca, puso sus manos sobre mi cartera.

—¡Para! ¡Para! Esta vez pago yo.

—No, Olivia.

—Robert… —me advirtió.

Echó mano a su bolso y sacó su tarjeta. Fue a dársela al camarero, pero saqué la mía y se la ofrecí al mismo tiempo. El tipo de la barra nos miró dudando. Olivia alargó su mano hacia mi

VISA y me la arrancó.

—¡Eh! —me quejé.

Después, le tendió la suya. El camarero la acercó el datáfono y Olivia pagó. Finalmente, me devolvió mi tarjeta con la victoria en sus labios. Entorné la mirada mientras la guardaba de nuevo en la cartera.

—No te enfades, Evans.

Había un matiz irónico en su tono.

—No me enfado. Pero no me gusta que rechacen mis invitaciones.

—Y no las rechazo. Pero también me gusta invitar a mis amigos.

Me guiñó un ojo, y desvió su mirada hacia Will y John. Intenté tragar, pero me fue imposible.

—Si os sirve de algo, —empezó a decir Will—, yo estoy encantado de que me invitéis. Cualquiera de los dos.

—Yo me siento desplazado —gimoteó John.

Pesaroso, le tendí mi cerveza y cogí el cóctel.

—Voy a llevárselo a Mark. ¿Os puedo dejar a Olivia un momento sin que la incordiéis demasiado?

Empezaron a protestar.

—¡Joder! ¡Robert!

—¡Parece mentira!

—¿¡Cómo puedes decir eso!?

—Acabas de herir mis sentimientos.

—¡Después de tantos años!

—¡Y tantas cosas juntos!

—¡Lo que hay que aguantar!

Pasé de ellos. Llevé mi mano en la espalda de Olivia y me acerqué a su oído.

—Si tienes que huir, hazlo. Y no mires atrás.

Empezó a reír y yo me estremecí al oírla. Me alejé de ellos con el deseo de que, cuando volviese, no hubiese nada por lo que preocuparse. Pero con esos dos no lo tenía nada claro. Enfilé el camino y, mientras lo hacía, evalué a Joel. No se le veía incómodo. Hablaba con Mark con naturalidad y parecía despreocupado. Al verme llegar, me recibió con una sonrisa. Mark se dio la vuelta y le tendí su cóctel.

—¡Uy! ¡Qué bien! ¡Gracias, Robert! Me estaba contando Joel cómo os conocisteis.

Le sonreí. Pero lo cierto era que cuando Joel llegó a mi vida no estaba en mi mejor época. Más bien, todo lo contrario. Estaba en el momento más bajo de toda mi existencia.

—Le decía a Mark que vine a poner un poco de orden en la vida de todos ellos.

—También me ha dicho Joel que vivías con Annie.

—Sí. Me mudé con ella porque, como ha dicho Joel, yo también necesitaba poner algo de orden en mi vida.

Mark me observó con curiosidad, pero decidió no indagar. Prefirió cambiar de tema y yo se lo agradecí.

—¿Sabes que Joel trabaja ayudando a la policía en delitos informáticos?

—¡Claro!

—Es que me parece súper interesante. Porque, a ver, si yo quiero poner una contraseña segura…

Desvié la mirada hacia Olivia. Reía a carcajadas. También percibí que Bruce se estaba

acercando con Alfred y Kate hasta ellos. Les obligaron a retirarse un poco de la barra y, aprovechado que la música había ido dejando atrás el sonido electrónico puro por algo más comercial, improvisaron una pequeña pista de baile. Los seis empezaron a moverse. Sonaba “We Found Love”, de Rihanna, y me resultó curioso comprobar lo bien que se complementaban. Pero muy pronto mis ojos no pudieron desprenderse de ella. Se contoneaba con una soltura maravillosa. Era un auténtico placer verla. Comenzó a mover sus caderas de manera sugerente y sentí como me excitaba cada vez más. Era puro sensualismo. Poco me importó que Will se colocase tras ella. Me daba igual, porque sabía que solo era un juego, y que yo podría disfrutar del movimiento de ese cuerpo esa misma noche y solo para mí.

Olivia llevó sus ojos hasta los míos y enlacé su mirada. La atrapé a pesar de la distancia física que había entre nosotros. Esos metros eran una mera entelequia. Livi y yo éramos incapaces de romper los lazos que nos unían más allá de todo intervalo de lugar o tiempo. La arrastré hacia mí de forma tan poderosa como ella era capaz de hacerlo conmigo. Will la instó a girar y ella dio una vuelta sobre sí misma. Pero volvió a posar sus ojos sobre los míos. Bailaba para mí y me tentó desde allí a gozar con ella. En otras circunstancias, no lo hubiese dudado.

Sentí que alguien se colocaba a mi lado. Miré y vi a Brad, cruzado de brazos y mirando también hacia ellos.

—¡Hola! —dije afable.

—Necesito que hablemos, Robert.

Imaginaba de qué. No lo evité más.

—Vamos a la barra y te invito a algo.

32
ROBERT

Brad se había propuesto terminar con la pequeña esquirla que había entre nosotros. Y yo no me negué. Sabía que lo que había ocurrido ente él y Olivia había sido hacía más de un año y que ella no le había dado importancia. Aun así, no podía negar que aquello había abierto una brecha pequeña en nuestra naciente amistad. Quizá podríamos haber vivido el resto de nuestra vida con ella. A fin de cuentas, lo que nos había unido era nuestro vínculo profesional. Pero estaba claro que Brad quería ir más allá de esa mera afinidad y, con ese gesto, lo estaba demostrando. Hubiera sido injusto cerrarle la puerta.

Para ir a la barra, pasamos junto a nuestros amigos. Habían conseguido que más gente de la terraza se animara y aquello ya empezaba a parecerse a la zona de dentro. Brad fue abriendo paso, pero yo me entretuve observando a Olivia moverse. Me miraba en una clara invitación. Desvié lo ojos hacia Brad para ver dónde estaba y, después, me acerqué a ella.

Me encantó ver la cara de Will cuando Olivia pasó de él y vino hacia mí. Bailó delante mía unos segundos, con una sonrisa y una mirada que no me dejó indiferente. Puse mi mano sobre su cintura y me moví con ella. Después, me aproximé a su oído y la susurré.

—Me voy a ir porque si sigues así, vas a acabar conmigo.

—Eres un quejica, Evans.

Me aproximé de nuevo y sentí cómo se estremecía con mi contacto.

—Me quejo, sí. Porque lo único que quiero es follarte de una vez por todas. Creo que no eres consciente de cómo me pones, cariño.

Aproximó sus labios hasta mi oído. Sentir su respiración sobre mi piel hizo que me volviese loco. La aferré con más intensidad, apretando mi mano sobre su espalda y pegándola totalmente a mí. Estuve a punto de mandar todo a la mierda y besarla allí mismo.

—Te quejas de cómo te pongo, pero tú tampoco eres consciente de cómo me tienes a mí. Llevo toda la noche queriéndote arrancar esa camisa y lamerte entero. Hasta el final.

Cerré los ojos de puro placer. Cuando los abrí, los clavé sobre ella. Pero Olivia, leyendo mis intenciones, se apartó despacio y sin dejar de mirarme. Volvió donde estaba el resto de nuestros amigos. Se dio la vuelta y siguió bailando con ellos. Will me dedicó una mueca libidinosa y yo le advertí con la mirada. Después, fui directo a la barra.

Brad ya estaba allí esperándome.

—¿Qué tomas, Robert?

—Una cerveza.

Se giró hacia el camarero y le pidió dos Samuel Adams. Esperó a que las sirviera. Después se volvió hacia mí, me tendió una y, sin ningún rodeo, empezó a hablar.

—Robert, siento mucho que te hayas tenido que enterar así de lo que hubo entre Olivia y yo. Sé que ella ha hablado contigo y te habrá explicado… —Esperó a que se lo confirmase y así lo hice con un ligero movimiento de cabeza —. Todo se ha desmadrado porque… porque… — Suspiró y giró su cabeza hacia un lado. Tomó aire y volvió a hablar—. En realidad, todo se ha desmadrado porque soy un gilipollas. Encajé mal la discusión que tuve con Kate. Me cogió por

sorpresa. La verdad, no podía imaginar que ella estuviese así. Y eso me cabreó. Se me fue la olla y… No solo hice daño a Kate, sino que metí en un lío a Olivia.

—En un buen lío —apunté.

Quise hacerle partícipe de que a mí tampoco me había gustado que utilizase a Olivia de esa manera. Bajó la cabeza.

—Aunque Olivia te lo haya contado, quiero confirmártelo yo también. Lo que hubo entre nosotros solo fue una noche y nada más. —Bebí de mi cerveza. Imaginarlo, volvió a ponerme muy tenso. Miré hacia Olivia y busqué algo de serenidad en su sonrisa—. No hubo nada romántico. Y tampoco nos interesó tener nada más allá de aquella noche. Cuando nos volvimos a encontrar meses después, no volvió a surgir la chispa.

—Gracias por contármelo, Brad.

—No quiero que esto pueda afectar a nuestra relación.

—No lo va a hacer. Estate tranquilo.

—Sé que entre Olivia y tú ahora mismo no hay nada. —No quise sacarle de su error—. Pero soy consciente de lo importante que es ella para ti.

—No te preocupes, Brad. No soy quién para cuestionar lo que haga o haya hecho Olivia. Ella es libre de acostarse con quien quiera.

Volví a beber y desvié de nuevo mis ojos hacia ella. En realidad, sí que me importaba. Pero los celos que podía generarme aquello debían quedar solo para mí. Aunque esa semana ya había demostrado lo vanas que eran mis palabras. No había reaccionado bien ni cuando la vi con Pearlman ni cuando me enteré de que había estado casada. De ambas, esa última era la que más me había afectado. Imaginarla en brazos de otros hombres me podía crear cierto pesar. Pero que hubiera alguien que hubiese ocupado un lugar importante en su vida llegaba a causarme dolor y me llenaba de inseguridad. En mi vida no había habido nadie capaz de equipararse a ella. Olivia lo había ocupado todo. Había sido mi mundo. Saber que en su vida había habido alguien más importante que yo me había dañado. Y lo había hecho hasta extremos difícilmente imaginables. Quise cambiar de tema para no caer en la espiral de emociones tóxicas a la que me llevaba todo aquello.

—¿Cómo te encuentras ahora, Brad?

Respiró profundamente. Bajó su rostro hasta la cerveza. Y de allí, desvió sus ojos hacia el grupo. Supe enseguida que estaba mirando a Kate.

—Estoy destrozado. No te voy a mentir. Creí que estábamos bien. Pero estaba claro que mi felicidad me había nublado totalmente y no me dejaba ver la realidad de lo que había. Todo me ha estallado en la cara con demasiada fuerza.

—Al menos, no habéis acabado con la relación de amistad.

Intenté darle algo a lo que agarrarse. Pero ni siquiera le servía.

—Y no quiero romperla. Pero cada vez que estoy con ella… —Temí que se quebrase allí mismo—. Ha pasado muy poco tiempo. Hace tan solo una semana, a esta hora, estaba entre mis brazos. Y, ahora mismo, tengo que ver como un tío que no conozco la soba mientras baila con ella.

Miré hacia Bruce. Efectivamente, aquello estaba subiendo de grados. Alfred incluso se había retirado a un lugar menos hostil y, en esos momentos, reía a carcajadas junto con Paul y Tom.

—No te preocupes por Bruce. Es inofensivo —mentí.

Pero tenía que hablar con él cuanto antes y obligarle a que se buscase otra opción para aquella noche.

—No sé qué hacer, Robert.

—Quizá establecer un poco de distancia. Tú también necesitas tiempo para adaptarte a la nueva situación. Y salir con ella un sábado por la noche no es quizá lo mejor que te pueda venir ahora.

Bebió de su cerveza mientras meditaba mis palabras. Me mantuve a su lado en silencio. No quería molestarle. Volví a centrarme en Olivia. Me observaba de perfil. Pero sus ojos no mostraban la misma alegría que unos minutos antes. Pensé que estaría preocupada por lo que Brad y yo pudiésemos estar hablando. No podía imaginar, entonces, lo equivocado que estaba.

—Hola, Robert.

Reconocí esa voz melosa de inmediato.

—¡Brooke!

«¡Mierda!».

—¿Cómo estás? —dijo mientras me rodeaba con su brazo por la cintura y me daba un beso en la mejilla—. ¿Te acuerda de Dorothy?

Tristemente, sí. Hacía unos años también había estado entre mis sábanas. En concreto, la noche que estuvo, también las compartió con Brooke. En aquel momento, montarme un trío con esas dos rubias me pareció lo mejor que podía pasarme. De hecho, con Brooke había repetido otras dos veces más. Sin embargo, con Olivia a escasos metros de nosotros, hubiese deseado que todo aquello no hubiese pasado.

—¡Claro! ¿Cómo estás, Dory? —La besé también en la cara. Ella me acarició el hombro al alejarse. Me sentí incómodo con ese gesto—. Hace mucho tiempo que no nos veíamos.

—Demasiado —respondió —. Pero eso es solo culpa tuya.

Puso su dedo índice sobre mi pecho varias veces cuando lo dijo y, después, lo acarició.

—El trabajo. Ya sabes...

—El Dr. Evans no tiene apenas tiempo libre, amiga; ni si quiera para coger el teléfono, ¿verdad, Robert?

Y se apoyó sobre mi hombro. Detecté el tono de acritud de Brooke al instante. Después de estar con ella un mes atrás, en mi intento nefasto de pasar página de Olivia, me había llamado varias veces. Y, como un auténtico capullo, no la había contestado. Solo la había mensajeado con promesas incumplidas de devolverle esas llamadas cuando tuviese un hueco libre.

—Están siendo semanas bastante ajetreadas.

—¿No nos presentas a tu amigo? —propuso Brooke.

—Sí, claro.

Les presenté a Brad y, mientras iniciaban una pequeña conversación, llevé mis ojos hacia Olivia. Ya no me miraba. Se había perdido entre el resto de la gente que ahora bailaban al ritmo de “Poker Face”, de Lady Gaga.

—¡Ah! ¿También eres médico?

—Pediatra.

—¡Vaya! —escuché a Dorothy—. Trabajar con niños debe ser bastante jodido, ¿no?

—Hay momentos buenos y malos, como en cualquier otra especialidad.

—¿Tú no trabajabas también con niños, Robert?

Miré a Brooke que era la que me demandaba y me pregunté qué demonios había visto en ella en el pasado.

—De vez en cuando.

—Ya me gustaría verte, Robert.

Y empezó a reír al tiempo que me rodeaba con sus brazos por la cintura. Rasgué la mirada. Había cierto toque irónico en sus palabras.

—¿A qué viene eso, Brooke?

—Bueno, pues a que para trabajar con niños, no sé, al menos deberían gustarte, ¿no?

Separé sus brazos de mi cuerpo.

—¿Qué te hace pensar que no me gustan?

—Pues tu estilo de vida, quizá. No sé, Robert. La verdad es que, cuando se te conoce, lo que menos podrías pensar es que serías un buen padre.

Llevó su mano a mi pelo y lo acarició. Me separé al instante. La mantuve la mirada con desagrado. Después, me lo pensé y me contuve para evitar responder con alguna salida de tono demasiado brusca.

Desvié mis ojos hacia la zona de baile. Ya no la veía.

—Ahora vengo.

Y me fui. Pasé de dar explicaciones. Me metí de lleno entre la marabunta que saltaba al ritmo de “Toxic”, de Britney Spears. La busqué con la ansiedad carcomiéndome. Fui hacia Will. Le agarré. Paró de dar botes y me miró.

—¿Dónde está Olivia?

Se encogió de hombros.

Miré a todas las direcciones. Dirigí mis ojos hacia la zona de los sillones, pero allí tampoco estaba. Caminé hasta Kate y la separé de Bruce. Me acerqué a su oído para que me escuchase.

—¿Has visto dónde ha ido Olivia?

—La vi que entraba. Imagino que estará en el baño.

—Oye, otra cosa. No te acerques a mi amigo. No te lo recomiendo. —Me miró contrariada. Le guiñé un ojo—. Hazme caso.

Le sonreí y fui dentro de la sala en su busca. Al entrar, la música aumentó tanto en decibelios que sentí que me golpeaba el cerebro. Miré de un lado a otro y seguí sin encontrarla. Allí había demasiada gente, demasiada oscuridad y demasiada confusión como para poder hallarla a simple vista.

Hice caso de lo que me dijo Kate y me dirigí a los baños. Enfilé el pasillo que llevaba hasta ellos. Encontré la típica fila esperando para entrar en el reservado a mujeres.

Respiré profundamente.

Si me lo seguía pensando no lo haría.

Conté hasta tres y, sin mediar palabra, pasé dentro. Me llevé la protesta, los insultos y los bufidos de descontento de las tres tías que esperaban fuera. Pero me dio lo mismo. Abrí la puerta con tanto ímpetu que rebotó contra la pared. Las chicas que había dentro frente al espejo me miraron asustadas. Pasé por delante de las tres cabinas mirando por el hueco libre que había junto al suelo. En la última, reconocí sus tacones. Estaba de pie y dada la vuelta.

Llamé a la puerta.

—¡Olivia!

Esperé paciente y sonriendo a las dos tías que allí había y que me miraban con ganas de

partirme la cara. Afortunadamente, la puerta se abrió. Vi su rostro de consternación.

—¿Qué haces aquí?

No la respondí. La rodeé de la cintura, llevé mis labios sobre los suyos y comencé a devorarla. La metí dentro y cerré de un portazo. Olivia se agarró a mí como pudo. Fuera se escucharon vítores de entusiasmo. Pegué su cuerpo contra la pared lateral de madera que, ante mi envestida, se movió peligrosamente.

—Robert… —gimió en un susurro.

—No dudes nunca de mí, Olivia.

Volví a cubrir su boca con mis labios. Y, después, bajé por su cuello besándolo, lamiéndolo, mientras mi mano se colaba por debajo de su camisa hasta llegar a su pecho. Aparté la copa del sujetador de encaje y lo acaricié con vigor. Me encantaba sentirlo en mi mano, tan suave, tan mullido, tan tentador. Agarré la camisa de tirantes por el bajo y se la saqué por la cabeza. La sostuve en la mano con la que rodeaba su cintura. Miré sus pechos con aquel sujetador negro y sentí un deseo mayor de hacerla mía. Bajé mi rostro y envolví su pezón entre mis labios. Escuché su respiración profunda, que intentaba sin éxito pasar desapercibida.

Elevé mi rostro y la miré fijamente. Me perdí en el brillo de sus ojos verdes.

—Solo estás tú. En mi corazón solo hay sitio para ti, amor. No hay nadie más que tú.

Volví a besar sus labios con vigor mientras sujetaba su nuca. Bajé por su cuello, lamí su clavícula, encerré mi rostro entre sus pechos.

—Robert, por favor…

Seguí lamiendo sus pezones. Pero mi mano derecha empezó a bajar por su vientre. Llegué al botón del pantalón y lo desabroché. Olivia jadeó, incapaz de contenerse. Bajé la cremallera. Vi su braga de encaje negro y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por no quitarla allí mismo todo. Introduje mi mano. Sin dejar de mirarla, comencé a acariciar su clítoris por encima de la ropa interior. Ella se aferró a mí. Sus ojos hambrientos dudaban y estaban llenos de contradicciones. Aparté la tela de encaje y llevé mi mano a toda su vulva. Sentí su humedad en mis dedos y perdí la razón. Extasiado, metí un dedo en su vagina. Olivia bajó su mirada e intentó contener su voz suplicante. Escondió su rostro en mi cuerpo. Metí otro dedo y, con el resto de la palma, presioné su clítoris. Comencé a moverla y ella me siguió en ese flujo constante. Abrió los corchetes de mi camisa, y comenzó a acariciar y a besar mi torso. Subió hasta mi cuello y se aferró más a él. Fue entonces cuando empecé a notar su urgencia. La humedad que envolvía mis dedos aumentó. Comencé a penetrarla con más intensidad y a estimularla con vigor. Escondió su rostro en mi pecho y noté sus primeras contracciones que me aferraban con intensidad. Se agarró a mí con fuerza y alcanzó el clímax en un silencio contenido.

Cuando su deseo menguó, retiré mi mano despacio y me perdí en su maravilloso rostro, en sus mejillas enrojecidas tras el orgasmo, en sus labios abiertos, intentando acompasar su respiración acelerada. Acaricié su pelo y la besé despacio.

Sentí sus dedos sobre mi polla acariciándola por encima de la ropa. Llevé mi mano sobre la suya y la frené.

—Más tarde. En casa.

Retiré su mano con suavidad y volví a besarla lentamente. Después, cerré su pantalón, cubrí sus pechos con la tela del sujetador y, finalmente, la ayudé a ponerse la camisa satinada de tirantes. Olivia abotonó la mía. Antes de salir, uní mi cuerpo con el suyo y mi erección tuvo que conformarse con la fricción que ejercí contra su vientre. Olivia volvió a gemir levemente sobre mi oído y yo estuve a punto de perder la razón.

—Es mejor que salgamos antes de que se den cuenta de que no estamos allí.

Solo pudo asentir. Todavía seguía desorientada con todo lo ocurrido.

Enlacé mi mano a la suya y la llevé a los labios. Besé sus nudillos. Después, abrí la puerta del baño y salí con ella fuera. No me paré a observar las caras de curiosidad que nos escrutaban. Cruzamos rápido del aseo y nos perdimos por la sala.

—Ve tú primero —le dije antes de salir por la puerta que daba acceso a la terraza.

Olivia buscó mi rostro con sus manos, lo acarició y, después, me besó profundamente. Aferré su pequeño cuerpo al mío en un intento de retener ese momento durante más tiempo. Después, poco a poco se separó de mí y la observé mientras se perdía entre la gente.

33
ROBERT

Me tomé mi tiempo antes de salir a la terraza. Estaba tan excitado que necesitaba mantenerme alejado de Olivia durante unos minutos, al menos hasta que pudiese serenarme. Así que decidí ir a la barra de dentro. Me coloqué junto a la enorme cristalera por la que se veía el Skyline de Manhattan. Pedí otra cerveza, esa vez sin alcohol, y comencé a beber. Traté de centrar mi mente en los edificios y no en el recuerdo vivo de unos instantes antes.

Abrí mi teléfono y comencé a repasar la agenda de la semana siguiente. Iba a ser una locura. El lunes íbamos a retirar la sedación a Jake, lo cual no estaría exento de complicaciones añadidas. Me planteé la posibilidad de que fuera O'Connell el que se encargase de estar allí cuando despertase. Si Jake me veía a mí, podría alterarse de nuevo. La opción de que Mark estuviese presente estaba descartada, al igual que cualquiera de sus otros compañeros. Y, aunque sabía que no se lo iba a tomar bien, había que velar por la seguridad ante todo.

El resto de pacientes en planta evolucionaban bien. Empecé a cuadrar las revisiones que serían necesarias y aquellos que se encargarían de hacerlas. El lunes dormiría en casa. Pero sabía que Olivia tenía guardia el martes por la noche y el miércoles era su cumpleaños. Y quería celebrar ese día junto a ella. No sabía si Kate y Mark tenían algo pensado. Independientemente de ello, tenía una cirugía programada esa misma noche, a las diez. Y otra vez, dedicada al control de las crisis epilépticas. El neuropsicólogo que venía del otro hospital, y que ya me acompañó en la primera, el Dr. Miller, no había podido cuadrar la agenda de otra manera. Así que debía volver al hospital no más tarde de las nueve de la noche. Eso me dejaba algo más de tres horas con ella; pero tres horas que pretendía hacerla disfrutar al máximo. Al día siguiente, tenía que coger un vuelo hacia Toronto a las doce de la mañana y no podría verla más hasta el sábado.

Elevé mis ojos hacia el paisaje de rascacielos y recordé su cumpleaños ocho años atrás. Hacía escasamente un mes que descubrí a Olivia en casa de Annie y ya me resultaba imposible apartarme de ella. Lo celebró en una vinoteca que había cerca de la Universidad y me invitó por el único motivo de ser el primo de su compañera de piso. El alcohol que corrió por todos los que allí estábamos me permitió acercarme más a ella. Hasta aquel momento, Olivia siempre había mantenido las distancias y sentía cierto recelo de estar a solas conmigo. Pero, aquella noche, el vino la desinhibió. Y, mientras el resto del grupo empezaba a desparramar por los jardines del entorno, conseguí que se sentara a mi lado en la terraza de fuera.

Esa noche me di cuenta de lo que suponía Olivia para mí. Era mi bálsamo, mi morada, mi serenidad perdida, mi llegada a puerto. Pero, también, mi deseo inalcanzable. Annie, muy consciente de cómo era yo en esos momentos, me advirtió enseguida. Sin embargo, la atracción que sentía por ella era tan potente que incluso a mí me desestabilizó.

Después de esa noche, pasé varios días sin verla. Lo que Olivia me hacía sentir era demasiado intenso y comencé a asustarme. Las emociones que me generaba me enlazaban firmemente a ella y eso trababa lo que había sido mi vida hasta entonces. Luché por intentar desligarme. Pero sediento, finalmente, bebí de ella.

Había pasado demasiado tiempo y ella seguía siendo el aliento vital que daba sentido a mi

mundo. En realidad, nunca había dejado de serlo. Hasta hacía dos meses había estado navegando sin rumbo por un mar infinito que no me llevaba a ninguna parte; que me mantenía a flote, sí; pero sin ningún aliciente. Su aparición me había devuelto la esperanza. Y, en esos momentos, en los que había vuelto a mí, me sentía más vivo que nunca.

Cerré la agenda del teléfono y decidí que ya iba siendo hora de volver a la terraza. Caminé deprisa. Simplemente, el hecho de saber que iba a verla me llenaba de energía.

Al salir comencé a buscarla. Estaba bailando al ritmo de "On the Top of the World", de Imagine Dragons. El DJ ya había dejado atrás la música electrónica para adentrarse en el rock indie y alternativo. Habían hecho un corrillo, y se les habían unido Mark y Joel. Este último, revoloteaba de nuevo en torno a Olivia.

Fui hacia ella directamente. Llegué por detrás, sin que se percatase de mi presencia, y apoyé mis manos en sus caderas. Se dio la vuelta, me sonrió y enlazó su cuerpo con el mío. Nuestras pelvis se encontraron, nuestras piernas se cruzaron. Colocó sus manos sobre mis hombros y yo la rodeé la cintura. Sin dejar de mirarnos, cantamos el estribillo y movimos nuestros cuerpos al ritmo de la música. Al final de la canción, me vine arriba. La alcé, la cargué a mi costado, y empezamos a saltar con el resto del grupo mientras berreábamos la letra de la estrofa final. En los últimos acordes, giré con ella encaramada a mi cadera y la escuché reír a carcajadas. No hubo mejor melodía que colmase mis oídos. La bajé al suelo en el momento en que los acordes de "Crazy in love", de Beyoncé y Jay Z, robaban el silencio entre canciones.

Me acerqué para hablarla.

—Voy a ir a sentarme a los sillones.

—¿Por qué?

—Porque necesito ver a tus padres y recordarme la razón por la que no debo besarte ahora mismo.

Comenzó a reír y yo me fui separando poco a poco y sin quitarle los ojos de encima. Olivia me observó en todo momento con esa sonrisa que eclipsaba todo mi mundo. Después, se dio la vuelta y volvió con los demás.

Me alejé de la zona con cierto malestar. No me gustaba esa situación. Pero debía ser flexible y aguantar hasta que todo pudiese normalizarse. Eché un vistazo a la terraza. Brad seguía en la barra con Dorothy y con Brooke. Charlaban animadamente y no parecían echarme de menos. Era mejor así. En la otra esquina, donde estaba ubicada la zona de sofás y sillones, Tom hablaba con Paul y con Alfred. Beverly, por contra, estaba alejada de ellos. Apoyada en la barandilla de la terraza, miraba hacia el río Hudson.

Al pasar junto a Tom, aproveché para saludar de nuevo a todos. Me invitó a sentarme con ellos, pero decidí acercarme a Beverly. Me apoyé en la barandilla junto a ella y observé la noche sobre la ciudad.

—Hola, Beverly. ¿Qué tal estás?

Se giró hacia mí. Reconocí aquella mirada. Era la misma que Olivia me había lanzado hacía unos días, cuando sentí su odio destilar hacia mí como un torrente. Eran tan parecidas que no pude evitar sentir el mismo desasosiego que me embargó entonces. Me temí lo peor.

Volvió su vista hacia el río Hudson. Creí que iba a ignorarme. Pero su voz, suave como el filo de un cuchillo, me asestó la primera puñalada.

—¿Te lo pasas bien con mi hija, Robert?

Mis miedos empezaron a tomar forma. Traté de buscar una respuesta adecuada, aunque sin éxito.

—Congeniamos bien, sí.

—Sí, ya veo que te lo pasas muy bien con ella. O, más bien, riéndote de ella, ¿no, Robert?

Me obligué a mantener la serenidad que poco a poco iba perdiendo.

— ¿A qué viene eso, Beverly?

Suspiró y bajó la mirada hacia sus manos. Apretaba con tal fuerza la barandilla que sus nudillos estaban blanquecinos.

—Las madres podemos aguantarlo todo. —Y llevó sus ojos hacia mí. El verde de su iris no poseía el brillo que tenían los de Olivia. Los suyos llevaban impresos una frialdad que me atravesó de lleno—. Tenemos una fortaleza que sacamos de dentro gracias a que establecemos el vínculo con nuestros hijos mucho antes de que nazcan. Somos capaces de hacer todo por ellos. Aguantamos nueve meses de embarazo, un parto que nos desgarra por dentro y, sin embargo, no paramos a sanarnos porque tenemos que sacar adelante a esa criatura. Nos pasamos años sin dormir y toda la vida preocupados por su bienestar. Toda la vida. Porque, aunque crezcan y se hagan mayores, para nosotros siempre serán nuestros pequeños. Cada caída que tienen la sentimos como si fuese nuestra. Cada dolor que sufren lo pasamos con una dañina intensidad. Cada lágrima que derraman nos rompe por dentro. Son nuestros hijos. Son parte de nosotras mismas. Y no nos gusta que les suceda nada malo, aunque sabemos que el sufrimiento forma parte de la propia vida. —Me moví intranquilo—. Por eso mismo, cuando una madre tiene que ver que el maldito hijo de perra que casi acabó con la vida de su hija vuelve otra vez a las andadas, la ira que se siente es imposible de describir.

Mi respiración se volvió trabajosa. Intenté tragar, pero me fue imposible. Beverly desvió los ojos hacia el río y yo traté de serenarme.

—¿Te lo ha dicho Olivia?

—Ella solo me ha confirmado lo que sospechaba.

—No tienes nada que temer.

—No, Robert. Lo temo todo. Tú no tienes ni idea de cómo dejaste a mi hija hace ocho años.

—Cometí un error…

—¡No! —siseó—. Un error es una equivocación de buena fe. Tú la dejaste sola a sabiendas de lo que había pasado.

—Todo me sobrepasó. Me fui porque necesitaba pensar…

—Te fuiste porque eras un cobarde egocéntrico que solo pensaba en sí mismo.

Sentí que me ahogaba la presión. Me sujeté a la barandilla mientras todo el pasado me enterraba bajo tierra otra vez. Todo el dolor. Toda la culpa. Toda la desesperación.

—Tuve miedo y no supe actuar como debía.

—¡Oh! ¡No! ¡Robert! —dijo riendo con ironía—. No quisiste actuar como debías. Para ti solo era una más de tu colección…

—Eso no es cierto.

—Entonces, ¿por qué? —me enfrentó con ira—. ¡Dime! Dime por qué la dejaste abandonada a tan solo unas horas de haber abortado. ¡Dime! —Volvió sus ojos a la lejanía—. Ella pasó de ser la chica a la que te tirabas a un problema que podía acabar con tu tranquila vida de universitario.

—Yo la amaba…

—¡Mentira! —siseó, intentando contenerse.

Y volvió los ojos sobre mí.

—Sí, la amaba, Beverly. Y la sigo amando.

La mirada que me desgranó me heló la sangre. Irguió su pequeño cuerpo y aquel gesto la alzó

sublime ante mí. Paralizado, no pude seguir explicándola.

—¿La amas?

Desvió sus ojos hacia otro lado en un gesto claro de desprecio.

—Beverly…

—Los tipos como tú no sabéis lo que es amar.

—Beverly, por favor…

—Amar es compromiso, es lealtad, es respeto. No es mera atracción, Robert. Es entregarse al otro sin perderse a sí mismo. Es crear un «nosotros». Y para eso se necesita de valentía, de fidelidad, de admiración.

—Lo siento todo por ella.

—¿Eso crees? —Y me miró de soslayo—. ¿Sabes lo que es el sacrificio, Robert? Es la mayor muestra de amor que uno puede hacer por otro. —Clavó, entonces, la mirada sobre mí—. Si realmente amas a mi hija, aléjate de ella.

—No me pidas eso —rogué en apenas un susurro.

Se dio la vuelta y miró hacia el fondo de la terraza. Me giré con ella y llevé la mirada a Olivia. Bailaba entre la gente, libre, radiante y ajena a lo que estaba sucediendo entre nosotros.

—Eres incapaz de renunciar a tus deseos por ella. Solo puedes pensar en ti. Careces de la abnegación que implica amar a una persona.

—¡No estás siento justa conmigo!

—¿Acaso lo fuiste tú con ella?

No pude aguantar más. Sentía que me ahogaba. Salí de allí, directo hacia Olivia. Cuando me vio llegar, leyó en mi rostro la pesadumbre. Dejó de bailar, borró su sonrisa y vino hacia mí.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. —La rodeé con mi brazo y la arranqué del lugar donde estaba. La pegué a mi cuerpo y le supliqué—: Baila conmigo, por favor.

Ella apoyó sus manos sobre mis hombros. Yo la estreché más contra mí y hundí mi rostro en su cuello.

—Robert, ¿qué ha pasado? Te he visto hablar con mi madre.

—Ella solo se preocupa por ti —respondí sin mirarla a la cara.

Intentó separarse, pero no se lo permití. Cedió y siguió bailando conmigo lentamente, como si el ritmo de “This One’s For You”, de David Guetta, no fuera con nosotros.

Todo el pasado vino de nuevo a mí. Sentí el dolor clavarse en mi piel como los colmillos de un lobo hambriento.

«¿Cómo pude hacerte tanto daño, mi vida? ¿Cómo pude?».

Un nudo constriñó mi garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas. La estreché más entre mis brazos.

—Robert, si sigues abrazándome así, vas a acabar conmigo.

Comencé a reír en silencio y con la tristeza empañando mi rostro. Aflojé mi agarre, me separé unos centímetros y la miré. Llevé mi mano a su mejilla y la acaricié. Bajé por su cuello, su clavícula, descendí por su costado hasta descansar mis dedos sobre su vientre. Me quedé allí

mirándolo, recordando el momento en que me dijo que estaba embarazada.

—Robert, ¿qué estás haciendo?

—¿Qué hubiera pasado…? —paré. Respiré profundamente para que las lágrimas no se desbordaran de mis ojos—. ¿Qué hubiera pasado si no hubieras tenido ese aborto?

Dirigí la mirada hacia ella. Me observaba con una sonrisa triste.

—Hubiera salido mal. —Su respuesta me dejó abatido y ella lo notó. Por eso, siguió explicándome—. Éramos muy jóvenes. No teníamos trabajo. Nos estábamos formando. Como tú dijiste, el aborto fue lo mejor que nos pudo pasar.

—No digas eso, por favor —supliqué entre dientes.

Me odiaba tanto a mí mismo por haberla dicho aquello, que la ira me consumió mucho más. Intenté serenarme. Acaricié su vientre con devoción.

—Pero… y si hubiese salido bien…

—No hubiera ido bien, Robert.

Circundé su espalda con esa mano y la volví a estrechar. Me moví de un lado a otro y la llevé conmigo, sin ni siquiera atender al compás de la melodía. La mecí entre mis brazos como intentando evitar que pudiese escapar de mí. Así estuvimos durante varios minutos, hasta que ya no pude más. Me separé de ella despacio. La miré a los ojos. Estaban cargados de preocupación.

—Voy a irme, Olivia.

—Robert… —intentó decirme algo, pero no la dejé seguir.

—Solo quiero que recuerdes una cosa.

—Robert, me estás asustando.

Cogí su rostro entre mis manos para que nada ni nadie pudiese desviar su atención.

—Olivia, te amé entonces y te sigo amando ahora. Que nadie te haga pensar lo contrario.

Y llevé mis labios sobre los suyos. Fue un beso corto y rápido, como una suave caricia, pero que me abrasó por dentro. La miré y me perdí unos instantes más en ella.

—Robert, dime qué te ocurre, por favor.

—Tranquila, no es nada. Todo va bien, Livi. Te veo el lunes en el hospital.

Me separé y caminé deprisa hacia la salida.

34
OLIVIA

Llovía sobre Nueva York. Era una lluvia fina y continua que ensombreció el día desde principios de la mañana. No había parado en ningún momento. Sentada sobre el sofá que había bajo las dos ventanas del salón, observaba cómo las gotas golpeaban los cristales y entremezclaban esa melodía con su descenso sobre la escalera metálica. La taza de té que sostenía entre mis manos hacía ya tiempo que había perdido el calor. Aun así, me aferraba a ella. Había recogido las piernas sobre el sofá y estaba cubierta por una fina manta. Necesitaba más que nunca refugiarme en mí misma. Pero no podía.

En el otro lado, mis padres charlaban con Mark y con Joel. Sí. Finalmente, mi compañero de piso se lo había traído a pasar la madrugada, la mañana y la tarde entera. De hecho, estaba entrando ya la noche y todavía no se había marchado. Como yo había pasado fuera el día con mis padres, solo había tenido que aguantar parte de su domingo de pasión.

Kate estaba en el baño, terminando de ducharse, y se escuchaba sonar su teléfono desde la habitación. Ya iba por la cuarta llamada. Estaba ignorando a Brad, pero todavía no había podido hablar con ella para que me contase qué había pasado.

Bajé mi rostro con pesar y observé el color oscuro del té en la taza. Desde la noche pasada, todo había ido en declive. Robert se marchó sin decirme qué le sucedía. Aunque me había pedido que estuviese tranquila y que todo iba bien, sabía que no era verdad. Le había visto hablar con mi madre justo antes de que cayera en ese abatimiento tan evidente. Estaba segura de que algo había sucedido. Pero mi madre se había cerrado y, ante mis preguntas, me respondió con las mismas evasivas que Robert. Estuvimos a punto de discutir allí mismo cuando me echó en cara el leve beso que Robert me había dado en los labios. Lo evitó mi padre que empezó a quejarse de la pierna y decidió que ya era hora de dormir un poco. No volví al local y me fui directamente a casa después de dejarlos en el hotel.

Me había levantado temprano. Apenas había podido dormir. Y no; la culpa de ello no la tuvieron ni Mark ni Joel en su noche juntos. Ni siquiera la tuvo Kate, cuando entró en casa como un terremoto, dando portazos y golpes, hasta que se fue a la cama. La razón de mi insomnio la tenía el miedo, la angustia ante la posibilidad de que lo que había vivido con Robert desde el viernes hubiese sido solo un espejismo que podía difuminarse.

Antes de salir de casa e ir al hotel de mis padres, le había escrito un mensaje. No tenía muchas esperanzas de que me respondiese porque su perfil indicaba que llevaba sin conectarse desde la tarde anterior. Pero, cuando terminamos de comer, me entró su respuesta.

Robert:
«Hola, pequeña».
«No te preocupes por nada. Estoy bien».
«Estamos bien».
«Disfruta del día con tus padres».
«Te veo el lunes».

«Te quiero».

No le había vuelto a escribir y tampoco creí conveniente llamarlo. Estaba claro que lo que hubiese sucedido entre mi madre y Robert iba a quedar entre ellos para siempre. Me desalentaba la evidente fricción que se había generado. Aunque, teniendo en cuenta las circunstancias, no se podía esperar otra cosa.

De ambos, el que más me preocupaba era Robert. Mi madre, a fin de cuentas, actuaba como si nada hubiese sucedido y, cuando hablé con ella, en ningún momento flaqueó. Todo lo contrario. La encontré más firme e impetuosa que nunca. Sin embargo, Robert había perdido todo su vigor, todo su optimismo, toda su armonía. Había salido del nigthclub ahogado entre el pesimismo y la angustia, cargando sobre sus hombros con algo que le consumía hasta la desesperación. Sentí que me quebraba por dentro al recordar la última conversación que tuvimos. Aún me temblaba el cuerpo al recrear su mano sobre mi vientre y su pregunta sobre qué hubiese pasado si el embarazo hubiese seguido adelante. Yo también me lo planteé muchas veces en esos años. Y, aunque sabía que perder al bebé fue lo mejor, había una parte de mí que le hubiera gustado que todo hubiese fluido sin el dolor que nos consumió más tarde.

Me levanté de golpe y la manta que me cubría cayó al suelo. Me agaché a recogerla. Intenté esconder mi rostro, cargado de desasosiego, y controlar las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—Olivia, cariño, ¿estás bien?

—Sí, mamá. ¿Queréis algo más? Puedo ir aquí abajo a por unas pizzas para cenar.

—Por mí, vale —respondió Joel.

Miré a Mark y vi su cara de contrariedad. No parecía que Joel estuviese por la labor de irse y a mi amigo ya empezaba a incomodarle.

—Bueno, yo creo que es lo mejor. Así, volvemos cenados al hotel y ya nos dormimos hasta mañana.

—¿A qué hora sale el vuelo, papá?

—A las ocho.

—¿Habéis reservado un taxi?

—Sí. Tú madre lo hizo ayer por la noche.

—Mejor porque mañana, al ser lunes, va a ser imposible que encontréis uno libre. —Doblé la manta y la coloqué en el sofá. Llegaban ya esos días en los que apetecía pasarse la tarde debajo de ella. —Voy a ver si Kate ha terminado para que me acompañe a por las pizzas.

—Y yo aprovecho para ir al baño —añadió Mark.

Se levantó y caminamos por el pasillo. Eché un vistazo al salón. Joel le estaba preguntando a mis padres sobre su próximo viaje a Oxford. Dirigí mis ojos hacia Mark. Pero, antes de que pudiese decirle nada, él se me adelantó.

—Sí, cariño. Está muy bueno, pero es muy tonto.

—¿No trabajaba como informático para la policía?

—¡Claro! Habrá un ‘poli’ listo, que es el que se encargue de la investigación, y Joel solo aporta los datos… Y el cuerpazo para recrear las vistas. Eso seguro. Pero cerebro, poco, poquísimo. No pilla una indirecta ni aunque se la lances directa.

—Lo siento.

—¡Qué va! ¡Folla de lujo! Vamos, que a mí no me importa que no me hable de Metafísica si me la chupa como me la chupó anoche.

—¡Vale! —corté con voz cantarina—. Oye, ¿sabe que mañana trabajamos?

—Sí. Pero que no te preocupes. Follamos una vez más y lo echo.

—No hace falta que lo eches.

—Sí, sí. Lo echo porque la razón por la que ha venido aquí no es solo para follar conmigo, sino para ver si tú te animabas. —Le miré con la boca abierta—. Me ha dicho dos veces que te llamásemos a ver si te apetecía.

Desvié mis ojos hacia el salón y, después, le cogí del brazo y le llevé a mi habitación. Entramos y cerré la puerta.

—¿No le habrás dicho nada sobre Robert?

—No, cariño, nada de nada. Le he dicho que contigo no contase porque ya tenías a un peludín dentro de tu vagina.

—¿¡Cómo!?

—¡Joder! ¡Que tenías la regla, Olivia! ¡El peludín es el tampón! ¡Que pareces lerda tú también! Le gustas y mucho. Pero yo paso de gestionar esto. Que se encargue Robert, que para eso es su amigo. O no sé… Lo que sea que sean. Y me voy a mear, que no puedo más.

—¡Espera! ¡Espera! —Me hizo caso y frenó su salida—. ¿Tú sabes qué la ocurre a Kate?

—No he hablado con ella, pero imagino que algo tendrán que ver las dos rubias con las que Brad se fue anoche.

Me quedé sin habla.

—¿Se fue…?

—Sí, joder, sí. ¡Con las dos! ¡Que me meo, Olivia!

—¡Vale! ¡Vete! ¡Vete!

Y salió corriendo de allí directo hacia el baño.

Aquello sí que no me lo esperaba. Había visto a esas dos tías tontear con Robert. De hecho, a una de ellas la recordaba de la noche del JDH. Pero, después de todo lo que pasó, no volví a reparar en ellas. Me imaginé cómo podía estar Kate.

Abrí el armario y saqué unos leggins de color negro y una sudadera suave en color azul claro. Me calcé unas zapatillas deportivas, y cogí el móvil y la tarjeta de crédito. Fui hasta la habitación de Kate y llamé a la puerta. Su voz, desde el otro lado, me invitó a entrar.

Estaba sentada sobre la cama, con la toalla anudada en torno a su cuerpo, y miraba el teléfono con expresión sombría.

—Hola. Voy a por unas pizzas. ¿Te vienes?

Me miró con pocas ganas.

—Está lloviendo.

—Ya, bueno. Era por si querías hablar.

Suspiró y, de nuevo, bajó su rostro hasta el teléfono.

—No sé qué hacer, Olivia.

Me senté a su lado en la cama y observé el número de llamadas que tenía su móvil. Demasiadas.

—¿Qué es lo que pasa? —la susurré.

—Pasa que no sé lo que quiero. —Llevó sus ojos hacia la ventana del dormitorio y a las gotas que golpeaban suavemente sobre ella—. Ayer vi que Brad se iba con las dos tías que le había presentado Robert.

—Bueno, quizá solo las acompañó…

—Olivia, —dijo, inclinando su cabeza—, tú las viste. Eran espectaculares.

—¿Y por qué no haces una cosa? Le coges el teléfono y sales de dudas.

—Me da miedo llegar a reprocharle algo. Yo tampoco me porté bien anoche. Estuve tonteando con Bruce delante de sus narices.

La rodeé con mi brazo y la atraje hacia mí. Kate se dejó mecer y apoyó su cabeza en mi hombro. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—¿Qué es lo que necesitarías ahora mismo?

Respondió sin dudarlo.

—Parar. Que el mundo se detuviese y pudiese frenar toda esta velocidad a la que va. Necesito que todo se detenga y poder pensar. Este ritmo que llevamos me lo impide.

—Y por qué no haces una cosa. ¿Por qué no te coges un fin de semana para ti sola en algún hotel, cerca de la costa? Te vendría bien no solo para relajarte, sino para encontrar ese freno que necesitas.

—¿Pero cuándo, Olivia? Este sábado tenemos la fiesta de despedida de O'Connell. Y el siguiente, tengo guardia. Para poder retirarme unos días tendría que esperar una quincena. Y, para entonces, creo que mi cabeza no dará más de sí.

Puse mi mano sobre la suya.

—¿Qué te parece si me quedo yo con tu guardia?

—¡No, no, no! Y mucho menos ahora que acabas de retomar tu historia con Robert.

—Pero…

—¡Que no, Olivia! ¡Que no! Necesitas estar con Robert el máximo tiempo posible. No voy a ser yo quien te separe de él.

Me sentí incómoda. El miedo a que todo lo vivido con él fuese una entelequia volvió a atenazarme. Kate lo sintió y me miró a los ojos.

—No te preocupes —dije antes de que pudiese emitir palabra—. Estoy bien.

—No, no lo estás.

Era imposible escondérselo. Pero no me apetecía hablar de ello en esos momentos.

—¡Anda! ¡Acompáñame abajo!

—Está bien. Pero solo porque está lloviendo y, si no, te pondrás a lloriquear sola mientras esperas a que te den las pizzas.

—¿A lloriquear? —pregunté molesta.

Kate empezó a reír en silencio.

—Asúmelo, Olivia. Eres una llorona.

Me molestó lo que dijo y empecé a sermonearla.

—Que sea de lágrima fácil no quiere decir que sea débil.

—No he dicho eso...

—Las personas sensibles como yo podemos ser mucho más fuertes que otras, aunque expresemos nuestras emociones con lágrimas.

—Que vale...

—Y que te quede claro: que llore con frecuencia no impide que pueda partirle la cara a quien me toque las narices.

—Que sí, cariño. Lo que tú digas.

—Al final me voy a ir a por las pizzas yo sola —me dije cabreada.

—Espérame, Myrtle[iv]. Que voy contigo

—Has visto demasiadas veces Harry Potter.

—Es una maravillosa saga de películas.

—Sí, pero no nos engañas. Todos sabemos que tú eres más de Jason Statham. —Comenzó a reir— ¡Vamos, Predator! Si vas a acompañarme, date prisa.

—Ya te he dicho muchas veces que si quieres meterte conmigo, no me compares con un bicho al que me comería en el desayuno.

La sonreí de lado y, después, me levanté y salí de su habitación para que pudiese vestirse con tranquilidad. Pero, cuando cerré la puerta, me encontré con una situación que no esperaba. Joel estaba en mitad del pasillo y, cuando me vio, fue directo hacia mí.

—Hola.

Me lo dijo con voz grave y en un alarde de aportar a su tono un aire más sensual. Corté por lo sano.

—Hola, Joel. ¿Tienes alguna alergia alimentaria o hay algún ingrediente de la pizza que no te guste?

Dio dos pasos hacia mí y me quedé clavada al ver que no se cortaba un pelo en invadir mi espacio personal. Lo tenía prácticamente encima. Su atractivo era innegable. Desprendía gran sensualismo. Sin embargo, todo mi cuerpo se puso en alerta. No me gustaba los ojos con los que me miraba. De hecho, no me respondió. Mojó sus labios y me hizo un barrido con su mirada de arriba a abajo. Intenté apartarme, pero dio un paso en esa dirección. Tuve que parar para evitar chocarme con él. Ya venía cabreada. Así que no tuve que hacer mucho esfuerzo para hacerle frente.

—¿Qué haces?

—Nada.

Y sonrió con autosuficiencia.

—Eso espero porque no me gustaría tener que echarte de mi casa. Así que apártate de en medio.

Mi mirada clavada en sus ojos no tuvo el efecto deseado. Siguió observándome con esa sonrisa, sin quitarse y durante unos segundos más. Después, muy lentamente, se hizo a un lado.

Fui hacia el salón y él me siguió de cerca. Mis padres hablaban con Mark. Me quedé de pie entre ellos. Llevé mis ojos hacia Mark, que escuchaba a mi madre. Cuando puso los ojos sobre mí, enseguida se dio cuenta de que algo iba mal. Cogí mi móvil, abrí la aplicación de WhatsApp y comencé a mandarle un mensaje. En un movimiento natural, Mark cogió su teléfono de encima de la mesa de la televisión.

Olivia:
«Joel tiene que irse ya».

Mark:
«Ok, cariño. Te he dicho que enseguida le largo».

Olivia:
«He dicho que ya».
«Me acaba de arrinconar en el pasillo».
«No quiero tener que mandarlo a la mierda con mis padres delante. Lo que menos me

apetece ahora es preocuparlos».

«¡Échale ya!».

No hizo falta decir más. Mark se giró hacia Joel y, cortando de raíz la frase de mi madre, le dijo:

—Joel, es hora de que te vayas. Adiós. —Después le sonrió. El aludido le miró con los ojos muy abiertos—. Adiós —volvió a repetir mi amigo así, sin mesura alguna.

Contrariado, Joel se quedó inmóvil durante unos segundos. Después, en absoluto silencio, se levantó y movió sus pasos hacia la entrada, donde había dejado sus cosas. Miró hacia el fondo del salón y esperó un salvavidas a esa situación que no llegó de ninguna parte. Al no obtener respuesta, volvió su rostro hacia la puerta. Después, lo hizo hacia Mark. Este le sonrió de nuevo y levantó su mano a modo de despedida.

—Bueno… —empezó a decir con timidez—. Pues ha sido un placer.

—Sí, lo ha sido. Cierra cuando salgas, por favor.

Dicho y hecho. No hizo falta más. Joel abrió la puerta y salió de nuestra casa con el rostro cargado de confusión. Mark se giró hacia mis padres, que observaban pasmados el cambio de registro. Y, como si no hubiera sucedido nada, preguntó:

—Y, entonces, Beverly, ¿dónde estaban esos manuscritos?

Mi madre no pudo responder. Yo me metí de nuevo hacia el pasillo, camino de mi habitación, y con una sonrisa surcando mi rostro. Pasé dentro para coger un chubasquero. Pero también para llamar a Robert. No quería dejar pasar un momento más sin hablar con él; sobre todo, después de lo que había sucedido con Joel. Sabía que aquello podría generar alguna fricción entre ambos. Pero, ante todo, necesitaba que supiese con certeza lo que había sucedido y que Joel no le contase nada distinto que pudiese crear problemas entre nosotros.

Pulsé su contacto. Esperé a que sonase el primer tono. Sin embargo, la respuesta no fue esa, sino la de una voz dictada que, desde el otro lado, me indicaba que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Separé el iPhone de mi oído y, preocupada, me quedé mirando la pantalla. Volví a probar suerte, pero el resultado fue el mismo.

Me senté sobre la cama. Abrí la aplicación de WhatsApp y comprobé la última hora a la que se había conectado. Fue cuando me mandó el mensaje tras la comida. Abrí el teclado y le escribí.

Olivia:

«Robert, te he llamado, pero no puedo contactar contigo. Por favor, si ves este mensaje, llámame».

Pero no llamó ni respondió de ninguna otra manera. De hecho, mi mensaje nunca reflejó la llegada a su teléfono. Mi última llamada, a las once de la noche, la hice mirando por la ventana del salón y envuelta en un desasosiego que apenas me permitía mantenerme quieta.

—A lo mejor se ha quedado sin batería —decía Kate.

—O se le ha caído el móvil y se ha roto —añadió Mark.

No les respondí. Ni siquiera me volví hacia ellos. Seguí con la mirada perdida en el trasiego de los pocos coches que cruzaba por la calle Thompson. Mis padres se habían ido hacía ya tres horas y, desde entonces, había dejado correr mi desasosiego sin poner ningún coto.

—Olivia, no te preocupes. Seguro que no pasa nada.

La voz de Kate no consiguió infundirme serenidad. Llevé mi mano a la boca de forma instintiva y en un movimiento que solo hizo más partícipe mi estado de ánimo.

—Cariño, tú lo haces muchas veces. Cuando estás agobiada, te largas y no dices nada a nadie.

—Ya, pero Robert no es así —musité.

—Ya has oído lo que te ha dicho Annie, que esperes a mañana.

Fue, entonces, cuando me giré hacia ellos.

—Ella sabe lo que sucede. Siempre lo sabe.

—¡Vamos! ¡Olivia! Si Annie lo supiese, te lo habría dicho —sugirió Mark.

Pero yo sabía que eso no era verdad. Annie le debía toda su fidelidad a Robert. Siempre había sido así.

—Olivia, —me demandó Kate—, lo mejor es que nos vayamos a la cama. No puedes hacer nada hasta mañana.

—¡Hombre! Por poder, puedes coger un taxi y presentarte en su casa. —Miré a Mark aún más seria—. No lo digo en broma —puntualizó.

Y, aunque una parte de mí clamaba por hacerlo, mi lado racional me instó a quedarme quieta y esperar hasta el día siguiente. Robert me había dicho al mediodía que estábamos bien y que nos veríamos en el hospital. Por eso, intenté de nuevo autoconvencerme de que el hecho de que tuviese el móvil apagado no tenía por qué responder a nada grave. Podía deberse a mil razones.

Me di por vencida e insté a mis compañeros a acabar el día. Nos metimos en nuestros dormitorios. Pero, cuando cerré la puerta, supe que no podría dormir aquella noche. Sabía que Robert no estaba bien y que todo se había derivado de la conversación que tuvo el sábado por la noche con mi madre. Estaba segura de que ella le habría echado en cara lo que sucedió ocho años atrás. Su abatimiento posterior constataba que, lo que hubieran hablado, le había dañado. Y eso me hacía ahogarme en la preocupación.

Mi madre no había actuado bien. Entendía que su dolor la había hecho obrar de esa manera. Pero no debería haberse inmiscuido en mi vida. Temía que lo que le hubiese dicho le afectase hasta el punto de acabar con lo que él y yo habíamos vuelto a retomar. Durante las semanas anteriores no lo había tenido claro. Pero, en esos momentos, había decidido apostar por nosotros, por deshacerme de todos los miedos y poder llegar a perdonar. Quería a Robert. Quizá me estaba volviendo a equivocar. Pero necesitaba intentarlo, al menos, en esta segunda oportunidad que nos estaba brindando la vida.

35
OLIVIA

Después de varias horas infernales, terminé quedándome dormida. Habían sido tantas las horas de vigilia que, al final, sucumbí a un sueño profundo y difícilmente eludible. Sin embargo, fue lo suficientemente tarde como para que, cuando sonó el despertador de mi iPhone, fuese incapaz de responder a su demanda.

—¡Olivia! ¡Despierta! ¿No escuchas el iPhone?

Me desperté de golpe y asustada cuando Kate golpeó la hoja de la puerta de mi dormitorio como si fuese a echarla abajo. Efectivamente, la melodía de los Rolling seguía sonando en bucle después de la primera intentona. Pero había caído tan hondo que apenas era consciente de ella.

Me incorporé despacio y cogí el teléfono de la mesilla para apagarlo. Reparé en la hora que era y eso fue lo suficiente como para ponerme marcha. Corrí al baño. Mark estaba dentro secándose el pelo. Pero me dio igual. No era la primera vez que me duchaba con él ahí fuera.

—¿Qué tal estás? ¿Has podido dormir algo?

—Algo —respondí mientras me deshacía de mi pijama y recogía mi pelo.

Palpé la temperatura del agua y me metí dentro de la bañera.

—¿Te ha respondido Robert?

—No.

No quise añadir más, pero mi desaliento era más que evidente.

—Tranquila. Enseguida llegamos al hospital y lo ves.

—¿Y tú cómo estás?

—Bueno…

Al final, pasarse desde el sábado por la noche follando con Joel tampoco le había servido de mucho para aplacar los nervios de lo que se le venía encima esa mañana. A Jake le íbamos a quitar la sedación, con todo lo que eso conllevaba. Deberíamos comprobar su estado físico y cognitivo, sus respuestas efectivas e inefectivas ante los estímulos que se le marcasen. De ahí podríamos evaluar los posibles daños derivados de la lesión con la que entró en urgencias y la posterior intervención a la que se tuvo que someter. Solo esperaba que todo fuese bien y no hubiese daño neurológico. Porque, evidentemente, el daño psicológico ya estaba y se iba a tener que sumar a la larga recuperación que tendría que hacer frente. Iba a ser un día muy complicado para Mark.

—¿Quieres estar presente cuando le retiren del todo la sedación?

—¡Puff! Pues no sé, Olivia. Por querer, claro que quiero. Lo que no sé es si eso es lo mejor para él en estos momentos. —Por supuesto, ambos sabíamos que no lo era—. Lo único que quiero es que todo vaya bien.

Y eso último lo dijo en un mutismo que no era habitual en su forma de expresarse.

Terminé de ducharme en silencio. Cuando salí, Mark ya había terminado en el baño. Me enrosqué en la toalla y caminé así hasta mi habitación. Antes de entrar, me topé con Kate saliendo de la suya, vestida y preparada.

—¡Vamos, Olivia!

—Sí, sí. Ya voy. Me he quedado dormida.

—¡Uy! ¿Pero has dormido?

—Algo…

—¿Cuál fue la última hora que viste?

—Eeeeh… Creo que las cuatro. No sé. Al menos, fue la última vez que miré el móvil. —Me puso mala cara—. ¡No me regañes! ¿Y tú? ¿Cuál fue la última hora que viste?

—Las once y cuarto.

—No me lo creo.

—Créetelo. Es verdad. Voy a por un café.

No me lo tragaba, aunque me di por vencida. Estaba claro que Kate no se iba a quitar hoy su aspecto de chica dura, ni aunque se estuviese muriendo por dentro.

—Ve preparándome a mi otro.

Pasé al dormitorio, directa hacia el armario para vestirme y sin ánimo de retrasarme más. Antes de elegir la ropa, miré por la ventana. Aún no había salido el sol y todavía seguía lloviznando. Abrí en el iPhone la previsión del tiempo para todo el día. No iba a hacer mucho frío y el día tendría una llovizna constante hasta media mañana. Después, volvería a salir el sol. Por esa razón, elegí un vestido blanco de punto canalé, hasta debajo de las rodillas, con manga larga y cuello redondo. Busqué al fondo de mi armario mis botas Hunter de color violeta y cogí también mi chubasquero lila. El día era mojado. Pero, con ese otoño caluroso que nos venía acompañando desde el mismo verano, no era necesario abrigarse con algo más robusto. En breve, echaría de menos esa temperatura.

Ya vestida, me acerqué al espejo del dormitorio. Me peiné, recogiendo mi pelo en una coleta. Me apliqué una crema BB en el rostro y perfilé ligeramente mis ojos. Me miré durante unos segundos. A pesar de todo, era imposible ocultar los restos de preocupación que la noche había dejado en mi cara. Mis ojeras eran más que evidentes. Tenía los ojos rojos y la mirada cansada. Y, en esos momentos, dudé si la próxima noche conseguiría dormir algo. No sabía con lo que me iba a encontrar cuando llegase al hospital. Temía lo peor después de no haber podido hablar con Robert.

Me di la vuelta y busqué mi teléfono. Oteé en la pantalla algún atisbo de notificación. Pero no había nada. Se me pasó por la mente llamarlo de nuevo. Pero me obligué a no hacerlo. Si volvía a no cogerme el teléfono, me volvería loca. Así que lo guardé dentro del bolso shopper de tela blanca que elegí para ese día. Metí el resto de las cosas, me eché una última ojeada al espejo y salí de la habitación.

Mark me atropelló por el pasillo.

—Perdona, cariño.

—No es nada.

De nuevo, su tono de voz sonó comedido.

Llegamos a la cocina y Kate ya nos había preparado dos cafés a cada uno. Nos tomamos unos minutos para poder degustarlo con tranquilidad. Lo agradecí.

—Este sábado es la fiesta de despedida de O’Connell. ¿Pero cuándo se jubila?

—El viernes es su último día —informó Mark.

No sabía de dónde sacaba esa información. Siempre estaba al tanto de todas las cuestiones que sucedían en el departamento.

—Habrá que comprarle algo, ¿no creéis?

—Luego lo hablamos con el resto. Estaría feo que lo hiciésemos por separado, ¿no? —dijo

nuestro compañero.

Kate se encogió de hombros. A ella no la parecía tan mal y a mí, tampoco. Sin embargo, lo que proponía Mark era lo correcto.

—¿Ya tenéis pensado qué os vais a poner? —preguntó Kate.

—Mi Armani.

—No te sirve, Mark. En la invitación pone ‘‘black-tie’’. Así que te toca esmoquin y a nosotras vestido de noche.

—¡No me jodas! —Y me miró a mí, buscando confirmación. Me encogí de hombros. Con todo lo que estaba pasando, no estaba muy al tanto de las cuestiones relativas a la celebración—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡No tengo ningún esmoquin !

—Puedes alquilar uno —propuso mi amiga.

—¡Uy! ¡No! Hoy nos vamos de tiendas cuando terminemos. ¿Vosotras ya sabéis lo que os vais a poner?

—No sé —respondió Kate—. Tengo un traje de noche, en color burdeos, que puede que me saque del apuro.

Acto seguido, su rostro adquirió cierta contrariedad. Desvió sus ojos hacia el vano de la cocina.

—¿Qué ocurre, Kate? —la pregunté sospechando lo que pasaba.

—Pues que está en casa de Brad.

—¿Y? —inquirió Mark.

—Que no me apetece verlo.

—¿Quieres que vayamos nosotros?

—No, Mark. Gracias. Ya echo un vistazo hoy por la tarde a ver qué encuentro y así me ahorro tener que pedírselo.

No quise entrometerme, pero Kate aún tenía muchísimas cosas en casa de Brad. Había traído una bolsa de viaje pequeña. Afortunadamente, tenía ropa aquí que la había ayudado los días pasados. Pero parecía que no terminaba de dar el paso y traérselo todo.

—¿Y tú, Olivia? ¿Sabes ya qué ponerte?

—No, no tengo nada que pueda utilizar. Tengo que comprar algo también.

—Pues, decidido. Esta tarde vamos de compras.

Observé a Mark con detenimiento y pensé en cómo asumía los momentos de estrés. Sabía perfectamente lo nervioso que estaba. Como solía ser habitual, había derivado toda esa angustia hacia otra cuestión más banal. Le había sucedido lo mismo con la boda de Stephan. Era el mecanismo que utilizaba para desviar la atención sobre ciertas circunstancias problemáticas en su vida, como la que iba a vivir en las próximas horas. En vez de preocuparse por lo importante, Mark se autoprotegía dirigiendo todo su desasosiego en encontrar el atuendo perfecto. Por el contrario, yo era incapaz de ignorarlas y solía dar vueltas a lo que me inquietaba sin tregua y hasta desfallecer. No podía decir cuál de las dos opciones era la mejor. Aunque la mía, al menos, salía más económica.

—Bueno, venga. Acabad ya que tenemos que irnos. El taxi estará al llegar.

Kate salió de la cocina deprisa.

—¿Habéis pedido un taxi? —pregunté.

—Está lloviendo mucho —apuntó Mark.

—Pero vamos a tardar más que en metro. Manhattan se colapsa con la lluvia.

—Hasta la parada de metro hay mucho camino.

—¡Jolín! ¡Mark! Cogemos un paraguas. Además, llevas tus botas Chelsea. En vez del pantalón de tela te podrías haber puesto unos vaqueros, un jersey sobre la camisa, un chubasquero y ya está.

Mi amigo me miró con aire de perdonavidas.

—Has pasado demasiado tiempo en esa isla europea.

—Y tú eres demasiado tejano.

Era cierto que vivir en Inglaterra te aportaba un plus a la hora de asumir la lluvia como una rutina más del día a día. Pero el problema no era ese. La raíz de todo radicaba en que Mark odiaba los días lluviosos porque, según él, odiaba mojarse, odiaba los charcos, odiaba la humedad, odiaba que sus pantalones se le terminasen pegando al cuerpo y odiaba los pies fríos. Pero, sobre todo, odiaba el encrespamiento que sufría su pelo.

Mark y yo terminamos nuestro café y mi amigo metió las tazas en el mini lavavajillas. Recogimos lo imprescindible y nos dispusimos a salir a la calle. Esperamos al taxi en la puerta del edificio. A su llegada, corrimos para meternos dentro. Y, aunque solo había unos cuantos metros, fueron suficientes para que Mark entonase su retahíla.

—¡Odio la lluvia! ¡Odio mojarme! ¡Odio los charcos que me mojan con el paso de los coches! ¡Odio esta humedad que se crea por el vapor de agua! ¡Odio que se me enfríen los pies! ¡Y odio que el pelo se me quede tan frizz que parezca un cantante heavy de los ochenta!

—¡Qué exagerado eres! —se quejó mi amiga.

—Lo que tú digas, rubita de pelo keratinado. Pero yo, si no me peino y no me paso la plancha, parezco el cantante de ‘Europe’.

—¿De quién?

—¡Joder! ¡Kate! ¡Qué poca cultura musical!

—No sé quién es.

—Joey Tempest —dijo el taxista.

—Lo voy a buscar.

Kate abrió su teléfono móvil, tecleteó en el buscador y echó un vistazo a las imágenes.

—Pues no está tan mal.

—¡Ahora! ¡Claro! ¡Mira las fotos del cardado ochentero!

Aproveché para girar mi cara y perderme mirando por la ventana. Las gotas de lluvia golpeaban el cristal mientras nuestro taxi caminaba lentamente. Me obligue a no pensar en nada, a dejar libre mi mente, a templar mis nervios ante el próximo encuentro con Robert. Hubiera preferido ir en metro. Quería verlo y poder hablar con él antes de empezar el día. Pero, teniendo en cuenta el atasco que se avecinaba, iba a tenerlo difícil. Aquello me molestó. Necesitaba un momento con él a solas, solo unos minutos para así poder confirmar que todo estaba bien. Él me lo había asegurado, pero tenía que verlo con mis propios ojos.

Mi cuerpo clamaba por volver a abrazarlo, por bañarme con su fragancia, por besar sus labios. Echaba de menos su vigoroso cuerpo pegado al mío y encajándose a la perfección, invadiendo cada poro de mi piel, colmándome de sosiego, resguardándome de todo. Apenas había vuelto a mi vida y ya no podía prescindir de él. Los lazos que nos unían, y que yo había tratado de romper en vano, ahora clamaban a gritos por tenerlo cerca.

La noche había sido muy dañina y mi mente me la había jugado varias veces. El miedo me había atizado de muchas maneras. Durante largo rato, temí que le hubiese pasado algo grave. Pero, después de hablar con Annie, me asaltaron muchas otras razones que me golpearon de forma dolorosa y consiguieron que el sueño me eludiese durante horas; razones que convergían

en una sola: el temor de que Robert hubiese decidido acabar con lo que habíamos vuelto a retomar. Aunque la mañana barrió muchos de esos fantasmas, ahora solo me quedaba la inquietud de que alguno de ellos no fuese ninguna entelequia. Temía que todo fuese una quimera que velase la verdad, mucho más terrible, que se escondía tras ella.

Saqué mi teléfono del bolso y lo desbloqueé. Fui hasta la aplicación de mensajería y abrí su perfil. Seguía sin conectarse desde la hora a la que me había contestado el día anterior. Y mi mensaje continuaba sin emitir el doble check de llegada. Lo apagué, volví a guardarlo en el bolso y decidí prestar atención a la conversación de Mark y Kate.

—¿Tú no te acuerdas de los rizos de David Hasselhoff?

—La verdad es que, con ese cuerpo de socorrista, le miraba poco a la cara.

—¡No, no, no! Pero no en "Baywatch", sino como Michael Knight, en "Knight Rider". Con el pelucón que llevaba en las primeras temporadas, se podía implantar pelo a dos en Turquía. ¡Búscalo! ¡Búscalo en Google!

—A ver… —Y Kate volvió a sumergirse en su móvil—. Recuerdo el coche, que hablaba y era muy divertido. Pero… ¡Ay! ¡Mi madre! ¡Pero qué pelazo!

—¿No te lo he dicho?

Le eché un vistazo a la fotografía, únicamente por alejarme un poco de mi agonía personal. Si mis amigos eran capaces, con lo que cada uno tenía encima, yo también debía intentarlo. Así que pasamos el trayecto entero hasta el hospital echando un vistazo a las mejores cabelleras de los ochenta. El taxista también se nos unió y nos recordó a algunos personajes nada desdeñables.

Tardamos en llegar el doble de lo que venía siendo habitual. Por eso, cuando aterrizamos frente a la puerta, tuvimos que movernos con rapidez. No fuimos los únicos. El hall de entrada estaba más lleno que de costumbre con trabajadores que llegaban igualmente apurados. Decidimos tomar las escaleras y subir los cinco pisos hasta la planta de Neurología. Cuando la alcanzamos, quedaban escasamente diez minutos para que empezásemos el día.

Caminamos deprisa hacia la zona de vestuarios. Pero, cuando pasé por delante del despacho de Robert, paré. Necesitaba verlo. No hizo falta decirles nada. Aunque mi compañero de piso me advirtió:

—No me lo entretengas mucho. Y, sobre todo, no me lo cabrees, que hay que despertar a Jake.

Esa advertencia solo me sirvió para confirmar el grado de ansiedad que llevaba encima.

Esperé a que se alejaran. Eché un vistazo para asegurarme de que no había nadie más en el pasillo y golpeé la hoja con mis nudillos. Su voz no se hizo esperar, instándome a que pasara. Abrí la puerta y lo vi allí dentro, imponente, fascinante, demencial. Sentí que dejaba de respirar y mi corazón se aceleraba hasta extremos críticos. Estaba sentado frente a la mesa de su despacho, mirando la pantalla de su portátil, como perdido en la información que había en ella. Pero enseguida volvió sus maravillosos ojos hacia mí. Al verme, me sonrió y sosegó todo mi mundo. Arrolló todos mis miedos. Aniquiló cualquier ápice de duda que pudiese quedar en mi mente maltrecha.

Hizo un ligero movimiento de cabeza, invitándome a pasar. Y, mientras yo lo hacía, se levantó deprisa y vino hacia mí. Apenas me di la vuelta, tras cerrar la puerta, y ya me encontraba envuelta entre sus brazos. Alcé la mirada justo en el momento en que su rostro bajaba sobre el mío. Nuestros labios se unieron en un beso tremendamente anhelado. Su mano derecha sujetó mi nuca, mientras que con la otra circundó mi cintura y me pegó a su cuerpo. Yo le rodeé con mis brazos y, desfallecida, terminé quebrándome por el nivel de ansiedad emocional al que había llegado.

—Te he echado de menos.

Y se separó unos centímetros para mirarme a los ojos. Pero no volvió a besarme. Se distanció aún más y me observó con preocupación. En ese momento, me di cuenta de que había sido incapaz de retener mis lágrimas. Giré el rostro y las limpié con premura. Robert envolvió mi cara con su mano.

—Livi, ¿qué ocurre?

Su voz grave se trasformó en una caricia enloquecedora para mis oídos.

—No… No es nada —intenté sonreír. Subí una de mis manos por su torso y lo recorrí entero hasta su cara. Acaricié su mandíbula. Pero no obtuve el resultado tranquilizador que buscaba. Robert se agachó para poder poner sus ojos a mi altura —. Es solo que… que… estaba preocupada. Ayer me pasé horas intentando hablar contigo, pero tu teléfono estaba…

—Apagado —se adelantó él. En sus labios había una mueca de contrariedad—. Se me cayó y se rompió la pantalla. Pero, además, se apagó y no he logrado volver a encenderlo. ¡Lo siento, mi vida! —Y volvió a besarme—. ¡Lo siento! Debí haberte avisado de alguna manera.

Llevó su boca sobre la mía. Me besó con profundidad durante una eternidad que se me volvió demasiado efímera. Mordió mi labio inferior y después lo lamió despacio. Me poseyó con su lengua con un vigor que me desbordó inevitablemente. Llevé mis brazos alrededor de su cuello y le seguí en esa demencial vehemencia. Bajó sus labios a mi cuello y comenzó a besarlo. Sus manos buscaron la cremallera de mi chubasquero, la desabrochó y deslizó la prenda por mis brazos hasta que cayó al suelo. Empecé a arder.

—Robert…

Y su nombre sonó entremezclado con un gemido. Coló su mano bajo mi vestido. Rozó mi músculo, subiéndome la tela y llegando hasta mi trasero. Lo acarició con vigor y, después, coló sus dedos bajo mi ropa interior.

—Robert, puede venir alguien…

Conseguí decir mientras sus labios devoraban mi mandíbula.

—No va a venir nadie.

Y enlazó, de nuevo, su boca con la mía. Nuestras lenguas volvieron a danzar. Sus dedos se movieron despacio de mi nalga hacia mi cadera y, después, hacia mi pubis. Gemí y me deshice de su beso.

—Robert…

Me miró y perdió sus ojos sobre los míos. Pero su mano no frenó su recorrido. Acarició mi clítoris despacio, de una manera tremendamente deliciosa. Apoyé mi cabeza en su pecho y me rendí al deseo anhelante que me recorría. Sus dedos fueron más allá y llegaron hasta mi vagina, empapada y ya dispuesta en esos momentos.

—¡Dios! —susurró sobre mi oído. Metió un dedo y mi cuerpo dejó de pensar con claridad—. Olivia, necesito estar dentro de ti.

Me subió el vestido hasta la cadera y se agachó para deslizar mis bragas por las piernas. Lo hizo muy despacio, sin dejar de mirarme, sin dejar de enloquecerme con cada movimiento. Le ayudé a sacarlas levantando mis pies. Después, las guardó en el bolsillo de su pantalón. Deslizó sus manos por mi piel, en un movimiento ascendente y al tiempo que se incorporaba. Alzó una de mis piernas, la llevó a su cadera y unió su erección, aún encadenada entre su ropa, con mi clítoris. Me volvió a besar desenfrenadamente. Bajó sus labios a mi cuello y volvió a presionar con su polla sobre mi sexo.

Pero, entonces, llamaron puerta. Le empujé y él dio dos pasos para atrás con el rostro

desesperado. Supe que no estaba por la labor de abrir. Pero no le di opción. Bajé mi vestido y recogí mi chubasquero del suelo. Robert se acercó y me dio un suave beso en mi sien. Comprobó que todo estaba en orden y abrió la puerta.

—¡Dr. O'Connell! Pasa, por favor.

Me retiré discretamente, intentando acompasar mi respiración desenfrenada. Robert, por el contrario, destilaba una serenidad extraordinaria. No sabía cómo diantres lo hacía.

El Dr. O'Connell pasó al despacho. Nuestras miradas se encontraron. Le sonreí a modo de saludo. Pero él parecía contrariado.

—¡Oh! Lo siento. No sabía que estabais reunidos.

—Todo lo contrario —le cortó Robert—. Estábamos esperándote. Pasa, por favor.

No sabía a qué se refería. Pero preferí no decir nada y actuar acorde con él. Cerró la puerta cuando O'Connell hubo pasado del todo y se dirigió a su escritorio para sentarse tras la mesa. En su imagen no había ni un ápice del delirio desenfrenado que le había embargado segundos antes. De aquello sólo quedaba su más que evidente erección, que pude apreciar antes de que tomase asiento en su silla tras la mesa. Pero, claro, O'Connell no le miraba el paquete. Yo sí porque mi cuerpo deseaba en esos momentos liberarlo y lamerlo entero. Así que, para todos los demás, Robert estaba tan tranquilo como si fuese una mañana cualquiera y no hubiese estado a punto de follar contra la puerta de su despacho. Por el contrario, yo solo podía pensar en mi sexo vibrando y clamando a gritos porque acabasen con lo que habían empezado a darle. Sentía mi garganta seca y mis mejillas sonrosadas. Y todo aquello, sin bragas porque mi ropa interior se había quedado dentro del bolsillo del pantalón de Robert.

Empezábamos bien la mañana.

36
ROBERT

—Recuerdas al paciente del picahielos, ¿verdad?

—¡Ah! El señor Hagerthy. Claro que me acuerdo, sí.

—Necesito que te encargues de evaluarlo con la Dra. Sullivan. —O'Connell me miró dubitativo. Era su última semana antes de la jubilación y yo le estaba encasquetando un paciente nuevo. Por eso, le expliqué—: No le caigo muy bien al señor Hagerthy, y preferiría que el primer despertar consciente lo haga contigo y no conmigo. La Dra. Sullivan irá también. Participó en la operación y ha estado presente en el seguimiento durante estos días. Pero, además, quiero que ella vaya porque, por alguna razón, consigue calmarle mucho más que cualquier otra persona.

Llevé mis ojos hacia Olivia. Sus mejillas guardaban todavía cierto azoramiento y la hacían demasiado deseable. Por mi mente pasó un retazo de los minutos previos a la entrada de O'Connell. Sus ojos entornados, su sugerente boca entreabierta, su voz velando gemidos. Sentí una sacudida en mi polla.

—De acuerdo —transigió mi maestro—. Pero necesito echar un vistazo a la historia médica.

Se la tendí. O'Connell la abrió y oteó los informes. Comencé a explicarle los pormenores de su ingreso, las circunstancias de toxicidad con las que entró y las características de la herida en el cráneo. Le narré cómo llevamos a cabo la operación y su evolución posterior.

—No ha habido ningún problema a lo largo de estos días. Se le retiró la ventilación mecánica y respondió bien. La bajada de la sedación ha ido perfecta. Los médicos y el equipo de enfermería de la UCI le han llevado hasta el límite, y responde a la llamada y mantiene los ojos abiertos durante pocos segundos. Así que, en principio, todo debería ir bien en cuanto a la retirada definitiva. Ya veremos cómo responde al análisis neurológico.

—Muy bien, Robert. Nos encargaremos de ese primer contacto. —Se giró hacia Olivia —. Dra. Sullivan, usted le conoce personalmente, ¿verdad?

—Sí, así es. Pero mi relación no es tan estrecha como la que tiene con el Dr. Taylor.

—¿Y cómo lo está llevando su compañero?

Olivia agachó la cabeza y juntó sus manos.

—Con dificultad. Pero el Dr. Taylor es una persona excepcional y mucho más fuerte de lo que parece.

O'Connell la sonrió y se volvió hacia la historia médica. Aproveché esos minutos de lectura para centrarme de nuevo en Olivia. Ella percibió mi interés y dirigió sus ojos hacia mí. Noté como mi escrutinio no la dejaba indiferente y eso me deshizo. Apenas podía aguantar más sin tocarla. Había pasado demasiado tiempo sin ella y la necesitaba entre mis brazos de nuevo.

La noche del sábado me había ido roto. La conversación con la madre de Olivia me había destrozado. Me había golpeado con toda la realidad y sin ningún tipo de mesura. Las últimas horas con Olivia me habían hecho creer que quizá sería posible olvidar todo lo ocurrido y seguir adelante. Pero Beverly me vino a recordar que la sombra del pasado siempre estaría presente entre nosotros, persiguiéndonos, oscureciendo cada nuevo amanecer.

Fui hasta mi casa, dejé el coche en el garaje y salí a caminar. Subí mi calle hasta alcanzar la

Quinta Avenida. Y, de ahí, paseé bordeando Central Park, que en aquellos momentos ya estaba cerrado. Durante ese tiempo pude pensar. Recorrí todos y cada uno de los días que había vivido junto a Olivia ocho años atrás. Sentí el peso de la culpa y del pasado sobre mis hombros. La debilidad interior fue carcomiéndome y consumiéndome poco a poco a medida que recordaba todo el daño que la había hecho. Llegué a cuestionarme si realmente yo era bueno para ella; si no sería mejor alejarme, tal y como me había sugerido Beverly.

Llegué a casa con el sol saliendo entre los rascacielos de Manhattan. Y, ya allí, mi mente siguió sin aparcar todo ese desvelo. La aflicción empezó a consumirme y entré en una especie de letargo que solo ayudó a atormentarme mucho más. No estaba seguro de nada. Solo de que amaba a Olivia más que a nada en este mundo y no quería volver a dañarla. Me estremecí al pensar que podía volver a pasar algo así; que podría volver a herirla de aquella manera tan cruel y tan lacerante. Dudaba de mí mismo porque hacía ocho años también la amaba de la misma manera y terminé hiriéndola al actuar con ella de esa forma tan cobarde.

Ni siquiera escuché entrar su mensaje. Lo vi pasado el mediodía, cuando fui a la cocina a beber agua y ya me encontraba ahogado por la culpa. La respondí intentando no transmitir en mis palabras el desasosiego que me asfixiaba. Después, abrí su foto de perfil y volví a recorrer cada recoveco de su bello rostro. Las lágrimas se escaparon de mis ojos. Dejarla sola tras el aborto había sido un acto inhumano y mi pensamiento evocó todas las sensaciones que ella pudo haber sentido: miedo, abatimiento, quebranto, desconsuelo, engaño, decepción y soledad, mucha soledad. ¿Cómo podría hacer desaparecer todas aquellas marcas? ¿Cómo? ¿Cómo podría evitar que el daño vivido no nos persiguiese eternamente?

La ira contra mí mismo me invadió y terminé estrellando el teléfono contra los azulejos de la pared de la cocina. Me derrumbé. Ni siquiera el hecho de que ella hubiese vuelto a mi vida podía devolverme el consuelo. La realidad era demasiado dolorosa. Estábamos heridos y apenas había nada que pudiese cerrar ese daño sangrante. Habíamos tomado la decisión de darnos una nueva oportunidad. Sin embargo, en ese camino había demasiados baches. Yo estaba dispuesto a llevarla sobre mis hombros hasta el final y como fuera posible. Pero no estaba seguro de cuánto aguantaría ella. Olivia perdió la confianza en mí hacía ya mucho tiempo. Y, aunque sabía que me quería, también estaba seguro de que, en los momentos críticos, siempre la asaltaría la duda.

No me di cuenta de lo perdido que estaba en ella hasta que escuché la voz de O’Connell interpelándome. Me volví intranquilo hacia él. Mi atracción por Olivia estaba siendo demasiado evidente.

—¿Quién se va a encargar de él en Psiquiatría?

—Mi prima. Ya está al tanto de todo. Si la evaluación neurológica es correcta, se pondrá a trabajar con él cuanto antes.

Olivia se movió inquieta. Entendí que quería intervenir. La invité a ello.

—¿Qué hacemos si pregunta por Mark?

Suspiré y me eché hacia atrás en la silla.

—Yo preferiría que no se viesen hasta que le subamos a planta. Pero no sé… ¿Qué opináis vosotros?

O’Connell se adelantó a Olivia y preguntó:

—¿El contacto puede conllevar alguna alteración emocional del paciente?

No le había contado nada, pero mi maestro intuía por dónde podían ir los tiros.

—Sin duda, la habría.

—Pues, en ese caso, no deberían verse. El Dr. Taylor lo entenderá.

Miré a Olivia que había teñido su rostro con un velo de preocupación.

—Yo hablaré con él —la propuse.

Asintió sin cuestionar nuestras decisiones. Ella también sabía que aquello era lo mejor para ambos.

O'Connell se dirigió a Olivia.

—Pues, si esa va a ser nuestra mañana, ¿le parece bien, Dra. Sullivan, que echemos un vistazo al caso juntos antes de bajar a la UCI?

—De acuerdo, Dr. O'Connell. Voy al vestuario a dejar mis cosas y nos vemos en su despacho.

Después llevó sus ojos sobre mí. Volvía a estar inquieta. Me mantuvo la mirada unos instantes como si quisiera decirme algo. Sabía, perfectamente, lo que quería. Pero no sabía cómo abordarlo con O'Connell delante. La sonreí de medio lado. Metí mi mano derecha en el bolsillo del pantalón y toqué su ropa interior, tan suave como ella. Me balanceé de un lado a otro con la silla. Me ponía muchísimo verla en esa circunstancia.

Olivia no lo postergó más. Sabía que estaba jugando con ella. Desvió su cabeza en un gesto de contrariedad y se despidió.

—Adiós, Dr. Evans. Hasta luego, Dr. O'Connell.

Fue hacia la puerta del despacho y yo me perdí observando cómo ese vestido blanco se pegaba a su cuerpo. No me di cuenta de lo distraído que estaba hasta que la puerta se cerró y, al girarme de nuevo hacia O'Connell, percibí que me observaba con curiosidad. Me recompuse. Necesitaba centrarme en el otro asunto que quería cerrar de una vez.

—Tengo otro tema que hablar contigo y no puedo postergarlo más.

—Dime, Robert.

—Es largo y ahora mismo no tenemos mucho tiempo. Pero debemos tratarlo esta misma semana.

Percibió mi nerviosismo.

—¿Quieres que comamos juntos?

—Preferiría que lo tratásemos en tu despacho o en el mío.

O'Connell mostró preocupación en sus ojos y su frente se llenó de múltiples arrugas que acentuaron más esa imagen.

—¿De qué se trata?

No se lo oculté más.

—De Sarah Parker. —Le cambió totalmente la cara y se echó para atrás en el asiento—. O'Connell, ¿por qué está en el programa?

Mi maestro desvió sus ojos hacia la ventana y expulsó el aire despacio.

—Robert…

—Peter, por favor, necesito saber qué pasa. No entiendo cómo se la ha podido admitir. Pero, además, hace poco me he enterado de que las vacantes del programa eran cinco y no seis. ¿Qué es lo que os ha llevado a aceptarla?

—Lo que me ha llevado, Robert. Monroe y Sanders no saben nada. Y, de hecho, te agradecería que no lo supiesen. —Aquello cada vez me gustaba menos—. Antes de contártelo, te pediría por favor que no me juzgues mal. Soy muy consciente de que cometí un error gravísimo permitiendo su entrada en el programa. Y me di cuenta nada más empezar a trabajar con ella. Pero si lo hice, fue porque creí que su nivel era el adecuado y que aquello podría beneficiar al departamento. Nada más. Al menos, en esos momentos, pensé que estaba haciendo lo que debía.

Percibí su voluntad para hablar, así que decidí que era el momento de mantener esa charla.

Quizá, si lo postergábamos para otro día, mi maestro no estaría tan receptivo. Íbamos a llegar tarde, pero era necesario acabar con aquello.

—Todos conocemos a los Parker —comenzó—. De esa familia han salido una gran saga de médicos desde hace décadas y muchos de ellos muy buenos. Algunos, incluso, han llegado a sentar cátedra en algunas cuestiones. Quizá Lex no es uno de los más sobresalientes. Él tiene un perfil más de negocios. Y, la verdad, Robert, lo demuestra día a día dejándose la piel en las cuestiones burocráticas que necesita este hospital. No se lo reprocho. Sus decisiones en la Junta son muy respetadas y estoy seguro de que terminará siendo gerente del hospital en algún momento de su vida. Seguramente, no tendremos mucho que esperar para verlo.

—Sí, ya me lo ha comentado Lisa.

Me había reunido con Lisa MacKallister hacía unos días y me había dicho que estaba buscando apoyos para presentar su candidatura para la próxima elección en la gerencia del hospital. Por supuesto, el mío lo tenía. Y, cuando la había preguntado por sus posibles contendientes, el nombre de Lex Parker había salido.

—No dudo que la Dra. MacKallister sería una gerente estupenda. Pero le costará llegar hasta ahí arriba, sobre todo si tiene que enfrentarse al Dr. Parker. Pero bueno, —dijo moviendo la mano en un aspaviento—, independientemente de eso, sabes que Lex tiene mucho poder y conoce a mucha gente. Y la situación en ese momento para el departamento no era buena. Había que volver a firmar el contrato académico con la Universidad. Y, como ellos ya sabían que yo me jubilaría este año, tuvieron bastantes reticencias. Robert, sabes que sin esa vinculación el programa no alcanzaría la excelencia que tiene. No se distinguiría de los otros hospitales de Nueva York. Y eso conllevaba dos cosas. La primera, perder estudiantes y, por tanto, perder el dinero de sus matrículas y el que viene directamente de la Facultad de Medina. Pero también supondría que la Junta reduciría las partidas que nos otorgaba. Habría que haber reducido costes y eso hubiese conllevado cerrar proyectos de investigación, como el de la Dra. Sanders, y mermar las posibilidades de ampliar nuestros medios de trabajo.

Juntó sus manos y miró por la ventana. Estaba evidentemente nervioso. Le dejé que reflexionase en silencio, sin interrumpirle, sin buscar acelerar la información que deseaba que me diese.

»Le hice a Lex partícipe de mis temores. Y él me puso en bandeja la solución a todos esos problemas. Me dijo que él se encargaría personalmente de convencer al Decano de la Facultad de Medicina. Me propuso organizar una comida, con el propósito de que de ella saliese una declaración en firme de que la Facultad de Medicina seguiría vinculada a nosotros. Pero su generosidad no quedó solo ahí. Se comprometió conmigo a ampliar la partida que el hospital nos otorgaba y a dotarnos con un segundo tomógrafo y dos enfermeros más en planta. Yo no daba crédito, Robert. Pero, claro, iluso de mí…

—No digas eso, Peter.

Le reprendí con cariño. Efectivamente, se veía a las claras que Lex Parker había tejido la tela de araña minuciosamente, antes de dar el golpe final.

—El día después de conseguir la vinculación a la Universidad, me presentó a Sarah. Yo ya sabía que tenía una hija y que había estudiado Medicina. Me invitaron a comer y pude charlar con ellos dos. Cuando estábamos a punto de terminar la comida, Sarah se ausentó un momento. Y, entonces, Lex me lo puso delante de mis narices, sin medias tintas. Me dijo que su hija estaba muy interesada en la rama de Neurocirugía y que estaba buscando un programa donde ampliar su formación. Y, Robert, no vi la posibilidad de negarme. Por lo visto había estudiado en una de las

mejores universidades.

—Sí, lo sé.

—Ni siquiera sé cómo conseguiría entrar. Aunque imagino… —No quiso pronunciar en voz alta lo que pasaba por su mente—. Me dijo que había hecho la residencia y la tesis en Neurología, pero que había decidido reorientarse a Neurocirugía. Y, de veras, Robert. No encontré mayor problema en incluirla. Cumplía con los requisitos para el programa. Aunque, claro, nunca consideré que fuera para este mismo año. Ya habíamos publicado las listas de admitidos. Y así se lo hice saber. Pero Lex me dijo que no había problema. Que, sin duda, la Junta podría aceptar ampliar esa plaza. ¡No sé cómo les convencería!

—Quizá ni siquiera se molestó en hacerlo.

Mi acusación era muy grave. Pero, teniendo en cuenta todo lo que me había contado, era más que posible.

—Durante los primeros días se mantuvo bastante comedida. Participaba poco y no se hacía notar. ¡Iluso de mí! Pensé qué podría tratarse de timidez. Por eso, empecé a animarla a dar su opinión en los diferenciales. Y… ¡Dios mío! Cuando empezó…

—Ya me imagino.

—Entonces me di cuenta del error que había cometido. —O'Connell cabeceó varias veces y, después, elevó su mirada al techo—. Me reuní con ella varias veces y la hice ver, de modo bastante considerado, sus carencias. Empecé a sugerirla bibliografía, vídeos de intervenciones, historias médicas de nuestros propios pacientes. Ya sabes. Pero, Robert, son demasiadas sus lagunas. Había cuestiones básicas de Neurología que ni siquiera dominaba.

—Las sigue habiendo, Peter. Las sigue habiendo.

O'Connell me mantuvo la mirada unos instantes. Después, bajó su rostro y su voz sonó en apenas un susurro.

—Sé que he cometido un error muy grave. Robert, perdóname. Durante algunos meses pensé que podría resolverlo centrándome en ella y reforzando sus conocimientos. Pero todo ha sido en balde y te he terminado pasando el problema a ti.

Traté de rebajar la tensión.

—Peter, no te preocupes. Me encargaré de ello. Y te aseguro una cosa: Sarah Parker no saldrá de este hospital con un título en Neurocirugía hasta que no alcance el nivel para ello. Te lo prometo. No voy a permitir que ejerza si no está preparada.

—No te conviene enfrentarte a Lex Parker.

—No voy a enfrentarme a él. Le dejaré claro lo que hay con su hija.

—Eso es enfrentarse a él.

—Estate tranquilo, O'Connell.

—No, Robert —me respondió alterado—. No puedo estar tranquilo porque el causante de ello he sido yo y no puedo permitir que tires tu carrera por la borda por enfrentarte a Lex.

—Alexander Parker puede tener mucho poder, pero no está en todas partes.

—Robert… No puedes arriesgar tu plaza.

—Tranquilo, de verdad. Todo irá bien.

Intenté que mis palabras le sosegasen, pero era evidente que iba a ser imposible. No me daba miedo enfrentarme a Lex Parker. Si sus tentáculos de poder llegaban tan lejos, yo podía encontrar trabajo en cualquier otra parte. Lo sabía de antemano. Durante mi formación, había pasado por muchos lugares donde querían recuperarme. Y sabía que, si se les ofrecía la oportunidad, no la rechazarían. Lo que me daba pavor era que Sarah llegase a ejercer en algún

centro sanitario. Una profesional con esas carencias no solo traería consecuencias terribles para sus propios pacientes; sino también el desprestigio para el propio hospital y para el programa de formación en Neurocirugía donde hubiese obtenido su título. Si yo iba a ser el director del mismo, no podía permitir que sucediese eso. Había demasiado esfuerzo impregnado en ese programa como para que alguien así se cargase de un plumazo el trabajo de tantos años.

—O'Connell, no quiero amargarte tus últimos días aquí. Así que desentiéndete. Confía en mí. Déjame actuar como creo que debo hacerlo. —Me miró turbado. Después bajó sus ojos. —Peter, —le susurré—, confía en mí.

Asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Se llevó la mano a la frente y respiró profundamente, como intentando encontrar el sosiego perdido.

—Lo siento mucho, Robert. Nunca quise hacer nada que pudiese perjudicarte.

—Lo sé. No te preocupes más de ello, por favor. —Decidí cortar el tema. No íbamos a sacar nada más que disculpas. Así que me levanté y cogí mi bata—. Bueno, ya va siendo hora de que nos pongamos en marcha.

—Sí —me respondió en un susurro.

Estaba claramente afectado. Intenté por todos los medios que se relajase. Le pasé mi brazo por sus hombros y fuimos hasta la puerta.

—Lo has hecho bien, Peter. Todo esto lo hiciste por el bien del departamento. En ningún momento pensaste que Lex te saldría con esa jugada. Deja ya de torturarte. —Antes de abrir, lo miré a los ojos—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. No te preocupes, Robert. Vamos allá.

Abrí la puerta y le cedí el paso. Observé que el pasillo estaba más lleno de gente que de costumbre. Josh y Neil estaban charlando entre ellos y parecían pasárselo en grande. Había un par de pacientes, con sus acompañantes, y hablando con dos de nuestros enfermeros. Uno de ellos, Nick Perlman. No pude evitar que mi cuerpo reaccionara y se tensara ante su presencia. Me lo reproché a mí mismo e intenté relajarme.

—Robert, voy a ir al baño antes de reunirme con la Dra. Sullivan. Nos vemos luego, a la hora del descanso.

—De acuerdo, Dr. O'Connell. Te busco cuando termine y comemos juntos.

Se alejó despacio, serio y cabizbajo. Hoy no iba a ser un buen día para él. En el momento en que cruzaba la esquina, se encontró con Olivia que venía de aquella dirección. No se había cambiado. Todavía llevaba ese precioso vestido blanco con las botas. Únicamente se había puesto la bata por encima. Iba acompañada de Mark y de Kate. Saludaron a O'Connell y compartieron unas palabras antes de separarse de nuevo.

Me sonreí a mí mismo. Me encantaba verla. Era como un bálsamo que conseguía aliviar y sanar todos mis problemas. Terminé de cerrar la puerta con llave para ir con ellos.

Pero hubo alguien que fue más rápido.

37
ROBERT

«Perlman…».

Nick Perlman se había acercado sonriente a hablar con Olivia, con Kate y con Mark. Este último estaba bastante abstraído para lo que venía siendo su actitud habitual. Ellas le escuchaban con una sonrisa suave en la boca. Me quedé mirándolos, evaluando lo que sucedía y a una distancia prudencial. Había algo en él que enganchaba. Quizá la forma de expresarse, su eterna sonrisa o su mirada rasgada. No sabría decir. Pero, después de lo que sucedió hacía unos días y lo que escuché el sábado, no quería que se acercase a Olivia. Chasqueé la lengua y desvié los ojos hacia el otro lado en un gesto de contrariedad. Después, volví a llevar la mirada hacia ellos.

Pero esa vez, Olivia me captó. Enlazó mi mirada y me obligó a calmar la inquietud que recorría mi cuerpo. Les dijo algo y, después, se alejó del grupo para venir hacia mí. Preferí no esperar a su llegada. Allí había demasiada gente. Comencé a caminar para salir del pasillo y decidí ir hacia el control de enfermería. En esos momentos, no había nadie en el mostrador. Me apoyé en él como si estuviese esperando a que viniese alguno de esos compañeros.

Noté su presencia a mi lado y todo mi cuerpo reaccionó al instante. Su fragancia me hechizó y sentí crecer mi deseo.

—Buenos días, Dr. Evans.

Llevé mis ojos hacia ella y la sonreí levemente.

—¿Qué tal estás?

—Un poco incómoda, la verdad.

Amplié mi sonrisa y profundicé la mirada. Sabía por qué lo decía. Aun así, decidí jugar un poco más con ella.

—¿Y eso a qué se debe, Dra. Sullivan?

Rasgó sus preciosos ojos verdes y ladeó su cabeza. No pude evitar llevar la mirada hacia su cuello. Anhelé devorarlo tal y como lo había hecho hacía solo unos minutos.

—Lo sabes perfectamente.

—Creo que no. —Y desvié mis ojos alrededor de aquella zona. No había absolutamente nadie. —Me tendrá que dar más pistas, doctora.

Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio y mi cordura. Se puso de puntillas y llevó sus labios a mi oído.

—Dame mi ropa interior.

—¡Ah! ¡Eso! Ya, pues…

No pude terminar la frase. Me aparté discretamente cuando vi que Perlman cruzaba la esquina directo hacia el control. Olivia percibió mi incomodidad y se dio la vuelta para mirar hacia ese lado.

—Buenos días, doctores.

—Buenos días, Perlman. —Entró directamente en el control de enfermería—. ¿Has pasado un buen fin de semana o tuviste que estar por aquí?

—No, Dr. Evans. Pude disfrutar del fin de semana. Pero no hice nada especial. Bueno, sí. Descansar.

—Poder hacer eso ya es mucho —respondí.

—¿Y usted, Dr. Evans? ¿Ha pasado buen fin de semana?

—Ha sido el mejor fin de semana de mi vida. —Y le sonreí—. Por cierto, me acordé de ti.

Dirigí mis ojos hacia Olivia y sentí su intranquilidad.

—¿Sí?

Volví a mirarla. Estaba azorada. Hubiera dado mi alma por poder besarla en esos momentos. A Nick no le di explicaciones. Corté tajantemente.

—Oye, Perlman, necesito una historia clínica antigua. La de la señora Vonderwinkel.

—¿Fonder…?

—Vonderwinkel —repetí despacio.

Vi su cara de contrariedad.

—Vale, doctor. Voy a buscarla dentro, al archivo.

—Gracias, Perlman.

Se metió dentro de una sala contigua que había al control de enfermería. Allí se custodiaban las historias antiguas de los pacientes que habían pasado por el departamento. Me giré hacia Olivia. Me observaba divertida.

—Ese nombre te lo has inventado —susurró.

—En realidad, no. Pero no recuerdo que hayamos tenido un paciente con ese apellido. ¿Por dónde íbamos?

Sesgué la mirada y ella me sonrió de medio lado.

—Mi ropa interior.

—¡Ah! ¡Sí! Creo que la tengo en mi bolsillo derecho.

No hice nada más. Me mantuve quieto observándola, con el cuerpo girado hacia ella y aguardando una reacción que no se hizo esperar. Olivia miró alrededor y, tras confirmar que estábamos solos, dio un paso hacia mí y sonrió mientras mordía su labio inferior. Tuve que respirar profundamente para controlar mis deseos. Llevó su mano al bolsillo de mi pantalón y la metió dentro para sacar la prenda. Pero no quedo ahí. Profundizó hasta rozar mi polla con sus dedos. La acarició. Y yo solo pude cerrar los ojos, cautivado por el placer. Al abrirlos, vi que se separaba muy lentamente y sin desprender su mirada de la mía. Después, guardó su prenda en el bolsillo de su bata.

Solté el aire muy despacio mientras la sostenía la mirada.

—Gracias —me dijo irónica.

—Necesito que pasen rápido estas horas para volver a estar contigo.

Mi voz sonó desesperada. Me daba igual. A esas alturas estaba tan necesitado de ella que apenas veía el momento de poder volver a fundirme con su cuerpo. Pero, lo que me dijo después, me dejó claro que ese momento iba a tardar mucho más de lo que yo hubiese querido.

—Robert, lo siento. Después del trabajo he quedado con Mark y con Kate en acercarnos a comprar algo para la fiesta de este sábado. Y no puedo dejarlo para otro día. Ya sabes cómo son este tipo de cosas, que tienes que dar mil vueltas hasta que…

—Ya, ya lo sé, tranquila —la corté. Me afectaba su negativa—. No te preocupes. Podemos vernos otro día.

—Vente. —Elevé la mirada hacia ella—. Sí, vente. Vamos, compramos y luego podemos irnos a tu casa. —Llevó sus mano hasta mi vientre y lo acarició con suavidad—. Si quieres…

Claro que quería. Era lo que más deseaba en esos momentos. Volver a sentirla entre mis brazos se había convertido en mi prioridad.

—Sí, de acuerdo.

—Así aprovechas para comprar otro teléfono.

—Ya lo he hecho. Me lo traen aquí al mediodía.

—¡Dr. Evans! —llamó Perlman. Nos separamos justo en el momento en que asomaba su cabeza por la puerta—. No encuentro a nadie con ese nombre.

—Déjalo, no te preocupes. A lo mejor la tengo yo en mi despacho.

En esos momentos, el grupo del programa de Neurocirugía apareció por la esquina que enlazaba con el pasillo. Olivia dirigió su mirada hacia ellos y después, lo hizo hacia mí.

—Voy a ir a buscar al Dr. O'Connell. No quiero hacerle esperar.

—De acuerdo. Luego me contáis cómo ha ido.

Asintió y emprendió la marcha hacia su despacho. Cuando pasó junto a Mark ralentizó su paso para acariciarle el rostro. Este la sonrió. Solo cuando desapareció de mi vista, pude volver a centrarme.

—Hola a todos. Espero que hayáis descansado el fin de semana.

—No mucho —dijo Neil.

Había tenido guardia el día antes.

—Vamos a empezar, si os parece.

Pero, entonces, Sarah Parker levantó su mano. La invité a que hablase.

—¿Y el Dr. O'Connell y la Dra. Sullivan?

—Van a ver a un paciente.

—¿Y por qué van solos? Normalmente, siempre nos dividimos, ¿no?

Me molestó que cuestionase mi decisión. No la contesté. Solo la observé fijamente y pretendiendo hacer evidente mi malestar. Después, bajé mi rostro y, cuando lo levanté, ella ya era consciente de que estaba cabreado. No me molesté en dar más explicaciones. Las cosas para ella iban a empezar a cambiar.

—Vamos a echar un vistazo a los ingresados. Si no me equivoco, son cuatro…

Seguí hablando y recordándoles cada uno de los casos. Nos pusimos en marcha y pasamos la primera mitad de la mañana bastante tranquila. Todo el grupo participó de manera muy activa y obtuvimos muy buenos resultados a nivel formativo.

A mitad de mañana, O'Connell vino a buscarnos. Nada más verle la cara, supe que todo había ido bien con Jake. Aun así, fui en su busca para poder hablar del caso a solas. No me pasó inadvertido el rostro de Mark. Estaba totalmente descompuesto. Al pasar a su lado, puse mi mano sobre su hombro para infundirle ánimos.

Me encontré con O'Connell en mitad del pasillo.

—Dr. O'Connell, ¿cómo ha sido la evaluación de Hagerthy?

—Muy bien. Todo ha ido mejor de lo esperado.

Me di la vuelta y busqué a Mark con la mirada. Le sonreí ligeramente y él me devolvió el gesto. La tranquilidad barrió el desasosiego previo. Después, volví mi atención a O'Connell y le invité a que fuésemos a un lugar más tranquilo. Pasamos a una habitación que no estaba ocupada y le pedí que me contase de forma más extensa lo que habían hecho.

—Después de retirar totalmente la sedación, lo encontramos consciente y orientado. De hecho, reconoció enseguida a la Dra. Sullivan y la preguntó por el Dr. Taylor.

—¿Y qué hizo ella?

—Le dijo que estaba bien, pero que ahora debíamos valorarlo. No insistió más y la hizo caso, Robert. Tenías razón en lo que decías. Consigue calmarle y la obedece sin rechistar.

—Sí —y me sonreí a mí mismo al evocar su imagen.

—No hemos constatado alteraciones ni dificultad en el lenguaje. Pupilas isocóricas y normorreactivas. No parece que tenga ninguna disminución de su agudeza visual. La campimetría por confrontación también es normal. Tampoco parece haber alteración en los pares craneales y no hay signos meníngeos. Su fuerza y su sensibilidad son correctas. De hecho, cuando le he pedido que me apretase las manos, casi me las rompe. —Comenzó a reír—. Reflejos simétricos. Vamos, que todo parece en orden. El resto de pruebas, ya las completaréis cuando pueda ponerse de pie.

—Gracias, Dr. O'Connell. Te debo una.

—Sabes que no. Para mí es un placer. —Le sonreí levemente. Después, pregunté por ella—. Se ha quedado un rato más. El Sr. Hagerthy estaba un poco intranquilo con respecto a una serie de cuestiones personales.

O'Connell hizo alarde de su discreción, como siempre.

—De acuerdo. Démosle el tiempo que necesite con ella. —Eché un vistazo hacia la puerta con intención de ir saliendo. Pero antes, necesitaba saber algo más—. Otra cosa, Peter.

—Dime, Robert.

—¿Cómo te encuentras?

Me sonrió abiertamente.

—Con mis demonios rondándome.

—Peter…

—No, Robert, no. Estoy preocupado; y lo seguiré estando hasta que todo esto termine y Sarah se vaya de aquí con su título. Solo te pido que me prometas una cosa.

—¿El qué?

—Que nunca te jugarás tu puesto por enfrentarte a los Parker. Eso sí que no podría perdonármelo.

Mantuve su mirada turbada durante unos segundos. No me gustaba preocuparle. Ya lo había hecho durante demasiado tiempo a lo largo de los primeros años que estuve con él. Nuestro vínculo distaba mucho de una mera relación profesional. En los momentos más duros de esa época, O'Connell había actuado conmigo como un padre. Así que, al menos, debía hacerlo por él.

—Peter, no te preocupes. No lo haré. Te lo prometo.

Unió sus manos dando una palmada y dio el tema por zanjado.

—Bueno, ¿qué quieres que hagamos el resto de la mañana?

—Está todo bastante tranquilo.

—La tranquilidad que precede a la tormenta…

Comencé a reír. Efectivamente, esa circunstancia se daba a menudo en los hospitales.

—Espero que no sea así. Si quieres, puedo seguir yo con ellos y tú descansas hasta la hora de las consultas.

—No, Robert. En una semana voy a tener todo el tiempo del mundo para descansar.

—De acuerdo. Pues podemos ir juntos. Solo quedan dos pacientes por ver en planta.

—Muy bien. ¡Vamos!

Se dirigió hacia la puerta y abrió para salir. Le seguí hasta el pasillo y, de allí, fuimos hasta donde el grupo nos estaba esperando. Nada más vernos llegar, Mark se movió inquieto. Me

coloqué a su lado y volví a sonreírle. Les informé de que el Dr. O'Connell se nos uniría. Y después, les insté a que nos pusiésemos en marcha para ver al siguiente paciente.

De manera consciente, me quedé el último. Y Mark, por supuesto, se colocó a mi altura. Me adelanté a su reclamo.

—Está bien. Ha respondido perfectamente a toda la evaluación. Olivia se ha quedado con él un rato.

Le escuché expulsar el aire de golpe.

—Gracias, Robert.

—Intenta olvidarte de ello por hoy.

—Me estás pidiendo un imposible.

—Lo sé.

—Ahora mismo lo único que me apetece es salir corriendo ahí abajo.

—Ya te lo he dicho. Todavía le quedan varios días en UCI. Cuando le subamos a planta, podrás verle. Será lo mejor.

—Ya.

Me pareció demasiado comedido. Así que, cuando todos pasaron dentro de la habitación, le agarré del brazo para que nos quedásemos fuera.

—Mark, hazlo, por favor. No sabemos cómo se encuentra emocionalmente. Olivia ya nos dirá. Pero es mejor que Annie lo valore antes de que vuelva a verte. —Mark no respondió, pero asintió nervioso—. Ya habrá tiempo para todo lo demás.

Le observé durante unos segundos. Después, le puse mi mano sobre su hombro y le invité a pasar a la habitación del siguiente paciente. Sabía que Mark obedecería. Por mucho que desease ver a Jake, ante todo era médico y conocía perfectamente las complicaciones que podría llevar aparejadas ese encuentro.

No quise darle más importancia y me centré en la evaluación que debíamos llevar a cabo en esos momentos. O'Connell ya había tomado los mandos. Se estaba encargando de ello él solo, bajo la expectación del resto del grupo, y la incomodidad del paciente y sus familiares. Volvíamos a ser demasiados y eso inquietaba de manera evidente a los enfermos. Afortunadamente, este sistema iba a cambiar en pocos días. Si todo iba bien, y Monroe y Sanders se adaptaban, podríamos reestructurar de manera más racional a los médicos de la subespecialización de acuerdo con sus intereses. Aunque yo fuese siempre su referente, era necesario que cada uno de ellos tuviese la oportunidad de irse especializando en su rama de interés. Solo esperaba que esa idea diera sus frutos y mis otros dos compañeros de departamento no se echasen atrás después de las semanas de prueba.

Eso también implicaría que vería menos a Olivia. A partir de la semana siguiente, Sanders ocuparía casi todo su tiempo. Pero no me importaba si aquello revertía positivamente en su formación. Sanders adoraba a Olivia y ambas disfrutarían mutuamente. Estaba deseando ver la cara de felicidad de Livi cuando se lo dijese.

Lo que no sabía era cómo iba a poder lidiar con Sarah Parker. Ella también tenía interés por la Neurocirugía oncológica. Pero mi compañera había puesto como condición no tener que encargarse de ella. Monroe también me había dado bastantes vueltas. Así que solo me quedaba la opción de mantenerla conmigo. En parte lo prefería, porque así podría tenerla controlada y podría evaluar mejor su evolución. Pero me contrariaba el hecho de tener que lidiar a diario con sus insinuaciones. Llevé mis ojos sobre ella y vi que me estaba mirando. Me sonrió levemente, pero no la devolví el gesto. Respiré intranquilo. Solo esperaba que aquello pasase rápido, y se

diese por vencida o encontrase a otro hombre que copase su interés.

38
OLIVIA

Me quité la máscara de médico y me acerqué a él como lo que necesitaba, una amiga. Me senté en el borde de la cama y tomé su mano. Me miró con dificultad. Las lágrimas empañaban sus ojos maltrechos por la lesión. Le di un tiempo y, mientras él intentaba tranquilizarse, le acaricié el dorso de la mano que no tenía la vía. Después de un largo rato en silencio, le abordé sin rodeos.

—¿Qué te preocupa, Jake?

Suspiró y cerró los párpados.

—Me preocupa todo, Olivia. He tocado fondo. No sé qué hacer con mi vida. No soy feliz y no… No puedo…

Enmudeció. Podía intuir por dónde iba el problema. Acaricié la piel desnuda de su brazo hasta alcanzar de nuevo su mano y la envolví con la mía.

—Poco a poco, Jake. Poco a poco.

—No creo que pueda, Olivia.

—Ahora lo ves así, pero date tiempo. Esto que ha sucedido es un punto de inflexión en tu vida. A partir de aquí, debes trabajar para recomponerte.

Respiró con profundidad, cerró los ojos y las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas. Se las retiré con una caricia.

—Olivia, —demandó temeroso—, ¿cómo está?

—Mark está bien. Está preocupado por ti. Pero está bien.

—Después de esto no querrá ni verme.

—Eso no es verdad, Jake. Ha pasado tiempo a tu lado mientras estabas aquí en la UCI. —Me buscó con la mirada—. Te quiere Jake. No lo dudes ni un momento. Pero tampoco puedes obligarle a que acepte tus condiciones.

Su llanto velado se elevó sutilmente por encima de nuestras voces. Volví a acariciarle el rostro.

—Soy un cobarde —siseó.

—No, Jake. No lo creo.

—No puedo ser… No puedo presentarme así… de ese modo.

Le costaba hasta definirse a sí mismo en su sexualidad. Annie iba a tener mucho trabajo por delante para poder romper esos muros que le anclaban a una vida incompleta y de autocensura.

—Date tiempo, Jake. Yo estaré a tu lado. Y sabes que Mark también lo estará. Lo estaremos todos.

Cerró de nuevo los ojos. Se aferró a mi mano y se mantuvo así durante otro largo rato. Le di el tiempo que necesitó para volver a hablar.

—Olivia…

—Dime, Jake.

—Esta exploración que me habéis hecho, ¿descarta todos los daños?

—No, Jake. Volveremos a repetirla durante varios días. Y cuando puedas sostenerte en pie,

ampliaremos las pruebas. Pero quédate tranquilo. Todo ha ido muy bien hoy.

—¿Cómo fue, Olivia…?

—¿El qué?

—¿Cómo fue… todo? Apenas recuerdo nada de esa noche.

—Yo estaba de guardia. Nos avisaron de tu llegada y… —Evoqué su furia incontrolable en mi memoria—. ¿No recuerdas absolutamente nada?

Respiró y cerró los ojos.

—Apenas recuerdo nada de esos días. Solo me vienen imágenes... Me pasé con todo. Había consumido demasiadas drogas.

Lo sabía perfectamente. Aquella madrugada, el anestesista había tenido trabajo extra. Pero decidí ahorrarle todo lo que se había montado en el box de urgencias como consecuencia de su incontrolable furia contra Robert.

—Ingresaste después de que te encontraran en tu despacho.

—¿Mark estaba también?

Percibí que eso le preocupaba especialmente.

—No, no. El vino por la mañana, cuando todo ya había pasado y estabas recuperándote en la UCI.

Respiró más tranquilo. Después, me buscó con la mirada.

—Gracias, Olivia. Me salvaste la vida…

—Yo no fui. Estuve en la intervención y ayudé, pero el neurocirujano que te operó fue…

—¿Este hombre mayor que ha estado aquí?

Tocábamos un tema movedizo. Pero no pensaba evitarlo.

—Jake, el médico que ha estado aquí es el Dr. O'Connell. Pero él no te operó. Lo hizo Robert. —Fijó sus ojos en mí y pude intuir la tensión entremezclada con la sorpresa al escuchar ese nombre—. Jake, es necesario que sepas una cosa importante.

—Dime.

Su voz se había vuelto cavernosa.

—Mark y Robert no están juntos. De hecho, nunca lo estuvieron. El beso que le dio Robert en la fiesta de pedida solo fue para dar una lección a Stephan. —Percibí en su mirada signos de confusión—. Robert escuchó una conversación en la que Stephan dejaba en mal lugar a Mark y creyó que de ese modo podía ayudarle. No sabía lo que había entre vosotros dos ni las consecuencias que se podrían derivar de aquello.

—Pero… Llamé a Mark y Robert cogió su teléfono…

—Sí, pero no pasaron la noche juntos. Yo invité a Robert a quedarse en casa porque era muy tarde. Si Robert cogió el teléfono de Mark fue porque estaba preocupado. Cuando llamaste eran más de las cuatro. Mark estaba ya dormido y Robert no sabía si lo hacías porque había pasado algo grave. Robert, además, tiene un problema con los teléfonos ajenos… —dije para mí—. Todo ha sido un terrible malentendido. Pero no están juntos. Entre ellos solo hay una buena amistad.

Intuí su nerviosismo. Era como si su cerebro estuviese intentando encajar todo aquel embrollo.

—¿No están juntos? —repitió.

—No, Jake. No lo están. Y no lo van a estar nunca.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque a mí solo me gusta Olivia.

Me di la vuelta inmediatamente al escuchar su voz y vi a Robert junto a la cortina de entrada.

Una suave sonrisa cruzó mi rostro. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Sin duda, el suficiente para escuchar esa última conversación. Pasó dentro del habitáculo caminando con tranquilidad, con las manos metidas en los bolsillos y una serenidad medida.

—¿Qué tal, Jake? ¿Cómo te encuentras?

Este dudó.

—Ahora mismo, no lo sé.

Robert se colocó de pie a mi lado. Me lanzó una rápida mirada con una sonrisa muy leve que consiguió derretirme.

—Imagino que todo está siendo una locura para ti. Pero, tranquilo, poco a poco las cosas volverán a su cauce.

—Robert, lo siento… —empezó a decirle.

Su semblante mostraba una angustia contenida. Pero Robert le cortó.

—No, Jake. Soy yo el que tengo que pedirte disculpas. No sabía las implicaciones que podían conllevar mis actos. Solo quise ayudar a Mark.

—Y lo hiciste; lo hiciste mucho mejor de lo que yo podría haberlo hecho. Le protegiste del imbécil de Stephan. Mientras que yo… Solo le traigo problemas.

—No digas eso, Jake —intercedí.

Y volví a acariciar su mano.

—Es cierto, Olivia. En estos meses me he convertido en su peor pesadilla.

—Bueno, Jake —cortó Robert—. Ahora tendrás tiempo para intentar enmendarlo todo.

Cerró los ojos y tensó su mandíbula. Intentó retener las lágrimas que trataban de deslizarse por sus ojos. Pero le fue imposible. Miré a Robert. Le estaba evaluando y estaba empezando a tomar decisiones de carácter médico.

—Jake —susurré.

—No puedo verle, Olivia. No puedo volver a ver a Mark. No puedo…

—Pero, Jake…

Me alarmé. Sabía que mi amigo necesitaba ese encuentro más que nunca.

—No, Olivia.

—Por favor…

—¡No quiero!

Su bramido me cogió por sorpresa. Sin decir nada, Robert salió del box.

—Jake, tranquilízate, por favor.

Abrió los ojos y me miró totalmente enajenado.

—¿Me has escuchado, Olivia?

Por supuesto que le escuchaba. De hecho, le estaba escuchando la mitad de la UCI.

—Jake, baja el tono de voz. Aquí no puedes hablar de ese modo. Hay muchos más pacientes ingresados. No puedes comportarte así.

—Estoy harto de todo… Estoy cansado… No puedo más.

—Te encuentras mal, es solo eso. Date tiempo.

—No, Olivia. Para mí ya no hay tiempo.

—No digas eso, Jake, por favor.

—No lo hay…

—Escúchame…

—No lo hay, Olivia. No...

—Por favor. Ahora mismo estás muy nervioso para tomar ese tipo de decisiones…

Pero no me estaba escuchando. Volvió a cerrar los ojos y con gravedad, sentenció:

—No quiero que Mark aparezca por aquí mientras esté ingresado.

Robert entró en esos momentos al box y se adelantó a mi respuesta.

—Por mí, encantado. Creo que es lo mejor que os va a venir a los dos. Eso sí, Jake, —y vi cómo inyectaba a través de su vía el contenido de una jeringuilla que llevaba en la mano—, si cambias de parecer, háznoslo saber.

—¿Qué me estás poniendo, Robert? —siseó con furia contenida.

—Quiero que descanses. Solo es eso.

—¿Me estás drogando?

—No más de lo que tú lo has hecho en tu tiempo libre.

—¡Robert! —le amonesté.

Pero no me hizo el menor caso.

—¿Te acuerdas de mi prima? —Jake pareció dudar ante el cambio de tema. —Alta, rubia. Iba con un vestido rojo el día que te conocimos.

—Sí, sí. La recuerdo.

—Bien, pues mañana te va a hacer una visita.

—¿También trabaja aquí?

Robert sonrió y volvió a meter sus manos en los bolsillos.

—Sí, también trabaja aquí.

—¿Es cirujana, como vosotros?

—No.

—¿Entonces?

Robert le sonrió, pero le respondió con una evasiva.

—Mañana vendrá a verte y podrás contarle todo esto que te atormenta.

Jake empezó a hacer esfuerzos por mantener abiertos los ojos. Trató de hablar, pero la somnolencia ya estaba empezando a hacerle estragos.

—Antes de irme, me pasaré a verte, Jake. Ahora descansa.

Cogí su mano y besé sus dedos. Pero Jake ya apenas reaccionaba. Me levanté de la cama y Robert me cedió el paso para salir del box. Le esperé a distancia, mientras él se encargaba de darle una serie de instrucciones a los compañeros de enfermería sobre los nuevos cambios en la medicación. Después, encaminamos la marcha hacia la salida. No pude evitar expresarle mis dudas.

—¿No crees que es demasiado pronto para sedarle de nuevo?

—No si hay sospecha de que pueda autolesionarse. Y la hay, Olivia. Tú has visto cómo está.

—¡Dios! ¡Robert! Esto me está superando —musité—. Pensé que iba a poder llevarlo mejor, pero en lo único en lo que pienso es en Mark y en el daño que pueda hacerle toda esta situación.

Elevé mis ojos hacia los suyos tratando de encontrar consuelo.

—No trates de evitar lo inevitable. Eres su amiga. Lo que Mark necesita de ti es que estés a su lado.

Llegamos a las puertas de uno de los ascensores. Robert dio a la tecla de llamada.

—¿Pero cómo le digo que no quiere verle?

—Pues, de ese modo. Así de simple. Jake no quiere verte. Ya está.

—Robert…

Se volvió hacia mí.

—¿Por qué tratas de dulcificarle el mal trago?

—Porque no quiero que lo pase mal.

—¡Lo va a pasar mal de todas formas! Aunque Jake quisiese verle, está fatal. En ese estado solo conseguiría hacerle más daño. Por lo que me habéis contado, lleva meses haciéndole la vida imposible a través de un constante chantaje emocional; chantaje que ha durado hasta hace pocos días. Mark dijo que en la fiesta de pedida de Stephan le amenazó con hacer algo como lo que ha hecho.

—Pero…

—No, Olivia —me censuró con suavidad—. Lo que deberías preguntarte es si alguien así es bueno para tu amigo.

Desvié la mirada. Tenía razón. Robert dio un paso hacia mí y llevó su cuerpo prácticamente sobre el mío. Buscó mis ojos con su mirada hasta que pudo encadenarme a ella. Después, me la sostuvo unos segundos antes de seguir hablando.

—Mark lo tiene muy claro desde hace tiempo.

—¿Tú crees?

—Sí. Él sabe que en esta historia no hay un felices para siempre.

Me crucé de brazos y me moví inquieta. El ascensor llegó a la planta y nos apartamos para dejar pasar a las dos personas que salían. Entramos y di al botón de la quinta. Cuando se cerraron las puertas, noté su cuerpo sobre el mío. Su respiración estaba sobre mi cuello. Llevó sus manos sobre mis caderas y me instó a darme la vuelta. Lo hice despacio y buscando su mirada azulada. Sus labios cayeron sobre los míos con una suavidad extrema que terminó trastornado todo mi juicio. Deslicé mis manos sobre su pecho hasta llegar a su cara. La envolví con mis palmas y profundicé en el beso. Llevé mi lengua en busca de la suya. Sus brazos me rodearon y me pegó a su cuerpo. Su aroma me cubrió como el manto deseado en una noche de invierno. Y anhelé más que nunca poder estar lejos de allí con él. Necesitaba que volviésemos a fundirnos, que uniésemos nuestros cuerpos en una locura insaciable hasta la extenuación.

—Olivia, te necesito —susurró, despegando sus labios de los míos.

Después, los llevó sobre mi cuello. Lo recorrió despacio, lamiendo cada recodo de mi piel y dejando un reguero de besos hasta mi clavícula. Mi deseo comenzó a desbocarse. Sus grandes manos se aferraron a mis caderas para llevarme contra la pared de metal. Pegó su pelvis y sentí lo excitado que estaba. Pero también percibí cómo el ascensor frenaba despacio su subida. Lo aparté con suavidad e impuse distancia justo en el momento en que las puertas se abrían en la tercera planta.

Saludamos a los dos médicos que entraron. Pero, entonces, mis ojos vieron lo que venía tras ellos.

«¡Jason! ¡Mierda!».

Nuestras miradas se encontraron.

—¡Vaya! ¡Olivia! ¡Por fin nos vemos!

No solo noté mi tensión, sino la de Robert a mi lado.

—Hola, Jason.

—Empezaba a pensar que te habías mudado a otro país.

—No sería la primera vez que lo hiciera. Pero por ti no me tomaría tantas molestias.

La confusión cruzó por su mirada. Aunque apartó su desconcierto para centrarse en lo que quería.

—¿Subes a tu planta?

—Subimos —contestó con determinación Robert.

Busqué su rostro. Estaba tenso.

—Jason, no sé si recuerdas al Dr. Evans. —Dudó unos instantes—. Te lo presente hace varias semanas, cuando volví de vacaciones.

—¡Ah! Sí, claro. ¿Cómo está, Dr. Evans?

—Bien.

—¿Adaptándose al departamento?

Robert ni respondió. No estaba muy por la labor de ayudar.

El ascensor llegó a la cuarta planta y entraron dos personas más. Jason dio un paso hacia mí para abrirles hueco y yo me sentí demasiado incómoda como para soportar su cercanía durante una planta más. Me alejé hacia el lateral, junto a Robert. Y él, rápidamente, me cambió el sitio para colocarse entre los dos. Jason presenció pasmado la escena.

Entre los tres se generó un silencio tenso. Robert estaba muy serio y había adquirido una postura erguida, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón y llevando su bata hacia atrás. Su pecho se mostraba firme, cincelado y definido en un alarde claro de dominio y fuerza. Observarle en esa postura era como ver un documental de 'National Geographic' sobre machos dominantes de la manada. Si Jason hubiera sido el gorila a vencer, no hubiera durado ni el primer asalto. De hecho, se le notaba incómodo. Sabía que quería abordarme de nuevo para llevarme a su terreno. Pero, como buen cobarde, la presencia de Robert le intimidaba.

Así llegamos a la quinta planta, y Robert y yo pedimos permiso para pasar. Lo que no esperábamos era que Jason viniese detrás de nosotros. Cuando las puertas del ascensor se cerraron, supe que aquello iba a traer un serio problema.

—¡Olivia! —Me di la vuelta ante su insistencia. Pero Robert también—. Necesito que hablemos un momento.

Titubeé.

—Jason, ahora mismo no puedo.

—¿Cuándo, entonces?

Iba a responder. Pero Robert dio un paso al frente y se dirigió hacia él.

—Sr. Steward, ¿tiene hora?

Jason pareció dudar y miró la pantalla de su teléfono móvil.

—Las doce menos veinte.

Robert le sonrió de medio lado y, sin variar su postura, dio otros dos pasos hasta colocarse prácticamente encima suya. Pude percibir que la diferencia de altura lo abrumaba y comenzó a mirar a Robert con muchísima tensión.

—En este departamento, los médicos tenemos un descanso para comer entre las doce y la una. Y, si todo va bien, salimos de aquí a las cinco de la tarde. Así que, si no le importa, déjenos seguir trabajando.

—Lo siento, Dr. Evans. Es solo que…

—Adiós, Sr. Steward.

Jason le mantuvo unos instantes la mirada. No le gustaba nada cómo le estaba tratando. Pero yo sabía que todo iba a quedar ahí y que no se atrevería a enfrentarse a un médico titular. Dio un paso hacia atrás y llevó sus ojos hacia mí. Le observé cruzada de brazos, pero tranquila. Estaba harta de él y ya no sabía qué hacer para quitármelo de encima.

—Te llamo luego —me dijo.

Pero ni siquiera me molesté en contestar. Ya no podía más. Me di la vuelta y comencé a andar. Enseguida noté a Robert colocarse a mi altura. Caminamos en silencio. Solo lo rompimos para saludar a los compañeros de enfermería que había en el control. Cogimos el pasillo que conectaba con su despacho y los vestuarios. Al llegar a este primero, Robert se paró, metió la llave y abrió.

—Pasa un momento, por favor. Todavía queda un rato para el almuerzo.

No me negué y entré. Cerró la puerta tras de mí y, antes de que me diese cuenta, escuché que echaba la llave desde dentro. Me giré hacia él y supe lo que quería. Yo también lo ansiaba. Pero no dejábamos de estar en mitad del departamento y, en breve, todos nuestros compañeros estarían desfilando por delante de su puerta.

—Robert… —le advertí.

—Tranquila —dijo quitándose la bata—. Solo quiero estar un rato contigo, a solas y sin que nadie nos moleste.

—Pero…

Avanzó hacia mí, me rodeó la cintura y me miró a los ojos de manera penetrante.

—Sí, Olivia. Te follaría ahora mismo encima de esta mesa. Pero no lo voy a hacer. Sé lo que puede pasar. Solo quiero besarte. Cinco minutos. No te pido más.

Bajó sus labios hasta los míos y yo los recibí con el deseo del moribundo que encuentra el néctar para la vida. Me puse de puntillas y fui en su búsqueda. Me alzó en sus brazos. Caminó conmigo hasta el sofá y me sentó sobre sus piernas. Colocó su brazo izquierdo, abarcando toda mi espalda y sujetó mi nuca con su mano. Nos besamos despacio, suavemente, aunque con una vehemencia que evidenciaba la gran necesidad que teníamos el uno del otro. Aquellos cinco minutos se alargaron de manera perentoria y, poco a poco, nuestros besos se tornaron ansiosos, casi desesperados.

Robert llevó su mano sobre mi pierna desnuda y fue colándose por debajo de mi vestido. No pude evitarlo. Su caricia me hizo gemir en su boca. Le miré a los ojos. El azul claro estaba prácticamente colapsado. Enredé mis dedos en su cabello y volví a besarle con mayor intensidad. Noté su polla vibrar bajo mis muslos y aquello me excitó hasta extremos inimaginables. Mi corazón y mi cordura se desbocaron. Y no pude hacer nada por retenerlos.

Me moví deprisa y me senté a horcajadas sobre él. Sentí clavarse su polla sobre mi sexo. Robert gimió contenido. Le miré a los ojos y dejé de dudar más. Me quité la bata, que cayó al suelo. Envolví su rostro con mis manos y me incliné sobre él. Robert apoyó su espalda en el sofá. Invadí su boca con una necesidad apremiante, casi enfermiza. Él deslizó sus manos desde mis piernas hasta mis glúteos. Me dejé de medias tintas. Me separé, agarré la tela del vestido y me lo quité por la cabeza con habilidad. Me quedé en ropa interior sobre él. Le miré a los ojos. Estaba totalmente perdido mirando mi cuerpo semidesnudo.

—¡Dios! —susurró—. Me vuelves loco.

Aquello me hizo sentirme aún más poderosa. Le sonreí con lascivia.

—Cinco minutos más —le dije.

Rasgó su mirada y me sonrió. Moví mi cadera lentamente, rozándome sobre su polla. Robert colocó una mano abarcando mi trastero y con la otra empezó a desabrocharse el cinturón. Le ayudé en ese proceso. Abrí su pantalón y liberé su erección. Comencé a masturbarle, mientras él acomodaba su ropa.

Me miró a los ojos y comenzó a juguetear con el encaje de mi braguita.

—Que no se te ocurra —le advertí al ver sus intenciones de acabar con ellas.

Me sonrió y se conformó. Me moví despacio para quitármelas. Después, agarró su pene con firmeza y yo me empalé en él. Contuve mis deseos de gemir allí mismo al sentir de nuevo su polla colmándome entera. Y vi como él hacía lo mismo. Echó su cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Apoyé mis manos sobre sus hombros y comencé a danzar muy despacio. Sentir como mi vagina se abría a él era maravilloso y me deleité durante un tiempo que traté que fuera eterno. Pero Robert comenzó a impacientarse y tomó la iniciativa. Aferró mis glúteos con sus poderosas manos y empezó a guiarme en un ritmo más intenso. Me dejé llevar. Sus penetraciones se volvieron cada vez más imperiosas, más exigentes. Apenas podía moverme porque sólo con sus manos me hacía oscilar al ritmo que él quería. Su cadera impulsaba poderosas envestidas una y otra vez, con una fuerza tan deliciosa que comencé a necesitarle cada vez más. Me dejé llevar por su deseo y lo enlacé con el mío, que clamaba con urgencia tras horas de pérdida en la distancia.

Un calor abrasador empezó a concentrase en mi clítoris. Mordí mi labio para contener mis ansias de liberar mis gemidos. Después, le miré a los ojos y vi su maravilloso rostro bañado en el éxtasis previo. Me agarró con firmeza y me embistió con varias estocadas tan fuertes que perdí totalmente el control de mí misma y exploté cayendo en la espiral de un orgasmo fabulosamente intenso. Sentí como él me seguía y llegaba también al clímax. Pero no se corrió.

Cuando volvió a tomar el control sobre sí mismo, me tumbó sobre el sofá, y comenzó de nuevo a penetrarme con ansia. No solo había rapidez en sus movimientos, sino además una profundidad y una vehemencia que consiguieron enloquecerme de manera desesperada. Aferré su trasero entre mis manos y presioné, uniéndole más a mí. No quería que se alejara. Le quería dentro de mí, hasta el fondo y sin tregua. Moví mis caderas con vigor y totalmente exaltada. Robert bajó su cuerpo sobre el mío y apoyó sus manos junto a mi cabeza. Sus movimientos se tornaron demenciales, impregnados de un arrebato de impensable magnitud. Sentí mi vagina contraerse. Tuve otro orgasmo, aunque esa vez menos intenso que el primero. Su polla estimulaba el lugar preciso que mi sexo clamaba y creo que, si hubiera seguido así, hubiese podido enlazar un orgasmo tras otro eternamente. Pero la voz de Robert sonó ronca y susurrante:

—No puedo más, Olivia… Me corro... Me corro...

Sus músculos se contrajeron y se dejó llevar entre susurros.

39
OLIVIA

Al final no fueron cinco minutos. Estuve dentro del despacho de Robert mucho más. No quería precipitarme ni irme de entre sus brazos. Nos tumbamos en el sofá y dejamos pasar el tiempo, mientras nuestros cuerpos se envolvían mutuamente. Solo cuando empezamos a escuchar voces en el pasillo, pudimos reaccionar.

Me levanté despacio y terminé de vestirme. Extrañamente a lo que había temido, me sentía en calma. No había ningún resquicio de los miedos que me habían asaltado cuando habíamos entrado allí. Robert se ajustó su pantalón y me observó perdido mientras yo me vestía. Con suavidad, pasó sus dedos por mi pelo y fue recogiendo cada mechón desbocado en mi coleta. Después se colocó a mi espalda, enlazó mi cuerpo con sus brazos y besó la base de mi cuello.

—¿Vas a comer con Mark y con Kate?

—Sí. No sé si habrá alguien más que nos acompañe. ¿Quieres venirte?

—No puedo —me susurró. Y, de nuevo, depositó sus labios sobre mi piel sensible—. He prometido a O'Connell que comeríamos juntos.

Me di la vuelta y le busqué con la mirada.

—Te veo luego en las consultas.

Llevé mis labios sobre los suyos en un beso corto.

—¿Quieres venirte conmigo?

—¡No! —y comencé a reír—. No me hagas eso. No podría trabajar contigo al lado.

Volví a besarle, aunque de manera más pausada. Después, me aparté despacio. Miré hacia la puerta y, seguidamente, a Robert.

—No sé cómo hacerlo. Si salgo y me encuentro con alguien…

Cogió sus llaves y las metió en la cerradura. Con lentitud, comenzó a girarlas, intentando hacer el menor ruido posible. Abrió la puerta con el mismo sigilo y echó un vistazo.

—Despejado —susurró.

Le di un beso rápido en los labios y salí del despacho con premura. Caminé hacia los vestuarios. Había escuchado cómo mis compañeros habían pasado hacia allí minutos antes. Pero, también, que habían recorrido el tramo de vuelta para bajar a la cafetería. Así que, en teoría, no debería encontrarme con nadie. En teoría. Porque la realidad fue mucho peor de lo que imaginaba.

Pasé dentro y caminé hacia mi taquilla. Entonces, lo vi. Jason estaba sentado en el banco que había frente a ella. Tenía la cabeza gacha, miraba al suelo y sus manos estaban entrelazadas. Me quedé clavada. Mi corazón comenzó a latir frenéticamente cuando llevó sus ojos sobre mí.

—Hola —dijo—. Te estaba esperando. —No pude contestar. Todo mi cuerpo se puso en tensión y mi corazón empezó a latir desbocado—. Oye, tu supervisor es un poco borde, ¿no?

—Qué quieres, Jason.

—Solo hablar contigo.

—Ya te dije que no tenemos nada de qué hablar.

—Ya. Pero yo quiero hablar.

Me di la vuelta con la intención de irme. Pero antes de que pudiese cruzar la puerta, se levantó y, con rapidez, consiguió cogerme del brazo. Intenté zafarme.

—¡Suéltame! —No cejó en su agarre—. ¡Me haces daño!

—Esta es la única forma que tengo de que no salgas huyendo de mí.

Lo empujé, pero sólo conseguí enfurecerlo más. Afortunadamente, la puerta del vestuario se abrió y el encargado de mantenimiento de la planta apareció con su carrito de limpieza. Jason se apartó como un resorte y yo no me lo pensé dos veces. Ante la cara de estupor de aquel hombre, salí corriendo de los vestuarios. Giré la esquina del pasillo. En esos momentos, Robert estaba junto a O'Connell cerrando con llave su despacho. No me hizo falta decirle nada. En cuando nuestras miradas se cruzaron, supo que me pasaba algo. Traté de serenarme los pocos metros que nos distanciaban. Pero ya era tarde y Robert me observaba alarmado. Su cara advirtió a O'Connell, que también se giró hacia mí.

—¡Dra. Sullivan! ¿Todavía por aquí? ¿Aún no ha comido?

—Iba a ello —dije con voz contenida y esbozando una leve sonrisa.

Robert me observó con tensión. Pero, entonces, comprobé cómo sus ojos se perdían más allá de mí. No me hizo falta darme la vuelta para confirmar que Jason había cruzado la esquina. Todo su rostro se puso rígido.

—¿Cómo ha dejado al Sr. Hagerthy?

—Bastante mal, Dr. O'Connell. El Dr. Evans tuvo que inyectarle un tranquilizante. Son muchos los problemas que arrastra…

No pude seguir. Sentí la presencia de Jason muy cerca, cruzando a nuestro lado, y a Robert seguirle con la mirada. Mi respiración se volvió agitada.

—Buenos días —dijo Jason al pasar a nuestra altura.

No hubo respuesta. O'Connell se giró hacia él con curiosidad y respondió con otro saludo, aunque tardío.

—¿Baja a la cafetería, doctora?

—Sí.

O'Connell me instó a que caminase entre ellos.

—¿Dónde te apetece que comamos, Robert?

—La cafetería está bien. Ya es muy tarde para subir arriba.

Su voz sonaba neutra, sin apenas fluidez y con una sonoridad aún más grave de lo normal. Tenía la mirada fija al frente.

—Vendrá a mi fiesta de despedida, ¿verdad?

—Por supuesto, Dr. O'Connell. No me la perdería por nada del mundo.

—Se me va a hacer raro no madrugar por la mañana para recorrer estos pasillos.

—Son muchos años, claro —le seguí con mesura.

Pero mi atención estaba puesta en otro lugar. Jason esperaba frente a las puertas del ascensor. Llevé mis ojos hacia Robert. Su mirada estaba clavada sobre él. Su rostro estaba cubierto de la tirantez que generaba su más que evidente furia contenida. En su sien, se podía vislumbrar perfectamente el perfil afilado de una vena.

—Pues treinta y cinco años, Dra. Sullivan. ¡Treinta y cinco! Pero se me han pasado volando, la verdad. Lo mejor que puede pasarte en esta vida es trabajar en algo que te apasiona. Entonces, no hay problema para levantarte cada día, para hacer esfuerzos y dar todo de ti mismo.

Siguió hablando mientras yo asentía. El ascensor abrió sus puertas y Jason pasó dentro. Al volverse, se dio cuenta de que nos aproximábamos. Bajó su mirada y golpeó reiteradamente el

botón de bajada. Robert fue a adelantarse para tratar de evitar que se cerrasen las puertas. Pero le cogí del brazo. Se volvió hacia mí. Me asustó el cariz que había adquirido su rostro.

—No tenemos prisa, ¿verdad, Dr. O'Connell? —sugerí.

—Pues no —respondió el Gran Jefe—. Pero ese joven podría haber sido más considerado. No sé… ¿Lo conocéis?

—No.

—Nefrología —apuntó Robert.

—¿Y qué hace por aquí?

—Eso me gustaría saber.

A O'Connell no le pasó desapercibido el tono de tensión que arrastraban esas palabras.

—¿Ocurre algo, Robert?

—Nada de lo que tengas que preocuparte, Peter. —Llegamos frente a las puertas del ascensor y golpeó el botón de llamada—. Oye, ¿Lex andaba hoy por aquí?

Me alarmó que vinculase la presencia de Jason con Lex Parker.

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Luego se lo preguntaré a Sarah. Nos prometió más seguridad en la planta y no he visto a nadie nuevo para cumplir esa función.

Me crucé de brazos y le sancioné con la mirada. Cuando sus ojos se posaron sobre los míos, me observó serio. Pero, además, pude leer su cabreo. No le gustaba que le cuestionara lo que estaba planteando veladamente. Aquello nos iba a conllevar una discusión más tarde.

—Pero… —O'Connell empezaba a mostrarse contrariado—. ¿Lo dices por ese chico?

—Lo digo por todo el que ronde por los pasillos del hospital. No conocemos ni a la mitad de la plantilla. Cualquiera puede ponerse una bata y andar a sus anchas. La mayoría de las consultas no tienen cerradura, los vestuarios de los residentes tampoco…

El ascensor llegó a la planta. Las puertas se abrieron y pasé dentro seguida de ellos dos. Seguí escuchando a Robert. La tensión en su tono no dejaba lugar a duda. No quería que se preocupase. Pero debía encontrar cuanto antes la manera de frenar lo que estaba sucediendo. Si era necesario, estaba dispuesta a denunciar a Jason a Recursos Humanos. Pero, por encima de todo, no quería que Robert se inmiscuyera. Temía cómo podía terminar aquello si él tomaba la iniciativa.

Decidí cortar el tema de raíz. Y, en el momento en que Robert hizo una pausa para tomar aire, me dirigí a O'Connell.

—¿Su mujer vendrá a la fiesta?

—Claro, sí. —Dudó unos instantes ante el cambio de tercio—. La conoce, ¿verdad?

—Sí, nos conocimos hace varios meses. No sé si lo recuerda. Ella vino a buscarle. Fueron a pasar el fin de semana a Londres y, como iban un poco justos de tiempo, decidieron salir desde aquí.

—¡Ah! ¡Sí! Lo recuerdo. Sí. Me dijo que habían hablado y que le recomendó varios restaurantes de la ciudad.

—Sí.

—Por cierto, comimos en dos de ellos y nos encantaron.

Sonreí y miré a Robert. Me escrutaba resignado. Pero le conocía y sabía que no se iba a dar por vencido. El tema de Jason me iba a perseguir todo el día.

Llegamos a la planta principal del hospital y caminamos hacia la cafetería. Robert había decidido no hablar. Seguía mascando la preocupación por lo que había presenciado. Por mi parte, me afané en que O'Connell me contase su viaje a Londres y, en ese pequeño tramo, pusimos en

común algunas vivencias de la ciudad.

Cuando llegamos a nuestro destino, eché un vistazo a la zona de comedor y rápidamente vi a Mark y a Kate, que comían junto a Josh y Neil cerca de uno de los ventanales. Afortunadamente, no había rastro de Sarah. Decidí ir primero al autoservicio con Robert y con O'Connell, y luego acercarme a comer con mis compañeros.

Caminamos juntos hasta la entrada y hablando de la forma de cocinar el Fish & Chips. Primero pasó O'Connell, yo le seguí y, en último lugar, lo hizo Robert. Cogimos las bandejas y las deslizamos sobre la plataforma metálica. A esas horas, las opciones ya estaban bastante reducidas. Así que elegí una crema de verduras y una ensalada de col.

Cuando llegamos a los postres, O'Connell se separó un poco para preguntar si había helado. Yo fui a la caza del único yogur natural que quedaba. Y, entonces, sentí a Robert pegado a mi espalda. Temblé. Su contacto era electrizante.

—¿Qué ha pasado?

—No te preocupes —susurré, girando levemente mi rostro.

—No me digas que no me preocupe.

—Ha sido una tontería, Robert.

—Tu cara no decía lo mismo.

Me volví del todo para mirarle directamente a los ojos.

—Te pido, por favor, que lo dejes pasar.

—No voy a dejarlo pasar, Olivia. No pienso dejar que siga intimidándote.

Y sin más, me robó mi yogur natural de la bandeja. Lo puso sobre la suya y, tomándola en sus manos, me adelantó para ir a la caja. Me quedé intranquila, con la mirada perdida y temiéndome lo peor. Alargué la mano y cogí una manzana verde.

Esperé junto a O'Connell a que le sacaran su tarrina de helado de vainilla. Y, siguiendo con nuestro tema culinario inglés, nos acercamos hasta la caja. Pero, al llegar, la persona encargada nos dijo que Robert ya lo había pagado todo.

—Gracias, Robert —dijo O'Connell cuando llegamos a su altura.

Él le quito hierro al gesto y se dirigió a mí.

—¿Te vas con tus compañeros?

—Sí.

Aunque viendo como estaba la zona de comedor, tampoco íbamos a estar muy lejos. Había solo dos mesas libres y ambas estaban muy cerca de donde estaban ellos sentados. Nos encaminamos hacia esa zona. Al vernos, todos se giraron. Ya casi a su altura, Josh elevó su voz.

—¡Dr. O'Connell! ¿Le apetece comer con nosotros? Ya nos quedan pocos días juntos.

Vi que el viejo maestro sonreía y, por supuesto, no se negó. Todo lo contrario. Parecía encantado con esa muestra de afecto. Rápidamente, Neil y Mark acercaron una de las mesas que había libres y tres sillas. Las dispusieron de tal forma que terminé sentándome junto a Josh, que tenía a Neil a su derecha. Robert se sentó enfrente, al lado de Kate y de Mark. O'Connell quedó a nuestra izquierda, en la cabecera de la improvisada mesa.

—Estábamos hablando de su fiesta de jubilación, Dr. O'Connell —siguió diciendo Josh. Siempre solía tener la iniciativa a la hora de abrir conversaciones e incorporar a la gente a ellas —. Comentábamos lo del tema del esmoquin .

—¡Ah! ¡Sí! —dijo el Gran Jefe—. Tengo que pedirles disculpas. No ha sido idea mía, sino de la gerencia del hospital. Yo hubiera preferido algo más sencillo.

—¡Qué va! No se preocupe, doctor. Así tengo una excusa para comprarme mi primer

esmoquin.

Sentí la pierna de Robert pegarse a la mía con suavidad. Su contacto me estremeció y me colmó de deseo. Elevé mis ojos hacia él. Pero estaba sumido en su crema de verduras.

—¿Pero todavía no lo has comprado? —preguntó Neil.

—Tengo echado un ojo a dos. Necesitaría algo de ayuda para elegir porque no me decido.

Josh empezó a contar cómo eran ambos atuendos. Y, al mismo tiempo, con una tranquilidad inquietante, cogió mi manzana y la cambió por su yogur. Lo hizo con tanta naturalidad, que me quedé extasiada. Sentí a Robert moverse. Elevé mis ojos hacia él, y percibí que había rasgado la mirada y en su boca se intuía una ligera sonrisa. Me dirigí a mi compañero.

—Josh, no es necesario —susurré.

Pero su respuesta fue un tímido gesto. Y siguió explicando las cuestiones relativas a los trajes que había visto.

—Porque no sé hasta qué punto, Dr. O'Connell, sería conveniente arriesgar la primera vez. No sé si ser más convencional y comprar el negro o apostar por el blanco.

—Yo siempre apostaría por el negro —respondió el Gran Jefe.

—Negro, sin duda —siguió Mark.

Llevé mis ojos hacia Robert que había clavado su mirada sobre Josh. No estaba enfadado. Pero se había cruzado de brazos y parecía estar a la expectativa de lo que había pasado instantes antes.

—¿Y usted, Dr. Evans? —le demandó mi compañero al ver que le prestaba atención.

Robert le escrutó durante unos segundos antes de responder.

—Si has elegido uno blanco es porque no quieres pasar desapercibido. Así que, ¿con cuál crees que triunfarías más?

Se escucharon algunas suaves risas de los que estaban allí sentados, incluido el mismo Josh.

—No podría decirlo.

—Bueno, pues aquí tienes la oportunidad de saberlo. Pregunta.

A Robert parecía divertirle todo aquello. Dirigí mi atención sobre Josh, que ya estaba esperando mi respuesta. Pero fue Kate quien se adelantó.

—Un hombre con un esmoquin negro nunca fallaría. Incluso, con uno azul oscuro.

—¡El mío es azul! —intercedió Neil.

Kate le sonrió. Pero volvió a dirigirse a Josh.

—Pero yo creo que salirse de esos dos colores es jugársela.

—¿El blanco es jugársela?

—No a todo el mundo le queda bien —le explicó ella.

Josh me miró esperando una alternativa en mi respuesta.

—Elige aquello con lo que te encuentres bien.

—¡Oh! ¡Vamos! ¡Dra. Sullivan! —intercedió Robert—. Está pidiendo ayuda.

Y después me sonrió de medio lado. Sí, realmente, había decidido jugar un rato con nosotros dos.

Me volví hacia Josh.

—¿Cuál te gusta más a ti?

—No lo sé.

—¿Con cuál te ves mejor?

—No lo sé —insistió—. Olivia, necesito ayuda. No sé, quizá podrías acompañarme para ayudarme a elegir.

Aquella losa cayó sobre mí, pero no sobre Robert que, en esos momentos, amplió su sonrisa con malicia. Estaba segura de que no fue el único de la mesa que lo hizo. Pero no miré a nadie más.

—No puedo —respondí.

Y no añadí ninguna excusa. Esperaba que con aquello se diese por aludido.

El Dr. O'Connell salió en mi ayuda.

—Si es su primer esmoquin y no quiere arriesgar, elija el negro.

—¿Usted irá de negro, Dr. O'Connell?

—No lo sé. Lo decidiré de acuerdo con el atuendo de mi esposa.

—¿Tiene más de un esmoquin?

—Claro —respondió con tranquilidad—. A lo largo de mi vida profesional y académica he tenido que asistir a muchos actos de este estilo. Más los eventos de amigos, familia…

—¿Y usted, Dr. Evans? —inquirió Josh.

Robert dejó su cuchara sobre el plato con una lentitud medida.

—¿Qué quieres saber?

—¿De qué color va a llevar su esmoquin?

—No lo sé. —Y volvió los ojos sobre mí. Vi sus intenciones en su sonrisa irónica—. Quizá… —Le sancioné con la mirada, a riesgo de que todos se diesen cuenta. Al verme, Robert sonrió abiertamente y se cortó—. Aún no lo he decidido.

—Bueno, pues elegiré el negro.

—¿Y ustedes, doctoras? —preguntó O'Connell— ¿Ya tienen elegido algo?

—Vamos esta tarde a buscar.

—Espero no haberles creado demasiados quebraderos…

—¡No! De veras, Dr. O'Connell. Estamos encantados con todo esto. —No era verdad. Lo que me hubiese apetecido, nada más salir de trabajar, hubiera sido irme con Robert a su ático para meternos en la cama y no salir de allí hasta el día siguiente—. Desde que estamos aquí no hemos asistido a ningún acto vinculado a la institución.

O'Connell me sonrió y volvió a su plato.

—Pues yo tampoco me lo he comprado todavía —añadió Mark, sin que nadie le hubiese preguntado.

—¿Qué es lo que te gusta?

—Lo que me gusta y lo que puedo comprar no van de la mano —reflexionó para sí mismo—. Dr. O'Connell, ¿de qué marcas son los suyos?

—Pues, a ver… Que yo recuerde, de todos los que he tenido, el primero me lo hicieron en una tienda de sastrería. Por aquel entonces, tampoco tenías más opciones que acudir a un sastre si querías un esmoquin. De hecho, yo ya llegué muy tarde a las marcas.

—¿Y de los que tiene ahora?

—Tengo uno blanco hecho en sastrería, dos negros, de Giorgio Armani y de Tom Ford, y uno azul… Pero ese no recuerdo muy bien donde lo compré, si en Ralph Lauren o… No. Yo creo que era una marca francesa.

—Saint Laurent.

—Sí, eso es, Robert.

—¿¡Tiene cuatro!? —reparó Josh.

O'Connell respondió con calidez.

—Hay semanas muy complicadas a nivel social, Dr. Weber.

—No creo que ese llegue a ser mi caso nunca.

Josh consiguió sacarnos la sonrisa a todos. Le miré con ternura. Era la primera vez que reparaba de ese modo en él. Hasta hacía poco tiempo, apenas me había interesado por su vida. Su cercanía a Sarah me había hecho alejarme de cualquier contacto más afable. En esos momentos, me di cuenta de que quizá había prejuzgado mal tanto a él como a Neil. Pensé que quizá debería empezar a cambiar las cosas y no cerrar la puerta a una mejor relación con ellos.

Estaba reflexionando sobre ello cuando mi atención se vio atraída hacia Robert. Me topé con sus preciosos ojos que me escrutaban sin ocultarse. Su mirada azul estaba levemente rasgada y en sus labios cruzaba una leve sonrisa. Sentí el azoramiento de mis mejillas. Bajé mi rostro y me centré en mi comida. Aquello se nos estaba yendo de las manos y había que empezar a frenarlo como fuera. Si no, más tarde o más temprano, alguien terminaría dándose cuenta de lo que había entre nosotros.

40
ROBERT

Me derretía comprobar la facilidad con la que Olivia se sonrojaba. Estaba claro que esa situación con Josh, tratando de acortar distancias con ella, la estaba resultando un tanto incómoda. Pero no me iba a meter. No. Ahí no era necesario. Ella se bastaba sola y Josh era un buen tipo. Estaba siendo encantador y sabía que no se le ocurriría hacer nada que pudiese dañar a Olivia.

Todo lo contrario que el otro malnacido. Estaba empezando a perder los nervios con su presencia. De hecho, me sucedía desde el primer día en que le vi poner sus manos sobre Olivia. Ver su reacción y su desasosiego fue suficiente como para ponerme en marcha. No me gustó nada entonces. Había algo en él, no sabría decir, que me ponía en alerta, que hacía que saltasen mis instintos más primarios.

Ella percibía algo parecido. No era inquietud, era algo más cercano al miedo lo que veía en Olivia cuando él estaba últimamente cerca. Y lo de hoy me lo había confirmado. Su cara de angustia en el pasillo fue demasiado evidente. Por mucho que Livi le hubiese querido quitar hierro, estaba seguro de que estaba ocurriendo algo grave entre ellos.

Entendía que no quisiera que me metiese en medio. Y si lo hiciese, si arrinconase a ese capullo en uno de los pasillos y le amenazase, ella no me lo perdonaría nunca. Pero no podía quedarme de brazos cruzados. Mi nivel de preocupación era tal que estaba demasiado al límite. Olivia era lo más importante de mi vida y no podía mantenerme al margen si percibía su angustia. En el fondo me daba pavor que pudiese sucederla algo malo. Debía encontrar un equilibrio en todo aquello. Así que iba a actuar como lo que era, un médico titular que tenía sospechas de que una de sus residentes podría estar sufriendo acoso por parte de un compañero de otro departamento. Nada más. Aunque eso mismo no me lo creía ni yo. Iba a tener que hacer un verdadero esfuerzo de autocontrol para conseguirlo.

Continué escuchando la conversación sobre la fiesta del sábado. Josh, en vista de la negativa de Olivia, había decidido sacar su teléfono móvil y enseñar a O’Connell los modelos entre los que estaba dudando. Y, claro, se los enseñaba a él porque eso le permitía poder centrar su interés hacia ese lado de la mesa y deslizar levemente su cuerpo sobre Livi. Mientras, no dejaba de contarle a O’Connell sus dudas. Peter estaba encantado con poder mantener esa conversación distendida con ellos. Se le veía relajado y tan cómodo que dudé si llegaríamos a tiempo para las consultas.

Eché un vistazo a Olivia y me encontré con sus bellos ojos verdes. Estaba intranquila, lo percibía perfectamente. Y no era por Josh. Estaba tratando de valorar lo que esa situación estaba generando en mí. Traté de tranquilizarla. Y, para ello, me metí de lleno en la conversación.

—Veamos —dije girando la pantalla del teléfono hacia mí. Comencé a pasar imagen tras imagen del modelo que posaba con el esmoquin blanco —. ¿Te lo has probado?

—Sí.

—¿Te gusta cómo te queda?

—Pues sí.

—Y, entonces, ¿por qué dudas?

—No sé… No termino de encontrarme cómodo.

—Josh duda por lo que dudan todos —aseguró Kate—. Dr. O'Connell, cuando se compró su primer esmoquin blanco, ¿no pensó que pudiese parece un camarero?

Peter empezó a reír.

—La verdad es que sí.

—Y, cuando se lo puso, ¿se sintió igual?

—No. Me gustó.

Kate desvió su mirada hacia Josh y sentenció.

—Ahí está el problema.

La observé confuso.

—¿Dónde?

—En que Josh, aunque le gusta como le queda, no deja de verse como un camarero con ese esmoquin. De hecho, no creo que haya ningún hombre que no dude un poco antes de ponerse algo así.

—Yo nunca he dudado cuando valoré comprar un esmoquin blanco.

—Usted no cuenta, Dr. Evans —me reprendió Kate, y varios en la mesa comenzaron a reír.

Me giré hacia ella con una media sonrisa.

—¿Por qué no cuento?

—¡Oh! ¡Vamos! ¿Tengo que explicarlo? —se quejó.

—Por favor.

Me miró risueña. Después, llevó sus ojos hacia Olivia.

—Ayúdame.

Olivia negó con la cabeza.

—Te has metido tu solita —fue su respuesta.

Josh intentó hablar, pero le corté alargando mi mano hacia él.

—Espera, espera. Que quiero ver dónde termina esto. ¿Dra. Laurance?

Kate intentó aguantar su risa y miró de nuevo a Olivia. Pero fue Mark el que terminó con todo aquello.

—Pues que, en tu caso, importaría poco que parecieses un camarero porque todas terminarían yendo a tu bar.

Todos empezaron a reír a carcajadas.

—Vale, de acuerdo —dije algo azorado. Miré al fondo y vi que Lex acababa de entrar con Sarah en la cafetería. Con fingida seriedad, añadí—: Voy a ver si me pierdo con el Dr. Parker el rato suficiente como para que cambiéis de tema. —Me levanté y miré a Josh—: Por cierto, el negro. No dudes más.

—Me ha quedado claro, doctor. ¡Gracias!

Antes de irme, acaricié a O'Connell en el hombro. Le dejaba cómodo, despreocupado y muy contento de poder disfrutar de un momento así con sus últimos alumnos. No miré a Olivia. No quería encontrarme con una sanción en sus ojos que me generara dudas sobre lo que me disponía a hacer.

Caminé despacio hacia ellos. Lex y Sarah me vieron aproximarme a la barra antes de llegar a su altura y me recibieron con sendas sonrisas.

—Dr. Evans, ¿qué tal? ¿Cómo va todo?

Desde que O'Connell y yo habíamos tenido la conversación aquella mañana, la imagen que

tenía sobre los Parker se había deformado de manera exponencial. Aun así, iba a tragarme toda la aversión que me generaban. La seguridad de Olivia estaba por encima de todo ello.

—Siento atropellarte de este modo, pero necesito hablar contigo.

Lex miró a su hija que se mantuvo a la espera de lo que dijese su padre. Me resultó curiosa esa actitud. Pero, como necesitaba que no estuviese allí con nosotros, me adelanté y la sugerí de forma comedida que se largase a otra parte.

—Sarah, tus compañeros están sentados con O'Connell. Están hablando de la fiesta de este sábado.

Me miró dudando. Después, se dirigió a su padre, que asintió. Acto seguido, le dio un beso en la mejilla.

—Adiós, papá. Hasta luego, Dr. Evans.

Me despedí y centré mi atención en Lex que me miraba con cierto grado de preocupación.

—¿Ocurre algo con Sarah, Robert?

—No, no ocurre nada.

«De momento. Ya veremos en unas semanas».

—Todo está bien. Pero necesito que nos ayudes. Lex, nos prometiste más seguridad en la planta y no he visto a nadie para ello.

—Ya, sí. Lo sé. Pero la Junta es reticente. Muchos miembros consideran que no podemos beneficiar a unas áreas sobre otras. Dame más tiempo. Se trata de contratar a más personal y es complicado.

—Lo entiendo, Lex. Pero necesitamos más seguridad y de manera urgente.

—¿Qué ocurre, Robert?

Su tono mostró la inquietud que yo buscaba transmitirle. Modifiqué la realidad lo suficiente como para mantener a Olivia en el anonimato.

—No estoy seguro. Pero tengo la sospecha de que una de las alumnas del departamento puede estar sufriendo acoso por parte de un compañero de otra área.

—¿Cómo dices?

—La persigue a todas partes y ese tipo ya ha aparecido varias veces en el departamento buscándola. Ella evita el tema, pero está asustada.

—¿Quién es?

—No puedo decírtelo, Lex.

—Pero eso habría que denunciarlo.

—Lo sé. Pero ella no quiere ni oír hablar del tema. Y yo solo tengo sospechas. Me preocupa que la ocurra algo. Hay momentos en los que no hay nadie en el área. Y los vestuarios, las áreas de descanso y muchas consultas están abiertas. Lex, tu propia hija se cambia todos los días en un vestuario que no tiene ningún tipo de cerradura. Si alguien ajeno quisiese entrar cuando ella estuviese dentro, podría hacerlo. —Parker se llevó la mano a la boca y acarició su piel, mientras meditaba mis palabras—. No hay seguridad para nadie allí. Y sabes perfectamente cómo está el hospital por las noches. Durante las guardias no hay nadie por los pasillos. Los de seguridad son itinerantes. Si alguien quisiese hacer daño a otra persona, podría hacerlo y no nos enteraríamos de nada.

—Ya...

—Quizá se podría colocar algún sistema de seguridad para la entrada y la salida de los

vestuarios y del área de descanso. Una cerradura digital con clave o con tarjeta magnética.

—Sí. Las hay en algunas zonas del hospital.

—Efectivamente. Se podría dar el acceso a las personas de la planta que utilicen esas áreas. Así, podríamos evitar la entrada de intrusos en ellas. Y podrías justificarlo en la Junta como una medida de protección que podría irse incorporando de forma gradual a todos los departamentos. No se trata de contratar a más gente. El gasto es mucho más reducido y es bastante eficiente…

—No sé muy bien si lo aceptarán, Robert.

—Lo sé, Lex. Pero, al menos, inténtalo para que tu hija pueda pasar las guardias nocturnas con mayor seguridad.

—Lo intentaré, Robert.

Sabía que no solo lo iba a intentar. Después de lo que le había dejado caer, estaba seguro de que haría lo imposible para que su hija no tuviese que enfrentarse a esa circunstancia.

—No te lo pediría si no creyese que es importante, Lex. Sé que hay muchos temas urgentes en el hospital.

—No te disculpes, Robert. Lo que me cuentas es muy grave.

La voz de la Dra. MacKallister nos sorprendió a ambos.

—¿Qué es tan grave?

—Hola, Lisa —saludó Lex—. ¿Cómo va todo?

—Bien. Venía a por un té para llevármelo al despacho. Hoy voy un poco apurada de tiempo. Y con la reunión de la tarde… No sé si voy a llegar a tiempo, Lex. La han puesto demasiado pronto. ¿Pero me vais a contar qué pasa?

—¿Tenéis hoy reunión de la Junta? —pregunté.

—Sí —respondió MacKallister—. Llevamos unas semanas que no paramos.

Miré a Lex con cautela. Supo lo que esperaba de él para esa reunión.

—Lisa, —empezó a decirle—, Robert me ha comentado algo bastante preocupante. —La pediatra me miró confusa—. En su departamento hay una residente que puede estar sufriendo acoso por parte de un compañero de otro área.

—¿Cómo?

No era una pregunta sino, más bien, una muestra de preocupación.

—No tengo pruebas —dije—. Pero sí sospechas. No puedo denunciarlo y ella evita el tema.

—¿Quién es?

—No puedo decírtelo. Como te he dicho, solo tengo sospechas. Pero le he comentado a Lex que no podemos seguir así, Lisa. Y que, al menos, los internos y los residentes deberían poder cambiarse en sus vestuarios con seguridad o estar en el área de descanso de manera que no teman que pueda entrar alguien a las tres de la madrugada. Pasan las guardias solos. Muchas veces no hay nadie que los acompañe.

—¿Y qué habías pensado?

Dejé a Lex que le explicase lo que habíamos hablado. Por supuesto, la Dra. MacKallister estuvo de acuerdo.

—Cualquier cuestión relativa a la seguridad de los trabajadores es primordial —siguió diciendo la pediatra—. Pero, Robert, debes conseguir que denuncie. Nadie debe permitir algo así. Déjale claro que el hospital la apoyará en lo que necesite.

—Lo intentaré, Lisa. Te puedo asegurar que lo seguiré intentando. Pero no tengo muchas esperanzas. Ella no quiere hablar del tema. De todas formas, os avisaré si la cosa cambia. —Miré hacia la mesa donde había dejado a medias mi almuerzo—. Os voy a dejar. Voy a terminar de

comer. Ya es muy tarde y no quiero que las consultas se retrasen por mi culpa.

—Luego hablamos, Robert.

—Hasta luego.

Volví a la mesa mucho más tranquilo. Estaba seguro de que la información había calado en Lex. Pero también en Lisa. Lo único que podía hacer era mantenerme alerta ante cualquier situación que pudiese darse con el nefrólogo.

Mientras recorría el tramo hacia la mesa observé que todos estaban volcados sobre ella. Observaban algo que O'Connell dibujaba sobre un folio de papel. Se mantenía concentrados en la explicación. Cuando llegué pude ver lo que les estaba mostrando. Había dibujado lo que parecía las ramas meníngeas y les estaba explicando algo relativo a una malformación.

No quise interrumpir. Me senté en mi silla, entre Kate y Sarah. Esta última había colocado su asiento junto al mío. Llevé mi atención sobre Olivia. Estaba concentrada en la explicación. Aproveché para perderme en ella y el deseo de volver a tenerla entre mis brazos volvió a invadirme. Su aroma me llegaba sutilmente, me invadía, me anclaba a ella de forma imposible de eludir. Las yemas de mis dedos reaccionaban ante su cercanía. Mis terminaciones nerviosas clamaban por volver a tocar esa piel aterciopelada que me volvía loco. Deseaba besar su cuello, ascender por él hacia su mandíbula, llegar hasta sus labios... Bajé la mirada y me obligué a no seguir por ese camino. Había demasiada gente allí y mi atracción por Olivia estaba siendo demasiado evidente.

Centré mi atención hacia la bandeja con mi crema a medias de terminar. Entonces, me di cuenta del detalle. Mi yogur había desaparecido. Por el contrario, una manzana verde reposaba en el sitio donde yo lo había dejado. Elevé mis ojos hacia ella. No me miraba. Pero una sutil sonrisa se había cruzado en sus labios. Eché un vistazo a la bandeja de Josh y, efectivamente, los restos de un yogur natural descansaban encima. Rasgué mis ojos y los clavé sobre él. Estaba claro que no debía subestimarlo.

41
OLIVIA

—Lo siento muchísimo, Mark.

Abracé a mi amigo y él se dejó acunar. Acababa de contarle lo que había sucedido con Jake aquella mañana y lo que me había dicho. No quise guardarme nada. Hubiese sido peor. No quería hacerle daño, pero tampoco quería comprometer nuestra confianza. Mark necesitaba respuestas y yo debía dárselas. Ocultarle aquella información solo le hubiera llevado a vivir en la ignorancia.

Me separé un poco y busqué su rostro.

—Estoy bien, no os preocupéis. De verdad. Es lo mejor.

—Mark, cariño… —dijo Kate.

Pero mi amigo la cortó.

—Tranquilas. Es lo que quiere, pues lo tendrá. Si no quiere verme, no me verá. Eso sí, ¡cómo le empiece a doler la cabeza en mitad de una de mis guardias le va a tratar su puta madre!

—Mark…

—¡A paracetamol! ¡Le voy a tratar a paracetamol de 650 mg! ¡Y en pildorita y con vasito de agua! ¡Para que se joda! —El cabreo de Mark empezaba a ir en aumento. Miré alrededor. Estábamos en mitad del pasillo que llevaba a los vestuarios. En esos momentos no había nadie más con nosotros. Pero, en breve, nuestros compañeros aparecerían. —¿¡Qué coño se piensa!? ¿Cree que puede venir a mi hospital y decirme que no quiere verme? ¡Pues que pida traslado al Presbyterian! ¡O al Monte Sinaí! Que ahí también tienen neurocirujanos muy buenos. ¡Está en mi departamento! ¡Bajo los cuidados de los médicos de mi área! Así que, que no venga con gilipolleces.

—Mark, tranquilízate, por favor —le dije.

—¡No me da la gana tranquilizarme!

—Vale, pues no te tranquilices. Pero deja de gritar.

—¿Pero este tío qué se piensa? Y, cuando le suban a planta, ¿qué? ¿Me voy a tener que ir a cardiología para no verle? ¿Qué tengo que hacer? ¿Pasar por delante de su puerta con una sábana por la cabeza? Porque Halloween se nos echa encima la semana que viene y él tiene, al menos, para dos meses más.

—Mark…

—¡Estoy hasta los…!

—Buenas tardes, doctores —sonó la voz de O’Connell.

Nos giramos en aquella dirección. El Gran Jefe se acercaba a nuestra altura. Venía acompañado de Robert, que rápidamente tomó las riendas de la conversación.

—Hace unos días, le conté al Dr. O’Connell el modelo clásico que tienes de moto, Taylor.

—¡Ah! Sí —le siguió el viejo neurocirujano.

De manera inteligente, ambos empezaron a sacar a Mark del malestar en el que se encontraba. O’Connell empezó a preguntarle mientras iniciábamos la marcha hacia el control de enfermería. Antes de llegar, los pasos apresurados de Neil y Josh nos alcanzaron. En el mismo puesto, Sarah

ya nos esperaba.

Robert esperó paciente a que O'Connell terminase la conversación con Mark sobre su Harley. Cuando dieron por terminada la charla, empezó a repartir las consultas y las historias de los pacientes. Colocó a Josh, a Sarah y a Kate por un lado. Mark y Neil se fueron con O'Connell. Sin duda, alargarían su charla sobre motos aquella tarde. Y, haciendo caso omiso de lo que yo le había pedido, Robert me llevó con él. Teniendo en cuenta lo que le había dicho hacía escasamente una hora en su despacho, no entendía por qué no respetaba mi decisión.

—Disfrutad de la tarde. —Y, dirigiéndose a O'Connell, le dijo—: Te veo antes de irnos.

—De acuerdo.

Robert cogió cuatro historias del mostrador. Después, llevó sus ojos hacia mí y me instó a caminar a su lado. Recorrimos el trayecto hasta la consulta número uno, que estaba al fondo del pasillo. Lo hicimos en silencio. Al tiempo, fuimos dejando a todos nuestros compañeros en las consultas previas. Cuando llegamos, fui a coger del tirador. Pero Robert se me adelantó. Colocó su mano sobre el picaporte y se movió, poniendo su cuerpo frente a la puerta e impidiéndome el paso. Sin embargo, no abrió. Se mantuvo allí quieto y mirándome con una suave sonrisa.

—Robert… —susurré.

—¿No te falta algo?

Lo miré extrañada. Pero no me mantuvo durante demasiado tiempo en la duda. Llevó su mano al bolsillo de su bata y de ella sacó mi tarjeta identificativa. Me la tendió entre dos de sus dedos. Instintivamente, miré hacia el lugar donde solía llevarla enganchada.

—No me había dado cuenta de que la había perdido. —La cogí—. ¿Se me cayó en tu despacho?

—No. Me la ha dado Lincoln.

—¿El decimosexto presidente? —bromeé.

Robert sonrió y bajó su mirada. Después, la elevó hacia mí. Sus ojos rasgados penetraron hasta lo más profundo de mi ser. Me retuvieron y me advirtieron que lo que iba a venir después no me iba a gustar.

—Lincoln es el encargado de mantenimiento de esta planta. —Sentí que mi corazón se aceleraba. Aquel hombre me había visto en el vestuario con Jason. Inquieta, esperé a la llegada de más información—. Me ha dicho que se te ha caído cuando has salido corriendo del vestuario. Estaba bastante preocupado, la verdad. Dice que no está muy seguro. Pero teme que podría haber pasado algo grave allí dentro si no hubiese entrado en ese momento.

Salí por el camino más absurdo.

—¿Y por qué te lo ha dicho a ti?

—Porque tenemos bastante confianza.

—¿Y eso a qué se debe?

—A que, en primer lugar, al menos sé su nombre, no como tú. —Iba a hablar, intentando desviar el tema de algún otro modo. Pero Robert no me lo permitió. Volcó su cuerpo sobre mí y musitó—: ¿Me vas a explicar por qué se te ha caído la identificación antes de salir corriendo o tengo que preguntarle a Jason?

Su mirada rasgada me dejó claro que la advertencia iba en serio.

—Robert, no sé lo que te ha contado Lincoln, pero no debes preocuparte por nada.

—No me mientas, Olivia.

—Déjame que me ocupe yo y no te metas. —Giró su rostro hacia un lado. Estaba empezando a cabrearse—. Robert, por favor —susurré. Volvió sus preciosos ojos hacia mí. Estaba muy tenso

—. Me voy a encargar de ello yo sola. No necesito a nadie más. ¿De acuerdo?

No me contestó. Como respuesta, abrió la puerta y, sin esperar, pasó dentro. Le seguí mientras intentaba calmar mi respiración agitada.

—¡Ey! ¡Perlman! ¿Nos toca juntos?

Bufé. De todos los enfermeros del área, tenía que tocarnos precisamente Nick Perlman.

—¿Qué tal, Dr. Evans? Aquí me tiene, a sus órdenes. —Volvió sus ojos hacia mí y me sonrió con calidez—. Hola, Dra. Sullivan.

Levanté mi mano, a modo de saludo, y sonreí con pesadez. Ya no me quedaban fuerzas para nada más. Por el contrario, Robert estaba con una energía desbordante. Caminó erguido y con paso firme hacia la mesa. Se sentó frente al ordenador. Colocó las historias médicas. Y todo ello, mientras le preguntaba a Nick por su día.

—Bastante tranquilo, doctor. Por cierto, encontré la historia de la Sra. Vonderwinkel.

Robert me echó una mirada rápida y después volvió sus ojos hacia él. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantenerse sereno y no desternillarse.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, doctor. Es que esta mañana, cuando me lo dijo, la busqué por la ‘F’ y por eso no la encontraba. Pero luego me di cuenta que era alemán. Y, claro, ellos la ‘uve’ la pronuncian como una ‘efe’. La volví a buscar y ¡allí estaba!

—Allí estaba… —dijo Robert con una sonrisa de oreja a oreja.

—Luego se la doy, doctor.

—Gracias, Perlman. No sé qué haríamos sin ti, ¿verdad, Dra. Sullivan?

Sonreí a Nick y decidí que iba siendo hora de sentarme en la silla que había libre entre ambos. Arrastré mis pies hacia ella.

—¿Y usted, doctor? —siguió preguntando Perlman—. ¿Qué tal la mañana?

—Bastante bien, aunque se me está fastidiando el día. —Puso sus brazos sobre la mesa, unió sus manos y se dirigió al enfermero—. Venía comentándoselo a la Dra. Sullivan. Tengo un problema con mi chica, Perlman.

—¿Con su chica, doctor?

—Sí, con mi novia. —Tragué saliva e intenté fundirme con la mesa—. Hay un baboso que la persigue desde hace tiempo y no la deja en paz. Y me está empezando a cansar bastante. Porque, aunque ella no me lo dice, la noto bastante incómoda con él. Incluso creo que le tiene miedo. Pero, por no preocuparme, no me cuenta lo que sucede. Y, claro, a mí lo único que me apetece es partirle la boca a ese gilipollas.

—Normal, doctor.

—Pero ella no para de repetirme que no me meta, que ella lo va a solucionar… —Se echó hacia atrás en la silla y colocó su brazo sobre el respaldo de la mía. Me tensé—. La Dra. Sullivan opina que debería dejar que ella lo solucione y no meterme. Pero no sé. ¿Tú qué opinas, Perlman?

—¡Hombre! Pues, lo que dice su novia y la Dra. Sullivan es lo más coherente. —Sonreí abiertamente y miré a Robert con superioridad. Él se movió nervioso—. Pero, claro, si ese tío lleva mucho tiempo molestándola y no se da por aludido, una buena hostia a tiempo ahorraría muchos problemas.

Se me apagó la sonrisa.

—¡Cómo me gusta que pensemos igual!

Robert alzó su mano derecha sobre mi cabeza y Nick la palmeó. Después, me buscó con la

mirada.

—Aunque, también habría otra opción —siguió diciendo Nick. Le miramos expectantes—. Que sea ella la que le dé la hostia.

—¡Ah! ¡Mira! Pues eso sería perfecto. —Robert se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Qué le parece esa opción, Dra. Sullivan?

—No soy quién para opinar sobre ello. Quizá debería hablarlo con su novia.

—Lo hablaré. Esta misma noche. Conozco un gimnasio cerca de mi casa donde hace unos años practiqué boxeo. Creo que a ella le encantará.

—Estoy segura.

Sonreí mecánicamente y aparté los ojos de él. Abrí la historia del primer paciente y comencé a leer para mí.

«Harry Butler, noventa y dos años…».

—Bueno, entonces, conoceremos a su novia el sábado, en la fiesta de jubilación del Dr. O'Connell, ¿verdad?

Miré de soslayo a Robert que, ante la pregunta, había perdido la mirada al fondo de la sala. Sonrió al enfermero con suavidad y después respondió:

—No, no creo.

—¿Y eso?

Robert bajó sus ojos y respiró lentamente. Su pesadumbre me dolió.

—A ella no le gusta mezclar nuestra vida profesional con la personal. Así que, no. No vendrá.

Robert empezaba a estar incómodo y Perlman lo notó. Por ello, dejó de hacer preguntas personales y se ciñó a las consultas.

—¿Llamo ya al Sr. Butler?

—Sí, ve llamándolo. Tiene la movilidad bastante reducida y tardará en llegar hasta aquí.

Nick se volvió hacia su tablet y llevó a cabo la llamada para que se reprodujera en la sala de espera. Yo volví a centrarme en la lectura de la historia médica. Robert colocó su brazo sobre el respaldo de mi silla y se reclinó junto a mí para poder repasarla conmigo. Con su cercanía, mi cuerpo reaccionó al instante. Me estremecí con el calor que desprendía, con su aroma tan cautivador, con su respiración pausada. Miré hacia el enfermero, que estaba anotando algo en su dispositivo. Y, después, volví mis ojos hacia Robert. Me estaba observando. Temblé cuando nuestras miradas se encontraron. No pude evitar sentirme seducida por su arrebatador atractivo. Me moví inquieta en la silla. Robert retiró su brazo del respaldo y se apartó despacio.

Sentí la frialdad devorándome tras perder su cercanía. Me sentí frustrada, confundida, desazonada. Empezaba a preguntarme si realmente estaba actuando bien; si mantener aquella relación en secreto no iba a pasarnos factura de un modo que crease más problemas entre nosotros; si al final Robert no se cansaría de todo ello.

Traté de volver mi interés sobre la historia médica de aquel paciente. Como intuía, la presencia de Robert hacía que mi atención se dispersase con facilidad y tornase a él constantemente.

—¿Tienes alguna pregunta?

El susurro de su voz llegó hasta el centro de mi deseo. Respiré tratando de calmarme y, después, llevé mis ojos sobre los suyos.

—No, ninguna.

—Su hijo nos va a pedir una operación para calmar los temblores. Ya lo ha hecho en la

anterior revisión.

—¿Y el Sr. Butler?

—El Sr. Butler, con sus noventa y dos años, tiene más coherencia que su hijo. Él no se plantea la operación. Sabe que hay muchas posibilidades de no superarla con sus problemas cardiovasculares. Ha asumido su Parkinson y se adapta a vivir con él, a pesar de que su cerebro no responda bien a la medicación.

—Vale. De acuerdo. ¿Vas a hacer algún cambio?

—Depende de cómo se encuentre él. Hace quince días le pautamos unos parches de rotigotina. Ya veremos si ha tenido demasiados efectos secundarios.

—Doctores, ¿no tarda mucho?

—Un poco, sí. —Aunque el Sr. Butler caminase despacio, llevábamos ya demasiado tiempo esperando—. Perlman, ¿puedes acercarte a ver qué sucede?

—Sí, Dr. Evans. Enseguida vuelvo.

Nick se levantó de la silla y se encaminó hacia la puerta. Le seguimos con la mirada. Salió de la consulta y cerró. En esos momentos, sentí de nuevo el brazo de Robert sobre el respaldo de mi silla y su cuerpo prácticamente sobre el mío. Dirigí mis ojos hacia él. Me sentí devorada por su mirada. Bajó su rostro y llevó sus labios sobre los míos. A pesar de las circunstancias, no le rechacé. Le besé despacio y me dejé llevar por su ritmo pausado.

Segundos después, se separó lentamente, mucho más pronto de lo que yo hubiese querido. Le miré con anhelo.

—Robert, siento mucho todo esto.

—¿El qué? —musitó.

—Siento obligarte a mantener esto a escondidas.

Me volvió a besar. Rozó y lamió mi labio inferior, lo mordió despacio, con mimo y con un cuidado extremo. No pude evitar gemir. Después, me invadió con su lengua, volviéndome loca y dejándome sin opciones de respuesta. Llevé mi mano hacia su pecho y lo acaricié mientras nuestras bocas seguían devorándose. Me olvidé de todo, de la inminente llegada de Perlman, de la posibilidad de que la puerta se abriese y desvelase nuestro secreto. Solo quería estar con él. Lo necesitaba.

Pero, de nuevo, Robert se apartó de mí. Me miró a los ojos y sostuvo mi rostro con su mano.

—Haremos lo que tú necesites, Olivia. Si esto es lo mejor para ti, lo haremos a tu modo.

Se empezaron a escuchar voces y risas al otro lado de la puerta. Robert me dio un beso rápido, pero con una carga emocional que me trastocó. Me giré de cara a la puerta, crucé mis piernas y respiré profundamente. La puerta se abrió y los segundos previos se convirtieron en un retrato efímero, aunque con una huella insalvable.

42
ROBERT

Acababa de tomar Canal Street, de camino hacia el Soho. Estaba en uno de los semáforos en el cruce con la Sexta Avenida. Y esa parada me vino bien. No podía seguir conduciendo tras el ataque de risa que me había dado, después de escuchar a Mark contar su última cena de Navidad en casa de sus padres.

No sabía cómo podía afrontar la vida de ese modo. Ya me había quedado claro, desde hacía mucho tiempo, que su familia era extremadamente homófoba. Su estricta visión conservadora había provocado que no aceptasen a Mark. Su padre le había retirado la palabra hacía años y había decidido no hacerle partícipe de los beneficios de las empresas familiares. Sus hermanos mantenían una relación fría con él. Y solo su madre mantenía firme su amor, a pesar de todas las presiones que recibía por parte del resto de miembros.

Cualquiera en su lugar asumiría toda esa situación con desconsuelo. Pero Mark, no. Lo hizo durante un largo periodo de su vida, hasta que decidió asumir que todo aquello nunca cambiaría por mucho que él pusiese de su parte. A partir de ese momento, cambió la perspectiva con la que veía la relación con su familia. Dejó a un lado sus esperanzas y anhelos, y relativizó sus encuentros. Con ello consiguió rebajar la importancia de sus confrontaciones y atenuar el daño, hasta hacerlo casi desaparecer. Miró a su relación de familia desde un foco diferente, como un espectador externo que se reía de una farsa de la que durante un tiempo formó parte. Y, por esa razón, Mark veía sus encuentros familiares como una forma más de reírse de la ironía vital que nos consumía a todos.

El semáforo cambió a verde y me obligué a serenarme para seguir por West Broadway hasta el parking donde Mark dejaba su moto. Habíamos salido del hospital hacía ya tres cuartos de hora. Mark se había emperrado en que bajásemos a Yvi Stauffen, una marca de ropa muy exclusiva, que había en el Soho. En esos momentos nadie dijo nada, pero entre Olivia y Kate hubo una mirada cruzada que dejó claro que el plan no les gustaba nada.

Salimos del coche y escuché a Mark recordar sus prioridades.

—Vamos a Yvi Stauffen.

—¡Oh! ¡No! Ve tú solo —respondió Kate —. No pienso ir a una tienda en la que no puedo comprar absolutamente nada.

—Tú tienes tu traje en casa de Brad, así que no estás en una situación crítica como la mía.

—¿No te parece una situación crítica tener que ir a su casa a por él?

Me acerqué hasta Olivia que los observaba en silencio. La rodeé con mi brazo y besé su sien. Se estremeció con mi gesto y volvió sus ojos hacia mí. Su sonrisa me transportó lejos de allí. Llevé mis labios sobre los suyos.

—Para ir a Hugo Boss hay que pasa por Yvi Stauffen.

—Pues allí te dejamos. Olivia y yo seguimos calle arriba.

—¿¡Pero seréis capaces de no ayudarme a elegir esmoquin!?

—Tienes a Robert. Él te ayudará.

Al escuchar mi nombre, me centré en la discusión.

—No creo que a Robert le haga mucha gracia ahora mismo ayudarme a elegir esmoquin.

—No me importa —dije.

—Kate —intercedió Olivia—, pasamos por Yvi Stauffen y luego vamos a Hugo Boss.

—Pero es que es muy tarde y cuando lleguemos estará cerrado. Además, ya he visto un modelo que me gusta en la web. Solo tendría que probármelo y...

—¡Ajá! ¡Así que es por eso! —se quejó Mark.

—Por eso y por no tener que quedar con Brad para que me dé el vestido de noche. ¡Necesito encontrar algo para el sábado, Mark!

—Pues, alguna vez tendrás que empezar a hacerlo, ¿no? Lo de traerte la ropa de casa de tu 'ex', digo.

Kate le sancionó con la mirada. Olivia, consciente de que a su amiga no le había gustado el comentario, la rodeó por la cintura e intentó mediar con serenidad.

—Kate, ya sabes que a Mark le cuesta más encontrar traje.

Ella se cruzó de brazos y cuestionó aquello.

—Si le hacemos caso, no vamos a poder mirar nada ni tú ni yo.

—Pero él terminará antes y tendremos más tiempo para nosotras. Estamos a lunes. Nos queda toda la semana.

Kate bufó y, enfadada, comenzó a caminar calle arriba. Caminamos deprisa para alcanzarla y ya a su altura, Mark comenzó a hablar de los tipos de esmoquin que había mirado y las diferencias que había visto entre ellos. No pude atender demasiado a lo que decía. Mi cerebro estaba a otra cosa. Me sentía como en una nube bajando por la calle con Olivia rodeada por mi brazo. Había tardado ocho años en volver a pasear con ella de ese modo, como una pareja, agarrados, tranquilos; ocho años en los cuales había añorado cada día lo que era sentirlo; ocho años en los que había soñado con ello casi cada noche; ocho años en los que nunca creí que el destino me brindaría la oportunidad de volver a hacerlo.

Bajé los ojos hasta ella. Caminaba aferrada a mí y relajada. Había colocado su brazo alrededor de mi cintura y su cabeza reposaba sobre mi cuerpo. Su serenidad me transportaba a la mía propia. Me sentía el ser más dichoso del mundo por haberla recuperado. Solo esperaba no volver a cometer otra estupidez como en el pasado que me hiciera perderla de nuevo. Me aterraba esa posibilidad. Llevé mis labios a su cabeza y ella se estrechó más a mí.

Llegamos a la puerta de la tienda en menos de diez minutos. Y, cuando nos disponíamos a subir los dos escalones de la entrada, el teléfono de Olivia sonó. Se apartó de mí para buscarlo dentro de su bolso. Al sacarlo y ver la pantalla, su rostro se tornó preocupado. Miró a Kate directamente.

—Es Brad —le dijo con cierto grado de inquietud.

—Cógelo —respondió ella—. Te llama a ti, no a mí.

—Kate... —la reprendió Olivia.

Esta suspiró y volvió a bajar los dos escalones de entrada. Se paró frente a Olivia que, con el teléfono en la mano y todavía sonando, la miraba esperando una respuesta.

—Cógelo. Pero dile que no estoy contigo.

Olivia descolgó la llamada y comenzó a hablar.

—Hola, Brad. ¿Cómo estás? —A mi derecha, Mark empezó a moverse inquieto. Subió los escalones de entrada y, nervioso, aferró el mango de la puerta—. Sí, está bien… No, no estoy con ella… Ya… Sí… Sí, no te preocupes, se lo diré… De acuerdo… Adiós, Brad.

Olivia llevó sus ojos hacia Kate.

—Dice que le llames.

Ni siquiera contestó. Kate se dio la vuelta y subió los dos escalones. Mark abrió la puerta y pasaron dentro.

—¿Qué ocurre, Olivia?

Me miró nerviosa. No sabía si debía darme esa información. Guardó su teléfono en el bolso y, después, decidió explicarme todo.

—El sábado por la noche, Kate vio como Brad se iba con las dos chicas que le presentaste. —Pasamos dentro de la tienda—. Y, bueno, no la ha sentado muy bien.

—¿Por qué? No están juntos.

—Robert… —me reprochó.

—Es cierto, Livi. No sé de qué se queja. Ella se pasó la mitad de la noche tonteando con mi amigo Bruce.

—Hasta que tú llegaste y me jodiste el plan.

Me di la vuelta para mirar a Kate. No me había dado cuenta de que la tenía a mi espalda.

—Yo no te jodí nada. Solo te dije que mi amigo no te convenía.

—¿Y eso no es joderme la noche?

—Oye, —intentó mediar Mark—, no os pongáis a discutir aquí, que encima nos echan y tendría que subirme a la de la Avenida Madison.

No le hicimos caso.

—Podías haber pasado de lo que te dije. —Kate rio con desgana—. Independientemente de eso, ¿por qué estás así? Que Brad se fuera con Brooke y con Dorothy no quiere decir nada.

—¡No! ¡Qué va! Que Brad se fuera un sábado por la noche con dos rubias explosivas, que parecían sacadas de la mansión de Hugh Hefner, no quiere decir nada.

—¿Y por qué no sales de dudas?

Me empezaba a molestar que cuestionase de ese modo a Brad.

—¿Acaso crees que él me diría la verdad? Lo conoces muy poco.

—Robert… —me advirtió Olivia para que no siguiera.

Pero, después de lo que Brad me había dicho aquella noche, no podía dejar que Kate siguiese dudando de él. Así que saqué mi Samsung nuevo y decidí estrenarlo de la mejor manera.

—Muy bien —dije mientras buscaba en la agenda—. Vamos a salir de dudas.

Kate sesgó su sonrisa, se cruzó de brazos y se acercó a mí con cierto aire divertido. Busqué el contacto de Brooke y pulsé la tecla de llamada. Puse el manos libres y los tonos comenzaron a sonar para todos. Al quinto, Brooke descolgó.

—¡Robert!

—Hola, Brooke, ¿qué tal estás?

—Muy bien. Sobre todo, ahora que te has dignado a llamarme después de la última vez que te metiste entre mis sábanas. ¿Qué ocurre, cariño? No has encontrado a nadie que te caliente la cama últimamente.

Suspiré cabreado. Debí haber previsto algo así. Llevé mis ojos hacia Olivia que aguantaba estoica la envestida. Alargué mi brazo hacia ella, la rodeé la cintura y la atraje hacia mí.

—Espera un momento, Brooke. Solo dos segundos y ahora te cuento. —Pulsé la opción de silenciar el micrófono. Y, ajeno a la presencia de Kate y de Mark, miré a Olivia con intensidad —. Recuerda lo que te dije.

—Robert, no te preocupes… —bajó su mirada.

—Livi, mi vida. —Busqué sus labios con los míos y, cuando los encontré, no puso ningún

reparo en besarme. Lo hice despacio, intentado transmitirle todo lo que sentía por ella. —Por favor, no dudes de mí. No te dejes embarrar por el pasado.

La besé de nuevo, pero la sentí esquiva. Así que, no la separé de mi cuerpo. Quité el silenciador del micrófono y volví a la conversación telefónica.

—Oye, Brooke.

—Aquí estoy, Robert. ¿Qué pasaba?

—Te llamaba porque quería preguntarte una cosa. —Dirigí mis ojos hacia Kate, que esperaba la información con una sonrisa tensa—. El chico que te presenté el sábado, ¿lo recuerdas?

—Claro que sí. Brad. ¡Cómo para no recordarlo! Era muy agradable. Mucho más que tú, que nos dejaste tiradas. —Sus salidas de tono me estaban empezando a cansar—. ¿Qué pasa con él?

—No he podido localizarlo desde entonces.

—¿En serio? No me asustes.

—Después de que yo me fuera, ¿qué pasó? Estuvisteis con él toda la noche.

—No, qué va. Después de que te fueras, pasamos a la barra de dentro y estuvimos allí con él un rato. Luego, le invitamos a ir a TAO, que está más abajo. Pero nos dijo que tenía que irse. Bajamos con él hasta la calle, y se fue a por su coche y nosotras nos fuimos para el local. —Amplié mi sonrisa y rasgué la mirada sobre Kate—. ¿De verdad que no sabes nada de él desde entonces?

—No, Brooke.

—Me dejas preocupada. Era majo. ¿No habrá tenido un accidente con el coche?

—Tranquila. Seguro que no ha pasado nada grave y es solo que estará ocupado.

Kate relajó la tensión de su rostro y bajó la mirada al suelo. Estaba claramente incómoda.

—Oye, Robert, ¿qué haces este sábado?

—Voy a una fiesta con mi chica.

El silencio se instaló al otro lado de la línea. Miré a Olivia y la sonreí con calidez. Volví a bajar mi boca hasta sus labios y los roce levemente.

—No sabía que habías encontrado a alguien…

—Sí —respondí con seguridad y sin dejar de mirar aquellos maravillosos ojos verdes—. La encontré hace mucho tiempo, pero se ha hecho de rogar.

Una suave sonrisa se abrió paso en sus labios y eso me relajó. Corté la conversación antes de que surgiese otra cosa que pudiese estropearnos el momento.

—Bueno, te tengo que dejar. Ya hablamos más adelante, Brooke. Cuídate mucho.

—Tú también, Robert. Cuídate. ¡Y avísame con lo de Brad!

—Descuida. Lo haré. Adiós.

—Adiós.

Colgué la llamada. Acaricié la espalda a Olivia y besé su sien. Sabía que lo que había dicho Brooke en aquella llamada podía haberla afectado, pero necesitaba que confiara en mí; que supiese que todo aquello formaba parte de una época que no tenía ningún sentido ni ninguna importancia; que solo era pasado. Y que, al igual que había muchos hombres que habían formado parte de su vida, las mujeres que habían pasado por la mía no debían quebrar lo que estábamos construyendo entre nosotros.

La estreché mucho más contra mi cuerpo. Después, miré a Kate. La sonreí con suficiencia, pero no dije nada. Ella tampoco. Solo me devolvió la sonrisa. Pero, a esas alturas, Mark tuvo la necesidad imperiosa de hacerse notar. Lo cierto era que había aguantado demasiado tiempo.

—Bueno, ya que estáis todos muy contentos, si no os importa, hay que buscar un esmoquin.

—¡Vale! —contesté—. Yo voy a ver pantalones.

Mark me acribilló con la mirada. Olivia se encargó de calmarlo.

—Yo te acompaño, Mark.

—Gracias, amiga.

Miramos a Kate. Metió las manos en los bolsillos de su cazadora, se encogió de hombros y, con una sonrisa triste, dijo:

—Yo voy a llamar a Brad.

—Será lo mejor —respondí.

Kate se dirigió a la puerta de salida. Olivia la observó preocupada. Mark, por el contrario, cortó con todo aquello.

—¡Vamos, Olivia! Tenemos trabajo.

—Ve adelantándote y mirando lo que tienen. Yo voy enseguida.

Mark hizo un mohín. Después, se dio la vuelta y fue a la caza de un dependiente.

Olivia volvió sus ojos hacia mí.

—Robert, vamos a terminar muy tarde, lo estoy viendo. Comprar con Mark puede llegar a ser eterno.

La sonreí y acaricié su costado con mi mano.

—No te preocupes. Las tiendas tienen la sana costumbre de cerrar.

—No creo ni que logremos ver más que esta. Pero es necesario que Mark salga de aquí con un esmoquin. Si no, la semana puede convertirse en una tortura para todos.

Rodeé su cintura de nuevo y la atraje hacia mí. Ahora que estábamos fuera del hospital, era incapaz de mantenerme alejado de ella.

—¿Y dónde está el problema?

—Cuando salgamos de aquí será tardísimo. Y habíamos quedado en ir a tu casa. Pero tendría que pasar por la mía para coger ropa de cambio y mi neceser. Mañana tengo guardia…

—Sí, lo sé.

—¿No te importa que acabemos tan tarde?

Llevé mis labios sobre su oído. Solo mi cercanía la hizo estremecerse y eso me volvió loco.

—Podemos hacer otra cosa —la susurré—. Puedes invitarme a tu casa a pasar la noche.

Se alejó para mirarme a los ojos.

—Por mí no hay problema. Pero tú no tienes ropa para cambiarte.

—Siempre tengo ropa de cambio en el despacho. Y puedo comprar algo aquí. —Aun así, sentí que dudaba—. ¿Qué ocurre, Livi?

—Mi casa no se parece en nada a lo que estás habituado.

Rasgué la mirada. No me gustaba lo que estaba insinuando.

—No sabes a lo que estoy habituado. Y, además, estaría cómodo en cualquier parte, siempre que te tuviese a mi lado.

Suavizó su mirada.

—De acuerdo. Si por ti no hay problema, yo estoy encantada de que durmamos hoy aquí.

Fue a darme un beso, pero me eché hacia atrás. El gesto no le gustó, pero necesitaba dejarla una cosa clara. Llevé mi mano a su rostro y acaricié su mejilla.

—Livi, quiero que formes parte de mi vida. Así que, por favor, déjame que forme parte de la tuya.

Llevó sus labios a los míos y me besó fugazmente.

—Ya veremos lo que piensas cuando, en mitad de la noche, te caigas de la cama.

—Entonces, me sujetaré fuerte a ti —y la aferré con vigor.

Olivia no pudo evitar un leve gemido y yo me encendí aún más de lo que ya estaba.

—Solo espero que cuando nos caigamos, no lo hagas encima de mí.

—¿No te gusta tenerme encima?

Me apetecía jugar un rato y ella me lo permitió. Apoyó las palmas de sus manos en mi pecho y, después, se acercó despacio hasta mi oído. La lentitud de sus movimientos me excitó tanto que estuve a punto de llevármela en esos momentos a su casa. Puso sus labios tan cerca de mi piel que sentí como el vello de esa zona se erizaba. Después, me susurró con voz extremadamente sensual.

—Es en lo único en lo que pienso ahora mismo, en sentirte sobre mí, entre mis piernas, embistiéndome sin tregua hasta desfallecer.

Cerré los ojos y solté el aire poco a poco. Sentí que se alejaba de mí y la busqué con la mirada. Su sonrisa lo decía todo. Yo había empezado el juego, pero ella me había vapuleado.

43
ROBERT

Llevaba tres cuartos de hora dentro de la tienda de Yvi Stauffen. Había comprado tres jerséis de lana, tres camisas, tres camisetas de manga larga, tres vaqueros, un paquete de bóxer, calcetines, y dos sudaderas y dos pantalones de pijama. Sí. Me estaba armando para atrincherarme en la casa de Livi sin que ella me lo hubiese propuesto. Quizá debería haber esperado a que ella me lo sugiriera. Pero, después de pasar mi tarjeta de crédito, ya no había marcha atrás.

Me acerqué despacio hacia la zona de trajes de la primera planta. Al fondo del todo, Olivia esperaba sentada en una butaca alargada, con las piernas cruzadas, su codo sobre la rodilla de una de ellas y sosteniendo con su mano el mentón. Sonreí al ver su cara de aburrimiento. De Mark no había ni rastro. Sin duda, estaría dentro de los probadores. Kate seguía sin aparecer. La última vez que la había visto, estaba sentada en los escalones de entrada a la tienda y seguía hablando por teléfono.

Me acerqué despacio y cargado con mis bolsas. Cuando Olivia advirtió mi presencia, abrió mucho los ojos.

—¡Vaya!

—Tenía que comprar algunas cosas.

—Si no fuera porque he visto tu armario, pensaría que no tienes ropa.

Dejé las bolsas en el suelo y la insté a que me hiciese hueco en la butaca.

—¿Cuántos se ha probado?

—En realidad, no muchos —respondió pensativa—. Solo tienen tres modelos en la tienda. Y, por lo visto, ninguno es el que a él le gustaba de la web. —Alcé las cejas. Olivia asintió con un gesto de contrariedad—. Sí, creo que va a ser una semana muy larga.

La rodeé con mi brazo y ella llevó sus labios a los míos. Me besó despacio hasta que la voz de Mark sonó detrás de una de las puertas de los probadores.

—¿Hablas con Robert?

—¡No! —respondí.

Olivia empezó a reír. La puerta del probador se abrió y Mark salió despavorido de dentro con los pantalones negros de un traje y una camisa blanca a medias de abotonar.

—¡No entiendo cómo puedo tener tan mala suerte!

Me armé de paciencia.

—¿Qué te ocurre?

—Pues que no tienen el de cuello chal.

—Ajá.

—Tienen el de barathea con solapa y el de terciopelo. A ver, también me lo podrían hacer a mano. Pero como que paso porque ni llego al sábado ni a fin de mes.

—Qué te parece si hacemos una cosa. Ve eligiendo camisa y pajarita.

Mark puso el grito en el cielo.

—Pero…, ¿¡cómo voy a elegir camisa y pajarita si no he elegido el modelo de traje!?

—Tú hazme caso. —Me levanté y tendí mi mano a Olivia, que la cogió sin dudarlo—. Me voy a ir con Livi para que pueda mirar algo también. Y, luego después, soy todo tuyo.

—Ya me gustaría, pero me da que no va a ser así.

Reí ante su insinuación.

—Te dejo estas bolsas por aquí. Échamelas un vistazo.

Torció los labios en un claro gesto de desagrado. Pero no me paré. Cuanto más tiempo siguiese enredado en aquel marasmo que se había creado, sería mucho peor para todos. Necesitaba que Mark saliese de la espiral y que lo hiciera él solito. Decírselo, sólo llevaría a que se encaprichase más en lo imposible.

Caminé despacio con Olivia por la tienda. En realidad, ella no se detuvo a mirar nada en concreto. Subimos por la escalera unas plantas más arriba, donde tenían los vestidos de noche. Me fijé en como recorría la estancia deslizando sus ojos. No se paró en ninguna de las opciones que se la ofrecían, hasta que nos topamos con un maniquí. Percibí claramente cómo quedaba cautivada con aquella prenda. Se trataba de un vestido largo, con matices entremezclados en verdes oscuros y claros. Se ceñía levemente al pecho y a la cintura. Y, de ahí, la falda se abría progresivamente, a través de paneles de tela superpuestos. Tenía escote en pico y se sostenía a partir de unos tirantes trenzados que se cruzaban sobre la espalda. Era una auténtica obra de arte.

Recorrió con sus ojos el vestido y giró un par de veces alrededor para poder admirarlo con detenimiento. Después, con delicadeza, llevó sus ojos hacia el cartel donde venía el precio. Y, con la misma sutileza, siguió su camino.

Me paré junto al maniquí y la llamé. Se giró hacia mí sin entender muy bien a qué se debía aquello. Señalé el vestido y la pregunté:

—¿Te gusta?

—Sí, claro.

—¿No te lo vas a probar?

Comenzó a reír.

—¡No!

—¿Por qué?

Caminó de nuevo hacia mí con los brazos cruzados y la cabeza reclinada hacia un lado.

—Porque no puedo gastarme el alquiler de cinco meses en un vestido.

—No te estoy diciendo que lo compres.

Me observó con curiosidad.

—¿Qué pretendes?

La rodeé la cintura con mi brazo y llevé mi rostro sobre el suyo.

—Solo que disfrutes un rato.

—No voy a probarme algo que no puedo comprar.

—¿Y por qué no? A mí me encantaría verte con ese vestido. —No se estaba tragando nada de lo que la estaba diciendo. Así que intenté persuadirla de una manera menos evidente—. Elige unos cuantos y me los enseñas.

—¿Qué es esto, Evans? ¿Una especie de pseudo fetichismo?

Me encogí de hombros, pero no dije nada más. Me miró risueña, con la cabeza ladeada y los ojos rasgados. Estaba sopesando lo que la había sugerido. Pero Olivia era demasiado lista para engañarla. Sabía que había algo más. Aun así, no insistió.

—Elige los que te gusten. Voy a avisar a esa dependienta.

Mi plan estaba en marcha.

Eché un vistazo rápido y cuando la dependienta llegó, yo ya había elegido. Seleccioné, además de ese maravilloso vestido, otro negro con las mangas, espalda y escote de tela transparente, y con una abertura lateral que dejaba casi toda la pierna al descubierto; uno rojo de tirantes, escote en pico y entallado que, nada más imaginarla con él puesto, me puso cachonto; y, por último, otro de color dorado, de escote profundo en 'V'. Vale, sí. Me estaba aprovechando de la situación.

La chica que nos atendió nos miró extrañada. Lo lógico hubiese sido que Olivia hubiese elegido los vestidos y no yo. Dimos una impresión bastante patética. Pero me daba igual. Solo esperaba que todo saliese como esperaba.

Permanecimos en una pequeña sala circular donde había tres probadores. Olivia me evaluaba en silencio. Me mantuve en actitud tranquila, con mis manos a la espalda y esperando a que volviese la dependienta con el tallaje que habíamos pedido. Pero tampoco podía dejar que los engranajes de su cerebro empezasen a sospechar demasiado. Por eso, decidí irme a temas más banales y distraerla.

—¿A qué hora cierra la tienda?

—Creo que a las ocho.

—¿Qué vamos a cenar?

—¿Tienes mucha hambre?

—Un poco.

—¿Te apetece pasta?

—Vale. ¿Qué hacemos?

Olivia empezó a reír.

—¡Robert! Vienes a mi casa. Eso quiere decir que comerás comida preconizada o de algún restaurante de la zona.

—No me quejo, cariño. Solo preguntaba.

Se acercó despacio y me circundó la cintura con sus brazos. Llevé mi mano a su mejilla, la acaricié y después enredé mis dedos en su pelo.

—Hay un siciliano cerca de casa que hace unas ensaladas y unos platos de pasta riquísimos. Si quieres, mientras ayudas a Mark a decidirse, me puedo adelantar con Kate y vamos preparándolo todo.

—De acuerdo.

—¿Qué te apetece?

—No sé. Elige por mí.

Comencé a besarla, pero la vendedora apareció cargada con los vestidos. Me aparté despacio y dejé que Olivia hablase con ella. Me mantuve en un segundo plano mientras aquella mujer la explicaba cuestiones relativas a las prendas.

Empezó por su preferido. No podía ser de otra forma. Livi entró en el probador y la vendedora se mantuvo cerca por si la requería. Yo decidí deambular durante ese tiempo y fui echando un vistazo a lo que había allí. Escuché a Olivia pedir ayuda con la cremallera trasera. Después, volví a oír la puerta. Me giré y la vi salir ataviada con ese impresionante vestido.

Se me cortó la respiración y mi corazón comenzó a latir desbocado.

Estaba preciosa. La tela se ceñía a su pecho y a su cintura con una perfección sublime. Caía con naturalidad por su cuerpo y se iba abriendo con perfección en diferentes pliegues. Me miró risueña y dio una vuelta, extendiendo sus brazos desnudos. La falda se movió de manera espectacular, creando una armonía en sus formas difícil de ver en otras prendas del mismo estilo.

Volvió a posar los ojos en mí y esperó mi respuesta. Me acerqué despacio y fui deleitándome en cada paso con esa imagen tan maravillosa. Paré a escasos centímetros de ella y acaricié su brazo con mis dedos. Sonreí al percibir su estremecimiento. Después, la tomé la mano con delicadeza.

—¡Robert! —dijo riendo.

Pero no paré. La circundé con mi brazo y apoyé la palma de mi mano en su espalda desnuda. Me derretí con el tacto de su piel. Empecé a moverme lentamente, de un lado a otro, siguiendo la melodía que de fondo se escuchaba en la propia tienda. Su extraordinaria sonrisa, plena y sincera, me llenó de gozo. Apoyé mi frente sobre la suya y me dejé llevar.

—Estas preciosa, Olivia. En mi vida he visto a un ser tan bello como tú.

Me besó levemente y deseé más que nunca que el tiempo se detuviese. Sin embargo, se apartó de mí y se volvió hacia el espejo. Se entretuvo unos minutos apreciando la prenda sobre su cuerpo.

—Es un vestido increíble.

—Lo es.

—Me siento como si llevase encima una obra de arte.

Después, su sonrisa se embarró con un leve gesto de tristeza, aunque lo borró enseguida. Se observó un par de veces más y, tras ello, se dirigió a la dependienta.

—Voy a probarme el rojo.

—De acuerdo.

Entró con ella en el probador para ayudarla a bajar la cremallera. Me quedé fuera y esperé. La vendedora salió y cogió el vestido rojo. Lo llevó dentro y volvió a salir. Se alejó unos pasos y la seguí hasta la zona de caja.

—Disculpe.

Me recibió con una amplia sonrisa.

—Sí, dígame.

—Ese vestido…

—¿Sí?

—¿Sería posible que estuviese en la calle Thompson el miércoles, en torno a las siete de la tarde?

—Sí, creo que sí. Es la siguiente calle a esta. No habría ningún problema.

Nervioso, miré hacia los probadores y saqué mi cartera del bolsillo interior de la americana.

—Disculpe, ¿cómo se llama?

—Audrey.

—Audrey, yo soy Robert.

—Encantada.

—Audrey, necesito que esto quede entre usted y yo. No quiero que ella se entere de nada.

—¿Quiere que lo envolvamos en una caja regalo y que incluyamos un mensaje personal?

—¿Es posible?

—Sí, claro.

La vendedora se movió rápido. Abrió un cajón inferior y, de allí, sacó una cartulina satinada.

—Escriba aquí su mensaje. Después lo guardaremos en este sobre y lo incluiremos en el paquete regalo.

—Gracias.

Audrey me dejó intimidad mientras tramitaba el coste de la compra. Debido a las circunstancias, no pude extenderme mucho. Fui directo, sin entrar en florituras. Después, la tendí

la cartulina y ella me pasó el datáfono para que pudiese pasar la tarjeta.

—El miércoles por la tarde, por favor —susurré.

—No se preocupe, señor. Apunte aquí la dirección y me encargo de gestionar el pedido.

—De acuerdo. Gracias. —Escribí los datos del domicilio y su nombre—. Voy con ella.

—Muy bien, señor. Enseguida estoy con ustedes.

—No se preocupe.

*****

—No tenía que haberme probado ese vestido, Robert.

—¿Por qué? —pregunté mientras bajábamos la escalera hacia la planta donde estaba Mark.

—Pues porque era maravilloso y ahora lo tendré metido en mi cabeza cuando me pruebe algo más adaptado a mi economía.

—Estarás preciosa con lo que elijas, Olivia.

La besé la mejilla y ella bajó la mirada con una suave sonrisa en su rostro. Busqué su mano para enlazarla y así llegamos hasta los probadores. Mark nos esperaba allí, sentado sobre una butaca y con la mirada perdida en la pantalla de su teléfono móvil.

—Hola, Mark —saludé.

Ni se inmutó. Sin dejar de mirar la página de trajes de Yvi Stauffen, me respondió con calma.

—Espero que hayáis estado follando porque no os voy a perdonar que me hayáis dejado abandonado tanto tiempo.

—¿Kate no ha venido? —le preguntó Olivia.

—No. Imagino que seguirá limpiando su conciencia.

Cerró la pantalla, elevó su rostro y me miró directamente. Pero, antes de que me dijese nada, me adelanté.

—¿Has elegido camisa?

—Sí.

—¿Y pajarita?

—También.

Le guiñé un ojo y le sonreí ampliamente.

—Me encanta que hagas los deberes. Ahora, vamos a ver esos trajes.

Mark se levantó de la butaca y yo me giré hacia Olivia, que estaba ya recogiendo las bolsas de mi compra. La rodeé la cintura y la besé en los labios.

—Nos vemos ahora.

—Hasta luego.

Perdí la mirada en ella mientras se alejaba. Respiré tranquilo mientras la felicidad me colmaba por dentro. Hasta que, de pronto, un chasquido de dedos frente a mis ojos me devolvió a la realidad. Me giré hacia Mark.

—¿No puedes entender que estoy enamorado?

—Lo que tú quieras, guapete. Pero es hora de que cumplas tu palabra y seas todo mío.

—De acuerdo. Vamos allá.

44
OLIVIA

Cuando salí de la tienda de Yvi Stauffen encontré a Kate, hablando todavía con Brad. Estaba sentada en un lateral de los dos escalones de entrada. La toqué en el hombro, intentando molestar lo mínimo posible, y la expliqué en voz baja el plan. Bajamos hasta Broome y luego giramos para coger nuestra calle. Subimos al piso y dejé las bolsas de Robert en mi dormitorio. Kate empezó a prepararse una infusión, mientras seguía charlando. Llevaban ya una eternidad y aquello no tenía pinta de que fuese a acabar pronto.

Llamé 'Piccola Cucina' e hice el pedido. Me dijeron que en veinte minutos podría ir a recogerlo. Así que, aproveché ese tiempo para ducharme y vestirme con ropa más cómoda. Me puse unos leggins negros, una camiseta de tirantes y un jersey de lana de color blanco. Me dejé el pelo suelto. Me calcé unas deportivas, y cogí mi móvil y la tarjeta.

Salí de casa, dejando a Kate sentada sobre el sofá y riéndose de algo que la estaba contando Brad. La cosa prometía cada vez más.

No me llevó mucho tiempo recoger los platos. Cuando volvía hacia casa, me encontré con Robert y con Mark en el portal. Y, lo más increíble de todo fue que mi compañero de piso llevaba un porta-trajes con su esmoquin. Robert había vuelto a conseguir que Mark dejase sus dudas y su ansiedad a un lado, y alcanzase una determinación en su caótica indecisión.

Subimos juntos. Y, ya en casa, colocamos la mesa, sacamos los platos y nos sentamos a cenar en el suelo, sobre la alfombra. Kate se vio obligada a cerrar la conversación telefónica. Después, nos dijo que Brad se acercaría al día siguiente para traerla su vestido de fiesta.

El resto de la noche fluyó de forma natural. Dejamos a un lado los asuntos relativos al hospital y nos dedicamos a hablar de otro tipo de cuestiones más livianas. Mark nos contó por qué había elegido el modelo de esmoquin que finalmente había comprado. Yo les relaté mi maravillosa experiencia con el vestido que me había probado. Y Kate planteó lo complejo que debían ser los eventos de etiqueta en otros tiempos. Recordamos las fiestas narradas en los libros de Jane Austen, las primeras escenas de la fiesta de "Gone with the Wind", la diferente forma de bailar entonces y ahora. A Mark le entró el espíritu danzarín y nos narró, con coreografía incluida, su actuación en un festival del colegio rememorando la clásica escena de "Singing in the Rain". Empezamos a desparramar demasiado cuando mis dos compañeros de piso emularon a John Travolta y a Uma Thurman en "Pulp Fiction". Y Robert, que no podía dejar pasar esa oportunidad, me arrastró hasta que accedí a hacer el famoso salto de "Dirty Dancing". Pero la cosa no fue bien. Robert tenía unos músculos de acero. Pero nos faltó coordinación y terminé cayéndome encima del sofá, mientras él hacía lo imposible por frenar mi batacazo.

Afortunadamente, el teléfono móvil de Mark sonó y acabó de golpe con nuestras ganas de baile.

—Es Alfred —nos dijo—. Voy a mi habitación a hablar con él. Imagino que querrá saber qué tal está Jake.

Y sin esperar repuesta, se metió hacia el fondo de la casa. Kate se levantó inmediatamente después.

—Bueno, yo también me voy. Necesito hablar con Brad para que mañana me traiga unas cuantas cosas más.

La sonreí levemente. Percibí que se encontraba inquieta. Lo que no sabía muy bien era hacia dónde oscilaba su inclinación. Después del tiempo que habían estado hablando juntos, no me quedaba muy claro si con esa nueva llamada Kate quería imponer distancia o todo lo contrario.

Robert y yo nos quedamos solos, sentados sobre la alfombra y en un cómodo silencio. Me recliné sobre su cuerpo y él me rodeó con su brazo. Besó mi cabeza y yo elevé mis ojos hacia él. No hubo palabras. Pero entendió lo que le trasmitía mi mirada. Esa tranquilidad, ese sosiego que nos envolvía era tan fascinante que me conmovió. De forma extraordinaria, habían quedado barridos todos los miedos, todas las inseguridades, toda la desconfianza. Sólo primaba el palpitar de nuestro anhelo, sin velos, sin barreras, sin trincheras que socavasen el camino; solos él y yo, creando un nuevo nexo que no sabía a dónde nos llevaría.

—Robert, es tarde. ¿Quieres que nos vayamos a la cama?

—Pensé que no me lo dirías nunca.

Me besó despacio mientras llevaba mi cuerpo sobre el suyo. Me senté sobre él, con una pierna a cada lado. Rodeé su cuello con mis brazos y me dejé mecer por el roce de nuestros labios. Metió sus manos por debajo de mi jersey y acarició mi espalda. Me deshice de deseo con su suave roce.

Me separé unos centímetros para admirar su rostro. Acaricié su mandíbula, su mejilla, subí hasta su frente y, después, enredé mis dedos en su pelo. Robert cerró los ojos y se dejó acariciar. Me perdí en sus facciones, en esa belleza fascinante que me volvía loca. Llevé mi cuerpo sobre el suyo, escondí mi cara en su cuello y sentí el placer de estar donde realmente quería. Cerré los ojos y mi respiración se acompasó con la suya.

—Te vas a quedar dormida —me susurró.

Me incorporé pesarosa. Pero tenía razón. Llevábamos varias noches sin dormir lo suficiente y el cansancio estaba empezando a hacer mella.

—Vete duchando. Voy a recoger todo esto y enseguida voy a la cama.

—De acuerdo.

Me aferró a su cuerpo y se levantó conmigo encima. Me dio un beso largo, lleno de ternura y que consiguió estremecerme. Después, me bajó al suelo.

—No tardes.

Se metió hacia dentro, y yo tuve que respirar profundamente para centrarme en el mundo de las obligaciones y las rutinas caseras que surgen cuando tus dos compañeros de piso se escaquean a la hora de limpiar. Comencé a llevar todos los restos, platos y vasos hasta la cocina. Abrí el mini lavavajillas y me encontré con que estaba lleno con la vajilla del día anterior. Se nos había olvidado ponerlo esa mañana. Saqué una pastilla de detergente y lo puse en marcha. Y, con cierto malestar, empecé a lavar a mano lo que habíamos manchado aquella noche. En ese transcurso de tiempo, Mark apareció por la puerta.

—¿Qué haces?

—Limpiar todo esto. No había hueco en el lavavajillas.

—¡Anda! ¡Deja eso y vete a follar de una vez!

—¡Mark! —le susurré.

Se puso a mi lado y empezó a secar lo que yo enjuagaba bajo el grifo.

—Claro, porque ahora me dirás que no os vais a pasar follando la mitad de la noche.

—Pues, mira, no lo sé porque estamos muy cansados. Al menos yo — puntualicé y Mark

empezó a reír en voz alta.

—Oye, que si no te lo quieres tirar hoy, me lo tiro yo.

—Hoy ya me lo he tirado —le respondí triunfal.

Mark me miró con los ojos como platos y, sin apenas emitir sonido, preguntó:

—¿En el hospital? —asentí con la cabeza—. ¡Quiero detalles!

—No.

—¿Dónde ha sido?

—Te he dicho que no.

—¿En su despacho?

—No te voy a decir nada.

—¿En la morgue?

—Que no.

—¿Pero cómo puedes ser tan mala amiga? —Le sancioné con la mirada—. ¿Cuántos orgasmos has tenido? —Cerré el grifo del agua—. ¿Uno? —Me sequé las manos—. ¿Dos? —Sonreí—. ¡Ajá! Así que, dos, ¿eh? Pues, teniendo en cuenta esa información, intuyo que lo habéis hecho solo una vez, ¿no?

—¿Perdona? ¿Y de dónde sacas esa conclusión?

—Pues, a ver —empezó a decir, mirando hacia él techo y dándose toquecitos en el mentón con su dedo índice—. El sábado en la discoteca me dijiste que os lo habíais montado cinco veces en su casa. Que para doce horas que estuviste con él, ya son veces, bonita.

—¿Ahora me vas a decir lo que tengo que hacer en mi intimidad?

—No, cariño. Ni se me ocurriría. Es solo envidia cochina. Nada más. —Y siguió con su argumento—. Y también me dijiste más tarde que tu récord de orgasmos con Robert había sido de trece. Teniendo en cuenta que cinco corridas en un tío, durante doce horas, es un récord muy difícil de superar, entendí que ese día había sido el de los trece orgasmos.

—¿De verdad que dedicas tiempo de tu vida en reflexionar sobre esas cosas?

—Lo cual, me lleva a pensar que Robert, además de un portento, es un amante generoso. Y tú estás más que receptiva al mágico mundo de los multiorgasmos que, claro, al ser mujer, pues como que tampoco es un ningún misterio. En resumen, que salías, más o menos, a dos o tres orgasmos por cada uno de él.

—Bueno, no siempre.

—Ya, cariño. Imagino que alguna de esas veces empatarías con él o…

Sonreí recordando lo de esa misma mañana. Mark se giró como un resorte. Apoyó su mano en la encimera y, con una seriedad fingida, me demandó.

—¿Qué tienes que decirme? —Me moví inquieta llevando mis ojos hacia el pasillo—. Sigue en la ducha.

—Pues que con Robert no puedes hacer esos cálculos.

Rasgó su mirada y apoyó su mano sobre la cadera.

—No te entiendo.

—Pues que Robert… Robert…

—¡Arranca ya, hombre!

Le chisté para mandarle callar.

—¿Sabes esos tíos que pueden tener varios orgasmos antes de correrse?

—¡Sí! ¡Cómo los odio!

—Pues Robert es uno de ellos.

—¡Oh!

—Sí —respondí asintiendo.

Escuchamos la puerta del cuarto de baño abrirse y cortamos la conversación hasta que volvimos a oír la de mi dormitorio cerrarse.

—Sabes, —musitó Mark —, yo una vez me compre un libro de Tantra para ver si me salía. Pero con tanta mierda de conocerse a uno mismo, como que pasé de terminármelo. Y nada. Luego, me dediqué a pensar en cosas absurdas cuando me llegaba el momento. Había veces que pensaba en patatas fritas. Otras en mi abuela. Pero lo único que conseguía era que se me fuera la concentración.

—No sé por qué me cuentas eso.

—Así que es multiorgásmico… —dijo pensando en voz alta —. Seguro, ¿verdad? No tiene periodo refractario entre uno y otro, ni orgasmo seco.

—No. Tiene varios orgasmos y una eyaculación.

—¡Es un jodido multiorgásmico! —siseó y llevó sus ojos hacia el pasillo con la mirada intensa —. Tengo que hablar con él.

—¡Ni se te ocurra!

—Tranquila, cariño, que no te voy a descubrir.

—¿Y quién te lo iba a contar sino yo? Robert no es tonto.

Me cogió la mano y me dio unos golpecitos en el dorso.

—Serénate un poquito que el estrés es malo para follar. Solo quiero saber cómo lo hace.

Arranqué mi mano de la suya.

—No voy a volver a contarte nada —y salí de la cocina apagando la luz.

Mark me siguió, pisándome los talones.

—¡Uy! Ni de coña, bonita. A partir de ahora quiero que me lo cuentes todo con pelos y señales.

Me fui para el dormitorio y cerré la puerta sin contestarle. Pero, en cuanto vi lo que tenía allí dentro, se me pasó el cabreo. Robert estaba de pie, frente a la ventana, ataviado únicamente con la toalla de baño alrededor de su cintura. Había levantado el store y, con la ventana abierta, miraba con curiosidad al callejón. Sus manos estaban apoyadas en ambas jambas y, en esa posición, sus brazos férreos marcaban mucho más su musculatura. Su imagen entroncó directamente con el centro de mi deseo.

Al percibir mi presencia, se giró.

—No has tardado mucho.

—¿Qué haces? —dije, acercándome poco a poco—. ¿Has decidido alegrar las vistas de todas mis vecinas?

Se sonrió a sí mismo. Cerró el cristal y me explicó:

—¿Sabes que eres la única del edificio que tiene esta ventana? El tipo que hizo la reforma abrió un vano para que la nueva habitación la tuviese.

—¿En serio?

Volví a abrir el cristal y saqué la cabeza para confirmar lo que me decía.

—Rompió el muro para hacerla —Metí la cabeza y volví a cerrar la hoja. Hacía frío fuera, así que encendí la calefacción—. Y lo que me temo es que lo harían sin pedir los permisos necesarios.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Livi, abrieron un boquete que altera la imagen de la fachada del edificio, aunque dé a un

callejón. Y, además, lo hicieron en un muro de carga.

—¡Jolín, Robert! ¡No me asustes!

Acarició mi cintura con su mano.

—Tranquila. Imagino que lo habrán hecho bien. Pero deberíais hablar con el casero. —Me eché para atrás, molesta y con los brazos cruzados. Robert percibió mi desasosiego y se acercó riendo—. ¡Ey! No te enfades.

—No me enfado. Pero tengo que dormir aquí a diario, por si no lo sabes.

Me rodeó con sus brazos y ya no me permitió que me separara.

—Bueno, eso podríamos solucionarlo.

Lo que me sugería me generó cierto vértigo emocional. Así que traté de quitarle hierro.

—Ahora lo entiendo. Has visto lo pequeña que es mi cama para dos personas y has buscado una excusa para no dormir más aquí.

Me sonrió divertido y besó la punta de mi nariz.

—Me encanta tu cama. ¿Sabes por qué? —Negué con la cabeza—. Porque huele a ti. Cada rincón de este dormitorio sabe a ti y tiene impregnada tu esencia.

Llevó sus labios sobre los míos, pero le corté.

—Sabes que he vuelto a dormir aquí hace pocos días, ¿verdad?

No me respondió. Colocó su mano en mi nuca y me besó con mayor intensidad. Robert no estaba por la labor de andarse con más rodeos. Y la verdad era que a mí tampoco me apetecía.

Di unos pasos hacia él, llevándole hacia atrás, hasta que cedió y se dejó caer sobre el colchón. Con rapidez, saqué mi jersey por la cabeza y me quedé con la camiseta de tirantes. Coloqué una rodilla entre sus piernas y me subí a la cama, instándole a que reclinase todo su cuerpo. Después, cogí su toalla y, sin dejar de mirarle, la abrí despacio. Dejé expuesta su erección. La envolví entre mis manos y llevé mi boca sobre ella. Robert cerró los ojos y con un gemido de placer se rindió a mí.

45
OLIVIA

Me dejé caer sobre el colchón sintiendo como se apagaban los últimos coletazos de mi orgasmo. Robert, a mi espalda, salió de mí. Nuestras respiraciones agitadas trataron de compensarse poco a poco. Respiré profundamente e intenté que los latidos de mi corazón no se desbocasen más. Cerré los ojos y, mientras permanecía tumbada boca abajo, noté sus labios recorrer mi columna. Sus suaves besos, acompañados de sutiles caricias, me transportaron a una calma de la que no hubiera querido desprenderme nunca. Subió recorriendo cada retazo de mi piel hasta llegar a mi cuello. Apartó el pelo con cuidado y alojó allí su rostro. Me rodeó la cintura con un brazo y enlazó una pierna entre las mías. Su maravilloso cuerpo, pegado a mi espalda, me otorgaba un calor extraordinario para esa fría noche de otoño. Deseé que el tiempo se parase, que el ritmo vital me permitiese disfrutar eternamente de ese momento tan mágico, tan deseado, tan añorado.

Poco a poco, mi mente no pudo resistirse al sueño y me dejé vencer. El aroma de Robert, el tacto de su piel, sus brazos rodeándome suponían un aliciente altamente narcótico para no dejarse llevar. Estaba totalmente adormecida cuando su voz me despertó de golpe.

—Olivia.

Volví mi rostro y busqué sus preciosos ojos. Me preocupó lo que vi en ellos.

—¿Qué ocurre?

—Necesito que me cuentes qué pasó con tu matrimonio.

—¿Ahora?

Mi voz no pudo esconder un tinte de molestia. Tenía mucho sueño. Pero me obligué a incorporarme. Sabía lo que había supuesto para él descubrir aquello. Él mismo me había hecho partícipe de lo que le había costado encajarlo. Le debía esa conversación, sobre todo, para aportarle la serenidad que necesitaba.

—¿Qué te preocupa?

—Nada —mintió—. Solo quiero que me lo cuentes.

Me senté sobre la cama, apoyé mi espalda en el cabecero y me tapé con el edredón. Sí. Hacía escasos minutos que Robert me había estado lamiendo mis pezones. Pero esas eran mis contradicciones poscoitales. Incoherencias de la vida. Nada más.

Él se incorporó también. Pero no se sentó a mi lado. Apoyó su espalda contra la pared que había a nuestra derecha. Necesitaba mirarme a los ojos, lo sabía; leer más allá de mis palabras; encontrar cualquier resquicio que yo pudiese esconderle. Por primera vez en mucho tiempo, sentí su miedo y aquello no me gustó. Llevé mi mano a su rostro y le acaricié con devoción.

—Robert, no tienes de qué preocuparte.

—No es eso, Olivia...

Intentó justificarse, al darse cuenta de que podía leer su desasosiego. Así que, no lo demoré más.

—Mi matrimonio solo fue el error de dos amigos que confundieron lo que sentían con algo más. Y, cuando se dieron cuenta, tardaron demasiado tiempo en solucionarlo por miedo a

dañar al otro. —No me dijo nada. Se mantuvo serio y observándome—. Conocí a Coop cuando estaba estudiando mi último año de carrera. Él tenía una beca posdoctoral y, de vez en cuando, venía a impartirnos algunas clases de Neurología.

—¿Es neurólogo?

Sonreí al ver su reacción. Aquello no se lo esperaba.

—Sí. Trabaja en el Hospital John Radcliffe, en Oxford. —Me acerqué despacio hacia él y mordí su labio inferior—. Me van los neurocirujanos.

No le hizo gracia mi broma. Más bien, todo lo contrario. Me retiré y seguí explicándole:

»Teníamos un amigo en común, un compañero mío. Coop había estado fuera casi todos mis años de carrera. Estuvo en Barcelona y en París, con contratos de investigación, y por eso no lo había conocido antes. Nos presentaron, nos caímos bien y así pasaron los meses. Nos veíamos en clase y en el pub, con nuestros amigos. Y, poco a poco, fuimos congeniando.

Robert desvió la mirada un instante. El gesto apenas fue perceptible. Pero pude verlo. Me dolió comprobar esa turbación. Me acerqué más a él y cogí su mano.

»Cuando tomé la decisión de hacer la residencia en Neurología, nos empezamos a ver más. Cooper todavía no era médico titular en el hospital, pero le cedían mucha responsabilidad docente por el contrato posdoctoral…

—Espera un momento —dijo con la mirada rasgada—. ¿Él es Edward Cooper? ¿Tu director de tesis?

—Sí, bueno. Dirigir, dirigió poco, la verdad. Era y sigue siendo un desastre como tutor —dije con una risa nerviosa—. Mi director de tesis murió en un accidente de coche en mitad de la tutela académica. Coop había conseguido por entonces su plaza de médico titular y un contrato de profesor adjunto universitario. Así que ambos nos hicimos el favor. Pero, en esos años, ya estábamos divorciados. —Le observé unos instantes en silencio—. Robert, mi vida. Entiendo que te pueda afectar, pero te aseguro que cuando escuches la historia completa, te darás cuenta de que no es para tanto.

—Lo siento, Olivia —y desvió su mirada turbado.

Decidí seguir. Cuanto antes terminase con aquello, mejor sería para ambos.

—Cooper y yo siempre nos hemos llevado muy bien. Nos reíamos mucho, íbamos juntos a los partidos de rugby, formábamos equipo el día de *quiz* en el pub y fuimos alcanzando un nivel de confianza muy estrecho. Lo que pasó fue que, una noche que habíamos bebido más de la cuenta, terminamos acostándonos. Y, bueno, aquello supuso un problema al día siguiente. Lo hemos hablado muchas veces. Ahí empezó nuestro declive porque nuestra amistad era tan increíble que ninguno de los dos queríamos hacer daño al otro. Y, por esa razón, en vez de dejar esa noche como una metedura de pata, decidimos empezar una relación. Al principio, todo fue más o menos bien. Raro, pero bien.

—¿Raro? ¿Por qué?

—Raro porque éramos una pareja, pero seguíamos actuando como si fuésemos colegas.

—No te entiendo.

—Seguíamos pasándonoslos en grande, saliendo con nuestros amigos, bebiendo, yendo a partidos… Pero apenas teníamos intimidad de pareja.

—¿No…?

—No. —Y sonreí, adelantándome a sus pensamientos—. Cuando estábamos juntos en la cama era cuando nos dábamos cuenta de que no encajábamos. Entiéndeme, Robert. Me he acostado con muchos hombres a lo largo de mi vida. Y con unos ha ido mejor que con otros. —Percibí

como se contenía y adquiría cierta tensión en su mandíbula. Llevé mi mano hacia él y acaricié su mejilla—. Contigo no, Robert. Contigo siempre ha sido increíble. —Iba a hablar, pero no se lo permití. No quería que nos desviásemos del tema. Quería zanjar cuanto antes cualquier duda que pudiese suscitarle todo aquello—. No soy una mujer inexperta. Sé, perfectamente, lo que hay en las relaciones. Y con Coop siempre fue un desastre. Nunca conseguimos encajar. Acostarse con él era deprimente. Pero, bueno, como vivíamos separados pues, de momento, el tema sexo no supuso un problema demasiado grave.

—Pero, si eso era así, ¿por qué decidiste casarte con él?

—Porque, si no te has dado cuenta hasta ahora, los dos éramos igual de idiotas. Llevábamos saliendo medio año. Mis padres estaban pasando la Navidad en Glasgow porque mi padre estaba escribiendo una novela que se desarrollaba allí. —Le guiñé un ojo—. ¡Búscala! Ya tienes una pista para averiguar quién es. —Conseguí que sonriera levemente y que rebajase algo esa tensión contenida—. Cooper y yo teníamos varios días de vacaciones y decidimos pasar el Fin de Año con ellos. Subimos en coche desde Oxford y, a la altura de Gretna Green, se nos estropeó. Y, claro, era Gretna Green…

—¿Qué es Gretna Green?

Comencé a reír.

—No has leído mucho a Jane Austen, ¿verdad?

—"Orgullo y Prejuicio" y porque me lo mandaron en el instituto.

—Pues ahí era donde Lydia Bennet iba a fugarse con Wickham. —Me hizo gracia su cara de desconcierto—. Gretna Green es como Las Vegas del siglo XIX. Es un pueblito al sur de Escocia donde los ingleses huían a casarse cuando no tenían el consentimiento de sus padres para el enlace. La ley inglesa no permitía casarse sin él a los menores de edad. Y así se fue creando, generación tras generación, la idea de que Gretna Green era el lugar donde los amantes huían para formalizar sus uniones prohibidas. Hoy en día, todavía se siguen haciendo bodas exprés. Y muchas. Es una locura. Como en Las Vegas, pero con un matiz más del Romanticismo decimonónico.

Me sonreí a mí misma al recordar ese día. Volví mis ojos hacia Robert. Había flexionado su pierna derecha. Sobre ella, reposó su brazo y llevó su mano hacia su cabeza. Se mesó el pelo despacio mientras seguía observándome, y escuchando la historia con la misma seriedad y la misma tensión contenida.

»El lío lo empecé yo. Recuerdo que le dije de broma: «Es el destino, Coop. Se nos ha roto el coche justamente aquí por algo». Y él… —Suspiré con un matiz de pesar—. Él, que estaba igual de perdido que yo, pensó que quizá sería bueno dar el salto para mejorar nuestra relación de pareja. Me lo propuso ese mismo día. Y yo, que no quería hacerle daño, me planteé que aquella idea no estaba del todo mal. Así que nos casamos.

—Pero… —No me pasó desapercibido el matiz de perplejidad que había en su tono—… ¿por qué demonios no paraste esa locura?

—Porque, en realidad, Cooper y yo estábamos bien. Si exceptuábamos nuestros problemas en la cama, estábamos bien. Nos los pasábamos bien.

—Exceptuar el sexo en una relación de pareja es exceptuar mucho.

—Ya. Lo sé. —Y volví a sonreír—. Se lo dijimos a nuestras familias. Mis padres bajaron desde Glasgow y lo celebramos allí con ellos unos días más tarde. Y cuando nos arreglaron el coche y volvimos a Oxford, sus padres y sus hermanas vinieron desde Londres. A todo el mundo le pareció maravilloso lo que habíamos hecho, a la familia, a los amigos, a nuestros compañeros

de trabajo. Pero, claro, el hecho de estar casados nos obligó a vivir juntos. Y tuvimos unos primeros meses de bastante tensión. Porque ahí sí que saltaron a la luz muchos más desajustes entre nosotros y los que ya conocíamos eran más difícil obviarlos.

—¿Y por eso te divorciaste?

—En realidad, no. —Me miró extrañado—. Como te he dicho, Cooper y yo somos muy buenos amigos, y conseguimos solventar los problemas de la convivencia.

—¿Cómo?

—Pues hablándolo, Robert. Hablándolo y con muchas dosis de paciencia —repetí con serenidad.

—¿También hablabais de vuestros problemas en la cama?

No pude evitar que se me escapase la risa.

—No, esos no. Ese tema lo solucionamos ignorándolo. Era un tema demasiado… intenso como para tratarlo abiertamente.

—Pero…

Le corté sin tregua.

—Poco a poco dejamos de tener relaciones sexuales. Y, aunque al principio eso nos generaba cierto malestar, al final se convirtió en nuestra salvación. Acostarnos creaba tanta frustración que fue la mejor solución que encontramos.

Robert se pasó la mano por su rostro en un claro gesto de incredulidad.

—¿Cómo pudiste aguantar esa situación?

—¡Porque estábamos bien! De veras, Robert. Sé que puede ser difícil de entender. Pero Cooper y yo conseguimos llegar a un nivel de adaptación muy bueno. Éramos como dos amigos que compartían piso. Nos besábamos, nos acariciábamos, nos abrazábamos. Pero nada más. El cariño que nos teníamos hizo posible esa convivencia.

—¿Cuánto tiempo estuviste así?

—Un año.

—¡Un año!

—Sí —dije con la tranquilidad que a él le faltaba—. De hecho, creo que podríamos haber estado así mucho más tiempo si no hubiese sido por Lena.

—¿Quién es Lena?

Sonreí recordándola.

—Lena es la mujer que consiguió salvarnos de aquella locura. Es la actual pareja de Cooper. Están hechos el uno para el otro. Son como dos piezas de un mismo puzle. La conocimos porque entró a trabajar en el hospital. Es Oftalmóloga. Y, un día por la noche, otro amigo nuestro la trajo al pub. Y, bueno… Entre Coop y ella saltaron chispas nada más verse. A él se le iluminaba el rostro cada vez que hablaba de ella. Pero, claro, eso a la larga trajo consecuencias para nuestra relación.

—¿Te sentías celosa?

Con esa pregunta me di cuenta de que Robert seguía albergando dudas sobre mi relación con Cooper.

—No.

—¿No?

—No. Yo quería a Coop, pero nunca lo amé. No lo entiendes, ¿verdad?

—No, Olivia. No puedo entenderlo. —Estaba demasiado nervioso y lo vi claramente cuando empezó a hablar—. No puedo entender cómo pudiste empezar una relación así y, mucho menos,

cómo pudiste dar un paso tan importante como el del matrimonio con alguien a quien no amabas.

Me levanté y, despacio, me senté sobre él. Le rodeé el cuello con mis brazos y besé sus labios. Él acarició la piel desnuda de mis costados. Sentí que se tranquilizaba poco a poco. Después, busqué su mirada y acaricié su rostro. No me atrevía a confesarle la verdad. No me atrevía a explicarle que había terminado tan dañada después de mi relación con él, que dejé de aspirar a tener algo así en lo que me quedaba de vida. Que él me quebró la esperanza, los sueños y los deseos. Y que la relación con Cooper fue tan tranquila que para mí era suficiente. No me atreví en esos momentos porque sabía que, si se lo contaba, le volvería a causar demasiado daño y estaba harta de que el dolor del pasado estuviese tan presente en nuestras vidas.

—Robert, te lo he dicho. Éramos amigos y estábamos bien. Y aquello, a ambos, nos resultó suficiente. Déjame que te cuente lo de Lena.

—Lo siento.

Volví a sentarme en la cama. Me cubrí de nuevo con el edredón y volví al tema.

—Cooper empezó a sufrir los coletazos de esa situación. Se sentía dividido entre su amor por Lena y su lealtad a mí. Su estado de ánimo empeoró. Entró en una dinámica casi depresiva. —Suspiré con pesar—. Cooper siempre ha tenido un problema, Robert. Le cuesta mucho tomar decisiones que le lleven a un conflicto con las personas a las que quiere.

—Me lo puedo imaginar —respondió con ironía.

Sonreí con suavidad.

—Fue cuando decidí tomar la iniciativa. Él era ante todo mi amigo y le estaba viendo consumirse día tras día. Y, aunque yo solo tenía sospechas, supe que debía actuar. Así que, un fin de semana que teníamos libre, le monté una encerrona. Me lo llevé a la playa, a Poole, y decidí abrirme a él. Le dije lo que pensaba en esos momentos; que quizá nos habíamos equivocado y que, el hecho de tener una amistad tan maravillosa nos había llevado a esa situación. Pero que, en realidad, aunque le quería como amigo, nunca le podría amar como mi pareja. Y él se abrió también a mí. Nos pasamos todo ese fin de semana hablando de lo que sentíamos el uno por el otro, recorriendo cada una de las decisiones erróneas que habíamos tomado juntos y, sobre todo, perdonándonos; perdonándonos, Robert, porque al final nos habíamos hecho daño sin quererlo. Habíamos intentado protegernos. Pero, al final, nos estábamos privando de una vida más plena.

Tuve que parar. Cuando recordaba esos momentos siempre me acompañaban ciertas emociones encontradas porque sentía que, de algún modo, había estado a punto de dañar a mi mejor amigo de forma irreparable. Robert percibió mi malestar. Se acercó hasta mí y me envolvió en sus brazos. Apoyé mi cabeza en su pecho y me dejé mecer por el calor que desprendía su cuerpo. Sentí sus labios besando mi frente y su mano acariciando mi pelo. Me estreché más a él.

»Después de aquello, lo preparamos todo para formalizar el divorcio. No teníamos ningún conflicto, ni bienes en común, así que todo fue muy rápido. En unos días lo tuvimos solucionado. Me quedé con él viviendo unas semanas más, hasta que conseguí encontrar un piso de alquiler que se adaptara a lo que necesitaba. Y, cuando lo conseguí, ese fin de semana hicimos una fiesta. Invitamos a nuestra familia, a nuestros amigos y, por supuesto, a Lena. Era muy importante que ella estuviese presente y que entendiese que aquello había sido la locura de dos amigos que se querían, pero que eran un par de idiotas. —Robert acarició mi rostro y alzó mi mentón con su mano para poder mirarme a los ojos. Lo hice y lo que vi en esos momentos me tranquilizó. Había perdido toda la tensión previa y sus labios sonreían con suavidad—. La fiesta fue un jarro de agua fría para todos. Por lo visto, esperaban que les dijésemos que yo estaba

embarazada. Y, cuando les soltamos la bomba… —Comencé a reír y Robert amplió su sonrisa —. ¡Puff! Hubo alguna que otra lágrima… Pero, bueno, se recuperaron pronto. —Me incorporé del todo y, levantando mis brazos, finalicé, diciendo—: Y esa es la historia de mi matrimonio fallido.

Escuché a Robert reír suavemente y esa sonoridad me llenó de sosiego. Envolvió mi rostro con sus manos y me besó con una delicadeza extrema. Después, me miró a los ojos con una intensidad que me hizo temblar.

—Y por este tipo de cosas estoy completamente enamorado de ti —susurró.

Volvió a llevar sus labios sobre los míos. Le besé con un deseo que fui incapaz de controlar. Cuando me separé de él, jadeaba al sentir desbocadas mis emociones. Sin embargo, debía decirle algo más. Cogí su rostro entre mis manos y miré directamente a esos preciosos ojos azules que conseguían que se nublasen mi razón y mi juicio.

—Robert, Cooper es muy importante para mí. Y quiero que siga estando en mi vida.

La advertencia estaba hecha y supe, perfectamente, que él la había entendido sin necesidad de añadir nada más. Rozó mi mejilla con sus dedos, imprimiendo en ese gesto un cariño que me hizo temblar.

—Puedes estar tranquila, pequeña.

Me rodeó con sus brazos, me tumbó sobre la cama y yo me dejé llevar.

46
ROBERT

Mi alarma sonó a la misma hora de siempre. Enseguida salté de la cama. Traté de encontrarla lo antes posible para evitar que despertase a Livi. Me fue imposible. Cuando conseguí cazar el teléfono, ella me miraba ya con sus maravillosos ojos abiertos y desde la penumbra de la habitación. Me acerqué despacio y la rodeé con mis brazos.

—Lo siento. No quería despertarte tan pronto, pero ya sabes…

—Sí, lo sé.

La besé despacio. Nunca me cansaría de hacerlo. Por mucho tiempo que pasase, sus besos eran como una fuente de vida para mí.

—¿Te vienes conmigo?

Se incorporó levemente y cubrió con el edredón su cuerpo desnudo. Trató de colocar su pelo alborotado y, después, me miró titubeante. Sabía lo que me iba a decir. No me esperaba otra cosa.

—Gracias, Robert. Pero es mejor que lleguemos por separado.

Me recliné sobre ella y besé su frente.

—Como tú quieras.

Me levanté y busqué a tientas la toalla de baño que había usado el día anterior. Olivia encendió una pequeña luz de su mesilla de noche. La encontré tirada en el suelo, junto con otros restos de ropa. Me la anudé alrededor de la cintura. Después, fui cogiendo prendas de la que había comprado el día anterior. Saqué uno de los pantalones vaqueros, una camiseta de manga larga de color blanca, un jersey de lana de color beige y cuello de pico, y unos calzoncillos y calcetines negros.

—Robert, ¿quieres dejar el resto de ropa aquí?

—Sí. Me gustaría.

—De acuerdo.

Me sonrió levemente. Se la notaba agotada. Nos habíamos dormido muy tarde y, aunque yo lo había hecho profundamente, se veía a las claras que ella no había descansado todo lo que hubiese necesitado. Me acerqué y me arrodillé enfrente suya. Besé su sien y acaricié su cabeza.

—Descansa un rato más. Voy a darme una ducha rápida, me visto y me voy para el hospital. Te veo allí luego.

Besé sus labios y Olivia se acurrucó dentro del edredón.

Salí cargado con todo hacia el baño y tratando de no hacer demasiado ruido. Quince minutos después, ya estaba preparado. Cuando abrí la puerta, me encontré con Mark que salía de su habitación. Levantó su mano, a modo de saludo, y emitió un sonoro bostezo.

—¿Te he despertado?

—No te preocupes. —Me miró de arriba a abajo—. ¿Te vas ya?

—Sí.

—¿Y Olivia? ¿No se va contigo?

—No. Prefiere que lleguemos por separado.

—Ya. —Puso mala cara—. ¿Y a ti? ¿Te importa?

—Para nada.

Pareció que pensaba a gran velocidad.

—¿Vas mal de tiempo?

—No.

—¿Me puedo ir contigo?

Sonreí.

—Claro, Mark.

—Ve tomándote algo. No tardo nada.

—De acuerdo.

Caminé hasta la cocina y encendí la luz. Comencé a preparar el café. Busqué el grano molido en los armarios, llené la cafetera con él, la puse en marcha y esperé mientras el goteo fue soltando el líquido sobre la jarra de cristal. Cuando me disponía a tomar el primer sorbo, Mark apareció por la puerta poniéndose un jersey sobre su camisa.

—Si que te has dado prisa.

—No quería hacerte esperar.

—Tomate un café y salimos.

—Mejor. Lo necesito.

Cogió una taza del armario superior y la llenó hasta arriba.

—¿No has dormido bien?

—No —respondió y dio el primer sorbo—. Los vecinos se acostaron muy tarde. Bueno, se acostaron pronto, pero se durmieron muy tarde. —Sonreí. Pero, aun así, me disculpe con él—. No te preocupes. Yo en tu lugar estaría igual.

Terminó de beberse el café de un trago y me instó a salir de la cocina. Corrió hacia su cuarto y, cuando volvió al salón, vino ataviado con un abrigo negro, una bufanda de color gris claro y su bandolera. Me detuve en mi atuendo. Si salía así a la calle, pasaría frío hasta que llegásemos al parking de West Broadway. Así que volví a entrar en la habitación para coger, al menos, la americana del traje que había llevado el día anterior.

Pasé despacio, con un cuidado extremo. Sentí la respiración pausada de Livi. Se había vuelto a quedar dormida. Me guie por la luz de las farolas que había en el callejón al que daba su dormitorio. Antes de salir, llevé mis ojos hacia ella. Sentí que el corazón se me disparaba solo con tenerla allí a mi lado. Deseé besarla, pero me obligué a salir sin hacerlo para no alterar más su sueño.

Cuando volví al salón, Mark ya estaba totalmente preparado.

—¿Nos vamos?

Salimos deprisa de la casa, y recorrimos las calles vacías y en silencio hasta el aparcamiento. Ya allí, nos metimos en el coche y, con una temperatura más agradable, pudimos charlar más cómodamente.

—Oye, este coche tiene los asientos calefactables, ¿no?

Sonreí al tiempo que me incorporaba a la Sexta Avenida.

—Sí. ¿Quieres que los conecte?

—¡Uy! ¡Sí! ¡Por favor! —Activé su opción—. ¿Tú no te lo pones?

—No, no me termina de gustar mucho.

Mark empezó a gemir.

—¡Ay! ¡Ya empieza a notarse! ¡Qué gustito! ¡Mmm!

—Te vas a quedar dormido.

—Pues si lo hago, no me despiertes. Me dejas en el parking del hospital con la baba colgando.

—Como ordenes.

—Hoy ha bajado mucho la temperatura.

—Sí. Ya era hora. Llevamos un otoño nada normal.

—A mí me da igual. Si pudiese vivir eternamente entre veinte y veinticinco grados, sería feliz. Pero se nos acaba el chollo. El viernes, por lo visto, nos viene una bajada drástica de las temperaturas. Así que vamos a tener que ir a la fiesta de O'Connell con el abrigo, la bufanda y el gorro.

Entonces, me acordé del regalo de Olivia.

—Oye, Mark. Tengo que pedirte un favor.

—Soy todo tuyo —respondió con los ojos cerrados.

—El miércoles por la tarde van a llevaros a casa el regalo de cumpleaños de Olivia.

Despertó de golpe y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿¡Cómo!?

—Mañana van a llevar…

—¿¡Mañana es el cumpleaños de Olivia!?

—Sí. ¿No lo sabías?

Sacó su móvil nervioso.

—Pues, no. ¡Joder! ¡No lo sabía! ¿Cómo lo iba a saber? Ella nunca nos lo ha dicho. ¡Mierda! Se mudó con nosotros el año pasado, pero a mediados de diciembre. Y, cuando fue, como tampoco nos conocíamos muy bien, seguramente prefirió no decir nada. —Miro por la ventana con desconsuelo—. Y, siendo mañana, ¿no ha podido decírnoslo antes? ¡Joder!

—Bueno, tranquilízate. Ya sabes cómo es.

—¡No, Robert! ¡No! ¡Me parece fatal que no nos lo haya dicho!

—Bueno, tú tampoco se lo has preguntado.

Me fulminó con la mirada.

—Me caías mejor cuando no estabais juntos.

—Pues, te vas a joder, porque ahora lo estamos.

—Hasta que vuelvas a cagarla —respondió mordaz.

—No voy a cagarla —respondí cabreado.

Pero, en realidad, eso era lo que más temía.

—Bueno, a lo importante. Tengo que preparar una fiesta sorpresa y tengo que…

—Mark, lo importante es que haya alguien mañana a partir de las seis de la tarde en tu casa para que podáis recoger el regalo de Olivia.

—¿Y Olivia? ¿Es que piensas llevártela de mi fiesta?

—En todo caso sería su fiesta, ¿no crees? Y sí. Cuando salgamos, quiero estar un rato con ella a solas. Quiero invitarla a cenar. Después, tengo que volver al hospital. A las diez tengo una cirugía programada, ¿recuerdas?

—¡Ah! ¡Sí! Tus odiados epilépticos. Miller ya podría haber buscado otra hora, ¿no?

—Y al día siguiente tengo que estar en el aeropuerto a las doce. Así que pasaré la noche en el despacho. No sé a qué hora terminará la cirugía, ni si irá todo bien o tendré que quedarme más tiempo.

—¿Y tu maleta para Toronto?

—Ayer le pedí a Annie que se pasase por mi piso y que me la trajera hoy al hospital. —No

sabía con qué me encontraría. La había mandado una lista con todo lo que necesitaba. Pero, tratándose de mi prima, podía esperarme cualquier cosa—. He quedado con ella en mi despacho y luego iremos a ver a Jake.

Le miré unos instantes e intenté valorar su reacción.

—¿Y cómo voy a preparar una fiesta sorpresa para Olivia sin Olivia?

No quise insistir más con lo de Jake. Estaba claro que Mark estaba ignorando el tema aposta.

—A las nueve la dejaré en casa.

—¡A las ocho!

—A las nueve, Mark. ¡No me jodas!

—A las nueve es muy tarde. Al día siguiente trabajamos. Además, tú tienes la cirugía a las diez. Tienes que prepararte y ponerte la música del pianito ese que te pones antes de las intervenciones que te estresan. Así que la traes a las ocho.

Mark tenía razón. Si dejaba a Olivia a las nueve iba a ir muy justo de tiempo. Mordí mi labio en un gesto de desesperación. Lo único que quería era estar el mayor tiempo posible con ella.

—A las ocho y media —cedí.

Mark sonrió triunfal. Volvió a centrarse en su móvil y comenzó a tecletear en la pantalla.

—Tengo que avisar a Kate. Tenemos que buscar un regalo, llamar a la gente, comprar una tarta, comida de guarreo, bebida, ¡mucha bebida!

De pronto paró y noté que me miraba. Llevé mis ojos hacia él solo un instante, lo que la conducción me permitió.

—¿Qué pasa?

—Siento que no puedas estar.

Me encogí de hombros.

—Es lo que hay —musité.

Y me obligué a no darle más vueltas al asunto. Ya dolía demasiado. Por mucho que mi agenda me lo hubiese permitido, en esa fiesta sin duda habría gente del hospital. Así que mi presencia sería cuanto menos rara y, por tanto, necesariamente prescindible.

Llegamos a la entrada del hospital y me dirigí al parking de trabajadores. En esos momentos, comenzaron a entrar mensajes en mi móvil. Me empecé a impacientar. Metí el coche en la plaza y, antes de apagarlo, cogí el teléfono para ver de quién se trataba. Era mi amigo John. Me decía que necesitaba que hablásemos y que, si tenía un buen día, se pasaría para comer conmigo en el hospital. Imaginé que el motivo tendría que ver con su reciente contrato extinto en el departamento de cardiología del Atlantic Health. El día iba a ser un poco caótico, como el resto de lo que quedaba de semana. Así que le contesté, le conté lo que sucedía y le pedí que quedásemos la semana siguiente.

—¿Algún problema? —preguntó Mark.

—No. Era John.

—¿Quién?

—Hermes —respondí, recordando la conversación de Mark la noche que se conocieron—. He quedado con él a comer la semana que viene.

Iba a salir del coche, pero Mark me frenó con lo que me dijo.

—Al final me tiré a Apolo.

—¿A Joel? —dije sorprendido.

Mark asintió lentamente. Y, dejando de escribir en su teléfono, se volvió hacia mí.

—Una pregunta, Robert. ¿Cómo es tu relación con Joel?

Temí que algo pasaba.

—¿Qué ocurre? —Mark no respondió, sino que esperó a que yo le contestase—. Nos llevamos bien. Aunque, de todos ellos, es con quien menos relación he tenido.

—¿Podrías decir que es tu amigo? Un amigo no de colegueo, sino un amigo íntimo.

—No. —Lo sabía perfectamente—. Nos llevamos bien, pero no es mi amigo.

—Entonces, te lo cuento. Aunque, bueno, te lo iba a contar de todas formas.

—¿Qué pasa, Mark?

Comenzaba a impacientarme tanto rodeo.

—Pues que a Joel le gusta mucho, pero mucho, mucho, Olivia. —Tampoco me estaba descubriendo algo que no supiera—. Se vino conmigo el fin de semana. Pero, ya en casa, me sugirió que la llamásemos para que se nos uniese. Y, ante mi negativa, decidió actuar por su cuenta.

Aquello me puso en tensión.

—¿Qué hizo?

Mi voz sonó demasiado grave.

—Arrinconó a Olivia en el pasillo de casa. —Desvié la mirada como un resorte. Lo único que pasaba por mi cabeza era estamparle un puñetazo en cuanto le viese—. No te cabrees con él, Robert. Es un poco lerdo. Y me da que como tú no le has dejado claro lo de Olivia, pues él se ha lanzado.

—No te preocupes, Mark. Que, en cuanto lo vea, se lo voy a dejar muy claro. Gracias por decírmelo.

—De nada —dijo, abriendo la puerta del coche y saliendo. Le seguí y ya fuera, añadió—: Imagino que Olivia no te habrá dicho nada.

—No, claro que no. —Si no me había contado lo de Jason, mucho menos me iba a decir lo de un tipo al que consideraba mi amigo—. Será mejor que vayamos subiendo.

Fuimos hasta el ascensor de la planta.

—Otra cosa, Robert. El rollo del sábado con Joel me dejó una duda y me gustaría compartirla contigo.

—Dispara.

—¿Sabes esos tíos que son capaces de tener varios orgasmos antes de correrse?

47
OLIVIA

Jueves, 20:30 horas.

No sabría decir qué fue lo que sucedió. Realmente, no podía explicarlo. Estábamos bien. Acabábamos de retomar nuestra historia. Deseábamos que todo funcionase y estábamos poniendo de nuestra parte para lograrlo. Sin embargo, todo nuestro dolor, toda nuestra desconfianza, todo el miedo por el pasado había hecho saltar en mil pedazos lo que nos habíamos afanado en construir.

Me encontraba rota de nuevo. Mi corazón se había vuelto a quebrar de tal manera que dudaba que pudiese volver a restaurarlo algún día. Y, en esos momentos, cuando estaba terminando de rellenar el formulario de solicitud del programa de residentes en Neurocirugía de la Universidad de Oxford, en lo único en lo que pensaba era en que nunca debí volcar mis esperanzas de nuevo en él.

A mi lado, Mark no dejaba de hablarme. Sin embargo, mi cerebro era incapaz de registrar sus palabras. No quería escucharlo. Había tomado una decisión y la llevaría a cabo hasta el final. Afortunadamente, el teléfono hacía horas que no sonaba gracias a que Kate había bloqueado su número. Pero sabía que tendría que enfrentarme a él en dos días, en la fiesta de jubilación de O'Connell que tendría lugar el sábado por la noche. No me importaba. Mi decisión estaba tomada. A fin de cuentas, solo estaba haciendo lo que él me había dicho que hiciera, desaparecer de su vida.

—Olivia, por favor, ¿quieres dejar de escribir en el portátil y escucharme?

Ni siquiera me hizo falta contestar. Kate se dirigió a Mark directamente.

—¡Déjala en paz!

—¡No! ¡No pienso permitir que se vaya de nuevo a Inglaterra!

—¡Mark, no te metas! Es su vida y Olivia puede hacer lo que considere mejor.

—Pero es que volver a Oxford no es lo mejor.

—Y, entonces, ¿qué crees que es lo mejor para ella? —respondió cortante mi amiga—. ¿Quedarse aquí y verle día tras día?

Sentí la mano de Mark sobre mi brazo. Llevé mis ojos doloridos hacia él. Me observaba con desconsuelo. Pero no tenía otra alternativa.

—Olivia, por favor. Hasta Cooper te lo ha dicho. Estás tomando una decisión precipitada.

No le respondí. Ni siquiera podía hacerlo. Me encontraba tan sacudida por lo que estaba sucediendo que apenas podía esbozar algo con sentido. Afortunadamente, Kate actuaba como mi voz.

—¿Tú podrías aguantar esta situación, Mark? ¿Tú podrías? Ya no es solo su estabilidad emocional. ¡Se está jugando su carrera!

Pero Mark no la hizo caso y, con un tono mucho más mesurado, siguió diciendo:

—Habla con él. Cógele el teléfono. O, si lo prefieres, espérate a que vuelva de Toronto pasado mañana. Pero permítele explicarse…

La ira me invadió y le corté radicalmente.

—¡Vete a la mierda, Mark!

—Olivia…

—Después, de todo lo que ha pasado, ¿sigues defendiéndolo?

—No, Olivia…

—Él ni siquiera me dejó explicarme a mí.

—¡Llevaba treinta horas sin dormir! ¡Y el día anterior lo había hecho apenas un par! Además, tres operaciones que no fueron bien del todo, dos de ellas de urgencia y, la última, con resultado de muerte. ¡Olivia! ¡Robert no podía pensar con claridad!

—No se trataba de pensar con claridad, sino de que hubiese confiado en mí.

—Olivia…

—¡¡Basta!!

Bajé la pantalla del portátil de golpe. Me levanté y me fui a mi habitación. Al entrar en ella, vi sobre el colchón la caja de Yvi Stauffen que guardaba el maravilloso vestido que Robert me había regalado. La cogí y la tiré con rabia fuera, al pasillo. Cerré la puerta de golpe. Y, después, me metí en la cama; esa cama en la que hacía apenas tres días nos habíamos abrazado, nos habíamos besado y habíamos unido nuestros cuerpos.

Era desalentador cerrar los ojos. Las escenas de los días previos se me presentaban constantemente y recreaban la efímera felicidad que nos había rodeado.

«Nunca debí volver a creer en ti. Nunca».

Pero lo había hecho. Me había entregado por completo a una segunda oportunidad y, de nuevo, Robert había acabado conmigo. Me había destrozado otra vez y sus hirientes palabras habían arrasado con todas las esperanzas que yo había entretejido. No entendía cómo me había sentido tan querida por él solo unas horas antes de que me echase de su vida. Sus caricias, sus besos, sus abrazos, sus susurros, la compenetración que nos envolvía… Todo me había hecho creer que podíamos volver a ensamblar nuestros caminos.

El martes por la mañana, después de que se fuera de mi casa al hospital, me había levantado exultante, feliz, plena. El día había transcurrido con normalidad y salpicado por miradas veladas, roces discretos y besos insaciables escondidos en la intimidad. Cuando llegó la tarde y Robert se fue a su casa me sentí vacía. Tenía guardia. Pero hubiera dado mi alma por poder dormir de nuevo a su lado. Le necesitaba más que nunca.

A las doce de la noche, mientras permanecía tumbada en uno de los sillones del área de descanso, la puerta se abrió. Pensé que serían Neil y Mary volviendo de una llamada que habíamos recibido de urgencias. Pero no. De pronto vi a Robert aparecer por ella. Sostenía entre sus manos un pequeño muffin, coronado por una vela encendida. Me sentí tan maravillada por aquel detalle que, a pesar del lugar donde estábamos, corrí a sus brazos y le besé. Después, pasamos la noche juntos en su despacho. Y las escasas dos horas que dormimos, lo hicimos abrazados, con nuestros cuerpos desnudos entrelazados y fundidos en un maravilloso equilibrio.

En esos momentos, la serenidad me había colmado. Sentía la plenitud de haber llegado al fin a mi destino más querido, más buscado, más añorado.

La llamada que recibí en mi 'busca' me obligó a ponerme en marcha antes de lo que me hubiese gustado. Robert se vino conmigo. Cuando acabamos con la urgencia, desayunamos y dejamos pasar el tiempo, hasta el inicio de la mañana del miércoles, charlando en un bálsamo de tranquilidad.

Robert me propuso cenar juntos. Por supuesto, no me negué. Pasar el mayor tiempo con él era mi mayor deseo y se había transformado en mi prioridad. Cuando terminó la jornada, fuimos hasta su coche y me dijo que había conseguido una reserva en el restaurante 'Daniel', un cuatro estrellas Michelin que estaba en el Upper East Side. Se me cayó la mandíbula al escuchar aquello. Pero me quedé sin palabras cuando me confesó que aquella reserva la había hecho a finales de agosto, a los pocos días de saber que yo estaba en el programa de especialización. Todavía no nos habíamos visto. Y, a pesar de todo, él ya había planeado que el día de mi cumpleaños estaría junto mí.

—No sabía cómo iba a irnos —me explicó mientras llegábamos—. Ni siquiera, si estabas con alguien o si al verme, me mandarías a la mierda o desaparecerías de nuevo. Pero tenía claro que lucharía por pasar este día contigo.

Acaricié su rostro y le besé; le besé como nunca antes lo había hecho por haber creído desde el primer momento que lo nuestro podía volver a ser posible.

Sin embargo, los planes tuvieron que cambiarse. Cuando doblamos la esquina desde Park Avenue hacia la 65 Este, nos alarmaron las luces de policía y de bomberos que colapsaban toda la calle. Había habido un incendio en uno de los edificios y los servicios de emergencia habían cortado la zona. Ante la imposibilidad de pasar, improvisamos y fuimos a cenar a 'Jackson Hole', una hamburguesería underground, típica neoyorquina, una calle más abajo. Y allí volví a disfrutar de la compañía de Robert, de nuestras conversaciones fluidas, tranquilas y absorbentes; de su manera de hacerme reír a carcajadas y de sus caricias, de sus besos y su ternura.

—Creo que deberíamos irnos. Son casi las ocho.

Aunque deseaba seguir allí, Robert debía volver al hospital y prepararse para la operación.

—Todavía nos queda una cosa por hacer.

—¿El qué?

Elevó su mirada hacia el techo. No entendí. Pero, de pronto, reparé en la canción que estaba sonando, "Amazing Day", de Coldplay. Empecé a reír.

—¿Qué has hecho? ¿Has comprado al que pone la música?

—No. Quizá para la próxima vez...

—No voy a bailar contigo. Esto es un bar.

—¿Y qué más da? ¡Vamos! Bailemos y cerremos así este día tan maravilloso, Livi.

Y lo hicimos, sí, en mitad de las mesas que allí había, y bajó la mirada expectante y divertida de la gente que bebía sus cervezas y devoraba sus patatas fritas. Apoyé mi rostro sobre su pecho, enlacé mi mano a la suya y cerré los ojos al sentir sus labios sobre mi pelo. Nos dejamos mecer por los acordes que recorrían la melodía y deseé parar el mundo en ese preciso momento para sentirnos así eternamente. Fue un momento mágico que ambos supimos que nos marcaría para el resto de nuestra vida. Cuando acabó la canción, elevé mis ojos hacia él y nos besamos. Ni siquiera la aclamación que nos brindó la mitad del bar pudo sacarnos de nuestro mundo. Todo había desaparecido a nuestro alrededor y solo estábamos él y yo. Nada más.

Robert clavó sus maravillosos ojos azules sobre los míos.

—Cada vez que suene esta canción, no te dejaré escapar. Te buscaré para que bailes conmigo.

—¿Y si estoy haciendo algo importante?

—Tendrás que parar.

—¿Y si estamos en el quirófano? Recuerda que tú sueles poner música.

—Pues pararemos la operación, bailaremos y luego la retomaremos.

Comencé a reír y después volví a besarlo.

Robert me llevó a mi casa. Paró el coche unos números más abajo, en un hueco que había junto a una toma de agua. Le besé sin saber que aquella iba a ser la última vez que uniese mis labios a los suyos. Después, me despedí y le deseé buena suerte en la operación.

Robert se fue y yo llegué a casa con la pesadumbre sobre mis hombros. Subí las escaleras hasta el tercer piso, metí la llave en la cerradura y me obligué a aparcar la tristeza de un plumazo. Al encender la luz del salón, un griterío que no esperaba me saltó en la cara.

—¡¡¡Felicidades!!!

Mark y Kate corrieron a abrazarme. Y, cuando pude centrarme en lo que pasaba, reparé abrumada en la cantidad de gente allí había. Caras de compañeros del hospital, vecinos del edificio y mis antiguas compañeras de piso. Aun así, fui incapaz de reaccionar y, mucho menos, cuando Petya colocó a su bebé en mis brazos. La algarabía creció y yo solo pude sostener mi sonrisa ante las muestras de cariño que me iban llegando.

Cuando creí que ya había saludado a todo el mundo, pedí disculpas y fui a mi habitación para, al menos, poder quitarme el abrigo y dejar el resto de cosas. Al abrir la puerta, encontré sobre la cama una gran caja de regalo. Me acerqué despacio y rasgué la mirada al comprobar la marca que había impresa en ella. Me senté en el colchón y cogí entre mis dedos la tarjeta que venía acompañándola. La abrí y la leí.

«Felicidades, Olivia.
Lo único que deseo en esta vida
es pasar a tu lado cada uno de tus cumpleaños.
Te quiero,
Robert».

La felicidad bañó mi rostro. Pero también sentí cierta nostalgia al no poder tenerle allí. Aparté ese sentimiento y me centré en la caja. La abrí y entonces vi el maravilloso vestido que albergaba dentro. Mi corazón se aceleró. Tomé los tirantes entre mis dedos con la delicadeza que aquella prenda se merecía. Pero, entonces, unos pequeños golpes en la puerta me devolvieron a la realidad. Giré mi rostro hacia ella al tiempo que se abría.

Se me heló la sangre.

—Hola, princesa.

Ahí acabó todo.

Y en esos momentos, desde esa cama fría en la que tú me faltabas, solo podía pensar en una cosa:

«¿Por qué no confiaste en mí?».

48
ROBERT

Jueves, 6:40 a.m.
Catorce horas antes.

No podía más.

Había dormido apenas un par de horas en esos dos días. Sentía que me iba a caer en cualquier momento. Mi cabeza no daba más de sí. Llevaba demasiado sueño acumulado, demasiadas operaciones y demasiados contratiempos a mis espaldas. Josh, a mi lado, aguantaba estoicamente, pero se le veía también agotado. Había estado presente desde que habíamos empezado la operación con el Dr. Miller y se mantuvo conmigo con todo el caos que vino después.

Eran las siete menos veinte de la mañana. Los turnos empezarían en breve. Solo esperaba poder ver a Olivia antes de que O'Connell se la llevase. Necesitaba estrecharla entre mis brazos y besarla antes de irme al aeropuerto. Necesitaba su aliento, su consuelo, porque después de lo que había sucedido en el quirófano hacía escasamente una hora, me encontraba más desestabilizado que nunca. No había podido salvarle la vida. La cantidad de horas que llevaba a mis espaldas me habían jugado una mala pasada y eso se había visto en mi rendimiento. No pude cortar la hemorragia a tiempo; una hemorragia que, en cualquier otra circunstancia, no me habría costado nada controlar. Pero aquel día ya no podía más y mis movimientos habían sido más lentos. No pude y perdí una vida únicamente por mi torpeza y mi cansancio.

Apenas podía hablar y, por esa razón, me mantuve en silencio todo el camino. Cuando el ascensor llegó, Josh y yo subimos en él. No había nadie en esos momentos que nos acompañase. Pero todo cambió cuando el elevador llegó a la planta principal del edificio y comenzó a entrar más gente.

Mi cerebro adormilado se mantenía abatido y tenía la mirada perdida en el suelo del habitáculo. Sin embargo, me puse en alerta nada más escuchar su voz.

—¡Ey! ¡Josh! ¿Has estado de guardia?

Elevé la mirada hacia el nefrólogo, que entraba en esos momentos en el ascensor acompañado de otro tipo.

—Sí…

Josh iba a seguir hablando, pero el nefrólogo le cortó.

—Ya decía yo que no era posible que tú no estuvieses en el cumpleaños de Olivia.

Me tensé.

—¿El cumpleaños de Olivia? ¿Cuándo fue?

—Ayer —respondió el otro tío. Y, dirigiéndose al nefrólogo, añadió—: Pero creo que es mejor que no estuviese, ¿verdad? Si no, hubiese derramado alguna que otra lagrimita.

Y comenzó a reír.

—No seas cabrón, Martin. Josh es un buen tipo, pero no tenía nada que hacer.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Josh ya cabreado.

El nefrólogo metió la mano en los bolsillos de su pantalón y le observó con una sonrisa cruzando su rostro. Pero fue el otro el que respondió.

—Pues que ya no tienes nada que hacer con Olivia, amigo. —Sentí que mi respiración se descompensaba—. Jason se la tiró ayer.

—¡Eh! ¡No hables así de ella!

El nefrólogo siguió advirtiendo al tipo que le acompañaba, pero yo dejé de escucharlos. Mi corazón se desbocó, sentí una náusea invadir mi garganta, comencé a temblar. Llevé mis ojos hacia ellos, pero en esos momentos ya habíamos llegado a la tercera planta y el nefrólogo salió junto con su compañero.

El terror empezó a invadirme sin tregua.

«No puedes haber sido capaz…».

Empecé a cuestionarme todo; a preguntarme si en realidad no estaba tan cegado por mi amor que no había podido ver la verdad oculta. Yo la había herido hacía muchos años. ¿Acaso no era posible que ella hubiese decidido vengarse de esa forma?

Llegamos a la planta de Neurología y apenas pude moverme para salir del ascensor. Escuché a Josh decirme algo, pero ni siquiera le respondí. Me mantuve en silencio y observando cómo enfilaba el camino hacia los vestuarios. Mientras, yo trataba de hace reaccionar a mi cuerpo, atado en el marasmo del dolor lacerante que me invadía. Devastado, di un paso, y otro más y otro más. Cuando llegué a la puerta de mi despacho, la tormenta emocional a la que estaba sometida mi mente me pasó factura. Metí la llave y, entonces, la sentí. Giré mi rostro hasta el final del pasillo. Olivia llegaba en esos momentos junto con Mark y Kate. Nuestras miradas se encontraron. Me sonrió. Pero no pude; no pude más.

Abrí la puerta del despacho, pasé dentro y cerré la puerta. Y, entonces, sí. La ira me invadió y no le puse freno. Caminé hacia la ventana y apoyé las palmas de mis manos en el frío marco, mientras trataba de calmar mi respiración agitada. Escuché unos suaves golpes en la madera de la puerta. Pero no respondí. Sentía tanta furia en esos momentos que hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa. Había jugado conmigo. Me había engañado. Me había utilizado para dar satisfacción al rencor que me guardaba.

La puerta se abrió despacio y su voz, esa voz tan cálida que conseguía derretirme solo con escucharla, se abrió paso como el filo de un millón de cuchillos sobre mi piel.

—Robert, ¿te encuentras bien?

No respondí. Seguí mirando por la ventana y tratando de calmar el odio cada vez más intenso que me ahogaba.

Cerró la puerta y, después, oí sus pasos. Me di la vuelta antes de que llegase a mi altura y la miré. Su rostro estaba cargado de desasosiego. Sus ojos no brillaban, sino que me observaban con una turbación evidente. Su cuerpo estaba rígido y se mantenía a la espera de una respuesta que, por supuesto, no la hice esperar.

—¿Cómo has podido hacerme esto, Olivia?

—¿El qué?

—¿¡¡Cómo!!? —bramé. Noté perfectamente como se asustaba ante mi desorbitada respuesta. Me observó intranquila. Di unos pasos hacia ella —. ¿Esta es tu forma de vengarte?

—¿Qué estás diciendo?

—¡¡¡Responde!!!

—No sé de qué me estás hablando.

—¿No? —Y rasgué mi mirada—. ¿Qué tal la fiesta de ayer por la noche? —No me respondió. Se mantuvo a la espera de más información—. ¿Te gustó?

—Robert, ¿qué está pasando?

Trató de que su voz sonase con la seguridad que la faltaba. Pero la conocía bien. Y, en esos momentos, sabía que se sentía agitada. Sin embargo, erré en imaginar la verdadera razón de su desasosiego.

—Lo tenías pensado desde el primer momento, ¿verdad? Sabías lo que sentía por ti y no dudaste en utilizarlo para vengarte, ¿no es cierto?

—¿Qué demonios estás diciendo? —gritó desesperada.

—¿Te lo pasaste bien con Jason anoche?

Su rostro mostró contrariedad. Me observó nerviosa, tratando de encontrar algún tipo de lógica a mis palabras. Y yo me mantuve quieto, frente a ella, con las manos sobre mis caderas y mi cuerpo volcado sobre el suyo de forma desafiante.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada, Olivia.

—Jason estuvo en la fiesta, pero no pasó nada.

—No es eso lo que él dice.

La observé dudar. Se mantuvo a la espera de que yo siguiese. Pero no lo hice. Me quedé observándola, percibiendo todo el desasosiego que la rodeaba. No hice nada por calmarlo. No. Estaba tan atormentando que en ningún momento me paré a pensar en lo que estaba sintiendo ella.

—¿Qué es lo que dice?

—Que te has acostado con él.

—¿¡Cómo!?

—¿¡Lo has hecho!? —bramé.

—¡No!

Su respuesta llevaba implícita una súplica añadida. Olivia ya era consciente de que, a pesar de su negativa, yo no iba a creerla.

—¿Cómo has podido hacerlo?

—Robert… —Llevó sus manos hacia mi rostro. Pero la cogí de las muñecas y lo evité, apartándola de mí. Olivia me miró consternada—. No es cierto.

—¡No quiero escucharte! ¡Ahórrate todas tus explicaciones! Sé por qué lo has hecho. Lo sé. Era tu manera de ajustar cuentas conmigo…

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Sabías, perfectamente, la manera de destrozarme. Y no dudaste ni un momento en hacerlo.

—¡Te has vuelto loco!

—Nunca creí que fueras capaz…

—Robert, mi vida, no es cierto…

—¡¡No me mientas más!! ¡¡Ya has conseguido lo que querías!! ¡¡Ya has conseguido destrozarme!! ¡¡No sigas con esta farsa!!

—Robert, por favor…

—¡¡Ya no tienes más que hacer!! ¡¡Ahora, sal de mi vida!! ¡¡Pero hazlo de una vez por todas!!

—Robert…

—¡¡Vete!!

—…por favor…

—¡¡Desaparece de mi vista!!

Me eché hacia atrás y me di la vuelta hacia la ventana. Traté de acompasar mi respiración. Pero no pude. Escuché la puerta de mi despacho abrirse y, después, su cierre apresurado. Y, entonces, el vacío me consumió. La frialdad de su pérdida me flageló sin mesura. Mi cuerpo perdió toda su fuerza y me sentí totalmente derrotado. Las lágrimas se agolparon en mi garganta, impidiéndome tragar. Dejé escapar mi furia y golpeé la pared. El dolor que sacudió mi mano me hizo despertar de la ceguera a la que me había llevado la ira. Solo entonces, dudé y me di cuenta de lo que había hecho. De nuevo, no la había dejado hablar. De nuevo, el miedo se había impuesto a mi razón y me había hecho perder el control, impidiéndola explicarse. De nuevo, el terror a perderla había hecho que yo mismo la apartase de mí.

Me giré deprisa y caminé hacia la puerta. Abrí y salí al pasillo. Miré hacia ambos lados y la vi. Estaba de espaldas, a unos metros de mi despacho, y parada frente a Jason. Él la hablaba con una sonrisa en sus labios, mientras la tendía una pequeña caja de regalo. No dio tiempo a que mi furia se desbocase. Con sorpresa, vi cómo Olivia golpeaba esa caja y la tiraba al suelo. Después, escuché su voz con claridad.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Jason? —No respondió y yo me acerqué despacio—. ¿Has ido diciendo que te has acostado conmigo?

—No…

—¿¡Lo has dicho!? —gritó Olivia, fuera de sí. Pero el nefrólogo no respondió. Siguió mirándola intranquilo y sin emitir palabra—. ¿Por qué lo has hecho? —No hubo respuesta— ¿Qué demonios hay en tu retorcida cabeza para que hayas llegado a esto, Jason?

—Yo… yo…

—Jason, me das asco y serías la última persona de este mundo con el que me acostaría.

—Olivia, por favor...

—¡Déjame en paz! ¡No vuelvas a acercarte a mí o te denunciaré!

No la hizo caso. Puso sus manos sobre los brazos de ella para intentar tranquilizarla, pero Olivia se apartó. E, inmediatamente después, le dio un empujón en el pecho. Jason reculó un paso atrás, aunque trató de nuevo de acercarse a ella. La cogió de una muñeca. Olivia trató de soltarse y volvió a empujarle, aunque esa vez sin éxito. Y, entonces, estallé. Fui hacia él y, cogiéndole de la camisa, le aparté de golpe. Jason chocó con fuerza contra la pared más cercana y cayó al suelo. Me acerqué a él despacio, con la vista clavada sobre sus ojos que, en esos momentos, me observaban con un grado de inquietud extremo.

—No vuelvas a acercarte a ella. ¿¡Me oyes!? —Y, prácticamente sobre él, le amenacé—: Si te vuelvo a ver cerca de ella te arrepentirás el resto de tu vida.

Le sostuve la mirada con una frialdad extrema, controlando la ira que me consumía en esos momentos. Empecé a escuchar voces y aquello me sacó de golpe del embudo en que me encontraba. Busqué a Olivia, pero no la vi. Por el contrario, me encontré con varias personas que me observaban. Tres compañeros de enfermería se habían acercado hasta allí, entre ellos Nick Perlman. En el otro extremo, Sarah, Kate y Mark me miraban consternados. Pero no había rastro de ella. Me dirigí a este último.

—¿Dónde está Olivia?

No hubo respuesta. Miré inquieto de un lado a otro y, sin pensármelo dos veces, fui en su busca. Pensé rápido y me dirigí hacia los ascensores. Al tiempo, saqué mi teléfono del bolsillo. La luz indicaba que estaba bajando. Tomé las escaleras y marqué su número. Pero, por supuesto, no me respondió. Los tonos se agotaron. Volví a intentarlo de nuevo y seguí sin obtener respuesta. Llegué a la planta principal y la busqué entre el trasiego de la gente sin éxito. Me moví deprisa hacia la calle y, cuando salí, la busqué entre el pulso maratoniano de Manhattan.

Recordé el primer día que la vi y me dirigí con premura hacia la salida alternativa del centro, que daba a la Avenida Haven. Llegué corriendo, pero tampoco la encontré. Abrí de nuevo la pantalla de mi teléfono y llamé a Mark. Su respuesta no se hizo esperar.

—Llama a Olivia.

—No me coge el teléfono, Robert.

—¡Dios! —susurré desesperado.

—¿Qué ha pasado? —me demandó con una preocupación extrema.

—La he perdido…

—¡Robert!

—La he perdido…

*****

Estábamos llegando al JFK. No había cogido mi coche para ir al aeropuerto porque era incapaz de mantenerme despierto y, en los momentos en que lo conseguía, la angustia y la desesperación me ahogaban. No había logrado encontrarla. Pero, al menos, sabía que Mark había hablado con ella. No me quiso decir dónde estaba y, mucho menos, contarme nada sobre lo que ella le había dicho. Solo me sugirió que me marchase a Toronto y que, cuando volviese, intentase solucionar las cosas.

—No puedo irme así a Toronto. Necesito hablar con ella. Por favor, Mark. Te lo suplico. Dime dónde está.

—No te lo voy a decir, Robert —respondió impasible—. Y, aunque lo adivinases, no te permitiría hablar con ella.

Se cruzó de brazos y me miró desafiante. No iba a entrar en conflicto con él. Era mi amigo. Pero, además, en ese momento era la única persona que me podía dar noticias sobre Olivia y quizá templar su ánimo para que cediese a cogerme el teléfono. Con Kate no podía contar. En cuanto volví a la planta y me encontré con ella me sancionó con la mirada. No me dijo nada en esos momentos. Pero, cuando tuvo oportunidad, me encaró con dureza:

—Eres un maldito hijo de puta. No te vuelvas a acercar a mi amiga.

—Kate…

—¡Aléjate de ella!

Y no fue la única de la que tuve que escuchar reproches. O’Connell apareció en mi despacho dos horas después de que empezase la jornada de trabajo.

—Robert, tenemos que hablar.

Le miré con detenimiento. Estaba cabreado. Había visto esa expresión muchas veces. Colgué

la llamada que estaba realizando de nuevo a Olivia y le pedí que pasase. Cerró la puerta y, en cuanto estuvo dentro, me habló con severidad.

—¡Te dije que no la perjudicases!

Intenté tragar el dolor que me atenazaba.

—¿Qué te han dicho?

—Poco —respondió nervioso—. No sé qué demonios ha pasado realmente. Pero sospecho que la razón por la que ella no se ha presentado es por ti. —Se mesó la barba compulsivamente y siguió diciéndome—: La gran mayoría cree que el tipo de nefrología la estaba acosando y que tú has intervenido. La idea la ha lanzado Sara Parker y, la verdad, no sé de dónde la ha sacado, pero dice que su padre estaba al tanto de lo que sucedía. ¿Eso es cierto, Robert? —El tono conllevaba un matiz de dureza. Pero no le respondí. Solo pude asentir, aunque sin mirarle a la cara—. ¿Y me puedes explicar por qué Lex Parker estaba al tanto de lo que pasaba, pero yo no? ¡Por si no lo sabes, todavía soy el jefe de este departamento y dirijo un programa de residentes en donde se ha dado un delito que debería, al menos, conocer!

—Peter…

—¡No, Robert! —me cortó sin mesura—. Si Olivia estaba sufriendo acoso por parte de ese tipo, deberías habérmelo dicho a mí, antes de hablar con Lex.

—Lo siento, Peter. Olivia no quería que se supiera. Quería resolverlo ella sola…

—Y, aun así, actuaste por tu cuenta.

—Nunca le dije a Lex que se trataba de Olivia. Solo lo hice para que incrementase la seguridad en la planta.

Se llevó la mano a la barba y se movió nerviosos por la habitación. Le miré cabizbajo y sin saber qué vendría a continuación. Pero no se demoró demasiado.

—¿Y por qué ella se ha ido? —Dudé si responderle. Me había prometido que no volvería a cometer el error de publicitar nuestra relación allí dentro, tal y como quería Olivia—. ¡Robert!

Bajé los ojos y musité:

—No puedo.

Escuché cómo respiraba profundamente para tratar de contenerse.

—Sé que ha pasado algo más a parte de lo de ese tipo. He visto lo que Laurance te ha dicho y cómo te advertía de que no te acercases a Olivia. Así que respóndeme solo una cosa. ¿Tienes algo que ver con que ella no esté ahora mismo aquí? —Desvié mis ojos hacia la ventana. Después, asentí en silencio. No me hizo falta mirarle para saber que me estaba sancionando con dureza—. ¡Soluciónalo ya!

Después se giró y salió de mi despacho, dando un portazo. Yo me quedé allí parado, con un vacío criminal que me dilapidaba sin tregua y que sabía que lo haría hasta que pudiese volver a hablar con Olivia. Sin embargo, todos a mi alrededor me instaban a que aparcara ese momento hasta mi vuelta el sábado.

—Mark tiene razón —me dijo Annie, sentada sobre mi mesa. La miré desconsolado. Ya no tenía fuerzas para nada. Y, con bastante dificultad, conseguía mantenerme sereno—. Vete a Toronto. Ya habrá tiempo el fin de semana para poder solucionarlo.

La observé sin tregua, totalmente roto y sin poder aceptar aquello que me sugería.

—¿Otra vez, Annie? ¿Irme otra vez a un congreso mientras ella se queda aquí, después de una discusión, dolida y odiándome por lo que la he hecho?

—No es lo mismo que sucedió hace ocho años, Robert. Ahora no estás huyendo, sino que te vas porque tienes una responsabilidad a la que tienes que atender. No hay más opciones. Es tu

trabajo. Además, ella no va a irse a Inglaterra. Cuando vuelvas, estará aquí y tendrás mucho más tiempo para poder hablar con calma de lo que ha sucedido. A Olivia también le vendrán bien esos días sin ti.

Apoyé mis codos en las rodillas y hundí mi cabeza en las manos.

—Llámala otra vez, por favor.

Mi susurro apenas se escuchó. Pero Annie volvió a coger su teléfono y a pulsar su contacto. Sabía que no habría respuesta. Pero estaba desesperado y ya no me quedaban más opciones.

Finalmente, terminé haciendo caso a Mark y a Annie. Le di las llaves del coche a mi prima para que lo dejase en mi casa y, después, llamé a un taxi para que me llevase al aeropuerto. Antes de dirigirnos allí, le pedí al taxista que hiciese dos paradas. La primera de ellas, en Central Park. Busqué en aquel lugar en el que encontré a Olivia hacía solo unos días cuando tuvo aquella disputa con Kate. Corrí hacia el lago central, tratando de visualizar su imagen bajo aquel sauce de Babilonia. Pero no lo conseguí. Recorrí prácticamente toda esa zona con la aflicción flagelándome en cada paso que daba.

Después, le pedí al taxista que me llevase hasta su casa. Conseguí entrar en el portal cuando una anciana salía de dentro. Subí las tres plantas a la carrera y llamé a su puerta repetidas veces. Pero tampoco obtuve respuesta.

Tuve que darme por vencido y partir hacia el JFK. En ese trayecto no volví a llamarla. Sabía que Olivia no me respondería. Con esa pesadumbre dejé de luchar y me ahogué sin tregua.

En esos momentos, cuando observaba la pista de despegue alejarse poco a poco, pensé en lo que la madre de Olivia me había dicho el sábado pasado: «Si quieres a mi hija, aléjate de ella». Aquellas palabras me pesaban más que nunca porque llevaban implícitas una verdad añadida. Yo no era bueno para Olivia. Solo la causaba dolor. Solo la traía tormento. Solo la generaba daño. No podía seguir así. La amaba más que a mi propia vida. Por eso, un pensamiento comenzó a invadirme sin tregua.

Quizá era hora de armarse de valor y asumirlo con todas las consecuencias.

Continuará...

Ocho inviernos para poder perdonarte

Kirsty Campbell

Serie Olivia & Robert III

[i] Instrumental quirúrgico.

[ii] Divinidad griega que encarnaba el Destino, la Fortuna, la Suerte y la Prosperidad.

[iii] Sistema de evaluación que consta de varios exámenes para obtener la licencia medica en Estados Unidos.

[iv] Myrtle la Lorona, personaje creado por J. K. Rowling. Apareció por primera vez en el libro *Harry Potter y la cámara secreta* (1998).